

Elizabeth Adler

Autora de "Herederán los ricos"

*El Fantasma
del Pasado*



Lectulandia

Desolada por la misteriosa muerte de sus padres, Shannon Keeffe había recorrido el largo camino entre Nueva York e Irlanda en busca de la ansiada «Ardnavarna», la mansión en otros tiempos grandiosa y ancestral, que se alzaba entre las verdes colinas de Connemara.

¿Era verdad, como decían, que su padre se había suicidado? ¿Habría sido cruelmente asesinado? Shannon pensaba que en el hogar familiar encontraría la clave de la verdad.

Maudie Molyneux, aristocrática dama de ochenta años y señora de la Casa Grande, recibió a la apesadumbrada joven con los brazos abiertos. Decidida a ayudarla, se dispuso a contarle la historia de su familia, tal como ella la conocía. Empezó por relatarle la vida de la bella e impetuosa Lily Molyneux, marcada por las tragedias de su juventud y causante del caos y el dolor de los que la rodeaban.

Lectulandia

Elizabeth Adler

El fantasma del pasado

ePub r1.0

Titivillus 07.06.18

Título original: *Legacy of Secrets*
Elizabeth Adler, 1993
Traducción: Silvia Sassone
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Richard.

Prólogo

La vida solo puede ser comprendida si miramos hacia atrás, pero debe ser vivida mirando hacia adelante.

Søren Aabye Kierkegaard (1813-55).
Estados en el camino de la vida (1845).

Como los irlandeses no tienen deseos de bautizar completamente a sus hijos, ellos esperan preservar algo de paganismo y, mientras que normalmente se sumerge por completo a un niño para su bautismo, ellos le sacan el brazo derecho fuera del agua, para que en la otra vida pueda tomar una espada en la mano y con el brazo sostener a una muchacha.

Søren Aabye Kierkegaard.
Diario, 1840.

Son miles los que navegan
cruzando el océano occidental
hacia una tierra de oportunidades
que algunos de ellos jamás verán.
La fortuna es lo que prevalece
al otro lado del océano occidental.
Con los vientres llenos
y los espíritus libres
romperán las cadenas de pobreza
y bailarán.

Philip Chevron, *The Pogues*, 1988.

Capítulo 1

Maudie.

Ardnavarna, Connemara.

Como esta es la historia tanto del pasado como del presente, debo admitir finalmente que soy «una mujer vieja». Aunque si cualquiera de ustedes me llamara la «vieja Maudie Molyneux», probablemente le echaría los perros, esos dálmatas acurrucados detrás de mí en este gran sillón antiguo, como si fueran dos enormes almohadones llenos de pintas.

Dejemos entonces de lado este tema de la edad, de modo tal que no debamos volver a considerarlo. Yo jamás he pensado en mí como en una «vieja», pero he mentido sobre mi edad durante tanto tiempo que, a decir verdad, ya no recuerdo cuántos años tengo, aunque la Pérfida Brigid de la cocina se niega a dejar que lo olvide.

—¿Cómo pudo decirle a Georgie Putnam que solo tenía setenta años —me preguntó el otro día—, cuando sabe que él tiene diez años menos que usted?

—Es el privilegio de las mujeres —le respondí con indignación, aunque debo confesar que me sonrojé de vergüenza.

Ahora, la Pérfida Brigid es una buena amiga. Nacimos más o menos hacia la misma época y, cuando ella era joven, vino a trabajar a la Casa Grande y desde entonces me ha acompañado. ¿Quieren saber la razón por la que la llamamos la «Pérfida». Brigid? Fue el nombre que los del pueblo le dieron en sus años de juventud. Era una muchacha bonita, grande rolliza. Revoloteaba de hombre en hombre, uno tras otro y no se casó con ninguno. Siempre le digo que tengo mis sospechas de que esto se debió a que era un poco casquivana.

—Puede cerrar la boca, señora —me grita cuando yo la molesto con el tema—. Hará que todo el mundo crea esas calumnias tuyas. Yo jamás fui una casquivana, como usted dice. Era justamente lo contrario, por lo que yo puedo recordar —y tal vez ella tenga sus razones al hablar así.

De niña, a mí jamás podrían haberme dicho que era hermosa; aún bonita habría sido una cualidad optimista. Yo era como mi madre, Ciel Molyneux, pequeña, flacucha y pelirroja, con un rostro de gato travieso y una risa de la que mi padre siempre se quejaba porque era demasiado estruendosa. Las pecas fueron la ruina de mi vida hasta que cumplí los veinte años y conocí a Archie que solía contarlas. Y eso puede ser un juego peligroso, permítanme decir. O tal vez no debería hacerlo. Mamá siempre dijo que yo debería aprender el arte de la discreción, así como también saber cuándo se debe dejar de hablar, pero yo jamás pude hacer ninguna de las dos cosas y, ahora, no tengo intención de cambiar mi forma de ser.

Quizá se pregunten cómo me veo ahora. La verdad, no muy diferente. Frágil, huesuda, con penetrantes ojos azules y rizos pelirrojos que ya son teñidos y tal vez un poco demasiado juveniles, pero esa es la forma en que a mí me gustan. Siempre llevo puesto mi viejo sombrero de fieltro de ala ancha y, como soy una apasionada de los caballos como la mayoría de los irlandeses, en general visto pantalones de montar de cuero de gamo con una cazadora de color rosa, es cierto que desteñida y deshilachada en las costuras, pero ya que soy vieja, por lo menos tengo el derecho de sentirme cómoda. Estas botas que tengo ahora me calzan como un guante, y son todavía exquisitas. Las hizo el más famoso fabricante de botas de Londres. En aquellos días, no existía «nada que no fuera lo mejor» para los Molyneux. Nada sino lo mejor durante años, siglos.

Y nosotros jamás tiramos nada; tengo todos los vestidos que he usado, salvo los verdaderamente favoritos que simplemente se desgastaron por el uso excesivo. En mi guardarropa, si mueven la gata anaranjada, Clara, que acaba de tener a sus gatitos allí, encontrarán modelos originales de Chanel de 1930 y de Dior de 1947. Si revuelven un poco más, encontrarán a Schiaparelli y los Poiret, Doucet y Vionnet de Mamá. También allí hay cosas de Fortuny, Fath & Worth, y me encanta ponerme todo eso. Aún nos vestimos elegantemente para la cena. Ya saben, uno debe mantener algunas formas.

Lo mismo sucede con esta casa, Ardnarnna. Está inundada por un mar de posesiones que cubren los pasados ciento cincuenta años y, miserable como está, todavía sigue siendo la casa más encantadora en la que haya puesto el pie.

«Estás llena de prejuicios», pueden decir y tienen razón, pero aún es hermosa. Es de estilo georgiano irlandés, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. La pintura blanca se está descascarillando, las rosas de dulce perfume del verano trepan salvajes sobre esas paredes y el parque que se ve por mi ventana presenta una tupida alfombra de margaritas rodeadas por un tumulto de flores chillonas y de floridas malezas.

Las altas ventanas de guillotina están abiertas para atrapar el último sol de la tarde y el penetrante humo de la turba se escapa por nuestras chimeneas. La puerta principal es un ejemplo perfecto del mejor estilo georgiano, flanqueada por un par de ventanas altas y estrechas, y coronada en su parte superior por una moldura en forma de abanico delicadamente festoneada. Además, como es usual, siempre está abierta para recibir amigos, lo cual explica de alguna forma la razón de que las casas de campo de Irlanda sean marcadamente frías.

Yo siempre he pensado que Ardnarnna era como una joya, un regalo envuelto en verde: los parques, los macizos de flores, los arbustos y las colinas cubiertas de árboles que trepan detrás y caen luego en forma protectora a su alrededor. Y hacia la derecha, en un claro entre las colinas, se puede ver una franja de mar.

El interior está todo decorado con un desteñido papel de color verde Nilo y de tela de chintz bastante deshilachada. No se ha tocado nada durante años, no desde que mi madre se quedó sin dinero en los años cuarenta. Pero aún nos quedan restos de

grandeza y todos nuestros recuerdos: trofeos de plata ganados en los concursos ecuestres, que necesitan una buena limpieza, luchan por el espacio sobre el aparador junto a las cocteleras y los cubos de hielo de plata de estilo georgiano. Alfombras persas ya raídas cubren los suelos de caoba y enormes floreros chinos están repletos de hortensias y rosas disecadas, cuyos colores se han esfumado para mezclarse con el delicioso pálido que tan bien hace juego con la pátina de la vieja madera.

Hay una ancha y desvencijada escalera de caoba que era mi pesadilla en mi atolondrada juventud, cuando cualquier intento de escapada a hurtadillas podía verse destruido al dar un paso en falso sobre el segundo escalón, contando desde la parte superior. También están las doradas cortinas de brocado, que son tan antiguas que está prohibido tocarlas por temor a que se conviertan en polvo al solo contacto de las manos. En las ornadas chimeneas de hierro arden constantemente fuegos de turba, llegando a ennegrecer el mármol y añadiendo un penetrante olor al delicado perfume de la casa y al delicioso aroma de pan con levadura y bollos recién horneados que proviene de la cocina, además del siempre presente polvo del ambiente. Y, tal como veo, todas las sillas parecen tener un montón de libros y alrededor de un millón de viejos números de la revista *Horse and Hound* y de *Irish Field*, como también uno o dos gatos.

Sin embargo, a pesar de mi amor por este lugar, yo no nací aquí. Llegué a este mundo en un día de verano, con un poco de sol y algo de lluvia, en 1910, a una distancia no mayor de dos kilómetros. En la Casa Grande.

Mi padre ya había guardado el buen oporto que yo ahora bebo todas las noches; él esperaba un varón, como ven, y eso es lo que ellos siempre hacían por los varones: colocaban el buen oporto en las bodegas para que madurara y lo bebían cuando el hijo cumplía la mayoría de edad a los veintiuno. Por supuesto, cuando yo llegué a este mundo él simplemente me miró, se encogió de hombros y le dijo a mi madre:

—Bueno, si eso es lo mejor que podemos hacer, por lo menos cuidaremos de que ella sepa montar como un hombre.

Y así lo hizo. Hay personas que recuerdan sus paseos en cochecito, pero yo recuerdo encontrarme en los establos. El olor a caballo fue mi primer recuerdo. Y, alabado sea, yo me enamoré de ellos de la forma en que otras niñas se enamoran de las muñecas. Jamás les tuve miedo. Tuve mi propio caballito de Connemara, de color pardo y muy dócil y, para cuando cumplí los tres años papá ya me había perdonado que no fuera varón. Creo que él se sentía bastante orgulloso de que su pequeña fuera una amazona temeraria.

Mis padres fueron grandes viajeros y siempre me llevaron con ellos, ya desde el primer año de vida. Mi madre decía que no se quedaría sin ir con mi padre, y este decía que jamás soñaría con dejarla, de modo que así partíamos todos. Por supuesto que a París y a Deauville para las carreras, así como a los casinos de Montecarlo y Biarritz, porque mamá adoraba el alboroto. Luego regresábamos aquí para las cacerías y la pesca, y más tarde íbamos a Londres para la temporada social, Ascot y

Goodwood y la navegación en Cowes. ¡Y las fiestas! Jamás se volverán a hacer unas fiestas tan maravillosas. O, tal vez, eso es simplemente una opinión de juventud y todas las fiestas son buenas cuando uno tiene diecisiete años. Más tarde vino Baden-Baden y la Selva Negra y el esquí en Saint Moritz.

Así que yo fui una niña viajera, con una institutriz y un baúl lleno de juguetes, además de dos padres cariñosos. A los diez años estaba bastante acostumbrada a tomar el tren desde la estación Victoria en Londres con destino a París. Y a los catorce ya me conocía de memoria el Tren Azul que iba por la Riviera. Hacía aquellos viajes tan a menudo que podría haberlos hecho sola con mucha facilidad, aunque, por supuesto, no lo tenía permitido. Además, todos los conserjes de los mejores hoteles me conocían: Claridge, Lancaster, Hotel de París y el Gritti.

Para ustedes, jovencitos con *blue jeans* y botas de vaquero, con sus universidades y carreras, esto probablemente les suene muy lejano en el tiempo, pero cuando mis padres decidieron que yo necesitaba estabilidad y me enviaron a terminar mis estudios a París, pensé que había llegado el fin del mundo para mí. Alejada de Ardnarnna, yo era como la famosa Lily. Pero les hablaré sobre Lily más adelante, «todo a su debido tiempo», tal como mi madre solía decirme cuando yo me mostraba impaciente. Sin embargo, es extraño ver cómo la conversación siempre se vuelve hacia la «traviesa». Lily Molyneux, aunque entonces ella era la clase de mujer que jamás se olvida.

De todas formas, me vi alejada durante todo un año. Y luché contra aquello, ¡ooh, cómo luché! Lloré a mares, pero no hubo forma. Y la verdad es que una vez que estuve allí disfruté, aunque jamás se los hice saber a ellos, por supuesto. Seguí quejándome hasta el final, aunque solo fuera por mantenerlos sobre ascuas.

Me enviaron allí con la esperanza de que volviera convertida en una «dama», pero nadie se sorprendió de que eso no sucediera. Mi madre dijo que yo era muy personal, y que ella jamás me había alentado para que no fuera otra cosa que yo misma. Yo era inteligente, vivaz y muy divertida, con mis relucientes rizos pelirrojos, el cómico rostro y los ojos azules de los Molyneux. Además ya a los diecisiete era muy popular, y contaba con toneladas de amigos. Entonces regresé a casa y tuve que ser presentada en sociedad. ¿Pueden imaginarme toda envuelta en tul blanco con plumas en el cabello como si fuera una cacatúa volando?

Cuando tenía veinte años no pensaba en otra cosa que no fueran los caballos y los hombres. En ese orden. Salvo en París, en donde fue justamente a la inversa: los hombres primero y luego los caballos. Ustedes saben que jamás fui hermosa, pero todos decían que era divertida, ya que poseía una interminable charla y esta estruendosa risa que había heredado de mi madre y que hacía que la gente se contagiara al oírla.

—No se puede encasillar a Maudie Molyneux —solía decir la gente—. Ella es simpática con todo el mundo, sin mirar a quién. —Pero debo admitir que disfrutaba casi tanto de un buen chisme como de una buena galopada por el campo en un

neblinoso día otoñal. También adoraba París y la ropa y odiaba, incluso ahora, decir cuánto dinero desperdiciaba en comprar sombreros. En especial esos sombreritos para cóctel que se usaban en los años treinta. Había una mujer en St. Honoré, ¿cuál era su nombre? Oh, sí, *Madame* Simonetta, que hacía estos pequeños sombreritos con redecilla y plumas que costaban una fortuna. Pero eran divinos, valían cada centavo de su precio. Aún los tengo guardados arriba, junto con el resto de todo lo demás.

¿Quién podía imaginar en aquellos días despreocupados lo que sucedería después? Siempre digo que yo viví diez años extraordinarios y luego todas nosotras, jóvenes alocadas, tuvimos que crecer. Y para 1939, demasiadas de ellas debieron morir.

Mis amigos estaban dispersos por toda Europa, así como también Inglaterra e Irlanda. Algunos estaban incluso luchando del otro lado. Nos sorprendía a todos nosotros: en un minuto todo era romance y fiesta, y al siguiente se suponía que nos teníamos que odiar. Pero supongo que eso es de lo que tratan las guerras: los pocos e infames malvados que conducen a los buenos y valientes a la batalla, para servir sus propios intereses.

Mi amigo favorito fue uno de los primeros en ir. Archie Herbert. El que me contaba las pecas.

Archie era muy apuesto. Alto, de cabello negro, muy aristocrático, con un pequeño bigote oscuro y unos profundos ojos pardos. Y estaba muy guapo con su uniforme color caqui, con todas aquellas correas y cinturones de cuero lustrado y los relucientes botones dorados. Por supuesto, yo estaba locamente enamorada de él. Era un oficial profesional del ejército destinado en París cuando se declaró la guerra, y él se quedó para ver lo que podía hacer. Fue hecho prisionero y enviado a Alemania; su familia era muy conocida en la alta sociedad, de modo que para los nazis fue todo un éxito el hacerlo prisionero.

Recibí una carta de él, si es que se puede llamar así... unas pocas líneas, la mitad de ellas tachadas por el censor. Y luego nada más. Yo continué escribiéndole, con la esperanza de que aún estuviera allí y de que tal vez recibiera mis cartas. Y entonces, después de la guerra, lo buscaron. Había muerto en un campo de concentración en 1942. Habían dejado morir de inanición a aquel hermoso joven. Creo que jamás me repuse de su muerte.

Por supuesto, todos nosotros aportamos lo que pudimos en la guerra. Yo me alisté en la marina, los Wrens, principalmente porque ellos tenían el más elegante de los uniformes. Me habría gustado unirme a la caballería, pero no aceptaba mujeres y, de todas formas, ellos ya no usaban caballos. Los Wrens me convirtieron en oficial, no por mi gran educación ya que Dios sabe que jamás la tuve, sino porque hablaba tres idiomas. Jamás vi un barco en toda la guerra, pero pasé los mejores momentos de mi vida acompañando a oficiales por todo Londres. Luego, fui destinada al Almirantazgo, donde se movían esos pequeños submarinos y destructores sobre enormes mapas de reconocimiento en los océanos del mundo.

La guerra resultó ser una época de constante coqueteo. Dios sabe que en Londres no poseíamos casi ninguno de los placeres mortales: no había medias de seda, perfumes ni ropa, y muy poca comida. Aunque aún se podía tomar algún trago decente en el Café de París antes de que fuera bombardeado. Y los buenos hoteles, los Claridge y el Savoy, hacían lo mejor que podían con lo que tenían a fin de presentar una buena mesa por unos pocos chelines. Los clubes nocturnos y los *pubs* siguieron funcionando. Había música y nosotros bailábamos y reíamos mucho, aunque también llorábamos de igual modo. Y luego sobrevino el fin de la guerra. Cuando la euforia desapareció, vimos cuán pocos de nuestros amigos regresaban a casa. Los jóvenes con los que habíamos reído, bailado y bromeado juntos, los muchachos con los que habíamos jugado al tenis. Y aquellos con los que habíamos hecho el amor. Nuestro mundo jamás volvería a ser el mismo.

Después de la guerra yo regresé a mi hogar de Ardnarn. Mi madre aún estaba aquí, cuidando a sus pollitos, ovejas y vacas. Se había transformado en una pequeña granjera. No fue hasta más tarde cuando comprendimos la razón de ello. Ella debió ser más autosuficiente. El dinero era algo en lo que nosotros nunca habíamos pensado mucho. Cuando se lo tenía se lo gastaba, y cuando no, había que arreglárselas sin él. Pero los Molyneux siempre habían tenido dinero y no éramos grandes gastadores. No existían yates que mantener, ni fortunas tiradas en los casinos de Montecarlo, ni exóticas extravagancias dilapidadas con amantes o en joyas fabulosas. El dinero siempre había estado allí, durante siglos. Solo que ahora no estaba. O, por lo menos, no había mucho.

Se sabe cómo los hijos varones mayores siempre heredan las casas y el dinero; bien, mi padre era el segundo de los varones, de modo que no había heredado mucho. Todo lo que había recibido era una pequeña cantidad de su abuela, pero yo supongo que para entonces ya nos lo habíamos gastado todo. La fortuna de mi madre se había invertido en el extranjero, en acero alemán y en compañías navieras ya hundidas y en plantaciones de caucho en bancarrota. Todo había sido dirigido hacia lo que era incorrecto.

En medio de ese escándalo, me casé. Él era irlandés. Un tipo bastante simpático que había conocido de toda la vida. Pero después de Archie, no pude asentarme. Me aburrí, de modo que después de un año lo abandoné. Y luego conocí a otro hombre. Lo volví a conocer, debería decir. Un oficial de la marina que yo había conocido en el Almirantazgo. En los primeros días con los Wrens, yo solía acompañarlo en un coche oficial. Entonces ya me gustaba, y ahora también.

Por supuesto, existía un problema ya que yo todavía estaba casada, de modo que simplemente vivimos juntos en Ardnarn. A nadie le importó aquel hecho. Fue cuando yo estaba a punto de obtener el divorcio y casarme con él cuando comenzaron los problemas. Oh, estaba bien vivir con un hombre, todos podían hacer la vista gorda a eso. Pero ¿qué había de un divorcio? ¿En aquellos días? Dios no lo permita. Y sí lo hizo, por vía del obispo en persona.

De modo que había que divorciarse, casarse con el hombre y vivir en el exilio, o quedarse en casa, en Ardnavarna. Yo elegí Ardnavarna y jamás me arrepentí de tal decisión aunque, de cualquier modo, mi primer marido murió un par de años más tarde y yo volví a ser una mujer libre. Me transformé en la Alegre Viuda Molyneux, ya que, como todas las mujeres de esta familia, yo no tomé el nombre de mi marido. A todo esto, se pronuncia «Molynú», para ponerlo en claro.

La vida continuó. Tuve toneladas de amigos dispersos por todos los continentes y finalmente recibí el dinero que había dejado mi abuelo del fondo de los Molyneux, de modo que pude visitarlos a todos tan a menudo como quería. Poseía mis caballos, París ya había vuelto a ser la misma al ritmo del *jazz* norteamericano y con la gente a la moda... oh, volvía a disfrutar de las extravagancias de los viejos tiempos.

Luego, me fui de viaje a la India con mis padres. Mi padre tuvo una mala caída en un partido de polo, y unos cuantos días más tarde, supimos que había contraído el tétanos. Una semana después había muerto, y yo debí traer a mi madre de regreso a casa. Ella estaba completamente desolada sin él y por supuesto yo también.

Mamá se quedó tranquila en Ardnavarna cuidando sus jardines, ¡en aquellos días eran un cuadro digno de verse, pueden estar seguros de ello! De modo que después de algún tiempo, retomé mis viejas diversiones, volando de Londres a París y de allí a Dublín como una mariposa. Pero siempre regresaba a Ardnavarna para la temporada de caza. Nuestros establos estaban entre los mejores del país, nuestros dálmatas eran lo mejor de la raza, buenos descendientes de los perros de la famosa *Lily*, y nuestros jardines eran los más bonitos de Connemara.

Luego, cuando mi madre finalmente murió, regresé a Ardnavarna para siempre.

Pero ya estoy de nuevo hablando de mí, de la forma en que la Pérfida Brigid siempre dice que lo hago, y lo único que yo deseaba era hablarles acerca de lo que sucedió ayer, acerca de toda la emoción y de mis inesperados invitados.

Capítulo 2

Había llovido toda la mañana, y los perros estaban cansados porque ya habíamos dado nuestro paseo habitual por la playa. Es decir, ellos corren y yo los sigo a caballo, en mi fino caballo bayo, *Kessidy*, o en el loco *Malachy*, el zaino que puede volar como el viento y a menudo lo hace. Es un viejo animal engañoso, y uno debe ser más fuerte y hacerle saber quién es el que manda para que entonces él se digne cabalgar a la perfección. Temerario y rápido, con la constitución de un buey, ese es *Malachy*.

La mayoría de los días vamos por los senderos de los bosques y bajamos a la playa, donde corremos por el borde del agua, conmigo gritando y riendo como una criatura enloquecida. Y los perros corriendo como el demonio con las orejas al viento, ladrando a pleno pulmón, por pura diversión. Ese es el mejor momento del día. El viento silbando en mis oídos, el ruido de las olas palpitando muy fuerte mientras mi corazón y el caballo casi cantan con la velocidad desarrollada debajo de mí. Puedo decir que es lo mejor que hay después de hacer el amor. Ah, y allí voy de nuevo, derramando mis secretos como el vino se derramaría de una copa bien llena. «Eso ya es suficiente», diría mi madre, Dios la tenga en su gloria, cuando yo hablaba de manera indiscreta. Y se puede afirmar que ella tenía razón.

¿Han estado alguna vez en Connemara? Si no es así, sentirán un placer único, ya que ver Connemara por primera vez es como ver el país de Dios que se revela en un sueño. El paisaje cambia en pocos kilómetros: en un momento es yermo y desolado, con montañas desnudas verdiazules y tal vez algún arroyuelo cristalino que corta un sendero desde lo alto hacia un caudaloso río de color marrón. Luego dejarán atrás el espacioso y rocoso paisaje y aparecerán kilómetros de marismas de turba del color del chocolate amargo y los misteriosos lagos plateados llenos de cañas y rodeados de árboles. Allá donde la tierra se hunde hacia el océano, verán diminutas cabañas hechas de piedra rugosa pintada de blanco, con los techos de paja bien atados como protección contra los ásperos ventarrones.

El cielo de Connemara atrae a los artistas de todos los rincones del mundo. Es a veces del color de las piedras de la luna y de los ópalos; otras tiene exactamente el color gris del mar. Me hace desear a menudo saber pintar. A medida que se avanza, se encontrarán con una solitaria vaca de color caramelo, sentada sobre una formación rocosa, masticando hierba plácidamente y observando al viajero. Y tal vez un pequeño *pony* de Connemara pase al trote por el camino, sin dueño, con su diminuto potrillo blanco con las crines enredadas por el viento y una cola tupida, como si fuera el *pony* de un cuento de hadas, trotando al lado de su madre. Algunos días es un escenario solitario, pero para mí es el lugar más tranquilo que se pueda encontrar en este viejo y ajetreteado mundo.

De todos modos, la tarde era soleada y cálida. Yo estaba montada en *Kessidy*, pero por una vez los perros no vinieron conmigo. Dejé a las holgazanas criaturas detrás, dormidas en los escalones de la entrada y fui al trote para hacer algo distinto, saliendo a los campos y bajando al sombreado sendero. Después de un rato, vi un pequeño Fiat por el camino hacia la Casa Grande, con una joven muchacha de cabellos pelirrojos al volante.

Ahora no es fácil encontrar la casa; el viejo cartel se rompió hace años, pero de todas formas jamás fue de gran utilidad; era simplemente un trozo de madera escrita a mano y castigada por el tiempo, que ahora se mece borracha apuntando hacia el suelo, como si nadie hubiera necesitado jamás saber el camino hacia Ardnarná. Se llega doblando por un camino secundario y, con el roto cartel y todo, es fácil perderse. De modo que supe al instante que no se trataba de un turista común, perdido y asombrado, en busca de la entrada de un parque nacional. Esta joven de cabellos rojos era una persona que venía con un propósito.

La curiosidad es otra de mis debilidades, de modo que por supuesto la seguí, solo que por el camino fácil a través de los árboles, ya que a través de los años aquel sendero se ha transformado en poco más que una senda que es casi imposible de atravesar cuando está lluvioso y embarrado. Lejos estaban los días en que existía el camino de carruajes que conducía a Ardnarná y que la familia Molyneux mantenía en perfecto estado.

Sentí pena por ella, dando saltos a lo largo de más de un kilómetro, hasta que se detuvo frente a los casi derrumbados postes de piedra de la entrada a la Casa Grande, con un par de leones en la parte superior que sostenían el escudo heráldico entre sus garras. Los ornados portones de hierro siempre están asegurados con cuñas de pesadas piedras, y lo que queda del una vez famoso camino, son solo malezas y más surcos, además de las hayas que han crecido tanto que bloquean la luz. Aun en un día soleado, se ve sombrío y opresivo.

Ella entró al camino y se dirigió hacia la casa dando tumbos. Yo hice caminar a *Kessidy* detrás, escondida entre los árboles para que no me viera. Ese camino tiene una distancia de un kilómetro y curvas a través de los árboles, ofreciendo tentadoras vistas de torres de piedra gris, que pueden llegar a volver a uno loco de impaciencia por ver por fin el lugar. Y cuando uno sale de entre las hojas de los árboles, allí está, recortada con el sol de la tarde como fondo, dando la apariencia de que aún hubiera vida allí.

La muchacha bajó del coche y se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, observando. Vi que sus hombros caían en signo de desilusión. Ya que no es nada sino una cáscara ennegrecida.

El techo se ha caído en una docena de lugares y la hiedra trepa por los boquetes de las ventanas. Por supuesto, aún quedan vestigios de su antigua grandeza; el imponente pórtico con las cuatro columnas corintias y la enorme puerta de entrada, lo suficientemente ancha como para que pase un caballo tal cual se dice que mi abuelo

hacía todas las vísperas de Año Nuevo, sentado en el lomo de un caballo, hasta llegar al centro de la gran sala de piedra, donde estrellaba una copa de champán. «Para traer suerte a los Mulyneux», decía. A la vista está que el hombre se equivocó por completo.

Desmonté y di unos pasos hacia la joven.

—Ha venido a ver las viejas ruinas, ¿no es así? —le dije.

Ella se volvió.

—Me refiero a mí, no a la casa, por supuesto —dije, estallando en risas por mi pequeña broma—. ¿Y quién es usted que está entrando en mis tierras?

—¿Sus tierras?

—Bueno, por supuesto que son mías —le respondí con impaciencia—. Todos saben eso. Espero que sea extranjera. Nadie del lugar desearía ni siquiera observar estos viejos restos.

Me observó sin hablarme y pude ver por su asombrada mirada que estaba evaluando mi edad y mis infantiles rizos pelirrojos con el destrozado sombrero de fieltro negro sobre mi cabeza, mi desteñida chaqueta rosada, los antiguos pantalones de montar y mis elegantes botas lustradas.

—Si estaba buscando el castillo de Ardnarna, este es —le dije alegremente—. O más bien, lo que queda de él. Era un lugar imponente; tenía cincuenta y dos habitaciones, una para cada semana del año. Frío como el demonio, aún más frío que los inviernos en Moscú, como mi madre solía decir. Y no se caldeaba ni con las cuarenta chimeneas ardiendo a la vez: jamás se dejaba que se apagaran, aun cuando la familia no estuviera. Calentar esa casa era como alimentar la caldera de un barco y costaba diez veces su mantenimiento.

»Pero usted deseará saber lo que sucedió. Mil novecientos veintidós: fue entonces cuando nosotros los irlandeses tuvimos “los Problemas”, y los *muchachos* nos hicieron una visita. Eran muchachitos del lugar; yo los conocí a todos a pesar de las máscaras que tenían puestas. Dijeron que lo sentían mucho, muchísimo, pero que tenían instrucciones de quemarlo. “Adelante —dije con rabia—. Es la primera vez desde que lo construyeron que el maldito lugar estará caliente”.

»Yo tenía tan solo doce años y estaba sola, a no ser por la estúpida institutriz, que había ido a esconderse a los viveros. Todos los sirvientes sabían lo que iba a suceder, por supuesto, y entonces desaparecieron como duendes al amanecer. Los muchachos me dieron quince minutos para que tomara lo que deseaba y yo pensé rápido. Había pinturas de Rubens, Van Dyck, los retratos de la familia y la platería. Y las perlas de mi madre... piezas todas de incalculable valor, todas irremplazables.

»Al final, por supuesto, corrí a los establos y saqué a los caballos y perros. Solté a los pollitos y los espanté, pero el resto se quemó y yo jamás me arrepentí ni por un minuto de mi decisión. —Me reí cuando recordé el rostro de mi madre cuando se lo conté—. Pero ella jamás me perdonó por las perlas.

La muchacha simplemente me miraba, tímida y con los ojos muy abiertos, sin

saber si decir que lo sentía o que estaba contenta por mí. Yo tomé impaciente las riendas de mi caballo y las apoyé contra mi muslo, esperando que ella se presentara.

—¿Y bien? —le pregunté exigente—. ¿Quién es usted?

Ella se irguió, de la misma forma en que lo hubiera hecho en presencia de la directora de un colegio, alisando la arrugada camisa de algodón blanco. Tenía un enmarañado cabello rizado color cobre y rojizo y unos fríos ojos grises orlados de pestañas oscuras. Las pecas eran como las mías. Me suavicé ante ella de inmediato. Y entonces me dijo:

—Soy Shannon Keeffe.

—¿Una O’Keeffe, no? —No pudo haberme dicho nada más sorprendente y volví a reírme, ahora sí que ampliamente divertida—. Bueno, bueno —dije—. Siempre me pregunté cuándo aparecería uno de los bastardos de Lily.

Ella se puso roja de confusión.

—Pero esa es en parte la razón de que esté yo aquí —exclamó—. Para saber más sobre Lily. ¿Quién era ella?

—¿Quién era Lily? —Porque Lily era famosa—. Todos aquí la llamaban la Malvada Lily, y quizá tuvieran razón. Lily poseía el tipo de belleza que se convierte en leyendas que se mantienen vivas; manejaba a los hombres con la punta de sus dedos y causaba estragos donde iba. Dividió familias, hermanos, hermanas, amantes, marido y mujer. Incluso niños. Y si quieres saber cómo yo sé todo esto, Shannon Keeffe, es porque mi madre, Ciel Molyneux, era la hermana menor de Lily.

Los ojos de la jovencita se abrieron de interés.

—Oh —dijo, entusiasmada—, entonces, ¿me puede usted hablar sobre ella?

—Eso depende de la razón por la que tú deseas saber —respondí con inteligencia—. Después de todo, no tenía intenciones de revelar los esqueletos del armario de la familia a una completa extraña.

Coloqué mis dedos en la boca y produje un silbido. *Kessidy* salió al trote de entre los árboles y vino hacia mí.

—Pero te diré esto —añadí, montando de un salto el caballo—, tú no eres la primera que busca las huellas de Lily. —Mientras bajaba al trote por el camino, le dije—: Sígueme, Shannon Keeffe, por el sendero.

Ella maniobró su Fiat detrás de mí, por el sendero hacia la izquierda del camino de entrada. Era poco más que un camino para caballos, tan angosto que las zarzas amenazaban con quedarse con la pintura del vehículo y el follaje de helechos se cernía sobre él. Luego, de pronto, los árboles se espaciaron y los helechos se abrieron: delante de nosotras estaba Ardnaverna.

El sol brillaba sobre las altas ventanas de guillotina; el penetrante humo de la turba escapaba por las chimeneas y los dálmatas aparecieron tumbados como en una pintura sobre los escalones de la entrada. La puerta estaba abierta, como de costumbre, y en las verdes colinas detrás, el joven que atendía los establos tocaba una simple tonada en una gaita con el sonido exacto de un ruiseñor.

Al olfato de un extraño, los perros levantaron las cabezas; luego se pusieron de pie al instante y trotaron hacia nosotras. Yo desmonté y le di a *Kessidy* una palmada en las ancas que lo envió camino de los establos donde el muchacho se encargaría de él, y luego alejé a los perros para que se tendieran nuevamente con un simple gesto de la mano.

—Abajo, malditas criaturas —les grité con enojo y ellos se sometieron, sentándose sobre sus cuartos traseros y moviendo sus tontas colas, sabiendo que no quería decir nada de lo que había dicho—. Malditos idiotas —le dije a Shannon Keefe—, pero ellos me gustan mucho. La verdad es que no puedo vivir sin ellos.

La joven observaba fijamente la casa con una expresión de raptó en su rostro que me indicaba que se había enamorado de ella, y yo sonreí complacida.

—Tomemos el té —le dije con tono de hospitalidad llevándola hacia el interior. Sus adorables ojos se abrieron de placer cuando observó la atestada entrada y las polvorientas puertas antiguas, respirando el olor de aquello. Supe en aquel momento que me gustaba aquella muchacha.

—Es la casa más encantadora que jamás haya pisado —me dijo con una vocecita suave y temblorosa como si se sintiera bastante conmovida por ello—. Es como si estuviera viva —dijo riendo—. Uno casi puede oírla respirar.

—Es verdad —asentí con modestia, dejándola pasar delante de mí hacia el interior de la cocina, ya que no hay nada más agradable que un poco de adulación cuando se trata de algo que está muy cerca del corazón.

Ahora, la Péfida Brigid es tan regordeta y de huesos grandes como yo soy de delicada como un gorrión. Ella tiene una cara redonda con doble barbilla, y su cabello gris está dividido en el centro y sujeto detrás de cada oreja con una horquilla, blanca de plástico. El delantal rosado por lo común está más levantado varios centímetros por detrás, dejando al descubierto la parte posterior de sus rollizas rodillas. Cuando trabaja en la cocina, siempre tiene puestas un par de viejas botas verdes enfundadas en unos imposible pies diminutos.

—Para estar cómoda —dice, sin pensar en el aspecto que tiene.

—Esa es la Péfida Brigid —dije, haciendo a un lado montones de periódicos y de libros, además de un par de gatos anaranjados—. He invitado a Shannon Keefe a tomar el té con nosotras, Brigid —agregué en voz alta. La vieja se había quedado un poco sorda en estos últimos años.

—Entonces está bien que haya sacado una bandeja de bollos —me respondió tajante—. La próxima vez, *madam*, si tiene pensado invitar a alguien a tomar el té, hágamelo sabe antes para que lo pueda preparar de manera apropiada. —Dicho aquello, tomó un plato gigante lleno de bollos recién horneados y los colocó con estruendo sobre la mesa. Fue hasta el aparador y sacó de allí un enorme tarro de jalea.

—Frambuesas frescas, yo misma las recogí —le susurré de forma conspiratoria mientras Brigid colocaba el tarro de jalea sobre la mesa, delante de nosotras. Luego, tomó un recipiente de cerámica lleno de crema y lo puso junto a la jalea.

—El pan todavía no está frío, de modo que deberán arreglarse sin él —gruñó, dirigiéndose nuevamente hacia la cocina.

Sabiendo cómo irritarla, le conté a Shannon la historia de cómo todo el mundo empezó a llamarla «Pérfida». Ella me envió una mirada cargada de odio y yo sonreí burlona.

Alejé a los dálmatas de las sillas donde estaban sentados esperando bocadillos, y serví el té fuerte y negro en unas delicadas tazas.

—Aquí tienes la tuya, Pérfida Brigid —le dije burlona, sabiendo exactamente cuál sería su respuesta.

—Usted sabe que yo siempre tomo el mío en la vieja taza de afeitar de su padre —gruñó, viniendo rápidamente hacia la mesa.

Ella es un animal de costumbres, mi buena Brigid.

Desde que la conozco y *ustedes* saben que hace muchísimos años, Brigid parecía estar en eterno movimiento, de la misma manera que yo parezco estar siempre en mitad de frase, trotando de aquí para allá, tan liviana sobre sus pies como un boxeador de peso pluma, a pesar de su cuerpo robusto y de sus viejas botas verdes.

Volví a dirigirme a Shannon, con la boca llena con un bollo:

—Brigid es mayor que yo, por supuesto. Ella solía cuidarme cuando yo no era más que una niña. Debe tener alrededor de cien años.

—Jamás hice eso —replicó Brigid acalorada, blandiendo el cuchillo del pan en el aire sobre el pan recién salido del horno—. Tenemos la misma edad y usted lo sabe. Lo que sucede es que usted jamás lo admite.

Le di de comer a los gatos y a los dálmatas pequeños bocaditos de bollos y le hice un guiño a la muchacha.

—Deberás perdonar a Brigid —le dije orgullosa—. La vieja señora jamás supo ocupar su lugar.

Brigid protestó pero no dijo nada y yo le sonreí brillante a Shannon, pensando que ya era hora de descubrir su historia. La miré con cuidado. Podía ver que era una belleza, aunque aún debía acostumbrarse a ello. Tenía el magnífico cabello color cobre que yo solía tener, aunque el mío jamás fue tan exuberante. Y aquellos divinos ojos grises, tan fríos y claros, que sabía que algún día enloquecerían a un hombre. Es decir, si ya no lo habían hecho.

Me incliné hacia adelante, inspeccionándole las pecas.

—Tengo una crema —le dije en un susurro—, preparada de una receta de mi madre en el pueblo del otro lado de Kylemore. Es milagrosa con las pecas. Probablemente por su proximidad a las santas monjas que están en la abadía, como siempre decía mi madre.

—¡Ohhh! —exclamó Brigid desde la cocina.

—No le prestes atención —dije, acercando mi silla—, y háblame sobre ti.

—Bueno —dijo titubeando—. El nombre de mi padre es Bob Keeffe.

Detrás de mí oí a Brigid volverse para escuchar, pero no dijo nada. Ni tampoco

yo.

—Me preguntaba si usted lo conoció.

—¿Por qué debería conocerlo? —le pregunté cautelosa.

Ella me miró, con incertidumbre.

—Pero usted conoce el nombre de O'Keeffe. Y dijo que ¡era uno de los bastardos de Lily!

Asentí y tomé de mi té, esperando oír lo que ella tenía que decir antes de hacer conocer los secretos de mi familia.

—Es una larga historia —me dijo con un gran suspiro—. De modo que supongo que será mejor comenzar desde el principio.

—Es lo mejor que puedes hacer —asentí, mientras Brigid acercaba una silla y se acomodaba para escuchar.

Capítulo 3

Shannon.

—Supongo que todo comenzó hace tres meses, cuando cumplí veinticuatro años —dijo Shannon—. Mi padre dio una gran fiesta aquel fin de semana en nuestra casa de campo en Long Island, para celebrar tanto mi compromiso como mi cumpleaños. —Ella sonrió tímidamente, aunque esa sonrisa no logró alcanzar sus adorables ojos grises—. En realidad, era mi tercer compromiso en dos años. Papá me preguntó, «¿Será serio esta vez?». Y yo le dije con confianza que seguro que sería así. Se sentía muy contento de que yo fuera feliz, aunque creo que Buffy, mi madrastra, estaba complacida por que finalmente me apartaría de su camino.

»Todos conocían al Gran Bob Keefe —continuó Shannon con una orgullosa sonrisita—. Durante años su historia se escribió en todas las revistas, aun cuando a él no le gustaba mucho hablar de su vida. Pero cuando uno tiene el tipo de éxito que él tenía, de alguna manera se convierte en propiedad pública y ya no queda nada que sea secreto. O, por lo menos, eso era lo que yo pensaba.

»Jamás le hablaba a los medios de comunicación sobre su vida personal, solo sobre sus negocios. Era un hombre que había crecido solo, un millonario, y todos deseaban saber cómo había hecho su fortuna:

»—Un nuevo rico, eso es lo que soy —les decía siempre. Y eso era todo cuanto conseguían saber.

»Se decía que tenía grandes propiedades, pero simplemente se reía ante eso. Le gustaba considerarse a sí mismo como un “constructor”... y siempre deseaba construir cosas más grandes que cualquiera. Sus rascacielos dominan los cielos de una docena de ciudades norteamericanas y estaba construyendo su propio sueño, la torre de ciento veinticinco pisos en Park Avenue, diseñada por M. Pei.

»La gente pensaba que era extraño que jamás hablara de su pasado, lo desdeñaban y se decía que se avergonzaba de haber sido un huérfano. Pero no era cierto; él jamás se avergonzó de confesar que una vez había sido pobre.

»A veces, cuando lo veía por televisión hablando sobre sus proyectos, siempre me pillaba por sorpresa el ver lo apuesto que era. Los periodistas lo describían como el jovial hombre de sesenta años, que con sus encantos podía quitar las monedas del bolsillo de un mendigo y las ropas de cualquier mujer bonita. —Shannon sonrió tímida, al recordarlo—. Y supongo que tal vez tenían razón. Tenía penetrantes ojos azules y tupido cabello gris plata que una vez había sido tan negro como solo puede serlo el verdadero “negro irlandés”, además de que siempre estaba inmaculadamente bien vestido. Pero tenía las manos de un trabajador; grandes y fuertes. Decía que eran su herencia y que descendía de gente acostumbrada al trabajo duro, a las granjas de

piedra de los campos irlandeses, de tantos siglos de historia.

Suspiró al recordarlo.

—Circulaban muchas historias sobre él, además de terribles rumores sobre sus infidelidades, pero estoy segura de que no eran tantas, y sé que, por mi bien, siempre trató de ser discreto. Y supongo que también por el de Buffy. Sé con certeza que jamás olvidó lo que era ser pobre y estar solo; daba mucho dinero para obras de caridad, siempre de forma anónima, ya que odiaba la publicidad. Pero la fama y la notoriedad parecían perseguirlo.

Todas las revistas y diarios de los Estados Unidos se habían hecho eco de la historia de cómo Robert O’Keeffe comenzó como niño pobre, un huérfano que había trabajado en obra en construcción de Boston durante años para pagarse sus estudios. Y cómo, con el título de ingeniero en el bolsillo, se había casado con Mella, una muchacha irlandesa de Limerick. Decían que ella era frágil y de cabellos pelirrojos, de una belleza delicada; el amor de su vida, y estaba tan sola en el mundo como él mismo lo estaba.

Encontró un trabajo estable en una empresa de construcciones y ambos compraron una pequeña casa en las afueras de Boston. Un año más tarde, cuando Shannon nació, él sintió que la vida ya no podía ofrecerle nada más. Eran felices y formaban una pequeña unidad perfecta.

Luego todo se derrumbó: Mella enfermó de un cáncer que fue detectado cuando ya era demasiado tarde. Murió cuando Shannon tenía dos años y Bob se quedó en la casa, bebiendo hasta emborracharse noche tras noche, solo con su pena, mientras los preocupados vecinos cuidaban de la niña.

Después de un mes, contó más tarde, su pena se convirtió en rabia hacia el mundo que seguía girando sin su adorada Mella, y luego la rabia se transformó en ira hacia sí mismo por no haber podido ayudarla. Dejó de beber y enterró su frustración y su rabia en el trabajo. La niña quedó al cuidado de unos vecinos amables mientras trabajaba todas las horas que Dios le enviaba, llenando su cabeza con nada que no fuera una ciega ambición.

Decía que tuvo suerte: siempre fue el hombre adecuado en el lugar y el momento adecuados. El éxito no se hizo esperar en una forma menor, pero él no se contentó solo con eso. Pidió prestadas enormes sumas de dinero a los bancos, cuyos gerentes quedaron encantados por su lengua de oro e impresionados por su dedicación, su conocimiento de los negocios y su perspectiva. Y en cuatro años llevó a su pequeña compañía a la cima. Dijeron de él que era un hombre que sabía lo que hacía, lo que deseaba y lo que tenía decidido hacer. Los bancos fueron rápidos en vislumbrar las cualidades de un ganador. Le daban lo que él pedía y jamás se lo reprocharon, ya que el Gran Bob O’Keeffe jamás los defraudó.

Cuando Shannon tenía seis años, compró un apartamento en Park Avenue de Nueva York y contrató a un decorador de moda para que lo reacondicionara. La instaló allí con un ama de llaves y una niñera, además de inscribirla en el convento de

las ursulinas. Se decía que, en recompensa por su buena fortuna, Bob ofreció sus servicios y una parte de su dinero a varias obras de caridad, y que luego comenzó a ser visto en las fiestas más elegantes de la ciudad.

Conoció a Barbara van Huyton, Buffy, en la primera de las fiestas, durante su primera semana de salidas. Ella era alta y delgada, con un espléndido vestido de terciopelo negro, el cabello rubio perfectamente recortado hasta los hombros, una nariz perfecta y seguros ojos color azul púrpura. Su familia poseía un nombre importante, pero no dinero; era la imagen que él tenía de la muchacha de clase alta y se casaron seis meses más tarde.

Los amigos de Buffy dijeron cuando ella se casó con él que había cambiado sus ventajas sociales por su dinero. Y tenían razón. Él hizo un contrato matrimonial de un millón de dólares con una suma adicional de un millón por cada año que estuvieran casados, a ser pagados en su cuenta bancaria en el aniversario de bodas. Buffy era tan fría como su marido volátil, tan cínica como él apasionado, y las malas lenguas decían que ya durante el primer año de su matrimonio él tenía una amante. Y más tarde dijeron que esta era solo la primera de muchas.

Shannon dijo:

—Yo tenía noticias de la última de las amantes de mi padre, Joanna Belmont, aunque supongo que otras personas también lo sabían, salvo Buffy. Y eso era solo por propio interés —añadió con amargura—, tan solo deseaba proteger su inversión. Obviamente, no podía haber considerado a Joanna como una amenaza. Probablemente pensó que era alguna actriz.

»Ella realmente había sido actriz, ya que eso lo sé por el hecho de que Joanna no trabajó más desde que conoció a mi padre. Era hermosa. De treinta y cinco años, un metro setenta sin tacones, rubia, y supongo que podía decir que era exuberante. Los colegas del teatro decían que poseía la sonrisa de Doris Day, el cuerpo de Ginger Rogers cuando era joven y las piernas de Shirley MacLaine. Supongo que mi padre encontró que aquella combinación era irresistible. Y tal vez a Joanna él realmente le importaba, ya que con su temperamento tempestuoso no pudo haber sido fácil para ella mantener el secreto.

Se encogió de hombros cansada.

—De todos modos, así estaban las cosas la noche de la fiesta.

Capítulo 4

Long Island, N. Y.

Era una noche calurosa y húmeda. Una generosa cena a base de caviar con huevos revueltos, langosta, marquesa de chocolate y frambuesas, todo ello acompañado por la mejor marca de champán, ya había sido devorada por los cuatrocientos invitados reunidos debajo de los árboles iluminados por linternas y sobre la larga terraza que proporcionaba una vista lejana del lago. Ahora todos bailaban debajo de una suntuosa marquesina de seda blanca y verde. Se habían recogido las ondulantes cortinas para dejar pasar algún vestigio de brisa, y mujeres elegantemente ataviadas paseaban por los jardines, dándose aire con unos abanicos de papel chino que Buffy había provisto anticipándose al calor. También había preparado paraguas y caminos entoldados, para el caso de que se presentara lluvia: Buffy era una mujer que no dejaba nada al azar y Shannon creía que su madrastra sería una buena abogada en cualquier corporación. No había aprobado el espectáculo de *cabaret* que iba a comenzar. Su padre había insistido contra todas sus protestas.

—Es tan irlandés —se quejó.

—Bueno, por el amor de Dios, yo soy irlandés —bramó su padre—. Y también lo es Shannon, a pesar de todos tus esfuerzos por domarla. —Y así él había seguido adelante y contratado una banda tradicional irlandesa y un conjunto de bailarines y cantantes que les enseñaran a los invitados a cantar y bailar.

Abriéndose paso entre la animada concurrencia, Bob Keeffe tomó la mano de su hija y la condujo al escenario. Hizo silenciar a la banda con un gesto de la mano, y con una voz atronadora que no necesitaba de micrófono dijo:

—Damas y caballeros, amigos míos —se dirigió a los invitados, y los jóvenes levantaron obedientes la mirada y los que paseaban por el jardín se volvieron a escuchar.

—Como saben, esta fiesta es para celebrar el cumpleaños de Shannon —dijo—, pero esta gente vino para celebrar su cabello pelirrojo y sus sonrientes ojos irlandeses.

En medio de risas tomó un micrófono y anunció:

—Damas y caballeros, los violines, flautas y acordeones tocarán para ustedes y toda esta adorable gente joven —hizo un gesto hacia los bailarines que estaban parados detrás de él— les enseñará cómo se baila de verdad.

La música comenzó y Bob rodeó con un brazo a Shannon y la hizo dar un giro. En cuestión de minutos la pista estalló en taconeos y los invitados que estaban por los jardines se dirigieron hacia la marquesina, atraídos por el imán de una música diferente.

Más tarde, mientras Shannon bailaba con su novio, vio a su padre ir solo hacia el borde de la marquesina. Apoyado contra los postes, con una mano en el bolsillo de su immaculada chaqueta blanca, observaba a los bailarines, y entonces ella pensó que su padre se veía extrañamente solitario para ser un hombre con tantos amigos.

Buffy también lo observaba. Le dirigió una de sus típicas miradas cargadas de frialdad y Shannon supo lo que estaba pensando. Podía leer los pensamientos de su madrastra como si fueran un libro. Siempre había solo dos cosas en su mente. El dinero y la posición.

Buffy había odiado siempre ser pobre. A los veinte años, se veía a sí misma envejeciendo, luchando por mantener su posición social y su belleza con un sueldo de hambre, de la misma forma en que lo había hecho durante su niñez y entonces decidió casarse por dinero. Sabía que lo que necesitaba era un «empresario», un hombre de la Nueva Era que hiciera el dinero como si lo hubiera inventado. Ella encontró a aquel hombre en Bob O'Keeffe.

Buffy tenía veintiséis y Bob cuarenta. La boda fue muy ostentosa, con toda la familia de ella y sus muchos amigos por invitados, y la hija de Bob de ocho años como dama de honor. La «O» fue borrada discretamente del O'Keeffe, y ella se transformó en Buffy Keeffe y Shannon en su hijastra. Era una anfitriona perfecta; conocía a todo el mundo que fuera importante y era hermosa. Sin embargo, sabía que en el primer año de su matrimonio su marido ya tenía una amante y que habría muchas más desde entonces. Pero Buffy y el Gran Bob Keeffe siguieron siendo una leyenda social, la pareja más elegante de Nueva York y Palm Beach.

Shannon se deshizo de los brazos de Wil Davenport. Le dijo riendo:

—Dame un descanso, Wil. No puedo respirar. Necesito beber agua y tomar aire fresco.

—Te traeré ambas cosas —le dijo galante, acompañándola hacia el parque y dirigiéndose luego a buscar agua.

Shannon sonrió mientras observaba cómo se alejaba. Lo había conocido hacía exactamente tres meses y no podía esperar a pasar el resto de su vida con él. Era alto, moreno y tan apuesto como cualquier hombre joven tenía el derecho de serlo. Muy romántico, le enviaba flores todo el tiempo. La adulaba con palabras y pequeños regalos. No era muy rico, le había dicho impresionado por la riqueza de su padre, pero Shannon sabía que aquello no importaba, que su padre no había comenzado en la vida como hombre rico.

No recordaba a su propia madre, pero sí recordaba cuando su padre se casó con Buffy y a ella misma como dama de honor ataviada con un vestido de seda color limón, tan duro que se estremecía cuando caminaba por la nave de la iglesia. Había permanecido de pie como una estatua, temerosa de moverse en caso de hacer ruido con sus faldas y tapar así las santas escrituras. Y después de eso Buffy se había hecho cargo de sus vidas.

Para cuando cumplió los once años, Shannon era demasiado alta para su edad,

delgada como una liebre y con el feroz cabello pelirrojo como corona. Su cara estaba llena de pecas que despreciaba, y los dientes estaban tan torcidos que supo que deberían pasar largos años de aparatos de ortodoncia. Y sus huesudas rodillas sobresalían de los odiosos vestiditos cortos que Buffy le obligaba a ponerse, haciéndola aparecer como Ana la Andrajosa. Tenía unos enormes ojos gris claro rodeados de pestañas oscuras, y unos modales desmañados que ocultaban sus inseguridades. El rostro era de huesos grandes y simétrico, con la nariz algo achatada de la vez en que se había caído de un *pony* a los ocho años, defecto que su madrastra insistía en que debería ser corregido más tarde.

Buffy cuidaba de que ella asistiera a los colegios correctos y que tuviera los amigos adecuados; por lo tanto iba a fiestas con niños de «su clase», pero la verdad era que las dos tenían poco en común, salvo a Bob.

Sin embargo, su niñez había sido lo suficientemente feliz, ya que ella era la luz de los ojos de su papá. Pero, aun cuando Bob Keefe la adoraba, no era un padre atento; estaba demasiado ocupado en hacer dinero para encargarse de ella. Aunque siempre se aseguraba de estar presente en los principales acontecimientos, y se sentía orgulloso de su única hija.

—Tú lo tienes todo, bebé —le solía decir con admiración—. Puedes ser cualquier cosa que desees, de la misma forma que tu padre. Pero recuerda esto, querida: debes ir detrás de lo que desees y lo debes desear realmente con el corazón. Esa es la diferencia que existe entre nosotros los irlandeses y estos ricos de vieja estirpe. Ellos llegaron en el *Mayflower* y nosotros lo hicimos en esos barcos ataúd. Pero míranos a nosotros ahora. —Y rugía de la risa ante la idea exacta del lugar que ahora ocupaba, tan alto y todopoderoso y más rico que el hombre que tenía al lado, con una esposa tan educada como la suya y una hija sobre la cual poder derramar su amor y su dinero.

Pero, por extraño que parezca, cada vez que ella preguntaba: «¿Pero quiénes son nuestros familiares irlandeses, papá? ¿Por qué no tenemos ni tías ni tíos?», él siempre se encerraba como una ostra y le decía que no se hiciera líos en su cabeza con esas cosas. Que tal vez le contaría algo cuando fuera mayor. Y entonces la mandaba rápidamente a tomar el té a algún hotel elegante.

Shannon creció protegida del «verdadero mundo» por el dinero y los elegantes colegios privados. Pasaba sus veranos en compañía de aburridos adultos en los yates que se mecían por el Mediterráneo, y las vacaciones de invierno las pasaba con adultos todavía más aburridos en las villas de Barbados. La mejor época del año era el campamento de verano con las otras chicas, donde durante unas cuantas semanas corrían libres y hablaban de chicos.

A medida que pasaron los años se le enderezaron los dientes, las rodillas se redondearon, los brazos y piernas se alargaron y el cuerpo floreció, pero siguió con su nariz aplastada, sin prestar atención a las instrucciones que Buffy le había fijado. Le salieron curvas en los lugares correctos y era lo suficientemente delgada allí donde

era importante. Pero el cabello era aún pelirrojo y las pecas seguían siendo la ruina de su vida. Para su vergüenza, los ojos eran verdaderamente las ventanas de su alma, de un gris tan profundo como el lago y reflejaban el paso de toda emoción. Sabía que era imposible esconder los sentimientos; ellos estaban justo allí, a la vista de todo el mundo.

Tenía catorce años cuando vio por primera vez a su padre con una amante. Se había escapado de su colegio de Boston con otras dos jóvenes y se habían ido de compras y a tomar el té al Ritz Carlton. Él estaba acompañado de una mujer bonita y muy juvenil. Esta tenía cabello negro y piel pálida, y su padre le sostenía la mano debajo de la mesa. Shannon sintió que el rubor le pinchaba las mejillas con el calor. Ellos no la vieron, al estar concentrados en su relación. Mientras los observaba, su padre recorrió con un dedo la mejilla de la muchacha. Le tocó los labios carnosos y ella le besó la mano, reteniéndola por un momento. Shannon se volvió y salió corriendo, seguida de sus amigas.

—Está bien —le dijeron para consolarla—, ¡todos los hombres hacen eso!

Su padre más tarde se dio cuenta de que algo malo sucedía cuando ella no podía mirarlo a los ojos, y finalmente le contó lo que había visto. Él se paseó furioso sobre la alfombra Aubusson de su biblioteca del apartamento del piso superior de la Quinta Avenida.

La miró suplicante.

—Iba a decir que eres demasiado joven para comprender estas cosas. Pero obviamente no lo eres. Tú comprendiste lo que viste. —Se encogió de hombros—. No te pediré perdón ya que eres mi hija y no mi mujer. Y no puedo decirte que está bien, ya que no lo está. Todo lo que puedo pedirte es que trates de olvidarlo y espero que un día, cuando seas mayor y sepas más de la vida, me perdones. Y recuerda esto, hija: *Jamás confíes en un hombre.*

En la fiesta, sobre la pista de baile nuevamente con Wil, Shannon vio a su padre dejar su solitario rincón a un lado de la multitud. Sus ojos se encontraron con los suyos y el cansado entrecejo fruncido desapareció cuando se dirigió hacia ella a través de la gente que reía.

—¿Puedes bailar una pieza con tu viejo padre? —le preguntó. Los ojos estaban llenos de amor cuando ella terminó en sus brazos, liviana y delicada como la brisa.

—Gracias, papá, por esta fiesta tan maravillosa —murmuró Shannon, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

Él suspiró apesadumbrado.

—Siempre quise lo mejor para ti, desde el día en que naciste. —Dudó, pero luego dijo con tristeza—: sé que no pasé mucho tiempo contigo, mientras crecías. —Encogió aquellos grandes hombros con gesto indefenso—. Fue mucho lo que perdí. Siempre ocupado, en busca de un sueño. Pero necesitaba hacerlo, Shannon. Al principio para hacer algo con nuestra existencia después de la muerte de tu madre, y luego por el puro placer que encontraba en ello. Disfruté de mi trabajo, me gustó

hacer dinero. Pero a veces sé que te sacrificué.

Ella lo abrazó feliz.

—No, no lo hiciste, papá. Siempre estuviste presente para las cosas importantes. Recuerda cuando me caí del *pony* y sufrí una conmoción. Cuando abrí los ojos en el hospital, tú estabas allí sosteniéndome la mano. ¿Y la vez que canté y bailé tan mal en la obra del colegio? Tú estabas allí al frente de todos aplaudiendo como un loco. Oh, y todas las mañanas de Navidad, y en aquellas vacaciones aburridas de adultos.

Él hizo una mueca y ella se rio.

—Y estarás allí para llevarme al altar. —Descansó la cabeza afectuosamente contra aquel hombro ancho, sintiendo la suavidad de la tela de la chaqueta en su mejilla. Rodeada por los brazos de su padre, ella siempre se había sentido segura del mundo.

Alguien le tocó el hombro. Un joven apuesto le sonrió y le dijo:

—No la puede monopolizar toda la noche, señor Keeffe. Dele a los otros muchachos un respiro, ¿lo hará?

Bob dio un paso hacia atrás, observando por un instante cómo el joven se la llevaba, y luego se dirigió a un costado de la marquesina. Miró a su hija, tan feliz, despreocupada, tan a gusto en su mundo, con su falda corta que ondulaba y la larga cascada de cabellos que semejaban un estandarte llamativo, valiente y de color rojo cobre. Luego se volvió y dejó el despreocupado mundo detrás, caminó solo y sin hacerse notar hacia el borde del agua en donde el terciopelo de la noche tocaba el plateado lago.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Shannon salió de un sueño profundo. Extendió los brazos por encima de su cabeza como si fuera un gato holgazán, recorriendo con sus manos el enredado cabello, sonriendo cuando recordó la noche pasada. ¡Cómo deseaba poder volver a tener aquella fiesta!

Se rio, recordando que todos bailaban danzas irlandesas vestidos con ropas tan elegantes y a los hombres quitándose las chaquetas cuando la música se hizo más rápida y caliente. Habían saciado su sed con champán helado y bailaron hasta el amanecer, aunque los «viejos», como sus amigos los llamaban, hacía rato que se habían retirado a dormir.

Se quedó tendida sobre las almohadas, pensando en su nuevo novio, Wil, preguntándose si no era el más simpático, apuesto y encantador joven que hubiera conocido. Salvo su padre, por supuesto, ya que el Gran Bob Keeffe ocupaba un lugar aparte cuando de encanto, simpatía y buen aspecto se trataba.

Cerró los ojos, imaginándose a su padre que la conducía del brazo hacia el altar en una nube de seda y encaje blanco y a Wil esperándola, con una mirada llena de amor en los ojos. Suspiró llena de placer.

Se puso una bata y ensoñadora bajó las escaleras, llena de un feliz sentimiento de bienestar. Los criados habían trabajado toda la noche y la enorme casa estaba immaculadamente ordenada. Había arreglos florales frescos en las mesas y aparadores y no había quedado rastro de humo de cigarrillo. Nadie habría imaginado que allí hubo una fiesta, a no ser por la marquesina de seda blanca y verde que estaba aún en el jardín.

El café recién preparado burbujeaba en la máquina que estaba en una consola de mármol del comedor de diario. Se sirvió ella misma una taza, añadiéndole una buena cantidad de azúcar para luego beberlo agradecida. Por la ventana, vio a Wil en la cancha de tenis. Supuso que estaba jugando con el profesor y suspiró, admirando su vigor.

Tomó su café, se dirigió al estudio de su padre y golpeó a la puerta. No hubo respuesta, y entonces ella entró sigilosa. La habitación era distinta al resto de la casa: era pequeña y estaba repleta de cosas. Shannon sonrió; el estudio de su padre describía su personalidad.

Jamás habría podido describirse al Gran Bob Keeffe como un hombre «ordenado», ya que él y sus pertenencias se extendían sobre toda superficie posible. El anticuado escritorio estaba atestado de papeles, tubos llenos de planos de arquitectura, una mesa apilada con dibujos y un par de gastados sillones de cuero rojo llenos de archivos. De las paredes colgaban dos de sus más preciadas pinturas de la colección de maestros irlandeses: un retrato de Orpen de una mujer pálida, de

cabellos pelirrojos, vestida de satén rosado, que él decía que le hacía recordar a su primera mujer; y un áspero paisaje de Yeats que solo él admiraba.

Sobre su escritorio había un marco grande lleno de diferentes fotos de Shannon a través de los años, y sobre la pared estaba lo que él decía era su logro y tesoro máspreciado, el diploma de Shannon de su graduación en Harvard.

—Ahora sé que jamás te morirás de hambre —le había dicho, riendo, en la gran celebración que había dado en el Lock Obers después de la ceremonia de entrega de títulos—. Cerebro y belleza, eso es lo que tiene mi chica.

El teléfono sonó rompiendo la quietud de aquel silencio, y Shannon levantó el auricular al primer timbrado. Era del socio de su padre, Brad Jeffries. Se mostró asombrado cuando ella contestó.

—Solo llamo para dar las gracias —le dijo rápidamente—. Una gran fiesta, Shannon.

Shannon conocía a Brad casi de toda la vida. Él y su esposa habían estado en la fiesta, aunque no los había visto bailar danzas irlandesas y, ahora que lo pensaba, ninguno de los dos se había comportado como si estuvieran disfrutando.

El otro socio de su padre, el apuesto Jack Wexler, había también estado allí, con la nueva modelo de éxito del momento en Nueva York prendida de su brazo, pero ahora que lo pensaba ellos tampoco habían bailado mucho.

Escribió una nota rápida para su padre donde le decía que llamara a Brad, agregando, «Te quiero, papá» y «gracias». Estampó su firma al pie de la nota y luego fue en busca de su madrastra.

Pero Buffy tampoco estaba en su habitación. El dormitorio empapelado de azul y blanco y con cortinas de tafeta color azul estaba vacío. También lo estaba el amplio vestidor, con sus filas de armarios y el baño lleno de paneles de cristal. Cuando Shannon por fin encontró a la doncella, esta le dijo que su madrastra había partido por la mañana temprano hacia la ciudad.

Regresó a su habitación, se puso un traje de baño y unos pantalones cortos y bajó las escaleras para ir a la cancha de tenis a encontrarse con Wil.

Miró sorprendida a la pareja de juego de su novio. No era el profesor del club: era Jonas Brennan. Perdón, se corrigió a sí misma sonriendo, quiso decir Jonas K. Brennan. O «J. K.», como él prefería que lo llamaran.

J. K. era el protegido de su padre. Lo había introducido en los negocios directamente al salir de una facultad del sur. El joven Jonas había aparecido en su oficina, con su título y un minúsculo *curriculum vitae*, y estuvo merodeando por allí durante tres días hasta que exasperó a la secretaria, que le amenazó con enviar a buscar a la policía.

—No me iré hasta que vea al señor Keeffe —le dijo testarudo, y eso era evidentemente lo que deseaba hacer.

Por fin, admirado de su insistencia, Bob lo recibió. Inspeccionó sus documentos, el título y los arrojó con desprecio sobre el escritorio. Dijo:

—Tiene ánimos para venir a verme con esto.

—Maldito sea, señor, no tuve otra elección —le contestó enojado el joven—. Me crié en esa ciudad. Sé que es un pueblo de campo y así lo es la facultad. Mis abuelos fueron labradores, mi padre, un borracho, y mi madre vendía cerveza en un bar del lugar, y su cuerpo siempre que se lo permitía la luna. ¿Qué otra facultad podía yo pagarme? Pero eso no es ningún impedimento para mi capacidad.

En silencio, Bob lo estudió. Jonas era de estatura mediana, robusto y fuerte, de suave cabello castaño y ojos nerviosos y enojados detrás de unas gafas con montura dorada. Le hizo acordarse a él mismo con su edad: pobre y lleno de rabia y desafío. Él no había sido distinto de este muchacho.

Eso había sucedido hacía ya diez años. J. K. Brennan tenía ahora treinta y dos años y no había nada que no supiera de los negocios de Keeffe. Era la mano derecha de Bob, y este le habría confiado su propia vida.

No Shannon; ella se había reído cuando J. K. la había cortejado con cierta torpeza.

—Jamás podría salir con alguien llamado Jonas —se había burlado y, para su horror, J. K. se ruborizó antes de retirarse abruptamente. Desde entonces mantuvo las distancias, y ella se sintió avergonzada de su crueldad y trató de hacer que se sintiera cómodo siempre que sus pasos se cruzaron. Sin embargo, había distancia entre ellos; siempre la había habido y siempre la habría. Él era lo que era y ella, también. Eran tan diferentes como el agua y el aceite.

El cielo estaba encapotado de gris y el aire aún se sentía húmedo. Tanto Wil como Jonas estaban sudando.

—Buenos días, J. K. —gritó mientras Wil saltaba por encima de la red y le depositaba un beso en la mejilla—. Los dos tenéis muy buen aspecto esta mañana.

—Tan bueno como era de esperarse —dijo J. K. con seriedad y ella se rio. J. K. siempre tomaba todo al pie de la letra.

—Vamos a nadar al lago —le dijo a Wil—. Allí abajo debe de correr alguna brisa. Te refrescará —sonriendo se volvió hacia Jonas—. A ti también te lo digo, por supuesto, J. K.

Él se encogió de hombros, con el rostro recién afeitado todo ruborizado.

—Gracias, pero supongo que debéis tener muchas cosas de qué hablar. Después de todo, no os habéis visto por lo menos desde hace un par de horas. —Y volviéndose bruscamente, caminó hacia la casa.

Shannon suspiró. Dijo con irritación:

—¿Por qué este hombre es siempre tan torpe? Hace que todo el mundo se sienta incómodo. Salvo mi padre.

—Sin embargo, es un tipo muy inteligente —dijo Wil, quitándose la camiseta—. Vamos, vayamos a bañarnos al lago. Será estupendo.

El camino del lago discurría a través de una avenida de plátanos, el orgullo y la alegría de Bob Keeffe, ya que le hacía recordar a la Provenza y a un paisaje de Van

Gogh que colgaba de la oficina del Keeffe Center de Manhattan.

—Todo el mundo se ilumina para mí cada vez que miro esa pintura —le había dicho a Shannon—. Siempre tenía una postal de ella pinchada en la pared de mi habitación en la universidad. Jamás soñé llegar a poseerla. Tan solo pensé verla un día en algún museo. Y ahora se encuentra en la pared de mi oficina. Eso es lo que el éxito significa para mí, hija. La capacidad de hacer que los sueños se hagan realidad.

Pero hoy, la humedad había traído calor, y Wil y Shannon corrieron gritando entre risas por la larga avenida sombreada, moviendo con frenesí los brazos por encima de las cabezas.

—Mira —exclamó Shannon, mirando el mirador de madera que daba hacia el agua, casi cinco metros a lo largo de la orilla—. Alguien está allí. ¡Y con la chaqueta de vestir! —se rio—. Supongo que no consiguió llegar a su casa.

Caminaron de la mano hacia el mirador, riendo como chiquillos por su descubrimiento. Se acercaron y vieron el cabello plateado, los hombros anchos y Shannon miró por un momento preocupada. Corrió alarmada hacia el mirador, deteniéndose de pronto ante los escalones, aferrándose de la baranda de madera. Se llevó la mano a la boca para reprimir el grito que rehusaba salir. Los ojos se abrieron llenos de terror y una gran oscuridad la envolvió. Había un revólver en el suelo. La chaqueta de su padre estaba cubierta de sangre, y una bala le había atravesado el cerebro. Bob Keeffe estaba muerto.

Capítulo 6

El pequeño salón de la corte donde se llevó a cabo la vista indagatoria una semana más tarde estaba lleno de reporteros de prensa. Las cámaras de la televisión esperaban afuera, pero Buffy, hermosa a pesar de las ojeras, con su traje negro y el ancho sombrero también negro, apartó el rostro. Y Shannon, con una camisa de lino negra y falda, gafas para ocultar los ojos enrojecidos por las lágrimas, tembló cuando el juez habló de las heridas de su padre y de las circunstancias de la muerte.

El hombre dijo que la herida con forma de estrella que estaba alrededor del orificio de la bala fue causada por gas proveniente de la abertura del arma de fuego, ya que el revólver había sido sostenido directamente contra la cabeza. Tomando en cuenta las dificultades de sus negocios, el juez solo podía llegar a la conclusión de que Robert Keeffe se había suicidado. Declaró entonces que la muerte se había producido por suicidio.

—¡No es verdad! —gritó Shannon salvaje—. No es verdad. Mi padre jamás se habría quitado la vida. Jamás, jamás. Usted no comprende... usted no lo conoce como yo. Él... él simplemente no me dejaría de esta forma...

Buffy colocó una mano sobre su brazo para apaciguarla.

—Quédate callada, Shannon —le susurró con frialdad—. Este hombre está solo haciendo su trabajo. Y tú solo les estás dando a los reporteros municiones para un escándalo en los diarios.

Sus ojos color azul le ordenaron a Shannon que la siguiera, mientras salían de la sala sin mirar ni a los lados. Tenía el rostro frío y sereno, pero en su interior estaba hirviendo de furia hacia Bob Keeffe por llevar su buen nombre y reputación a los titulares y dejarla sola para resolver este lío. Ya que no había dudas de que era un lío.

La verdad había comenzado a aparecer el mismo día después de la muerte. La verdad sobre los problemas que tenían en los negocios. Los bancos habían hecho correr el rumor de que se disponían a reclamar de forma masiva sus préstamos: dijeron que Keeffe estaba con el agua al cuello. Se había producido una caída en el mercado de las propiedades, y los bancos perdieron la confianza en sus negocios, llegó a ser demasiado grande para su propio bien, dijeron los titulares de los diarios.

Bob Keeffe fue enterrado un día después de la vista indagatoria. Buffy fue la viuda perfecta, hermosa, luciendo un velo negro junto a la tumba. Estaba oscuro, lluvioso y Shannon pensó desolada que incluso Dios había abandonado a su padre en su momento final. Como en la sala del tribunal, el cementerio estaba lleno de reporteros y de cámaras de televisión, pero la ceremonia fue privada. Solo Buffy y Shannon. No se permitió el acceso a nadie más. Y cuando terminó, ella y Buffy se fueron solas en la limusina.

Los pasos de ambas sonaron huecos sobre el suelo del recibidor, de baldosas

blancas y negras. Fue como si con la muerte del Gran Bob la casa hubiera quedado completamente vacía.

Arrojando el sombrero y los guantes sobre el bonito sillón provenzal, Buffy caminó hacia un pequeño salón. Mientras Shannon la seguía se le ocurrió que, aunque Buffy había estado casada con su padre durante dieciséis años, no tenía idea cierta de sus verdaderos sentimientos acerca de la muerte.

Se había encendido el fuego en el hogar y Buffy se paró delante. Apoyó un brazo a lo largo de la repisa de la chimenea, mirándose en un espejo veneciano.

—Dios mío, estoy horrible —dijo con disgusto, tocándose las finas líneas que había debajo de sus ojos—. No es de extrañar después de lo que tu padre me ha hecho pasar. Y aún no ha terminado. Oh, no, no por mucho tiempo.

Shannon se sentó al borde de un sofá de tapizado floreado, con las manos muy apretadas, mirándola llena de ansiedad.

—Debería haberlo sabido cuando lo conocí —dijo Buffy con desprecio—. La gente me lo advirtió. Pero no oí nada. «Un nuevo rico irlandés». Fui una estúpida, yo admiraba su empuje y su carácter emprendedor. Me gustaba el hecho de que había hecho su dinero en lugar de heredarlo. Lo que debería haber sabido es que «fácil viene, fácil se va». —Se volvió y miró con odio a Shannon, con los ojos azules cargados de ira—: Maldito sea, todo es culpa suya.

Shannon se pasó las manos nerviosas por el cabello.

—Buffy, no es culpa suya el haber muerto. Él no se mató. Estoy segura de ello. Papá jamás haría eso. Jamás se quitaría de encima las responsabilidades. Si sus negocios tenían problemas, habría buscado la forma de volver a hacerlos resurgir.

—Oh, no seas tan estúpidamente inocente. Él no tenía otra forma. —Buffy se volvió desde donde se encontraba y se dejó caer sobre una silla. Shannon la miró preocupada. Ella jamás la había visto así antes; siempre estaba controlada y a cargo de las situaciones. Los ojos de Buffy eran duros y el rostro estaba tenso por la rabia. De pronto, se la veía de su edad.

—Tuve una reunión ayer con los abogados —dijo, tomando un cigarrillo de la pitillera de plata y golpeándolo con fuerza contra el borde de la mesa antes de encenderlo. Echando su rubia cabeza contra los almohadones, inhaló con placer el humo, llenando los pulmones, mirando fijamente el cielo raso, dándose cuenta incluso mientras hablaba de que la pintura de las molduras de yeso necesitaban un retoqué. Se encogió de hombros. Eso ya no le interesaba.

—Hay que vender todo —dijo abruptamente—. La casa, el apartamento de la Quinta Avenida, las antigüedades, las pinturas. Los abogados trabajaron día y noche para ver lo que podían salvar para nosotras, pero habrá que vender todo para pagarle a los bancos y acreedores. —Volvió la cabeza y miró a Shannon. El cabello pálido brillaba a la luz de la lámpara mientras quitaba la ceniza de su cigarrillo golpeando con una uña inmaculadamente cuidada. Su voz era monocorde y tranquila, como si pudiera haber estado hablando con la cocinera sobre el menú de la próxima cena.

Shannon observaba muda mientras proseguía hablando.

—Gracias a Dios tuve la sensatez de poner a resguardo el contrato de nuestro matrimonio. Por lo menos ellos no pueden tocar eso —dijo, con la satisfacción que se traslucía en la voz—. Y mis joyas, por supuesto. Eso fue siempre puesto en mi fondo personal.

Shannon conocía todo lo del arreglo matrimonial, que su padre siempre había considerado una buena broma. Con un millón por año, más el primer millón, y todo bien invertido, Buffy estaba probablemente sentada sobre más de cincuenta millones, así como sus joyas, que valdrían varios millones más. Era una mujer rica.

La criada llegó con el café, depositándolo sobre una pequeña mesa que estaba junto a la señora. Buffy tomó la cafetera de plata y sirvió dos tazas, pasándole una a Shannon, que la colocó rápidamente sobre el suelo, junto a sus pies. Las manos aún le temblaban y sentía un profundo agujero abierto en su interior, un gran boquete donde antes se encontraba el corazón, la calidez y el amor. Estaba aquí sentada con la mujer que había sido su madrastra durante dieciséis años. La esposa de su padre. Y ella hablaba como si sus vidas juntos sumaran la cantidad de un puñado de dólares.

—Tendrás más que suficiente para seguir viviendo, Buffy —le dijo preocupada—. Podrías incluso volver a comprar esta casa y los apartamentos, entonces nada habría cambiado.

Buffy se rio con un sonido débil, tintineante, melancólico.

—Shannon, ¿cuándo te darás cuenta de que todo ha cambiado? Tu padre está muerto. Su negocio es una ruina y él nos ha dejado para que recojamos los pedazos. Bueno, yo me niego a hacerlo. Mañana me marcho a las Barbados. Me quedaré con Janet Rossmore hasta que esto se calme. Y luego tal vez podré volver a seguir con mi vida.

—¿Pero y qué hay de mí? —Tan pronto como lo dijo, Shannon deseó no haberlo hecho. Las palabras infantiles quedaron suspendidas en un silencio entre ellas y su madrastra volvió la cabeza, evitando mirar aquellos ansiosos ojos grises.

Buffy se encogió de hombros, con un movimiento tan delicado que casi no movió sus delgados hombros.

—No creo que ese sea ahora mi problema, Shannon. Después de todo, eres una muchacha ya crecida. Deberías estar agradecida por todo lo que yo hice por ti. Cuidé de que fueras al colegio y a la universidad. Me aseguré de que conocieras a la gente correcta. Y ahora que estás comprometida con Wil, yo te considero de su responsabilidad.

Se puso de pie, alisándose la falda.

—Honestamente, Shannon —dijo, permitiendo que su rabia fluyera nuevamente en su voz—, tu padre ha resultado ser nada más que un ladrón barato. Después de lo que me ha hecho, he terminado con la familia Keeffe. Para siempre.

Aplastó con malignidad el cigarrillo en el gran cenicero de cristal, giró sobre sus talones y caminó airadamente hacia la puerta. Los ojos asombrados de Shannon la

siguieron, pero Buffy no se volvió para mirarla.

—Iré a hacer las maletas —le dijo por encima del hombro, con la voz que se hacía más débil a medida que caminaba, con los tacones altos resonando en el recibidor de baldosas blancas y negras—. Te sugiero qué hagas lo mismo, Shannon. Los alguaciles estarán aquí antes de que te des cuenta.

Shannon la miró sin comprender. El olor del Gauloises rubio se mezcló con el perfume Shalimar que dejó al pasar. Y aunque Buffy no había partido en realidad, Shannon supo que era como si lo hubiera hecho. Se encontraba completamente sola.

Capítulo 7

Brad Jeffries, de sesenta y cuatro años de edad, había sido el socio de Bob y presidente de las Compañías Keeffe durante diecisiete años. Había comenzado como supervisor de construcciones y ascendido hasta la presente posición.

Se encontraba dirigiendo una reunión de los representantes de cinco de los bancos más importantes de los Estados Unidos y de cuatro internacionales. Tosía y se enderezaba nervioso la corbata. Jugando con sus gafas de lectura en las manos, leía la declaración preparada, en la que pedía que se le diera más tiempo a las Compañías Keeffe para sortear los problemas financieros y económicos que Bob Keeffe había dejado tras él, antes de que ellos pudieran reclamar la devolución de los préstamos y la intervención del FBI.

—Permítannos a nosotros, los restantes socios que hemos recibido este legado de embustes, que hagamos nuestro más honorable esfuerzo para devolver el dinero, caballeros —dijo por fin, mirando expectante a la concurrencia de rostros de piedra.

Una sonrisa irónica cruzó el rostro de J. K. Si había un hombre que se mostraba culpable, ese era Brad. Aunque hasta donde él sabía, no había nada de lo que ellos pudieran culpar al viejo tonto; nada en absoluto. Ahora fue el turno de Jack Wexler. Jack era arquitecto; un solterón de cuarenta y cinco años, bien parecido a la manera de un Dick Tracy de mandíbulas delicadas y bien marcadas, con un sentido muy desarrollado de su propia importancia, talento y atracción por las mujeres. Había diseñado para Bob varios de los edificios ganadores de premios y ya hacía diez años que era socio. Ahora J. K. observaba cómo suplicaba financiación para terminar la Torre Keeffe.

—Coloquen este edificio en mis manos, caballeros —dijo Wexler—, y les prometo que haré que se ajuste al presupuesto final del proyecto. Como saben, los veinte pisos superiores de oficinas ya han sido alquilados por la compañía de seguros EuroNational, que colocaría allí sus oficinas matrices, y el resto del edificio está otorgado en un setenta por ciento, incluyendo las tiendas del patio inferior. Si no logramos llegar a la fecha de concreción del proyecto, entonces estas compañías tienen el derecho a invalidar los contratos y demandar la devolución del dinero. Como también saben, estas sumas son muy grandes, dinero que en este momento no tenemos.

No dijo «Gracias a ese corrupto bastardo de Bob Keeffe», pero dejó que su ira se trasluciera en el rostro para decirlo por él.

—Si ustedes ahora se retiran del acuerdo, las compañías Keeffe pierden cada centavo invertido en la Torre Keeffe y ustedes, caballeros, perderán su dinero. Por supuesto, pueden quedarse con la propiedad y venderla, pero solo conseguirán por ella un precio de saldo. Un rascacielos de ciento veinticinco pisos a medio terminar

que todos saben que está plagado de problemas no será una venta fácil en el enrarecido clima económico. Lo que yo les pido es tiempo, caballeros, para que todos tengamos una oportunidad para recuperar nuestro dinero. Si deciden no permanecer con nosotros en esto, entonces perderemos todo, ya que no existe otro centavo en las Compañías Keeffe para pagarles ni a los obreros los salarios de la semana próxima.

J. K. observó los rostros impassibles de los banqueros mientras estos tomaban nota en sus cuadernos. Ahora era su turno. Se alisó la chaqueta y miró con autoridad la mesa, disfrutando el sentimiento de poder cuando los allí reunidos lo miraron, esperando que él les dijera cómo iban a recuperar su dinero.

—Caballeros —dijo con el mismo tono gentil y seguro que había aprendido de su jefe—. Bob Keeffe fue mi amigo. Mi protector. Vine a él recién licenciado de la universidad y todo lo que sé del negocio lo aprendí de él. Pero no pudo enseñarme de finanzas ya que eso era de lo que no sabía.

»Todos saben que Bob disfrutaba con ser un hombre rico. Eso es comprensible ya que, como yo, él provenía de un entorno de pobreza. Ascendió solo y su ascenso fue rápido, ya que era un hombre inteligente y era muy bueno en lo que hacía. Construyó edificios de apartamentos y oficinas que se encuentran entre los mejores; le dio a la gente lo que deseaba al precio justo, y eso es siempre una base coherente para cualquier negocio. Pero Bob también poseía una maravillosa labia irlandesa que podía decirles lo que deseaban y convencerlos de que era correcto que lo tuviesen. Y en media hora les hacía creer los esquemas más increíbles.

»Creo que todos caímos presas de su encanto, caballeros y, al final, también lo hizo el mismo Bob. Sus sueños se hicieron demasiado grandes, pero cuando se los contó, ustedes le creyeron porque antes jamás se había equivocado. O, por lo menos, parecía así, ya que incluso aquellos que estuvieron más cerca de él, sus socios, solo sabían lo que él decidía contarles.

»En síntesis, Bob Keeffe fue un hombre que jamás le dijo a su mano derecha lo que hacía la izquierda. Sus esquemas grandiosos crecieron más y más y así lo hicieron los préstamos. Al final, se vio forzado a recurrir a embustes a fin de cubrir sus refinanciaciones. Bob les ofreció acciones y bonos como garantía y, sobre la base de su apretón de manos para cerrar un trato, jamás les mostró esas acciones y bonos. Ostensiblemente, ellas permanecieron en la caja de seguridad de las Compañías Keeffe, para ser requeridas por ustedes en caso de que fuera necesario.

»En realidad, ahora sé que él había gastado la mitad de esos novecientos millones de dólares en acciones dos años antes de que se las ofreciera como garantía. Perteneían a las Compañías Keeffe y él tenía derecho a venderlas, pero no sin el conocimiento de ustedes. Y por cierto que no tenía derecho a ofrecer algo de lo cual ya no tenía posesión.

Echó una mirada a sus notas.

—Cincuenta millones en Suiza, doscientos millones en los bancos franceses, cien millones en los bancos británicos y mucho más en los norteamericanos. Ante este

hecho, estos eran préstamos rigurosos; nada podía salir mal y, si así sucedía, el dinero de ustedes estaba seguro. Pero Bob Keffe tomó su dinero y lo metió en una docena de otros proyectos, así como en sus propios bolsillos.

»Las reuniones mensuales de la compañía, en las que Jeffries y Wexler y yo mismo, como secretario de la empresa, estuvimos presentes y en las que hablamos del trabajo que se estaba haciendo y los esquemas en proyecto, así como del uso de la financiación, están todas documentadas en las actas, firmadas por el mismo Bob y por mí. Él era un hombre anticuado que guardaba mucha información en su cabeza. A menudo nos sorprendíamos, pero en los últimos dos años, cuando hacíamos preguntas, nos encontrábamos con el silencio. Había demasiados proyectos que no conocíamos y solo un hombre estaba a cargo de todo.

»Caballeros, Bob Keffe era un aventurero. Era un hombre del espectáculo. Disfrutaba con su papel de figura importante en la vida pública. Le gustaba el reconocimiento, el respeto y la sofisticación. Lo compensaba de todo el rechazo que él tuvo como huérfano. Amaba la música, el arte y las mujeres hermosas. Todas esas cosas costaban dinero. Y él lo gastaba como el agua en las tres.

»Si no hubiera sido por su amor al arte, tal vez esta enredada maraña jamás habría sido descubierta o, por lo menos, no por muchos años. Y en realidad creo que Bob mismo creía que él podía resolverlo todo. Que un día él podría detener el robarle a Pedro para pagarle a Pablo, que este nuevo rascacielos y luego el siguiente se venderían en los millones que debía y entonces podría dormir por las noches. Pero Bob compró un van Gogh para colgarlo de una de las paredes de su nueva Torre Keffe. Sería un signo tangible, como la otra pintura que poseía, de que sus sueños se habían hecho realidad.

Los hombres lo miraban fijamente: todos conocían la historia de la oferta de dieciséis millones que había hecho Bob Keffe por el van Gogh *El jardín del manicomio*, que el artista había pintado en St. Remy. La Torre Keffe era la joya en la corona de su carrera. Había deseado demostrar cuán rico y poderoso era, él y su compañía. Y cuán espléndido sería un edificio Keffe en Park Avenue, con un famoso van Gogh colgado en el atrio.

—Todos los turistas, todas las personas de Nueva York pasarían por el atrio de la Torre Keffe para mirar el van Gogh —les había dicho—. Y cada uno de ellos se detendría a tomar una taza de café en la cafetería o una copa en el bar, o comprarían un libro o una bufanda, o una joya en las tiendas de allí. Crearía cien veces más negocios que lo que costó. Y haría el nombre de la Torre Keffe famosa en todo el mundo. Verán como antes de que nos demos cuenta construiremos Torres Keffe en Sydney, Tokio, Hong Kong. Esta es solo la primera de muchas.

Ese van Gogh, símbolo de los sueños jóvenes de Keffe, había provocado su caída. Los bancos de pronto se volvieron cautelosos, ya no corrían a prestarle dinero. Uno por uno lo habían rechazado. Su crédito se había agotado. De alguna forma se filtraron noticias de que Keffe tenía problemas: la confianza en sus empresas se

derritió como la escarcha con el sol, y las acciones de las compañías Keeffe cayeron. Con la caída dramática en los precios de las acciones, los banqueros aterrorizados demandaron la garantía para compensar la pérdida y, durante un par de semanas, Bob los había mantenido a todos tranquilos, prometiéndoles que era «todo un error» y que por supuesto él tenía el dinero y que todo iba a estar bien, si le daban tiempo para resolverlo. Pero ninguna de las garantías había aparecido. Y entonces Bob Keeffe se suicidó.

—Mis colegas piden más tiempo —les dijo J. K. a los banqueros—, pero con toda honestidad yo no puedo hacerlo —sintió que todos los ojos llenos de asombro se fijaban en él—. Bob Keeffe dejó un embrollo de mil millones de dólares. No sé lo que él hizo con todo ese dinero, pero para un hombre como él, con un estilo de vida nómada, exótico, jugador, plutocrático, nada resultaba ni demasiado grande ni demasiado costoso. Sé que pagó más de la cuenta por cientos de millones en lotes para construir edificios que él insistía en comprar, y todo se compró con dinero que no poseía, dinero que había pedido prestado.

Levantó los hombros con un gesto que demostraba cansancio.

—No sé nada de los negocios privados de Bob. Sea lo que fuere lo que hacía, se lo guardaba para sí. Yo estaba cerca de él todos los días, como su misma esposa. Creía conocer al hombre. Pero me equivoqué. Y Bob Keeffe no era el hombre que yo o que ustedes creían. Él traicionó nuestra confianza, caballeros. Y esa es la verdad del asunto.

Los ojos asombrados de los otros dos socios se encontraron con los suyos cuando se volvió a sentar y los banqueros tomaron sus papeles y conferenciaron entre ellos. No había realmente mucho que decir. J. K. acababa de confirmar sus peores temores, y había una sola cosa que hacer. Las compañías Keeffe estaban terminadas.

Nadie comprendía cómo las noticias del malicioso ataque de J. K. Brennan contra su jefe muerto, en una reunión altamente confidencial con los banqueros de la compañía, se filtraron a los medios de comunicación, pero saltó a la prensa de forma simultánea con la noticia de que los bancos habían declarado la quiebra y después de eso se produjo una desbandada financiera para ver quién salía con dinero. El FBI estaba involucrado, así como también la Comisión de Valores. Se llevaron todos los libros de la empresa para ser revisados.

Una semana más tarde, J. K. pensaba en el rostro devastado, pálido y melancólico de Shannon Keeffe durante la vista indagatoria, mientras tomaba un taxi para ir al Keeffe Center que estaba en la Plaza de las Naciones Unidas, a fin de reunirse con sus socios. Con un veredicto de suicidio, las compañías de seguros de Keeffe se negaron a pagar la póliza de vida de veinticinco millones de dólares de la cual su hija era la beneficiaria. No obtendría nada. Era una lástima, pensó con un suspiro, que la inocente Shannon debiera sufrir en asuntos como este, pero ahora no había nada que él pudiera hacer al respecto. Era demasiado tarde.

Wexler y Jeffries ya estaban allí, parados junto a la ventana, con las cabezas

juntas en actitud conspiratoria. Miraron con ojos culpables cuando J. K. entró por la puerta, separándose entonces con rapidez, como dos hombres que hubieran estado tramando algo. J. K. sonrió. Echando su chaqueta sobre el respaldo del sofá, se subió las mangas y se sentó en el sillón de Bob.

—Bueno, caballeros —dijo, entrecruzando las manos y recostándose cómodamente sobre el escritorio de Bob como si ya le perteneciera—. ¿Por qué no me dicen lo que han decidido?

Wexler miró a Jeffries y luego dijo con enojo:

—No puedes esperar a ponerte sus zapatos, ¿no es así?

J. K. sonrió fríamente.

—A diferencia de ustedes dos, yo por lo menos he esperado a que estuviera decentemente enterrado.

Brad dijo con voz temblorosa:

—Dinos la verdad, J. K. ¿Mataste tú a Bob?

J. K. se sentó, mirándolos sin ninguna emoción. Cerró sus manos detrás de la cabeza y se estiró; luego dijo con un suspiro de cansancio:

—¿Por qué yo? ¿Qué motivo tenía para matar al hombre que me ayudó a subir la escalera?

—Los zapatos de los muertos —repitió sombríamente Wexler.

—Yo estaba mejor con Keeffe vivo y lo sabéis. —Los miró con odio—. Tal vez yo debería preguntarte a ti, Jack, o a ti, Brad, si asesinasteis a nuestro adorado jefe. Después de todo, tú tienes motivos más fuertes que los míos. —Le sonrió sombrío—. ¿Cuánto fue, Brad, lo que robaste durante años? ¿Diez, veinte millones? ¿Tal vez más? Tú sabías que Bob era un soñador. Él te contrató para que cuidaras de la oficina mientras él salía, conseguía los trabajos y la financiación. Y tú le robaste centavos desde el primer día, hasta que después de diecisiete años tu mano estaba más en la lata que fuera de ella. Y a medida que el negocio crecía, así lo hacía tu robo.

»Es una buena cosa que Bob jamás llegara a enterarse de la existencia de ese secreto y costoso rancho en Kentucky, ¿eh, Brad? En un hermoso campo de excelentes pastos y con una cuadra de hermosos alazanes de pura raza y una hermosa y costosa dama como entrenadora para cuidar de ellos. Ni siquiera la señora Jeffries sabe de ella, ¿o sí, Brad?

Brad retrocedió con el rostro pálido y se dejó caer en el sofá. Se sirvió un trago de *whisky* y lo bebió en silencio.

—Y tú, Jack —dijo J. K. sonriendo con frialdad—. ¿No tenías un motivo igualmente bueno para matar al Gran Bob? Cuando yo comencé a trabajar por primera vez para Bob, me pregunté de inmediato cómo un hombre como tú, un arquitecto que trabajaba para las Compañías Keeffe, que ganaba bastante dinero, estoy seguro, pero no *tanto*, ¿cómo un hombre como tú podía llevar el estilo de vida que llevabas? Seguro, más tarde fuiste socio, pero tú ya tenías tu casa en Sutton Place y el Aston Martin y el Bentley. Ya tenías una colección de obras de arte; era de un

estilo diferente al de Bob, ya que vosotros erais dos hombres de gustos muy diferentes. Pero las pinturas de Warhol y de Rothko se venden a muy buen precio en las subastas, como los van Gogh, y tú pudiste casi igualarlo, dólar por dólar.

»Aceptaste comisiones por todo, desde cada embarque de mármol de Italia hasta los contratos por las vigas de acero. Hiciste dinero sobre cualquiera de los aspectos de construcción de los edificios Keeffe, y no le concedías los contratos a las ofertas más bajas, ni siquiera al mejor hombre para hacer el trabajo, sino a quien te pagaba más a ti. Aun así, era un poco peligroso, con tu ostentoso y costoso estilo de vida. Era aún algo inseguro. ¿Y acaso no deseabas más?

Se recostó en su asiento y sonrió con aquella sonrisa jovial.

—Yo soy el que sé dónde están enterrados todos los cuerpos. Yo soy el que puede entregaros a cualquiera de los dos o a ambos a la policía, al FBI, la SEC o al IRS. Decidme si no podría hacerlo.

El rostro de Wexler se veía gris debajo del bronceado de todo un año.

—Tú no lo harías —dijo con desprecio, poniéndose de pie y acercándose amenazante al escritorio.

—Tal vez no. Todo depende.

—¿Depende de qué? —preguntó Brad Jeffries cansado—. Me estoy haciendo demasiado viejo para todo esto, J. K. Dime lo peor. ¿Soy hombre muerto o qué?

—¡Brad! ¡Brad! ¿Cómo puedes decir una cosa así? Hay solo un hombre muerto aquí y lo enterramos la semana pasada. Yo estoy aquí solamente para recordaros vuestra lealtad a las compañías Keeffe.

—Aún sigo sin comprender la razón de que dijeras lo que hiciste con Bob en aquella reunión con los banqueros —se quejó Wexler enojado—. Podríamos haberlos convencido de que nos dieran tiempo, podríamos haber terminado la Torre Keeffe y quedarnos con el negocio. Podríamos haberlo arreglado para que quedara aparte del embrollo de la empresa si hubiéramos bailado y suplicado más, *sudado* más. Todos esos bastardos deseaban que les devolviéramos el dinero y sé que podríamos haberlo hecho con el edificio. Era nuestro activo más sólido.

J. K. se abotonó la chaqueta y fue hasta la puerta.

—Ahí te equivocas, Jack —le dijo con tono agradable—. Las compañías Keeffe ya no poseían la Torre Keeffe. Bob la vendió una semana antes de morir a una empresa de Liechtenstein. Con una considerable pérdida para nosotros —se encogió de hombros—. Puedes sentirte agradecido a tu jefe por esa, Wexler. Bob jamás tuvo buena cabeza para los negocios, y cuando las paredes se caían, él simplemente se quedaba con lo que podía.

—¿Pero cuánto? —dijo Wexler boquiabierto y lleno de estupor.

J. K. mostró indiferencia.

—¿Qué importa? Todo fue a pagar a cualquiera de los acreedores que presionaban más. Y ya se fue. Cuando vendan los activos que quedan, los bancos probablemente obtendrán la mitad de lo que se les debe. Los otros acreedores no

obtendrán nada. Los empleados ni siquiera tendrán una pensión, caballeros, incluyéndoos a vosotros y a mí, y a su hija, ya que ese dinero siguió el camino de todo el dinero Keeffe. Derrochado personalmente por Bob, dólar a dólar.

Abrió la puerta para irse, pero luego pensó algo. Los miró con desprecio.

—A propósito, los investigadores de la SEC y los tipos de fraudes están abajo. Yo les di todo. Todo lo que debéis hacer es tener esperanzas de que yo no guardara informes ultrasecretos acerca de vuestras pequeñas actividades. Adiós, caballeros. Que paséis un buen día.

Capítulo 8

Shannon recorrió con desolación las dieciocho habitaciones del ático que daban al Central Park. Las habitaciones estaban desnudas, despojadas de los antiguos adornos y muebles. Pequeñas lámparas de bronce colgaban sobre los blancos espacios donde habían estado las pinturas de su padre; los adorables Sickert, los Constable, Picasso y los Monet. Los suelos de madera estaban rayados por los pies de los hombres que allí trabajaron y las costosas cortinas de seda, dispuestas a ser retiradas por el decorador que se haría cargo del arreglo para el nuevo dueño, aún colgaban solitarias en las ventanas.

Abrió la puerta de su vieja habitación y miró a su alrededor por última vez. Había vivido en aquel apartamento la mayor parte de su vida. Había crecido en aquel dormitorio, mientras este cambiaba del infantil rosado al negro y plateado de sus años adolescentes, para luego terminar en un blanco lavado con una manta antigua sobre la cama.

Las únicas cosas que ella podría llamar propias eran las pinturas baratas que había traído consigo, la gran casa de muñecas, sus libros, la ropa y unas cuantas joyas.

Jamás había sido una «persona afecta a las alhajas», y siempre había preferido usar bisutería de moda a diamantes y perlas verdaderos. Pero tenía un maravilloso collar. Su padre se lo había regalado cuando tenía ocho años, el día en que él se casó con Buffy. Ella recordaba mirar asombrada la bonita banda de diamantes que se ataba en un adorable nudo.

—Mira cómo brillan, papá —había dicho temblando de emoción.

—No tanto como tus ojos, mi pequeña —le había contestado él—. Ahora, cuida eso. Es, a propósito, una herencia de familia. —Y luego la había levantado en brazos para ayudar a cortar la torta de boda.

Y por supuesto, tenía el anillo de compromiso de Wil. Ambos habían elegido el diamante pequeño y cuadrado de tres quilates de Cartier. Shannon lo había mirado con ansiedad, ya que sabía que le había costado a Wil más de lo que él podía pagar. Era todavía un estudiante de derecho. Su padre era abogado y Shannon sabía que la familia vivía holgadamente, pero de acuerdo con los ingresos de su propio padre, ellos no eran ricos.

—El dinero que posee tu familia es el relleno de los sueños —le había dicho Wil a ella con admiración—. Jamás seré tan rico como tu padre, Shannon.

—No importa —le había respondido airadamente—. Tendré lo suficiente para ambos.

Cerró rápidamente la puerta de entrada, dejando atrás con ese gesto una vida de recuerdos. Mientras el ascensor todo cubierto de espejos bajaba suavemente, debió morderse el labio para evitar llorar.

Conocía al portero desde que era niña, y él la estaba esperando para despedirse.

—Jamás me olvidaré de él, señorita Shannon —le dijo, tomándole las manos. El rostro colorado y avejentado por el tiempo se torció en una mueca y las lágrimas velaron los desteñidos ojos azules—. Era un hombre bueno. Tan bueno como nadie, y nadie podrá decirme lo contrario. Le deseo la mejor de las suertes, señorita.

Shannon le estrechó la mano y se alejó corriendo. Saltó dentro de una furgoneta de segunda mano que había comprado cuando vendió su amado Mercedes 500SL negro y salió de la ciudad debajo de una copiosa lluvia.

La casa de Long Island aún no había sido despojada de los muebles, aunque las pinturas y los más finos adornos ya habían sido enviados a Sotheby's para ser vendidos como piezas individuales.

Mientras conducía, Shannon advirtió la presencia de una carpa de subastas que se había levantado en el gran parque, y su corazón dio un salto al recordar la marquesina que hacía pocas semanas se había levantado con motivo de su cumpleaños. Los empleados de la casa de subastas caminaban por la casa pegando etiquetas a las mesas, sillas y ceniceros, de los que esperaban confiados obtener abultados precios, simplemente por el hecho de haber pertenecido al Gran Bob Keffe. La casa estaba valorada en quince millones de dólares, pero los abogados le habían dicho a Shannon que esto era un gota en el océano financiero de lo que las Compañías Keffe debían.

—¿Pero cómo sucedió todo esto? —le había preguntado a Brad Jeffries—. Papá siempre fue un buen empresario. ¿Quién más pudo haber hecho lo que él hizo?

—Yo también desearía saberlo —le contestó nervioso Brad—. Siempre me consideré el ancla de Bob. Allí donde sus proyectos se hacían demasiado grandiosos, yo era quien debía hacerlo bajar a un tamaño razonable. Pero él mantuvo esto en secreto, Shannon. —Se encogió de hombros—. Jamás revisé los libros. ¿Para qué iba yo a hacerlo? Esa es tarea de los contables.

Fue lo mismo con Jack Wexler. Él fue a verla, con aspecto triste y nervioso.

—No soy bueno para esto, Shannon —le había dicho cortante—. Sabes que me importa. Y desearía por Dios poder hacer algo al respecto. Pero no sabía nada. Ninguno de nosotros sabíamos cómo él jugaba con las cosas. Si yo hubiera diseñado el nuevo rascacielos, podría haberlo controlado. Pero Bob no deseaba que yo lo hiciera —agregó con amargura—. Él deseaba un gran nombre. A Bob tampoco le importaba lo que costara, solo deseaba «lo mejor» y parece que pidió prestado a todos los lugares que pudo para financiarlo. Ahora ahí está, en Park Avenue, a medio terminar, apuntando al cielo como un dedo lastimado. Lo siento, Shannon. Si hay algo que pueda hacer, ya sabes, dinero... bueno, cualquier cosa. Solo tienes que decírmelo.

—Lo haré, Jack —le prometió ella, aunque por supuesto jamás lo haría. Ante sus ojos, ellos habían dejado que su padre cayera y ahora le cargaban a él todas las culpas. Jamás tomaría un centavo de ninguno de aquellos traidores.

Sorprendentemente, sin embargo, fue J. K. el que fue la mayor fuente de

fortaleza.

—Tu padre me dio todo lo que tengo —le dijo simplemente—. Ahora puedo pagarle su deuda. Si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa que necesites, es tuyo. —Él había dudado, mirándose los pies, con el rostro delgado y pálido que se ruborizaba. Jugueteó con sus gafas de montura de oro y luego dijo—: Parece ridículo estar diciéndole esto a la hija de Bob Keefe, pero si necesitas dinero, cuenta conmigo. —Sacó con ansiedad una chequera del bolsillo—. Di una suma —le dijo rápidamente, ruborizándose aún más—. Cualquiera. Diez mil. Veinte. Cincuenta. Lo que desees, Shannon. Es tuyo.

Pero, por supuesto, ella rechazó también el dinero de J. K., diciéndole con orgullo que tenía lo suficiente como para arreglarse, que conseguiría un trabajo y que, de todos modos, pronto se casaría.

Y con Buffy que se había marchado y Wil de regreso a Yale, fue J. K. el que la ayudó a hacer las maletas. Fue J. K. el que había dado las instrucciones a Sotheby's para la venta de las casas y lo que estas contenían. Y fue él quien personalmente estuvo en el embalaje y mudanza de la colección de obras de arte de su padre.

Ahora esperaba en el recibidor, y su rostro se iluminó cuando la vio.

—Estaba preocupado por ti —le dijo, mirando el reloj—. Son ya las dos y tú dijiste que regresarías para el almuerzo.

—Hablas como una niñera que yo tuve cuando era niña. —Pudo dibujar una sonrisa—. Había mucho tráfico, lluvia... las tristezas habituales de Manhattan.

—Me preguntaba si podrías tener tiempo para revisar el inventario. —Le dio un gran montón de hojas de papel, y ella miró sin interés, para luego devolvérselas.

—¿Debo hacerlo? De algún modo, todo esto parece que no tiene sentido.

—Por supuesto que no. Si confías en mí, yo me encargaré de eso.

Ella lo miró con curiosidad, con los ojos grises cargados de sospecha al ocurrírsele algo.

—J. K., tú fuiste el hombre que más cerca estuvo de mi padre. Él siempre dijo que tú sabías todo sobre él y sus negocios. Si eso es verdad, entonces ¿cómo es que no sabías en el lío en que estaba metido?

—Había cosas que él se guardaba para sí —dijo, mirándola sincero a los ojos—. Las finanzas de la compañía eran una maraña complicada, con tu padre como una especie de araña en el centro. Solo él conocía todos los hechos y cuán fuera de control estos estaban. Yo estaba preocupado por ciertas cosas, pero jamás supuse lo mal que estaba todo. Jamás había hecho esto antes y así yo nunca sospeché. Hasta que se hizo obvio, con la presión de los bancos y todo lo demás. Y para entonces ya fue demasiado tarde —la miró con un poco de desesperación—. Créeme, Shannon, si hubiera habido alguna forma de salvar la situación, yo la habría encontrado.

—Por supuesto que lo habrías hecho. —Ella se alejó triste, dándose cuenta de que sus zapatos mojados dejaban marcas sobre el suelo de baldosas. Buffy habría odiado aquello. La bandeja de plata que estaba sobre el aparador contenía varias cartas. Las

tomó sin interés. Pensó que era sorprendente ver cuán poco había sonado el teléfono desde la muerte de su padre. Y después de la primera catarata oficial de cartas de condolencia, fue asombroso ver la poca gente que se había puesto en contacto con ella. Ella supuso que tenían miedo de ser salpicadas por el escándalo Keeffe.

Una de las cartas era una relación de su banco, en que le informaba que poseía exactamente tres mil doscientos cuarenta y seis dólares en su cuenta y que ellos tenían en su poder la escritura de una pequeña propiedad que estaba a su nombre en Nantucket.

Al reconocer la letra de Wil en otra de las cartas, se la metió en el bolsillo, sonriendo. Wil era el único punto luminoso en su horizonte.

Mañana tenía intenciones de enganchar el pequeño remolque que contenía sus escasas posesiones a la furgoneta, dirigirse entonces a New Haven. Se trasladaría con Wil, y luego buscaría un empleo en la ciudad. Y cuando Wil terminara sus estudios al año siguiente, se casarían.

Levantó la vista ante el sonido de pasos en los suelos de la casa. Los empleados de la casa de subastas colocaban los muebles en lotes en las diferentes habitaciones y la casa parecía extraña. Se volvió y corrió por el pasillo hacia la ancha escalinata de entrada y cruzó el parque mojado, dirigiéndose por la avenida de plátanos hacia el lago.

Llovía mucho, era un día gris e implacable, pero su lugar escondido debajo del sauce al borde del agua estaba seco y seguro. Fue allí donde ella siempre había ido de niña a lamerse las heridas. Se sentó como siempre lo había hecho, con las rodillas recogidas hasta la barbilla, los brazos rodeando el cuerpo, envuelto en su propio mundo verde. Si miraba a través del follaje que se hundía en el agua poco profunda, podía ver el mirador donde su padre había muerto, pero en lugar de eso, miró hacia arriba el delicado dibujo de las ramas.

—Oh, papi, papi —susurró—. Oh, mi querido papá. ¿No había nada que cualquiera de nosotros pudiera haber hecho para ayudar? ¿Nada que pudiéramos hacer para detenerte? ¿Significaba tan poco nuestro amor e interés para que te quitaras la vida? —Sacudió la cabeza. Jamás creería eso. Jamás.

Sacó la carta de Wil de su bolsillo, la abrió y leyó rápidamente los dos breves párrafos. «En vista de las circunstancias, creo que sería mejor si “pospusiéramos” nuestra boda... He decidido, al final del semestre, tomarme un año sabático y viajar a Australia, tal vez para trabajar en la cría de ovejas. Papá dice que será muy bueno para templar mi carácter. Espero que pronto nos volvamos a encontrar, cuando regrese...».

Shannon miró la carta sin expresión. El diamante en su dedo pesaba como el plomo cuando comprendió la horrible realidad de la situación. Ya no era la princesa mimada, cortejada, protegida, ya no era la niña rica. Ya no era la desenfrenada, cabezota, el «haz lo que quieras». Shannon Keeffe que todos amaban y deseaban conocer. No tenía nada, y por lo tanto no era nadie.

Capítulo 9

J. K. miró preocupado después de que Shannon corriera escaleras arriba. El cabello pelirrojo estaba oscuro por la lluvia, y las pecas se marcaban contra la palidez de su piel. Había lágrimas que surcaban sus mejillas y ella pareció no verlo, aunque él se hizo a un lado para permitirle pasar.

Se tropezó en el rellano de la escalera y cayó. J. K. subió los escalones de dos en dos.

—Oh, Dios —gruñó, rodeándola con los brazos—. ¿Has ido de nuevo al mirador? No debes hacerlo, solo te lastimarás más.

Ella negó con la cabeza, llorando desconsolada contra su hombro sin poder controlarse. Él miró el enmarañado cabello y el rostro manchado de lágrimas, pensando en todas las veces que había soñado tenerla en sus brazos. Y solo ahora, por lo que había sucedido, era esto posible. El destino, pensó con rabia, era algo cómico. Los ojos oscuros brillaron de emoción e instintivamente apretó su abrazo.

—Es Wil —logró decir Shannon entre llantos—. Se marcha. A Australia por un año. Cree que será mejor que *posterguemos* nuestra boda. —Ella levantó la cabeza, mirándolo lastimosamente a través de sus hinchados párpados—. ¿Cómo pudo él? De entre toda la gente, J. K., ¿ya nadie me ama? ¿Ni a mi padre? ¿Fue siempre solo por nuestro dinero?

Se sentó contra la pared, con las piernas desnudas manchadas de barro, extendidas hacia el frente, inertes como las de una muñeca de trapo.

—Estoy seguro de que eso no es verdad —le tomó una. Mano y se la acarició afectuoso—. Supongo que Wil es demasiado joven para... —Trató desesperadamente de pensar en una razón— era demasiado joven para tomar la responsabilidad de un matrimonio justo ahora. Después de lo que ha sucedido.

La mano de Shannon estaba helada y él se la frotó con fuerza.

—Mira, yo tengo esta pequeña granja en Montauk. ¿Por qué no vas allí por un tiempo? No hay nadie que te moleste, ni reporteros, ni cámaras de televisión. Lleva a alguna de tus amigas, necesitarás a alguien con quien hablar. Siempre ha sido una especie de refugio para mí, y tal vez podría ser lo mismo para ti.

Shannon lo miró solemne. Jamás había visto a J. K. preocupándose por el prójimo. Siempre había sido superficial y práctico, la perfecta máquina ejecutiva. Pero ahora resultaba que la máquina tenía un corazón.

—Jamás pensé en ti como en una persona que necesitara un refugio —dijo ella secándose las lágrimas—. Siempre pareces tan controlado. Tan a cargo de la vida...

—Todos necesitamos un escape de algo, aunque sea solo de la rutina diaria. Pero lo digo en serio, Shannon. El lugar es tuyo durante todo el tiempo que tú desees. Y te prometo que no te visitaré a menos que tú me lo pidas.

Pudo esbozar una sonrisa, se secó los ojos y le prometió pensarlo. Él la ayudó a subir las escaleras y la acompañó a su dormitorio.

—No dejé que tocaran tus cosas —le aseguró.

Aún le sostenía la mano y ella se la apretó con agradecimiento. Cerró la puerta y esperó fuera por un momento. Oyó los pasos suaves sobre la alfombra y luego el terrible sonido del llanto cuando ella se arrojó en la cama. Suspiró y se volvió para alejarse. Shannon Keeffe encontraría duro ser un simple mortal, pensó.

Fue directamente al estudio de Bob, descolgó el teléfono y llamó al gerente del banco de Shannon. Le explicó quién era, le dio instrucciones para que le diera a ella todos los fondos que necesitara en los próximos meses, hasta la suma de \$50 000.

Él garantizaría esa suma personalmente. Luego, sentándose en el viejo sillón de Bob, ahora con una etiqueta que lo declaraba como el Lote 1543, pensó con cansancio en su propio futuro.

Cuando Shannon se despertó, afuera estaba oscuro. Ya no llovía y no había ningún ruido. Aún estaba vestida con la falda y la chaqueta empapadas por el agua. Se puso de pie y se los quitó; luego volvió a la cama. Se envolvió en mantas, recordando que esta era la última noche que pasaba en esta cama. Su última noche en esta casa. En esta vida.

Mirando el cuadrado más iluminado de oscuridad, donde estaba la ventana, se preguntó si aceptaría el ofrecimiento de J. K. de su granja en Montauk, pero sabía que solo sería un recurso momentáneo. Recordó a su padre cuando le decía todos aquellos años pasados: «Debes ir detrás de lo que deseas, querida. Y debes desear realmente con el corazón». Pero justo ahora ella no sabía lo que deseaba. Se sentía a la deriva, sin energía, inútil. «Tienes la sangre de nuestros antepasados, los aguerridos irlandeses, Shannon», le había dicho siempre, pero ahora no lo sentía de ese modo.

Se sentó en la cama, encendió la lámpara y miró a su alrededor. Todo se veía como siempre había estado: sencillo, imaculado y bonito. Incluso había rosas frescas, de color rosa, en un florero sobre su tocador. Estaba segura de que debería agradecerse las a J. K. Ese hombre tan extraño se estaba transformando en su roca en medio de aguas turbulentas y, por primera vez, ella comprendió lo que su padre había visto en él. De todos modos, no podía aceptar su ofrecimiento. Debería ponerse de pie sola. Su padre habría esperado eso de ella.

Las dos cartas yacían en el suelo donde habían caído. Las tomó y leyó primero la de Wil. Parecía tan definitiva que después de leerla unas diez veces la arrojó con amargura al suelo.

La carta del banco pareció ser más interesante. Había tres mil doscientos cuarenta y seis dólares en su cuenta. La mayor parte de eso procedía de la venta de su coche, y el resto, de lo que quedaba de su asignación mensual. Suspiró, diciéndose a sí misma que había gente que comenzaba con menos que eso, incluyendo a su padre. Ella era joven, sana y con buena educación. Podría muy bien conseguirse un empleo y entrar en el verdadero mundo.

Leyó el resto de la carta, que decía: «Tenemos las escrituras de su propiedad en Nantucket».

La volvió a leer. *Su propiedad en Nantucket*. Sabía que allí había una cabaña, pero jamás la había visto. Su padre siempre le prometió que un día la visitarían, pero de algún modo siempre había estado demasiado ocupado para llevarla y ella jamás pensó en ir allí sola. Sin embargo, era la única posesión de familia que su padre tenía.

Cuando ella tenía catorce años, él le contó la historia de cómo el director del orfanato donde él había sido criado desde los cinco años lo había llamado a su oficina. Era un hombre testarudo, impaciente, mal preparado para su vida de trabajo con los niños y ellos le tenían un miedo mortal. Todo venía de sus manos: castigos y palizas, recompensas y dádivas navideñas. Él era un dios en su pequeño y cerrado mundo. Bob había temblado cuando fue convocado a «su presencia». Shannon podía oír las palabras exactas como si estuvieran grabadas en su cabeza, ya que su padre le había contado la historia muy a menudo.

—O’Keeffe —le dijo, mirando solemne por encima de los gruesos lentes que hacía que los ojos se vieran hinchados como los de un sapo—, ahora usted es un hombre, y por lo tanto es mi deber decirle que también es un hombre con una propiedad. Existe una suma de quinientos dólares y una pequeña parcela de tierra con una cabaña en Nantucket. La propiedad casi no posee valor, ya que aquella parte del mundo no es muy próspera. De todos modos, es suya, y un día tal vez desee venderla, aunque solo le produzca una pequeña cantidad.

»Mientras tanto le sugiero que invierta la suma de los quinientos dólares en educación. Usted es un muchacho inteligente, y si consiguiera controlar su feroz temperamento irlandés, podría llegar lejos.

Por supuesto, su padre se había sentido emocionado, pero pasaron muchos años antes de que pudiera ir y ver «su propiedad». Cuando finalmente se trasladó a Boston, donde estudiaba y trabajaba como obrero de la construcción, tomó un puñado de dinero ahorrado y fue en el primer barco hacia Nantucket.

—Ah, Shannon, es un lugar especial y mágico —le había contado, sonriendo con el recuerdo—. Con el cielo, el mar y el sonido de las gaviotas. A veces es gris y sin ningún color, luego de pronto es azul y oro, el mar y la arena. Amarás con seguridad aquel lugar, hija, como tu madre y yo lo hicimos. Existe un toque de magia en él. Desde que ella murió, no encontré el coraje para regresar, pero un día iremos juntos. Un día, mi pequeña.

Pero, por supuesto, jamás lo hicieron y ahora ese día jamás llegaría. ¿O sí?

Shannon se sentó muy erguida en la cama. La cabaña de Nantucket había sido el lugar que su madre y su padre visitaron juntos, «tan a menudo como podíamos», solía decir su padre. Y poseía «un toque de magia». Bueno, ¡ella ahora usaría un poco de aquella magia! Tenía un lugar propio, un techo sobre su cabeza; algún lugar para esconderse y estar a solas mientras decidía qué hacer con el resto de su vida. Partiría para Nantucket antes de la subasta. Antes de que ellos le quitaran todos sus

recuerdos. Miraría hacia el futuro, de la misma forma en que su padre habría deseado que ella lo hiciera. Un gran sentimiento de alivio la invadió y se tendió, exhausta, contra las almohadas y se quedó dormida en minutos.

A la mañana siguiente cuando despertó, había una nota de J. K. pasada por debajo de la puerta. Decía simplemente, «¿Almorzamos juntos?». Shannon se sentía mejor; le contaría a J. K. la decisión que había tomado y vería lo que él tenía que decir.

La llevó a una posada en el campo que quedaba a media hora de camino. Había manteles de cuadros azules y un ramo de margaritas blancas en un florero amarillo sobre la mesa. El lugar estaba lleno de gente, y un aire cargado de ruidos agradables invadía el lugar.

—Se está a gusto aquí —dijo Shannon, sorprendida.

—Y esa es la forma en que debería ser —dijo él—. Sé que será difícil, Shannon, pero eso es lo que debes hacer. Trata de hacer que las cosas vuelvan a la normalidad. Te pedí que vinieras a almorzar aquí ya que estoy preocupado por ti. Has sufrido un golpe tras otro: tu padre, tu madrastra, Wil. Todos parecen abandonarte, y yo quiero que sepas que yo no te dejaré. Sea lo que fuere lo que desees hacer, yo te ayudaré.

Ella lo miró seria. Llevaba puesta una camiseta polo de color azul y una chaqueta de lino; sabía que él deseaba verse relajado, pero de algún modo aún era como si estuviera vestido de traje y corbata. Sus ojos castaños parecían preocupados por ella detrás de aquellas gafas con montura de oro. Shannon extendió una mano a través de la mesa, le tomó una de las suyas y se la apretó agradecida.

—Nunca me imaginé que fueras tan *amable*, J. K. —le dijo—. Ahora sé por qué mi padre no te echó cuando viniste a buscar trabajo.

—Cuando vine a buscar trabajo, él tenía todas las justificaciones para echarme. Yo fui torpe, sin tacto y rudo —dijo riendo J. K—. Gracias a Dios no lo hizo, ya que yo había llegado a mis últimos diez dólares y no tenía proyectos. Había apostado todo a conseguir un empleo con Bob Keefe. Había sido mi ídolo en mis años adolescentes: un hombre con nada que había amasado una fortuna. Tu padre encarnaba el sueño americano, y yo también quería conseguirlo o, por lo menos, parte de él. Decidí que quería aprender a lograrlo con el hombre que lo había hecho propio. De modo que ahí estoy. Ahora tú sabes la verdad sobre mí.

—No sé realmente nada de ti, J. K. —le dijo ella, sorprendida.

—Probablemente porque jamás has pensado en mí —le respondió, y ambos se rieron.

—Bueno, ahora lo hago, de modo que por qué no me hablas sobre ti —dijo ella persuasiva—. Dónde naciste, tu familia, tus amigos, todo. Después de todo, tú sabes todo lo que hay que saber de mí.

Él pensó por un minuto y luego dijo:

—Mi padre era un bastardo. —Ella lo miró, impresionada y él prosiguió—. Era un borracho que abandonaba a su familia más a menudo de lo que estaba con ella. Gracias a Dios, yo casi no lo conocí. Supongo que tampoco conocía bien a mi madre.

Casi fui criado por mi abuela. Era una mujer adorable, la hija de un médico. Yo la adoraba. Habría hecho cualquier cosa por ella.

—Pero, estoy seguro de que no querrás oír mi triste historia —le dijo con una sonrisa como disculpa, pero ella le dijo con ansiedad que lo hiciera, de modo que él pensó por un minuto y luego prosiguió—: Mi abuela se casó con un bruto encantador. Era una muchacha de un pueblo pequeño que jamás se había alejado más de sesenta kilómetros de su Carolina natal. Él era un hombre mayor, de alrededor de cuarenta años y muy apuesto, de una clase distinta a la que ella estaba acostumbrada a ver. Mi abuela decía que podía encantar a los pájaros de los árboles si deseaba algo, y pronto la convenció de que estaba perdidamente enamorado de ella. Él admitió tener una fuerte inclinación por la botella. «Pero eso es cosa del pasado», le dijo a ella. Y la pobre muchacha le creyó.

—Ella tenía veintitrés años y era inocente. Se había enamorado por primera vez en su vida. Su padre, médico, la echó de la casa cuando le dijo que se casaría con su consentimiento o sin él. Se escaparon juntos y ella me contó que fue entonces cuando comenzaron todos los problemas. Fueron de pueblo en pueblo, de estado en estado, siempre con poco dinero. A veces, él conseguía un trabajo temporal y ella entonces tenía esperanzas de que asentara la cabeza, pero jamás duraba mucho.

—Mi abuela me contó que, cuando ella dio a luz a su hijo, su marido los miró con una mirada dura como si los estuviera viendo por primera vez. Se imaginaba en voz alta cuánto le iba a costar mantenerlos a ambos, luego tomó todo lo que tenía en los bolsillos, hasta el último centavo y lo dejó sobre la mesa. Dijo que se marchaba solo para el oeste. Había oído que allí se hacía mucho dinero con el petróleo. Se mantendría en contacto.

—Durante cinco años crio sola a su hijo, trabajando en la farmacia del pueblo y consiguiendo lo suficiente como para vivir, aunque me dijo que jamás tuvo en aquel tiempo ni un vestido nuevo ni un par de zapatos.

—Jamás esperó volver a verlo y se sorprendió cuando él regresó cinco años más tarde. Tenía dinero en sus bolsillos y se los llevó a ambos a un rancho que dijo había comprado en Carolina del sur. El rancho resultó ser una pobre granja de la que ni siquiera era dueño. Era aparcerero, un granjero contratado que pagaba su renta con una parte de sus cosechas. La puso a trabajar en los campos e incluso también a su hijo, con el pequeño sombrero en la cabeza, para que ayudara a levantar los cultivos malos.

J. K. suspiró.

—Por supuesto, sucedió lo inevitable: la volvió a dejar y esta vez no regresó. Ella no tenía dinero ni otro camino que quedarse y dirigir la granja con la ayuda de Noah, un muchacho negro del cual se había hecho amiga.

—No hay mejor esclavo que usted, señora —le dijo Noah, observándola trabajar junto a él en los campos. Y tenía razón.

J. K. le sonrió a Shannon con tristeza.

—Eran un escándalo, la hija blanca de un médico y el joven negro viviendo juntos en una granja de cuatro habitaciones, aun cuando él dormía en el cobertizo. Ella me contó que fueron aislados por todos los campesinos piadosos y temerosos de Dios, y que ella casi no habló con nadie en diez años, salvo con su hijo y el joven Noah. Su hijo, *mi padre*, creció descalzo como un niño pobre, escapándose de la escuela siempre que podía. A los quince años terminó con la educación formal, y a los diecisiete provocaba alborotos en tres condados.

»Cuando tenía dieciocho años, alrededor de 1949, supongo, lo alistaron en el ejército, que él odiaba. Ya era un gran bebedor, y se escapaba del cuartel de la misma forma en que solía hacerlo de la escuela. Después de unos meses, fue dado de baja bajo sospecha. La abuela jamás se enteró del porqué, pero cuando regresó a casa se negó a trabajar en la granja. Deambuló por el país de la misma forma en que lo hizo su padre, dejando a su madre sola en compañía de Noah. De vez en cuando regresaba y le daba un puñado de billetes, pero después de un par de noches volvía a salir, inquieto por la bebida y la compañía. La artritis la estaba dejando parálitica y se manejaba lo mejor que podía, pero pronto fue Noah el que hacía todo el trabajo.

La camarera llegó con la comida y J. K. le dijo a Shannon:

—¿Estás segura de que deseas oír todo esto? No es una conversación apropiada para un almuerzo.

Ella asintió.

—Es bueno que tú se lo cuentes a alguien. Además, siento que ahora comienzo a conocerte.

Él estuvo de acuerdo.

—Muy bien. Cuando mi padre cumplió alrededor de treinta años, supongo, conoció a una mujer llamada Alma Brennan. La abuela me dijo que por aquel entonces era el tipo de mujer que menea las caderas; usaba vestidos muy escotados y podía seguirlo a la hora de beber. Peleaban en forma violenta todo el tiempo y él desaparecía y la dejaba sola durante meses, sin dinero. Alma odiaba estar metida en una granja que estaba en medio de la nada, pero estaba embarazada y no tenía otra elección. Tan pronto como yo nací, consiguió un trabajo en la cantina del pueblo con la intención de ahorrar algo para poder irse, pero cada vez que traía la paga, satisfacía sus propias necesidades, si uno puede decir que la cantina del lugar era una necesidad, y se la gastaba entera.

—Para entonces mi padre ya era un borracho empedernido y un día, como sucedió con mi abuelo, él nos abandonó y no regresó jamás. Mi madre se pasaba la mayor parte del tiempo en la cantina, de modo que finalmente le dieron un empleo. A los clientes les gustaba, después de unas copas era divertida, exuberante y desaliñada. Podía dar todo lo que tenía. Se enorgullecía de su boca elegante, decía mi abuela, y encontraba placeres donde podía.

Los ojos de J. K. se encontraron con los de Shannon y le dijo con amargura:

—Crecí en un pequeño pueblo del sur; era el nieto de una mujer de la que se decía

que vivía con un negro y el hijo de una prostituta del lugar. ¿Todavía puedes preguntarte si soy un solitario? ¿Qué padres dejarían a sus hijos ser amigos de una persona así?

Ella negó con la cabeza y dijo con compasión:

—Pobre J. K. No me di cuenta de que tu vida fuera tan mala.

—Aunque te la describa como mala, puedo decirte que fue peor —dijo sombrío—. La única gracia salvadora fue mi abuela. Ella era una mujer con educación. Me educó. Me enseñó a leer y a escribir, me contó historias y me dio sueños. Y me dijo que me mantuviera alejado de la bebida. —Golpeó el vaso de agua con el dedo índice y dijo—: Jamás he tomado una gota de alcohol en mi vida, ni siquiera un vaso de vino. Tengo miedo de que, al hacerlo, termine como mi abuelo o mi padre.

Se rio, levantando un poco el ánimo.

—Supongo que todos mis sueños no se hicieron realidad. Jamás fui un héroe del fútbol ni gané una beca para Notre Dame. Jamás tuve un Mustang descapotable, no salí con ninguna chica rubia que fuera deseada por todos. Pero tuve una educación, de alguna forma. Trabajé duro y conseguí un lugar en la facultad del pueblo. Tenía fotos de tu padre pinchadas en las paredes, de la misma forma en que él tenía pinchadas las de van Gogh, como símbolo de lo que deseaba ser. Tan pronto como terminé la carrera, puse rumbo a Nueva York. —Se encogió de hombros y sonrió desarmado ante ella—. Tú conoces el resto.

—¿Y tu abuela?

—Ella murió un mes antes de licenciarme. Mi madre murió cuatro años antes. De cirrosis. Salió en el diario local, de modo que todos sabían cómo la habían encontrado una noche en una vereda del pueblo, con una hemorragia por la boca. Su hígado se había destrozado. Yo simplemente le di las llaves de la granja al viejo amigo de mi abuela, Noah, y le dije que, en lo que a mí concernía, la granja era suya. Jamás regresaría.

Miró a Shannon y dijo simplemente:

—Y jamás lo hice.

—Pobre J. K. —le dijo con delicadeza—. Pobre niño solitario. Tengo el sentimiento de que hay cosas que no me has dicho. Todas aquellas que son de importancia.

—Tal vez tengas razón —dijo con frialdad—. Pero estamos aquí para hablar de ti y ahora yo soy el que ha estado hablando todo el tiempo.

Su tono de voz de pronto se había tornado distante y ella pensó que tal vez sentía remordimientos por la repentina confesión. Le dijo rápidamente lo de la cabaña y que ella partiría para Nantucket.

Él dijo:

—¿Estás segura de que estarás bien sola?

—No estoy segura de volver a estar bien alguna vez —le respondió con amargura—. J. K., tengo la certeza de que mi padre no se suicidó. Jamás lo habría hecho el día

de mi fiesta. No me habría herido de esa manera. Y jamás me habría dejado sin nada de dinero para vivir. Papá amaba la vida, había hecho una vez dinero y lo habría vuelto a hacer. Tú sabes que no era un hombre grandioso, un hombre con «un ego tan grande como un rascacielos», como los periodistas lo hacían parecer.

J. K. dijo:

—Mira, tu padre tenía muchos problemas. Era orgulloso. A veces, el caer en desgracia puede resultar demasiado duro de aceptar para personas como él. Además, ¿quién sabe lo que sucede en la mente de otra persona? Tú crees que conoces a una persona y luego esta hace algo completamente «fuera de lugar». Salvo que tal vez jamás le muestran a uno ese lado más oscuro. Le ha pasado a grandes hombres a lo largo de toda la historia, Shannon. No deseo molestarte, pero creo que no deberías pensar en el cómo y el porqué. Deberías pensar en ti, en recoger tus pedazos y volver a rehacer tu vida. Y tú sabes que si hay algo en que pueda ayudarte, lo haré.

Se produjo entre ellos un silencio amistoso, mientras J. K. conducía a Shannon por última vez a su casa. Ella sabía que él tenía razón. Mañana dejaría atrás su pasado y comenzaría una nueva vida, como si fuera una persona nueva.

Capítulo 10

Maudie.

Ardnavarna.

—Fue en el barco, camino de Nantucket —dijo Shannon—. Estaba apoyada contra la barandilla, mirando las verdes olas y pensando en mi padre. Y entonces me di cuenta de que había estado tan encerrada tratando de convencerme y de convencer a los demás de que no se había suicidado, que jamás pensé en quién lo *había* matado. Alguien le había disparado a sangre fría, de cerca, y colocó el revólver para que pensaran que se le había caído de la mano. «Alguien había asesinado a su padre. Y decidí averiguar quién era».

Su voz tembló cuando dijo aquellas palabras terribles, y el rostro se le puso tan pálido que las pecas sobresalieron como papel picado, arrojado en el pórtico de una iglesia el día de una boda. Yo le tomé la mano, consolándola.

—Eres una muchacha valiente —le dije con tranquilidad.

El corazón estaba presente en los ojos de Brigid mientras la miraba con seriedad.

—Traeré algo de té recién hecho —murmuró—. Sí, y tal vez un poquito de *whisky*, pobre niñita, para que el color vuelva a sus mejillas.

Los perros cambiaron de posición, apoyándose contra las rodillas de Shannon debajo de la mesa y ella se inclinó para hacerles una caricia.

—No sé por qué no había pensado en eso antes —dijo con tranquilidad—. Supongo que no me lo permití. Fue todo tan horrible, tan atemorizante... Yo estaba tan conmovida que en realidad no recuerdo el viaje a la cabaña «Bruma Marina», pero, una vez que llegué allí, me sentí bien. De alguna manera, sentí que regresaba a mi casa.

Se trataba simplemente de una diminuta cabaña de piedra gris, cuadrada y aseada, como una casa de muñecas. Había una tabla de madera pintada sobre el desvencijado porche con el nombre y la fecha, 1790, y un pequeño jardín lleno de malezas, que estaba lleno de rosas y sapos. Y justo al lado, medio escondida por los arbustos, había una gran casa blanca con una galería que daba toda la vuelta por el piso superior, con aspecto de estar abandonada.

Pero la mente de Shannon no estaba para exploraciones. Desembaló su ordenador portátil y escribió en negrita, *Sospechosos*. Luego recordó haber leído en alguna parte que la mayoría de los homicidios eran crímenes pasionales y que los policías observaban de cerca la casa en busca de sospechosos, de modo que debajo de la palabra escribió *Joanna Belmont* y *Buffy Keeffe*. Y junto a los nombres, escribió *Motivo: Celos*.

Pensó en quién más podría haber sido y luego añadió a la lista a *J. K. Brennan*,

Jack Wexler y Brad Jeffries, ya que eran los tres hombres que habían estado más cerca de su padre y se suponía que ellos sabían lo que sucedía en su empresa. Luego recordó que alguien le había dicho que hombres como su padre jamás llegaban a su posición sin hacerse de miles de enemigos por cada amigo que ganaban y su corazón se paralizó. La Torre Keeffe había estado plagada de huelgas y peleas. Cualquiera de los cientos de obreros, contratistas o proveedores interesados, podría haber sentido algún rencor contra él.

O tal vez podría haber sido un extraño; alguien de la fiesta, un camarero, un intruso, un ladrón, un psicópata. Podría haber sido cualquiera, pensó Shannon con desesperación, y ese era el problema. No podía ir a la policía y decirle que simplemente *sabía* que su padre había sido asesinado. Los policías desearían conocer razones, motivos, pruebas, y ella no tenía nada de aquellas cosas. Y no sabía dónde comenzar a buscarlas.

Consiguió un trabajo como camarera en el café y restaurante de mariscos Harriet de Nantucket.

—Veinte dólares por noche más las propinas —le dijo Harriet—, y es mucho trabajo.

Lo era, pero por lo menos la distraía de sus preocupaciones. La organización de la cabaña Bruma Marina le llenaba los días y su trabajo en Harriet se encargaba de sus tardes, pero la noche era lo que ella más temía, cuando estaba a solas con sus pensamientos. Aun cuando dormía, los recuerdos terribles invadían su subconsciente y se levantaba entonces llorando, con lágrimas en las orejas y el cabello, empapando la almohada. Y odiaba el día que tenía libre, cuando estaba sola sin nada con qué llenar las horas que tenía por delante.

Caminaba por la playa vacía, arrojando piedrecitas a las olas, pensando en su problema. El aire estaba perfumado de sal, y el único sonido era el de la brisa rizando las hierbas y el arrullo de las olas a lo largo de la playa. Se sentía más sola que nunca y deseaba poder hacer retroceder el tiempo y volver al pasado cuando todo volvía a estar bien.

Las nubes cargadas de lluvia se cernían sobre su cabeza mientras caminaba de regreso a la cabaña. Miró durante un tiempo la lista de sospechosos en su ordenador y entonces lo apagó con un suspiro de frustración, acechando inquieta la cabaña, mirando la lluvia y la casa vecina que estaba vacía.

Había esperado encontrar el ático lleno de basura para poder hurgar. No sabía lo que buscaba. Solo pruebas de que sus padres una vez habían estado aquí, suponía ella. Pero había solo un armario contra la pared y unas pocas cajas en la cocina con cosas viejas, tazas y platillos cuarteados y viejas ollas y sartenes.

Sobre el alero había una pequeña ventana redonda y ella miró a través de la lluvia hacia la casa blanca. No sabía por qué, pero la casa la intrigaba. Era diferente de las comunes casitas de Nantucket. Con las persianas bajas y en silencio, era casi como algo exótico y misterioso.

De pronto, el silencio la rodeó. Era extraño, aterrador, como si el tiempo se hubiera detenido y con él todos los sonidos. Se produjo un crujido. El cabello en la nuca se erizó y se le puso carne de gallina en los brazos. Casi dio un salto cuando algo cayó de una hornacina donde se cruzaban dos tirantes de madera.

Lo levantó rápidamente. Era un viejo sobre, y en su interior había un puñado de cartas atadas con una cinta rosada. El papel de carta se había tornado frágil con los años, rompiéndose en los bordes; la tinta estaba desteñida y la escritura infantil era casi indescifrable.

La dirección que estaba en la parte superior de cada carta era del *Castillo de Ardnavarna, Connemara* y todas comenzaban con *Mi querida Lily* y estaban firmadas, *de tu querida hermana, Ciel*.

«Papá ha cambiado... —Escribía Ciel—. Se pone rojo de rabia cada vez que me ve. Mamá dice que es porque hago que se acuerde de ti, aunque no nos parecemos en lo más mínimo... La pobre mamá está apenada, y me temo que esta pena la llevará a la tumba... Estoy muy sola sin ti y también nuestra perra favorita, Fergal, que ha tenido otra camada de cachorros, siete, y todos negros con manchas blancas, con los más dulces de los hocicos rosados. Cómo desearía que pudieras verlos...».

Shannon volvió a colocar estas pequeñas cartas tristes en los sobres, preguntándose qué hacían en el ático de la cabaña Bruma Marina.

No había nada de interés en los cajones del tocador, solo viejas sábanas, pero cuando ella dio un golpe para cerrarlos, notó un gran objeto rectangular soldado detrás, como si alguien hubiera tratado de esconderlo. Separó el tocador y lo levantó con cuidado. Era una pintura en un marco dorado tallado, el retrato de una joven. Era toda una belleza. Su piel era de color crema, los labios rojos, y tenía relucientes rizos negros que le caían hermosamente sobre los hombros desnudos. Había una inclinación arrogante de su mentón y una mirada imperiosa en los profundos ojos azules. *Y alrededor de su cuello, el bonito collar con el nudo de diamantes que justo en aquel momento estaba en el joyero de Shannon.*

Shannon lo miró, asombrada, mientras leía en voz alta el nombre sobre una deslucida placa de bronce que estaba sobre el marco. «Lily Molyneux, 1883».

—Es la misma Lily de las cartas —exclamó con emoción—. De Ardnavarna.

Tomó el retrato y lo llevó abajo, le quitó el polvo y lo colocó contra la pared de la cocina. ¿Quién era exactamente Lily Molyneux? Se preguntó. ¿Y qué hacía su retrato en el ático de Shannon? ¿Y por qué Lily Molyneux tenía puesto su collar?

Lo primero que hizo a primera hora de la mañana siguiente fue ir al correo del pueblo.

—¿Hay correspondencia para mí? —le preguntó esperanzada, acodándose sobre el mostrador y sonriéndole a la señora que atendía. Pero no era la correspondencia la única razón por la que ella estaba allí; sabía que la familia de la señora Conrad había vivido durante generaciones en la isla, desde los viejos días en que se pescaban ballenas, y estaba emparentada con casi todo el mundo de Nantucket. Si alguien

conocía a Lily, esa sería la señora Conrad.

—Hay dos cartas para usted hoy —dijo la señora Conrad, radiante—. Y son de Nueva York.

—¿Nueva York?

Sorprendida, Shannon se las metió en el bolsillo para leerlas más tarde.

—Señora Conrad —dijo ella—, me preguntaba si usted sabe algo de Lily Molyneux.

La señora Conrad siempre le dijo a la gente que ella jamás fue una fisgona; simplemente era curiosa. Lo había sido desde niña y así es cómo ella conocía los asuntos de todo el mundo, y también su historia.

—¿Lily? —dijo pensativa—. Ah, ella fue la amante de Ned Sheridan, o eso se decía. La historia es que él construyó aquella casa al lado de la cabaña Bruma Marina para poder estar cerca de ella. Y lo que sí es cierto es que ella casi lo lleva a la ruina.

—¿Pero quién era ella?

—Era extranjera. Vino a la isla de jovencita y trabó amistad con los Sheridan. Vivió aquí por un tiempo, sola en la cabaña, y luego simplemente desapareció. Nadie parece recordar mucho de ella, salvo lo hermosa que era. Su belleza fue como una leyenda, y nadie que alguna vez la viera la pudo olvidar. Los recuerdos de esa gente pasaron a sus hijos y a los hijos de estos, hasta que todo se transformó en materia de sueños. O de fantasmas.

Ella se rio mientras Shannon la observaba escéptica.

—Nantucket siempre ha sido una isla embrujada —dijo traviesa—. Supongo que a algunas personas de las que vivieron aquí les gustó tanto el lugar que jamás desearon irse.

Shannon se estremeció, pensando en el misterioso silencio del ático. Se apoyó ansiosa sobre el mostrador con el mentón entre las manos, escuchando.

—Los Sheridan vivieron en esta isla alrededor de un siglo —dijo la señora Conrad—. El padre de Ned fue ballenero, pero cuando sobrevino el auge del petróleo todo terminó y el hombre se estableció en un almacén de suministros para barcos. Siempre habían sido una familia de marinos y buenos metodistas que acudían a los servicios religiosos. Debieron recibir una gran impresión cuando su único hijo, Ned, les dijo que deseaba ser actor.

»Uno solo se puede imaginar la consternación que causó; sí, y el problema. Ned terminó sus estudios muy bien, pero se negó a tener una profesión respetable de la forma en que ellos deseaban que lo hiciera. De modo que se escapó para ser actor. De todos modos, se hizo famoso. Se convirtió en una estrella.

»En aquellos días los teatros no tenían aire acondicionado y en los meses calurosos del verano, todos los actores descansaban en la playa. Había una colonia de actores bastante famosa aquí en Sconset, a principios de siglo. Ned Sheridan regresó a su hogar y construyó esa casa al revés, idéntica a una que había visto en sus viajes a Hawai, con una sala de estar y una galería en la parte superior para tener buena vista.

»Se decía que siempre estaba llena de amigos, otros actores y sus hijos, y que a menudo montaban un espectáculo para la gente del lugar. Aparentemente, era gente jovial y amistosa, que pasaban buenos ratos y gustaban a todos. Pero más tarde, cuando se inventó el aire acondicionado, cuando los teatros comenzaron a estar abiertos en el verano, se marcharon. Creo que Ned trajo aquí a sus hijos en ciertas ocasiones, pero después de un tiempo él también dejó de venir.

»De todos modos, querida, eso es lo que puedo decirte. Las hijas de los Sheridan dejaron la isla y ninguna de ellas regresó jamás a Nantucket, de modo que no sé lo que le sucedió a él. Solo la historia de que Lily Molyneux fue el verdadero amor de su vida —dijo riendo—. Y tal vez aquel debería haber sido su epitafio.

Shannon regresó lentamente a la cabaña, pensando en Ned Sheridan. Miró la casa blanca, imaginándola llena de actores bulliciosos, alegres, con los niños que entraban y salían corriendo y Ned mirando con ansiedad hacia la casa vecina, deseando poder estar con su amada, Lily Molyneux.

Con un impulso, caminó hacia la puerta e intentó abrirla. Ante su sorpresa, estaba sin llave.

Miró aprensiva por encima de su hombro mientras subía las retorcidas escaleras de madera, consciente de las alusiones que la señora Conrad había hecho a los fantasmas pero, cuando abrió las persianas de la gran sala de estar, el reluciente sol de la mañana temprana iluminó el lugar que no pareció para nada fantasmal. Observó curiosa a su alrededor. Había algunas sillas viejas, una mesa con una pata rota y una gastada alfombra oriental. Unos pocos y viejos carteles de teatro enmarcados en deslucidos marcos colgaban de las paredes, anunciando a Ned Sheridan en *Hamlet*, en el *Conde de Montecristo*, y a los Sheridan en *Romeo y Julieta*. En un rincón, detrás de la mesa rota medio escondida debajo de una alfombra raída, había un baúl lleno de viejos trajes, y escondido entre ellos Shannon encontró un álbum de fotografías.

Quitó el polvo de la manchada cubierta de terciopelo granate, y volvió las páginas vacías hasta que llegó a una fotografía individual. Supo que debía ser Ned. Era alto y delgado. El tupido cabello rubio caía sedoso sobre los ojos y había en estos una expresión algo demoníaca. En su opinión, Ned Sheridan era un hombre muy apuesto, y él y Lily deberían de haber hecho una pareja maravillosa.

«Amantes» pensó. ¿No es lo que la señora Conrad había dicho? Se colocó el álbum debajo del brazo y bajó las escaleras nuevamente para dirigirse a su cabaña.

Casi se olvida de las dos cartas que tenía en el bolsillo. Entonces las sacó para leerlas. La primera era del banco para decirle que tenía en la cuenta la suma de tres mil veinticinco dólares y que poseía una línea de crédito de hasta cincuenta mil dólares, con garantía del señor J. K. Brennan. Y la segunda era del mismo J. K. Brennan.

Sé que te enojarás cuando te enteres por el banco, pero solo deseo que tengas la seguridad de saber que, en caso de que lo necesites, el dinero está

allí. Por supuesto, si no lo necesitas, yo seré el primero en aplaudir. Pero ahora mismo estás pasando por demasiados cambios como para preocuparte de cómo pagar el alquiler y tener lo suficiente para comer. Créeme, yo ya pasé por eso. Utiliza el dinero cuando lo necesites. Es lo menos que puedo hacer por ti, y no es ni suficiente como para poder pagar lo que tu padre hizo por mí.

Al instante lo llamó por teléfono.

—No sé cómo darte las gracias por el dinero —le dijo simplemente—. Pero no lo usaré. Tengo un empleo; gano lo suficiente para vivir.

Ella deseaba probarle que no era una malcriada niña rica. Deseaba que supiera que era digna hija de su padre.

—Está allí como respaldo —le dijo él. Se produjo una pausa incómoda y luego—: ¿Y? ¿Qué es lo que haces allá en Nantucket?

—Soy camarera —dijo riendo, pensando en Harriet—. Y soy muy buena.

—Bravo —dijo él sorprendido—. Hazme saber cuándo deseas compañía.

—Lo haré —le prometió—. Y gracias, J. K. Eres el único que ha estado a mi lado. El único que realmente me ha ayudado.

—¿Ni siquiera Buffy? —preguntó.

—Ni siquiera Buffy.

—Sí —dijo sombrío—. Bueno, no hay necesidad de dar las gracias. Yo estoy aquí para cuando lo necesites, Shannon. Ahora cuídate.

Aquella noche el restaurante Harriet estaba lleno de gente, pero Shannon casi no lo notó. Su mente estaba concentrada en Ned y Lily, además del misterio de que ella fuera la dueña del collar de diamantes de Lily Molyneux. ¿Cómo había llegado a manos de Bob Keeffe? ¿Y por qué él dijo que «a propósito, se trata de una herencia de familia»?

La respuesta le llegó por la noche. Una de las pocas cosas que su padre le había contado era que los O'Keeffe provenían de Connemara. Y Lily Molyneux también venía de allí.

Se sentó en la cama y encendió la lámpara, mirando la foto de Ned Sheridan, el pequeño paquete de cartas de Ciel y el retrato con el collar de diamantes. Había una conexión entre los O'Keeffe y los Molyneux, ella lo sabía.

No lo pensó dos veces. A la mañana siguiente cerró la cabaña Bruma Marina, le anunció a Harriet que renunciaba al empleo, tomó el barco hacia el continente y el primer vuelo que partía para Irlanda.

—Y esa es la razón por la que me encuentro aquí ahora. —Shannon terminó su historia sin aliento—. Para saber más sobre Lily y los O'Keeffe, además de mi familia. Pensé que tal vez me ayudaría a descubrir la verdad sobre mi padre.

—Tal vez sí y tal vez no —dijo yo—, pero una de las cosas que puedo contarte es la historia de Lily.

—En mi opinión, los problemas siempre comienzan con una mujer —dijo Brigid con conocimiento—. *Cherchez la femme* es lo que digo.

Yo la miré, anonadada.

—Nunca supe que hablaras francés, Brigid.

—Oh, con el correr de los años aprendí algunas nociones —le dijo secamente—. Cuéntenos algo más de Joanna —le dijo a Shannon.

—Sé que a mi padre ella le importaba, y supongo que a Joanna también le importaba él. ¿Por qué otro motivo iba a guardar silencio todos estos años? Después de todo, si estaba solo detrás del dinero, ella habría vivido en el esplendor y su cuerpo habría estado cubierto de joyas, asegurándose de que todos se dieran cuenta de ello.

Añadió con calma:

—Pensé mucho en Joanna cuando estuve en Nantucket. Pensé que ella estaba sola, como yo, y no pude evitar sentir lástima por ella. No había podido estar en el funeral y había sido el espíritu de la discreción; su nombre jamás salió a la superficie en la prensa. No tenía a nadie con quien hablar de él, nadie que la consolara y yo sabía cómo se sentía. De todos modos, le escribí una breve nota, algo así como de un corazón herido a otro —se encogió de hombros—. Pensé que era lo menos que podía hacer. Por mi padre.

—¿Y qué hay de su cruel madrastra? —preguntó rápidamente Brigid.

Shannon sonrió.

—Buffy no era cruel. Era simplemente egoísta y... no era amable.

—Mmmmmm —dije pensativa—. Me parece recordar haber oído esas mismas palabras dichas acerca de Lily.

—De todos modos, el asesinato no es el estilo de Buffy. Si hubiera deseado estar libre, habría recurrido a un brillante divorcio de sociedad, con sus condecoraciones por el valor demostrado bajo la tensión de las pesadas obligaciones sociales. Habría obtenido su recompensa por los largos servicios prestados y una enorme asignación.

—Háblanos de los socios —dije, mientras Brigid nos servía más té.

Shannon pensó por un momento.

—Sé que Jack Wexler estaba celoso porque papá hizo que un famoso arquitecto diseñara su edificio de ensueño en lugar de él. Papá una vez me contó que pensaba que Jack fantaseaba con ocupar su lugar. Pero eso no hace que un hombre se convierta en asesino, ¿o sí?

»Y he conocido a Brad Jeffries desde que era pequeña. Es imposible para mí pensar en él como en el asesino. Tal vez estaba cansado de ser el *hombre invisible* en las compañías Keeffe. ¿O tal vez fue codicia?

—¿Y J. K.? —pregunté con curiosidad.

Ella dejó escapar un gran suspiro.

—¿Quién sabe qué es lo que acecha debajo de la imagen del hombre que era la mano derecha de su jefe? Pero papá sabía que J. K. era ambicioso y a él le gustaba por eso. Y yo le creí cuando me dijo que, si hubiera algo que pudiera haber hecho

para evitar la tragedia, con seguridad lo habría hecho. Además —agregó ella—, ha sido un buen amigo conmigo. J. K. fue la única persona que hizo algo para ayudarme. Buffy simplemente se fue y yo sabía que los ofrecimientos de ayuda de Brad y de Jack fueron solo de palabra. —Se encogió de hombros, excusándolos—. Después de todo, la empresa quebró, ellos perdieron sus trabajos y probablemente también sus fortunas.

»Y de todas maneras —concluyó en voz baja, mirándonos con más deseos que esperanzas reflejados en aquellos ojos grises—, aquí estoy.

Mi madre siempre había dicho que era imposible hacerme callar la boca, pero la historia de Shannon lo había hecho y, por una vez, había escuchado sin decir palabra. Era una historia terrible, de asesinatos, de millones y de sueños fantasmales. Entonces pensé en mi otro invitado, en aquel momento en Galway y sonreí. Tal vez había más sueños que los que pensaba. Y tanto por compasión como por interés, la invité a quedarse.

—Arnavarna es siempre buena con la gente que tiene problemas —le dije—, y yo puedo ver que tú eres de esa clase de gente. No existe nada aquí que rompa la paz. Salvo tal vez... —Ella me miraba expectante, pero yo solo sonreí. Me guardaba mi coincidencia, mi secreto, mi *sorpres*a, para más tarde—. Bueno, ahora, deberemos ver qué habitación podría gustarte —le dije con animación—. Dios mío, ¿ya son la seis y media? La cena es a las ocho, querida. Y, por supuesto, siempre nos vestimos bien.

Le enseñé a Shannon su habitación, situada sobre el porche del frente y que había sido la de mamá, y a ella pareció gustarle mucho, en especial el gran cuarto de baño que tenía una inmensa bañera de patas colocada en el centro y la ducha de bronce, estilo Victoriano. Sé que las toallas están delgadas por los años y que tal vez tengan un par de agujeros, pero no importa, huelen a viento cargado de sal y a lavanda guardada en bolsitas prensadas. Le advertí que el agua podía ser algo marrón, pero así era siempre después de la lluvia y esto es solo por la turba. Dicho esto la dejé para que se diera un buen baño.

Caminé hasta la primera puerta del pasillo, hacia mi habitación ubicada en la esquina sudeste de la casa. Siempre había sido mi dormitorio desde que tenía doce años y, cuando mi madre se fue, de alguna forma yo jamás tuve coraje de cambiarme al dormitorio más grande.

Mi dormitorio no es pequeño, aunque es un poco demasiado cuadrado en su forma. Hay una gran cama de bronce, estilo Victoriano, con baldaquino de cuatro postes y un colchón que fue confeccionado a mano por Heals hace cuarenta años y que está tan firme como el primer día en que lo compramos. Las sábanas son de lino irlandés; gastadas, por supuesto, como estaba todo en esta casa, pero no hay nada como el lino en contacto con la piel. La alfombra es la misma que siempre ha estado aquí, china, con arabescos en destañido color azul y verde, y flores de loto en los bordes. Hay un maravilloso tocador cuadrado con mis habituales conjuntos de

chucherías de plata y cristal: joyeros y cajas de horquillas, pequeños floreros y velitas, fotografías y viejas cartas, cepillos y espejos. Y, sobre la tallada chimenea de madera de pino, una colección de perros de porcelana que mi familia y amigos, que conocen mi devoción por la raza dálmata, me fueron regalando a través de los años.

Hay un cómodo sillón tapizado en cretona floreada colocado delante de la chimenea, con un pequeño reposapiés hecho por mi abuela, *lady* Nora, quien obviamente pasaba interminables horas en tales menesteres, llenando nuestras habitaciones de almohadones, sillas tapizadas y llamadores. Sus manos jamás estaban ociosas. La gran ventana mira sobre la parte posterior de la casa, hacia las colinas y aquella deliciosa visión del mar, que es la primera de las cosas que yo veo cada mañana cuando abro los ojos. Y las cortinas son de chintz floreado rosa y azul que hacen juego con las sillas. Todas son tan viejas como el colchón, pero no tanto como yo.

Contra una de las paredes hay un par de armarios, y hay todavía más en el vestidor que hay a continuación; todos están atestados con mis tesoros del pasado. Oh, sí que adoro la ropa, aun ahora que estoy en la vejez.

Y amo esta habitación. Recuerdo que, cuando era niña, deseaba con fervor estar enferma: no de algo grave, sino solo alguna enfermedad sin importancia, pero lo suficiente como para poder quedarme en la cama y ser atendida con bandejas llenas de todas las cosas que más me gustaban «para tentar mi apetito». Me tendía contra una montaña de almohadas mirando hacia el mar por la ventana, con el sentimiento delicioso de ser mimada, hasta que alguien, mamá, papá o algún amigo, asomaba la cabeza por la puerta y decía:

—Hola, jovencita, ¿qué estás haciendo? —Y entonces mi pequeña guarida de quietud se llenaba de vida con risas, chismes, abrazos y besos, ya que nadie parecía preocupado en lo más mínimo por contagiarse de mis gérmenes.

Como sabrán, es mi mala suerte y no crean que no lo he lamentado en todos estos años, el no haber tenido hijos. Dios me jugó una mala pasada en ese tema, ya que yo los deseaba: quise un hijo de mi primer amor, Archie, pero jamás tuve la oportunidad; quise un hijo de mi marido, pero jamás pareció aparecer la suerte; y por último deseaba los hijos del hombre que amaba y con quien casi me caso, pero no debió ser. He pensado más de una vez sobre cuán diferente habría sido mi vida con Ardnarna llena de niños y de nietos, de la forma en que están llenas la mayoría de las casas irlandesas. No me malinterpreten; nunca fui una solitaria. Oh, no, jamás fue eso. Es solo que a veces me pongo melancólica cuando pienso en ello, en especial las largas noches de invierno. Y esa es la razón por la que esta noche estoy tan contenta.

Ya que, como ven, tenía otro invitado. Mi «coincidencia». Él se encontraba en Galway, pero estaría de regreso para la hora de la cena y esta noche sería casi como tener a mis nietos alrededor de mi mesa. Sabía que sería mejor que me bañara de prisa y luego comprobara lo que Brigid hacía en la cocina. Las dos muchachas del pueblo habían venido a ayudar, ya que ella es una mujer vieja aunque no lo admita, y yo

deseaba asegurarme de que todo estuviera bien.

Decidí ponerme el vestido de chifón rosa con una pequeña capa sobre los hombros. Rosa *impacto* solían llamarlo, y es uno de mis favoritos. Me puse las horquillas con forma de flecha e incrustaciones de diamantes que una vez Archie me regalara. Tal vez estén un poco sucias de polvo, pero son *buenas*. Como mi pecho está ahora enjuto, no tiene sentido lucir escotes, de modo que tomé mi broche de esmalte favorito y me cerré la pequeña capa. Por supuesto, me puse medias de seda, mi extravagancia más grande, luego unas sandalias de tacón alto de color plateado y un toque de L'Heure Bleue de Guerlain. Pensé que esto sería suficiente.

Nuevamente abajo, fui a ver qué hacía Brigid en la cocina y luego corrí encendiendo velas, lámparas y arrellanando almohadones como una anfitriona nerviosa lo haría antes de una fiesta, ya que estaba sobre ascuas por mi sorpresita. Si resultaba de la forma en que yo pensaba que lo haría, estábamos ante algo muy excitante. O diríamos que el «misterio se hacía más profundo».

Las altas ventanas se abrieron al aire nocturno y pude oír el sonido de un coche que llegaba. Luego el sonido de pasos apresurados subiendo de dos en dos los escalones. Sonreí cuando oí el característico crujido sobre el segundo escalón desde arriba. Me ocupé de colocar las botellas sobre el aparador, sirviendo un poco de esto y otro poco de otra bebida en una coctelera, cuando el reloj de la entrada dio las ocho campanadas, seguidas de una pequeña tonada. Minutos más tarde, oí a Shannon sobre las escaleras y luego ella entró envuelta en una nube de Chanel N.º 5.

La inspeccioné con cuidado, de la forma en que lo haría con una nieta, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos entrecerrados. Tenía puesto un vestido de punto negro con un profundo escote en V y mangas largas y ajustadas, con un cinturón que se ceñía a su delgada cintura. Con la luz detrás de ella, su roja cabellera parecía rodeada de una aura y casi no lucía maquillaje ni vestigio alguno de alhajas.

—Bueno —le dije con aprobación—, no estás grandiosa. Un poco simple para mi gusto, niña, pero eres muy joven y lo suficientemente hermosa como para poder pasar por alto algunas cosas. Yo soy como mi madre, siempre tengo que colocarme debajo de un reflector para que noten mi presencia.

Vi que ella miraba mi vestido y mis tacones plateados, que hacían que mis tobillos se vieran tan frágiles como los de una potrilla, el lápiz de labios de color rosa que hacía juego y los diamantes en mis recién peinados rizos, de modo que di un giro infantil y dije, radiante:

—Schiaparelli. 1932. ¿No está mal, no?

—Maravilloso —dijo llena de asombro.

—En esa época debía tener tu edad, y hacía mis compras en Londres y París. Adoraba París. Y la ropa. En especial los sombreros. Mi queridísima niña, odio incluso ahora decir cuánto dinero derrochaba yo en aquellos diminutos pedacitos de redecilla y plumas que se usaban en los años treinta. Pero hacían maravillas en el aspecto de las jóvenes. Aún los tengo todos arriba. Recuérdate que te los enseñe más

tarde.

Brigid murmuró algo entre dientes cuando pasó junto a mí llevando una bandeja de aperitivos.

—¿Qué sucede, Brigid? —le pregunté.

—Mucho bien le han hecho los sombreros —me replicó con desdén—. Debería haber ahorrado dinero.

Ahorrar dinero jamás ha sido mi punto fuerte y ella lo sabía. Le dije con prontitud a Shannon:

—Ven, jovencita, ayúdame, ¿quieres? Mis viejos brazos aún pueden controlar a un caballo, pero la artritis es una enfermedad estúpida y yo encuentro que es demasiado difícil para mí agitar como se debe esta coctelera.

Shannon agitó obediente los cócteles y se dio cuenta de que había tres copas, todas diferentes ya que nada hacía juego, sobre una deslucida bandeja de plata.

—Estoy esperando a otro invitado —dije, cuando cruzaron las escaleras. Oímos sus pasos en el pasillo y luego la puerta de la sala se abrió y entró él.

Shannon lo miró. La coctelera cayó de sus manos a la bandeja de plata, rompiendo las copas. El joven que estaba parado en la puerta miró. Era un muchacho alto, apuesto, de sedoso cabello rubio.

—Shannon, querida —dije, ignorando las copas rotas con tacto aristocrático—, me gustaría presentarte a Edward Sheridan, bisnieto de Ned Sheridan. Eddie, esta es Shannon Keeffe.

Observé con detenimiento cuando se estrecharon las manos, estudiándose con cautela. Obviamente, él sabía quién era ella por la terrible publicidad y, debido a que se parecía tanto a su antepasado, ella creyó estar dándole la mano a un fantasma.

—Es de carne y hueso —le dije con una sonrisa, ya que adoraba hacer travesuras. Me miró molesto. No pareció divertido, y Shannon me miró con ojos acusadores.

Traté de mostrarme avergonzada, pero no soy buena para eso. En lugar de eso, me reí.

—¿No es interesante que os encontréis aquí? ¿Y por la misma razón? Ambos deseáis saber cosas de Lily. —Serví los cócteles en una de las copas que con presteza habían sido remplazadas y la levanté—. *Sláinte* —brindé, sonriendo.

—*Sláinte* —repitieron, bebiendo con cautela. Shannon tosió como si la bebida le golpeara la garganta y rápidamente admití—: Tiene un toque de *whisky* casero, querida niña. Para prepararnos para la cena.

Eddie Sheridan se rio y me di cuenta de que, con el paso de los minutos, él se iba transformando en más humano y menos fantasmal para Shannon.

—Otro brindis —grité, disfrutando inmensamente—. Por Lily Molyneux, que nos ha reunido.

Entonces, con un gesto de mi brazo, los conduje por la puerta.

—La Pérfida Brigid ha estado trabajando todo el día en la cocina, de modo que será mejor que vayamos a cenar antes de que comience a enfadarse. Y, además, será

una buena comida, puedo prometerlo, ya que ante todo es una cocinera maravillosa.

Ocupé mi lugar en la cabecera de la magnífica mesa estilo regencia que había sido de mi bisabuela cuando ella vivió aquí, cuando aún era la Casa Dower, mucho antes de que se incendiara la Casa Grande. Pensé que era una vieja con suerte por tener a dos invitados tan encantadores. Cuando hice sonar la campanilla de plata para llamar a Brigid, dije traviesa:

—Tal vez jamás os deje ir. Os contaré las historias de Lily, como Scheherazade, poquito a poco, a fin de condenaros a quedarse en Ardnarnna para siempre.

—No puedo imaginarme una condena mejor —dijo Shannon impulsivamente.

Y por supuesto tenía razón, ya que no existía otro lugar en el mundo como Ardnarnna. Eché una mirada al comedor.

Su estado ruinoso se veía suavizado por la luz de las velas y el fuego de turba que chisporroteaba en el hogar, aun cuando las grandes ventanas estaban abiertas dejando pasar el aire de la noche. Y entonces recé mis bendiciones.

Brigid apareció tambaleándose bajo el peso de una bandeja cargada de comida. Llevaba puesto un coqueto uniforme: un vestido negro y el delantal blanco de organza que estaba hecho para alguien de la mitad de su tamaño. Usaba calcetines blancos sobre unas medias negras, y sus diminutos pies estaban enfundados en unas pequeñas botas de tacones altos con cordones. Le lanzó a Eddie una mirada despreciativa cuando este se puso de pie de un salto para ayudarla.

—Todavía no he tenido que pedirle jamás a alguien que me ayude a llevar una bandeja, y mucho menos a un joven pícaro como usted —dijo, apoyando con un golpe la bandeja sobre el aparador y regresando al trote a la cocina. Yo suspiré.

Como pueden haber apreciado, Brigid es buena dando golpes.

Oí a Eddie preguntarle a Shannon por qué estaba interesada en Lily, y ella le contestó que pensaba que podría estar emparentada con la familia de su padre. «Los O'Keeffe».

—Y Eddie cree que él también podría estar emparentado con Lily —dije yo—. A través de la familia de su padre. —Los miré divertida. Siempre disfruto con las travesuras, y estaba a punto de dejar caer la segunda bomba de la noche—. Así que, ¿no os parece interesante? ¿Ver cuál de los dos es, es decir, el heredero de Lily?

Los ojos asombrados de ambos se encontraron con los míos.

—¿Heredero de Lily? —dijeron al unísono.

—Sí. ¿No os lo he contado? Lily dejó un montón de dinero cuando finalmente partió. No se lo dejó a mi madre ni a mí. Como ven, tenemos suficiente. Ella lo dejó para su «único y legítimo heredero».

—¿Y quién era ese? —preguntó Edward.

—Bueno, ese fue el misterio. Nadie supo jamás quién era el «único y legítimo heredero» de Lily. En caso de que tuviera uno. Nadie volvió a saber nada de Lily. Ella se quitaba a la gente de su vida de la misma forma en que otros desechan ropa vieja. Pero ahora, vuelvo a adelantarme. Si se supone que deseo ser Scheherazade, será

mejor que comience desde el principio. Después de la cena, lo haré. —Le sonreí astuta al par de rostros alertas que se volvían para mirarme—. Bueno, vamos ahora a disfrutar de nuestra comida —les dije, sabiendo que los dos estaban en mi poder.

Después, nos acomodamos frente a la chimenea de la sala. Yo me senté en el sofá, con los perros a mi lado, y miré a los dos jóvenes que me miraban expectantes. Había pasado mucho tiempo sin atraer tanta atención, y lo disfrutaba inmensamente. Sabía que era mezquino por mi parte mantenerlos en suspenso, pero la verdad era que disfrutaba de su compañía. Me traía recuerdos de mi propia juventud y de mi madre, sentada en el mismo sofá, contándome la misma historia que yo iba a relatarles a ellos ahora.

Mamá y yo éramos muy amigas, éramos más hermanas que madre e hija. ¡Oh, cómo la amaba, y cuánto la lloré cuando se murió! Me escapé a París justo después del funeral, y durante más de un año no pude encontrarme en condiciones para regresar. El pensar en Ardnavarna sin ella era insoportable. Cada vez que caminaba por el jardín, veía la belleza que ella había creado. Las verduras y frutas que había plantado todavía me alimentaban, y su adorado caballo de caza esperaba impaciente en los establos para que lo volvieran a montar.

Pero la vida ya no volvió a ser la misma sin ella. Incluso ahora, después de tantos años, yo la echo de menos.

Suspiré y me quité de una patada mis sandalias plateadas, escondí los pies debajo de mi cuerpo y comencé el relato.

Capítulo 11

—Antes de que os hable de Lily, debéis saber algo de la familia Molyneux. Algo acerca de la importancia que tuvimos, de modo que os podáis hacer una idea de cuánto hemos descendido.

»Ardnavarna significa *lugar alto con abedules*. Mis antepasados plantaron cientos de estos árboles en las colinas que rodean la casa, todos esos que habéis visto hoy.

»En los viejos tiempos, la gente podía siempre hablar de la importancia de una casa por la extensión de la avenida que conducía a ella. Y el castillo era tan enorme y grandioso que había media docena de hombres que se dedicaban a alisar los caminos de grava, a fin de que no quedara la marca de ninguna rueda. De las almenas siempre colgaba un andamio para que los obreros pudieran limpiar los cientos de ventanas. Había cuarenta criados en la casa, un iluminador, un apagavelas, muchachas que no hacían otra cosa que mantener ardiendo los fuegos en tal vez cientos de chimeneas, y una tribu de muchachos pequeños tenían a su cargo la provisión de carbón y turba que se almacenaba en los sótanos.

»En los días de mi bisabuelo, había chefs franceses y niñeras inglesas, criadas irlandesas e institutrices alemanas, ayuda de cámaras, damas de compañía, mayordomos, lavanderas y cocineras para las dependencias de los criados. Los lacayos vestían con fracs color verde botella y pantalones a rayas negras, pero el mayordomo tenía un traje diseñado especialmente por mi tatarabuelo y confeccionado en París, de color verde trébol y terminado con galones dorados. Ya les dije, nosotros, los Molyneux, siempre hemos sido un poco extravagantes.

»Los establos eran muy importantes, por supuesto. Siempre existían en todas las casas irlandesas. Podrían haber acomodado con facilidad a cinco familias, y estaban contruidos con los mejores materiales. Había docenas de caballos y cada pesebre era un modelo de limpieza y cada caballo tenía, sobre la puerta, su nombre en una placa de bronce que brillaba tanto como el sol. Había caballos para cazar y de trabajo, carruajes y los *ponys* para los niños, cuatro caballos grises para el carruaje personal del señor y un par de caballos de paseo para la calesa especial de la señora. Lord Molyneux era Maestro de caza, y los sabuesos se guardaban en lugares que eran tan palaciegos como los establos.

»Aparte de Ardnavarna, había una casa en la ciudad, en Fitzwilliam Square en Dublín y una en Belgravia, en Londres. La familia dividía su tiempo entre ellas de acuerdo con la temporada. Asistían a todas las grandes fiestas y recepciones de Londres y a las fiestas especiales para hombres, las cenas y los bailes celebrados por el Lugarteniente en el castillo de Dublín. Y en Ardnavarna se recibía con grandeza. Venía todo el mundo; el libro de invitados debió haberse leído como el quién es quién de la época: la realeza de media docena de países, todos los nobles, artistas,

escritores, celebridades. Eran famosas las fiestas de fin de temporada de Ardnarná, y ser invitado a ellas era algo muy apreciado.

»La vida era grandiosa entonces. Y en los días de mi abuelo, aún éramos ricos. Él era el hijo menor y el único heredero al título por una serie de accidentes. Su padre había muerto, junto con sus dos hijas, de fiebre tifoidea en una visita a Italia. Luego, el hijo mayor, que había heredado el título, se ahogó en un accidente de navegación dos años después. Y así, mi abuelo, Augustus Molyneux, heredó todo: el título y el dinero de la familia, junto con Ardnarná.

Me detuve para tomar aliento, mirando a mis jóvenes invitados.

—Decidme si os estoy aburriendo, queridos —les dije medio disculpándome—. Me gustan tanto estas viejas historias, que a veces siento como que las estoy viviendo. —Encendí un cigarrillo y con la mano ventilé el humo, con un ruido de pulseras—. Ahora. ¿Dónde estoy?

—Su abuelo heredó todo, —me informó Shannon con ansiedad. El gato que tenía en la falda, llenándole de pelos todo su vestido negro, se estiró y maulló. Shannon sonrió y pensó que, por primera vez desde que llegara, no se sentía tensa.

Yo le dije:

—Que quede en claro que no os estoy relatando la historia de los problemas de Irlanda; no voy a hablar sobre política ni sobre la trágica historia de brutalidades. Es sobre los Molyneux y los O'Keeffe, y lo que a ellos les sucedió.

»Ahora bien, Augustus Molyneux trajo a su madre viuda a esta casa heredada, en la cual nos encontramos ahora, y ella dedicó el resto de sus días a cuidar los jardines. Él ya había conocido a Nora Westmacott, la hija única de una familia de título menor, que vivía en una pequeña y pobre mansión de Devon. Pero Nora era bonita y hacían muy buena pareja. A pesar del lujo de los títulos y fortunas de otras jóvenes, Augustus Molyneux la eligió a ella y se casaron tres meses más tarde.

»Nora tenía cabello negro y piel pálida. Era muy delicada. Dio a luz a dos niños muertos antes de que naciera William en 1866. Y entonces, un año más tarde, en 1867, nació una niña.

»La leyenda dice que Nora miró a la niña y quedó tan sobrecogida por la inocencia y belleza del bebé, que le dio el nombre de las flores más puras, las lilas.

»Luego, siete años más tarde después de aquella ocasión especial, en 1874, cuando ya habían perdido las esperanzas, nació otra niña. Y esta vez ellos dijeron que le darían el nombre del hermoso cielo de primavera que Nora vio por su ventana cuando por fin terminaron los terribles dos días de parto, *Le ciel*.

»Y, por supuesto, son los recuerdos de Ciel, es decir de mi madre, los que yo ahora os estoy relatando como ella me los relató a mí, aunque tal vez con un poco de mi propia imaginación, en lo que respecta a quien le dijo qué a quién.

Me reí, sabiendo que mi fértil imaginación era más que capaz de llenar los espacios vacíos.

—William era un muchacho callado y estudioso. Odiaba la caza y las actividades

al aire libre, y fue Lily la que se transformó en la favorita de su padre. Durante siete años, hasta que Ciel llegó, ella tuvo todo su amor para ella sola. Oh, y era una belleza, una niña adorable con aquellos bucles oscuros y brillantes y los relucientes ojos azules, además de las rabieta de carácter y amargura que hacían juego con lo demás. Ciel decía que nadie podía entristecerse tan bien como su hermana Lily. Y su padre tenía debilidad por aquellos labios fruncidos en un mohín, por aquel piecico que golpeaba contra el suelo, enfundado en las botas todas abotonadas de piel de ciervo, por aquel movimiento rebelde de su cabeza. Y, justo en el momento exacto, la lágrima apropiada que corría por la mejilla, el asomo de un llanto que sacudía aquellos hombros pequeños. Lily era una experta en manejar a su padre con un dedo.

»Ciel, por el contrario, era una pequeña pelirroja traviesa con el rostro de un mono encantador. Tenía una sonrisa que hacía que todos sonrieran, y era tan alegre como una alondra. Los ojos eran grises como los de su padre, era pequeña y pecosa y estaba siempre metida en líos. Además, adoraba a su hermana Lily.

»William fue enviado a un colegio de Inglaterra, y la familia dividió su tiempo entre Londres, Dublín y Ardnava. El padre les enseñó a sus hijas a montar tan bien como si fueran un hombre. Lily tomó parte en su primera cacería cuando contaba tan solo con cinco años de edad, cabalgando con naturalidad en la silla de mujer y preciosa con su traje de montar hecho a medida por Busvine y las pequeñas y perfectas botas de Peal & Butley, con los rizos echados hacia atrás con una redecilla y el mejor de los sombreros de Locke de Londres.

»De todos modos su padre, lord Molyneux, era un hombre mundano, apuesto y arrogante. Sus deseos eran órdenes, y que se atuvieran a las consecuencias aquellos que obedecían con demasiada lentitud o, el cielo no lo permitiera, aquellos que llegaran a desobedecer.

»Ciel dijo que siempre pareció afectuoso con su madre, *lady* Nora, pero se ponía impaciente con la delicadeza de esta y también con la de su hijo. William era un joven pequeño, delgado y pálido. Siempre tenía un libro pegado a sus narices. No prestaba ninguna atención a las pasiones de su padre: caballos, perros, cacería, tiro y pesca. Como pueden imaginarse, era la mayor de las molestias para el hombre.

»Pero *lady* Nora era amable y compasiva; si alguien estaba enfermo o tenía problemas, ella era la primera en enterarse y siempre estaba allí con una canasta de alimentos y medicinas. Lord Molyneux estaba orgulloso del hecho de que él conocía a cada uno de sus empleados por su nombre, pero era *Lady* Nora la que conocía los nombres de sus esposas e hijos.

»Por supuesto, Ciel era más joven que los otros dos. Era una niña divertida y con energía. Siempre estaba dando saltos y rompiendo cosas. Era pequeña y graciosa y siempre tenía problemas. Sabía que su padre la amaba, pero no había duda de que Lily era su favorita.

»Él había adorado a Lily desde el primer día en que la viera en los brazos de su madre. Tenía cabellos negros, ojos color zafiro y una bonita boca de la que él decía

con orgullo, incluso de bebé, que parecía sonreírle. Al crecer, Lily se convirtió en una atrevida, un fastidio y una coqueta. Podía obtener lo que deseara de su padre solo con sentarse sobre sus rodillas, rodeándolo con sus brazos y diciendo, “Oh, por favor, Pa, *por favor, por favor, por favor*”. Y podía escapar de cualquier castigo simplemente inclinando la cabeza como la flor de la que tomó su nombre y dejando que las lágrimas cayeran tristes en su pequeño rostro. Él era siempre “Pa” para ella, jamás papá como para los otros hijos. Y ella era siempre su “querida niña”.

»Ciel decía que, en toda su vida, Lily jamás pensó en las consecuencias de ninguna de sus acciones, aunque después su remordimiento podía llegar a ser verdaderamente terrible. Ríos de lágrimas y aullidos como los de una manada de sabuesos, prometiendo que jamás lo volvería a hacer, fuera cual fuere el *pecado*. Y en el momento hablaba de verdad.

»Sin embargo, Lily, adoraba a su Pa. Amaba también a su hermano, aunque podía llegar a fastidiarlo hasta enloquecerlo. Y en verdad amaba a su madre y a la inocente compañera en delitos, su pequeña hermana Ciel.

»Ella sí hacía cosas horribles: quitarle las gafas con montura de plata a William que siempre las tenía montadas sobre la nariz, cuando se encontraba inmerso en la lectura de un libro, sabiendo que él casi no podía ver sin ellas. Luego, bailando alrededor de él, se las enseñaba de forma tentadora, pero siempre manteniéndolas lejos de su alcance, sacándolas por la ventana. Inevitablemente las dejaba caer y allí iban las gafas, a hacerse añicos contra la grava, con ella luego tratando de juntar los pedazos, llorando porque no había deseado hacer eso y diciendo que haría cualquier, *cualquier* cosa para recompensarlo. Más tarde, él encontraba su libro favorito, un modelo de caballo o una chocolatina debajo de su almohada con una nota que decía *Lo siento*.

»Siempre implicaba a Ciel en sus osadas empresas, que ella encontraba muy fáciles, como saltar vallas. Pero no se detenía a pensar que aquellas vallas podrían ser demasiado altas para el pequeño *pony* de Ciel y entonces esta se caía y se lastimaba seriamente. Permanecía tendida allí como una piedra, con Lily sentada con las rodillas de lado, gimoteando y rezando, haciendo tratos con Dios de la forma en que Ciel siempre decía que lo hacía. Diciendo que si Él dejaba que su hermanita viviera, jamás volvería a comportarse de una forma tan estúpida. Que todo era culpa suya y que Dios debería llevársela a ella, en lugar de a su hermana. Naturalmente, aun cuando era sincera cuando lo decía, sabía que Dios jamás haría eso.

»Había un ejército de institutrices de todas partes de Europa, pero ninguna de ellas duraba. *Lady* Nora pasaba la mitad de su tiempo en Londres entrevistando nuevas niñeras y decía que las travesuras de sus terribles hijas eran la conversación de todas las salas y la tragedia de su vida. Por supuesto, solo hablaba medio en serio, ya que ella era una mujer gentil y adorable que amaba a estas dos hijas de personalidad tan fuerte.

»Ciel decía que las cosas que ellas les hacían a aquellas institutrices eran

verdaderamente horribles, simplemente porque sabían que, si dichas acciones eran lo suficientemente malas, las pobres mujeres se verían forzadas a partir y, entonces, estarían libres de lecciones y de disciplina hasta que nuevamente su desesperada madre pudiera encontrar a alguien más que ocupara el lugar vacante. Les colocaban puercoespines en las camas, ratones en la leche y arañas en sus almohadas. Ataban cuerdas en la galería a fin de que las mujeres tropezaran, y les colocaban patines sobre los encerados suelos, para que se resbalaran. Y Lily siempre hacía que Ciel se hiciera cargo del trabajo sucio, de modo que ella pudiera decir que era inocente.

»—Pero mamá, no sé nada de todo eso. No puedo imaginarme cómo sucedió.

»Todo el mundo en kilómetros a la redonda conocía a Lily. Los criados llevaban chismes de sus últimas correrías y los hombres se reían de ellas en las tabernas, mientras que las mujeres se reunían alrededor de los hogares para chismorrear sobre la niña. Para ellas, Lily era lo que ahora sería una estrella de cine. Hermosa, con título y rica, pero jamás despreciaba a aquella gente. Poseía encanto, vitalidad y una naturaleza impulsiva y despreocupada. Estaba siempre dispuesta a aceptar un reto, y aun cuando era un poco demasiado orgullosa de su nombre y poseía la arrogancia de su posición como la hija de lord Molyneux, jamás se mostró mezquina.

»Ciel contaba que Lily era siempre amable con los niños del pueblo. Jamás los despreciaba, y les daba paseos con su *pony* y les regalaba caramelos de leche viejos cubiertos de pelusas que sacaba de sus bolsillos. Ellos la adoraban y hacían alarde de sus atenciones durante semanas. Además, siempre iba gustosa con su madre a repartir medicinas, ropas o alimentos para los más pobres y necesitados. Una vez, corrió a buscar a su Pa y le dijo con desesperación que deseaba vender su caballo favorito y darle el dinero a una pobre familia sin vivienda que había encontrado en uno de sus paseos a caballo: un hombre joven, su esposa y un bebé, además de otros dos niños pequeños. El hombre había perdido su trabajo y la familia deambulaba de un lugar a otro para conseguir un techo, durmiendo en el suelo a la vera de los caminos, bajo la lluvia y los rayos del sol. Lily había regresado a su casa a todo galope y arrasó con todo en la cocina para llevarles alimentos, Y aquella noche, incapaz de olvidarse de las caritas tristes de aquellos niños, se enfrentó a su padre. Él la miró orgulloso y dijo que no había necesidad de su desinteresada oferta, y al día siguiente la pobre familia tuvo una cabaña nueva, y el hombre trabajó de jardinero y la mujer de lavandera.

»Naturalmente, Lily aceptó el arreglo como el mejor posible; simplemente las cosas eran así. Y aunque era veleidosa y salvaje, así como también una terrible molestia, era también la hija cálida, de corazón tierno y fácilmente conmovible de su madre.

»Pero, como era de suponer, ninguna institutriz duraba mucho, y Lily siguió siendo tan esquiva como la brisa. Se levantaba al amanecer y salía, antes de que alguien en la casa hubiera abierto los ojos. Se dirigía a los establos y salía al galope, detrás de Finn O'Keeffe».

Hice una pausa y observé a mis oyentes. Ambos tenían los ojos brillantes, llenos

de interés, pero había sido un largo día y mi edad ya comenzaba a decírmelo. Decidí que debía ir a dormir y continuar la noche siguiente.

—De modo que ahora ya conocéis los antecedentes —les dije a mis disgustados amigos—. Y mañana, después de la cena, os prometo que llegaréis a conocer a Lily y a Finn.

Y, dejándolos en medio de un intenso suspenso, les di un beso de buenas noches y me fui, con mis articulaciones crujendo como las escaleras, camino de la cama.

Capítulo 12

Eddie.

Eddie Sheridan arrojó otro leño al fuego y se volvió para mirar a Shannon, que estaba acurrucada en un deshilachado sillón. Uno de los dálmatas había dejado a Maudie y se había escurrido con vergüenza, para venir a sentarse a los pies de Shannon.

—Traidor —le dijo él, sonriendo. Ella sonrió.

—A él simplemente le gusta la compañía, supongo.

Tenía el rostro pálido y había sombras debajo de los hermosos ojos gris claro de pestañas oscuras. La lámpara que estaba detrás de su cabeza formaba un aura sobre su cabello pelirrojo y se la veía delgada y frágil con aquel largo vestido negro. Pensó en la hija embargada de tristeza por la muerte de su padre, recordando los titulares de los diarios. Dijo:

—Los últimos meses deben haber sido verdaderamente duros.

Ella asintió.

—Pero papá siempre decía que los Keeffe sobrevivirían, de modo que yo no puedo ahora defraudarlo. ¿No te parece?

Ambos guardaron silencio, mirando el reluciente leño en el hogar. Luego, él dijo:

—¿Por qué pensaste que nos conocíamos de antes?

Simultáneamente ella preguntó:

—¿Por qué viniste aquí?

Se rieron y Shannon dijo:

—Soy propietaria de la cabaña que hay junto a la casa blanca de Nantucket.

Él se encogió de hombros.

—Nadie ha vivido allí durante años. Solo la visitábamos en ocasiones cuando éramos niños. Yo crecí en California y no íbamos muy a menudo al Este. Y, más tarde, estaba demasiado ocupado con la facultad, primero en Berkeley, luego en la Escuela de Teatro de Yale. Supongo que sigo los pasos de mi bisabuelo, Ned Sheridan.

—Eres su viva imagen. —Dijo sonrojándose, avergonzada—. Tengo que hacer una confesión. Le eché una mirada a la casa. La puerta estaba abierta y, bueno, simplemente no pude resistirme. Tomé una fotografía. La tengo ahora. ¿Debería tal vez devolvértela? Después de todo esa es la razón por la que te conozco ¡si pensé que eras un fantasma!

Él se rio.

—¿De modo que estamos los dos aquí por la misma razón, para averiguar algo más sobre Lily y Ned?

Él la miró, asombrado.

—Sé que hablas en serio cuando dices eso, pero ¿es posible? ¿Es posible que lo hayan asesinado?

—Creo que sí, pero nadie me cree. Salvo Maudie y Brigid. Y, de todas formas, ¿por qué sientes tú tanta curiosidad por Lily?

—Supongo que es debido a que ella siempre ha estado allí, acechando en las conversaciones de familia, como un esqueleto guardado en el armario. De todos modos, estoy aquí para aclarar, por fin, los viejos rumores.

—¿Quieres decir el rumor de que Lily lo arruinó?

—Entre otras cosas. —Eddie se recostó contra los almohadones del sofá con las manos detrás de la cabeza, pensando—. La razón por la que siempre quise ser actor fue por las historias que mi abuelo solía contarme de Ned Sheridan. Lo importante y conmovedor que fue como actor. El abuelo decía que podía mantener en vilo a toda una audiencia con el solo movimiento de su mirada; en un minuto podía hacerlos llorar, mientras que al siguiente podía hacer que estallaran en carcajadas. Era una estrella, con su nombre brillando en los carteles de luces de Broadway. Pero le había costado años de actuar en giras que se hacían en pequeños teatros polvorientos, a lomos de caballo, recorriendo toda Norteamérica. Conoció a su esposa en una de esas giras: Mi abuela, Juliet.

»Ella no era bonita, he visto las fotografías, pero el abuelo me contó que tenía un andar orgulloso y sabía hacer parpadear sus enormes ojos oscuros; y sobre el escenario, simplemente se transformaba en una gran belleza casi en un acto de voluntad. Ella era una actriz de la *grandiosa* tradición de Bernhardt y Ellen Terry, y Ned era el Olivier de las giras. Ambos poseían voces que podían hechizar a toda una audiencia. Los dos tenían *música* en sus voces —solía decir el abuelo.

—Vi los carteles —dijo Shannon sintiéndose culpable—, colgados en una de las paredes de la casa blanca.

Él se rio.

—Está bien. Estoy seguro de que al viejo Ned no le habría importado. De todos modos, los Sheridan fueron famosos durante casi dos décadas alrededor de comienzos de siglo. Guardo todos los tesoros de Ned: la ropa de escena y los apuntes, las botas altas y el sombrero con plumas de caballero con la espada de *Montecristo*, su jubón y las calzas de *Romeo*, el uniforme de ella de la *Mayor Bárbara*. Me pasé horas sobre aquellas viejas obras con sus nombres escritos en letras bien grandes. Ellos hacían todo tipo de papeles. Mi abuelo contaba que Ned tenía poca concentración y, cuando iban de gira, los demás actores tenían grandes problemas porque representaban una obra diferente cada tres noches, en un teatro diferente todas las semanas. Viajaban los domingos y abrían el lunes por la noche.

Eddie suspiró con remordimiento, sonriéndole a Shannon.

—Aquellos eran buenos tiempos, por lo menos para el teatro. A veces pienso que tal vez yo nací en un tiempo equivocado, que debería haberlo hecho cuando vivió mi

bisabuelo Ned.

»De todos modos, el abuelo fue su único hijo y él odiaba aquella vida. Jamás deseó ser como ellos. Decía que sobre el escenario era todo magia, pero fuera de él todo era viajar y vivir en un tumulto, peleas con los representantes y directores, con los demás integrantes del elenco. No quería saber nada de aquello. Todo lo que él deseaba era un hogar adecuado, un lugar donde todos pudieran estar juntos. Y entonces sucedió que más tarde lo tuvieron. Dos, en realidad. Una hermosa casa en Long Island, que se transformó en una extensión del teatro: la misma gente, el mismo tumulto, las mismas peleas. Y la casa blanca en Sconset, donde Ned y sus amigos se relajaban y pasaban buenos ratos.

»El abuelo deseaba que Ned tuviera un trabajo normal como lo tenían los padres de los otros niños. Le habría gustado que fuera banquero o agente de bolsa, aunque creo que podría haberse conformado con que fuera fontanero con tal de que tuvieran una vida más normal. Supongo que él fue un niño aburrido para dos personas tan artísticas como sus padres, pero aquellas eran las reglas. Fue el más feliz de los muchachos cuando lo enviaron a la escuela preparatoria. Dijo que por fin se sentía como los otros chicos. Salvo, por supuesto, por sus padres que eran estrellas. Era cómico ver que jamás pudo comprender por qué los otros niños se sentían tan extasiados. Pensaba que la vida de su familia era aburrida: todos aquellos trenes y la larga espera en fríos teatros.

»Y me contó que siempre al acecho de Ned estaba esta misteriosa mujer, Lily Molyneux. Juliet era una mujer inconstante y siempre que ella y Ned tenían peleas, lo que sucedía a menudo, él oía a su madre gritar que todo era culpa de Lily Molyneux. Que Ned aún estaba enamorado de ella y que si esta llamaba, su padre iría corriendo. Y así lo hacía. Él lo daba por sentado. Y decía que fue eso lo que lo condujo a su caída.

»—¿Pero cómo, abuelo, cómo? —Solía preguntarle.

Sin embargo, solo sacudía la cabeza y decía:

»—De maneras demasiado terribles para que un jovencito como tú lo pueda comprender.

»Y así quedaba todo. Él jamás me dijo más nada.

»Me enloqueció —dijo Eddie—. Yo ni siquiera sabía cómo era Lily. Y jamás supe quién era, ya que nadie me habló nunca de ella. Me hice la promesa de que un día, cuando tuviera tiempo, averiguaría la verdad, solo para satisfacer mi curiosidad. Ya que si hay un esqueleto guardado en los armarios de mi familia, me gustaría saber qué es.

»Hice algunas investigaciones en los archivos de familia y así llegué al nombre de Lily y a una dirección en Boston, en Beacon Hill. Me dirigí allí, pero habían pasado demasiados años y nadie sabía nada de ella. La otra dirección la encontré en una carta que Ciel le escribió a Ned. Era de Ardnarn.

»Y así —se encogió de hombros y extendió las manos—, aquí estoy.

Shannon dijo:

—Yo puedo decirte cómo era Lily de aspecto. Era una belleza. Tal vez esa fue la razón por la que tu bisabuela Juliet estaba celosa de ella. Tenía un largo cabello ondulado muy oscuro y unos relucientes ojos azules, además de una boca llena de pasión. Tenía aspecto de mujer malcriada, sensual y rica. Y acostumbrada a hacer su voluntad. Por lo menos, lo hacía cuando tenía diecisiete años, cuando fue pintado el retrato.

—¿Y nos contará la señorita Maudie, lo que sucedió? ¿O simplemente nos dará trocitos de la historia, manteniéndonos aquí en Ardnavarna, prisioneros para siempre?

Shannon se rio.

—Yo me sentiría feliz de estar prisionera en Ardnavarna. Es un paraíso perdido en el tiempo. —Se puso de pie y estiró los brazos cansada—. Es extraño cómo todos nosotros hemos hoy hablado de Lily. Ella está allí, en el centro de la conversación, pero nadie llega a su corazón.

—El corazón de Lily —dijo Ed, mirando el fuego y colocando una pantalla de bronce delante de este—. ¿Tenemos la seguridad de que realmente poseía uno?

Subieron juntos las escaleras y el segundo escalón, contando desde arriba, crujió, provocando risas.

Edward tomó a Shannon de la mano y se la llevó a los labios, diciendo de forma exagerada, con un susurro muy teatral:

*¡Buenas noches, buenas noches!
Nuestra separación es una tan pena tan dulce.
Que debería seguir diciendo buenas noches
hasta que fuera mañana.*

Ambos sonrieron, demostrando agrado mutuo.

—Buenas noches, Romeo —le dijo Shannon en un susurro, alejándose cansada por el pasillo hacia su habitación.

—Shannon —la llamó él. Ella se volvió y sus ojos se encontraron—. En lo que respecta a tu padre, puedes contar conmigo para ayudarte.

Ella asintió agradecida. Podría usar toda la ayuda que pudiera encontrar, pero ahora ella tenía a Maudie, a Brigid y a Eddie de su parte y entonces ya no se sentía tan sola. Se quedó dormida casi tan pronto como su cabeza tocó la almohada con la funda de lino perfumada de lavanda, sin siquiera tener un solo pensamiento acerca de quién era el heredero de Lily, ya que sus sueños estaban demasiado llenos de Ned Sheridan. ¿O se trababa de Eddie Sheridan?

Maudie.

A pesar de haber trasnochado la noche anterior, el sol que se colaba por la ventana abierta y la brisa cargada de aroma a rosas me despertaron temprano a la mañana siguiente. Había en el ambiente un fugaz olor a jamón y pan recién horneado. Me quedé allí tendida por un momento, completamente relajada y con los ojos aún cerrados. Las viejas sábanas de lino se sentían frescas contra mi piel y me desperecé de forma exultante, sintiéndome como me sentía cuando tenía diecinueve años. Solamente cuando una se levanta y oye crujir sus articulaciones se acuerda de su edad.

Eché una mirada al antiguo despertador de latón que tenía dos grandes campanas y que se encontraba, de manera incongruente, sobre un perfecto mueble estilo regencia, junto a mi cama. Vi con asombro que eran casi las once. Oí cascos sobre la grava, salté de la cama y con prisa me dirigí a la ventana.

El muchacho de los establos, Colum, había soltado a mi yegua baya que estaba pastando feliz entre las margaritas, a la vera del parque, junto a los dálmatas que olfateaban detrás. Me vestí rápidamente y corrí escaleras abajo, ansiosa por dar un paseo en una mañana tan adorable.

—Buenos días, Maudie —me dijo Shannon mientras yo iba hacia el camino de grava. Ella estaba apoyada contra la ventana, con el bonito rostro sonriente. Parecía que estaba contentísima de que yo no hubiese sido un sueño, y mi corazón volvió a sentir calidez hacia ella.

—Siento que debería decirte a la manera irlandesa, «Muy buenos días», pero no lo haré —dije con una sonrisa—. En lugar de eso te deseo un buen día, y me gustaría saber si querrías venir conmigo a cabalgar. —Luego añadí con dudas, ya que jamás sabía a qué atenerme con los norteamericanos, en especial con la gente de la ciudad—. Por supuesto que sabes montar a caballo, ¿no es así?

—Sí. Pero usted ya está lista y yo ni siquiera me he vestido.

—Entonces, niña, vístete ya —le dije— y ven aquí abajo. Primero tomaremos en la cocina una taza de café y luego partiremos mientras haya buen tiempo.

Ella bajó a la carrera minutos más tarde, vestida con una camisa, vaqueros y botas. Tenía el cabello atado en una cola de caballo y su aspecto era el de una muchacha de quince años.

Brigid dormitaba delante del gris fuego de turba, con la barbilla hundida en el pecho. De su boca abierta salían ronquidos y una gata color anaranjado cruzó la habitación para subirse a sus rodillas, acomodándose delicadamente sobre su falda.

—No te fijes en Brigid —le dije a Shannon—. La vieja tan solo está durmiendo su siesta matinal. —Serví café en dos enormes tazas azules y le alcancé una jarra llena de leche. Había jamón frito en una fuente tapada, pan tierno, manteca dulce y mi propia jalea de frambuesas.

—Comida de dioses —dijo Shannon, mordiendo con placer una gruesa tajada de pan con jalea—. Hay algo aquí en el aire, Maudie, que hace que una joven tenga

apetito.

—Harías bien en poner un poco de carne en tus huesos —le dije con tono crítico—. ¿No te dijo tu madrastra que a los hombres no les gustan las mujeres tan flacas? No hay nada de qué aferrarse debajo de las sábanas. —Shannon se rio; dijo que ella jamás podría imaginarse a la elegante, sofisticada y esbelta Buffy diciendo alguna vez algo parecido.

—Hablando de hombres —me dijo como de pasada—, ¿dónde está Eddie?

Miré hacia los lados; sé lo que significa «como de pasada» cuando se usa, en especial cuando se refiere a un hombre.

—Te estarás preguntando por él —dije—. Esta mañana se fue para Galway. —Me vi forzada a sonreírle cuando vi su mirada triste. Esta muchacha tenía los sentimientos escritos en los ojos—. Por supuesto, dijo que vendría a casa esta noche —añadí con astucia—, aunque no puedo decir si eres tú o Lily la que lo hace regresar.

—Ninguna de las dos —me contestó, tomando el último sorbo de café—. Es usted, Maudie. Me dijo que la encontraba irresistible.

—Cállate ya, niña —dije, complacida. Siempre disfruté de los cumplidos. Me puse el sombrero sobre mis rizos y dije con vivacidad—: Vámonos ya.

Los establos estaban construidos alrededor de un patio de piedra, a la izquierda de la casa. Colum ya estaba cepillando al *pony* de Connemara color pardo. Colum era un muchachito de pueblo, de cabellos negros y enloquecido por los caballos, que tenía intenciones de ser *jockey* y futuro entrenador.

Le dije a Shannon que el *pony* de Connemara era un campeón.

—El color pardo es el color original de la raza —le dije—. Y la joven *Reina Maeve* ya ha ganado tres medallas, que están en su establo, aun cuando solo tiene dos años. Espero que sea Campeona de Campeones en la exposición de Galway de este año. Es candidata a ganar el Royal Dublin el año que viene.

Colum sacó a *Malachy* y Shannon lo miró con respeto.

—Es más poderoso que un buey —le dijo Colum orgulloso.

—¿Crees que puedes manejarlo? —le pregunté desafiante, medio esperando que contestara que no.

—Seguro —se montó de un salto y él corcoveó irritado, echando vapor por las fosas nasales.

—Debes demostrarle quién manda —le di instrucciones—. Si patea hacia adelante, simplemente dile que no sea un viejo miserable y entonces así se comportará de manera decente.

Las verdes avenidas que rodeaban Ardnavarna se cerraron sobre nuestras cabezas mientras bajábamos con nuestros caballos hacia la playa, seguidas por los ansiosos dálmatas. La propiedad cubre una península que bordea el Atlántico, en la bahía de Bailynakill. Pequeñas islas tachonan la cubierta de agua plateada, y el cielo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos del azul más pálido al madreperla, y del sereno brillo del sol a la marejada barrida por el viento. La guie por un sendero rocoso hasta

una franja de arenas doradas y entonces, espoleando, partí al galope, como siempre hago. Los perros salieron disparados detrás de mí, y pude oír a *Malachy* dar un relincho grave y prolongado para entonces partir al galope en mi búsqueda.

Miré por encima del hombro para asegurarme de que Shannon estuviera bien y de que el caballo no hubiera salido corriendo sin ella. Estaba agazapada sobre el lomo del animal y pude ver que se reía, pero el viento tapaba aquella risa y la desviaba hacia las olas. Ahora, *Malachy* se mueve como un velero suave y potente; gana terreno a una velocidad terrorífica, pero ellos aún no pueden alcanzarme, hasta que finalmente yo detengo mi enloquecido galope, a casi dos kilómetros de camino por la playa.

Shannon frenó con las riendas al enardecido corcel. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos centellaban. Además lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo harás —le dije observándola con aprobación—. Pensé que lo mejor sería venceros a la larga a ti y a *Malachy*, pero realmente, niña, tú sabes cabalgar. Tal vez te haga quedar hasta la próxima temporada de caza. Te gustaría.

Regresamos al trote por el sendero, y recorrimos al paso el camino de helechos que nos condujo a las ruinas de la Casa Grande. Yo deseaba que ella viera el escenario de la historia de Lily. Retiré un candado que estaba sobre la pesada puerta principal y la abrí. Los rayos del sol se filtraron a través de las ventanas rotas, iluminando las gastadas paredes de piedra y los destruidos suelos de la gran galería gótica. Había un agujero donde una vez estuvo una maravillosa escalera y una pila de escombros, donde los elaborados cielos rasos habían sido reducidos a cenizas la noche del incendio. El solo hecho de mirarlos me trajo oleadas de nostalgia de mi propia infancia.

—Oh, qué infancia tan feliz fue la mía. Y no estoy segura de que no fuera aún mejor después del incendio, cuando nos fuimos a vivir a la otra casa.

Abandonamos la casa y caminamos por el jardín de verdes paredes, lleno de perales y melocotoneros, que ahora estaban en mal estado por la falta de cuidado.

—En esta época del año —le conté recordando—, solían dar un brillo dorado a esa pared de ladrillos color coral. El sol iluminaba las casas de cristal, donde nosotros íbamos a robar higos y uvas pasas de los invernaderos. Eran tan grandes que el jugo nos chorreaba hasta los codos y nos manchaba el vestido. Entonces me descubrían y me daban una reprimenda.

Al recordarlo, es como si casi pudiera sentir el sabor de aquellas uvas y así volvió a ser aquella noche después de la cena, cuando nos sentamos una vez más delante del hogar de la sala; casi pude sentir el gusto de la historia que iba a relatarles, tan vívida la tenía en la mente.

Pero primero debo decirles que tenía puesto un vestido de Chanel de 1934: chiffón verde jade con dobladillo con puntadas de pañuelo. Todo acompañado por mis viejos pendientes y pulseras de diamantes. Aquel joven adúlador de Eddie me dijo que estaba maravillosa y me ofreció un enorme ramo de rosas rojas y una gran

caja de bombones que había comprado en Galway.

—No tienes por qué recurrir al chantaje —le dije complacida—. Prometo contaros más de la historia esta noche.

Después de la cena, observé a Eddie ir a sentarse junto a Shannon en el sofá y a ella ofrecerle una cálida sonrisa cuando le hizo lugar a su lado. ¿No sería interesante, pensé, que estos dos se enamoraran? Pero me atrevo a decir que me estoy adelantando de nuevo, de la forma en que siempre lo hago.

Dije:

—Queridos, tendréis que recordarme dónde lo dejamos ayer.

—Lily salía a cabalgar al amanecer con Finn O’Keeffe —adelantó con presteza Shannon.

—Ah, sí, Finn. Bueno, ¿por qué no comenzar desde el principio? —Coloqué mis pies sobre uno de los coquetos reposapiés que *lady* Nora había hecho y comencé con la historia del pasado, tal como yo misma la había oído.

Capítulo 13

Connemara, 1879

Padraig O’Keeffe tenía el cabello del color de las zanahorias y una piel de color pastel salpicada de pecas y verrugas. La mandíbula laxa colgaba siempre dejando la boca eternamente abierta, donde se podía ver lo que quedaba de unos pocos dientes amarillos. El pecho era cóncavo por los muchos años de fumador, las piernas cortas y arqueadas y los brazos largos como los de un gorila. Todos decían que Paddy O’Keeffe era el hombre más feo de la tierra.

Y así como era, todos se preguntaban siempre, maravillados, cómo un hombre tan feo podía tener dos hijos tan apuestos.

—Esta es mi prole —siempre se vanagloriaba después de unos tragos—. Mis antepasados se remontan a Brian Boru y a los Grandes Reyes de Irlanda. —Él ignoraba el hecho de que su esposa provenía de una familia excepcionalmente hermosa y de que él era el enano de los O’Keeffe—. Brian Boru era un tipo apuesto, incluso para ser un rey —añadía, como si esto lo explicara todo.

Por supuesto que no descendía de Brian Boru más que cualquiera del pueblo, y la gente se reía de sus locas ideas. Pero ellos no se reían de Daniel, alto como un roble y fuerte como un buey, con una hermosa cabeza cubierta de rizos pelirrojos; o del joven Finn, dos años menor, tan erguido y delgado como un galgo, con el cabello tan negro como la noche y los ojos grises del color de los cielos que cubrían la bahía de Galway con la niebla cerniéndose sobre el mar. Dan era inteligente y metódico, además de rápido con los puños, pero Finn era hábil y de ingenio sagaz, rápido para aprender y reír. Si Dan era guapo, Finn O’Keeffe era hermoso. Era asimismo un seductor. Su único problema era el haber nacido pobre.

Paddy había trabajado en los establos de Ardnarná durante toda su vida. Su esposa había estado empleada en la Casa Grande como lavandera, y sus hijos menores la acompañaban a trabajar, jugando en el patio de la cocina o ayudando en los establos, sabiendo, ya desde que tenían pañales, esconderse si aparecía el señor de la casa.

La infancia de ambos estuvo marcada por la pobreza y las privaciones. La región había perdido casi la mitad de su población cuarenta años antes, a causa de la Gran Hambruna y el éxodo resultante hacia América en los horrorosos barcos ataúd. Fue entonces, cuando Daniel tenía doce años y Finn diez, que murió su madre junto con seis de sus hermanos y hermanas en una de las epidemias de gripe que con regularidad azotaban el campo, diezmando a los pobladores pobres de la noche a la mañana. Esto dejó a Finn y a Daniel al cuidado de su padre, Paddy, que estaba más preocupado por conseguir bebida que por cualquier otra cosa en el mundo.

Su cabaña de piedra pintada de blanco y con techo de paja consistía en una sola habitación con suelo de tierra. Tenía una zona de dormitorio en uno de los extremos y un «aparador» junto al enorme hogar donde dormían ocho niños, uno al lado del otro como una camada de ruidosos cachorritos. El fuego de turba ardía siempre en el hogar y un gran caldero de hierro negro, lleno de una sopa acuosa, burbujeaba sobre la llama débil. Un sedal, que Daniel había encontrado en la bahía, estaba extendido sobre el hogar, agregando un indescriptible olor al de la turba y al de los pollitos que picoteaban en la paja que había en un rincón de la habitación.

Aquel olor estaba impregnado en el cabello de los niños. Había penetrado en sus ropas e incluso en su piel; era tan parte de ellos que ni siquiera ellos mismos lo notaban. Esto fue hasta el día en que Finn, con doce años, fue a trabajar a la Casa Grande, acarreando grandes baldes de carbón por las empinadas escaleras y a lo largo de kilómetros de alfombrados corredores, para luego alimentar las grandes estufas de la cocina.

—Que Dios nos proteja, muchacho —gritó el ama de llaves delante de las criadas risueñas, arrojándose el delantal encima de la cabeza y alejándose de su lado—. Hueles como un animal salvaje. Sal de aquí y quítate ese olor. Y no regreses hasta que te hayas bañado.

Avergonzado y con amargura, Finn dejó los baldes vacíos y corrió a los establos donde Daniel ayudaba a su padre a limpiar los pesebres. Las moscas sobrevolaban encima de sus cabezas mientras ellos barrían la paja llena de excrementos. Finn se detuvo y miró, comprendiendo por primera vez su posición en el mundo de la Casa Grande. Él, su padre y su hermano eran los más bajos de la escala, los que cargaban las carretillas de desechos y los baldes de carbón y cenizas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Daniel, apoyándose sobre el rastrillo y mirando a su hermano. Los ojos de Finn estaban cargados de enojo y de ira, y las mejillas ardían de color rojo.

—¿Estás enfermo, muchacho? —La preguntó exigente Dan, caminando hacia él. Los recuerdos de su madre y de sus seis hermanos ardiendo de aquella fiebre que los hizo morir invadieron su mente, mientras colocaba una manaza sobre la frente del muchacho, mirándolo lleno de ansiedad. Estaba frío y entonces respiró aliviado. Con su madre muerta y su padre borracho la mayor parte del tiempo, Daniel había tomado con seriedad el papel de jefe de la devastada casa y las responsabilidades hacia su hermano menor.

—Es una vieja cabeza sobre unos hombros jóvenes —decían los vecinos—. Y con solo catorce años. —Pero tenían una alta opinión de aquel muchacho que casi parecía de dieciocho con aquella altura y los hombros anchos. Todos sabían que Daniel O’Keeffe se transformaría en un hombre fuerte y guapo y que sería un buen marido para alguna de las muchachas del pueblo, pero el joven Finn era un tema diferente. «Con aquel aspecto y encanto uno podía esperar problemas de faldas», comentaba la gente sobre humeantes platos de sopa, pensando en que deberían

encerrar a sus hijas cuando Finn O’Keeffe llegara a ser adulto.

Pero ahora mismo Finn no constituía ningún peligro para ninguna mujer. Todo lo que él sentía era una vergüenza ardiente y una ira hacia sí mismo por ni tan siquiera saber que apeataba.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó, pateando de mal humor la pila de desechos—. ¿Por qué no me dijiste que apesto como el excremento de caballo? Peor. «Como el de un animal salvaje» —dijo ella. Y todas se rieron. Los ojos grises se habían vuelto negros por el enojo y Paddy lo miró asombrado.

—Jesús, niño, tú apestas como el resto de nosotros. ¿Qué pasa contigo?

Daniel sintió que el rubor de la vergüenza le perforaba las mejillas cuando miró a su hermano. Todo era culpa suya. Él era el que estaba a cargo. Debería haber sabido mantener limpia la casa, asegurarse de que se lavaran bien todos los días y que sus ropas también estuvieran limpias.

—Nosotros jamás apestamos cuando mamá vivía —gritó enojado. Dejando caer el rastrillo, tomó a Finn de un brazo y marchó con él hacia la bomba de agua—. Quítate la ropa, muchacho —le dijo a gritos.

Finn dudó. Hacía algo de viento y él sabía que el agua estaría helada.

—Ahora —le ordenó Daniel, con una voz que resonó sobre el suelo empedrado del patio, tan alto que los muchachos y cuidadores de los establos se volvieron a mirar qué sucedía. Le sonrieron a Finn, que rápidamente se había quitado la ropa y acurrucado como un mártir estaba de pie junto a la bomba, con las manos cubriendo sus genitales, reducidos al tamaño de una nuez por el frío.

Daniel llenó un balde de latón y le arrojó sobre el cuerpo el agua helada. Finn aulló y el patio del establo se llenó de risas burlonas mientras Daniel volvía a llenar el balde, una y otra vez, con agua cada vez más fría que arrojaba sobre el tiritante cuerpo desnudo de su hermano.

—Encontrarás unos sacos limpios en el cuarto de los aparejos —le dijo cuando terminó—. Envuélvete en ellos y vete a casa. Esta noche lavaremos tus ropas y entonces mañana ninguna criada podrá quejarse de que mi hermano apesta.

Finn corrió por los bosques hasta el camino que conducía a su cabaña. Temblaba con el viento, escondido en los arbustos, temeroso de que alguien pudiera verlo medio desnudo y azul por el frío, envuelto en nada que no fuera un trozo miserable y andrajoso de sacos viejos. Su corazón se detuvo cuando oyó el ruido de cascos a lo largo del sendero lleno de malezas. Miró por el rabillo del ojo, con miedo de ver de quién se trataba.

Abrió los ojos por el horror y dio un grito, acurrucándose en un pozo debajo de un arbusto. Los cascos de los caballos sonaron hacia donde se encontraba y él se apretó la cabeza más en aquel lío de ramas y ortigas que lo lastimaban, rezando por que no lo descubrieran. Entonces oyó que se aminoraba la marcha.

—Pero, Ciel, ¿a quién supones que tenemos aquí? —dijo con autoridad una voz argentina.

Finn se encogió aún más en el pozo hasta que tuvo la nariz casi en el agua verde que estaba en el fondo. Oyó que Ciel, de cinco años, se reía.

—Creo que se trata de un animal salvaje —dijo—. Tal vez sea un oso, Lily. ¿Tenemos osos en Irlanda? —preguntó llena de dudas.

—Por supuesto que sí los tenemos. Son osos bailarines —le contestó Lily. Luego, inspirada añadió—, ¿sabes qué, Ciel, qué te parece si hacemos bailar a este?

—Oh, Lily —gritó emocionada Ciel, tan traviesa como su hermana.

Finn oyó el ruido de los cascos como cuando un caballo se pone a pastar. Sintió el toque gentil de la fusta cuando Lily se inclinó desde su caballo y lo tocó en las costillas.

—Sal, sal de ahí, seas quien seas —canturreó. Pudo oír la risa en su voz y el aroma límpido del jabón que provenía de las manos, cuando volvió la cabeza lentamente y la miró.

—Vamos, osito —gritó Ciel, saltando impaciente sobre su silla de montar—. Tú bailarás para mí. ¿No es así, Lily?

Finn trepó lentamente por el pozo, viendo que los ojos azules de Lily se abrían de sorpresa y luego de diversión cuando ella lo miró. Dejó colgando la cabeza con vergüenza, tapándose con los sacos, rezando por desaparecer. De toda la gente del mundo, ella era la que menos deseaba ver él en ese momento.

—Pero —dijo Lily triunfante—, si es Finn O’Keeffe. Y creo, Ciel, que debajo de esos sacos, está tan desnudo cómo el día en que vino al mundo.

—Desnudo. Ooooh. —La voz de Ciel estaba cargada de alarma. Aunque era una niña pequeña, ya sabía que no se debía ir por Ardnarnna sin ropa.

La barbilla de Finn se hundió aún más en su pecho.

—Yo... mis ropas se ensuciaron —murmuró—. Mi hermano me puso debajo de la bomba de agua que está en el patio del establo... Iba camino a casa cuando ustedes aparecieron.

Lily, que tenía doce años, lo miró interesada. Conocía a Finn O’Keeffe de toda la vida. Nacieron el mismo mes y año y él y su hermano siempre habían estado por los alrededores, trabajando en los establos o en los jardines, acarreado, levantando cosas y haciendo mandados. Ella había acompañado a *lady* Nora a su cabaña cuando su madre y todos sus hermanos habían muerto, llevando una gran canasta de alimentos para el velatorio que duraría tres días. Conocía a su horrible padre, Paddy O’Keeffe: «un borracho patán» decía siempre su padre, «pero bueno con los caballos». Paddy O’Keeffe no podría decir cuándo su propio hijo apestaba, pero sabía qué hacer cuando un caballo cojeaba o le faltaba alimento. Y había un hermano mayor, Daniel, un verdadero oso de muchacho. No este flacucho. Aun cuando tenía un hermoso rostro. Había oído que tenía también mucho encanto y era tan travieso como ella.

Miró de reojo a su hermana y dijo:

—¿De verdad quieres que baile, Ciel?

—Oh, sí, sí. Sí, por favor. —Ciel se retiró los rizos rojos de los ojos, llena de

emoción—. ¿Puede hacerlo ahora, Lily?

Lily se irguió sobre su silla. Levantó el mentón hasta darle un ángulo de importancia. Volvió a tocarle las costillas con la fusta y le dijo:

—Baila, Finn O’Keeffe. Baila como el oso salvaje que eres para mi hermanita.

Los ojos del muchacho ardieron de ira.

—Yo no bailaré como un oso para la señorita Ciel ni para nadie —le gritó.

—Oh, sí, lo harás —se inclinó burlona Lily hacia adelante—. Yo te ordeno que bailes.

—Baila, baila, baila —canturreó Ciel, junto a ella—. Baila, mi pequeño oso.

Finn la miró ablandándose. Era solo una niña. Sí, y era la hija del amo, ¿qué daño podría haber en complacerla? Se ajustó la tela sobre la ingle y comenzó a girar en medio del sendero.

Ciel batió las palmas y Lily rio.

—Más rápido —gritó—. Más rápido, oso bailarín.

—Ya no bailaré más —dijo él, odiándola por reírse—. Solo lo he hecho para complacer a la niña.

Ambos se miraron, ella tan inmaculada con su atuendo de montar comprado en Londres, las medias blancas de seda y el pequeño sombrero que llevaba sobre los rizos renegridos. Tan fresca y limpia, tan rosada y blanca con aquellos burlones ojos azules. Y él, que acababa de quitarse el olor apestoso de su cuerpo, descalzo, envuelto en un trozo de trapo andrajoso.

Se volvió enojado para evitar los ojos burlones de ella y comenzó a caminar hacia su casa.

—No te he dicho que te fueras, Finn O’Keeffe —le gritó Lily.

—Te dije que no bailarías más —le gritó enojado por encima del hombro.

Él oyó el ruido de galope y levantó la mirada cuando ella estuvo a su altura. Inclínada a un costado de la montura, con un brazo extendido, tomó el trapo que lo cubría y se lo quitó, dejándolo desnudo en medio del sendero.

—Jesús —gritó él, tapándose los genitales con ambas manos mientras Lily hacía girar el trozo de tela, triunfante, sobre su cabeza—. Jesús, señora —volvió a gritar, doblándose en dos y corriendo por el camino tan rápido como le permitían las piernas para alejarse de ella.

—Oh, Lily, mira el trasero del oso bailarín —oyó que Ciel gritaba. Y entonces también oyó las risas cargadas de burla de Lily, siendo cada una de estas como clavos de humillación en su corazón, mientras corría hacia la seguridad de su hogar.

—No digas nunca lo que ha sucedido —le advirtió Lily a su hermana cuando regresaron al patio del establo.

—¿Por qué no? —le preguntó inocente Ciel.

—Porque a Pa no le gustaría —le explicó Lily, con algo de vergüenza reflejada en el rostro.

Un muchacho con el uniforme de los Molyneux, de camisa verde a rayas blancas,

chaleco verde y calzas color *beige* corrió a ayudarlas a desmontar, pero Lily no le prestó atención. Se bajó con facilidad de la silla y cruzó la cuadra con Ciel, que la siguió corriendo. Frunció el entrecejo cuando pasó junto a una montaña de excrementos.

—Qué olor —dijo enojada. Miró con odio a Daniel, todo sucio y desaliñado, apoyado en su rastrillo mientras la observaba pasar—. Cuida que quiten esto de inmediato —le ordenó—, o cuando regrese mi padre le diré que los establos están hechos un desastre.

Se alejó caminando y Ciel los miró con dudas, a ellos y a la pila de excrementos, para luego correr detrás de su hermana.

—Esa es la segunda vez hoy que alguien se queja del olor que hay a nuestro alrededor —dijo Paddy con una sonrisa desdentada.

—Sí y será la última —prometió Dan, mirando enojado detrás de las niñas, pensando en lo alta y poderosa que era ella, como una princesita y en que, si él fuera su Pa, le daría una patada en su trasero.

Ciel se volvió para saludarlos cuando pasaban por el arco de piedra que dividía los establos del resto de la propiedad. Él le devolvió el saludo, sonriendo lleno de vergüenza.

—Sí y la pequeña es solo un bebé, llena de encanto. Y *lady* Lily es solo una niña —dijo perdonando y olvidándose por el momento de que ella tenía tan solo dos años menos que él, de quien se esperaba que ya se comportara como un hombre y de la misma edad que su hermano Finn, que también trabajaba las horas de un hombre, sin una madre que los cuidara. Levantando una pala, comenzó a cargar los excrementos en una carretilla para sacarlos de allí.

Lily caminó por la galería de piedra con Ciel pegada a sus talones, de la forma en que siempre lo hacía, como si estuvieran atadas por un hilo invisible. En la parte superior de una gran escalera curva que llegaba al segundo piso y luego hacia la izquierda de la larga galería, había pares de puertas de caoba, tan altas que casi alcanzaban los cielos rasos. Entre los conjuntos de puertas, había pedestales de mármol con bustos de emperadores romanos y guerreros griegos, y enormes pinturas al óleo cubrían las paredes tapizadas de seda verde oscuro. Una larga alfombra de color rojo se extendía por todo el suelo de roble bien encerado, que conducía a un par de puertas en el extremo del pasillo, hacia el ala de los niños.

Las puertas se abrieron de repente de par en par, y el rostro delgado y lleno de preocupación de una mujer se asomó.

—Allí están —les gritó enojada—. Las he estado buscando.

—Salimos a cabalgar, señorita Nightingale —dijo Lily, sonriendo de modo humilde a la institutriz—. ¿Nos deseaba para algo?

La señorita Nightingale gruñó y los ojos se le nublaron con lágrimas de frustración.

—Saben perfectamente bien que se supone que deben estar aquí para sus clases.

Ahora miren qué hora es. La mañana está perdida.

—No para mí, señorita Nightingale —dijo Lily mientras bailaba a su alrededor y corría, con paso ágil, por otro pasillo más angosto de su habitación. Se echó sobre la cama, dando patadas al aire y gritando de risa cuando pensó en Finn O’Keeffe bailando como un oso bajo sus órdenes y luego corriendo por el camino, tan desnudo como el día en que vino al mundo.

—¿Viste, Ciel? —le preguntó mientras Ciel saltaba y reía en la cama junto a ella—. ¿Lo llegaste a ver? Oh, jamás me lo perdonará. Jamás. Estoy segura de ello.

—Seguro que sí lo hará —le dijo su hermanita, mirándola con adoración—. Todos te perdonan siempre, Lily.

Y, por supuesto, él lo hizo. Ella lo vio al día siguiente ayudando a su hermano a lustrar los bronces de los carruajes.

Ella y Ciel habían ido a los invernaderos a robar las uvas que se usarían para la cena. Tenían manchas color púrpura en la boca que las delataba, y Lily trató de limpiarse con el borde de su falda rosa de algodón. Miró de reajo a Finn. Él la observaba por el rabillo del ojo, aunque simulaba no hacerlo. Ella le sonrió a Ciel de forma conspiratoria.

Pensó que el muchacho tenía un rostro interesante, ahora que lo miraba con detenimiento, en lugar de su trasero. Aquel rostro era también hermoso.

—¿Fui muy mala con él, Ciel? —le susurró, y Ciel asintió enfática moviendo sus rulos pelirrojos.

—Oh, sí, Lily —le susurró bastante alto—. Fuiste muy mala.

—¿Fui mezquina? —le preguntó, mordiéndose el labio.

—Fuiste mezquina —repitió Ciel.

—Bueno, entonces supongo que no hay nada más que hacer.

Se alisó la falda y caminó con decisión hacia él. Extendió una mano y con dulzura le dijo:

—Mi hermana dice que fui mezquina contigo ayer y vine para disculparme. —Miró a Finn con la mano extendida y los brillantes ojos azules llenos de inocencia, y él la miró pensando que su torturadora tenía hoy el aspecto de un ángel caído del cielo.

—¿Bien? —le preguntó impaciente Lily—. ¿Aceptas o no mis disculpas?

—Por supuesto, mi señora —le contestó, limpiándose la mano en sus pantalones y tomando contento la de ella. Se la sentía suave como el diente de león y él le sonrió, con el rostro todo iluminado.

—Me gustas más cuando sonrías —le dijo Lily—. Más que cuando aúllas como un fantasma —le sonrió y se inclinó hacia adelante para susurrarle—, no le contaré a nadie lo que sucedió. Por lo menos por ahora. Siempre que hagas lo que te diga.

Él retrocedió preocupado, con los ojos grises cargados de sospecha ¿qué es lo que tiene en mente?

Lily suspiró con exageración.

—No hay necesidad de asustarse...

—No le tengo miedo —le gritó, con el rostro que volvía a ponerse rojo de indignación.

—Oh, eres imposible, Finn O’Keeffe. —Lily estampó un pie en el suelo, mirándolo con odio—. Todo lo que deseaba pedirte era que vinieras a cabalgar conmigo mañana.

—¿Cabalgar con usted? —La miró con los ojos llenos de asombro.

—Dicen que eres un buen jinete. Casi tan bueno como yo. Pensé que podríamos comprobarlo. Una carrera por la playa. Mañana al amanecer. —Se encogió de hombros—. Pero naturalmente, si tienes miedo...

—Puedo ganarle cualquier día de la semana.

Ella lo había vuelto a colocar en su sitio y lo sabía. Finn vio por su mirada que estaba disfrutando, y se maldijo por morder el anzuelo. La miró, alta y delgada, aún una niña con aquel vestido de algodón color rosa, con manchas de uvas en la boca, los brillantes rizos negros recogidos, los ojos azules brillando como joyas en el adorable rostro y con su hermanita pegada a las faldas. Su corazón dio un brinco, luego volvió a sentir que algo se hundía en su vientre.

—Solo es una niña —le dijo con una sonrisa de caradura—. Y mañana descubrirá que no podrá ganarle a un hombre como yo.

—¿Un hombre? —Levantó el mentón y los ojos lo recorrieron de la cabeza a los pies—. Veremos si eres un niño o un hombre, Finn O’Keeffe. Mañana al amanecer.

Giró sobre los talones tomando a Ciel de la mano y él la observó, con una sonrisita feliz en el rostro, viéndose ya correr con ella cabeza a cabeza a lo largo de la playa.

—¿Y qué fue todo esto? —preguntó Daniel—. ¿Y qué haces con esa sonrisita tan tonta en la cara?

—No fue nada —le dijo Finn airado—. Solo una pequeña charla entre *lady* Lily y yo. Y no es asunto tuyo.

A la mañana siguiente, Lily se levantó y vistió antes del amanecer. Miró con afecto a su hermana que aún dormía. Ciel tenía la boca abierta y los ojos bien cerrados, con las oscuras pestañas que eran como pequeñas cortinas sobre la curva de sus mejillas regordetas.

Lily le sonrió cuando se deslizó en silencio por la puerta, con sus dos adorados dálmatas, Fergal y Mercury, que trotaron a sus talones. Los otros cuatro perros dormían en los establos, y cuando ella pasó el arco de entrada al patio ladraron alegres y brincaron a su alrededor.

Finn estaba apoyado con aspecto indiferente contra la puerta de un pesebre. Parecía que había estado allí durante horas.

Ella miró a los caballos que esperaban y luego a él. Su favorito, uno rápido de

cinco años de edad, ya estaba ensillado junto a un viejo cazador, bueno en sus días pero ya demasiado viejo.

—No puedes montar ese caballo —le dijo autoritaria, dirigiéndose hacia la cuadra y montando su propia yegua, que era sostenida por uno de los muchachos.

—¿Desearías que montara el pequeño *pony* de tu hermana para que puedas ganarle fácilmente a Finn O’Keeffe? —le preguntó truculento.

—Es un viejo jamelgo. Dile al muchacho que he dicho que debes montar a *Merchant Prince*.

Merchant Prince era el caballo favorito de su padre y Finn lo sabía. Él dijo obligado:

—No montaré al mejor caballo de mi amo. Por nada del mundo. Valdría más que mi vida si algo malo le sucede al animal.

Lily se rio con sorna; había pensado que él volvería a morder el anzuelo, pero el muchacho tenía más sentido común. *Merchant Prince* era un semental, y el único hombre que podía controlarlo era su padre. Era un caballo valioso y Finn no se arriesgaría a la ira de su padre ni a dañar al caballo. Pero si no tenía un buen animal, no sería divertido.

—Oh, muy bien. Monta a *Punch* —le dijo mientras caminaba con su yegua debajo del arco de piedra y sobre el camino de grava, hacia el sendero que corría por detrás de la casa, hacia el mar.

Finn estuvo sobre *Punch* en un santiamén, trotando junto a ella por la avenida de árboles.

—Mi padre está en París, sabes —le dijo—. No se habría enterado de lo de *Merchant Prince*.

—No, *lady Lily*, tal vez no. —Tiró de las riendas para mantener el paso con ella—. Soy yo el que lo habría sabido.

Ella le miró burlona.

—¿Es entonces una cuestión de integridad? ¿No de miedo?

Él la miró con rabia.

—Oh, maldita sea, piense lo que quiera —le gritó y aceleró el paso por la avenida, bajando por el sendero rocoso hacia la playa.

—Aquí comenzamos —le dijo Lily, alineando su caballo junto al de él—. Aquí, junto al tronco. Corremos todo hasta el final, luego volvemos hasta aquí de regreso.

Él midió la distancia.

—Eso es alrededor de un kilómetro.

—Lo es. —Ella le sonrió y le gritó rápido—. Preparados, listos, ya.

Lily salió disparada como una bala, y Finn sonrió cuando hincó los talones y salió al galope detrás de ella.

Lily montaba como un hombre, sintiendo que el caballo se movía suave debajo de su cuerpo. La mañana estaba fría y llena de niebla. La arena se sentía dura bajo los cascos del caballo y el aire pasaba húmedo sobre su piel. Dio un grito de felicidad. Se

sentía a tono con el mundo y la naturaleza, ya tan cerca de Dios como era posible estarlo. Presta, se volvió para mirar a Finn justo cuando él la pasaba.

Estaba recostado sobre el cuello del caballo como lo hacen los *jockeys*, manteniendo su peso fuera del animal para ganar un poco más de velocidad. Lily galopó enloquecida detrás de él, riendo y gritando cuando estuvieron cabeza a cabeza y comenzaron el camino de regreso. Fue solo en los últimos ochenta metros cuando él se separó para ganarle.

Le sonrió triunfante, esperando que le reprocharía o lo acusaría por haber hecho trampas. Pero ella lo sorprendió.

—Después de todo tenían razón, Finn O’Keeffe —le dijo sin aliento, con una mirada llena de admiración en los ojos—. Sí que cabalgas como el viento y eres dos veces mejor.

Mientras regresaban por el sendero le dijo:

—¿Vendrás conmigo mañana? ¿Al amanecer?

Ya no quedaba nada del viejo tono burlón en su voz y, cuando le sonrió, había en aquel gesto un genuino sentimiento de amistad. Tenía las mejillas rosadas y el cabello negro mojado se le había aplastado en la cabeza. Con su jersey color azul y los pantalones de hombre parecía un muchacho. Y cuando lo miró con aquellos enormes, inocentes y profundos ojos azules, él sintió que sería feliz de cabalgar por el resto de los amaneceres de su vida.

—Mañana —asintió, sintiendo como si la vida ya no pudiera ofrecerle un placer mayor.

Capítulo 14

Los padres de Lily estaban de viaje en el continente, y no había nadie que pudiera impedirle ser amiga del más humilde de los sirvientes de su padre. De todos modos, ella siempre había jugado en los establos y se sintió muy a gusto con él. Había aprendido el vocabulario de las cuadras, para horror de su madre, e inclusive la llamaba «Mami» de la forma en que había oído a los niños del pueblo. Era la palabra especial que tenía para demostrarle afecto a su madre, aunque solo la utilizaba en privado, en familia. En la sociedad, ella y Ciel usaban el formal «Mamá» e incluso el «Pa» se transformaba en «Papá».

Lloviera o hiciera sol, ella salía de la cama y se ponía su ropa de montar, todas las mañanas antes de que el cielo clareara.

—¿Adónde vas todos los días? —le preguntó Ciel celosa, al despertar y ver que se vestía.

—Voy a cabalgar con Finn —le decía en un susurro, con un dedo sobre los labios mientras salía de la habitación que compartían, ya que Ciel había rechazado quedarse en el cuarto de los niños. Siempre deseaba estar con Lily.

No era solo el paseo a caballo lo que las rocas mirando la bahía, el océano que golpeaba contra las costas occidentales de Irlanda, hablando de esto y lo otro.

—Recuerdo cuando usted era muy pequeña —le dijo Finn tendido de espaldas, mirando el cielo gris y jugando con el cabello de ella, enroscándolo entre sus dedos—. Siempre estaba en el patio del establo, escondida detrás de la puerta del depósito de aparejos o en el pajar, observando todo.

»Y recuerdo que cuando tenía tan solo tres años montó un *pony*. Su padre le había atado las manos detrás de la espalda para enseñarla a mantener el equilibrio, y el muchacho de la cuadra la llevaba al paso sobre un pedazo de tierra cubierta de trébol, donde estaría blando si se caía. Y usted se reía como si todo fuera una broma. No había nada de miedo en usted —agregó con admiración.

Lily miró en silencio el cielo por un minuto, y luego dijo:

—Y yo recuerdo cuando tu madre y todos tus hermanitos murieron. Yo fui a tu casa. Mi madre había traído una gran canasta de alimentos para el velatorio y me acuerdo de las lágrimas en su rostro cuando os vio a los dos. —Ella se sentó y miró a Finn a los ojos—. Recuerdo cómo estabas, con el rostro tan blanco y tenso, como una máscara a la luz de las velas que estaban sobre cada uno de los pequeños ataúdes. Traté de imaginarme cómo te debías sentir al perder a todos los que amabas. Pero no pude imaginarlo ya que no sabía. Deseaba decirte que lo sentía, pero simplemente no pude. Sin embargo, ahora sí puedo.

Inclinándose hacia adelante, Lily le plantó un beso en la mejilla.

—Ahí tienes —le dijo desafiante.

Finn se llevó la mano adonde ella lo había besado, sintiéndose volar tan alto como las gaviotas que tenía sobre su cabeza. Su corazón dio uno y otro brinco de felicidad y luego sintió algo en su vientre.

—Es muy amable de su parte, *lady* Lily —le dijo tímidamente.

—No debes volver a llamarme así —le dijo ella enojada—. Tú eres mi amigo, así que me llamarás Lily.

Él pensó que no se animaría a llamarla por su nombre ni aunque pasaran años; simplemente era una falta de respeto. Pero a medida que pasaron las semanas del verano, ambos se acostumbraron a tratarse como Finn y Lily. Además se contaron cosas que jamás le habían dicho a nadie.

Él le dijo la verdad sobre la forma en que su corazón se partió en dos cuando su mami y sus hermanitos habían muerto. Y Lily le contó que había llorado durante semanas cuando el perro que había tenido desde los cinco años había caído en la trampa de un cazador ilegal, y ella lo había encontrado, destrozado y sangrante. Tuvieron que matar a tiros al pobre animal, y ella jamás lo olvidaría. Él le enseñó el lugar donde vivían las hadas del bosque y le contó viejas historias de campo sobre duendes y espíritus, además de cuentos de fantasmas y apariciones. Ella le mostró el dibujo que había hecho de él, montado en *Punch* con el viento que le echaba el cabello negro sobre los ojos.

—Tienes unos hermosos ojos —agregó tímida.

Los largos días de libertad pronto acabaron. Los padres regresaron del viaje, y Lily junto con Ciel corrieron por el pasillo de piedra, gritando emocionadas cuando oyeron el carruaje sobre la grava. William, de trece años y tan solemne como una lechuga con sus anteojos calzados, las observó con desdén.

—No sois más que un par de chillonas —les dijo con desprecio.

El mayordomo hizo colocar en fila a todo el personal y bajó las escaleras para dar la bienvenida a sus amos. Ciel y Lily corrieron, aun más llenas de algarabía que los emocionados perros, que ya iban hacia el carruaje.

—Querida niña —exclamó lord Molyneux, cuando alzó en sus brazos a Lily, besándola con afecto—, te he echado de menos. Y a ti —agregó, besándole los rizos a Ciel—. Ahora, venid y contadme todo lo que habéis aprendido desde que me fui. Y todo lo que habéis hecho.

—Sí, ella ha hecho más de lo que ha aprendido —murmuró el mayordomo entre dientes, mientras lord Molyneux pasaba junto a él por el pasillo. Todos los criados estaban enterados de los paseos que Lily daba con Finn. Y no fue por Paddy O’Keeffe, que alardeaba todas las noches en la taberna, sino que era algo que no contaba con la aprobación de la gente. La amistad era una cosa, pero aun cuando *lady* Lily era tan solo una niña, ellos sabían que ella debería saber estar en su lugar.

Lady Molyneux saludó con calidez a todo el personal. Estrechó las manos de cada uno, mientras recorría la larga fila y preguntaba por sus familias. Ellos le sonreían con afecto. Pero con el amo fue una cuestión diferente. Él caminó rápidamente

haciendo un leve gesto con la cabeza. Con el amo todo era deferencia y respeto. Tenía derecho a ello. Sin embargo, sabían que ya no habría más cenas tranquilas en las dependencias de los criados hasta que la familia volviera a hacer las maletas y regresaran a Dublín para las vacaciones de Navidad.

Con lord Molyneux en la residencia, la Casa Grande tomaba un aire de bullicio y tensión. Lo primero que hizo fue inspeccionar los establos.

—Tu madre está a cargo de la casa —le dijo a Lily—, pero este es mi mundo, querida. Y el tuyo, ya que sé que eres como yo.

Sus ojos azules, que eran iguales a los de ella, le sonrieron y ella le devolvió el mismo gesto de adoración, pensando en la suerte que tenía de tener un padre tan maravilloso. En especial, cuando espío a Paddy O’Keeffe, encogido como una araña en un rincón del patio, feo, con la enrojecida nariz de un borracho y los ojos pálidos y acuosos. Pensó en Finn y en Daniel y se maravilló de que tuviera unos hijos tan apuestos.

Su padre le habló a Paddy con amabilidad, como lo hacía con todos sus empleados, esto es, si uno ignoraba la dura nota de autoridad que había en su voz, que los hacía temblar a todos.

—Padraig O’Keeffe —llamó—. Ven aquí y enséñame la cara.

Lily se rio cuando Paddy apareció con sus piernas cortas y arqueadas balanceando los brazos largos, mostrándose al mundo como un chimpancé. Su padre se volvió para mirarla con el entrecejo fruncido.

—Jamás hagas eso, Lily —la amonestó con un dejo de enojo—. Estas personas son nuestros empleados y tenemos responsabilidades hacia ellos. Ellos no son tan afortunados como tú, pero eso no significa que sean objeto de diversión.

—Lo siento, Pa. —Lily bajó sumisa la cabeza, mirándolo por el rabillo del ojo. Él la palmeó en el brazo para consolarla.

—No importa —le dijo con una sonrisa—. No hay necesidad de que te sientas mal. Sé que no quisiste hacer algo malo. Es que nunca piensas.

De pie en la puerta del depósito de aparejos, Finn observaba en silencio lo que sucedía. Miró a Lily, montada hoy sobre *Jamestown*. Ella parecía toda una dama junto a su padre. Sus paseos al amanecer por la playa le parecieron un sueño y Lily no lo había mirado ni por un segundo, aunque su padre lo había saludado a él y había escuchado los cuentos de perros, caballos y cazadores ilegales que Paddy le contó.

—¿Es este tu hijo? —preguntó Lord Molyneux, señalando a Finn con el látigo.

—Sí, mi amo, ese es Finn. Y mi otro hijo, Daniel, es aquel muchacho que está en el patio. Tiene solo catorce años, mi amo, y ya con esa altura.

—Espero que le venga de Brian Boru —dijo Lily con el rostro tenso, y su padre la miró exasperado con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Tal vez, *lady* Lily, tal vez —asintió Paddy con ansiedad.

—Tráeme a los muchachos aquí —ordenó Lord Molyneux—. Quiero hablar unas palabras con ellos.

Paddy les hizo un gesto a sus hijos para que se acercaran, y ambos se pararon delante de su señor con respeto, sosteniendo las gorras en la mano. Finn pudo sentir los ojos de Lily clavados en él, pero no se atrevió a mirarla. En lugar de ello, miró osadamente a lord Molyneux. Aún con su chaqueta de *tweed* y la gorra, su amo tenía el aspecto de poderoso aristócrata, propietario de la tierra y él supo que el poder de aquel hombre sobre su vida era absoluto.

—Sin él, no tenemos techos sobre nuestras cabezas —le había explicado su hermano cuando él se quejó de la escasa comida y de sus andrajosas ropas para el invierno—. Sin él, no comemos. No tenemos turba para nuestro hogar. Ni ropas sobre las espaldas. Sin lord Molyneux y Ardnarnna, no existimos. —Había notado un brillo de rabia en los ojos de Daniel—. Esa es la forma en que siempre fue para los irlandeses —murmuró con amargura, mirando el humo de la turba como si estuviera teniendo una pesadilla.

—Tienes dos hijos hermosos, Paddy —dijo el padre de Lily, mirándolos de pies a cabeza, notando la contextura fuerte de Daniel y la delgadez de Finn—. Me he enterado de que eres un buen jinete.

Finn se apartó de los ojos un mechón de cabellos negros. Le echó a Lily una mirada fugaz, preguntándose si ella le habría contado algo, pero ella se mostró muy fría en su silla, sin siquiera un gesto de reconocimiento. Él bajó la mirada a sus botas, con el rostro enrojecido por el rubor. A veces deseaba no haber conocido jamás a lord Molyneux.

—¿Te gustaría atender personalmente a mis hijos? —preguntó lord Molyneux a Finn. Él no le sonrió, pero su tono fue afable y su oferta por cierto generosa.

Finn levantó la cabeza con orgullo.

—Eso sería grandioso, mi señor. —Daniel le dio un codazo en las costillas y agregó a prisa—: Me sentiré agradecido, señor, por el trabajo. Haré lo mejor por las pequeñas, señor —añadió, aunque sabía que solo Ciel era menor que él.

—Me gustaría que ayudaras a lord William —continuó lord Molyneux—. Mi hijo necesita de alguien que tenga su edad para ganar confianza. Te encomiendo, Finn O’Keeffe, que lo conviertas en jinete, ya que yo no he tenido éxito.

—Le prometo que lo haré, señor —contestó Finn con ansiedad. A él le gustaba William, y pensó que sabía cómo ayudarlo a vencer el miedo y a sentir cariño por los caballos.

Lord Molyneux estudió a Daniel. Aunque sostenía respetuoso su gorra en la mano, lo miraba directamente a los ojos y no había duda de que el físico que poseía era admirable para un muchacho de catorce años. Dijo:

—Daniel, tú trabajarás con O’Dwyer, el jefe de pajes y, cuando tenga invitados, puedes ayudarlo. También puedes trabajar con los cuidadores del coto de caza. Aprende todo lo que puedas del trabajo, para que puedas ayudar en la cacería.

—Sí, señor. Gracias, mi amo. —El rostro de Daniel se encendió. Lo estaban sacando del trabajo de esclavo de limpiar excrementos y de lustrar carruajes, para que

aprendiera algo. Era un gran paso en el mundo para un muchacho como él y lo sabía.

—Habla con el encargado de los uniformes —le ordenó lord Molyneux, mientras se alejaba al trote con su hija al lado.

Finn observó con anhelo mientras pasaban el arco de la entrada. Lily había sido su amiga, pero ni siquiera lo había mirado. Parecía tan remota, tan diferente. Ya se volvía lleno de tristeza cuando ella de pronto se volvió y le guiñó el ojo. Una enorme sonrisa abarcó su rostro. Después de todo, ella no se había olvidado de él. Y él sabía lo que significaba aquel guiño. Que ahora él era su ayudante personal en los establos, que podría estar con ella cuando lo deseara. Aún podrían seguir saliendo a cabalgar al amanecer. Nada había cambiado, salvo que había mejorado.

Su corazón le dolía y miró con ansiedad a su hermano. Daniel le sonrió.

—Lo conseguimos, Finn —le gritó con emoción Daniel—. Estamos camino del éxito.

Capítulo 15

Ciel Molyneux pensó que crecer como su hermana Lily era lo mejor del mundo, aun cuando eran de lo más diferentes, tanto físicamente como en temperamento.

Ciel era más pequeña y de aspecto más robusto que su alta y espigada hermana. Estaba llena de alegría y fuerza, pero siempre era obediente, mientras que Lily poseía un carácter bravío y era rebelde. Las travesuras infantiles de Ciel se veían siempre atemperadas por la cautela y el miedo de lo que podría sucederle si la descubrían, mientras que la impetuosa Lily simplemente no se detenía nunca a considerar las consecuencias.

Al crecer, Ciel fue la cómplice de Lily, aunque a veces le parecía que era Lily la que traía las ideas y ella la que tenía a su cargo la malvada acción. Lily atrapaba los ratones y las arañas, pero era Ciel la que las colocaba en la cama de la institutriz; Lily lo pensaba, pero era Ciel la que en realidad levantaba por detrás la falda de la institutriz mientras Lily la distraía, dejando a la pobre mujer caminando por la casa con los calzones al aire.

Fue Lily la que tuvo la idea de colocar bolas de naftalina en el agua del baño de los invitados en lugar de las sales francesas, y fue Lily la que hizo que se vistieran de criadas, abordando a las criadas verdaderas en las escaleras para quitarles las jarras de agua que estas llevaban a los baños de los invitados importantes de sus padres. Fue Lily la que soñó con escaparse de la cama y disfrazarse de bandolero, con sombreros de plumas y pañuelos rojos cubriendo los rostros, partiendo al galope por el pueblo, disparando al aire y sacando del sueño a los asustados pobladores. Y fue Lily la que decidió que deberían escaparse de noche para buscar la destilería del lugar y hacerse de una jarra de *whisky*.

Ciel recordaba con un estremecimiento cuando tomó simplemente un sorbo de aquella bebida tan fuerte: le había quemado la garganta como fuego, las lágrimas habían saltado de sus ojos y había tosido hasta sentirse descompuesta. No sucedió así con Lily: un par de sorbos y se había sentido tan alegre como un payaso, riendo burlona ante el aprieto de Ciel.

Existió una época en que Lily se había atrevido a saltar las empinadas piedras del Paso de los Viajeros, sobre las heladas, profundas y turbulentas aguas. Ciel se había resbalado y se habría ahogado si Lily aquella vez no hubiera saltado y, corriendo un peligro mortal, la hubiera rescatado.

Lily se había sentido aterrorizada y llena de remordimiento cuando medio arrastrándola, medio cargándola regresó a su casa por el bosque.

—Te prometo que jamás dejaré que vuelvas a hacer esto, Ciel querida —había asegurado, con las lágrimas que le surcaban el rostro—. Fue todo culpa mía. Me olvidé de que eras una niñita y que yo soy mucho mayor.

—En el futuro seré más responsable —le prometió frenética a su madre, aunque por supuesto, Ciel jamás dijo nada de la osadía de Lily. Jamás delató a su hermana. Nadie jamás lo hizo, ni siquiera los criados.

La leal de Ciel jamás contó cuando Lily azuzó a su *pony* en la grupa, haciéndolo salir disparado a campo abierto con ella colgada y Finn O’Keeffe galopando frenético detrás, gritando y maldiciendo hasta que el *pony* finalmente la dejó caer, quedando tendida como si fuera un muerto. Lily se arrojó al lado de Ciel gritando, mientras Finn salió corriendo en busca de ayuda.

—Oh, Ciel, Ciel, no te mueras —lloraba sin consuelo—. Te amo. Vuelve a nosotros, Ciel. Jamás volveré a hacer algo tan estúpido. Oh, querida, oh, querida. Es que no pensé en lo que hacía. —Pero ese siempre fue el lamento de Lily.

Lady Molyneux rompió a llorar cuando vio a Dan O’Keeffe con la pequeña cargada inmóvil en sus brazos. Después de que el médico que había venido declaró que la pequeña Ciel de ocho años solo había sufrido una contusión, lord Molyneux llamó a Finn O’Keeffe a su estudio. Lo miró con desprecio, morado de la rabia.

—Confíe a mis hijas a tu cuidado —le gritó, con la voz que retumbó en los tirantes del techo—. Y mira lo que les sucede. ¿Cómo osas pretender ser un empleado responsable cuando mi hija más pequeña, la que merece la mayor de las atenciones, se cae y se lastima de un *pony* desbocado? Podría haberla matado. Y habría sido culpa tuya.

El rostro lleno de lágrimas de Lily se tornó aún más pálido. Estaba sentada al borde de su silla con la cabeza gacha, mirándose las manos entrelazadas, evitando la mirada de Finn como si dejase que él cargara con la culpa, rezando por que él no dijera nada. Simplemente no podía soportar tener a su Pa y a su Mami enojados con ella y, después de todo, ella sentía verdaderamente lo que había sucedido. De todos modos, Ciel se pondría bien, les había dicho el médico y, entonces, recompensaría luego a Finn.

Pero su cabeza se levantó cuando oyó que su padre le decía a Finn que volvería a la cuadra y que podía agradecer al buen trabajo hecho con William el que no lo despidiera.

—William lo hace bien —le dijo fríamente a Finn—, y continuarás trabajando con él. Pero por el amor de Dios, muchacho, esta vez concéntrate.

Lily sintió los ojos iracundos de Finn clavados en ella cuando pasó a su lado para salir de la habitación. Después de todo, era solo un trabajo de ayudante, se dijo llena de culpa. Se prometió que lo enmediaría. Una vez que Ciel estuviera mejor y que la crisis hubiera desaparecido de la mente de su padre, pronto hablaría con él y este le devolvería a Finn su trabajo.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver que su Pa no estaba enojado con ella. Él extendió las manos y dijo:

—Ven aquí, Lily —y ella corrió hacia él. Sosteniéndola muy cerca le dijo emocionado—: Sé que es una cosa terrible para un padre favorecer a una hija sobre la

otra, pero todo el tiempo estuve pensando que tal vez eras tú, Lily. Eras tú la que veía, medio muerta en los brazos de O’Keeffe. Esa es la razón por la que deseaba matar a ese muchacho. Por lo que podría haber sucedido.

Lily descansó su linda cabeza contra la fina chaqueta de su Pa. Olía a colonia y a camisa de lino limpia, además del débil perfume del fino tabaco que había estado fumando.

—No debes preocuparte, Pa —le dijo con dulzura—. Soy tan buen jinete como Finn O’Keeffe. Y desde ahora te prometo que cuidaré de Ciel. Te prometo que su *pony* jamás volverá a desbocarse.

Lady Nora la estaba esperando en el pasillo. Ella conocía muy bien a su hija, y su bonito rostro estaba fruncido con marcadas líneas de seriedad cuando vio a Lily que salía sonriendo del estudio.

—Deseo hablar contigo, Lily —le dijo secamente.

—Sí, mamá. —Al notar la frialdad de su madre, Lily utilizó el formal «Mamá» en lugar del afectuoso «Mami» irlandés. Sabía que algo sucedía, y caminó llena de aprehensión detrás de su madre hasta su pequeña sala privada.

—Cierra la puerta, Lily —dijo *lady* Nora.

Se sentó cansada en una silla tapizada de brocado, que estaba junto a su escritorio. Frunciendo el entrecejo, le indicó a Lily pararse delante de ella.

—No sé la verdad que hay en todo este asunto —le dijo con seriedad—, pero puedo adivinarla. Estoy bastante segura de que fuiste tú la responsable de la caída de Ciel, como siempre. Aunque no tiene sentido que se lo digamos a tu padre, ya que jamás creería que pudieras ser tan malvada.

Lily la miraba conmocionada, con los ojos bien abiertos llenos de horror.

—Oh, mami, yo no soy *malvada*. ¿Cómo puedes decir eso? —Se dejó caer, en un torrente de lágrimas, a los pies de su madre—. No es verdad, Mami, no es verdad que sea malvada. —Gemía, agarrándose de las rodillas de su madre y mirándola con piedad. No podía tolerar que su madre se enojara con ella, la adoraba casi tanto como a su Pa. Se apretó aún más.

—Tú jamás piensas hasta que ya es demasiado tarde, Lily —le dijo fríamente su madre—. Es un defecto muy feo en tu carácter y uno que deberías tratar de cambiar.

—¿Pero cómo lo puedo cambiar? —le preguntó Lily entre lágrimas—. Soy como soy. Una niña estúpida y tonta que jamás piensa.

—Nadie es solo *lo que es* —le dijo *lady* Nora, ablandándose un poco—. También somos lo que nosotros hacemos de nosotros mismos. De lo contrario seríamos todos salvajes, no mejores que los niños analfabetos.

—Sí, Mami.

Lily quedó cabizbaja y *lady* Nora suspiró, mirando a su perpleja hija.

—Ya casi tienes trece años ahora, Lily —le dijo por fin—. Me pregunto si ya no es tiempo de enviarte a una escuela en Inglaterra durante un año. Tal vez los maestros puedan inculcarte un poco del temor de Dios, ya que yo no puedo.

—Jesús, Mami. —Lily se puso de pie de un salto—. No puedes enviarme a una escuela.

—Haz el favor de no usar ese vocabulario de establo delante de mí —le dijo *lady* Nora con frialdad—. Y sobre este asunto, hoy mismo hablaré con tu padre. Mientras tanto te disculparás con tu hermana y pasarás todo el tiempo junto a su cama, tratando de que no muera del aburrimiento. Tomarás tus comidas en el cuarto y no saldrás de la casa en una semana. ¿Está claro?

—Sí, Mami. Por supuesto. —Lily aceptó el castigo con gracia; después de todo se lo merecía—. Pero sobre la escuela, Mami...

—Ahora te irás, Lily —le dijo su madre, tomando unos papeles que estaban sobre el escritorio—. Y recuerda, no quiero ver tu cara aquí hasta la otra semana.

Lily salió desganada de la habitación. No era que le importara hacerle compañía a Ciel y la verdad es que tampoco quería ir a los establos a enfrentarse cara a cara con Fian O’Keeffe, pero este asunto de la escuela en Inglaterra la aterrorizaba. Resolvió hablar con su padre tan pronto como fuera posible, aun cuando esto significara romper la promesa que había hecho a su madre de no bajar durante toda la semana.

Lily esperó hasta después de la cena. Por una vez no había invitados en la casa, y ella sabía que su madre se habría retirado a su salón privado, donde estaba haciendo otro almohadón para el juego de cuarenta sillas Sheraton del comedor. Lo llamaba «el trabajo de una vida», eligiendo una flor diferente para cada silla y un lema que recorría el borde como si fuera una cinta.

Las pecas de Ciel estaban muy marcadas sobre el rostro blanco lechoso y tenía un gran vendaje sobre la cabeza. Suspiró cuando observó a su hermana abrir la puerta y asomar la cabeza.

—Oh, Lily —respiró con ansiedad—, esta vez te castigarán si te descubren.

—No me descubrirán —prometió Lily cerrando la puerta.

Las lámparas iluminaban los corredores, como siempre lo hacían en toda la casa, sin pensar en ahorrar, ya que no existía necesidad de ello. A lord Molyneux le gustaba tener la casa iluminada como un árbol de Navidad.

—Es como un faro, de modo que cualquiera que desee verme, sabe que estoy aquí —decía siempre con orgullo—. De la misma forma que saben que estoy en la residencia cuando ven mi estandarte flamear en el techo.

Lily se escapó con cautela por los iluminados corredores, pasando la fila de puertas y bajando las escaleras hasta el descanso del primer piso. Los criados habían sido advertidos de no permitirle bajar, de modo que ella echó una mirada aprensiva por el pasillo que iba al salón privado de su madre. Pero había elegido bien el momento; los criados estaban cenando y la puerta de su madre estaba bien cerrada.

Corrió sin hacer ruido por el último tramo de escalones, cruzó el recibidor y por un corredor que se dirigía al ala oeste llegó a la biblioteca, donde sabía que su padre iba todas las noches a fumar su cigarro y a beber una copa de oporto, además de leer el *Irish Times*.

Empujó la puerta y miró los estantes llenos de libros encuadernados en cuero y el juego de globos terráqueos antiguos, las pesadas mesas con patas en forma de garras y las sillas tapizadas de cuero verde. Había un fuego ardiendo en el hogar y una nube de humo azul subía por el aire, encima de la cabeza de su padre. Este se encontraba sentado en su sillón favorito, delante del fuego, vestido con un batín de terciopelo oscuro y leyendo el diario, tal como ella sabía que lo encontraría. Le daba la espalda y no la oyó entrar.

Ella fue sin hacer ruido por detrás y le colocó las manos cubriéndole los ojos.

—¿Adivina quién soy? —le susurró.

Él se volvió asombrado.

—Querida niña, se supone que no debes estar aquí. Tu madre me lo dijo.

—Lo sé, Pa, lo sé. Pero es que estaba muy molesta. No por ser castigada, ya que esto está bien. Yo sé eso. Pero es sobre la escuela en Inglaterra. Oh, Pa, querido Pa, por favor no me envíes allí. No podría soportarlo. ¿Qué haría todo el día en un colegio? ¿Sola? ¿En Inglaterra? Me sentiría muy triste. Jamás te vería y te echaría mucho de menos.

Sabía por instinto que aquellas palabras solían persuadirlo. No habría sido bueno decir:

—No deseo ir a la escuela, no quiero que aquellos estrictos maestros me digan lo que debo hacer. —En lugar de ello, ella le dijo exactamente lo que él deseaba oír: que no podía soportar dejar Ardnavarna y que no soportaría abandonarlo a él. Y hablaba en serio.

Lord Molyneux la miró con afecto y ella lo miró con ansiedad.

—Además —añadió Lily con la mirada clavada en los ojos de su padre—, me aburriría tanto que probablemente haría más travesuras.

Él se rio. Le había ganado con facilidad.

—Hablaré mañana con tu madre —le prometió—. Ahora, vete a la cama antes de que ella te descubra.

—Buenas noches, Pa. Y realmente estoy arrepentida por lo que le sucedió a Ciel. —Lo rodeó con sus brazos y lo besó con afecto, saliendo luego de puntillas de una manera exagerada. Se volvió en la puerta, con un dedo en los labios y un brillo travieso en los ojos y él se rio.

—Eres un diablillo —le dijo indulgente, volviendo a leer el diario cuando ella cerró la puerta con suavidad.

Capítulo 16

William cabalgaba junto a Finn. Miraba el espacio, pensando en su nuevo telescopio y en los conjuntos de estrellas que estaban en el firmamento. William no era atleta y, aunque su pálido rostro era atractivo, como el de todos los Molyneux, jamás se podría decir que era hermoso. Era alto y delgado como Finn, pero el parecido se detenía allí. Los hombros de Finn eran anchos, su vientre cóncavo y las caderas estrechas; Finn poseía una fortaleza vital y nerviosa y llevaba en alto la cabeza, con orgullo. «Tiene más orgullo que lo que cualquier campesino tiene derecho a tener», dijo alguno, envidiando su progreso en la escala de trabajos de Ardnarnna. Y Finn era más que apuesto, con el rostro delgado y prominentes pómulos, rasgos fuertes y angulosos, boca sensual. Además poseía aquellos ojos grises y con pestañas oscuras que hacían girar la cabeza de cualquier muchacha, aun a la corta edad de trece años.

Era William el que tenía aspecto de campesino, no Finn O’Keeffe. Su cabello era rubio, las gafas se habían empañado con la lluvia y su rostro amigable era de una piel tan blanca y suave como la de un bebé. Como siempre, había llegado tarde y se había puesto sus ropas de montar con prisa. Algunos de los botones estaban mal abrochados, mientras que otros directamente no los había sujetado y, aunque tenía las botas bien puestas, producto de un segundo intento, se había olvidado el sombrero.

Montó sin gracia en la silla, con los hombros caídos y la cabeza apuntando hacia adelante. Al mirarlo, Finn suspiró profundamente. No había forma de transformar a lord William Molyneux en jinete, hiciera lo que hiciera. Su única esperanza era mantener al muchacho en la silla y asegurarse de que no se rompiera el cuello.

Aquel pensamiento lo hizo volver a pensar en Lily, y entonces profirió un gruñido. Algún día la mataría, le juró a Dios que lo haría.

William ni siquiera se dio cuenta: estaba allí en carne y hueso, pero en espíritu había regresado al colegio. No es que fuera el muchacho más popular de Eton; era demasiado introvertido y académico, pero amaba la literatura y poesía inglesas y se interesaba con pasión por la astronomía. Además le gustaba estar cerca del río, aun en los crudos días del invierno, ya que era un ávido observador de las aves.

Podía olvidarse de sí mismo, además de todo sentido del tiempo, tendido sobre su estómago con los binoculares fijos en los ojos, observando a los pájaros; era igualmente feliz echado en un sillón y sumergido en la lectura de algún libro. Escribía tratados sobre los pájaros que veía, sobre las estrellas y planetas, y además escribía poemas, aunque jamás se los había mostrado a nadie. En especial a Lily, de quien sabía que se burlaría de él toda la vida.

William era un soñador. Odiaba todos los deportes considerados de caballeros como la caza, el tiro y la pesca, y los caballos lo aterrorizaban. Su impaciente padre

loco por los caballos lo había obligado a montar *ponys* desde que era muy pequeño y, cuando sus hijas probaron ser intrépidas, se puso aún más impaciente con su hijo varón.

—El muchacho está siempre en su habitación —se quejaba con su mujer—. Siempre con las narices metidas en un libro. Debería salir al aire libre, como un verdadero caballero, correr para cazar tal como lo indica su posición y no estar mirando todo el día esos malditos pájaros.

William bajó la mirada al cuello del caballo, viendo solo los dos opacos círculos que eran sus empañadas gafas. El hecho de que no pudiera ver no le molestaba; ni siquiera estaba pensando adónde se dirigía ni lo que hacía. Simplemente era una tarea que le habían forzado a hacer.

—Será necesario que se siente mejor, señor —le amonestó Finn—. Enderece su espalda, lord William, y tome el control del animal. O de lo contrario, su padre la tomará nuevamente conmigo por no enseñarle bien.

—Perdón, Finn. —William enderezó obediente la espalda—. No estaba pensando en lo que hacía.

—Sí. Ese es el problema del cual me hablaron. Pero yo podría hacer de usted un buen jinete si se concentrara. Ahora mírese a sí mismo, señor, cabalgando como una tonta niña. Le tengo que decir, señor, que su padre está decidido a dejarlo a usted en la silla, de modo que será mejor si se decide a hacerlo bien. Usted tiene mucho cerebro en la cabeza, señor, así me lo han dicho. No puede ser difícil para usted aprender algo si realmente lo desea.

—De eso se trata, Finn —dijo William con tristeza—. Yo no quiero aprender. Y no veo por qué debería hacerlo.

—Mírelo de esta manera, señor. Usted tiene una hermosa casa aquí en Ardnarnna y una vida buena. Un día será usted el que se encargue de este lugar y todos a su alrededor, desde los otros lores y ladys hasta sus empleados, esperarán que lo haga adecuadamente, de la forma en que lo hace su padre. Es justo, señor, que usted acepte sus deberes de la forma en que todos lo hacemos y que haga sentirse feliz a su padre. Sin ningún esfuerzo por su parte.

—¿Qué quieres decir? —William se limpió las gafas con la manga para mirar mejor a Finn.

—Bueno, señor, ¿y no tiene usted en mí al mejor maestro de Connemara? Póngase en mis manos, señor, y con un poco de concentración tendremos a su padre palmeándole la espalda y diciéndole lo buen muchacho que es antes de que termine el mes.

William lo miró con interés.

—¿Un mes, Finn? ¿Llevará realmente ese tiempo?

—Un mes de *concentración*, señor. Y eso es todo.

William lo pensó con cuidado; si él sacrificaba exactamente un mes de su vida, podría hacer feliz a su padre y comprar su libertad para hacer su deseo.

—Entonces es trato hecho, Finn O’Keeffe —le dijo, ofreciéndole la mano—. Mi tiempo es tuyo durante las próximas cuatro semanas. Después de eso, jamás quiero volver a ver un caballo en mi vida.

Aquella noche, se lo contó a Ciel y a Lily, advirtiéndoles que guardaran el secreto.

—Deseo sorprender a papá al cabo de cuatro semanas —les dijo lleno de alegría.

Lily lo miró celosa. Finn aún no le había hablado, aunque todo el tiempo lo veía en los establos. Ahora, él ya no era su ayudante, ya no tenía el derecho a vestir el elegante uniforme verde y había vuelto a usar su vieja camisa de franela y los pantalones atados con una cuerda. Llevaba anudado a su bronceada garganta un pañuelo azul y blanco y estaba más guapo que nunca. También estaba más enojado que lo que ella jamás lo había visto antes. Había un permanente gesto ceñudo en su rostro siempre que la miraba, y cambiaba de dirección para evitar tener que cruzarse con ella.

Le preguntó a William a qué hora tenía su lección y a la mañana siguiente ella estuvo allí antes que su hermano. Finn estaba en el establo de *Punch*, preparándolo para el paseo.

—Es como en los viejos tiempos, ¿no es así, Finn? —le dijo, asomándose por la puerta y sonriéndole aduladora.

—No sé lo que quiere decir, mi señora —le contestó él.

Su voz sonó tan fría que ella podría haber patinado sobre hielo.

—Seguro que sí lo sabes —le dijo ella ansiosa—. Los dos cabalgamos al amanecer por la playa. No había nada allí, solo tú, yo y las aves marinas.

Él se resistió a mirarla, ajustando la cincha y verificando el freno. Cualquier cosa antes que encontrarse con esos ojos traicioneros.

—Lo siento, Finn, si te lastimé. Realmente lo siento. Pero como puedes ver, eras tú o yo. Pa me habría enviado a una escuela en Inglaterra si se enteraba de que fui yo la que le hizo eso a Ciel. No nos habríamos vuelto a ver.

—Todo lo que sé es que perdí mi trabajo —le dijo secamente, pasando junto a ella camino del patio—. Usted está jugando con mi vida. Con mi trabajo, mis ingresos, con el alimento en mi estómago. No el suyo, señorita todopoderosa *lady* Lily.

Lily lo miró impresionada. No se había dado cuenta de lo que había significado para él... de que tal vez se podría haber quedado sin comida. Ella había pensado que era una cosa del momento, que cuando su padre se calmara, ella con facilidad haría que Finn volviera a su trabajo anterior.

—Oh, Finn —le dijo temblando—, realmente no me di cuenta de lo que hacía. Pensé que era tan solo cuestión de semanas y entonces yo hablaría con Pa para que volvieras a ser nuestro ayudante. Ni siquiera consideré lo que esto significaba para ti. —Bajó la cabeza, retorciéndose las manos, llena de remordimiento—. Ahora mismo iré a ver a Pa. Le contaré la cosa tan terrible que hice. Le confesaré que fue culpa mía

y le diré que te devuelva tu trabajo. Oh, Dios, solo sé que jamás me perdonarás. Jamás. Y tienes todo el derecho a no hacerlo.

Se volvió rápidamente y corrió por el patio empedrado. Finn corrió tras ella y la tomó de un hombro. La miró a la cara, a aquellos sombríos ojos oscuros, con todo su brillo perdido por la desesperación.

—Lo harías, estoy seguro —le dijo asombrado—. Irías a ver a tu padre y le confesarías tu delito para que me él me de volviera el trabajo.

—Por supuesto que lo haría. Y voy a hacerlo. Ahora mismo. —Ella se liberó de su mano y corrió debajo del arco de piedra de la entrada. Él la alcanzó y la volvió a tomar del brazo.

—No tienes por qué hacerlo por mí, Lily. Es suficiente con saber que tú deseabas hacerlo. Cargaré con la culpa por el accidente de Ciel y, de todas maneras, fue parte de mi responsabilidad. Yo estaba a cargo de ella y debería haberte detenido antes de que azuzaras al *pony*.

Sonrió trémula y él la miró con adoración, olvidando por completo que era ella la que tenía la culpa y para nada él.

—¿Entonces volvemos a ser amigos? —le dijo.

—Amigos —asintió.

—¿Y puedo ir contigo y con William?

Él dudó.

—Lily, es concentración lo que él necesita. Y tú sabes que nadie se puede concentrar contigo presente, imaginando alguna travesura.

—Sin travesuras —le prometió, mirándolo por aquellas largas pestañas—. Solo deseo estar contigo —añadió con suavidad—. Te echo tanto de menos, Finn. Tú eres mi mejor amigo. ¿No nos contamos siempre todo? Cosas que jamás les contaríamos a otra persona, ni siquiera a Ciel o a Daniel. Sobre cómo nos sentimos y lo que deseamos y... oh, todos nuestros secretos.

Un destello volvió a brillar en los ojos de Finn.

—Seguro, volvemos a ser amigos. Pero compórtate, Lily. Yo no seré responsable de otro accidente.

—Ellos deseaban de verdad enviarme a una escuela en Inglaterra —dijo Lily, coqueteando con los ojos—, pero yo me negué. Di una patada en el suelo y les dije que no abandonaría Ardnarnna. Jamás, hicieran ellos lo que hicieran. Me podrían llevar a la fuerza de aquí y yo me escaparía de alguna manera para volver a casa, de la forma en que lo hacen los animales que se pierden. Oh, Finn, ¿cómo podría alguna vez abandonar Ardnarnna? ¿Cómo podría alguna vez abandonar a mis caballos, mis perros, el mar y los bosques, y oh... todas las cosas hermosas que amo de este lugar? ¿Y cómo podría abandonar a mi amigo? —agregó, mirándolo con seriedad.

Él la miró y no dijo nada. Sabía exactamente lo que ella sentía y Lily supo que lo sabía. Había momentos en que estaban sintonizados como gemelos, cada uno pensando los pensamientos del otro, casi antes de que ellos mismos los hubieran

pensado.

—Te juego una carrera hasta el final de la playa —le gritó, corriendo por el patio y montando de un salto a su yegua baya, que sostenía uno de los ayudantes de la cuadra.

—No puedo hacer eso, Lily —dijo Finn con seriedad—. Estaré todo el tiempo con lord William. Por instrucciones de tu padre.

—Oh, William —lo miró molesta—. Bueno, entonces simplemente iré a tu lado. Y prometo que no seré ningún estorbo.

Finn pensó con exasperación que por supuesto lo sería, pero ella era la señora y él el criado que no podía prohibírsele, fueran los mejores amigos o no. Sin embargo, aún no confiaba en que ella mantendría su palabra.

William apareció caminando debajo del arco de entrada, con reticencia en cada paso lento que daba por el patio hacia donde se encontraba Finn, sosteniendo de las riendas a Punch.

—Buenos días, lord William —le dijo Finn, con un suspiro en la voz mientras lo miraba—. Vamos a convertirlo en un gran jinete. Solo concéntrese, señor y lo hará bien.

William miró con suspicacia a Lily.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó mientras montaba trabajosamente el caballo.

—Vengo a ayudar. —La yegua de Lily corcoveó de pronto sobre el empedrado y ella se rio cuando el caballo de William retrocedió nervioso y él se aferró con desesperación de la silla.

—Eso es suficiente, *lady Lily* —gritó Finn con autoridad—. Correcto, señor —le dijo a William—. Yo iré a su lado. Enderece la espalda y apriete las rodillas, señor, y los muslos. Todo el trabajo de un caballo se hace con las piernas y es allí donde se necesita la fuerza. Ahora, vamos, señor, espalda derecha, riendas flojas y piernas firmes. Eso es todo lo que se necesita para manejar a un caballo.

—Y dejar que sepa quién es el que manda —le dijo con burla Lily, saliendo del patio hacia el sendero.

William apretó los dientes.

—Un mes —dijo sombrío—. ¿Solo cuatro semanas, Finn?

—Cuatro semanas, señor. Y es una promesa.

Lily iba al trote delante de ellos, volviéndose a cada rato para mirar el trote irregular de su hermano, completamente fuera de ritmo con el caballo. Se volvió y trotó de regreso hacia donde se encontraban los dos jóvenes.

—Así —le dijo, mostrándole cuán fácil se hacía—. No seas tan papanatas, William. Es solo un caballo. —Finn le lanzó una mirada de advertencia—. Oh, es que es tan *lento* —le dijo ella con impaciencia.

Una hora de aburrimiento se extendía delante de ella como un bostezo, de modo que azuzó a su yegua con la fusta y salió al galope por la verde avenida de árboles que conducía al sendero rocoso que bajaba a la playa. Las olas golpeaban contra la

orilla, el sol tornaba el rocío en un reluciente arco iris y el viento le revolvía el cabello. Era un día glorioso.

—Oh, maldición, maldición —gritó con rabia, haciendo girar a la yegua y regresando para ir en busca de Finn. El día era tan maravilloso que ellos deberían estar corriendo por la playa en lugar de preocuparse por el pobre tonto de William, que jamás sería un jinete, incluso si su vida dependiera de ello.

Galopó hacia ellos, inclinándose sobre su montura para evitar las ramas que colgaban sobre su cabeza, ansiosa de incitar a Finn para que cabalgara con ella. Él la vio acercarse y también lo hizo el caballo de William, *Punch*. Se detuvo en seco y luego, dando un relincho de miedo, retrocedió, bailando sobre sus patas traseras como un *pony* de circo. Entonces, de pronto, golpeó fuerte con las patas delanteras y envió a William fuera de la silla, corcoveando, relinchando de terror, con los cascos muy cerca de la cabeza del muchacho.

Finn bajó de su montura veloz como un rayo. Gritando improperios, tomó las riendas del caballo y lo calmó con unas pocas palabras. Lo ató a un árbol y miró a William, tendido sobre la hierba y luego miró a Lily, quieta sobre su caballo, dando círculos alrededor de ellos.

—Pequeña y maldita tonta —le gritó enojado—. ¿No piensas nunca en lo que haces?

—No se ha lastimado, ¿no es cierto? —preguntó ansiosa, con el rostro tan blanco como el de su hermano.

—No, gracias, no estoy lastimado —dijo William, sentándose y frotándose la cabeza.

—El caballo podría haberlo pateado hasta matarlo y tú lo sabes —le dijo Finn con furia—. ¿Te irás ahora? Y agradece a tu estrella de la suerte que no se lo cuente a tu padre esta vez. Solo mantente alejada de mí y de lord William, eso es todo.

Lily lo miró pálida por un segundo y luego, sin decir palabra, giró y desapareció al galope. Finn miró con ansiedad a William que estaba quieto sobre la hierba, frotándose la parte posterior de la cabeza.

—Esa hermana suya será un terror, señor —dijo, ayudándole a ponerse de pie.

—Más que eso —le respondió William—. Es una amenaza. Cómo se sale siempre con la suya es algo que no puedo explicar. Salvo, por supuesto, que jamás desea hacer ningún daño —miró a Finn con tristeza—. De todos modos, Finn, este es mi fin y el de los caballos. Ya he tenido suficiente.

Finn pensó en lord Molyneux y en las órdenes que le había dado para que convirtiera a su hijo en un jinete competente... «La única razón por la que no te despidió —le había dicho—, es por el trabajo que haces con mi hijo». Él sabía que si fracasaba ahora en su deber, esta vez lord Molyneux lo despediría con seguridad.

—Debo enseñarle, señor —le dijo enojado—. Su padre me despellejará vivo si no lo hago. O peor que eso, me echará.

Ambos se miraron y William vio el miedo en los ojos del pobre Finn. El miedo a

no tener trabajo, ni salario, ni comida en su estómago. William era hijo de su padre; el concepto del deber había sido inculcado en él y sabía dónde estaba su deber ahora. Suspiró.

—Muy bien, entonces. Finn, seré un jinete.

Finn suspiró aliviado. Sabía lo que le había costado a William decir aquello, después de una caída tan peligrosa.

Su rostro brilló de admiración cuando le ayudó a volver a montar.

—Yo le cuidaré, señor —le prometió—. Haré que no vuelva a tener miedo de ningún caballo en su vida.

Lily, de forma premeditada, evitó estar cerca de los establos cuando su hermano estaba con Finn. Se quedaba haraganeando en la casa y tan pronto veía que William caminaba cansado el pasillo, todo salpicado de barro de otra larga y fría mañana de lluvia sobre la montura, se dirigía como una flecha hacia los establos.

—Mi turno —le decía riendo a Finn y entonces ambos salían hacia el bosque, sin prestar atención a la lluvia ni al viento, felices de estar juntos.

Cuando pasaron las cuatro semanas, lord Molyneux apareció para comprobar los progresos de William. Observó a su hijo con ojos de halcón, buscando fallos, pero William se sentaba muy erguido en su silla, con la chaqueta cuidadosamente abotonada, el sombrero firme sobre la cabeza y una mirada de triste resignación en el rostro.

—El muchacho lo está haciendo bien —dijo lord Molyneux con aprobación, observando cómo su hijo se agachaba sobre la montura para saltar un seto y luego galopaba a campo abierto—. Jamás pensé que esto sería posible —miró a Finn con aprecio, montado en un caballo negro junto a él—. Debo agradecerte eso —le dijo, con un toque de calidez en su voz—. Ya que a pesar de tus otros fracasos, Finn O’Keeffe, eres en verdad un buen jinete. Puedes volver a tus viejas obligaciones hacia mis hijos desde hoy. Y habrá un incremento adecuado en tu paga, teniendo en cuenta tu buen trabajo. Habla más tarde de eso con mi contable.

Miró a Finn con seriedad.

—Y que esto sea una lección para ti, muchacho. Concéntrate siempre en lo que haces. Yo te confío a mis hijos. Tú eres responsable de ellos. Jamás, te repito que jamás, les quites los ojos de encima. Y si algo le sucede a uno de ellos, correré a colgarte del árbol más cercano.

Dos días más tarde, se prepararon docenas de baúles y cajas; la criada de la señora, la institutriz y el ayuda de cámara del señor partieron antes, y la familia se preparó para su viaje habitual a Dublín.

El personal se alineó como siempre lo hacía para despedirse. El corazón de Finn

estaba por los suelos cuando observó partir los carruajes verde botella relucientes por el largo camino de grava. Los observó con los ojos entrecerrados por el reflejo del sol. Creyó ver que Lily volvía su cabeza para mirarlo, cuando pasaron y levantó la mano en triste gesto de despedida.

Pero Lily se volvió para mirar no solo a Finn. Era Ardnarnna. El estandarte azul y dorado que pendía de la Casa Grande ya había sido arriado, lo que significaba que la familia ya no estaba en la residencia; el sol brillaba en las numerosas ventanas y parecía como si las macizas paredes de piedra fueran a estar allí, de pie, para siempre.

Con un suspiro de felicidad, ella se volvió, pensando emocionada en Dublín y en las fiestas y vestidos nuevos, en todos los caprichos que se daría en las tiendas, sin siquiera tener un mínimo pensamiento en su mejor amigo, Finn O'Keeffe.

Capítulo 17

Ardnavarna, 1883

Lily siempre había creído que «no se piensa en lo que no se ve». Finn pertenecía a Ardnavarna, y cuando ella estaba lejos, casi ni pensaba en él. Pero sucedía algo muy diferente con Finn. Él pensaba que Lily Molyneux era la joven más hermosa del mundo. Vivía en sus sueños y en su corazón. Era parte de él. De repente, cuando tenía dieciséis años y ya no era un muchachito, se enamoró apasionadamente de ella. Y entonces todo cambió entre ellos.

La pequeña Ciel tenía nueve años cuando Lily tenía dieciséis. William estaba en un colegio de Inglaterra la mayor parte del tiempo, y las dos niñas permanecían en la casa con su interminable sucesión de institutrices. Aprendieron a hablar francés y fueron varias veces a París para que tuvieran la oportunidad de conocer el acento perfecto. Aprendieron algo de historia y geografía, y leyeron todos los libros que había en la biblioteca. Tocaban lo suficientemente bien el piano, Lily mejor que Ciel, y cantaban bonitas canciones para los invitados después de las grandes cenas. Jugaban al tenis y al *croquet*, y eran como demonios en los campos de caza. Eran amigas de nobles y de personajes de la realeza, además de compartir con sus padres la variada vida social de Dublín y Londres, así como también cazar y pescar en los eventos que sus padres a menudo organizaban.

Formaban una familia feliz. William era a menudo el blanco de las burlas de Lily, pero él sabía que ella lo amaba y que podía contar con ella para protegerlo de la impaciencia y la ira de su padre.

Eran unas perfectas damitas. Ciel era lo que siempre fue: efusiva, burbujeante y feliz. Poseía tal gusto por la vida y su risa resultaba tan irresistible que la gente simplemente no hacía más que contagiarse. Era inocente, sin asomo de los modales coquetos y de las sutiles miradas seductoras de Lily. Con Ciel, uno tenía lo que veía.

Y Lily era simplemente Lily. Se transformó en una belleza. Todos la adoraban, hiciera lo que hiciera. En Londres, París y Dublín, atraía las miradas allí donde fuera. Era como una brillante estrella que dejaba una estela mágica a su paso, con la joven Ciel a la lumbre de aquel resplandor.

Finn observó el cambio de niña impetuosa y salvaje en joven mujer hermosa. Como la pasión que por ella sentía, esto pareció suceder de la noche a la mañana. En un minuto era una niña que cabalgaba por la playa con los pantalones de un hombre y el jersey de un marinero; al siguiente, una joven mujer vestida de seda color rosa con perlas en el cuello.

Un día la vio junto a sus padres, saludando a los invitados al baile que ellos ofrecían para celebrar el vigesimocuarto aniversario de bodas de lord y *lady*

Molyneux. Las esperanzas de Finn se redujeron a cero cuando la vio. Era su primera noche como paje y estaba vestido con una librea de color verde, tomando los echarpes de piel, los sombreros y las bufandas de seda de los invitados.

A menudo ayudaba cuando la familia daba grandes fiestas en la casa. Siempre que había celebridades de la nobleza y de la realeza o extranjeros como huéspedes en la casa, él y Dan hacían de pajes o de cuidadores de los cotos de caza, o ayudaban en la cacería. Y, a menudo, trabajaba como mozo de equipajes, cargando maletas en los carruajes o llevándolas a los pisos superiores. Había notado con admiración la grandeza de las habitaciones y las comparó con su desnuda cabaña con suelo de tierra y llena de humo. Había observado cuán diferente era Lily entonces; ya no era la compañera alegre que siempre reía en los paseos del amanecer por la playa, sino que ahora estaba transformada en la dama joven de la casa. Pero jamás la había visto como la vio aquella noche del aniversario.

Era una joven elegante y adulta, reluciente con sus joyas y tan altiva y orgullosa como su augusto padre. Y él era el hijo de Padraig O'Keeffe, un gran jinete que sabía cuál era el mejor cebo en el río para pescar salmón y dónde encontrar truchas en el lago a cualquier hora del día o de la noche. Era el criado que cargaba las maletas y el lacayo de calzas ajustadas y guantes blancos que evitaban que las manos campesinas ensuciaran los platos de donde comía esta gente tan importante.

Aquella noche, finalmente Finn comprendió la distancia que lo separaba de Lily y de su vida en la Casa Grande. Era un abismo que jamás podría llegar a cruzar.

Lily sintió los ojos de Finn que la quemaban. Tomó su primera copa de vino e hizo una leve mueca ante el sabor demasiado seco. Le sonrió, pero él no lo hizo y ella se preguntó qué estaba mal. Miró la larga mesa para los sesenta invitados de sus padres y los veinte criados que la servían. El servicio de plata dorada reservado para las grandes ocasiones estaba allí, y la mesa brillaba con fina plata y cristal. Había candelabros altos y ramos de flores, además de vistosos adornos. Repartidos por la mesa había una docena de centros de mesa decorados con una cascada de exóticas frutas de invernadero, incluyendo las uvas e higos que ella solía robar cuando era niña.

Lily sonrió para sus adentros cuando se dio cuenta de lo que había estado pensando. *Cuando ella era niña*. Ya que no había dudas de que esta noche se sentía diferente. Y por las miradas de admiración de los hombres y la forma en que ellos sostenían sus ojos clavados en los suyos o le retenían la mano cuando se inclinaban para besarla, supo que estaba distinta. Se sintió mareada por el vino y su nuevo sentimiento de poder. Los hombres harían su capricho, bailarían a su ritmo, todo por una sonrisa especial, una mirada coqueta, un toque de su mano. Sintió aquel dulce apretón de emoción en la boca del estómago. Pero ¿qué prometía? Suspiró impaciente; casi no podía esperar a descubrirlo y se consoló con el pensamiento de que pronto cumpliría los diecisiete años. Sería presentada en sociedad, conocería al Príncipe Azul y se casaría con él. Y entonces conocería el secreto de las mujeres.

Por las conversaciones secretas de los té y acontecimientos sociales a los que ella concurría, sabía que, como ella, ninguna de las jóvenes de su edad sabía de qué se trataba «eso». Y tampoco lo sabría hasta la víspera de su boda, y aun entonces tal vez le dijeran que fuera «amable» con su flamante esposo. Le recordarían que los «hombres tienen necesidades diferentes» y que como buena esposa se esperaba que ella se hiciera cargo de aquellas y, naturalmente, que tuviera hijos.

Por supuesto, siempre estuvo por los establos y en las cuadras y los campos. No pudo evitar ver cómo copulaban los perros y los animales de la granja. Parecían tan tontos que ella se reía, junto con los muchachos de la cuadra, cuando los veía. Hasta que un día, Finn la descubrió y la tomó de un brazo para alejarla.

—Te olvidas de quién eres, Lily —le había dicho entre dientes, con rostro enrojecido por la rabia—. Eso no es para tus ojos, de modo que no vayas con los muchachos riendo por ahí.

—¿Y qué te crees que eres sino eso, un muchacho de cuadra? —le contestó enojada—. ¿No me río y hablo contigo acaso?

—Eso es diferente. Y tú lo sabes —le había gritado él cuando Lily se alejaba.

Ella volvió a beber de su copa, mirando preocupada a Finn. El hecho era, sin embargo, que Finn había cambiado. Se había transformado en un joven serio y más silencioso. Se sobresaltaba cuando lo tocaba como si fuera un atizador caliente. Podía sentir los ojos que le quemaban la espalda. Se volvió y le guiñó el ojo traviesa, pero él pretendió no verla. Miró irritada al aburrido general que se sentaba a su izquierda y luego al hombre sentado a su derecha.

Dermot Hathaway tenía el doble de su edad y era el hombre más apuesto del salón, dejando de lado a Finn, por supuesto. Poseía un rostro ancho y carnoso, prominentes ojos oscuros, un bigote curvo y suave cabello negro peinado hacia atrás. Era el más alto de los hombres presentes, con hombros macizos y cuerpo musculoso. Era un hombre atractivo y diferente, con mala reputación con las mujeres.

Dermot descendía de una familia tan antigua y noble como la suya; sus bisabuelos habían sido amigos, así como los abuelos y padres. Pero Lily no lo había conocido hasta esta noche. Sabía que era el dueño de grandes extensiones de tierra en Wicklow y en el condado de Clare, y poseía intereses en el extranjero que le hacían estar en constante movimiento, viajando a lugares exóticos como China, India o América.

Todavía no le había dirigido la palabra, salvo para decir «buenas noches». Al mirarlo con disimulo, se dio cuenta de que, aunque era bastante viejo, por lo menos de treinta y cinco, era marcadamente atractivo. Lily parpadeó de forma coqueta y le dijo:

—Solo puedo imaginarme en lo disgustado que debe estar, *sir* Dermot, al estar sentado al lado de la hija del dueño de casa. Y ella tan solo con dieciséis años.

Él se volvió para mirarla. Durante unos segundos no dijo nada; solo sus ojos la absorbieron, mirándola como si estuviera imprimiendo cada rasgo de ella en su memoria.

—Ese pensamiento cruzó por mi mente —le dijo por fin secamente.

Ella sintió que se ruborizaba. Nadie la había mirado así antes. Además, Lily sabía que él había visto pasar la seda rosada y las perlas, el cabello levantado y a la tonta niña coqueta que aún era. «Bueno, maldito sea», pensó Lily, levantando arrogante el mentón.

—Entonces solo puedo pedirle disculpas por el error de mi madre al sentarme junto a usted —le dijo con dureza—. Y espero que no se aburra demasiado.

—Por supuesto que no —asintió, volviéndose a hablar con Margaret Donoghue, sentada a su derecha, que tenía, Lily lo sabía, veintiséis años y era casada. Y que además tenía una piel como el terciopelo. Y que se pintaba los labios y usaba perfume. Y que se rumoreaba que era más osada de lo que debería ser. Maldición, gruñó para sus adentros, esa mujer era espléndida.

Miró con resentimiento su plato, dejando intactos todos los platos hasta el postre, que comió con una intensidad infantil.

Dermot la observó, con una sonrisa no muy abierta dibujada en los labios. «Será una pequeña puta», pensó, pero lo que dijo fue:

—Veo que le gusta el chocolate, Lily.

Ella lo miró de reojo. Había pensado que estaba tan ocupado con Margaret Donoghue que ni siquiera la había visto. Ahora deseó haber recordado jugar con su postre, como la joven dama que se suponía era.

—Lo como solo porque estoy aburrída —le dijo mirándolo a los ojos. Nuevamente, los ojos de él parecían devorarla, de la forma en que ella había devorado su postre.

—Entonces, si está aburrída es por mi culpa. Le ofrezco mis disculpas. —Y entonces se volvió hacia su compañera, dejándola a ella para que hablara con el viejo general que tenía a su izquierda, pensó con desesperación, aún más aburrído que ella misma. Volvió a mirar el plato llena de resentimiento, pulverizando con su rabia a Margaret Donoghue.

Recordó a su madre diciendo que era un solterón rico y que todas las mujeres iban detrás de él, pero que eso solo lo hacía más interesante.

Jugueteó, a la manera propia de una dama, con el postre de queso que estaba en su plato, mirando con disimulo una y otra vez hacia donde estaba Dermot, evaluando su progreso con Margaret Donoghue, preguntándose cómo era que, aunque nunca se tocaron, de alguna manera era como si lo hicieran.

Por otro lado, decidió con un cálido estremecimiento de emoción, tal vez sería divertido tocar al apuesto Dermot. Podría llegar a ser hasta divertido casarse con un hombre así. Ser la que por fin lo capturara. Miró su plato, viéndose a sí misma caminando por la nave de una iglesia, radiante con satén blanco como su prima Kate que se había casado el año pasado. Salvo que con el impactante Dermot Hathaway que la esperaba en el altar.

Se imaginó cómo hablaría la gente, maravillada de que la joven Lily Molyneux se

hubiera casado con tal candidato, cuando tantas mujeres habían tratado de atraparlo durante una década. Volvió a ver la mirada de Finn, al otro lado del salón y se ruborizó, esperando que él no pudiera leer sus pensamientos.

Cuando terminó la cena, su madre se puso de pie y condujo a las damas a la sala, dejando a los hombres con sus oportos, cigarros e historias de hombres.

Dermot se puso de pie con amabilidad para dejarla pasar, pero Lily casi ni lo miró. Sin embargo, más tarde, cuando se sirvió el champán francés, el café de Brasil y el té de China con caramelos y frutas escarchadas en el salón amarillo, ella se las ingenió para sentarse cerca de él. Y cuando su padre la llamó para que tocara el piano y cantara para los invitados, fue a Dermot al que le ofreció las miradas seductoras de largas pestañas mientras cantaba una dulce canción francesa de amor.

Parado junto a la puerta del salón, Finn cerró los ojos, imaginando que ella le cantaba solo a él.

Luego llegó el turno de Ciel. Se le había permitido quedarse levantada hasta tarde debido a esta ocasión especial, aunque no había podido estar durante la cena, ya que su madre pensó que no era justo sentar junto a cualquiera de sus invitados a una niña de nueve años.

Ciel se subió al taburete del piano, dio dos acordes demasiado fugaces de una sinfonía simplificada de Chopin y se volvió a bajar ante las risas y aplausos de los invitados.

—Lily —le dijo en un susurro que fue lo suficientemente alto como para que Dermot lo escuchara—, ¿quién es el hombre al que le has estado lanzando miradas?

Él se volvió para mirarla y Ciel lo miró con una sonrisa divertida. Él dijo:

—Creo que es ese lacayo tan apuesto.

Luego se rio mientras un rubor de humillación quemaba el rostro de Lily, que se volvió y desapareció con Ciel, como siempre, pegada a sus talones.

Finn fue tras ellas, pero Ciel se volvió, con un dedo sobre los labios.

—No, Finn —le susurró—. No aquí. No puedes.

Él retrocedió. Hasta la pequeña Ciel comprendía. Por supuesto que aquí no podía estar con Lily. Él era el hijo de Padraig O’Keeffe y conocía su lugar.

Capítulo 18

A medida que se acercaba su decimoséptimo cumpleaños, Lily pasaba más tiempo en Dublín, haciendo compras en la calle Grafton con su madre y Ciel, buscando medias de encaje y zapatillas de satén, además de los guantes largos de color blanco que ella necesitaba para su doble presentación en sociedad: una en Dublín y otra en Londres.

La señora Simms, que era tan famosa en Dublín como cualquier diseñadora francesa lo era en París, le estaba confeccionando el vestido de presentación y media docena de otros vestidos, en tonos crema, limón y rosa, azul y verde Nilo. Solo el vestido de la presentación sería blanco, con un ajustado corpiño de satén y una gran falda, tan pura y virginal como una novia. A excepción de que, como Ciel decía con envidia, era mucho más divertido.

Su madre llevó a Lily a Londres para que posara para su retrato y para responder a una serie de invitaciones a tomar el té. Luego regresaron a Ardnarnna, y la Casa Grande se llenó de amigos, fogatas y enormes fiestas. Y de largas cabalgatas con Finn por los bosques o la playa.

—¿Nunca me echas de menos cuando estás allá lejos en la gran ciudad? —le preguntó una mañana él de mal humor.

Habían atado los caballos y caminaban a través del frondoso follaje del bosque. Lily pateó las mojadas hojas que estaban en la base de uno de los árboles, pensando en eso. La verdad era que no lo echaba de menos: simplemente estaba demasiado ocupada; además, Finn pertenecía a la vida de Ardnarnna. Sin embargo, no podía soportar lastimarlo.

—Por supuesto que pienso a veces en ti —le dijo—. Lo que sucede es que tengo muchas cosas que hacer: compras, pruebas de vestidos, almuerzos y reuniones para tomar el té. No hay posibilidad de que comprendas lo que es aquello.

—Eso es muy cierto —dijo con amargura—, ya que jamás he estado en la ciudad. Estoy aquí atrapado en Ardnarnna.

—A veces, yo desearía también estarlo —admitió ella—, cuando me he acostado demasiado tarde varias noches seguidas, demasiada gente para sonreír y con quien conversar. Demasiadas señoras mayores con preguntas y demasiadas madres con hijos casaderos que consultan con mi madre. Oh, son todo listas, Finn, listas de gente que puede ser invitada y listas de gente que no.

—Como yo.

Ella lo miró, exasperada.

—No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Pero eso no impide que seamos amigos.

—Sí. Cuando tú te acuerdas de mí. —Finn volvió a montar el caballo.

—Oh, jamás lo comprenderás —le gritó ella.

—Ni tampoco tú —le respondió él, desapareciendo al galope y dejándola con una mirada de asombro en el rostro.

El día del cumpleaños de Lily cayó un día antes de la recepción del Lugarteniente que marcaba el comienzo de la temporada, y sus padres ofrecieron un gran baile en su casa de la plaza Fitzwilliam. Se levantó una carpa verde y blanca para proteger a los invitados de las inclemencias del tiempo, y una gran alfombra roja cubrió los escalones de la entrada y se extendía por la vereda. Los lacayos vestían librea de color verde y pelucas empolvadas, el champán era rosado y la gran casa era como un jardín florecido de lilas color crema.

La doncella personal de su madre le ajustó a Lily el ajustado corsé, le colocó el vestido y la peinó, dándole movimiento al delicado encaje dorado que llevaba sobre la falda de rico satén y profiriendo exclamaciones de lo maravillosa que estaba con aquel atuendo.

Lily se volvió y fue a colocarse delante del espejo, y observándola, *lady Molyneux* sonrió con algo de remordimiento al darse cuenta que su pequeña hija se había transformado de pronto en una joven mujer. Dijo:

—A veces, estoy tan acostumbrada a verte, Lily, que me olvido de lo adorable que eres. —Se inclinó para besarla—. Este es un día maravilloso para ti, querida. El debut de una joven es algo de lo que jamás se olvida; todos los vestidos, las fiestas y las emociones. Es el comienzo de una vida nueva, cuando todo está por delante y la niñez ha quedado atrás. Disfrútala, Lily. El próximo gran acontecimiento será tu boda.

Ciel estaba sentada en la cama de Lily, mirándola con envidia. Su vestido también lo había hecho la señora Simms, y era de tafetán color azul que hacía juego con sus ojos. Tenía una faja ancha de terciopelo y en los pies unas zapatillas de satén a tono. Su madre le colocó una flor en el cabello y le dijo alegre:

—¿No soy una mujer de suerte al tener dos hijas tan espléndidas? Estaremos en boca de todo Dublín esta noche.

—Solo porque tú eres tan bonita, Mami —le dijo Lily abrazándola.

Lord Molyneux estaba de espaldas delante del hogar de la sala, sosteniendo levantadas las colas de su frac. William permanecía nervioso junto a la ventana. Habría preferido no estar allí, pero como su hermana, se esperaba de él que ahora tomara parte de los eventos de la temporada social.

Lord Molyneux le sonrió orgulloso a sus mujeres cuando estas entraron. Por su mente pasaron un montón de recuerdos de la infancia de Lily mientras que, con la cabeza en alto, ella caminó con garbo por la habitación para ir a pararse delante de él. La observó en silencio, recordándola como una niña de cabellos negros y ojos azules; como un bebé con los cabellos recogidos; como la joven osada sobre su primer *pony*

y como una adolescente a la que le gustaba jugar como los varones. Y ahora su adorable niña tenía diecisiete años y era toda una belleza.

La música llegaba desde el salón de baile y él extendió una mano hacia ella.

—¿Puedo tener el honor de este baile, *lady* Lily? —le preguntó muy formal.

Tomando su falda de encaje dorado, Lily le sonrió a los ojos.

—Estaría encantada, señor —le dijo. Y él la tomó en sus brazos, riendo y dando vueltas al ritmo de un vals por toda la sala.

—Pido ahora este baile ya que resulta obvio que no tendré oportunidad de acercarme a ti una vez que lleguen los invitados —le dijo cuando la música se detuvo—. Solo deseaba decirte que eres hermosa y que serás la belleza de tu propia fiesta.

—Y tú eres el padre más apuesto y bueno del mundo —le dijo en un susurro, rodeándolo con los brazos.

—Venid aquí, Nora, niños. —Lord Molyneux hizo un gesto para que el resto de la familia se acercara. Tomó una caja, cuadrada de terciopelo azul que estaba en una de las mesas y se la ofreció a Lily—. Es hora de que le demos a Lily su regalo.

Lily tomó la caja con ambas manos. La miró y luego a ellos.

—Casi no me atrevo a abrirla —dijo, con los ojos brillantes por la emoción.

—Oh, por el amor de Dios, ábrela, Lily —le gritó impaciente Ciel—. Me muero por ver qué es.

Lily se rio y abrió la caja; luego miró fijamente el collar con el nudo de diamantes.

—Oh, Pa —fue todo lo que pudo decir.

Los diamantes brillaban en una cinta de luces cuando lord Molyneux colocó el collar alrededor del cuello de Lily. El nudo se ajustaba exactamente en el hueco de su garganta. Le dijo:

—Lo elegí yo mismo. Deseaba encontrar el regalo perfecto para mi querida hija el día en que cumplía diecisiete años.

—Oh, y lo has hecho —dijo impetuosamente Ciel—. Es maravilloso.

—Esta noche me siento como una reina —dijo Lily—. Gracias Pa y querida Mami. Esta es verdaderamente la noche más maravillosa de mi vida.

—Hasta, por supuesto, que te cases —le respondió su padre. Los ojos se nublaron ante la idea de perderla. Viendo esto, *lady* Molyneux le recordó con prontitud que los invitados llegarían de un momento a otro.

Una multitud se había agolpado para observar a las damas ataviadas con hermosos vestidos de satén, pieles y joyas mientras iban llegando. Algunas personas bailaban al son de la música que salía como una brisa por las ventanas. Una hora más tarde la casa estaba llena de vida, de risas y ruido. Las arañas de cristal brillaban como el arco iris con miles de velas, el champán rosado fluía y las condecoradas matronas de pelo blanco, con sus oscuros vestidos de encaje negro y los muchos collares de perlas y diamantes, asentían con aprobación mientras Lily bailaba en los brazos de hombres jóvenes que se sucedían unos a otros.

—Conseguirá una buena pareja —se decían unas con otras, con tono conecedor—. Una belleza como esa y con ese linaje.

—¿No es maravillosa? —dijo Ciel, bailando con su hermano—. Estoy tan orgullosa de ella esta noche, ¿tú no, William?

Ella le pisó un pie y este hizo una mueca de dolor.

—Es culpa tuya —le dijo—. Yo bailo mejor que tú y solo tengo diez años.

—Tienes razón —admitió con tristeza—. Y aún bailarás mejor que yo cuando tengas veinte. Odio bailar.

—¿Más que montar a caballo?

Su pequeño rostro travieso tenía un brillo impío, y él se rio y dijo:

—¿Sabes qué, Ciel? Cuando sea tu debut, serás tan espléndida como Lily.

Ella negó con la cabeza.

—Nadie en todo el mundo será jamás tan hermosa como ella.

Lily les envió una sonrisa mientras giraba en brazos de su pareja. Tenía las mejillas sonrosadas, el cabello negro peinado en alto brillaba y su collar de diamantes relucía en su cuello, como un símbolo tangible del amor y la estima del adorado Pa hacia su hija mayor.

—No sabía que lo habían invitado —le susurró a Ciel, cuando vio a Dermot Hathaway aparecer entre los jóvenes.

—¿Te refieres al hombre con el que trataste de coquetear en la fiesta? —le preguntó inocente Ciel.

Lily le lanzó una mirada iracunda.

—Ciel, eres como un elefante. Jamás te olvidas. Por lo menos no de las cosas que se supone no debes recordar.

Dermot la interrumpió en el siguiente baile.

—Sé que no se hace —le dijo sin sonreír—, pero era la única forma de pedirle un baile a la joven del momento.

—¿En serio? —le dijo ella, echando la cabeza hacia atrás y mirándolo atrevida a los ojos—. Pero estoy segura de que hay una «joven del momento» para cada día de la semana.

—Tal vez —reconoció él, sosteniéndola más apretada contra su cuerpo, como nadie lo había hecho antes.

El corazón de Lily latía con tanta fuerza que pensó que tal vez él pudiera oírlo. Podía sentir la calidez de su mano enguantada de blanco que la tomaba por la cintura; sus pechos estaban aplastados contra el pecho de él y casi no podía respirar, mientras la hacía girar en un florido final, al borde de la pista de baile.

Las damas de cabello blanco que estaban sentadas en los sillones junto a la pared los miraron con desaprobación, pero a Lily no le importó. Se sentía en la cima del mundo por la emoción y el sentimiento de poder de su propia femineidad. Lo miró coqueta a través de las largas pestañas.

—Le doy permiso para volver a interrumpirme —le dijo, jugando con el lápiz

entre sus dedos, mientras simulaba consultar la tarjeta de baile. Tachó un nombre y escribió el de él en su lugar.

—¿Entonces le gustó a usted más este baile que el chocolate, Lily? —Su voz burlona acarició su nombre cuando lo pronunció y ella se estremeció en su interior.

—Oh, al diablo con el chocolate. —Hizo un mohín de enojo—. ¿No se olvidará nunca?

—Tal vez —le dijo considerando la pregunta—. Pero creo que será mejor que vuelva a escribir el nombre de ese joven en su tarjeta. Me parece recordar que ya estoy comprometido para ese vals.

Un rubor intenso cubrió las mejillas de Lily cuando lo observó bailar. La mujer que estaba con él debía tener por lo menos veintiséis años, pensó con desdén.

—Maldito sea. Oh, maldito sea —murmuró entre dientes, mirando con odio al joven que estaba delante de ella.

—Creo que este es mi baile, Lily —le dijo asombrado.

—Oh, sí. Maldición, sí lo es.

Dermot no le volvió a pedir que bailaran, ni se sentó cerca de ella para la cena. Lily se estaba divirtiendo tanto que casi se olvidó de él, pero de vez en cuando miraba con anhelo en su dirección y Dermot no dejó de notar aquel gesto.

El baile se prolongó hasta las dos de la madrugada y Lily se levantó a las siete para prepararse para la recepción del Lugarteniente. Al día siguiente sería presentada en el salón de las damas. Se la veía augusta y exhausta, vestida de satén blanco, manejando con elegancia la larga cola y haciendo una profunda reverencia. Llevaba plumas en el cabello y su collar de diamantes. Todos estuvieron de acuerdo en que Lily Molyneux era soberbia, que estaba destinada a ser una de las más grandes bellezas de Irlanda y que sería una candidata al matrimonio maravillosa, ya que ¿no estaban todos los jóvenes casaderos enamorados de ella?

Más tarde, viajó a Londres para su presentación en la corte y para asistir a otra ronda de fiestas. Y nuevamente el coqueteo de Lily tuvo un enorme éxito. Lord Molyneux se sentía enormemente orgulloso de su adorable hija, y ahora las matronas de ambos países predecían un matrimonio espléndido.

Ciel observaba todo anhelante, esperando su turno, aunque sabía que jamás tendría el éxito de Lily. Y William, obediente, asistió a todas las cenas y bailes con su popular hermana, tieso e incómodo, anhelando el momento de poder regresar a Ardnarnna, solo con sus libros o sus pájaros.

Sin embargo, cuando por fin regresaron a Ardnarnna para pasar unas tranquilas semanas de verano, el único recuerdo que quedó grabado en la mente de Lily fue el de los ojos ardientes de Dermot Hathaway que la miraban, de su mano en su cintura y de su cuerpo contra el de él. Además de su chiste burlón cuando la dejó para bailar con otra mujer.

—Un día le haré pagar por eso —se prometió, segura nuevamente en Ardnarnna. Y entonces decidió que se casaría con Dermot Hathaway.

Capítulo 19

Dermot era todo un hombre. Deportista, como el padre de Lily, y un inteligente hombre de negocios que se ocupaba de industrias florecientes, ferrocarriles, compañías navieras e inversiones en América. Sus empresas a menudo lo llevaban lejos de Irlanda, pero siempre regresaba en otoño para la temporada de caza. Era un tipo alto, corpulento y bien parecido, con ese tipo sensual que a las mujeres parece gustarles; sin embargo, era además popular entre los hombres.

«Un buen tipo» era como lo describían sus contemporáneos, y estaban de acuerdo con el rumor de que ninguna mujer estaba segura con él a cuatro metros, incluyendo a las esposas de algunos de sus amigos.

Debido a que era el único hombre que parecía ser indiferente a la belleza infantil y al coqueteo, y también era el único que la había puesto en su lugar, era, naturalmente, el que Lily deseaba. Todos los otros, los apuestos y jóvenes hijos de los amigos de sus padres con sus grandes títulos, lores y duques e incluso se hablaba de un príncipe, se borraban de su mente como si jamás hubieran existido. Dermot Hathaway era el que ella deseaba y Lily se propuso conseguirlo.

Estaba loca por él. No podía pensar en nadie más. Averiguó a través de la red de amigos a qué fiestas y bailes sería invitado y, entonces, se aseguraba de ir a ellas, siempre con aspecto subyugante, siempre como una dama, siempre acompañada por su madre o la dama de la casa que estuviera de invitada. Casi nunca se sentaba junto a Dermot en las cenas formales, ya que él era mucho mayor que ella. Le gustaba hablar con sofisticación y era un buen narrador de historias, mucho más locuaz que el pobre muchacho que había pensado toda la semana en qué le diría a la adorable Lily Molyneux después de que había inducido a la señora de la casa para que lo colocara a su lado. Él no debió haberse molestado. Todas las miradas coquetas fueron para Dermot. Y cuando, después de la tercera fiesta que compartieran, él aún no le había pedido bailar con ella, Lily decidió hacerlo en su lugar.

Sabía que eso no se hacía, pero ya le importaba un comino. Estaba muy hermosa con aquel vestido de seda color verde limón, que tenía una acampanada falda de tul. Se tocó los rizos negros y se humedeció los labios rojos con la lengua, y abriéndose paso entre los invitados, le colocó una mano sobre el brazo.

—*Sir Dermot*, usted me interrumpió en mi fiesta para bailar, de modo que siento que es bastante apropiado que yo le devuelva el cumplido y le pida bailar ahora.

Dermot bajó la vista para mirarla, abarcando su belleza, juventud y los engañosos e inocentes ojos de zafiro. Había conocido a miles de mujeres y conocía la existencia de problemas cuando los miraba. Le sonrió y dijo:

—¿Por qué no?

Un estremecimiento recorrió la columna de Lily y él la miró. Dermot tenía ojos

de conocedor que ella jamás había visto en otro hombre. Era una mirada ardiente e inquisitiva, que la dejó hechizada y llena de emoción. Incluso Finn, con sus ojos suplicantes y adoradores, jamás la había mirado así.

—El baile anterior a la cena, *lady Lily* —le dijo con una reverencia formal. Y luego se volvió y se alejó para pedirle el baile siguiente a la anfitriona.

Lily miró su tarjeta de baile. Había tachado el nombre del muchacho que ella tenía como pareja para bailar antes de la cena y había anotado el de él. Su espíritu se elevó como si fuera *soufflé* recién hecho. No sintió piedad por el joven desechado. Dermot Hathaway la acompañaría a la cena.

Dermot no tenía verdadero interés en cenar con una mujer tan joven como Lily, por más hermosa que esta fuera. Solo lo hacía para atrapar a la mujer que él verdaderamente perseguía. Esta era casada, atractiva, conocedora y sensual. A él le gustaba este tipo de mujeres. Hasta el presente ella se había resistido a sus insinuaciones, pero sabía que estaba interesada y también él sabía que la mejor forma de ganar la atención de una mujer era fingir indiferencia. Era especialmente adicto a utilizar a una mujer como arma para conseguir a otra y, esta noche, la espléndida joven Lily Molyneux sería su arma.

Sintió que Lily se estremecía cuando la rodeó con los brazos para bailar. La miró burlón y le dijo:

—¿Tiene frío querida? —Y Lily pensó que se moriría del rubor, mientras él la hacía girar en el vals con maestría. Ella sabía bailar muy bien, con gracia y seguridad y se alejó de él, tratando de concentrarse en la música y no en la cercanía de su pareja.

—Me temo que me ha provocado un problema —le dijo ella cuando cesó la música y él la tomó del brazo para llevarla hasta la mesa—. Me costó tanto convencer al hombre que había creído que me acompañaría en la cena, que casi me había olvidado de que ya se lo había prometido a usted. Ahora, me temo que he perdido un amigo.

Él se encogió de hombros sin prestar atención.

—No importa. Usted tiene otros miles de amigos. Se dice que es la joven más popular de la temporada.

Ella bajó la mirada con modestia.

—Oh, todo eso es pura tontería. Y, además, es algo infantil. Ahora ya no lo tengo en cuenta.

—¿Es eso cierto? —le preguntó secamente.

Ella se volvió a morder el labio, mirándolo con ansiedad. Pero Dermot no se estaba riendo de ella. En realidad, ni la miraba. Sus ojos estaban fijos en los de la mujer casada que estaba parada sola junto a la puerta del comedor. Lily los miró, con la boca que se le abría en gesto de desmayo, pero entonces, tan pronto como si jamás hubiera sucedido, Dermot la condujo a la mesa.

—¿Podemos comprender entonces que como ya no se interesa por las cosas

infantiles, ya no devora postres? —le preguntó, mirando las enormes mesas con platos dorados llenos de salmón rosado y de langostas color coral, langostinos anaranjados y brillantes ostras; platos de plata llenos de faisán, gallina y cordero con especias; cornucopias de cristal rebosantes de frutas, coloridas jaleas y confituras con aspecto de encaje hecho de azúcar, chocolate y crema.

A Lily se le hizo agua la boca cuando miró aquello. Estaba muerta de hambre y sintió que podría haberse comido todo. En lugar de ello, dijo con el más aburrido tono de una adulta:

—Quisiera una copa de champán.

Dermot llamó a uno de los criados que tenía las bebidas, luego apoyó los codos sobre la mesa, observándola cómo ella se tomaba de un sorbo la copa. Lily dijo que le gustaría tomar otra y el criado dejó la segunda copa sobre la mesa, delante de ella.

—¿Es este el sustituto del chocolate? —le preguntó Dermot, aburrido con la idea de estar a cargo de una jovencita que estaba a punto de ponerse algo ebria.

Lily golpeó con furia con la copa sobre la mesa y la bebida salpicó por los bordes.

—Jesús, Dermot Hathaway —exclamó con rabia—, ¿por qué me acompaña a cenar si me odia?

Él arqueó las cejas con sorpresa. De modo que, después de todo, la hermosa princesa de cuento de hadas tenía otro lado oculto de su personalidad.

Le dijo:

—Mi querida Lily, le pedí que viniera a cenar porque usted es la mujer más hermosa de este salón.

Cientos de hombres ya le habían dicho aquello, pero esta vez todo lo que ella pudo decir nerviosa fue, «Oh».

—Estoy seguro de que su padre puede esperar un muy buen matrimonio para usted —le dijo con suavidad—. Cualquiera hombre se sentiría orgulloso de poseer a una mujer como usted.

—Oh —volvió a decir Lily. Los labios se separaron y los ojos se abrieron de la sorpresa. Había pensado que estaba perdiendo su lucha por ganar su atención, en especial cuando había visto que aquella mujer y Dermot trababan sus miradas como dos gladiadores en batalla. Pensó que tal vez era debido a que ella estaba actuando más como adulta, bebiendo champán y tal vez pretendiendo ser distante, por lo que finalmente había atraído su atención. Ahora, él sabía que ella era también una mujer.

—Iré a traerle comida —le dijo—. Por mi experiencia, dos copas de champán, una mujer joven y un estómago vacío no concuerdan.

Ella lo observó alejarse excitada, pensando que después de todo era amable y considerado. Aunque deseó que él dejara de llamarla «jovencita» cuando ella se sentía tan adulta como la mujer a la que él le estaba hablando en ese preciso instante. La misma, se dio cuenta con celos, que lo había mirado con tanto sentido de posesión hacía solo un instante. Pero no era nada, solo un intercambio de palabras, mera amabilidad, estaba segura, y entonces Dermot regresó con un criado que traía una

bandeja de comida.

—Jesús —dijo burlona—. Tengo tanto apetito que me comería un caballo.

Los prominentes ojos oscuros de Dermot recorrían sin descanso el salón y él ni tocó su comida, aunque Lily casi ni lo notó. Su lengua e inhibiciones se vieron liberadas después de la tercera copa de champán que insistió en tomar, y así conversó alegremente sobre Ardnavarna y sus caballos.

Los ojos de él descansaron por un momento sobre ella y le dijo con un asomo de interés:

—Me he enterado de que usted es buena amazona, Lily. Casi tan buena como su padre.

—¿Le dijo Pa eso? —le preguntó con ansiedad.

—Creo que fue su hermano.

—Oh, William. —Ella se encogió de hombros, levantándose el corpiño de satén cuando este se bajó peligrosamente de sus pechos—. Él no es bueno con los caballos. Jamás lo será.

—Dentro de dos fines de semanas voy a ofrecer una cacería —le dijo de pronto—. Sus padres están invitados. ¿Por qué no viene con ellos? Podría llegar a divertirse.

Los enormes ojos azules brillaron llenos de emoción y de triunfo.

—Oh, seguro que lo haré.

La música había vuelto a comenzar en el salón de baile y ella vio al muchacho al que le había prometido el siguiente baile parado junto a la puerta, mirándola.

—Oh, maldición, maldición —murmuró cuando este se acercó a pedirle que bailara.

—Gracias por el placer de su compañía, Lily. —Dermot la tomó de la mano, pero en lugar de hacer la reverencia adecuada, se la llevó a los labios y Lily sintió que el mundo estallaba en mil estrellas cuando el temblor de excitación fue de la boca de él hasta el pecho de ella. Los ardientes ojos oscuros de Dermot la quemaron durante unos segundos y luego con una reverencia desapareció.

Minutos más tarde, lo vio en una interesada conversación con la hermosa mujer rubia. Y luego ya no volvió a verlo por el resto de la noche.

A medianoche, mareada por el champán y con un profundo dolor de cabeza, le dio las buenas noches a la anfitriona de la fiesta y lentamente subió las escaleras hasta la habitación del segundo piso. Las lámparas estaban encendidas y la criada la estaba esperando para ayudarla a desvestirse y a colgar sus ropas. Lily se lavó la cara con agua helada que estaba en una jarra y se sostuvo una compresa contra la cabeza, a fin de detener los latidos. Se quitó de un tirón el resto de sus ropas y se colocó un camisón de franela que Mami siempre insistía en que usara, ya que, a pesar de los fuegos que siempre ardían en el hogar, las casas de campo irlandesas eran muy frías.

Abrió la ventana y asomó por allí la cabeza, respirando grandes bocanadas de aire helado. Luego, sintiéndose más fuerte, volvió al acogedor hogar y tomó un pequeño libro encuadernado en cuero con poemas de lord Byron. Pasó varias páginas pero en

realidad solo pensaba en Dermot. Sencillamente no podía olvidarlo: arrojó el libro a un lado y gruñó de desesperación. Este hombre estaba destinado a perseguirla por el resto de su vida; sabía que sería así. Recordó que no lo había visto después de la cena. ¿Se habría sentido tal vez descompuesto? ¿Tal vez estaría solo en su habitación, justo al final de corredor dónde estaba la de ella? Miró el libro de poemas. Qué mejor excusa que llevarle un libro en caso de que no pudiera dormir.

Sin detenerse a pensar se puso una bata azul, tomó el libro de poesías y abrió la puerta. El pasillo era muy largo, y las velas ardían en apliques de pared, arrojando misteriosas sombras. Miró ansiosa hacia los lados. Los sonidos de música y risas flotaban débiles sobre las escaleras, pero los criados aún estaban de servicio y aquí arriba todo estaba en calma.

Cerró la puerta con suavidad detrás de ella. Sabía que la habitación de Dermot estaba al otro lado del corredor, cuatro puertas más allá, ya que se había tomado el trabajo de averiguarlo. Echó una mirada llena de aprensión sobre su hombro y golpeó a la puerta, preguntándose qué haría si la encontraran llamando a la puerta de un hombre en medio de la noche. No hubo respuesta y ella volvió a golpear. De pronto, oyó pasos en las escaleras. Miró asustada hacia su propia habitación, pero no tuvo tiempo de alcanzarla. Abrió la puerta de Dermot, entró y la cerró rápidamente. Se apoyó contra ella, con los ojos cerrados y el corazón aún latiendo con fuerza. Y luego los volvió a abrir y vio a Dermot.

Él estaba de pie junto a la cama observándola. Se había quitado la camisa y ella notó el vello rizado que le cubría todo el pecho. Entonces, también vio a la mujer rubia tendida, desnuda como la escandalosa *Olimpia* de Manet.

El libro de poemas que tenía en la mano se le cayó al piso con un golpe.

—Oh —dijo boquiabierta—. Oh, oh... —Y entonces se volvió y salió corriendo por la puerta, sin importarle quién podría llegar a verla.

El sonido de risas burlonas la persiguió por el pasillo y ella se apretó las manos contra los oídos para no oírlas, recordando la diversión reflejada en los ojos de la mujer que yacía desnuda, sin importarle quién la veía en la cama de Dermot Hathaway. Y el brillo extraño, concedor en los ojos de Dermot mientras él las observaba.

Se apresuró a entrar a su habitación y cerró la puerta de un golpe. Las lágrimas le surcaban el rostro cuando se arrojó sobre su cama.

—Jesús, maldición, maldición, maldición —rugió, golpeando con los puños la almohada. Simplemente sabía que jamás se olvidaría de aquella escena. Y de aquellas risas tan crueles. Y de la mirada en los ojos de Dermot. Jamás. Jamás. Jamás.

Capítulo 20

El día anterior a que fueran al castillo Hathaway para la cacería, lord Molyneux sufrió un ataque de gota. *Lady Nora* dijo que ella debía permanecer en la casa con él ya que este, cuando estaba enfermo, se comportaba como un oso rabioso y ella era la única que lo podía manejar y que, por lo tanto, la visita debía ser cancelada. Lily se sintió desesperada. A pesar de lo que había sucedido, anhelaba volver a ver a Dermot, pero su madre se negó con firmeza. Sin embargo, cuando ella protestó con mohínes de enojo y estampando el pie en el suelo, diciéndole a su Pa que deseaba más que nada en el mundo ver el famoso castillo y que se sentía muy molesta, él finalmente consintió en dejarla ir. Debería llevar a su vieja niñera como acompañante, y Finn iría adelante con los caballos.

El castillo Hathaway se erguía sobre la cima de una colina, junto al océano, en el condado de Clare. Hacia el este, miraba las llanuras y valles donde, durante siglos, los guerreros Hathaway habían podido espiar a los enemigos que se aproximaban a sus tierras.

La fachada occidental del castillo daba al océano y los vientos del Atlántico barrían todo el lugar y algunos de los invitados decían, temblando, que penetraban las paredes del castillo, aullando como fantasmas cuando azotaban las tormentas del invierno.

Cuando bajó del carruaje, Lily deseó no haber venido, pero sencillamente no había podido evitarlo. Dermot Hathaway la miró con codicia como si ella fuera un salmón que saltaba del agua en primavera. Ella estaba enloquecida por él. Lo tenía en la cabeza, estuviera despierta o dormida. Él era diferente de todos los demás jóvenes que conocía y poseía la fascinación de lo desconocido. También de lo prohibido.

Siguió a uno de los criados por los largos corredores de piedra y a través de arcos, observando las finas alfombras persas y las armaduras que estaban en los pasillos, en exposición, en grandes vitrinas con puertas de vidrio. Su habitación, a la cual se entraba por una chirriante puerta gótica, era enorme y miraba por encima de los campos del castillo hacia el océano.

Abrió la ventana mientras su niñera deshacía las maletas, escuchando el sonido del océano que golpeaba contra las rocas y observando las oscuras nubes que se apilaban en el cielo ventoso. El clima no parecía prometedor, para la cacería de mañana y ella cruzó los dedos, rezando por que la tormenta se disipara, ya que deseaba con determinación demostrarle a Dermot Hathaway cuán buena amazona era.

La tormenta comenzó a las ocho en punto, justo cuando veinte huéspedes estaban reunidos para beber una copa antes de la cena. Había fuego en los enormes hogares de piedra, que se encontraban a ambos extremos del salón, mientras que a lo largo del lugar había diseminados unos braseros con carbón para proporcionar algo más de

calor, mientras los vendavales del Atlántico silbaban a través de los tirantes del techo, resonando en las chimeneas y enviando un chaparrón de lluvias contra las ventanas.

Los invitados, agrupados en sofás cerca del fuego, conversaban sobre cuán «elemental» era el castillo Hathaway y discutían sobre las posibilidades de la cacería del día siguiente.

—No son buenas, me temo —les decía Dermot—. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que si nos quedamos en la casa, podremos divertirnos de alguna manera. Hasta que pase la tormenta.

Temblando con el frío del castillo, Lily estaba vestida con terciopelo de profundo color rubí, alto hasta el cuello y ajustado a la cintura, con mangas largas y una vaporosa falda.

Era la más joven del grupo y se sentía profundamente fuera de lugar sin sus padres. Hasta que se encontró sentada a la derecha de Dermot en la mesa de la cena y él le dijo:

—Es usted la mujer más adorable de la reunión.

Sintió que su espíritu se elevaba para luego rápidamente volver a entristecerse cuando él se volvió para hablarle, durante dos platos completos, a la mujer que estaba a su izquierda, ignorándola por completo. Podría haber llorado de tan enloquecida que se sentía por él. Pero sabía que llorar no le haría para nada bien. Debería jugar un juego más inteligente que aquel de golpear a sus rivales. Después de todo, se dijo a sí misma con determinación, ella estaba aquí con un propósito: echarle el lazo a Dermot Hathaway. Robárselo en sus narices a estas mujeres más experimentadas y hacer que él se transformara en un hombre honesto. Transformarlo en el «marido de Lily Molyneux».

Dermot vino a sentarse junto a ella en un sofá después de la cena. Podía sentir la calidez de su cuerpo y el débil aroma del agua de colonia. Sus ojos saltones la volvían a mirar de una manera extraña, como si fuera la única joven en todo el mundo con la que él deseaba estar. Pero ella todavía no estaba segura de eso. Todavía.

—Lily Molyneux —le dijo con suavidad—. ¿En qué piensa?

—Estaba pensando en lo maleducado que fue usted al no hablarme durante la cena —le replicó con enojo.

—Tiene bastante razón. —Él se acercó más y le dijo en un susurro—: y debo confesarle que no fue fácil ignorar una belleza joven como la suya. Pero es una jovencita peligrosa, Lily. Demasiado hermosa y seductora, además de demasiado joven para quedarse a solas con un hombre como yo. —Y entonces, con una sonrisa burlona, se retiró para organizar una partida de *bridge*.

Lily odiaba los juegos de cartas, de modo que rehusó jugar. Sabía que ellos jugarían durante horas y al quedar sola, dio las buenas noches y sobriamente se retiró a su habitación. La vieja nana conversó con ella mientras la ayudó a desvestirse sobre lo frío que era el castillo y de cómo odiaba ella el sobrenatural aullido del viento, sobre lo oscuros y tenebrosos que eran los corredores que llevaban a su habitación y

sobre cuán lejos se encontraba de la propia Lily, pero Lily casi ni la oía. Ella estaba demasiado ocupada en preguntarse qué había querido decir exactamente Dermot cuando dijo que ella era «peligrosa».

La nana la besó y se retiró a sus aposentos y Lily se acurrucó temblando debajo del cubrecamas. Sus pies helados presionaban contra una botella de agua hirviendo envuelta en un trozo de franela de color rojo. Miró fijamente el reluciente fuego de turba que ardía en el hogar, preguntándose cómo podría conseguir atraer la atención de Dermot durante más de dos minutos. Cuando por fin estaba entrando en un sueño con el sonido del viento aullando aún en sus oídos, recordó que Dermot le había dicho que era hermosa y seductora. La única vez que él no pensó en ella como en una jovencita. De modo que decidió que debería obligarse a crecer rápidamente. Al instante, en realidad.

A la mañana siguiente, Dermot se levantó, se vistió y bajó a los establos antes del amanecer, comprobando el estado de los nerviosos caballos. Observó el cielo gris para ver si tendrían buen tiempo.

—Lloverá y estará resbaladizo, señor, incluso si el tiempo mejora —le advirtieron. Dermot era un hombre activo e inquieto, ávido de un día de deporte y decidió rápidamente que los hombres cazarían, pero que las mujeres permanecerían en la casa.

Con rabia, Lily los observó partir. Privada de su oportunidad de demostrar cuán temeraria era sobre un caballo, se sentó en la sala escuchando los chismes de las otras invitadas, contestando con amabilidad las preguntas sobre su presentación en sociedad y sobre los amigos mutuos con moroso desinterés. Pasó la tarde en la biblioteca, inspeccionando los estantes que parecían no haber sido tocados durante siglos, observando con frecuencia por la ventana para ver si los cazadores regresaban. Pero la tarde pasó y aún no había señales de ellos. De mal humor, regresó a su habitación. Con los codos apoyados sobre el hueco de la ventana, miró a lo lejos, hacia el cielo gris plomo, pensando en Dermot.

Oyó a alguien en el corredor y, con esperanzas de que fuera él, corrió hasta la puerta para espiar. Una diminuta criada, de no más de trece años, vestida con un vestido a rayas azules y delantal de lino blanco, la miró. Llevaba una enorme jarra esmaltada llena de agua caliente. Lily le preguntó adónde la llevaba.

—A la habitación de *sir* Dermot, mi señora —le respondió nerviosa.

—¿A la habitación de *Sir* Dermot? ¿Dónde está?

—El cuarto del señor está en la torre, mi señora. —Ella le señaló el final del pasillo.

Sin detenerse a pensar tomó la jarra de las manos de la muchacha.

—Esto es demasiado pesado para ti. Yo misma la llevaré.

—Oh, mi señora, usted no puede hacer eso —gritó la muchacha—, es mi trabajo. —Pero Lily ya caminaba con decisión por el pasillo, derramando agua de la jarra encima de las valiosas alfombras. Se sintió sobrecogida de curiosidad por la

habitación de Dermot y por las pistas que podría ofrecerle acerca de la personalidad de su dueño. Nadie iba a impedir que lo averiguara.

La puerta era dos veces más alta que ella y tan pesada como si estuviera hecha de plomo. No golpeó, simplemente empujó con precaución y espió adentro. Sus ojos azules se llenaron de asombro cuando vio la cantidad de alfombras de seda que cubrían el suelo, docenas de ellas echadas aquí y allá como si fuera un cubrecamas hecho de parches; y las altas ventanas, engalanadas con cortinajes de terciopelo color ciruela oscuro. La gran cama tenía cuatro postes, todos tallados y estaba cubierta por un baldaquino de rico brocado color rubí, todo festoneado en oro. Sobre esta, había una piel de lobo que colgaba y una maciza mesa corría a lo largo de una pared, donde se encontraba una botella abierta de *whisky*.

La habitación parecía vacía y ella respiró con alivio de que su viaje de espía pasara inadvertido. Las suaves alfombras amortiguaban las pisadas cuando ella, de puntillas, cruzó la habitación. La puerta del vestidor se abrió de pronto. Dermot estaba allí, medio desnudo, llevándose un vaso de *whisky* a los labios. Ella lo miró, como si fuera un conejo hechizado, con su torso desnudo, con los pantalones de montar todavía puestos, tan ajustados como si fueran un guante, con los fornidos hombros y los muslos poderosos. Pensó que podría desmayarse por el puro aroma masculino que emanaba de él, mezcla de sudor, *whisky* y colonia.

Dermot la miró sin sonreírle. Había tenido un largo y ajetreado día de caza. El camino había sido traicionero, y el viento un bastardo que les golpeó como látigo los rostros y les había cambiado la huella, de modo tal que los sabuesos no habían sabido dónde se encontraban. El hielo en el viento los había hecho detenerse con frecuencia para beber tragos de sus petacas de alcohol; no había comido nada desde el desayuno temprano y había estado bebiendo sin parar todo el día. Estaba más que medio borracho y el *whisky*, que le golpeaba el estómago vacío, subía como fuego por sus venas.

No dijo nada, observando que Lily lo miraba de los pies a la cabeza. Vio que sus oscuros ojos azules se oscurecían y supo lo que ella sentía. Una sonrisa apareció en la comisura de sus labios. La pequeña ramera estaba en llamas por él y él lo sabía. Tomó la jarra esmaltada de sus nerviosos dedos y la colocó sobre el lavabo. Luego la tomó en sus brazos y la besó.

La boca de Dermot se sintió caliente en la de ella y el beso fue demasiado feroz, pero Lily deseaba más de aquello. Él, después de todo, no había sido inmune a ella. La amaba. Se ahogaba en sus brazos, perdida en el nuevo placer que le proporcionaba su propio cuerpo.

Con sus manos le recorrió la espalda y sus nalgas, presionándola con urgencia contra su cuerpo, haciéndola volver a sus sentidos. Ella colocó las manos sobre su pecho, empujándolo, pero él simplemente la levantó y la llevó a la cama.

—No —gritó aterrorizada—. Oh, no... Yo no quería venir aquí, solo deseaba traerle el agua... —Se deslizó de la cama al suelo y él la forzó a tenderse sobre la

alfombra.

—Tú deseas ser como la mujer con la que me viste —le susurró en el oído—. Por supuesto que sí, lo vi en la forma en que la mirabas, envidiando su desnudez, envidiando que ella estuviera conmigo... pequeña puta, ya has estado pidiendo esto durante suficiente tiempo. Y ahora lo tendrás. Oh, y te gustará, a las de tu tipo siempre les gusta. Puedo verlo a un kilómetro de distancia, olerlo inclusive, sentir el calor de ellas...

Estaba inmovilizada por el peso de su cuerpo, mientras él luchaba por quitarle el vestido. Ella gritó. Él se rio.

—Nadie te oirá —le dijo—. Esta es mi torre de marfil. Nadie viene aquí, ni siquiera los sirvientes, sin que se los llame. Estamos solos tú y yo, Lily, tú y yo...

Él se inclinó y le mordió un pecho, y esta vez ella volvió a gritar pero de dolor. «Oh, Dios, oh, Dios, qué estoy haciendo aquí», pensó con frenesí cuando él la obligó a abrir las piernas con su rodilla. Le levantó la falda y ella comenzó a llorar cuando le quitó la ropa interior.

—No... oh, no, por favor, no lo haga. Si me ama, no lo haga —le susurró.

—¿Amor? —se volvió a reír, sosteniéndola allí contra el suelo.

«Oh, Dios —pensó Lily, recordando cómo ella se había reído de los caballos y los perros que había visto en los establos...— Oh, Dios, esto era mucho, muchísimo peor y era algo que no debería suceder. Era terrible. Era la peor de las cosas que ella alguna vez podría hacer».

Gritó de dolor y miedo, y seguía luchando cuando él la penetró. Dermot sonrió. La pequeña virgen burlona finalmente tenía lo que se merecía. Echó hacia atrás la cabeza gruñendo, con el rostro contorsionado en la agonía del placer. Y Lily permaneció quieta debajo de él, como si estuviera muerta.

Dermot se puso de pie y volvió al vestidor. Cuando regresó tenía puesta una bata de seda y el cabello peinado. Se sirvió otro vaso de *whisky* y se sentó al borde de la cama. La observó pensativo. Ella yacía con el rostro vuelto hacia el suelo, llorando, con unos llantos estremecedores que amenazaban con hacerla ahogar. Suspiró con remordimiento. Si no hubiera estado tan borracho y ella no hubiera sido tan provocativa, no la habría tocado. Pero ella había venido a su habitación en el momento equivocado y se había ofrecido al hombre equivocado. Ahora, debería sacarla de allí y asegurarse de que nadie se enterara. En especial su padre.

—Levántate, Lily —le dijo después de un rato.

Pero ella solo volvió el rostro hacia la suave alfombra de seda oriental y gimió.

—Levántate, te digo.

Su voz era suave, pero había un tono amenazador en ella y Lily lo miró aprensiva. Caminó hacia ella y la tomó de la mano, haciéndola poner de pie. Ella se tomó de la mano y él la sentó en el borde de la cama y le colocó el vaso de *whisky* en los labios, obligándola a beber.

Ella sintió arcadas cuando el alcohol le quemó la garganta y él le dijo con

irritación:

—Por el amor de Dios, no vomites aquí. Escúchame. Esta noche no bajarás a la cena. Te quedarás en tu habitación y yo haré que te envíen la cena allí.

Lily simplemente lo miraba. Los ojos estaban bien abiertos por la impresión. Dermot actuaba como si nada hubiera sucedido, como si todo fuera normal...

Comenzó a dar gritos histéricos y él la abofeteó varias veces. La cabeza golpeó hacia atrás y la mejilla le quemó. Ella lo miró, asombrada y enmudecida de repente.

—Pongamos esto en claro, Lily —le dijo—. Tú eres una jovencita muy misteriosa. Detrás de esos inocentes ojos azules yacen miles de pecados desconocidos y este será uno de ellos. Tú sabes por qué viniste aquí. Me has estado persiguiendo durante semanas, suplicando que te tocara. No puedes negarlo.

—No es verdad —lloró, asombrada—. Yo solo deseaba...

—¿Coquetear conmigo, Lily? Oh, vamos, tú sabes que no es verdad. Obtuviste lo que deseabas y, por el momento, yo también. Y ahí es donde queda esto. Tú mañana regresarás a casa y jamás volveremos a vernos.

Lily no estaba muy segura de los hechos de la vida, pero comprendía lo suficiente como para saber que lo que había sucedido lo hacía la gente casada y ahora el matrimonio era su única respuesta y salvación.

—Pero deberá casarse conmigo —lloró.

La mano de él salió disparada, esta vez para tomarla de la garganta. El rostro estaba lívido de rabia.

—Si ese era tu juego, querida Lily, entonces estabas muy equivocada. Y si crees que puedes ir a tu casa llorando y diciendo que te han «violado», entonces déjame informarte que si alguna vez le hablas a alguien de esto, entonces te mataré, Lily Molyneux.

La tomó de un brazo y la arrastró, tambaleándose por la habitación. Abrió la puerta y recorrió con la mirada el pasillo. Estaba vacío. Lily se dejó caer de repente. Él la levantó y la llevó a su habitación. Impaciente la echó sobre la cama.

—Haré los preparativos para que te marches mañana —le dijo, mirándola con brutal indiferencia—. Puedes darles mis excusas a tus padres y decirles que el tiempo estaba demasiado malo para cazar y que regresas con fiebre.

Salió de la habitación sin siquiera mirar a Lily que yacía sobre la cama mirándolo, demasiado impactada para llorar.

Después de un rato, se puso de pie y se quitó la ropa. Se miró con horror la ropa interior manchada de sangre. La nana no debía verla, no debía saber. Nadie jamás debía saber. Ella escondería todas las pruebas. Mentiría y pretendería, incluso para sí, que nada había sucedido y entonces, milagrosamente, todo volvería a estar bien. Seguro que sí. Debía estarlo. Debía estarlo.

Su cuerpo latía de dolor y ella temblaba de la impresión. Se colocó una bata cálida de lana y pidió agua caliente. Esperó, temblando, demasiado atontada como para llorar, a que la criada le preparara un baño delante del hogar. Luego se sumergió,

rezando porque el calor borrara la sensación, el olor y toda la cruel evidencia del cuerpo de Dermot Hathaway, de modo que pudiera volver a estar limpia. Pero aun después, inocente como era, supo que esto no era posible. Jamás volvería a ser la misma.

Jamás había oído la palabra «violación», pero sabía que era lo peor que podría sucederle a una mujer. Era impensable. Era algo que jamás se mencionaba en la sociedad, ni siquiera en el seno de la familia.

Pensó con desesperación que tal vez podría contárselo a su madre, pero desde luego no a su padre. Y Dermot Hathaway no la haría una mujer honesta, pero de todos modos ella ahora lo odiaba con tanta pasión como antes lo había admirado. Además, le tenía miedo. Tembló al recordar su amenaza de matarla. Solo deseaba irse, regresar a Ardnarnna, donde estaría a salvo.

Al día siguiente, llegó a su casa inesperadamente, en medio de una de las peores tormentas de la década y su madre se quedó impresionada al ver lo pálida que estaba. Colocó una mano sobre la frente de Lily y sintió que tenía fiebre. Le ordenó que fuera directamente a la cama. Pensó enviar a buscar al médico, pero la aterrorizada Lily le dijo que no deseaba verlo y corrió llorando a su habitación.

Su madre la miró con ansiedad, y luego envió a la vieja nana a que la cuidara. Ella se dirigió a su propia farmacia donde guardaba botellas de medicinas y de píldoras que les daba a los empleados de la finca, cuando caían enfermos. Mezcló una poción y se la llevó personalmente a su hija.

Lily estaba sentada en la cama, con un camisón de algodón de cuello alto. Tenía los ojos oscurecidos de tristeza y su rostro estaba tan blanco como el camisón. *Lady Nora* suspiró preocupada:

—Si mañana no te sientes mejor, enviaré a buscar al doctor O'Malley —le dijo con firmeza, dándole a Lily una cucharada de medicina, como un pájaro hembra lo haría con sus polluelos—. Recuerdo el castillo Hathaway; cuando soplan los vientos del Atlántico, no hay nada que pueda detener el silbido en aquellas antiguas paredes. No debería haberte dejado ir.

—¡Oh si te hubiera hecho caso, Mami! —gimió Lily, con las lágrimas que volvía a fluir de sus ya enrojecidos ojos.

—Querida Lily, ¿qué sucede? Cuéntale a Mami cómo te sientes. —La rodeó con los brazos y Lily se acurrucó en aquel abrazo seguro. Deseaba no volver a dejar nunca su Mami.

Ciel la observaba preocupada desde el asiento de la ventana. Cuando su madre se fue, se acercó para sentarse al borde de la cama de su hermana. Los ojos de Lily se encontraron con los de ella y de pronto rompieron en un torrente de lágrimas. Se echó sobre la cama, golpeando las almohadas, tapándose con la sábana para acallar los gritos que salían de su boca. Ciel la miraba, aterrorizada. Lágrimas de comprensión

saltaban de sus ojos y su boca estaba fija en una «O» de desilusión.

—Lily. Oh, Lily. ¿Qué sucede? ¿Qué ha sucedido?

Lily dejó de golpear y gritar. Se sentó y miró a su adorada hermana. Ciel era la única persona a la que siempre le había contado todo. Excepto Finn, pero él era diferente. Y, de todos modos, ella no podía contarle esto a él. Pero Ciel era demasiado joven e inocente, de la misma forma en que ella lo había sido hasta ayer. Sin embargo, si no le contaba su secreto a alguien, explotaría del horror de aquello.

Tomó a su hermana de las manos y en unas pocas palabras le relató lo que había sucedido. La inocencia de Ciel se vio embargada de conocimiento. Ella sabía lo que era el acto sexual entre los animales, aunque jamás había relacionado aquello con la gente. Y el semental que montaba a la yegua en el patio del establo no podía compararse con lo que le había sucedido a Lily.

—Oh, jamás lo diré, Lily, jamás —le prometió horrorizada—. Pero te pondrás bien, ¿no es así? Ahora todo terminó y si ninguna de las dos se lo decimos a alguien, entonces nadie lo sabrá. Y tú volverás simplemente a ser la que eras. Todos te aman, Lily. Absolutamente todos. Por supuesto que sí.

La besó, y la culpa y el horror se disiparon un poco cuando Lily se preguntó si podría estar bien. Tal vez, en unas semanas, se borraría de su mente, de la forma en que todos decían que sucedía con el tiempo. Y entonces, tal vez, podría volver a ser la popular debutante que fue. Solo que esta vez, ella aceptaría a aquellos hombres que fueran tras ella en forma más seria. Elegiría a uno con rapidez y haría la gran pareja que todos le predecían. La suya sería la boda del año y viviría feliz para siempre. Dejaría las fiestas, el baile y el coqueteo y viviría en paz con su marido en cualquiera de las grandes casas que tendrían. Tendrían hijos y ella sería una madre ejemplar, como su querida y adorada Mami.

Pero, de alguna forma, aun cuando lo planeaba de manera tan convincente, muy en su interior ella sabía que nada volvería a ser como antes. Y volvió a llorar por la niña simple e inocente que había sido.

Lentamente pasó un mes. Lily guardó mucha cama y rara vez se la veía abajo. Pa iba a visitarla preocupado. Ella se las arreglaba para sonreírle con cansancio y decirle que pensaba que su intensa vida social la había agotado y que sufría de cansancio.

—Entonces debes descansar, querida —le decía con afecto, acariciándole la mano y besando su pálida mejilla. Y enviaba a buscar libros y juegos a Londres para entretenerla; ordenaba colocar ramos de flores en su habitación y le daba instrucciones a su esposa para que le diera a Lily cualquier plato que pudiera tentar su pobre apetito.

Cuando finalmente Lily bajó, recorrió con cansancio los alrededores, yaciendo en el gran sofá de la biblioteca delante del fuego, pretendiendo leer mientras miraba con preocupación los leños del hogar. Luego, fue atraída por los establos y los ojos de

Finn O’Keeffe se iluminaron al verla. Una enorme sonrisa apareció en su rostro. Dijo:
—He estado preocupado por ti. Me dijeron que estabas enferma, pero nadie sabía de qué. ¿Te sientes ahora mejor?

Él era su amigo. Era tan simple, tan normal, familiar y sin exigencias, que Lily supo que jamás le haría daño. Pensó en lo complicada que se había tornado su vida y por primera vez deseó ser tan solo una campesina para poder estar para siempre con Finn.

—Vayamos a cabalgar —le dijo ella, pensando en hacer retroceder el reloj y olvidar lo que había sucedido.

El caballo se sintió como terciopelo debajo de ella y galopó a pelo por la playa. El viento le revolvió el cabello, el sol se reflejó en las olas y la arena dorada se levantaba hacia ella por el batir de los cascos. Después de todo la vida era buena.

Finn iba a su lado y ella lo miraba riendo. Ambos eran jóvenes y hermosos, despreocupados como el viento y felices hasta el delirio por la mutua compañía.

Detuvieron los caballos al final de la franja de playa y se miraron sin aliento, riendo por la pura felicidad del duro galope y del día adorable, además del hecho de estar juntos.

—Oh, Lily, te quiero de verdad —le dijo impetuoso Finn—. Te amo y siempre te amaré —él la miró con osadía—. Bueno ahora ya lo he dicho —dijo con un suspiro de alivio.

La sonrisa desapareció de los ojos de Lily tan pronto como el sol detrás de una nube. Ella había sabido que él la amaba, pero no como esto, no de la forma en que un hombre «amaba» a una mujer.

—Se suponía que tú eras mi amigo —le gritó con rabia—. Oh, oh, maldición. Maldito seas, ahora lo has arruinado todo.

Giró para regresar por la playa, dejándolo solo, observándola con tristeza.

De regreso a los establos, ella se bajó del caballo y corrió, llorando, de regreso a la Casa Grande. Daniel O’Keeffe lo miró con enojo cuando su hermano menor regresó al trote.

—¿Eres tú el que ha estado molestando a *lady* Lily? —le preguntó, preocupado de que Finn pudiera haber puesto en peligro el trabajo por segunda vez—. ¿No aprenderás jamás, tonto, a estar en tu lugar?

—¿Y dónde está? ¿*Mi lugar*? —Los ojos grises de Finn escupían rabia a su hermano, pero era con él mismo contra el que sentía aquella rabia.

—Tú sabes dónde está, con seguridad que lo sabes. Y yo también —fue todo lo que Daniel pudo decir. Y Finn pensó con amargura que su hermano tenía razón.

La vieja nana de Lily había estado con ella desde que era una recién nacida. Ahora, era su criada personal y no se le escapaba nada. Había pasado otro mes y los signos vitales que ella estaba esperando no se materializaban. Miró con preocupación

a Lily cuando salía del baño, observando con detenimiento el delgado cuerpo mientras lo envolvía en una vaporosa toalla blanca.

—Creo que, después de todo, deberemos ver al médico, *lady* Lily —dijo, frotándole con energía la espalda—. Hay algo malo con usted y deberemos descubrir qué es.

Lily le quitó la toalla de la mano. Corrió hasta el vestidor y cerró la puerta de un golpe, mientras la vieja mujer la miraba con tristeza, sacudiendo la cabeza. El rostro aterrorizado de Lily solo había confirmado sus peores temores. No había nada que hacer, excepto decírselo a su madre.

Lady Nora estaba en su salón privado haciendo tapicería. A veces pensaba que disfrutaba de estas semanas tranquilas a solas con su familia, lejos de la gran turbulencia social que la ocupaba la mayor parte del año. Ardnavarna era remota, y con una vida tan predecible y tranquila que había poco que rompiera la paz.

Se sorprendió cuando la nana golpeó la puerta y le dijo que sería mejor que hablara con su hija, «ya que hay algo que no está como debería estar, mi señora», le dijo. Ella le preguntó qué quería decir con aquello y cuando la nana se lo dijo se puso pálida de la impresión.

—Debe estar enferma —dijo sin aliento, ya que cualquier otra cosa era impensable. Y con preocupación llamó al doctor O'Malley.

Lily estaba tendida en la cama, como un cordero aterrorizado a punto de ser sacrificado, mientras el viejo y amable doctor O'Malley la revisaba. Le hizo unas pocas preguntas, pero ella volvió la cabeza sin querer contestarlas, y fue la nana la que debió dar las respuestas. Él sospechaba la verdad, pero la paciente se negaba a decir nada y no fue hasta que se hicieron varios análisis cuando se confirmaron los peores temores.

Lady Nora se sentó sola en su sala, pensando asombrada en su hija, preguntándose cómo pudo haber sucedido esta cosa tan horrorosa. ¿No había sido ella una buena madre? ¿No la había amado? ¿Preocupado por ella? ¿Protegido lo suficiente? Se había asegurado de que fuera acompañada a todas partes donde iba, de que estuviera solo con la gente adecuada. No podía pensar en nadie, en nadie en absoluto, que se aprovechara de su bella hija de una manera tan bestial.

Un sentimiento de terror le sobrecogió el corazón cuando pensó en lo que su marido diría cuando se lo contara, ya que debía decírselo. Se llevó una mano al pecho henchido de dolor, haciendo una mueca cuando este fue más fuerte. Con el rostro pálido, hizo sonar una campana para llamar a la criada para que le trajera un vaso de agua y entonces bajó la cabeza hacia su bonito trabajo de tapicería y lloró con amargura.

La joven criada se quedó parada en la puerta con la jarra de agua en la bandeja, con la boca abierta por la impresión. Dudó en el umbral, insegura de si entrar o no.

—Mi señora —le dijo con amabilidad—, ¿no se siente bien, señora? ¿Vuelvo a llamar al médico?

Lady Nora se sentó erguida. Se secó los ojos con un diminuto pañuelo de encaje y enderezó su espalda. Se suponía que las damas no debían mostrar sus emociones delante de los sirvientes y ella pensó con preocupación que toda la cocina se enteraría de esto en pocos minutos. Con la mano hizo un gesto de negación cuando se sirvió el agua y tomó un sorbo.

—Es solo un dolor que sentí en el pecho —le dijo a la preocupada muchacha—. Ahora estaré bien, gracias, Mollie.

Después de unos minutos, caminó por el corredor hacia la habitación de Lily. Su hija estaba sentada junto a la ventana, mirando los jardines barridos por la lluvia. No se volvió para mirarla, aun cuando sabía que su madre estaba allí.

—Lily, querida —le dijo con gentileza *Lady Nora*—. ¿Sabes lo que nos ha dicho el doctor? —Lily bajó la cabeza y no dijo nada—. ¿Te sientes mejor? —le preguntó, pero Lily aún no respondió. *Lady Nora* suspiró. La pena le embargaba el corazón cuando miró a su adorada hija—. Debes contarme lo que sucedió, Lily —le dijo—. Te prometo que no me enojaré contigo. Pero debo saber quién es este muchacho para que tu padre pueda manejar la situación.

—¿Pa? —Los impresionados ojos de Lily se encontraron con los de su madre—. ¿Quieres decir que se lo contarás a Pa? —Dos manchas de color aparecieron sobre sus pálidas mejillas cuando se dio cuenta de que su padre lo sabría—. ¿Mami, cómo puedes decir eso? —Lloró con desesperación—. ¿Cómo *puedes* decírselo a él?

Su madre sacudió la cabeza.

—A decir verdad, Lily —le dijo lentamente—, no sé cómo puedo contárselo. Solo sé que debo y que a fin de ayudarte, debo conocer la verdad.

—¡Y qué me sucederá entonces!

—Entonces deberás casarte con ese muchacho, Lily. Una boda discreta, un largo viaje al extranjero... un bebé prematuro. Podremos mantener el secreto de alguna manera.

El rostro de Lily no se habría puesto más pálido si esto hubiese sido posible. Se sintió descompuesta cuando pensó en Dermot Hathaway. Su padre haría que se casara con ella, pero Dermot había dicho que antes la mataría. Y de todos modos preferiría morir a casarse con esa bestia.

Miró en silencio por la ventana y *lady Nora* suspiró.

—Te lo ruego, hija —le dijo suavemente—. Díselo a tu Mami y te prometo que haré lo que pueda para ayudarte. Tú sabes cuánto te amo.

Lily negó con la cabeza, mirando la lluvia que barría sin piedad el vidrio de la ventana, como si fueran las mismas lágrimas que ella derramaba de noche.

—No puedo, Mami —le dijo preocupada. Y se negó a seguir hablando.

Lord Molyneux estaba en la biblioteca, fumando un cigarro y leyendo el diario. Su esposa se dejó caer con preocupación en el sillón que estaba en frente de él y este

la miró con sorpresa.

—Pareces cansada, querida —le dijo, con un destello de preocupación—. Pensé que el quedarnos en Ardnavarna sería para ti un buen descanso, pero supongo que es Lily la que te ha tenido preocupada.

El dolor le volvió a apretar el corazón, pero ella no le prestó atención. No había forma de evitar lo que ella debía decirle a su esposo y no dudó ante el deber. Fue tranquila, controlada y breve.

Él no dijo nada. Los ojos, azules como los de Lily, la miraron como si ella hubiera perdido la razón. Augustus Molyneux era un hombre corpulento, pero cuando se puso de pie con la rabia de un coloso, pareció sobrepasar su altura. *Lady Nora* se llevó una mano al pecho, deseando poder morir antes de ver a su adorado marido golpearla por romperle el corazón y hablarle de su descarriada hija.

Su rostro se tomó púrpura y luego gris; luego las piernas parecieron ceder y volvió a desplomarse en su sillón. Dijo:

—Dios querido, Nora, debe haber un error. No es verdad, no es posible. —Los ojos encontraron los de ella, suplicantes, y ella pensó que estaba a punto de llorar—. No Lily —susurró.

Ella dijo:

—Es verdad, Augustus, aunque desearía de todo corazón que no lo fuera.

Él se volvió a poner de pie y dio unos pasos hasta parar enfrente de la oscura ventana, mirando hacia afuera, como Lily, hacia el empapado paisaje, mientras su mujer le hablaba con presteza de la solución que ya le había dicho a su hija: un matrimonio rápido, un largo viaje al extranjero, un nacimiento prematuro...

—Deberás hablar con sus padres. Todo puede arreglarse, Augustus. Solo con que Lily nos diga quién es el padre.

Sin volver la cabeza, dijo:

—Haz que Lily venga aquí.

Lady Nora se puso de pie y fue hasta la puerta. Miró preocupada a su marido.

—Debes ser gentil con ella, Augustus —le dijo—. Recuerda su estado.

—Dios querido, Nora —rugió en agonía—, ¿cómo poder olvidarlo?

Cuando su madre le dijo que debía bajar para ir a ver a su padre que estaba en la biblioteca, Lily corrió en busca de Ciel. La encontró tendida delante del fuego junto con los perros, leyendo.

—¿Cómo puedes estar tumbada tan tranquilamente —le preguntó al borde del llanto—, cuando tengo que ir a ver a Pa y yo sé que él me matará?

Los enormes ojos de Ciel estaban llenos de lástima cuando corrió hacia su hermana.

—Oh, Lily, Lily. ¿Qué le dirás?

—¡Nada! —Los ojos de Lily brillaron de desprecio cuando pensó en Dermot—.

Jamás le diré nada, y nadie jamás hará que lo haga. Primero me mataré.

—No. No. Oh, Lily, por favor, no lo hagas. Yo te amo. Te ayudaré. Y tal vez Pa no se enoje tanto una vez que se acostumbre a la idea...

—Oh, Ciel —dijo Lily con una sonrisa de desesperación ante su ingenua hermanita—. Siempre fuiste una tonta optimista.

Se lavó la cara, se cepilló los negros rizos y se los ató con una cinta rosada. Se puso un viejo vestido de algodón color rosa y se limpió la puntera de sus embarradas botas en la parte posterior de sus medias de lana. Luego, incapaz de posponer por un minuto el encuentro, bajó despacio las escaleras para enfrentarse cara a cara con su padre y con su destino.

Ciel bajó corriendo los escalones, como siempre pegada a sus talones, pero no se atrevió a entrar esta vez a la biblioteca, cuando Lily golpeó y su Pa dijo, «Entra». Acercándose más, pegó su oreja a la puerta para escuchar.

Lord Molyneux estaba parado junto a la ventana, mirando hacia afuera y no se volvió para mirar a Lily. No podía permitir que ella viera su dolor. Le dijo:

—¿Qué tienes que decir, Lily?

Su voz sonaba distante, impersonal, como si estuviera despidiendo a un sirviente, y cualquier destello de esperanza que Lily pudiera haber tenido, se hundió como una piedra en el fondo de un estanque.

—Lo siento mucho, mi querido Pa —dijo en un susurro, bajando la cabeza. Sus embarradas botas sobresalían desde abajo de su vestido demasiado corto y ella deseó con amargura habérselas cambiado.

—¿Que lo sientes? ¿Y se supone que eso es suficiente? ¿El sentirlo te absuelve de las responsabilidades hacia tu familia? ¿Hacia tu nombre? ¿Hacia tu posición en la vida? ¿El sentirlo borra tu caída en desgracia?

Se volvió y se paró con las manos entrelazadas en su espalda, mirándola como si casi no pudiera creer que ella era su misma hija bienamada.

—Lily, te lo he dado todo —le dijo, y ella pudo ver su rabia elevarse como el vapor en una tetera hirviendo—. Todo lo que quisiste. Y tú me traicionas de esta manera.

—Oh, no, Pa, yo no te he traicionado... fue... fue... —No pudo pensar en nada que no fuera bajar la cabeza y volver a quedarse en silencio.

—¿Fue qué? —le exigió—. ¿Qué eres tú, Lily? Una campesina que no sabe nada. ¡Bah! Incluso las campesinas tienen valores morales. —Se paseó por el salón, controlando la rabia que ella aún podía ver. Se apretó las manos bien fuerte detrás de la espalda y ella se preguntó, aterrorizada, si la iba a golpear.

—Tu querida madre ha pensado en una solución —le dijo finalmente—. Me dirás el nombre de este bribón y, aunque esto signifique el tener que humillarme a admitir que mi hija no es mejor que una mujer de la calle, hablaré con el padre del muchacho. Tengo la intención de asegurarme de que se case enseguida contigo. ¿Queda claro, Lily?

Ella miró en silencio sus botas y él dijo enojado:

—Me parece que hay un solo defecto en este plan. Tu madre me dice que te niegas a dar el nombre del muchacho. Pero tú me lo dirás a mí, Lily, y en la semana te casarás. ¿Está claro?

Lily siguió mirándose las botas y no dijo nada. Se dijo a sí misma que jamás se casaría con Dermot, jamás. Ella lo había decidido cuando dijo que primero se mataría. Lo odiaba. Era una bestia. Con un estremecimiento de terror, recordó cuánto era el miedo que le tenía.

Su padre le dijo con tono de advertencia:

—Lily, te doy exactamente un minuto para que me digas el nombre. Si no lo haces, empaquetarás tus cosas y abandonarás de inmediato esta casa.

Levantó la cabeza y lo miró horrorizada. Él la miró implacable y luego sacó el reloj de su bolsillo. Lo abrió y comenzó a contar los segundos.

Lily buscó con desesperación algo que pudiera salvarla. Tal vez ella debería mentir, decirle el nombre de cualquiera de los cientos de muchachos que deseaban casarse con ella. Pero no funcionaría y lo sabía. Su Pa hablaría con la familia del joven y ellos la despreciarían como a una mentirosa y prostituta, de la misma forma que su propia familia lo hacía. No. No había otro camino, debía ser alguien por debajo de su nivel social, con el cual su padre jamás soñaría en casarla. El nombre vino a ella como un rayo de esperanza caído del cielo.

—Fue Finn O’Keeffe —dijo.

Fuera de la biblioteca, Ciel se llevó una mano a la boca para no gritar. Su oído estaba pegado a la puerta cuando oyó a su padre decir lentamente, con una voz cargada de rabia:

—¿Quién has dicho que fue, Lily?

—Fue Finn O’Keeffe, el muchacho de la cuadra.

—Dios querido. —El rugido de furia de su padre pudo haberse oído en los mismos establos, y Ciel dio un salto alejándose de la puerta, llena de terror—. Lo mataré —gritó el padre—. Mataré a ese sucio bastardo...

Ciel no esperó a oír más. Corrió tan pronto como pudo por el corredor, atravesó la puerta verde, las dependencias del mayordomo y las cocinas, salió por la puerta trasera y tomó el atajo hacia los establos. La lluvia la empapaba y los perros chapoteaban en el barro a su lado, pero ella ni siquiera lo notó. Debía encontrar a Finn O’Keeffe antes que su padre lo hiciera.

Debido a la lluvia, los establos estaban en silencio y solo uno de los muchachos estaba de servicio. Ciel se montó de prisa sobre el *pony* sin ensillar, y salió al patio empedrado, pasó por el arco de entrada y bajó por el sendero que conducía a la cabaña de los O’Keeffe.

Daniel abrió la puerta. La observó asombrado. Sus rizos pelirrojos se aplastaban contra su cabeza, los ojos sobresalían bien abiertos llenos de terror y el rostro tenía un color grisáceo.

—¿Qué sucede, Ciel? —le gritó—. ¿Ha habido algún accidente en la Casa Grande?

Ciel negó con la cabeza; comenzó a llorar.

—Oh, no. No. Es Lily. Ella está esperando un bebé y le dijo a Pa que es de Finn y ahora él viene a matarlo. Debes escapar, Finn —le gritó—. Pa lo hará. Él tiene un arma. Debes irte ahora.

Daniel se lanzó sobre su hermano, lívido de rabia.

—¿Es eso verdad? —le gritó, agarrándolo de la garganta—. ¿Que tú eres el padre del hijo de la señorita Lily?

Una daga de dolor traspasó el corazón de Finn, dejando una herida de la cual él sabía que jamás se recuperaría. Su adorada, hermosa, perfecta Lily lo había traicionado. Le había mentado y engañado. Se había metido en problemas con uno de sus amiguitos y ahora él debía morir por ello.

—No es verdad —gritó, dando un empujón a su hermano y asiendo con fuerza a Ciel, listo para matarla por lo que había dicho. Pero era a Lily a la que deseaba matar. Deseaba estrangularla con sus manos—. Si fuera verdad —dijo, liberando a Ciel—, aceptaría con gusto el castigo. Pero no es verdad, hermano. Ese niño no es mío.

—Oh, Finn, Finn, por favor, vete a prisa —lo urgió Ciel—. Pa estará aquí en cualquier momento.

—¿Cómo pudo Lily hacerme esto? —gritó.

—No lo sé —dijo indefensa—. Todo lo que sé es que debes huir.

—Que Dios nos salve —gritó Daniel frenético—. La niña tiene razón. Debemos escapar, Finn. Debemos colocar un océano entre nosotros y la ira del amo, ya que es seguro que jamás dejará de buscarnos. —Tomó la chaqueta y empujó a su hermano para que saliera por la puerta—. Dile a nuestro padre que nos hemos marchado —fue todo lo que le dijo a Ciel cuando los dos ya corrían por el sendero. Saltaron un seto y corrieron a campo abierto hacia los bosques.

Ciel los observó hasta que se perdieron de vista y luego volvió a montar el *pony*. Tomando la ruta de los campos para no encontrarse con su padre que venía a matar a Finn, regresó a la Casa Grande.

Capítulo 21

Lord Molyneux no encontró a Finn, pero todo el mundo en kilómetros a la redonda supo que había salido a buscarlo con un arma. Todos sabían que había ido por él y conocían la razón. Los rumores corrieron como el agua; desde los sirvientes hasta los mozos de la cuadra, los granjeros, los pescadores y sus esposas sabían que Lily Molyneux había declarado que Finn O’Keeffe era el padre del hijo que estaba esperando. Y ninguno de ellos lo creía.

—Finn O’Keeffe idolatraba a esa muchacha —decían—. Habría matado a cualquiera que le pusiera una mano encima. Y Finn, a pesar de toda su seducción, conocía su lugar. Él jamás, jamás hubiera sido tan loco como para aprovecharse de la hija de su amo, no importaba lo enloquecido que estuviera por ella.

En la taberna hablaban con enojo contra ella, cuando Paddy O’Keeffe, a quien habían echado de la cabaña donde había nacido y vivido toda su vida, ahogaba sus penas en el alcohol. Era *whisky* que ya no pudo pagar, ya que no tenía trabajo ni a sus dos hermosos hijos que cuidaran de él en su vejez.

Nadie se sorprendió cuando unos días más tarde Paddy O’Keeffe se levantó y se marchó sin rumbo, perdiéndose en algún lugar donde nadie lo conociera y nadie hubiera oído que tenía un hijo llamado Finn. Y pasados unos meses se enteraron de que su cuerpo había sido encontrado junto al camino en Westport, a kilómetros de distancia.

Lily no quiso creer cuando su padre le dijo, con una voz distante y fría, que ella debía marcharse y jamás regresar.

—Irás con tu tía Mallow a Cork —le dijo dándole la espalda, mirando por la ventana para no tener necesidad de enfrentarse a aquel rostro hermoso—. Saldrás en el primer barco para Boston y desde allí viajarás hasta la casa de un pariente lejano, un primo que vive en Nueva Inglaterra. Tus maletas estarán listas en cualquier momento. Te llevarás lo que quepa en dos baúles y la suma de cincuenta libras. Tu primo te cuidará hasta el parto. —Él tartamudeó para pronunciar esta palabra; luego hizo una pausa para volver a tener control—. Después de eso, seguirás el camino que desees en el mundo. Pero una cosa está clara, Lily. Una está muy clara —repitió sin remordimiento—. Jamás regresarás a Ardnarnna.

Lily seguía sin poder creerlo cuando vio que sus dos baúles ya estaban preparados esperándola en el recibidor; no lo creyó cuando su madre y hermana se arrojaron llorando a los pies del padre, implorándole que la perdonara y él no lo hacía. No lo creyó cuando las cortinas se cerraron y los espejos se cubrieron con telas negras, como una casa de luto. No creyó la pena y el terror en el rostro de su madre, ni los

gritos implorantes de Ciel, cuando su padre arrastró a la madre hasta su habitación y la encerró para que no pudiera ver partir a su hija.

Lord Molyneux se encerró en la biblioteca, bebiendo *whisky* con una mano trémula mientras las ruedas giraban en la grava, llevándose a su adorada hija, a la hija de sus sueños, lejos para siempre. Luego, hundió su cabeza entre sus manos y gimió con desconsuelo.

A los criados se les había prohibido mirar cuando partía y se habían congregado en la cocina. Las mujeres que gemían se arrojaban sus delantales sobre la cabeza y los hombres permanecían con rostros sombríos y silenciosos.

William estaba lejos en el colegio, y solo Ciel vio a Lily partir. Se subió a la ventana de su dormitorio y bajó por el árbol que se alzaba junto a esta. Corrió desenfrenada por el sendero, detrás del carruaje, gritando el nombre de su hermana, rogándole al cochero que se detuviera. Él miró hacia atrás y la vio; entonces azuzó con el látigo los negros caballos para que aceleraran el paso.

—Lily —gritaba Ciel con el corazón destrozado—. Oh, Lily. Regresa. Por favor, regresa. —Pero Lily no podía oírla.

Todos en kilómetros alrededor sabían lo que sucedía, y se alinearon a lo largo del camino mirando a Lily, la traidora. La conocían y amaban de toda su vida, pero ahora el desprecio se reflejaba en aquellos rostros sombríos e inexpresivos, en aquellos ojos fríos como la piedra.

—Todo irá bien —se dijo Lily temblorosa—. Pa vendrá a buscarme en cualquier momento. —Las rosas de su extravagante sombrero se movieron cuando alzó airoso la cabeza, mirando a todos para que supieran que ella no tenía miedo. Pa jamás la enviaría lejos... jamás... solo la estaba asustando hasta que ella recuperara el sentido o él el suyo...

Sin embargo, el carruaje ya había llegado a la curva del camino y su padre aún no había aparecido. Todavía a esta distancia ella oía a los perros aullar y miró hacia atrás con desesperación, buscando a su padre. Pero Ardnarna estaba toda cerrada y silenciosa. Y su adorado Pa no venía al galope a rescatar a su «querida niña».

Echó hacia atrás la cabeza y gimió también, con tanto dolor como el aullido de los perros. Ya que ahora sabía que era verdad. La echaban de su paraíso. Jamás volvería a ver a Ardnarna.

Maudie.

Miré a mi audiencia de dos jóvenes y vi que había lágrimas en los ojos de Shannon. Sabía lo que estaba pensando.

—Tienes razón en sentir lástima por ella —le dije—. Fue violada por un hombre sin escrúpulos, un aventurero sexual que debería haber sabido que ella era diferente de las mujeres a las que estaba habituado. Ella era simplemente una niña que no sabía

lo que hacía hasta que fue demasiado tarde. Toda su vida cambió por ello, y ya nunca volvió a ser la alegre niña que fue.

Suspiré, sintiendo lástima por ella cuando hice a un lado a los perros y me puse de pie, alisándome mi falda de chifón.

—Es hora de ir a la cama, queridos —les dije—. Y mañana, después de la cena, os contaré lo que sucedió después.

Capítulo 22

Maudie.

Arnavarna.

La noche siguiente yo vestía un vestido de Dior color azul zafiro, coquetamente corto a la rodilla, adorablemente escotado con una boa de plumas que colgaba de mis hombros, escondiendo mi pecho enjuto. Me puse los enormes pendientes de zafiros que habían pertenecido a Mami y me sorprendí cuando Eddie me aseguró que, si los vendiera, podría vivir el resto de mi vida sin ningún problema a costa de lo que ¡ellos me producirían! Y Shannon exclamó qué verdadera elegancia poseía y cuán bonitas eran mis piernas, además de que mi perfume le resultaba muy familiar.

—L’Heure Bleue de Guerlain, mi querida niña —le dije cuando me preguntó—. Fue todo un furor cuando yo era una jovencita. Y Jicky y Shalimar. Pero L’Heure Bleue, un nombre tan travieso, fue siempre mi favorito. Tal vez debido a que yo disfrutaba lo que significaba demasiado a menudo, que resultaba bueno para mí.

Eddie se rio.

—Díganos lo que significaba, Maudie —me animó.

—Bueno, por supuesto fueron los malvados franceses los que le dieron el nombre. Se supone que significa la hora azul de la noche, cuando los hombres se entretienen con sus amantes, después de la oficina y antes de regresar a sus hogares con sus esposas. Supongo que los franceses no fueron los únicos que lo pensaron, pero ellos fueron los que le dieron al perfume un nombre por ese hecho.

—Me siento simple junto a usted, Maudie —se quejó Shannon—, con mi vestidito negro.

—Y el collar de diamantes de Lily —dije.

—Papá dijo que «era una especie de herencia de familia» —usó las palabras exactas—. Y que yo debería cuidarlo.

—Por supuesto que deberías, querida niña —dije—. Es una pista vital. —Traté de mostrarme misteriosa y Edward me sonrió, sirviendo las copas de champán.

—Lo sé, lo sé —se rio—. Pero deberemos esperar para averiguar la razón.

—Oh, querido, me temo que conoces mi juego, como vosotros los norteamericanos diríais. —Sorbí mi champán, dejando exhalar un pequeño suspiro de alivio—. Querido muchacho, sírvete a Brigid, ¿sí? A ella le encantan las burbujas y sabe diferenciar el bueno del mediocre. Siempre después de una fiesta compartimos una copa de champán. No puedo agradecerte lo suficiente, querido Edward, una exquisitez como esta. Y has tenido que ir hasta Galway para encontrarlo.

—Es un placer, señora.

Me volví hacia Shannon.

—No es que te mantenga sobre ascuas —le dije—. Simplemente debéis conocer toda la historia, todos sus secretos, para que tenga sentido. Aunque yo misma no sé, querida niña, cómo te ayudará a encontrar a quien mató a tu padre. Pero yo creo que la verdad siempre se esconde debajo de una docena de velos de secretos diferentes, y tú debes levantar cada uno para encontrarla. De modo que después de la cena continuaremos con Lily y el pasado.

Brigid, redonda y vestida con su mejor vestido negro y los calcetines blancos, calzada con botas de tacones altos, se ruborizó cuando Edward hizo un brindis por ella.

—Por Brigid, la mejor cocinera de este lado del Atlántico. Reina de la cocina y sin quien Ardnavarna no sería la misma.

—Así es, así es —asentí—. Por mi querida Brigid, sin la cual yo no sería la misma vieja tonta que soy.

—Puedo beber por eso —dijo malvadamente, tomando de un sorbo la copa de champán.

—Cuida tus modales, mujer —le dije—. Se supone que debes beber despacio el néctar dorado y tomarte tu tiempo.

—No con mis langostas listas para la olla —respondió dirigiéndose a la cocina.

—Cuidado con no caerte ahora con esos tontos tacones altos. Eres demasiado vieja para usarlos —le grité, ignorando el hecho de que yo misma tenía puestos unos tacones altos plateados—. La pobre vieja jamás tuvo cabeza para beber —comenté—, pero me animo a decir que las langostas no estarán peor por eso. Pon otro leño en el fuego, Edward, y Shannon, pon música en el gramófono. Yo prepararé los cócteles para la cena y estaremos listos para comer el salmón ahumado en casa y, luego, las langostas...

—Y luego Lily de postre —terminó Edward por mí, y yo me reí.

Shannon eligió entre un montón de polvorientos discos. Colocó uno en el antiguo gramófono, y los acordes de violín de un concierto de Brahms flotaron en la habitación iluminada por una lámpara. De pronto pareció triste y melancólica y Eddie fue a sentarse junto a ella. Le tomó la mano y se la apretó con simpatía.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En cómo a mi padre le habría gustado conocerlos a los dos —dijo—. Y en cómo me habría encantado que viera Ardnavarna.

—Oh, pero tu padre conocía muy bien Ardnavarna —dije yo—. Te lo iba a decir a su debido tiempo, pero pensé que podría consolarte saber que él estuvo aquí y conoció el viejo lugar. Pero deberás esperar a conocer toda la historia, cuando sea el momento.

Asombrada, Shannon se dejó caer en un sillón junto a uno de los dálmatas que protestando se movió para hacerle lugar.

Observé con preocupación su rostro bonito y pálido. Tal vez me comporté como una vieja tonta al haber dicho lo que dije, pero la pobre niña estaba sufriendo, de

modo que simplemente le hice saber que su padre había estado aquí. Le dije rápidamente que yo lo había visto una vez y que era un hombre bueno. Existía integridad en él y fortaleza. Y esa es la razón por la que yo la había creído sin preguntar cuando me contó su historia.

—Un hombre como ese acepta la vida sin importar lo que suceda en ella —dije con firmeza—. Y creo yo que todos nosotros —incluí a Edward en mi mirada— estamos de acuerdo en descubrir quién lo hizo.

Después de la cena, nos reunimos como de costumbre en la sala de estar. Eddie atizó el fuego que comenzó a soltar chispas, y yo me acomodé en mi sillón favorito. Uno de los perros se tendió cómodamente a mi lado y yo coloqué mis huesudos tobillos sobre el banquito tapizado y comencé con el siguiente episodio de la historia.

—La tía Mallow de Cork era una mujer enérgica e incuestionable —dije—. Un lejano parentesco la hacía ir en ocasiones a la Casa Grande para las fiestas de Navidad y Pascuas; era del tipo que se sentaba en la silla más lejana al calor del hogar, manteniéndose concentrada en su tejido y discretamente alejada del círculo familiar. Ella conocía su lugar y sabía lo que se esperaba de ella. Si adivinó la razón por la que enviaban a Lily para que se la embarcase en el S. S. Hibernia con destino a Boston aquella misma noche, supo no hacer ninguna pregunta. Y no dejó traslucir su lástima cuando se despidió con un breve beso sobre la mejilla y observó a la muchacha caminar lentamente por la pasarela para subir al barco.

El rostro de Lily estaba desolado cuando caminó hacia la baranda, en busca de su tía en la apiñada multitud que había en el muelle. Pero la mujer ya había desaparecido de la vista, regresando a sus pequeñas habitaciones ubicadas en una casa de huéspedes pagada por su querido primo lord Molyneux, por la sola caridad de su corazón.

El viejo vapor de seis mástiles llevaba una carga de la mejor manteca y tocino de Cork y *whisky* irlandés, así como un puñado de andrajosos inmigrantes. Lily se tendió en su estrecha litera, soldada contra las maderas barnizadas, que se encontraba en su asfixiante camarote con un solo ojo de buey, cuando la desvencijada embarcación salió de Cork y se balanceó en las revueltas olas verdes del famoso Canal de San Jorge. Al día siguiente fueron golpeados por toda la fuerza de la marejada del Atlántico. Lily estaba demasiado descompuesta como para pensar en lo que le había sucedido, pero después de un par de días se acostumbró al balanceo y se sentó en su litera, evaluando lo que la rodeaba.

Unas enormes olas verdes pasaban junto a su ojo de buey, pero no sintió temor. Se puso su viejo jersey de pescador color azul marino y los pantalones de montar, escondió su cabello dentro de una gorra de terciopelo y se aventuró a subir a cubierta. Había un pequeño lugar cerca de la proa, donde se pudo esconder lejos de la vista de la otra gente. Cuando amainaban las tormentas ella se pasaba la mayor parte del

tiempo allí, observando las olas de color verde que se deslizaban una y otra vez, escuchando los gritos de las aves marinas y el chirriante y silbante golpeteo del viento, tratando de no pensar ni en el futuro ni en el pasado. Solo en ahora, en el momento que estaba viviendo. Ya que eso era tan solo lo que podía soportar.

Allá arriba en su nido de águilas, no podía oír los gritos asustados de los desafortunados inmigrantes irlandeses que se apiñaban como ganado en las bodegas, con destino al nuevo mundo, a la riqueza y al éxito que todos soñaban los estaban esperando. Ella no podía oír a los hombres de las bodegas que clamaban por ayuda para los enfermos, por alimento y agua, y a las mujeres que lloraban y a sus hijos que berreaban. Ni tampoco supo que debajo de todos ellos, en las entrañas calientes del barco, Finn y Daniel O’Keeffe paleaban grandes montañas de carbón en las feroces fauces abiertas de las calderas, pagando de esta forma su pasaje a América. Medio desnudos y con los cuerpos ennegrecidos como mineros, maldecían y rezaban en forma alternada, tanto para vivir o morir, mientras las incansables tormentas amenazaban hacerlos ir a pique.

Había otros cuantos pasajeros, pero como Lily se mantenía en su camarote y no le hablaba a ninguno, pronto se transformó en la conversación del barco. Los rumores corrían por las cubiertas acerca de la joven aristócrata, misteriosa y distante, que jamás se reunía con sus compañeros de viaje, ni siquiera para la cena. Dichos rumores se colaron hacia el cuarto de máquinas donde, entre la mugre y la enfermedad, la gente la condenó por su título, por sus modales altaneros y por su rica familia. Los rumores fueron más allá, hacia la ardiente caldera donde Daniel oyó hablar, asombrado, sobre la hermosa y misteriosa *lady* Lily Molyneux.

Se las arregló para mantener su boca cerrada cuando se lo dijeron, pero después a solas en el cuarto de máquinas gritó con rabia.

—¡El destino nos persigue! Ella nos perseguirá por el resto de nuestras vidas. — En su mente Dan escondió los recuerdos privados de Lily que él atesoraba: sus sonrisas engañosas, los ojos color zafiro, la exquisita curva de su delgado cuello y las cálidas miradas seductoras que él secretamente había añorado.

Por supuesto, a ella no le importaba nada de él. Finn y Lily habían sido insolentes como ladrones desde que fueron jóvenes y fue natural que, cuando fueron mayores, Finn se enamorara de ella. Ya que el amor simple como el de él no reconocía las altas paredes y límites que los mantenían apartados. Solo los de la clase de Lily conocía las reglas y cómo hacerlas a un lado cuando deseaban.

Sin embargo, Dan sabía que el niño que ella esperaba no era de su hermano, e inclinó su macizos hombros sobre la montaña de carbón, levantando palada tras palada para echarlo a la ardiente caldera, secándose el sudor de la frente con una mano ennegrecida, preguntándose por las circunstancias que habían colocado a Lily en este mismo barco, como si el destino mismo les estuviera echando una mano, Pensó en Finn dormido en el oscuro cubículo que constituían sus «aposentos», ignorante de que la causa de todos sus problemas estuviera a escasos metros suyos.

Supuso que la familia había enviado a Lily a América para que tuviera al bebé y decidió rápidamente que era mejor que su hermano no supiera nada de ello. Ya que, si lo hacía, era seguro que la mataría.

Mantuvo a Finn muy ocupado con el trabajo y lejos de los fogoneros y marineros. No fue difícil, ya que Finn había perdido aquella personalidad sociable y conversadora. Trabajaba en silencio, con el rostro lleno de marcas amargas, los ojos inyectados en sangre que miraban sin expresión desde un rostro todo ennegrecido por el carbón.

No se les permitía nunca subir a cubierta, y cuando Finn conversaba raramente con alguien, era fácil mantener alejados los rumores sobre Lily. El viaje siguió lentamente, cada día seguido inexorablemente de otro, en la rutina de un trabajo sucio plagado de calor y de sueños embargados de cansancio.

Cuando la marejada comenzó, se encontraban a casi ochenta kilómetros de Nantucket. El capitán consultó con ansiedad su barómetro. Era un hombre con cincuenta años de experiencia en el mar, y sabía exactamente lo que se avecinaba. Le ordenó al primer oficial que dijera a los pasajeros que se mantuvieran en sus camarotes y que podían esperar mal tiempo, bajó las velas, amarró el equipaje de los pasajeros en las bodegas y envió abajo a sus hombres para asegurar los cajones de manteca y tocino de Cork y el *whisky*, para que la carga no se moviera peligrosamente debajo de la tormenta que iban a sufrir.

Lily miró por el ojo de buey las enormes olas de color gris. El pequeño Hibernia se sacudía y mecía bajo su impacto, las maderas crujían hasta estallar y sus baúles se deslizaban de un lado al otro por el suelo del camarote, como si poseyeran vida propia. El barco se revolcó peligrosamente, en el seno de dos olas y luego un gran viento lo echó contra la siguiente pared de agua. El Hibernia trepó y trepó hasta que pareció llegar al final y Lily se aferró con desesperación del borde de su litera, observando aterrorizada, mientras sus baúles chocaban contra la pared de su camarote. Una enorme ola rompió encima de ellos, obligando al Hibernia a hundirse y un repentino torrente de agua helada se estrelló contra la escalera de cabina, inundando el barco.

Lily miró, fascinada, el agua que entraba por debajo de su puerta. Comenzó a rezar. No sabía si rezar para vivir o morir, pero si iba a morir, entonces no deseaba hacerlo a solas en su camarote.

Chapoteando en el agua de los inundados pasillos que llevaban hacia la escalera de cabina y la cubierta, miró aterrorizada las enormes olas; monstruos de agua, enojados y poderosos, listos para arrastrarla hacia su habitación. Se imaginó ser arrastrada hacia las profundidades del agua verde, con el largo cabello negro flotando detrás, los ojos muertos mirando para siempre la nada, mientras el agua entraba a sus pulmones. Y desde el vacío de su corazón, supo que no le importaba. Ella ya no importaba para nada.

Luego, de pronto, el viento cesó y las olas se aquietaron, mostrando un aspecto

más amenazador en el repentino silencio. Los gritos aterrados de los pobres inmigrantes en las bodegas se filtraron hacia arriba y Lily se dio cuenta con horror de que estaban encerrados. Si el Hibernia se hundía, esta gente no podría llegar a los botes salvavidas ni siquiera saltar por la borda y tratar de nadar. Confinados allí abajo, ellos estaban condenados a morir.

Subió corriendo las escaleras hacia el puente de mando y el capitán se volvió para mirarla.

—Hay mujeres y niños encerrados en las bodegas —le dijo con tono de protesta—. Si vamos a hundirnos, debe liberarlos como al resto de nosotros, para enfrentarse a lo peor.

El capitán de barba blanca la miró enojado.

—Dios santo —estalló—, ¿no tengo ya suficiente como para que también tenga que soportar a esta mujer inútil que no hace nada paseándose por las cubiertas en medio de esta tormenta? —La miró con odio, pero luego suavizó un poco la voz, viendo que era demasiado joven—. Si los dejamos salir ahora, solo se dejarían llevar por el pánico y caerían por la borda, y tal vez muchos de ellos morirían innecesariamente. Cuando sienta que el peligro sea inminente, los dejaré libres para que se enfrenten a lo peor. He sido capitán de este barco durante cincuenta años —agregó sombrío—, y jamás he perdido a un pasajero: no me doy por vencido muy fácilmente.

Lily se dio cuenta de que tenía razón y le ofreció una disculpa. Él se rio.

—Usted sí que tiene carácter, señora —le dijo—, y a mí me gusta eso. Le diré la verdad: si esta tormenta sigue sobre nosotros por otra hora, estaremos sobre las rocas de Nantucket y entonces todos moriremos. Si se detiene, podríamos tener suerte y pasar por el estrecho de Nantucket. De todos modos, el Hibernia perdió su timón cuando entramos en aguas menos profundas, de modo que todo está fuera de mi control. Puede quedarse aquí —agregó amable, sabiendo que ella estaba sola—, si es compañía lo que busca.

Lily se acurrucó en un rincón, con los brazos rodeando sus rodillas, observando todo, pero ya sin rezar. El cielo afuera se volvió a oscurecer como si fuera de noche. El viento comenzó a soplar y la lluvia a golpear sin descanso. Olas inmensas hicieron volcarse peligrosamente al barco, que flotaba a merced del viento fuera de las aguas poco profundas y avanzaba sin rumbo hacia la noche oscura.

Abajo, en el cuarto de máquinas, los ingenieros y fogoneros estaban parados sin hacer nada, cuando los grandes fuegos desaparecieron en las calderas.

—Estamos ahora a merced de la tormenta —dijo el jefe de ingenieros encendiendo un cigarrillo—. Pueden escuchar a esos bastardos irlandeses aullando allí en las bodegas. Descompuestos como cerdos y aterrorizados como si estuvieran camino del matadero.

—No son bastardos —le espetó Finn—. Ellos tienen madres y padres como usted. ¿Y acaso no estaría usted descompuesto y aterrorizado, encerrado en esa apestosa

bodega con sus hijos a su cuidado?

—Sí, sí, reconozco que podría estarlo —dijo el ingeniero con tono conciliador—. Me olvidé de que usted es irlandés. Le diré algo, podríamos usar una botella de ese buen *whisky* irlandés que tenemos en las bodegas para tranquilizar nuestros nervios. Mis compañeros de cubierta me han dicho que uno de los cajones se abrió y tal vez podríamos tomar uno o dos buenos tragos antes de que todo esto se vaya a pique. Y nosotros, lo más probable, también.

Se fue balanceándose en busca de la botella y Daniel miró sombrío a Finn.

—Finn, ¿no te parece que se balancea menos que antes? —le preguntó, tratando de evaluar sus posibilidades.

Finn se encogió de hombros.

—¿Qué me importa? ¿Qué futuro tenemos de todos modos? Estamos tan indefensos como esas pobres almas atrapadas en la bodega. —Los ojos cargados de rabia se encontraron con los de su hermano—. ¿Nunca te pusiste a pensar en lo que podríamos hacer cuando llegemos a Boston, Dan? —Se miró sin esperanza los pies hundidos en un par de botas rotas—. Somos un par de muchachos irlandeses ignorantes, sin dinero en los bolsillos ni futuro. Deberemos saltar del barco y entrar como ilegales sin documentos ni amigos que nos reciban. Deberíamos habernos quedado en Irlanda para morir, en lugar de tomar este camino en un barco desvencijado que no es mejor que un viejo pesquero en la tormenta.

Dan sacudió la cabeza con desesperación. Él sabía que su hermano tenía razón.

El ingeniero regresó con cuatro botellas de *whisky*.

—Tomen esto —les dijo, pasándoles una botella—. Les garantizo que se sentirán como nuevos antes de que lleguen a la mitad.

Se sentaron en el suelo junto a las calderas que casi no tenían ya fuego, agradecidos por la bebida. Pronto vinieron otros. Todos sucios de carbón y sudor, con los ojos y las bocas enrojecidas; Dan pensó que parecían un círculo de gárgolas diabólicas. El *whisky* se terminó y fueron a buscar más. Hablaron del capitán y estuvieron de acuerdo en que era un buen hombre y que si alguien podía salvarlos era él, aunque con el timón roto estaban perdidos.

—Esperando un milagro —dijo Finn, trabándosele su lengua.

—Los pasajeros serán los primeros en salvarse, si de milagros se trata —dijo el ingeniero en un gruñido ininteligible—. Y la primera será la nueva favorita del capitán. Caminando por ahí con sus pantalones de montar, brilla tanto como el bronce. Dicen que es una dama, pero yo jamás he visto una dama con ese aspecto.

—Las damas —dijo Finn con desprecio—. Déjeme decirle, que las damas no son todo lo que parecen ser. Ellas no piensan como usted o yo.

—Gracias a Dios que no se ven ni como usted ni como yo tampoco, —agregó otro en medio de risas.

—No. Esta es una verdadera *lady* —prosiguió el ingeniero con persistencia de borracho.

Aquellas palabras penetraron el cerebro de Daniel a través de la nube de *whisky*. El cabello se le erizó en la nuca cuando sintió el peligro inminente. Poniendo una mano sobre la boca del ingeniero, dijo con furia:

—Cierre la boca, estúpido bastardo.

El ingeniero luchó por desasirse.

—¿Quién me llama bastardo? —gritó enojado—. En guardia, maldita escoria irlandesa y veremos quién de los dos es un bastardo.

Finn se puso de pie y se interpuso entre los dos.

—Mírense a sí mismos, par de demonios. ¿No es ya suficiente con que el barco esté a punto de hundirse? ¿Además se tienen que pelear? Si el capitán se entera los hará encadenar y arrestar tan pronto como lleguemos a América.

—Eso es si llegamos allí —dijo el ingeniero con amargura, echando hacia atrás la cabeza y volviendo a beber de la botella.

—Bah, iré arriba para ver lo que sucede —dijo Finn—. Si debo morir, por lo menos no lo haré aquí abajo, atrapado en este agujero de carbón con un puñado de borrachos que se pelean.

Tambaleándose por la bebida, se ajustó los sucios pantalones, salió del cuarto de máquinas y llegó a la escalera de caracol de metal, y pasó por las galerías hacia la puerta de hierro que conducía a la cubierta de carga. Daniel lo siguió con ansiedad.

—No puedes ir allí, Finn —le dijo—. No está permitido. Mírate. ¿Qué dirán los pasajeros si te ven, con el aspecto de un animal salvaje?

—Yo tengo tanto derecho a morir en cubierta como cualquier pasajero —le respondió Finn.

Daniel lo pensó y dijo:

—Tienes razón —decidió mareado—. ¿No dicen que en nuestros últimos momentos de vida Dios nos hace a todos iguales? —Marchó detrás de su hermano y subió la escalera de cabina hacia la cubierta, justo cuando el barco se volvía a sacudir todopoderoso. Hubo un terrible chirrido, un ruido ensordecedor y luego, tras una sacudida final, la embarcación quedó en silencio.

—El barco acaba de morir —dijo Daniel en un susurro lleno de asombro.

Finn lo miró y luego miró la parte superior de la escalera, hacia la oscuridad que se extendía afuera. Las olas se batían sobre la golpeada nave y el viento de pronto comenzó a volver a gritar, sacudiendo la lluvia sobre él.

—Hay mujeres y niños allá abajo en la bodega —dijo de repente sintiéndose sobrio—. Dios mío, Dan, ¿qué será de ellos? Debemos ayudarlos.

—¿Cómo? —Por un segundo en su vida, Daniel se sintió absolutamente impotente—. ¿Qué vas a hacer? ¿Colocarlos en los botes? ¿En un mar como este? No durarían ni dos minutos. No, será mejor que lo dejemos en manos del capitán. Y de Dios.

Se miraron indefensos debajo de la rugiente tormenta. El barco gruñía como un animal herido y, sacudiendo las cabezas, volvieron al cuarto de máquinas y al

consuelo que podría proporcionarles el *whisky*.

Las horas pasaron y el *Hibernia* todavía estaba a flote. Finalmente, la larga noche que todos habían esperado fuera la última llegó a su fin, y con ella la tormenta. El barco se deslizaba por el estrecho de Nantucket, pero el capitán sabía que los problemas aún no habían terminado. Se encontraban en aguas peligrosas, llenas de bancos y, anticipándose a lo peor, ordenó liberar a los inmigrantes.

Dos horas más tarde, avanzaban en medio de la calma. Un banco de niebla los envolvió en el silencio y el capitán miró a Lily, que seguía acurrucada y llena de preocupación en un rincón.

—Cuando la niebla levante —le dijo animándola—, lanzaremos bengalas. Debemos estar lo suficientemente cerca de Nantucket para que nos divisen y envíen botes. Puede estar segura de que será la primera en subir.

Lily, por un momento, se había olvidado de sus propios problemas. Pensó en los inmigrantes que estaban en las bodegas inferiores, helados, mojados y asustados, no sabiendo nada de lo que sucedía. Sabía que había mujeres y niños entre ellos y le pidió al capitán que hiciera el favor de enviarles alimentos y leche. Él asintió:

—Ordenaré que se haga eso —le prometió.

De pronto, exhausta, chapoteó por el pasillo hacia su camarote y se dejó caer en su litera, mirando su sombrero de paja adornado con rosas que pasaba flotando, preguntándose qué sería de ella.

Abajo, en el cuarto de máquinas, las botellas vacías de *whisky* que habían rodado con el balanceo del barco se amontonaban ahora en un rincón. Finn las miró con cansancio. Se preguntó mareado si era su imaginación o si el movimiento del barco se había detenido. Sí, podía jurar que era así. Sus ojos se encontraron con los de Daniel y le dijo con ansiedad:

—Vayamos arriba, Dan, y veamos lo que sucede.

—No malgaste aliento ni canse su cuerpo —le dijo amargo el ingeniero—. Ustedes serán los últimos, aun después de la carga. Primero serán las mujeres y niños. Esa es la ley del mar. —Tomó otro trago de *whisky* y berreó en voz bien alta—. Por supuesto, la joven dama favorita del capitán será llevada a la costa con las banderas desplegadas. No hay duda de que a *lady* Lily le gustará eso.

Fino levantó la cabeza.

—¿Lily? —repitió.

—No ha dicho nada —dijo Daniel con desesperación, tomando del brazo a Finn y arrastrándolo para alejarlo—. Es solo un viejo borracho, Finn, y tú lo sabes.

—*Lady* Lily Molyneux —repitió el ingeniero a grandes voces—. Nada menos que la hija de un barón. Aunque tiene aspecto de muchacho...

Finn se volvió hacia Daniel, con los ojos ardiendo.

—¿Tú lo sabías? ¿Tú sabías que Lily estaba en el barco?

—Solo ahora. Cuando él lo ha dicho —mintió Daniel—. Es mala suerte, eso es todo, Finn. Lily ya no tiene nada que ver con nosotros. Deja las cosas como están.

Finn se soltó de la mano de su hermano y corrió por las escaleras.

—¿Adónde vas? —le gritó Dan, volviendo a sujetarlo.

—¿Adónde voy? —Los ojos de Finn lo atravesaron—. Voy a matarla, por supuesto. —Se liberó de su hermano y subió por la escalera de caracol, cruzó las galerías y atravesó las puertas antes de que Daniel siquiera pudiera ponerse de pie.

Lily estaba de pie junto a un baúl abierto. Las cincuenta libras que le habían dado estaban arriba, y ella estaba colocándose el collar de diamantes alrededor de su garganta. La puerta se abrió de repente golpeando contra la pared, y ella vio el rostro manchado de carbón de un hombre desenfrenado que la miraba. Habría conocido aquellos ojos en cualquier lugar.

—¿Finn? —dijo en un susurro, medio alegre, medio asombrada. No se detuvo a pensar cómo ni por qué él estaba allí, solo sabía que ahora todo estaría bien—. Oh, Finn —dijo con la boca abierta—. Gracias a Dios. Has venido a salvarme.

—¿*Salvarte*? Pequeña puta mentirosa. Yo no he venido a salvarte. —Con sus manos poderosas la asió de la garganta. La levantó y la zarandeo hasta que los ojos de Lily salieron de sus órbitas y el rostro se volvió azul—. Me has arruinado, Lily Molyneux —dijo entre dientes, todavía sacudiéndola—. Me has engañado, te has ensuciado como una mujer de la calle. Ah, Dios, lo único que deseo es matarte. ¿Cómo has podido, tú, puta? ¿Cómo pudiste...?

Daniel se abalanzó sobre él desde la puerta.

—Tú, estúpido bastardo —rugió—. ¿Deseas también que ella te transforme en un asesino? —Apartó las manos de Finn del cuello de Lily y esta cayó sobre el borde de su litera, sin aliento y descompuesta.

—Será mejor que salgamos de aquí rápido, antes de que ella te haga encadenar —le gritó Daniel, arrastrándolo—. ¡Maldita sea, Finn, muévete ya!

Finn se soltó de él. Se paró amenazador por encima de Lily.

—Desearía haberte matado —le dijo sombrío—. Pero vivirás para sentir remordimientos por lo que me has hecho, Lily. Por la voluntad de Dios. —Con una mano le arrancó el collar de diamantes—. Me llevo esto para que me pagues por lo que has hecho. —Tomó las monedas de oro que estaban en el baúl—. Y el dinero también. Sin embargo, regresaré, Lily. Te lo prometo. Un día regresaré por el resto de lo que me debes —añadió en un susurro amenazador que solo ella pudo oír—. Por aquello que dijiste que yo ya había tenido. —Y entonces salió del camarote corriendo detrás de su hermano.

Lily cayó sobre su litera. Sabía que Finn había deseado matarla: lo había visto en sus ojos, oído en la amargura de su voz, sentido en la rabiosa presión de sus manos en su garganta. Agitó la cabeza sin poder creerlo.

—Oh, Finn, no me di cuenta de que Pa se enojaría tanto contigo —susurró ronca—. Jamás pensé que podría hacerte daño. Pensé que solo estaría enojado conmigo. Y ahora mira lo que he hecho. —Se tendió boca abajo sobre el mojado jergón y lloró por sus pecados.

Una hora más tarde, el capitán inspeccionó ansioso el barco. Estaban varados en un banco de arena, con un mar tranquilo y los mástiles destrozados, sin timón y con un enorme agujero en medio de la embarcación. Estaban escorados a veinte grados del puerto, con el agua entrando a raudales y perdiendo la batalla aun cuando estaban achicando toda el agua que podían.

La niebla no se había levantado y él supo que, si enviaba las preciosas bengalas ahora, las posibilidades de que los vieran con este tiempo eran casi nulas. Pensó en los doscientos veinte inmigrantes en las bodegas, en sus otros pasajeros y en la tripulación. Solamente él era responsable de su seguridad, y sabía que no podía esperar. Debería enviar las bengalas y arriesgarse. Si no había respuesta a las señales de auxilio, él colocaría tantos pasajeros como pudiera en los cuatro botes salvavidas y los enviaría a través de la niebla hacia las costas rocosas, y rogaría por que se salvaran.

La primera bengala hizo que la niebla se hiciera rosada y el capitán buscó en el cielo una respuesta. Envío otra y otra, pero no hubo ninguna señal. Su corazón se detuvo y dio la orden de bajar los botes.

Lily siguió al resto de los pasajeros a la cubierta. Había perdido a todos los que amaba, incluyendo a Finn. Ahora, no le importaba si ella también perdía la vida. Se quedó rezagada, dejando que los demás fueran primero. Ella se había dado por vencida. Ahora, era la voluntad de Dios que ella viviera o no.

Corrió detrás de los marineros que se apresuraban por la escalera de cabina hacia las cubiertas de carga. Ellos empujaban a los pobres inmigrantes irlandeses contra la baranda.

—Prepárense a saltar —les gritaban, agolpándolos a un lado y haciéndolos saltar a los botes que se mecían debajo.

El primer bote pronto estuvo lleno de mujeres y niños. Cuatro hombres fuertes remaban internándose en la niebla.

—Recen por ellos —dijo con tristeza un joven irlandés que había estado ayudando a llenar el bote—, ya que lo necesitarán. —Junto a él, su esposa se persignó, mientras sus aterrorizados hijos berreaban y se aferraban a sus andrajosas faldas.

El barco de pronto se hundió más, haciéndolos caer a todos en las cubiertas inclinadas. Aterrorizada, Lily se sujetó a la baranda, mirando el último bote. Casi estaba lleno. Miró al hombre que había estado ayudando. Estaba junto a ella, mirando con desesperación a su esposa e hijos que estaban ya en el bote. Ellos lo miraban llenos de pánico. Quedaba un solo lugar para Lily. Ella miró a la joven esposa, imaginándola viuda con seis bocas que alimentar, sola en un país nuevo, sin conocer a nadie, sin nada, con su marido ahogado y toda esperanza perdida.

—¿Qué vida les espera si él no está con ellos? —le gritó con amargura al capitán—. ¿Cómo podrán vivir sin un marido y padre? Sería mejor para ellos morir ahora

ahogados que morir de hambre cuando lleguen a Boston. Su lugar está con ellos en el bote.

El joven miró anhelante a su esposa y luego a Lily.

—Es el destino, no puedo dejar que usted haga esto, señorita —le dijo tranquilo.

—No tiene elección —le respondió Lily—. Yo no voy.

El capitán sabía que ella no iría. Él miró preocupado la niebla, diciéndose para sí que esa mujer solo traía problemas. Entonces, como una estrella caída del cielo, vio una bengala verde de respuesta. Al fin llegaba ayuda. Le ordenó al hombre que saltara.

—Que Dios la bendiga, señorita. Jamás la olvidaremos —dijo llorando el hombre. Sus inquietos ojos azules se fijaron por una fracción de segundo en los de Lily y luego saltó a la oscuridad, detrás de los demás.

De pronto, el Hibernia comenzó a zozobrar como un animal moribundo. Se sacudió y las maderas crujieron como si estuvieran quebrándose, para luego comenzar a deslizarse lentamente hacia uno de los extremos. Lily oyó al capitán gritar una advertencia, pero entonces ella perdió el equilibrio y se deslizó hacia el borde. Trató de aferrarse de la baranda, pero fue demasiado tarde. Con una sacudida violenta se hundió en la oscuridad.

Las aguas heladas del mar se cerraron sobre su cabeza. Las olas la arrastraron hacia el fondo y sintió que sus pulmones estallaban. Se dio cuenta de que después de todo estaba muriendo. El destino había privado a Finn de ese placer. Esta era la forma en que debía ser. *Este* era su terrible castigo.

Capítulo 23

Nantucket 1883.

Ned Sheridan se encontraba en el primer bote de rescate que se deslizaba sobre las olas y buscaba en la niebla las bengalas que los guiarían hasta el barco que se hundía. Otros botes se mecían detrás, en busca de supervivientes, a la luz de las lámparas de aceite de ballena que llevaban en sus proas. Profirieron un grito de desánimo cuando vieron cómo el Hibernia se escoraba de pronto, arrojando gente al mar.

Ned ató una soga a su cintura y se hundió en las aguas heladas. Lily flotaba en la superficie, cerca de él; luego casi inmediatamente volvió a hundirse por la fuerza de otra ola. Él la asió cuando volvió a emerger por segunda vez y otros hombres los ayudaron a subir al bote. La tendieron en el fondo y la observaron con ansiedad.

—Es una muchacha joven —dijeron sacudiendo la cabeza, pensando que ya estaba muerta, aunque Ned la hizo girar y comenzó a bombear agua de sus pulmones. Después de unos minutos, ella comenzó a toser y a escupir, y los hombres se dirigieron prestos a rescatar a otros.

Junto al barco había ya varias goletas de auxilio, esperando a que el capitán lo abandonara, a fin de poder reclamar el salvamento. El capitán se encontraba de pie en la baranda mientras ellos ataban una cuerda de cáñamo de Manila, observando cómo la tripulación intentaba salvarse, trepando como monos por este cable ondulante, maldiciendo y gritando cuando caían al congelado océano. Pero él no tenía intenciones de rendir su barco; quería permanecer en él hasta que levantara la niebla y luego llevarlo a puerto, a remolque.

Las mujeres, los niños, enfermos y ancianos fueron trasladados a hogares del pueblo, mientras que los hombres se dirigían al Ayuntamiento o al edificio de los Hijos de la Templanza, donde se les daba ropa seca, mantas y comida caliente.

Ned llevó a Lily envuelta en una manta a su casa de la calle principal. Una joven irlandesa caminaba detrás de él con un bebé en los brazos, mientras que seis pequeños iban en un carro que empujaba un robusto joven. Ella gemía en voz alta al verse separada de su marido, y sus hijos lo hacían con ella.

Alice Sheridan estaba esperando en la puerta. Era una mujer pequeña, delgada y de rostro pálido, vestida con sencillez a la manera de sus antepasados cuáqueros. La simplicidad de la Iglesia metodista se había hecho cargo hacía tiempo de la rectitud de los cuáqueros de Nantucket, pero Alice Sheridan aún seguía las mismas costumbres de compartir y dar y, como las otras mujeres del pueblo, abrió su hogar y su corazón a los refugiados.

Cuando vio que se aproximaban, se apresuró a llamar a sus hijas, Abigail de

diecisiete años y Betsy de diez, para que fueran en busca de más mantas que estaban guardadas en las cómodas y que buscaran lino planchado para usar como ropa de niño.

—Esta noche tendremos la casa repleta de gente —dijo, contando a los andrajosos niños que lloraban a gritos. Tomó al bebé de los cansados brazos de la madre, invitándola a pasar, mientras los otros hijos la seguían. No vio a Lily hasta que Ned colocó el bulto envuelto en la manta sobre la alfombra que estaba delante del fuego.

Se hizo el silencio cuando todos la observaron. El largo cabello negro de Lily se extendía en una empapada masa compacta por su espalda. Tenía el rostro y las manos azules por el frío y había unos serios cortes en su blanca garganta. Ned observó la fina estructura ósea, las oscuras cejas y las largas pestañas que formaban perfectas medias lunas en la parte superior de las mejillas. Notó su belleza, la palidez, la absoluta inmovilidad y pensó que había sido demasiado tarde. Estaba muerta.

—Pero si es tan solo una niña —exclamó su madre con lágrimas de simpatía que ya corrían por sus mejillas.

—Esta es la dama que cedió su lugar en el bote para que viniera mi marido. Ella le salvó la vida a mi marido —dijo llorando la joven madre al reconocerla—. Y ahora la pobre ha perdido la suya. —Y volvió a llorar, seguida por el coro de sus pequeños.

—Dejen ya de llorar —dijo Alice Sheridan con firmeza—. Esta niña aún no está muerta, y no sería la culpa de nadie si se muriera. Un naufragio es como el amor y la guerra: «vale todo», y uno simplemente hace lo que debe hacer.

Mientras que la hija mayor, Abigail, metía a los chiquillos en una tina de baño llena de agua caliente, Ned corrió en busca del médico. La respiración de Lily era superficial; a veces parecía detenerse y todos mantenían ansiosos la propia hasta que se producía un débil y agitado suspiro. Por eso ellos sabían que todavía seguía con vida.

El médico vino con rapidez. Le tomó el pulso a Lily y auscultó el corazón y pecho. Movié la cabeza al ver las heridas del cuello. Dijo que estaba bajo los efectos de un *shock* respiratorio y que se podía esperar una terrible fiebre para aquella noche. No había forma de saber cuánto duraría: una noche, dos... una semana inclusive. Si la fiebre cedía pronto, ella sobreviviría.

—Si no —dijo levantando los hombros—, ya hay diecinueve muertos, que sepamos, y una docena de desaparecidos. Lo extraño sería que no hubiera más.

Ned fue a dormir al ático y Lily fue colocada en su cama, rodeada con cacerolas de agua hirviendo, botellas calientes y un buen fuego en el hogar, ya que a pesar de la fiebre, el médico advirtió que se debía mantener la habitación a una temperatura constante. Alice guardó vigilia mientras los otros dormitaban a ratos.

En las tempranas horas de la mañana, incapaz de olvidarla, Ned dejó su cama en el ático y bajó. Su madre estaba dormitando en una silla junto al fuego y él entró silenciosamente y miró la belleza dormida que estaba en su cama. Mientras la observaba, sus pesados párpados se movieron y sus ojos se abrieron.

Era tan joven y adorable y estaba tan mortalmente enferma, que el corazón de Ned se llenó de dolor y amor. Deseó rodearla con los brazos para protegerla y decirle que no dejaría jamás que nada malo le sucediera, que la cuidaría y amaría para siempre. Pero entonces los ojos se cerraron y ella volvió a caer en su mundo de inconsciencia.

A la mañana siguiente, la niebla se disipó y el *Hibernia* pudo verse con facilidad desde la playa, flotando en aguas no profundas. Su capitán aún estaba a bordo y los dos barcos de auxilio a su lado. Ned y su padre vieron que la inclinación del *Hibernia* era aún más pronunciada que antes, y supieron que estaba destinado a desaparecer y que no habría necesidad de remolque.

El capitán dio órdenes de retirar la carga, y cuando llegó la noche, se había retirado el lastre y el *Hibernia* flotaba libre. Las goletas se movieron con rapidez para ver qué más podían tomar antes de que se hundiera del todo.

Ned regresó a su casa esa noche con los dos baúles de Lily manchados por el agua y la intrigante información de que ella era *lady* Lily Molyneux, de diecisiete años, que venía a visitar a un pariente de Nueva Inglaterra.

Sus dos hermanas se miraron asombradas.

—*Lady* Lily —exclamaron impresionadas. Dudaban de que en Nantucket se hubiera visto alguna vez una *lady*.

Como su hermano, ambas eran rubias, de ojos azules y aspecto nórdico. Eran de una belleza tranquila y modesta, educadas en un hogar que enseñaba los valores simples que importaban en la vida; el amor de Dios y de los hombres. «Compartir, cuidar y dar», había sido el lema de sus padres y, naturalmente se había transformado en el propio, aunque eso no impedía que miraran el juego de baúles de Lily y se preguntaran por el contenido.

—Una *lady* debe tener cosas bonitas —dijo la pequeña Betsy un poco envidiosa, alisándose la falda marrón de lana, imaginando seda o satén y luces como de luna en lugar de algo pesado y rústico, lo suficiente como para soportar los fuertes vientos de Nantucket.

La fiebre de Lily era aún terrible, subiendo y bajando, a veces dejándola en medio de temblores y a veces empapada en su propio sudor. Betsy y Abigail se turnaban con su madre, sentadas en silencio a los pies de la cama, con los ojos fijos en ella. Pero cuando terminó la tormenta, Ned se vio obligado a regañadientes a regresar a Boston.

Ned tenía veintitrés años; era esbelto, joven y muy apuesto; tenía abundante cabello rubio que caía melancólico sobre sus ojos azules. Las mandíbulas eran fuertes, siempre estaba bien afeitado y era muy musculoso.

Cuando terminó el colegio secundario, se había ido para buscar su fortuna en el teatro. Estaba trabajando en un bar de Boston para ganar el suficiente dinero como para ir a Nueva York cuando, una noche, un hombre de aspecto teatral entró al lugar.

Estaba envuelto en una voluminosa capa negra y llevaba una vaporosa camisa de seda, con corbata gris y un sombrero negro de ala ancha. Golpeó sobre el mostrador con la punta de plata de su bastón de caña y pidió un coñac con voz de alto tono agudo.

El rostro de Ned se iluminó. Sabía que debía ser actor, con aquel aspecto y con una voz como esa. Le sirvió la bebida y respetuosamente le preguntó quién era.

Era la pregunta que De Lowry odiaba. Miró con rabia a Ned, con las anchas y tupidas cejas negras fruncidas.

—Joven —le dijo con frialdad—, no debería tener necesidad de preguntar quién soy.

Ned se disculpó con humildad, explicándole que acababa de terminar el colegio y que su ambición era ser actor.

—Uno famoso como usted —comentó, aventurando una suposición.

De Lowry estudió con interés al joven. Le gustó lo que vio: con aquel rostro y ese físico no era necesario que actuase. Y pudo ver que era joven, confiado e inocente. Todo aquello le pareció bien al viejo actor. De inmediato le ofreció trabajo.

—Por supuesto, el salario es casi nulo, querido muchacho —estalló—, pero te ofrezco la oportunidad de aprender las artes de un actor con un verdadero maestro.

Fue la respuesta a las oraciones de Ned. Dejó su trabajo aquella misma noche y se transformó en uno de los miembros de la famosa Compañía Itinerante de los De Lowry. Por fin era actor. Debía hacer de todo, desde un muchacho de cabaña hasta un aristócrata francés, así como hacer de sirviente general para los De Lowry, atenderlos y llevarles cosas; casi siempre jarras de cerveza y botellas de *whisky*. También era útil pidiendo crédito en los bares y cafés donde su fresco rostro inocente funcionaba mejor que la ampulosa jactancia de De Lowry.

La Compañía Itinerante de los De Lowry actuaba en salas heladas y llenas de pulgas de pueblos baratos y Jacob De Lowry, cuyo nombre real era Jacob Leech, escribía la mayoría de las obras con la ayuda inexperta de su esposa, la rubia y pomposa Sasha Orlov. Eran en su mayoría melodramas destinados a disimular el cuerpo avejentado y el físico enconsertado de De Lowry. Con sus radiantes ojos negros, el cabello oscuro engominado y el prominente bigote, vestido con pantalones de montar ajustados, botas altas y camisas de seda vaporosas, resultaba realmente atractivo. Los romances lacrimosos mostraban plenamente los encantos del voluminoso pecho de Sasha. Con sus vestidos sueltos de chifflón, había adquirido la reputación de ser *descuidada* con sus corpiños, permitiendo que se revelara un poco más de carne que lo que debía, y mantenía así al público al borde de sus asientos con la esperanza de ver más.

Los De Lowry habían sido arrestados más de una vez bajo los cargos de conducta indecente, pero siempre se las arreglaron para sortear estos problemas.

Para los actores, la vida con la Compañía De Lowry significaba estar sobre los escenarios, en los trenes o dándose a la fuga. Escapando de acreedores,

desilusionados dueños de teatros, dueñas de pensión enfurecidas y dueños de almacenes y restaurantes. Todos se decían que un día Jacob se quedaría sin pueblos en donde no lo conocieran a él y a su *famosa* reputación, y entonces todos se quedarían sin trabajo. Mientras tanto, tenían trabajo y en definitiva siempre se les pagaba, aunque no mucho.

Ned pensó estar en el cielo al encontrarse cerca del escenario y se sentía subyugado por el cinismo profesional de sus colegas actores. En especial de la *ingenua* Jeanette Foyle, cuyos días de ingenuidad hacía mucho que habían acabado y cuya desteñida belleza bordeaba con la desilusión. Se lo llevó a la cama de inmediato y durante unas semanas lo mantuvo en un estado de semicansancio. Solo podía hacer sus actuaciones en el escenario y las tareas para De Lowry por la pura alegría de vivir de la juventud, y se sintió aliviado cuando Jeanette encontró a un nuevo amante y se volvió a ver libre para dedicar todo su tiempo a aprender el oficio. Y desde entonces, siguió el consejo de su compañero actor, Harrison Robins, de dejar el sexo fuera de la Compañía y ahorrarse así muchas penas.

—Ya que, viejo amigo, una mujer desdeñada es un perfecto demonio —le advirtió con solemnidad Harrison.

Y Ned pensó que Harrison debería saberlo. Tenía treinta y dos años, era moreno y con bigote, ganador con las mujeres del público. También era jugador, algo bebedor, mal actor y buena compañía. Él y Ned eran amigos. O «compañeros de armas», tal como decía Harrison, ya que trabajar con De Lowry era una constante batalla: tenían que pelear para tener un papel decente, ya que De Lowry insistía en hacer todos los papeles principales, sin importar su edad; tenían que pelear para conseguir ropa nueva y tiempo suficiente para aprenderse la letra de la *nueva* obra que De Lowry había soñado de la noche a la mañana; y tenían que pelear para que les pagaran.

Una noche en un bar de Worcester, Massachusetts, Ned le habló a su amigo de Lily.

—Es la joven más hermosa que jamás haya visto. ¿Puedes imaginarte alguna razón por la que una joven maravillosa como esa, con todo en la vida, podría morir, Harry?

Harry negó con la cabeza.

—Olvídala, Ned, ese es mi consejo. Me parece que no es sino una fuente de problemas.

—No puedo olvidarla —dijo Ned recordando los ojos color zafiro, la curva de sus labios, la forma en que sintió su cuerpo cuando la tuvo en brazos—. Debo regresar con ella —dijo, bajándose del taburete del bar.

Harrison lo tomó de un brazo.

—Oh, no, no lo hagas. Tienes una función esta noche, jovencito, y una obligación hacia el resto de nosotros. No puedes salir corriendo porque una muchacha, una completa extraña que acabas de rescatar de un naufragio, podría llegar a morir. Además, ella no necesita un enfermo de amor junto a su lecho. Acepta esto: a las

mujeres no les gusta que uno las vea cuando están enfermas. Guárdatelo para cuando esté mejor.

Ned Sheridan no era un ignorante en cuestiones de amor. Él tenía tan solo veintitrés años, pero ya había habido varias mujeres en su vida. Y de alguna de ellas había estado enamorado. Aún podía recordar su primer amor verdadero, así como también la primera joven con la cual se había acostado. Recordaba el tembloroso cansancio de su relación apasionada con Jeanette y la pureza de su amor por la hija de un profesor en Brown. Pero jamás en toda su joven vida había sentido el corazón embargado de pasión, y él sabía que jamás volvería a sentir así por otra mujer.

Suspiró. Harrison tenía razón, no podía defraudar a la Compañía. Se dio cuenta de que no conocía a Lily, pero no dejó de pensar en ella constantemente y se dijo a sí mismo que un día, cuando fuera un actor famoso, sería rico y tendría éxito, y le ofrecería a ella el mundo en bandeja de plata.

La casa de la calle principal estaba tranquila. Un rayo del sol de enero tocaba la colcha de parches blancos y verdes que había hecho la abuela de Alice Sheridan, hacía cien años, proporcionándole calidez a Lily. Abrió los ojos y miró el brillante cielo azul que entraba por las ventanas de múltiples vidrios. Se preguntó dónde estaba.

Preocupada, miró la habitación. Las paredes eran blancas. El techo estaba hecho con tirantes de madera y los suelos, también de madera, estaban cubiertos por una alfombra sobre la que se encontraba una mecedora. Sobre un sencillo tocador había un modelo de barco armado dentro de una botella, y sobre él colgaba un texto todo lleno de filigranas, enmarcado con un marco oscuro de madera. Era como una habitación que ella había visto en un sueño; la recordaba y aún no la conocía.

Se miró el simple camisón de algodón y sus manos que yacían inmóviles sobre la colcha. Se preguntó si su adorado Pa la había enviado a una escuela, después de todo. Y entonces, vio los dos baúles manchados con agua de mar que estaban en un rincón del cuarto, y los horribles acontecimientos del pasado recorrieron como un rayo su mente.

Miró los baúles, recordando a las aterrorizadas criadas llenándolos con todo lo que podían tomar con las manos. Lo que no entrara, había ordenado su padre, debía quemarse. Se habían vendido sus caballos, sus *ponys* de Connemara habían desaparecido en otro condado, ya que su padre jamás le haría daño a un caballo, y solo sus amados perros habían podido quedarse allí, ya que Ciel se había abalanzado llorando a los pies de su Pa, suplicándole y diciéndole que también eran de ella.

Todo lo que quedaba de su pasado estaba en aquellos baúles. Salvo una cosa. El bebé. Con sus manos se recorrió la redondez de su vientre, sabiendo que aún se encontraba allí, tomando vida de ella como si fuera un parásito, y supo que jamás podría mirarlo al rostro.

Retiró la colcha, puso a un lado las piernas y trató, temblorosa, de ponerse de pie. Las rodillas temblaron y se volvió a caer, quejándose cuando recordó el naufragio y a Finn, con las manos sobre su garganta, tratando de estrangularla. Y luego, las heladas aguas que se cerraban encima de su cabeza y a ella hundiéndose en la profundidad, sabiendo que moriría.

—Y debería haber muerto —lloró con pena—. Debería haber muerto por mis pecados. —Se echó contra la fresca almohada con funda de lino y lloró por la pérdida de su pasado y el miedo al futuro.

Alice Sheridan subió corriendo las escaleras. Se sentó en el borde de la cama y rodeó con los brazos a Lily.

—Todo está bien —dijo, palmeándola de la forma en que se hace con los traseros de los bebés cuando están fastidiosos—. Ahora estás a salvo y te prometo que todo irá bien. Nosotros cuidaremos de ti. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. Serás como cualquiera de mis hijas.

Ella no pudo haber dicho una palabra de mayor consuelo. Lily dejó de llorar y la miró con esperanzas a través de sus arqueadas pestañas. No sabía quién era Alice, pero aquellas eran las primeras palabras de amor que había oído desde que la habían echado de su hogar.

Luego, sacudió la cabeza con tristeza.

—No —lloró—, cuando se entere de mi maldad, tampoco me querrá aquí. Me echará de la misma forma en que lo ha hecho mi familia.

—¡Querida niña! —exclamó la señora Sheridan—. Por supuesto que no te echaremos. Y eres demasiado joven para haber sido malvada.

Lily la miró. Vio a la mujer delgada, de rostro sin arrugas, vestida con sencillez y con manos enrojecidas por el trabajo. Los ojos castaños de la señora Sheridan estaban llenos de comprensión, pero Lily sabía que, cuando le dijera la verdad, ella la echaría también de este refugio.

La señora Sheridan acomodó las almohadas y la hizo volver a la cama. Le dijo:

—Has estado tan enferma que tuvimos miedo de perderte. Pero Dios te envió de nuevo y no te dejaremos ir tan deprisa. Debes tomar un caldo y pronto estarás recuperada.

Una pequeña niñita rubia le trajo el caldo. Esta la miró curiosa y le dijo que era Betsy Sheridan y que tenía diez años. Le habían prohibido que dijera más.

Su próxima visita fue la de Abigail, de diecisiete años, rubia, de piel blanca y ojos pálidos como los de su hermana, que apareció con una sonrisa tímida para retirar la bandeja.

—Estamos muy contentos de que te sientas mejor, querida Lily —le dijo con calidez, y unas lágrimas de sorpresa velaron los ojos de Lily cuando se preguntó la razón de que estos extraños se preocuparan por si ella vivía o moría, cuando su propio padre no lo hacía.

Se quedó despierta toda la noche, pensando en lo que les diría. Lo único que los

Sheridan sabía de ella era su nombre y que iba a visitar a un pariente que vivía en Nueva Inglaterra. Les podría contar cualquier historia que le gustara y ellos la creerían. Se pasó todo el tiempo reinventando su pasado para que los Sheridan no la echaran de este pacífico pequeño paraíso.

Cuando la señora Sheridan subió a la mañana siguiente con la bandeja del desayuno, Lily le dijo con humildad:

—No tengo forma de pagarles por toda su amabilidad, y le debo explicar por qué. —La señora Sheridan se sentó en el borde de la cama para escuchar y dijo—: Como verá, señora Sheridan, me casé joven. Tenía solo diecisiete y él era soldado del ejército de la reina. No era mayor que yo y era muy apuesto y gentil.

Dudó, como si le causara dolor el solo hecho de nombrarlo; luego continuó con una voz triste:

—Estábamos muy enamorados, pero mi padre tenía un título muy importante; era rico, poseía grandes extensiones de tierra y grandiosas casas, y mi joven capitán no tenía nada. Mi padre dijo que me casaba con alguien de nivel inferior a mi rango social y se negó a dar el consentimiento. Pero señora Sheridan, el amor no se interesa por esas cosas. Sé ahora que estaba equivocada, pero nos escapamos y nos casamos. Fuimos tan felices. Y cuando me di cuenta, yo... cuando me di cuenta de que esperaba un hijo, creí que mi familia se sentiría feliz con nosotros y nos recibirían con los brazos abiertos. Pero no fue así. Ellos endurecieron su corazón aún más contra mí. Y cuando, un mes después, mi adorado esposo murió en un accidente, ellos se negaron incluso a asistir al funeral.

Miró a Alice Sheridan llena de piedad.

—Se negaron a tener nada que ver conmigo ni con el niño. No me quedaba nada, solo un poco de dinero y estos dos baúles con mis cosas. Como ve, señora Sheridan, no tengo ningún *pariente* en Nueva Inglaterra. Todo fue un invento. Y esa fue la razón de que viajara sola y sin acompañante en este viejo buque carguero. Me vine a América, como el resto de los pobres inmigrantes irlandeses, esperando tener una vida mejor en este nuevo mundo.

Bajó la cabeza.

—Si no hubiese sido por el niño, mi marido no habría aceptado una nueva comisión. Significaba más dinero, pero también viajar al extranjero. Y fue en ese viaje donde murió. Todo es culpa del bebé. Por él, mi marido murió. Yo no quiero a este bebé —dijo con pasión—. Antes moriría que tener que mirarlo. —Y aunque estaba mintiendo sobre lo que había sucedido, decía toda la verdad con respecto al bebé. No podría soportar mirar al hijo del hombre que le había arruinado su vida perfecta.

Alice agitó la cabeza impresionada. Luego le dijo con tono consolador:

—Solo recuerda esto, querida. Cada vez que nace un niño sucede un milagro, y de alguna forma el amor nace con él.

La rodeó con los brazos y Lily descansó la cabeza contra su hombro. Era la

primera vez desde que había salido de su país que sentía la calidez y el afecto del contacto humano. Lloró con alivio. Si no podía morir, por lo menos el niño encontraría un hogar feliz con los Sheridan. Ella, por fin, se habría liberado de Dermot Hathaway.

Su corazón se sintió desolado cuando pensó en Finn y Daniel. Pero más tarde Obediah Sheridan en persona vino a decirle que se habían ahogado un total de veintiuna personas entre mujeres y niños, y que la mitad no fueron identificados.

—Nuestra gente se hizo cargo de un grupo de supervivientes —dijo—, y unos días después partieron por barco hacia Boston para comenzar sus nuevas vidas. — Suspiró, contemplando con tristeza aquella desgracia—. Por lo menos, tenían comida en sus estómagos y ropa decente y abrigada, en lugar de los harapos que traían puestos. Además de un poco de dinero en los bolsillos para poder empezar.

Sin embargo, Lily no la oía. Se imaginaba las heladas olas de aguas verdosas que cubrían la cabeza de Finn, lo veía hundirse más y más profundamente, con los ojos grises muertos, mirando la nada. Pero sabía que Finn sabía nadar como una foca. Y era fuerte. Él y Daniel solían ir a la bahía hiciera el tiempo que hiciera para pescar algo para la cena, y se habían hundido más veces que las que recordaba. No podía haber muerto. No su amigo. No su apuesto e indómito Finn.

Capítulo 24

Maudie.

Ardnavarna.

Me sentía cansada y, con todos mis personajes a punto de comenzar una nueva vida en el Nuevo Mundo, pensé que era adecuado dejar la historia de Lily allí por esta noche. Habían pasado muchos años desde la última vez que disfrutara de la compañía de gente joven y su energía me sorprendía. Ellos hablaban toda la noche, dormían una o dos horas y salían a cabalgar al amanecer, como Finn y Lily hicieran en el pasado. Salvo que Eddie no sabía montar a caballo. Shannon se había propuesto enseñarle, y era muy amable y se mostraba cariñosa con él.

Pero aquí me tienen, hablando como si Shannon y Eddie se estuvieran enamorando. Ahora, yo les pregunto, ¿por qué se me habrá ocurrido esa idea? Supongo que solo estoy soñando. Aunque sería hermoso.

Me metí en la cama y me hundí, aliviada, entre las almohadas, escuchando los sonidos de la noche. La gente de la ciudad siempre se queja de que las noches en el campo son silenciosas, pero siempre se oye el canto de las lechuzas y los zorros aullando, los caballos relinchando y el viento silbando entre las ramas de los árboles. A veces, allí afuera existe cacofonía.

No podía dormir, y cuando me desperté estaba lloviendo. El aire matinal que entraba por mi ventana era helado, y la vista del mar estaba perdida en la niebla. Pensé ansiosa en mis rosas y me bajé de la cama para mirar, pero sentí mis piernas como gelatina.

De pronto era tan débil como un potrillo; me volví a echar en la cama y con la cabeza mareada me recosté contra las almohadas. Después de unos minutos, me vi obligada a admitir que me sentía rara: mi corazón palpitaba y las manos me temblaban.

Con irritación, hice sonar la campanilla que tenía en mi mesita de noche y minutos más tarde oí a Brigid que venía corriendo por las escaleras y corría por el pasillo. Sus botas Wellington hacían un sonido divertido y chirriante sobre la desnuda madera. Siempre sé cuándo es ella, pero de todas formas, ¿quién más podría ser en estos días?

—Ha estado exagerando —dijo mirándome con enojo, y yo me eché sumisa contra mi almohada, volviendo a sentirme como una criatura—. Demasiadas fiestas y muchas trasnochadas. ¿No aceptará nunca que es una mujer vieja y que debe actuar de acuerdo con su edad?

Yo jamás actué de acuerdo con mi edad y ella lo sabe. No tengo intenciones de comenzar ahora, pero pude ver la preocupación reflejada en sus ojos castaños, y sabía

que la vieja chismosa me amaba tanto como yo a ella. ¿Qué haríamos las dos sin no estuviéramos juntas? Mi corazón se estremece ante la sola idea. Poseemos una línea de vida mutua, tenemos el vínculo mutuo del pasado y de nuestros recuerdos. Y cuando uno llega a nuestra edad, se tiene más pasado que futuro. En las noches de invierno nos sentamos delante del fuego, deleitándonos entre un grupo de perros y de gatos, con unos vasos de *whisky* que nos mantiene calientes y nos alimenta los recuerdos, hablando del «recuerdas cuando...». Brigid conoce todos mis recuerdos tan íntimamente como los propios. Pero debo confesar que los míos son más emocionantes.

Ella fue como una roca cuando hace algunos años el médico me encontró ese bulto en el pecho y dijo que me lo debía operar. Regresé a casa, me quité la ropa y me miré al espejo, a esos dos objetos redondos e iguales, siempre pequeños pero firmes y bonitos, siempre el orgullo de una mujer: el símbolo de su femineidad, fuentes de alimentación potenciales para bebés y fuentes de placer cuando se está en pareja. Debo confesar que me embargó la autocompasión.

Bajé las escaleras corriendo para ir a ver a Brigid en la cocina y ella vio lo peor reflejado en mi rostro. Ambas nos abrazamos llorando.

—Debe ser fuerte, Maudie —me dijo, y yo supe cuán conmovida se sentía al llamarme por mi nombre en lugar del «usted» o «señora», que solo utilizaba cuando estaba muy enojada conmigo. Y para ella, el mostrarme afecto abiertamente era algo a lo que no estaba acostumbrada. Le dije que me iban a extirpar un pecho.

—Usted tiene el corazón de un león, Maudie. Estará bien —dijo sin alterarse para luego preguntar—: ¿No hay otra forma?

—Rayos o quimioterapia —dije—. Un cincuenta por ciento de probabilidades. Se me caerá el cabello y estaré descompuesta como un perro la mayor parte del tiempo. Además estaré demasiado débil como para montar un caballo.

—¿Esas son todas sus opciones? —Yo asentí. Ellas las consideró—. Jamás fui amiga del cuchillo —fue todo lo que finalmente dijo.

De modo que elegí la quimioterapia. Pero aun entonces no pudieron quitarme mi vanidad. Fui a Londres, a una de esas personas que se llaman *estilistas* y pedí que me hicieran una peluca de cabello pelirrojo, largo y rizado. Me parecía a Ann Margret. Me compré una docena de camisones de seda y vaporosas mañanitas. Además de cientos de libros para poder simular que sería como cuando era niña y enfermaba. Todos los días venían amigos a visitarme. Aun en aquellos días, cuando no estaba lo suficientemente bien como para recibirlos, ellos se quedaban por ahí, de la forma en que siempre lo hicimos entre nosotros. Durante casi dos años, no me desanimé, pero me sentía como el demonio. Sin embargo, puedo decirles que jamás tuve deseos de morir. ¡Maldición, no! Deseaba volver a montar al loco *Malachy* y además, nada me iba a hacer salir con tanta facilidad de Ardnavarna.

Cuando me dijeron que el cáncer estaba remitiendo, me fui directamente a Dublín y me compré un montón de ropa interior de seda que sorprendió a las vendedoras de

Brown Thomas.

—Es que —les dije satisfecha cuando sumaban la abultada factura—, ahora me siento mejor.

De todos modos ahora, en esta mañana lluviosa, Brigid me mantuvo en cama y yo dormí todo el día, pero me negué a dejar de asistir a mi reunión de la noche. Me puse mi mejor camison de satén, mi tela favorita para dormir, de color rosa ya que es el mejor color para la piel pálida, y me gusta cómo contrasta con mi cabello escarlata. Me pinté con un poco de lápiz de labios rosado y me puse unas gotas de perfume. Ajusté mi vieja capa de armiño sobre mis hombros. Cuando los dos jóvenes entraron más tarde en mi dormitorio, parecía lista para ir a un club nocturno.

Habían cenado juntos a la luz de las velas, según mis instrucciones, ya que, después de todo, un poco de luz de velas nunca le hace daño a una muchacha y debo confesar que yo animaba cualquier indicio de romance entre mis *niños*. Se mostraron tímidos al verme en la cama y noté que estaban tomados de la mano cuando se acercaron.

«Ahá» pensé, pero no dije nada. La burla no es nunca buena cuando comienza un romance; todo es demasiado serio.

Eché a los dálmatas y les hice sitio a los pies de mi gran cama de cuatro postes. Shannon se sentó con las piernas cruzadas, mirándome con algo de ansiedad y me sentí conmovida de que ella se preocupara. Cada día que pasaba me gustaba cada vez más, y ahora tuve el deseo de haber conocido mejor a su padre. La mirada rápida a un hombre dinámico como él no fue suficiente.

Eddie se acercó un viejo sillón. Se sentó con las piernas encima del apoyabrazos. Se mueve como un actor debe hacerlo, todo natural y sin estudio, con gracia masculina. Además tiene un sentido del humor que a mí me gusta.

—Me encanta su atuendo, Maudie —dijo con una sonrisa mientras yo me acariciaba con orgullo el armiño. Siempre me pareció estar acariciando la piel de un conejo, aunque costaba una fortuna. Esto es, cuando aún usábamos pieles.

—Gracias —dije, ya que Mami me había enseñado que siempre debía aceptar los cumplidos con amabilidad, en lugar de rechazarlos con el «Oh, ¿te refieres a esta cosa vieja?» que las jóvenes suelen decir.

Les dije:

—Esta noche, queridos, nuestros personajes comienzan una nueva vida, y nosotros los seguiremos y veremos qué es lo que sucede. Empezaremos en Boston, con Finn y Daniel.

Boston, 1883

Enero fue terriblemente frío en Boston, pero parecía aún más frío en los miserables barrios del Extremo Norte. Las angostas calles empedradas estaban

resbaladizas con una capa de hielo cuando Daniel O’Keeffe regresaba descorazonado al diminuto sótano sin ventanas donde estaban viviendo.

Las casuchas de madera se levantaban contra las derrumbadas casas de ladrillos que habían una vez pertenecido a los comerciantes acomodados de Boston. Antes de que llegaran los irlandeses, es decir, antes de que se apiñaran en las barracas cuando bajaban de los barcos y se metieran en cuanto escondrijo y grieta pudiera brindarles abrigo. Los inmigrantes llegaban en tales cantidades que los ciudadanos respetables de Boston se habían visto obligados a dejar sus casas, partiendo hacia Beacon Hill o Back Bay, para encontrar aires más limpios y saludables, lejos de los olores de pobreza, enfermedad y desesperación de los irlandeses.

Y ninguno sentía más desesperación que Daniel cuando bajó lentamente las escaleras rotas que conducían a su nuevo *hogar*. El sótano donde vivían era oscuro y húmedo. No tenía nada excepto pilas de paja y bolsas extendidas por el suelo que les servían de cama y un cajón de madera que servía de mesa. Casi hacía tanto frío allí adentro como afuera.

Empujó la desvencijada puerta para cerrarla, esperando detener el viento helado del norte que prometía varios centímetros de nieve en poco tiempo. Finn no estaba en casa, y él encendió la única vela y dio gracias al cielo por ese corto respiro. Por lo menos, esto significaba que no debía decirle que había encontrado a otros cien hombres para el trabajo que había esperado conseguir en la construcción de caminos. Había empujado con ansiedad, con la esperanza de que su bronceado cuerpo atraería la atención del capataz, pero había otros muchos irlandeses fornidos y diez fueron rápidamente elegidos antes de que hubieran notado su presencia.

El techo bajo del sótano le obligaba a agacharse, y cerró las manos sobre la llama de la vela para calentárselas. Su estómago estaba vacío de hambre. Habían pasado veinticuatro horas desde la última vez que había comido, si a eso podía llamarse comida; un grasiento guiso que por la suma de unos pocos centavos había comido en el bar del lugar. Con otros pocos centavos se había comprado algo de *whisky* para calentarse la sangre de las venas y combatir así el frío.

Una débil pared divisoria los separaba de la celda vecina, donde toda una familia, hombre, esposa y cuatro niños, vivían en una sola habitación no más grande que la propia y a quienes ellos le pagaban una renta de un dólar por semana. Podía oír a los niños berreando y peleando, y a la desconsolada madre gritándoles a todos, pero se había acostumbrado a casi no oír a nadie. Todo el edificio, toda la calle estaba llena de diminutos agujeros donde grandes familias luchaban por mantener su dignidad y su salud, en un espacio no más grande de dos por dos. Se preguntó cuántos de ellos no deseaban hacer retroceder el reloj y cambiar la vieja pobreza conocida en Irlanda por esta nueva que era aún más terrible.

Miró la pila de paja acumulada en un rincón, sabiendo que debajo de ella yacía una fortuna que podría cambiarles la vida entera. ¡Cuántas noches había escarbado Finn en su escondite y sacado el collar de diamantes de Lily Molyneux, para hacerlo

deslizar entre sus dedos! Daniel había notado cómo las joyas, como la gente, parecían haber perdido su brillo debajo de una capa de tizne. Había escuchado a Finn repetir con veneno cómo, si volviera a verla, colocaría este inútil collar de diamantes en la hermosa y blanca garganta de Lily para luego estrangularla. Ya que el collar había probado no tener ningún valor, como si fuera una imitación barata.

Cuando llegaron, Finn se dirigió ansioso a una buena joyería del centro de la ciudad. Vestido con los pantalones atados con una soga, un jersey rústico de lana, una camisa limpia, la bufanda tejida atada al cuello, todo donado por los ciudadanos de Nantucket por la caridad de sus corazones hacia los pobres refugiados irlandeses, se había sentido lo suficientemente importante como para cualquier cosa hasta que cruzó el umbral de la coqueta joyería toda alfombrada.

Se produjo un silencio cuando los ojos del vendedor vestido de traje se posaron en su persona. Lo midieron con tal horror que Finn bajó la mirada para comprobar que todo estaba bien o que no se había olvidado por descuido de cerrarse la bragueta. Pero todo parecía intacto. Se quitó la gorra con respeto mientras lentamente se dirigió al mostrador vitrina de relucientes cristales.

Había saludado con un alegre buenos días, sonriendo a todos en busca de una respuesta, pero ninguno se la dio, La sonrisa se borró del rostro cuando dos vendedores se le pusieron rápidamente, uno de cada lado.

—No queremos a los de tu clase aquí limosneando. Sal de aquí de inmediato antes de que llamemos a la policía.

Lo echaron a la calle a empujones, y cerraron con llave la puerta de entrada.

La amenaza de la policía hizo sonar campanas de advertencia en sus oídos mientras corría por la colina. Se dio cuenta demasiado tarde, por supuesto, de que no dejaban entrar a gente como él a las grandes tiendas y le agradeció a Dios el no haberles mostrado el collar, ya que habrían pensado que lo había robado y entonces era seguro de que lo harían arrestar.

—Pero tú lo has robado —le dijo testarudo Daniel cuando le contó la historia de la tarde—. Y esa es la única verdad.

—No, no lo es —le replicó con vehemencia Finn—. Ella nos lo debe. ¡Sí, y más que eso! —Y de inmediato volvió a salir derecho para buscar al prestamista local, sabiendo que conseguiría menos dinero pero que por lo menos sería algo. Más tarde, se dijo a sí mismo, cuando consiguiera un trabajo y fuera un gran éxito, lo podría recuperar. Luego, con su nueva respetabilidad, nadie cuestionaría que él poseyera una joya tan valiosa. Pero el prestamista lo había mirado con recelo y luego le dijo que él no aceptaba cosas tan valiosas como aquella. Sería más de lo que valía su vida si los policías lo encontraban con la joya.

—Si me ven con esto —le advirtió a Finn—, terminaría en la cárcel contigo.

Y así, el collar fue tirado a un rincón debajo de la paja, como el hueso de un perro, tan inútil como una botella vacía de *whisky*. Y ahora, seis semanas después de llegar al lugar, todo el dinero que les habían dado en la caridad se había gastado.

Daniel levantó la mirada cuando oyó el ruido de las botas sobre los escalones cubiertos de hielo y su hermano entró al sótano. Su rostro hermoso estaba marcado por el frío y cubierto con la barba de unos cuantos días, pero había una gran sonrisa en los ojos grises y cargaba unos pocos paquetes envueltos en papel contra su pecho.

—Mira esto, Dan —le gritó, dejando los paquetes sobre el cajón de madera. Se frotó las manos y las acercó a la vela de la misma forma en que lo había hecho antes Daniel para calentarlas—. Encontrarás pan recién hecho ahí dentro, nada de basura de ayer para nosotros. Y la mejor manteca irlandesa. Y media libra de salchicha alemana de la fiambrería que está en la calle Norte. —Buscó en la parte interna de su jersey y sacó una botella de *whisky* irlandés, que colocó sobre el cajón—. Esto te calentará, amigo —le dijo con una sonrisa mientras la mirada asombrada de Dan iba de la botella de *whisky* al rostro de Finn—. Y antes de que me preguntes, te lo diré. Hoy cambié dos de los soberanos de oro de Lily en dólares.

Se acomodó junto al cajón de madera mientras le contaba a Dan lo que había sucedido.

—Fui a la iglesia de San Esteban para quitarme un poco el frío y para ver si el viejo Santo del Cielo podría aparecer con una respuesta para nosotros, viendo que nosotros solos no podíamos hacerlo. Pero nada era prometedor y el sacristán me miraba de reojo, porque había estado largo rato allí. De modo que salí y caminé por las calles durante un tiempo y luego subí la colina. ¿Y qué encuentro cuando llego allá arriba? —Miró a Daniel radiante—. Hermano, la puerta de un banco, por su puesto. Pensé para mí, «Yo tengo estos cincuenta soberanos atados a mi cintura y sin darme ningún beneficio para nada, de modo que ¿por qué no entro al banco y les pido con valentía que me los cambien a dólares?».

Abrió la botella del *whisky*, tomó un sorbo y se la ofreció a Daniel.

—Ellos lo hicieron sin preguntar nada. ¿Y sabes cuánto conseguí por esos dos soberanos, hermano Dan?

Daniel negó con la cabeza y Finn le sonrió triunfante.

—Diez dólares yanquis, viejo, eso es lo que obtuve por ellos. —Miró excitado los ojos de su hermano—. ¿Sabes cuánto tengo atado a mi cintura, tonto? ¿En valor? El equivalente a doscientos cuarenta dólares. Una fortuna, Dan. Toda una maldita fortuna.

Dan lo miraba sin hablar. Un trabajador tenía suerte si ganaba diez dólares por semana para pagar techo, alimentar y vestirse él, su esposa y numerosos hijos. Y ellos tenían soberanos por un valor de doscientos cuarenta dólares.

—Podríamos vivir dos años y cuatro meses con eso —calculó con rapidez Dan, de pronto tan emocionado como su hermano. Se llevó la botella a los labios y bebió bastante. El alivio y el *whisky* hicieron que las piernas se le debilitaran, y debió tomar otro trago para tranquilizarse.

—Nos has salvado, hermano —le gritó lleno de admiración—. Nos has salvado de la muerte, ya que hoy no conseguí ese trabajo y te juro que estaba al final de mis

fuerzas y maldiciendo a Lily Molyneux junto contigo. —Los ojos se le nublaron cuando pensó en su madre patria—. Sí, y deseaba regresar a casa, Finn —agregó triste—. Deseaba regresar a Connemara. Volver a estar en los bosques persiguiendo faisanes, gallinetas y urogallos. Por las calles de Boston, Finn, no los veía. Solo me veía a mí mismo sacando salmón del río, debajo de aquel sauce, ¿sabes al que me refiero?

Finn se encogió de hombros. Tenía dinero en su bolsillo y se sentía como un hombre nuevo. Estaba listo para conquistar todo el Extremo Norte de la ciudad y la ciudad de Boston misma, sí, toda Norteamérica también, si era necesario. Cerró los oídos a los recuerdos tristes de su hermano de Ardnarná y le dijo impaciente:

—Te olvidas de que éramos tan pobres como el irlandés de al lado. Y que por una mala palabra o mirada, el amo nos habría enviado a palear de nuevo excremento de caballo. —Se palmeó confiado el bolsillo—: Tenemos más dinero en nuestros bolsillos, ahora, hermano, que lo que jamás habríamos tenido en Connemara. Esto es lo que ellos quieren decir con «una oportunidad de oro». Esos soberanos son de oro y esta es nuestra oportunidad.

—Te diré qué —gritó, inspirado por la emoción de su recién hallada riqueza—. Lo vamos a celebrar, Dan. Nos iremos al café italiano y llenaremos nuestros estómagos con tanta comida como pueda entrarnos. Y luego después iremos al bar.

Daniel asintió. Se puso de pie, se anudó la delgada bufanda al cuello y Finn dijo:

—Espera, iré a buscar arriba a Rory para que nos acompañe.

Salió corriendo escaleras arriba, tres pisos sin detenerse, y luego dio un fuerte golpe a la puerta de madera. Se produjo el silencio cuando la familia que estaba en el interior se congelaba de inmovilidad. Un golpe así solo significaba problemas con la policía.

—Está bien, soy yo, Finn —dijo, y la puerta se abrió de par en par y un jovencito le dio la bienvenida.

Rory O'Donovan era menor que Finn un año; tenía dieciséis e iba a cumplir pronto los diecisiete. Vivía con su madre viuda, hermanos y hermanas, siendo un total de siete personas en dos diminutos cuartos. Las ventanas habían sido tapiadas contra el frío y, como el sótano de Finn, los cuartos estaban casi en la oscuridad, dándole a Rory la característica palidez de inmigrante. Rory tenía aspecto delgado y frágil con brazos y piernas finos como alambres, brillantes ojos oscuros y una tos terrible que a veces le sacudía todo el cuerpo, tanto que Finn pensaba que iba a estallar.

Había conocido a Rory el mismo día en que llegó al Extremo Norte. Acababa de bajar del barco de Nantucket y, con el sonido tintineante en sus bolsillos de las pocas monedas que le habían dado los isleños, se había detenido a preguntarle al muchacho si conocía algún alojamiento barato. Rory lo había llevado al sótano donde unos empobrecidos inquilinos habían consentido, por la suma semanal de un solo dólar, dividir su sótano en dos y alquilarles a los muchachos O'Keeffe una mitad.

Finn y Rory se habían hecho amigos desde entonces, y Finn ahora le pasó un

brazo por los hombros y lo invitó a que los acompañara al café italiano.

—He tenido un golpe de suerte, tonto. —Agregó con una sonrisa—. Te lo contaré luego, mientras comemos algo caliente.

Rory fue a buscar su gorra y su bufanda, y Finn rápidamente aprovechó la oportunidad para deslizarle dos dólares en la mano de la señora O'Donovan, diciéndole que no pensara nada, que habría mucho más por venir. Ella lo miró agradecida cuando Rory y él bajaron haciendo ruido por las desvencijadas escaleras, que tenían olor a repollo y orina, y una indescriptible mugre y pobreza. Los dos dólares pagarían lo que debía de la *cuenta* en el almacén, de modo que podría obtener más crédito y alimentar a su familia durante otra semana, si tenía cuidado.

—Es un buen muchacho, el joven Finn O'Keeffe —le dijo a sus hijos—. Llegará muy lejos en el mundo, podéis estar seguros de ello.

El café italiano estaba a una respetable distancia en el Octavo Distrito, pero esta noche ellos no notaron la distancia o el frío mientras reían o hablaban llenos de emoción, con las gorras bien caladas hasta las orejas y los mentones metidos en las bufandas para poder detener el viento helado. Unos pocos copos de nieve giraban alrededor, pero de alguna manera, eso no pareció importar tanto como antes y Finn sintió la embriagante libertad de ser un hombre de medios por primera vez en su vida.

—Me gusta, viejo —le dijo, dándole una palmada a Dan en la espalda y sonriéndole a Rory—. Me gusta este sentimiento de tener dinero. Me hace sentir grande. Sí, más que eso. Como si nadie pudiera tocarte; estás a salvo de los juicios y tribulaciones del mundo. —Palmeó los soberanos de oro que tenía en un monedero de cuero, atado a la cintura debajo de la chaqueta y suspiró con satisfacción—. Tal vez, después de todo, no tendré que matar a Lily Molyneux —dijo con un guiño a Dan, y los dos rieron como si fuera la broma más graciosa del mundo, mientras Rory los observaba divertido.

—Te contaré todo cuando seas lo suficientemente mayor —prometió Finn con otro guiño del ojo, mientras entraban en el pequeño café todo lleno de vapor. La embriagante fragancia a hierbas y especias y las carnes asadas le llenaron la boca de saliva. Pidieron un botellón de vino tinto y lo bebieron con lonchas de salami y aceitunas verdes, mientras esperaban la comida. Y cuando llegaron los platos con pollo asado y una sabrosa polenta, hicieron silencio, concentrados en la comida como si fuera lo único que importaba en el mundo. Terminaron en menos que canta un gallo, y Finn se reclinó satisfecho contra el respaldo de la silla. Pidió más vino y más comida para sus amigos y pensó que la vida jamás le pareció tan buena.

Sus pensamientos volvían como siempre a Lily y se volvió a preguntar qué había sido de ella. Su nombre no estaba en la lista de supervivientes que estaba en el edificio de los Hijos de la Templanza en Nantucket, pero, de todos modos, el nombre de *lady* Lily no habría sido colocado junto con los otros simples mortales. De alguna manera, ella habría terminado junto con los gentiles como ella. Pensaba en la historia que uno de los marineros le había contado, de cómo él la había visto caer al mar. Se

dijo a sí mismo que no podría haber sido Lily; esas cosas no le suceden a muchachas como ella, siempre habría existido un tonto a su lado listo para protegerla. Se dijo a sí mismo sombríamente que Lily se había salvado. Lo sabía. Lo sentía en su corazón.

Después del calor humeante del pequeño café, el frío los golpeó como si fuera una bofetada. La respiración quedó flotando en el aire y las botas golpearon contra el hielo negro, dejándolos temblando y maldiciendo sobre el empedrado.

—Demasiado frío para que nieve —dijo Rory mientras el viento congelado silbaba a través de la delgada chaqueta. Este era su segundo invierno en Boston y conocía su clima. Más tarde, cuando la temperatura subiera uno o dos grados, habría nieve, toneladas de ella. Pensó con tristeza en los cinco hermanos, todos necesitados de botas nuevas, y supo que debía conseguir como fuera y en cualquier lugar un trabajo. Haría cualquier cosa.

—Trabajarás con nosotros, amigo —le dijo Daniel, contestando a su silenciosa plegaria, y caminando por las calles cubiertas de hielo como si no sintiera el frío. Apresuró el paso a su lado y le preguntó qué quiso decir—. Con este dinero pondremos una tienda —le dijo Daniel con importancia—. ¿Te parece bien, Finn? —Se detuvo y miró los rostros llenos de preguntas; luego se rio—. Solo preguntaos, tontos, ¿qué es lo que la gente más necesita? Por supuesto que comida y bebida. Y después ropa. Pantalones, faldas, abrigos, botas. Abriremos un almacén con ese dinero, muchachos, y luego os aseguro una cosa: jamás nos moriremos de hambre. No con nuestro propio negocio.

—¿Crees que tenemos lo suficiente como para eso, Dan? —le preguntó ansioso Finn.

—Seguro, pero iré a hablar con el jefe del distrito. Él me pondrá al tanto de todo. —Le dio a Finn una palmada de afecto en la espalda—. Todo esto es gracias a tu hermano inteligente —le dijo, olvidando que siempre había acusado a Finn de robarle a Lily, y su enorme rostro se iluminó con una emocionada sonrisa ante la idea del dinero y del comienzo de una nueva vida.

Parado en el mostrador del Bar de Brady, Finn dijo:

—Es un buen país, Norteamérica. Nos dan cinco veces más dólares que los soberanos, como si el dinero creciera en los árboles. —Miró alegre a su alrededor. Como siempre, estaba lleno de hombres andrajosos y de mujeres con chales negros que estaban sentados frente al único trago que podían pagarse, ya que por lo menos el bar estaba caliente y la compañía de otros los hacía olvidar sus preocupaciones. Y era mil veces mejor que los oscuros agujeros helados que ellos llamaban hogar.

—Tal vez, deberíamos abrir un bar —le dijo Finn a Daniel—. Seguro que siempre tendremos muchos clientes.

—Hay tres bares en cada manzana del extremo norte —le respondió Dan—, y todos están llenos de tipos que solo tienen algo para pagarse un trago. El único dinero que queda aquí es lo que les queda después de haber alimentado y vestido a sus familias. No, tonto —le repitió—, un almacén es donde va el dinero, estoy

convencido de ello.

Rory volcó su *whisky* y comenzó a toser. La tos se transformó en un silbido y su rostro se puso rojo.

—Será mejor que tomes un coñac, Rory —le sugirió Finn cuando el muchacho lentamente recuperó la respiración.

Rory bajó la cabeza con tristeza.

—Mi padre murió por la bebida. Y mi madre siempre me dice que, si yo me parezco a él, ella me clavará al suelo antes de permitirme entrar a un bar.

—Y tiene razón —asintió Finn con aprobación—. No tomaré a ningún borracho como empleado —le hizo un guiño a su amigo, pellizcándole el brazo para animarlo—. Solo piensa, Rory —le dijo, con el rostro iluminado del asombro de los diecisiete años, mientras contemplaba el repentino ascenso de su vida—, un día tú, Dan y yo seremos ricos.

—¿Entonces sois ricos? —Jack Brady, el dueño del bar, preguntó apoyándose interesado sobre el deslucido mostrador de madera, junto con los clientes que se acercaron para oír quién había hecho fortuna en Norteamérica.

—Sí —dijo Dan con una modesta sonrisa—. Mi hermano y yo. Nos hicimos de una cantidad de dinero y pondremos un almacén. Una bonita tienda que esperamos que todos visiten, ya que tenemos planes de ofrecer los mejores precios del Extremo Norte.

—Doscientos cuarenta dólares —exclamó con orgullo Finn. Un silencio cargado de asombro se produjo en el salón mientras él se palmeaba el bulto que tenía debajo de su chaqueta—. Y a mí y a mi hermano nos gustaría invitarlos a cada uno de ustedes, nuestros compatriotas, con una gota del mejor *whisky* irlandés que Brady tenga en la estantería. Para celebrarlo. Y para que así no se olviden de los hermanos O’Keeffe de Connemara cuando tengan que hacer su próxima compra.

Cuarenta pares de ojos miraron con admiración a los muchachos, mientras Brady pasaba los vasos y ellos los levantaban para brindar por la envidiable buena fortuna de los O’Keeffe. Doscientos cuarenta dólares era más de lo que cualquiera de ellos podría llegar a hacer en toda la vida y más de lo que cualquiera podría incluso imaginarse ver en un montón de billetes. Se bebió el *whisky* con alegría y luego se tocó *Irish Rover* en el acordeón. Alguien más acompañó con un violín y luego con las gaitas y flautines y, antes de que se dieran cuenta, Brady comenzó la canción. El *whisky* siguió fluyendo gracias a Finn y a Daniel, y Brady sonrió feliz por su repentina bonanza, aunque le advirtió a Dan:

—Será mejor que no se gasten todo en alcohol en una noche, amigo, o jamás podrán poner el negocio.

Rory terminó su *whisky* y dijo:

—Debo regresar, Dan. Mi madre debe estar preocupada.

Dan estaba todavía cavilando sobre las palabras de Brady. Sabía que el dueño del bar tenía razón y sabía que, estando borracho, el dinero se les escaparía de los dedos

en una sola y grandiosa fiesta, a menos que hiciera algo al respecto. Le dio un codazo a Finn y le dijo al oído que le diera los soberanos a Rory.

—Llévate el dinero contigo, muchacho, para que no lo gastemos todo —le dijo—. Dáselo a tu madre para que lo guarde y te veremos por la mañana.

Finn buscó en la chaqueta y le dio el monedero de cuero con los soberanos a Rory. Dio un golpe sobre el mostrador y pidió una buena botella de coñac.

—Llévasela a tu madre, Rory —le dijo—. Vendrá bien para los fríos del invierno cuando haya enfermos. Y Dios te bendiga. Tú eres el mejor amigo del mundo, aparte de mi hermano Dan. No te olvides de contarle a tu madre tu nuevo trabajo con los O’Keeffe.

Se volvió al bar, haciendo tintinear las monedas en su mano. Las echó sobre el mostrador y dijo con magnificencia:

—Esto es suyo, Brady, por lo que pueda comprar para mantener felices a nuestros amigos.

Se oyeron más exclamaciones y la música tocó más alta, mientras los cantos de viejas canciones de la patria se hicieron más estridentes, levantando las copas, vertiendo el *whisky* de la calidez y el olvido en sus gargantas, perdidos en la maravilla y la magia de los nuevos ricos O’Keeffe.

—Sí, después de todo, Norteamérica es un lugar maravilloso —se decían entre ellos levantando la esperanza en sus corazones, ya que si uno de sus compatriotas podía encontrar el éxito, entonces seguro que existía una oportunidad para ellos también.

Rory no estaba borracho. Se metió el monedero de cuero que contenía los soberanos de los O’Keeffe en el bolsillo de su chaqueta y se abrió paso entre la alegre multitud para salir al frío. La puerta se cerró detrás de él y la realidad de las miserables y mugrientas calles del Extremo Norte lo volvió a sobrecoger. Salvo que ahora estaban cubiertas por un manto blanco. La nieve hacía remolinos sobre su cabeza y él levantó el rostro a la nevisca, sacando la lengua para atrapar los blancos copos de cristal, mientras tembloroso regresaba hacia el sombrío cuarto donde se acurrucaría con sus hermanitos, cabezas con pies, en un lío de paja que les servía como cama, como una carnada de cachorritos muertos de hambre y frío.

La nieve amortiguó los pasos del hombre que lo seguía, y él se volvió con sorpresa cuando sintió una mano pesada sobre el hombro. El hombre tenía la gorra calada hasta los ojos y una barba negra y rizada le cubría el rostro.

—¿Qué quiere? —preguntó Rory, pero había miedo en su voz, ya que sabía por el brillo en los ojos del tipo y la cachiporra que tenía en la mano exactamente lo que deseaba. El golpe lo alcanzó en la sien y lo hizo caer sin tan siquiera emitir un sonido.

Mirando rápidamente por encima de su hombro, el hombre se arrodilló junto a Rory, buscando con unos dedos congelados debajo de la chaqueta hasta que encontró el precioso monedero, aún caliente por el contacto con el cuerpo. Se puso de pie y por un segundo miró los pies del muchacho, con la sangre que ya manchaba la nieve. Una

mirada de desesperación y agonía cruzó por su rostro.

—Lo siento, chico —le dijo suavemente—, pero necesitaba esto para mi familia muerta de hambre. —Y luego, salió corriendo, resbalándose en la esquina por el hielo; corrió y se alejó tanto como pudo del Extremo Norte y de su diabólica hazaña.

Capítulo 25

Rory O'Donovan nunca volvió a ser el mismo después del golpe en la cabeza. Tartamudeaba, se trastabillaba al subir las escaleras y se caía en el empedrado. El viento helado del invierno empeoró su tos y adelgazó aún más. Su madre sacudía la cabeza con desesperación por su hijo mayor. Él era el único que podía trabajar y traer comida para las bocas hambrientas de sus hijos, y ella no sabía qué hacer.

—Si Finn O'Keeffe se hubiera guardado el dinero... —suspiró—. Nadie se habría atrevido a atacarles a él y a ese tipo tan grande, Daniel, de la forma en que lo hicieron con mi hijo. —Y Finn y Daniel también desearon mil veces que hubiera sucedido así cuando regresaron a su oscuro sótano.

En sus sueños, Finn recordó la embriagadora excitación de poseer dinero. Volvía a tocar las monedas de oro y estas por arte de magia se convertían en dólares, tantos que él casi no podía contarlos. Pero a la dura luz helada de la mañana se enfrentó con la realidad de que estaban vivos por la indeseada caridad de la gente de Boston, que odiaba a los irlandeses por traer pobreza y enfermedad a esta ciudad limpia y próspera. Sin embargo, había que alimentar a los bebés y a los niños, y los ricos bostonianos empleaban a las mujeres irlandesas como sirvientas en sus casas y a los hombres como obreros en sus nuevos edificios. Y aquellos que no tenían trabajo recibían un poco de comida para que no murieran.

Siempre que Finn o Daniel encontraban un trabajo descargando bolsas de carbón o de harina en las barracas, usando un pico en las pedregosas colinas, o rellenando con tierra los terrenos bajos de Back Bay, ellos dividían sus magros ingresos en dos y le daban la mitad a la madre de Rory.

—Usted no sufrirá, señora O'Donovan —le dijo Dan con aspereza—. Mi hermano y yo cuidaremos de ustedes, de modo que no tema. —Y suspiraba, ya que no veía cómo poder cumplir con aquella promesa.

Era una lluviosa mañana de abril y Finn caminaba por la calle cuando un caballo que tiraba de un bonito carruaje de dos ruedas se desbocó. Se volvió ante el sonido familiar de los cascos que galopaban y, por instinto, se arrojó hacia la cabeza del animal cuando este apareció a su lado. Se agarró con todas sus fuerzas de las riendas, con las piernas peligrosamente cerca de las ruedas, cuando el caballo corcoveó, arrastrándolo por el barro. Luego, se detuvo; retrocedió, dando patadas en el aire y él supo que lo había vencido.

En un minuto todo había terminado, y sonrió complacido mientras sostenía la cabeza del nervioso caballo. Este hacía girar los ojos, relinchaba y daba patadas, pero pronto lo calmó.

La mujer que conducía el carruaje era Beatrice James, esposa de Cornelius James, uno de los hombres más ricos de Boston. Miró a su salvador de pies a cabeza,

frunciendo el entrecejo al ver su destrozada chaqueta sin camisa debajo, ya que hacía tiempo que la que tenía se había hecho jirones, y a la bufanda anudada en su desnuda garganta. Le miró los embarrados pantalones y las viejas botas rellenas de papel de periódico para mantener los pies calientes. Miró el salvaje cabello ensortijado, la barba y los hambrientos ojos grises. Se estremeció con fastidio.

Pero al mismo tiempo notó su carácter seguro con el caballo y se dijo a sí misma que, después de todo, el joven rufián había evitado un horrible accidente. Le dijo con tono de agradecimiento:

—Debo agradecerle el haberme salvado, joven.

Finn se encogió de hombros.

—No fue nada, señora —le respondió observándola. Ella era alta y aristocrática y, aunque sus ropas eran sencillas, sabía que eran costosas. El pequeño carruaje era una belleza y debía de haber costado mucho. Pensó con esperanza que ella debería darle uno o dos dólares de recompensa.

Recorrió con una mano conocedora al nervioso animal, buscando alguna herida, al recordar su trabajo en los establos de Ardnavarna. Suspiró con melancolía; casi podía sentir el dulce olor del heno y el poder de un buen caballo entre sus muslos.

El caballo tembló nervioso debajo de su mano, y él le advirtió a su dueña:

—Le debo decir, señora, que esta potranca es demasiado alta para ir entre lanzas.

—Pero el cochero la eligió personalmente —respondió Beatrice, molesta por su presunción—. Dijo que sería un buen caballo para este carruaje.

—Entonces él solo ha probado que estaba equivocado, señora. Es demasiado rápida y nerviosa para usted. Incluso con los ojos tapados será peligrosa. Es mejor para carreras que para la calle.

Beatrice supo que tenía razón y se estremeció, pensando en su destino si el carruaje hubiese volcado. Tomó un dólar de su cartera y se lo dio. Él se lo metió ansioso en el bolsillo. Le dijo:

—Hay otro dólar para ti, mi muchacho, si me llevas a casa. —Tomó una tarjeta con el nombre grabado y la dirección y se la dio. Él la miró y ella se dio cuenta, impresionada, de que por supuesto no sabía leerla. Le dijo rápidamente que la llevara a Louisburg Square.

Finn dio un salto ágil al asiento del conductor y ellos partieron a un trote suave. El caballo se comportó perfectamente y Beatrice pensó en lo oportunos que eran los caminos del Señor, al haber hecho aparecer a este joven rufián irlandés.

Finn dejó escapar un bajo silbido de asombro cuando entraron al patio que estaba en la parte trasera de la mansión de Louisburg Square. Por encima de las puertas de los establos, cuatro caballos asomaron curiosos la cabeza y había dos finos carruajes en la cochera así como también un elegante trineo cubierto que se usaba cuando el hielo y la nieve hacía que las calles fueran intransitables para el tráfico rodado. Se bajó presto del coche, y luego ofreció una sucia mano para ayudar a la señora James. Frunciendo la nariz por el disgusto, ella la ignoró y bajó sola.

El rostro de Finn se sonrojó de vergüenza cuando recordó el día, hacía tiempo ya, en aquel patio del establo de Ardnavarna, cuando su hermano le había lavado la mugre y el olor apestoso de su cuerpo.

—Lo siento, señora James —le dijo enojado—, pero es difícil mantenerse limpio como cualquier hombre quisiera cuando se es tan pobre como yo.

Ella se volvió para mirarlo. La había llamado por su nombre y ella se dio cuenta de que debió leerlo de la tarjeta que le había dado.

—Entonces, después de todo, sabes leer —le dijo sorprendida.

—Sí, puedo leer. Y escribir también. Y he trabajado con caballos toda mi vida. Lord Molyneux siempre decía que yo era el mejor jinete que él hubiera visto y fui yo el que le enseñó a montar a caballo al joven lord William cuando todos decían que él jamás lo lograría. Trabajé como mozo de cuadras para un barón, señora, y mi hermano trabajó como lacayo y al cuidado de los cotos de caza de la propiedad, hasta que nos vinimos aquí para hacer una nueva vida.

—Una ciudad como Boston no es un lugar para que un mozo de cuadras y un lacayo encuentren un empleo productivo —le dijo cáustica.

—No, señora, no lo es —asintió amable Finn—. Pero nuestro barco naufragó. Nos enviaron a Nantucket y ellos nos trajeron a Boston. Y aquí estamos, ya que no tenemos dinero en los bolsillos para ir a otra parte.

Beatrice James se alisó los prístinos guantes grises sobre sus delgadas muñecas, mirando con ojos críticos a su rescatador. Era por cierto un muchacho inteligente con los caballos. Él había mencionado a lord William y la gran propiedad en Irlanda. Por supuesto, todos sabían que los irlandeses eran unos apasionados por los caballos, pero ella tenía evidencias de primera mano de que él era bueno con los caballos tal como le había dicho. Además, había demostrado una excepcional bravura.

—Espera aquí —le dijo, dándole el otro dólar que le había prometido—. Hablaré con mi esposo y veré qué se puede hacer.

Finn se guardó el dinero. Hizo tintinear las dos monedas, sintiendo que su espíritu se elevaba como el sol de la mañana.

—Jesús —se dijo a sí mismo—, he caído de pie aquí. —Corrió hacia la bomba de agua que estaba en medio del patio y se lavó las manos y la cara con agua helada. Se frotó las botas contra la parte trasera de los pantalones, se quitó la gorra y se alisó el cabello. Volvió a anudarse la bufanda y se ajustó la chaqueta sobre el pecho desnudo. Luego comenzó a pasearse nervioso por el patio empedrado, inspeccionando los caballos que sacaban sus cabezas por encima de las puertas de los establos.

Cornelius James lo observó en silencio desde los escalones de la entrada. Era más bajo que su esposa y más viejo, de cabello gris y astutos ojos castaños. Su familia era originaria de Inglaterra y no siempre habían sido ricos. Por supuesto, nunca habían sido tan pobres como los irlandeses y siempre habían tenido cultura y vivido en viejas casas llenas de libros y pinturas. Eran naturalmente educados. Él se había hecho rico con el invento inteligente de una máquina que se utilizaba en los molinos de algodón

de Massachusetts. Y cuando tuvo suficiente dinero se había casado con Beatrice, hija de los Brahmins de Boston. Luego había tomado a aquellos ricos y los había utilizado para hacerse de millones en la Bolsa de Valores de Nueva York.

Cornelius y Beatrice James eran presbiterianos, acudían todos los domingos a la iglesia, oraban por la mañana y por la noche en su hogar, por su familia y sus empleados. El señor James se enorgullecía de ser un hombre caritativo y estaba preparado por el bien de su esposa para contratar al muchacho que había arriesgado su vida para salvarla.

Por supuesto, el tipo era irlandés y no había creído una palabra de lo que había dicho de trabajar como mozo de cuadras en una gran propiedad de Irlanda, ya que todos sabían que los irlandeses envolvían la verdad en papeles de color, a fin de acomodarse a la ocasión. Pero después de observar al muchacho con los caballos, se arrepintió de lo que había pensado. Pudo ver que sabía lo que hacía y lo que era más, le importaba. Lo pudo decir por la forma en que les hablaba a los animales.

—Joven —le dijo y Finn saltó llenó de atención, quitándose presto la gorra y mirándolo con los ojos llenos de ansiedad.

—Joven, yo soy Cornelius James —le dijo caminando hacia él—. Mi esposa me ha contado lo que sucedió y yo le estoy agradecido por lo que hizo para ayudarla. —Colocando sus manos detrás de la espalda, se balanceó sobre sus talones, estudiando a Finn con aquellos penetrantes ojos castaños—. Es aún más joven de lo que pensé —dijo adivinando—, ¿dieciséis, diecisiete?

—Casi dieciocho, señor —dijo Finn con ansiedad.

El señor James asintió.

—Lo suficiente. Entonces le ofrezco el trabajo de mozo de cuadra. Estará a cargo de que los carruajes estén limpios y se asegurará de que los animales hagan ejercicio diario. ¿Está claro?

El rostro de Finn brillaba de alegría.

—Oh, sí, señor. Sí, claro que lo está, señor. —Extendió su mano helada—. Y que Dios le bendiga, señor, por darme esta oportunidad. No le defraudaré, puede estar seguro de ello.

Cornelius se obligó a sonreír cuando estrechó la mano del muchacho. Le gustó su entusiasmo tanto como su manera de tratar a los caballos.

—¿Y cuál será el sueldo, señor? —preguntó Finn, volviendo a lo práctico.

—¿Su sueldo? Ah, sí. Doce a la semana para empezar, con un aumento después de tres meses si su trabajo es satisfactorio.

—¿Doce dólares, señor? —dijo Finn, deseando bailar de la alegría.

—Y las comidas, por supuesto —agregó el señor James, ya de regreso a la casa—. Puede comenzar mañana.

—Sí, señor. Sí, señor, es un honor —le gritó Finn—. Aquí estaré, señor, al amanecer. Puede contar conmigo. —Y luego corrió de regreso a contarles a Dan y a Rory las buenas noticias.

Dan juró que, ahora que su suerte había cambiado, él también conseguiría trabajo.

—La suerte es como eso, Finn —le dijo con tono seguro—. Cuando ella está contigo, está contigo sin más.

El hambre llevó a Dan al lugar que era lógico, el almacén de Corrigan en la calle Hanover. Se detuvo afuera, con las manos en los bolsillos de los pantalones y los hombros encorvados contra el viento, mirando anhelante por las vidrieras los enormes barriles de harina y los sacos de patatas, los tarros de té y las cajas de repollo y cebollas. Cada vez que se abría la puerta, el aroma del jamón lo enloquecía y se ocupó de recoger los tallos de repollo y los restos que estaban debajo de los canastos, en frente del almacén. Tomó un trapo de su bolsillo y limpió el cristal, sonriéndole a la desdeñosa cara del señor Corrigan. Todos los días de la semana él iba a la tienda de Mick Corrigan, silbando alegre, recogiendo la basura, abriéndole la puerta a los clientes, quitándose la gorra con una sonrisa y un agradable «buenos días». Aunque la vidriera de Mick no estuvo nunca más limpia, él le decía con exasperación que se fuera y, cada vez, Dan miraba aquellos ojos enojados con una sonrisa.

—Seguro, yo solo estoy ayudando, señor Corrigan —le respondía con amabilidad.

Después de un par de semanas de ver el rostro delgado de Dan y sus ojos hambrientos fijos en las tajadas de jamón, Mick lo invitó a entrar. Y una vez dentro Dan habló. Sin perder el tiempo le contó a Mick la historia de su vida, salvo la razón por la que había abandonado Irlanda, y sin mencionar el nombre Molyneux. Pronto se había ganado a Corrigan.

Corrigan se estaba haciendo viejo, y se dijo a sí mismo que había ganado lo suficiente como para trabajar un poco menos. Si empleaba a Dan, no debería cerrar el almacén cuando él iba a la cantina a encontrarse al mediodía con sus amigotes, y podría permanecer abierto hasta más tarde por la noche. Dan pagaría su propio sueldo con el tiempo extra que tendría abierta la tienda.

—Le ofrezco trabajo como ayudante —le dijo magnánimo a Dan—, a seis dólares por semana. Y un descuento sobre todas las provisiones que usted compre.

—Siete —le dijo con firmeza Dan.

—¡Hecho!

Se estrecharon la mano y Dan se transformó en el ayudante del dueño del almacén Corrigan de la calle Hanover, que vendía de todo, desde guisantes hasta botones, desde tocino hasta botas, trabajando seis días y medio a la semana por siete dólares y con descuento en sus compras. Como ya no era uno de los desempleados, se sintió como si hubiera conquistado el mundo.

Se compró dos camisas nuevas y pantalones a crédito, a ser deducidos a un dólar cincuenta por semana de su paga. Se hizo cortar el cabello en la barbería de Flynn y se aseó en un baño público; elegante, limpio y lleno de juventud, se paró detrás del

maltratado mostrador de Corrigan. La ironía de trabajar para otro en un almacén, cuando podría haber sido con facilidad el propio, le hizo retorcer el estómago de resentimiento. Ardía de ambición, imaginándose como dueño de su propio mostrador, observando cómo entraba el dinero.

La simplicidad de la fórmula jamás dejaba de asombrarlo: uno trabaja a menor precio que los competidores y ofrece a la gente las mercancías a un precio justo y ellos le pagan su dinero. No podía fallar, y él miraba con frustración cuando los dólares y centavos fluían a los bolsillos del viejo Corrigan en lugar de a los propios, sabiendo que no había nada que pudiera hacer al respecto.

En su nuevo trabajo, el único problema de Finn era el cochero en jefe, Skellern. Era grande y gritón y, cuando bebía, se volvía truculento y pendenciero. Caminaba por el lugar dando órdenes a gritos y mostrando los puños cuando consideraba que no se había hecho un trabajo con suficiente prontitud. Constantemente regañaba a Finn. Él no trabajaba salvo para llevar al señor James al trabajo y a la señora a sus múltiples eventos sociales durante la tarde, y a veces a las casas de amigos por la noche. Siempre se lavaba la boca con un enjuague de fuerte aroma y comía pastillas de menta para borrar cualquier rastro de licor que pudiera tener en el aliento, pero Finn sabía que era peligroso y no sabía qué hacer al respecto.

Finn se enorgullecía de su trabajo. Le gustaba la forma en que brillaban los carruajes después de haberlos lustrado y siempre se esmeraba con el carruaje personal de la señora James. Jamás había rastro de barro en los ejes de las ruedas cuando ella abandonaba la casa. Fue una alegría tan inmensa volver a trabajar con caballos, que casi habría hecho el trabajo gratis. Pero cuando un mes después Skellern averiguó que la potranca *Thoroughbred*, que casi había provocado el accidente, fue vendida por consejo de Finn, su rabia de borracho hirvió.

Era un hombre fornido y grandote, construido, como Padraig O’Keeffe habría dicho, «como un cargador de ladrillos». Asió a Finn del cuello de su chaqueta y lo zarandó por el lugar. Enfrentándolo cara a cara, le preguntó con insolencia:

—¿Y quién es el pequeño bastardo que ha estado hablando a mis espaldas con el patrón?

Los ojos de Finn lo miraron intranquilos. Sabía que el señor James confiaba en Skellern y que él lo escucharía si Skellern decía que Finn no estaba haciendo bien su trabajo. El cochero tenía un poder total sobre él, y Finn se libró de sus garras deseando golpear al bastardo borracho en la nariz, pero sabiendo que no podía.

—No sé de lo que habla, señor Skellern —le dijo.

Skellern lo empujó contra la pared del establo, inmovilizándolo con un puño. Acercó tanto su cara a la de Finn que este tuvo que girar la cabeza para evitar el agrio olor a alcohol que tenía en el aliento.

—Maldito patán —le susurró, golpeando con ferocidad en el vientre de Finn—.

Te enseñaré a estar detrás de mi trabajo. Saldrás del patio del establo tan pronto me entere de que has cruzado una palabra con el patrón; no pienses que no será así. —Y diciendo esto le dio otro puñetazo certero en las costillas.

Como un hombre a punto de ahogarse, la vida de Finn pasó frente a sus ojos: se vio a sí mismo sin un centavo y sin trabajo nuevamente. Se recuperó y se quitó de encima el rostro vengativo de Skellern con un puñetazo que pareció salir de sus mismas botas. Skellern cayó al suelo como si le hubieran dado un hachazo, y Finn lo miró allí tendido. Luego, volvió la cabeza y vomitó con violencia en un rincón.

La cocinera era irlandesa y sentía debilidad por el joven Finn O’Keeffe. Observó desde los escalones cuando otros criados lo traían en brazos, ante el sonido de voces que se alzaban. Fue inmediatamente ante su señora y le informó de lo que había visto.

—Creo que es hora de que alguien se lo diga, señora, antes de que los mate a ambos, que Skeilern es un viejo borracho y que no le deben confiar los carruajes. No me gusta hablar mal de ninguno de nosotros, pero no consentiré que a ese buen muchacho se le trate con violencia, aun cuando eso también signifique perder mi empleo.

Beatrice James miró a la cocinera con asombro. La señora O’Dwyer trabajaba para ella desde hacía tres años. En general mantenía su lugar, y eso era lo que se esperaba de ella. Comprendió de inmediato que lo que la mujer decía debía ser serio. Envió al mayordomo y a otros criados a que se hicieran cargo de Skellern y le pidió a la señora O’Dwyer que le dijera a Finn que esperara en la cocina hasta que regresara el señor.

Skellern fue llevado hasta sus aposentos que estaban sobre los establos y se envió a buscar a un médico. Finn se dobló sobre un banco mirando el fuego de la cocina, mientras la cocinera le ofrecía tazas de té caliente y trozos de tarta que no aceptó. Le dolía tanto el vientre que pensó que tenía los intestinos rotos y su cabeza estaba tan mareada que pensó que se desmayaría, aunque no estaba seguro de si era por los golpes de Skellern o por el miedo a lo que sucedería.

El médico vino a examinarlo y dijo que, si había vomitado sangre, debería ir de inmediato al hospital.

—Si no, me atrevo a decir que sobrevivirá —dijo, impaciente de tener que tratar con un par de pendencieros trabajadores irlandeses. En su opinión, los inútiles inmigrantes deseaban matarse en sus peleas y por lo tanto ellos deberían dejarlos que siguieran así.

Finn se inclinó con tristeza sobre una taza llena de té, esperando a que el señor James regresara y dejara caer el hacha sobre su cabeza. Cuando por fin fue llamado al estudio, ya había aceptado el hecho de que sería despedido y que tendría suerte si no lo enviaban a prisión por atacar al cochero.

El señor James estaba sentado detrás de su gran escritorio y miró serio a Finn, por encima de sus lentes con montura de carey.

—Será mejor que me diga la verdad de todo este asunto —le dijo con cautela.

—No es culpa de Finn —dijo la señora O’Dwyer, cruzando los brazos en forma beligerante delante de sus pechos robustos y cubiertos por un delantal—. Él es un buen muchacho y buen trabajador. El viejo Skellern no es otra cosa que un borracho. Se lo dije a la señora antes y se lo digo a usted ahora, señor. Y solo desearía haber hablado antes para que cada vez que ustedes salían no me hubiera preocupado de si regresaban a salvo a su casa o en una camilla.

—Gracias por su preocupación, señora O’Dwyer —le respondió secamente—. Y ahora me gustaría oír lo que Finn tiene que decir.

Finn dijo embargado por la tristeza:

—Skellern juró y me maldijo. Le diría mentiras sobre mí por no hacer mi trabajo. Él estaba enojado porque yo le advertí a usted que la pequeña potranca que él había comprado era demasiado peligrosa para su señora. Deseaba echarme por ello, y ahora ya ha conseguido lo que quería. —Se movió nervioso sobre sus pies, con la gorra arrugada entre sus manos, un rubor de vergüenza en las mejillas y una mirada de desolación en los ojos—. Yo solo deseaba decir lo que pasó primero, esa es la razón por la que esperé.

El señor James dijo con seriedad:

—No toleraré alcohol en mi casa y mucho menos a mis criados. Ya he despedido a Skellern y le ofrezco a usted su trabajo, O’Keeffe, por el mismo salario. Veinticinco dólares por semana, y necesitaré contratar a otro muchacho para que se haga cargo de su viejo trabajo de mozo de cuadra —hizo un gesto de despedida con la mano—. Ahora puede retirarse, y recuerde que no quiero más peleas.

La señora O’Dwyer se sentía feliz, con el rostro rosado lleno de satisfacción.

—Usted es una persona honorable, señor —le dijo a su patrón.

Y el espíritu de Finn volvió a vivir cuando le dio las gracias.

—Yo conozco a un muchacho, señor, para mozo de cuadra —añadió, pensando en Rory.

Andando dolorido por las elegantes calles iluminadas con luz de gas, regresó al Extremo Norte e imaginó la emoción de Rory cuando le dijera que tenía un empleo para él por doce dólares por semana más las comidas.

—Esto sí que valió uno o dos puñetazos —se dijo a sí mismo con una sonrisa triunfante, mientras iba en busca de Daniel para contarle las buenas noticias.

Capítulo 26

Lily sintió que estaba viviendo en un sueño. Nantucket cayó rápidamente en las garras de un invierno helado y ella tembló durante meses, junto a la chimenea que estaba en la sala de estar de los Sheridan. No tenía idea de lo que haría después de que naciera el bebé, ya que no tenía dinero. Jamás había tenido que pensar por ella, y tampoco había necesitado buscar un trabajo.

Abigail Sheridan le habló sobre las criadas irlandesas en Boston.

—A las mujeres bostonianas ricas les gustan —le dijo a Lily—. Dicen que son muy buenas criadas y que las pobres trabajan todas las horas que Dios les permite sin tan siquiera una palabra de queja.

Pero Lily no iba a ser la sirvienta de nadie. La sola idea le parecía ridícula. Se dijo a sí misma que debía haber algo más que ella pudiera hacer: sin embargo, cuando pensó en ello se sorprendió de descubrir que no sabía hacer ninguna cosa útil. No cocinaba, cosía ni limpiaba. Hablaba francés, había leído mucho y podía tocar un poco el piano, pero por sus tontas travesuras con las numerosas institutrices su educación tenía grandes baches. Era experta en comportamiento social y se sabía vestir bien, pero ninguna de esas trivialidades importaban cuando se solicitaba un puesto como institutriz o niñera, o incluso, pensó con un estremecimiento, de cocinera.

Mientras tanto, la amabilidad de Alice Sheridan la envolvía en un capullo temporal de seguridad, y ella cerraba todos sus pensamientos hacia el futuro. Vivía día a día, mientras un horrible mes gris pasaba hacia otro mes gris. El único punto brillante en su horizonte era Ned. Para asombro de su familia, de pronto comenzó a venir a su casa demasiado a menudo.

—Por supuesto, viene para ver a Lily —le susurró Abigail a su madre y ellas sonrieron con complicidad, mirando a Lily quien con los ojos bien abiertos escuchaba las historias de Ned sobre su vida en los caminos. Alice Sheridan pensó que sería una solución ideal si su hijo olvidaba las descabelladas ideas de ser actor y, en lugar de ello, regresaba a su casa y se casaba con Lily. Entonces el bebé tendría un padre, y Lily podría amarlo como una buena madre en lugar de desearlo muerto. Y Ned tomaría a su cargo la paternidad de la forma en que Obediah siempre había deseado. Dejó escapar un profundo suspiro de satisfacción. Era la solución perfecta.

Marzo llegó y con él los límpidos cielos azules y el sol de una temprana primavera. Por primera vez, Lily se sintió lo suficientemente fuerte como para aventurarse a salir. Caminó hasta la ciudad del brazo de Ned, quien la presentó con orgullo a todos los que se cruzaban en su camino, desde el dueño de la Unión de Almacenes, donde se detuvieron a comprar azúcar y harina, hasta el viejo Bill Clark, el autonombrado pregonero de la ciudad y vendedor de diarios. Además de a todos

los vecinos y amigos de los Sheridan. Todos habían oído hablar de ella y le desearon suerte, y Lily pensó que, tal vez, después de todo, Nantucket no era un mal lugar.

Fueron en un pequeño tren a Surfside y caminaron de la mano por la playa; allí Lily le habló de Ardnarnna. Habló con desesperación de su padre y de cuánto lo amaba. Cómo se sintió destruida cuando él la echó, aunque por supuesto, Ned pensó que fue debido a que ella se había escapado para casarse con el joven capitán.

Él le apretó la mano con simpatía y dijo:

—Ahora me tienes a mí para confiar, Lily. Yo siempre te ayudaré. —La miró lleno de anhelo y ella le sonrió, reconociendo esa mirada en aquellos ojos—. Deberías pensar en ser actriz —le dijo—. La gente haría cola simplemente para verte sobre el escenario.

Ella lo miró asombrada. Había oído hablar de las actrices y sabía que no era una profesión respetable. En especial, no para pararse en un escenario para ser observada por hombres bestialmente horribles que solo tienen una cosa en sus mentes. Pero cada vez que Ned regresaba se lo volvía a mencionar, adornando su idea hasta el punto de ser pareja en el escenario, él como Romeo y Lily como Julieta.

—Nos transformaremos en una «leyenda teatral» —le anunció triunfante, ya viéndolos a los dos sobre el escenario agradeciendo los estruendosos aplausos con reverencias magnificentes.

Y cuando ella le señaló que no podía actuar, él simplemente le sonrió y dijo que eso no importaba. Le dijo:

—Con tu aspecto el público estaría feliz con solo mirarte. —Y Lily le sonrió agradecida. Por lo menos, ahora, ella tenía un amigo y un admirador verdadero.

Con cada mes que pasaba, Lily sentía que el bebé crecía en su interior. A menudo pateaba y la despertaba de noche, y ella gritaba en voz alta de la desesperación. Cuando Ned la vino a visitar en mayo, ella se quejó de sentirse cansada. Se negó a salir, aunque el día era cálido y soleado y le habría hecho bien.

—No comprendes —le dijo llorando, cuando él trató de obligarla—. No quiero hacer cosas que me hagan bien. No quiero nada que no sea no tener a este bebé.

Él se arrodilló y la tomó de las manos.

—Lily —le dijo—, no he hablado antes porque pensé que te reirías de mí y me dirías que soy un tonto y que ni siquiera nos conocemos. Pero cuanto te vi tendida en mi cama, ardiendo de fiebre, a punto de morir, me juré que no te lo permitiría. Prometí cuidarte. Me enamoré de ti la primera noche, Lily, y desde entonces no he podido quitarte de mi mente.

Ella trató de desasirse de sus manos pero él las apretó con más fuerza.

—Escucha —le dijo—. En Oriente, donde se entiende mucho de cosas así, ellos creen que cuando se salva la vida de una persona, uno se hace responsable del alma de esa persona. Eso significa que yo soy responsable de ti, Lily, y siempre lo seré. Sé

que soy aún joven y que no tengo nada que ofrecerte sino mi amor. Pero un día seré un gran actor y te pido que compartas mi vida. Te prometo ser un buen padre para tu hijo y prometo cuidarte.

Era una salida fácil y Lily se sintió tentada. Pero si se casaba con Ned, se vería obligada a quedarse con el bebé. Y ella sabía que ni tan siquiera podría mirar a la cara a este hijo que le había arruinado la vida.

—Por lo menos di que «tal vez» —le suplicó Ned—, y yo regresaré con la Compañía como un hombre feliz.

—Tal vez, más tarde; lo pensaré —le dijo.

Él la rodeó con los brazos y le dio un beso sonoro.

—Ah, cómo te amo, Lily Molyneux —le dijo con una sonrisa de triunfo—. Y nunca lo olvidas —agregó.

Bailó por la habitación, sosteniendo una pareja invisible en sus brazos y Lily se rio.

—Como ves —gritó feliz desde la puerta—, yo soy el único que puede hacerte reír. —Cuando desapareció por el pasillo, ella pudo oír que cantaba y daba alegres adioses a su familia, antes de correr para tomar el barco que lo llevaba de regreso a New Bedford.

Dos semanas más tarde, Lily se despertó en medio de la noche y supo que algo horrible sucedía. Llamó con alarma a la señora Sheridan, que se envolvió con premura en una bata de lana y apareció corriendo.

«No va a ser tan malo —se dijo Lily a sí misma con valentía—, no es realmente muy malo».

Pero las horas pasaron y los dolores fueron más fuertes y frecuentes, y ella gritó con rabia, deseando que el bebé muriera junto con ella. Después de catorce horas, el niño nació finalmente y ella se quedó tendida inmóvil, como el cadáver que hubiera deseado ser. Cuando lo oyó llorar, se tapó los oídos con horror. Era verdadero. El bebé estaba allí.

La señora Sheridan envolvió al bebé en una suave manta y se lo sostuvo para que lo viera.

—Es un varón, Lily —le dijo con la voz llena de la maravilla del nacimiento—, y un pequeñito precioso con el cabello tan negro como el tuyo.

Lily cerró los ojos para no verlo; se apretó las manos más fuerte contra sus oídos para no oírlo, y cuando la señora Sheridan trató de colocar al bebé a su lado, ella lo empujó.

El médico dijo que su agitación arruinaría la leche para amamantarlo, pero resultó que ella no tenía leche para el niño.

—Es como si hubiera deseado eso —dijo sombría la señora Sheridan, cuando le dio al niño un biberón.

—Será mejor no enojarla más —advirtió el médico—. Solo mantengan alejado al niño hasta que entre en razón.

Lily permaneció en cama con el rostro vuelto hacia la pared, sin dirigirle a nadie la palabra. Ahora que el bebé ya no estaba con ella, sabía que debía marcharse lo más pronto posible. Y así, debía comer y ponerse fuerte para poder huir.

Aún negándose a mirar a su hijo, permaneció en cama durante dos semanas, obligándose a comer las nutritivas comidas que las ansiosas Sheridan le preparaban. Ella conocía los horarios de los barcos que iban al continente, pero no tenía dinero para llegar allí ni a ningún lugar donde ir cuando lo hiciera.

El llanto del bebé resonaba en la casa y aunque la señora Sheridan jamás le dijo nada, la miraba con esperanza y Lily sabía que pensaba que pronto ella se recuperaría y aceptaría a su hijo.

Decidió ir a Boston. Era la ciudad grande más cercana y los Sheridan jamás la encontrarían allí. Ahora ella sabía dónde encontrar dinero. Esperó hasta que todos estuvieron en la cama y luego abrió los baúles. Miró los montones de sedas y satenes inutilizados que parecían haber pertenecido a otra joven, hacía mucho tiempo y luego guardó unas pocas cosas prácticas en una maleta de paja. Bien en el fondo encontró el valioso juego de cepillos de plata y, con ellos, el marco de plata con monograma, con una fotografía de la familia agrupada en la entrada de la Casa Grande. La sostuvo entre sus manos a la luz de la lámpara, mirándolos con los ojos llenos de lágrimas. Podía recordar el día que habían tomado aquella foto como si hubiese sido ayer.

Ella y Ciel habían estado preparadas para salir de paseo en coche de caballos. Pa y Mami habían salido a despedirlas, cuando de pronto William salió corriendo con el equipo de fotografía, colocando sobre un trípode aquella misteriosa caja negra. Le había llevado años armarla e, incluso cuando metió la cabeza debajo del cuadrado de tela negra durante tanto rato, Pa había rugido furioso para que terminara con aquello. Y, oh Dios, sí, ese era Finn, el que sostenía la cabeza del *pony*, elegante con su chaqueta a rayas y sus pantalones de montar marrones. Casi pudo sentir el calor del sol de aquella mañana en su espalda y la mano de Pa que tomaba la suya, y oír al *pony* masticando una manzana que Finn le había dado para evitar que bailara impaciente mientras William tomaba la fotografía.

Colocó la foto en la maleta, junto con los cepillos de plata que estaba segura podría vender por una buena suma de dinero. Después de que llegara a Boston, se imaginaría qué hacer. Pero tenía la certeza de que no sería sirvienta. Ella, Lily Molyneux, no.

Sabía que Alice Sheridan guardaba el dinero que ahorraba de la casa en una vieja tetera marrón que estaba en el estante del tocador, «para ser utilizado en caso de emergencia». Diciéndose a sí misma que esto era una emergencia, Lily tomó cinco dólares y escribió una corta nota diciendo que sentía que este fuera el único camino. Prometió enviarles pronto el dinero y también que enviaría dinero para ayudar a pagar por el niño, que esperaba que lo cuidaran y que le dieran todo el amor que ella jamás podría darle. Les daba las gracias por toda su amabilidad y decía que jamás los olvidaría.

Esa mañana, antes del amanecer, cuando la casa y el bebé estaban aún en silencio, tomó la maleta de paja y bajó en silencio las escaleras. Salió por la puerta delantera que nunca estaba cerrada con llave y apresuró sus piernas temblorosas hacia el muelle, atravesando la ciudad dormida.

Había un barco que partía para Boston al amanecer y ella separó con cuidado los tres dólares para el pasaje, colocando el resto en su bolsillo. Mientras observaba desaparecer la isla en la niebla de la mañana, supo que se había cerrado un capítulo de su vida y que ahora comenzaría uno nuevo. Y estaba segura, pensó, que este no podría ser peor que los anteriores.

Capítulo 27

Maudie.

Arnavarna.

Vi que Eddie escuchaba fascinado mis revelaciones del pasado. Miró a Shannon, sentada junto a él en el sofá. Un gato color naranja ronroneaba sobre su falda y ella acariciaba de forma automática el pelaje del animal. Se la veía dulce, vulnerable y muy joven. Sabía lo que él pensaba: que Lily debía tener el mismo aspecto.

Eddie sabía que ella buscaba la verdad sobre su padre y tenía la esperanza de que la historia de su familia le ayudara a encontrarla. Podía ver cuanto deseaba él poder ayudarla.

—Tal vez debería informarte de los antecedentes de Ned —dijo él— si crees que te ayudará a encontrar la verdad sobre Lily.

Nos sentamos a escucharlo.

—Oh, por favor —dijo Shannon— me muero por saber más de él, parece que... estaba muy enamorado de ella y era tan amable...

—Tal vez lo era, no lo sé. Pero era joven e inocente, y estaba loco por ella.

El brazo de Eddie se deslizó por el respaldo del sofá, detrás de los hombros de Shannon y vi que los ojos de ambos se entrelazaban en una mirada de profunda intimidad. Era una de esas miradas entre dos personas que nadie más debe ver. Me volví y eché otro leño en el hogar, dándole una patada con mis sandalias plateadas.

—Será mejor que comiences —le dije con animación.

Eddie se rio; sabía lo que estaba pensando.

—Les contaré la historia tal como mi abuelo me la contó a mí —dijo con una hermosa voz profunda de actor que debía ser como había sido la de Ned. De alguna manera, el pasado volvió a cobrar vida ante nosotros.

Eddie.

La Compañía De Lowry estaba actuando en Nueva Jersey cuando Jacob De Lowry le dijo enojado a Ned:

—¡O te quedas o te marchas! —Sus feroces cejas negras formaron una línea recta cuando lo miró con odio—. ¿Cómo se puede esperar que monte un espectáculo de éxito cuando uno de mis actores está tan enamorado que no puede concentrarse en lo que hace? Por el amor de Dios, ¿no hay suficientes mujeres para ti en todas las ciudades en las que actuamos?

Lo habría despedido allí mismo, de no ser porque al público le gustaba. Ned

conseguía más aplausos que ninguno, incluyéndose a él mismo y a Sasha, y esto era más que por su buen aspecto. Ned Sheridan poseía talento.

Jacob reflejaba en su rostro a un hombre de sesenta años. Estaba cansado de viajar, pero no veía otro camino, con su compañía atravesando un desastre financiero tras otro, cada semana. A menudo pensaba en lo agradable que podría ser retirarse a una bonita casa situada sobre el río Hudson, donde él sabía que estaban las casas de muchas estrellas. El lugar se encontraba a una buena distancia de las luces de Broadway y él podría entrar al Lambs Club las noches de estreno, con Sasha del brazo, ambos vestidos para la ocasión. Pero ¿cómo hacer eso? Ese era el problema. No había dinero en reserva y no había posibilidades de que lo hubiera pronto.

Sentado enfrente de un manchado espejo, en una fría habitación de una barata pensión de Nueva Jersey, Jacob estudiaba su perfil, haciéndolo girar de derecha a izquierda, echando hacia atrás su cabeza, para disimular la papada que amenazaba colgar por encima del cuello alto de la camisa.

—Te estás haciendo viejo, Jacob —dijo Sasha desde la cama, donde estaba tendida sobre un nido de abultadas almohadas de satén que siempre la acompañaban en sus viajes. Como Jacob, no era hermosa, pero era atractiva como él y sabía cómo sacar partido a sus encantos. Solo que cada año que pasaba le resultaba más difícil. Era más joven que su marido, tenía casi cincuenta años, pero también pensaba con melancolía en una acogedora cabaña, con rosas en la puerta y tal vez un gato ronroneando junto al hogar. A menudo hablaban de su retiro, imaginando interminables soluciones para conseguir dinero, pero esto siempre dependía de los contratos del mes siguiente y luego del próximo, y cada uno era siempre tan frustrante como el anterior. Salvo que últimamente, con el joven Sheridan en el grupo, la gente comenzaba a acudir a sus espectáculos y a tomar nota.

—Deberías darle a Ned un papel más importante —le dijo de pronto Sasha—. Deja que tenga un papel principal.

Jacob se volvió, mirándola asombrado. Le dijo enojado:

—Yo siempre he sido el que representa los papeles principales, Sasha. El público lo espera.

—No, ya no es así. —Sasha encendió un cigarrillo y exhaló un círculo perfecto de humo en el aire frío de la habitación. Acurrucándose más en las almohadas, dijo con crueldad—: Acéptalo, Jacob, el público mira los muslos de Ned, no los tuyos. En caso de que no lo hayas notado, hay algo en él que atrae los ojos como si fuera un imán. —Se acarició el vaporoso cabello rubio y bostezó—. No eres tú solo, Jacob, soy yo también. Los hombres miran a Ned en lugar de mis pechos. ¿Y sabes tú lo que eso significa, Jacob? Significa que tiene la calidad de una estrella.

Jacob decidió no prestarle atención a su cháchara de volverse viejo y se concentró en las nuevas ideas que le venían a la mente. Había visto a todas las estrellas del escenario y conocía el talento cuando lo veía. Sabía que tenían suerte de tener a Ned. Su amenaza de echarlo había sido pura jactancia de su parte, ya que sabía que el

muchacho sería contratado por cualquier representante de actores que tuviera ojos en el rostro y la mitad de un cerebro.

No había dudas acerca del talento y del aspecto de Ned, pero también era cierto que era muy inocente.

El *campesino*, lo había apodado Sasha cuando había visto por primera vez la belleza rubia y los modales amables. Por supuesto, era un campesino con educación, pero muy inocente en las cosas del mundo. Ned aún estaba deslumbrado por la sofisticación del teatro y no había vagado lo suficiente como para tener sentido de la realidad y desilusión.

—Si desea transformarse en una estrella, necesita un buen representante —dijo Sasha bostezando—, y jamás obtendrá eso trabajando con nosotros, Jacob, de modo que no hay necesidad de que se vaya y nos deje en la estacada.

Jacob pensó en lo que ella decía y de pronto vio todo un mundo nuevo y más fácil que se abría ante él. Un mundo donde él ya no necesitaba seguir actuando y dirigiendo a su grupo de artistas miserables y mal pagos. Ned Sheridan dependía de él en su trabajo. Él creía en todo lo que le decía y Jacob ya había dicho lo suficiente, contándole grandiosas historias de los teatros en los que jamás había actuado, diciendo los nombres de estrellas y de famosos gerentes teatrales que él declaraba conocer. Ned Sheridan no conocía a nadie en el mundo del teatro. Y Ned Sheridan confiaba en él.

Jacob canceló su aparición en escena para la noche siguiente y le dijo a Ned que él actuaría en su lugar.

—Te hará bien, mi querido muchacho —le dijo, colocando un brazo sobre los hombros de Ned en gesto de amistad—. Tengo algunos asuntos que atender en Nueva York. Hay varias ofertas por mis servicios... —Movié airoso el cigarrillo que tenía en la mano, dando la impresión de que una docena de gerentes teatrales de Nueva York estaban haciendo cola para verlo a él. Luego suspiró y dijo—: Cómo desearía volver a tener tu edad, Ned. Hay tantos buenos papeles para hacer, perfectos para un joven apuesto como tú que haga el papel principal. —Ned lo miraba ansioso y Jacob golpeó la ceniza de su Corona, reflexivo—. Por supuesto, una persona necesita de conexiones para conseguir los primeros papeles. Y naturalmente, después de todos estos años, yo tengo esas conexiones.

Miró con astucia a Ned. Sus penetrantes ojos oscuros resultaban insondables y Ned ni siquiera se preguntó la razón de que, con sus *conexiones*, Jacob aún actuara en miserables teatros de pueblo. Él era su único contacto con el gran mundo y lo deseaba con desesperación.

—¿Cree realmente que existe una oportunidad para mí en Nueva York, señor De Lowry? —le preguntó lleno de ansiedad.

—Eso significaría dejar la Compañía, muchacho. —Le dijo Jacob con tono de reproche—. ¿No he sido un buen patrón? ¿Un buen amigo para ti? ¿No te enseñó Jacob De Lowry todo lo que sabes? —Echó las manos al aire y gritó con dramatismo

—. ¡Y ahora deseas abandonarme!

—¡Oh no! No, señor, ¡no lo deseo! —Ned le habría rogado a De Lowry de rodillas por tener la más mínima posibilidad con una de sus *conexiones*—. Pero usted mismo dijo que había muchos papeles buenos para hombres de mi edad. Y solo sé que tengo talento para probármelo. Todo lo que necesito es un próximo paso.

—Si yo te proporcionara ese paso, entonces naturalmente debería esperar ser recompensado por mi pérdida —dijo Jacob, haciendo girar su cigarro entre los dedos y mirando pensativo al infinito—. Por supuesto, debe existir alguna buena manera de hacerlo. Siempre hay...

—Cualquier cosa, señor —ofreció Ned cuando las luces parecían acercarse.

—Entonces yo tengo la respuesta perfecta —dijo rápidamente Jacob—. Seré tu representante. Dirigiré tu carrera, querido muchacho, y con mis conexiones y tu talento llegaremos lejos. Hasta la cima, no lo dudo. Y créeme, no hay mejor lugar que ese —añadió con importancia, como si supiera todo acerca de cómo se sentía uno al estar en el pináculo del éxito.

»Por supuesto que está el tema de mis honorarios. Ahora, déjame pensar... —Hizo girar su cigarro; sabía con exactitud lo que le costaría a Ned Sheridan y ya podía ver la casa en el campo con las rosas y el gato, y el Lambs Club y las noches de estreno. Ned Sheridan sería su entrada al gran mundo por primera vez en su vida—. Por supuesto, como tu representante podría pedir más, pero creo que el cincuenta por ciento será adecuado, considerando nuestra amistad.

—¡Hecho! —Ned apretó la mano de Jacob y se la estrechó con entusiasmo—. ¿Cuándo partimos para Nueva York?

—Tú no partes, querido muchacho. Tú subirás al escenario para hacer mi papel principal; mientras, yo viajaré a Nueva York y consultaré con mis amigos en representación tuya.

Jacob partió a la mañana siguiente, vestido con sus mejores ropas extravagantes, pantalones a rayas grises y abrigo negro de solapa ancha, que se había puesto verduoso en las costuras por los años. Llevaba una bufanda de seda anudada al cuello y una voluminosa capa negra, acompañada de sombrero negro de alas anchas. Además llevaba su bastón de caña con empuñadura de plata.

Le hizo jurar a Ned que guardaría el secreto, y no le contó a Sasha el motivo de su viaje a Nueva York. Ella lo observó irse, preguntándose qué se llevaría entre manos, ya que sabía que el ladino viejo bastardo estaba tramando algo. Notó que el joven Ned Sheridan también estaba lleno de emoción, y estaba segura de que no se debía a que esa noche haría el papel principal en el lugar de Jacob. Suspiró cuando salió de su nido de almohadas y comenzó a prepararse para la función. Fuera lo que fuere que Jacob estuviera tramando, esperaba que fuera bueno, ya que se estaba haciendo vieja para esa vida.

Aquella noche, Ned dio todo lo que tenía en su papel como conde francés enamorado de una cortesana moribunda. Era la versión de Jacob de *La dama de las*

camelias y el escaso público golpeó con los pies el suelo, pidiendo una repetición.

Sasha los miraba anonadada. Hacía años que no le pedían una repetición, y últimamente se sentía contenta si salía del escenario sin oír los horribles insultos personales proferidos por la gente que abandonaba la sala. Ned miró a través de los cegadores reflectores a unas pocas docenas de personas que lo aplaudían, y sintió una embriagadora sensación de poder y excitación que solo el éxito podía traer. Se dijo a sí mismo emocionado que, con la ayuda de Jacob, pronto estaría actuando para cientos de personas, y que no podía esperar a que este regresara con las buenas noticias.

Las *conexiones* de Jacob en el teatro de Nueva York eran lo suficientemente reales: los conocía a todos, pero ellos no deseaban conocerlo a él. Sin embargo, con los retratos de Ned en sus manos y su propia jactancia pudo entrar ampulosamente en las oficinas del famoso productor Charlie Dillingham, quien estaba justamente buscando el elenco de una nueva obra, y había un papel protagonista para un joven apuesto. Dillingham le dijo a Jacob que Ned se presentara para una prueba.

—Pero será mejor que sea tan apuesto como en esta fotografía —dijo, golpeando con un dedo de advertencia el retrato de Ned.

—Es más que eso —respondió Jacob con confianza—. Mi cliente posee talento, señor Dillingham. La clase de talento que atrae al público. Ned Sheridan colocará traseros en sus butacas, señor Dillingham, no se equivoque.

Al día siguiente, Ned y Jacob fueron a Nueva York juntos. Y Ned, con la cabeza descubierta, apuesto y seguro entró en las oficinas de Dillingham como si el lugar le perteneciera. Le dijo a Dillingham que era un buen actor y las pruebas que más tarde se hicieron en el teatro de la Quinta Avenida lo probaron. No prestando atención a la petición de Jacob de repetir el papel que había representado la noche anterior en *Camelia a la luz de las velas* (escrita por J. De Lowry), leyó sin preparación del libreto que le alcanzó Dillingham.

Era una obra ligera; no había significados ocultos o pensamientos profundos. Su único fin era entretener, y Dillingham sabía que Ned Sheridan era el hombre para el papel protagonista juvenil. Las mujeres lo adorarían por su aspecto y los críticos no podrían decir nada malo en contra de él. Pero era un hombre difícil y fue una negociación difícil también. Cien dólares semanales estaban muy lejos de los quinientos que Jacob había esperado, y este vio que debería esperar un tiempo para su cabaña con jardín de rosas. Sin embargo, pidió una semana por adelantado y le dio cincuenta dólares a Ned con un gesto ampuloso.

—No lo gastes en seguida, querido muchacho —le dijo con cautela—. La obra no abre hasta dentro de un mes y no hay garantía de lo que estará en cartel. Una semana de paga será tal vez todo lo que consigas.

A Ned no le importaba nada. Caminaba por las calles de Broadway, las calles de sus sueños, y estos estaban a un paso de hacerse realidad. Se dirigió directamente a una joyería y gastó todo en un bonito anillo de amatistas para Lily. Tal vez pasaría un

tiempo, pero cuando pudiera regresar a Nantucket le volvería a pedir que se casara con él y esta vez sellaría el compromiso con un anillo.

Trabajó sus últimas dos semanas con la Compañía en el papel protagónico, ya que Jacob dijo que sería una buena práctica para él. Pero en realidad, fue porque se había corrido el rumor acerca de Ned y por una vez la compañía De Lowry trabajaba a sala llena, y Jacob se preguntaba con remordimiento si después de todo no se habría equivocado al enviar a su protegido a Nueva York.

—Él se habría ido de todos modos —le dijo Sasha encogiéndose de hombros—. Nunca le lleva mucho tiempo a un actor saber cuando él tiene la delantera, ya que en general han estado en el fondo durante demasiado tiempo. ¿No te dije que tenía talento?

—Esto es solo el comienzo —dijo Jacob, fumando feliz su Corona—. Ned Sheridan nos comprará nuestra cabaña en el campo y nuestra entrada a los círculos teatrales de Nueva York. ¡Cincuenta por ciento! —se rio—. Y el muchacho jamás lo cuestionó.

Sasha lo miró con desesperación.

—Lo hará, Jacob —le prometió—. Pronto lo hará.

Dos semanas más tarde, Jacob y Sasha acompañaron a Ned hasta la estación del ferrocarril, advirtiéndole que la ciudad estaba llena de ladrones y de estafadores, diciéndole que se consiguiera una pensión respetable y que cuidara su dinero. Justo cuando el tren salía, Harrison Robbins apareció en el andén con una maleta pequeña en la mano. El tren ya estaba en movimiento y él corrió a su lado, echó la maleta a bordo y luego se lanzó tras ella. Se volvió para saludar con la mano cuando pasaban por delante de los De Lowry.

—Me voy, Jacob —le gritó, riendo ante los asombrados rostros.

—Después de todo, no podía dejar que mi amigo partiera solo para Broadway —le explicó a Ned—. Sería como enviar a un inocente cordero al matadero. —Se sentó, cruzó los brazos y le sonrió—. Estoy cansado de los De Lowry —dijo—. Y estoy cansado de obras de segunda y de teatros de cuarta. Soy actor. Bailo y canto. Puedo hacer el papel de un tonto o de un seductor como el mejor de ellos y buscaré mis posibilidades en Nueva York contigo, Ned. Además, conozco a la dueña de una pensión que es buenísima. Sirve la mejor carne asada los domingos y hace mucho que no la pruebo. Además nos cuidará como una madre. Créeme, Ned, será muchísimo mejor que las pensiones miserables a las que estamos acostumbrados. Tengo trescientos cincuenta dólares a mi nombre, y si no tengo un trabajo para cuando se acaben, te juro que me haré viajante de comercio. Es a todo o nada, chico. Eso es lo que se consigue cuando uno ha sido actor durante veinticinco de tus treinta y dos años y cuando aún no has llegado al éxito.

Ned se inclinó hacia adelante y le estrechó la mano. Le dijo:

—Gracias, Harry, por venir conmigo. Y es a todo o nada para los dos. Si yo fracaso, regresaré a Nantucket para dedicarme al negocio de mi padre y para casarme

con Lily.

—¿Y si ganas?

Ned se rio.

—También me casaré con Lily.

—Lo sabía. Atiende a la voz de la experiencia, amigo. Olvídala. Hay cientos de muchachas bonitas que se mueren por verse del brazo de un joven apuesto en el papel protagonista del último éxito de Broadway, *El hombre del mañana*. Tú eres el hombre del mañana, Ned. Y Lily es el pasado. Te digo que la olvides.

—Si la conocieras, jamás dirías eso —le dijo Ned testarudo—. Ninguno que la conociera podría jamás olvidar a Lily.

Harry encendió un cigarrillo y miró el paisaje por la ventanilla.

—Solo deseo que no te quemes en un recuerdo —le dijo pensativo.

La pensión estaba en la calle Cuarenta Oeste y la dueña, Eileen Malone, estudió con cuidado a los dos jóvenes que tocaron el timbre.

—Es usted otra vez, señor Robbins —exclamó—. Hace años que no lo veo. ¿Y este es su amigo?

—Mi amigo es la próxima celebridad de Broadway —dijo Harry, presentándose—. Comienza con los ensayos para un papel principal, señora Malone. No es, lo admito, el papel protagónico; es demasiado joven para ese honor. Pero el papel de ingenuo es lo suficientemente bueno para comenzar, en especial si se trabaja con el famoso Charlie Dillingham, y no dude de que conseguirá papeles más importantes y mejores a partir de allí.

La señora Malone miró al apuesto joven rubio con expresivos ojos azules y pensó que probablemente Harry tenía razón. Pero entonces, de todos modos, ella era una acaparadora de hombres hermosos. Les mostró sus habitaciones, le pagaron la renta por adelantado y Harry le dijo a Ned que lo invitaba a tomar el desayuno afuera.

—Tal vez no podamos pagarnos la cena en este lugar —dijo, entrando con aires de importancia al café Delmonico que estaba en Broadway—, pero por la gran suma de cuarenta centavos puedes comer huevos cocidos, tostadas y café. Añade otros diez centavos para la propina, y con un total de cincuenta centavos puedes sentarte en la tierra de los grandes del teatro y leer las críticas en los diarios de la mañana, como ellos lo hacen. Y cuando levantas la mirada, puedes mirarlos a los ojos, hacer un movimiento de cabeza y sonreírles. Después de un tiempo, comenzarán a pensar que deben conocerte. —Levantó los hombros en un gesto exagerado e hizo girar los ojos al cielo—. Y entonces, querido muchacho, les puedes pedir un trabajo.

—¿Funciona realmente? —le preguntó Ned mirando con ansiedad a su alrededor para ver qué rostros famosos estaban detrás de los ejemplares del *New York Herald* y del *Tribune*.

—Así lo espero —dijo Harry, pidiendo huevos cocidos y tostadas para ambos—. Pero incluso si no funciona, por lo menos podrás decirles sus nombres a otras personas. Ya sabes, ese tipo de cosas... «Cuando estuve en Delmonico desayunando

con A. L. Erlanger, les dije a Lillie Langtry y a David Belasco que creía que Ned Sheridan estaría perfecto en el papel protagonista...».

Ned echó hacia atrás la cabeza y se rio en voz alta. De repente, los periódicos bajaron en el salón y una docena de pares de ojos lo miraron de manera especulativa.

—¿Ves? —le dijo Harry triunfante—, ya funciona. —Ned volvió a reír, pero Harry notó con premura que uno o dos periódicos permanecieron bajos y que había miradas interrogantes en los rostros de un par de lectores.

Su idea no había sido mala después de todo: ya habían notado la presencia de Ned Sheridan.

—Estarías mucho mejor con un representante como yo que con ese viejo de Jacob —le comentó, cortando un trozo de su huevo.

—Pero él me consiguió el papel —protestó Ned—. Cien a la semana, y eso es cinco veces lo que he ganado hasta ahora.

—Solo porque De Lowry no te pagaba lo suficiente. Él jamás le pagó lo suficiente a ninguno de sus actores. Y ¿qué es lo que te cobra por el favor? ¿Diez, quince por ciento?

—Cincuenta. —Cuando los ojos asombrados de Harry lo miraron, Ned añadió rápidamente—, él se lo merece; sin él no tendría el trabajo.

—El muy sucio estafador —dijo Harry lentamente, dejando el huevo que tenía en el plato sin tocar—. Ned, tú eres como un bebé aquí en Broadway. El diez por ciento sería más que suficiente por un sueldo tan pequeño. Los agentes, gerentes —se encogió de hombros— hacen todo por el diez o el veinticinco por ciento, y esos son los mejores, cuando ellos realmente ya han hecho de ti una estrella. —Miró con sospecha a Ned—. ¿Firmaste un contrato con él? —Ned negó con la cabeza—. Bien. Entonces no hay nada que te obligue a pagarle un centavo. ¡*Al demonio con la actuación!* —dijo de pronto, golpeando con el puño la mesa. Nuevamente los periódicos volvieron a bajarse para mirar—. Yo seré tu representante, Ned Sheridan, ya que de lo contrario estarás trabajando todas las noches de tu vida para un ladrón como Jacob De Lowry.

—Es una cuestión de honor —dijo Ned testarudo—. Cerramos el trato con un apretón de manos.

—Muy bien, dile a Jacob que le pagarás su cincuenta por lo que dure la obra. Pero después de eso, yo cuidaré de ti. ¿Acordado?

—Acordado —dijo Ned aliviado, pensando que aún no había puesto un pie en el teatro de la Quinta Avenida y que ya tenía problemas.

Los ensayos comenzaron a la mañana siguiente y, después de un tranquilo desayuno en Delmonico, él y Harry se dirigieron al teatro alrededor de las once. El señor Dillingham y el resto del elenco ya estaban reunidos sobre el escenario, y Ned se apresuró a través de la oscura sala para reunirse con ellos.

—Gracias, señor Sheridan, por ser lo suficientemente bueno como para darnos el beneficio de su presencia —le dijo el señor Dillingham con tono de sorna—. Ha

tenido esperando a mis estrellas quince minutos. En el futuro llegará a su hora o buscaré a otro para el papel.

Murmurando disculpas llenas de vergüenza, Ned ocupó su lugar en el escenario. Había memorizado su papel, y también lo habían hecho los otros. No tenía necesidad del libreto, pero lo sostenía abierto, como los demás actores, mientras el director les daba las instrucciones. Fue un largo y difícil día de ensayo, y así fueron los que siguieron hasta la noche del estreno.

—Hay muchas reservas por anticipado —le dijo Harry, examinando los diarios durante su acostumbrado desayuno en Delmonico, la mañana del día de estreno—. Se comenta que no es una mala obra; no grande, pero tampoco mala. Y mira aquí, Ned, dice «Fíjense en el arma secreta de Dillingham, un apuesto joven actor en el papel de Marcus Jared, *El hombre del mañana* del título de la obra».

El bigote de Harry casi se eriza de la emoción.

—Es tu primer comentario en las columnas de Broadway, amigo, y no será el último.

Ned estaba nervioso. Estaba maquillado y con el traje puesto desde horas antes, y se paseaba entre bambalinas murmurando su papel, con los dedos cerrados sobre la pequeña caja que contenía el anillo de amatista que le había comprado a Lily.

No le había hablado a ella ni a su familia de su gran oportunidad: en caso de que resultara un desastre y, si así resultaba, se dijo a sí mismo, se retiraría; regresaría a Nantucket y se casaría con Lily. Tal vez eso es lo que debería haber hecho, ya que estaba seguro, como que había Dios, de que no recordaría una sola palabra de su papel.

El público de la noche del estreno ya llenaba la sala y pudo oírlos reírse y conversar como si nada malo sucediera. Harry apareció caminando ampulosamente, radiante, hacia él.

—Dillingham ha llenado la platea con celebridades —le dijo feliz—. Todo el que es alguien está presente esta noche. Lo tienes hecho, Ned. Solo sal ahí y dales lo mejor de ti. Oh, y a todo esto, Jacob está afuera con Sasha. Dejé instrucciones de que no se le permitiera venir a bambalinas hasta después de la función, ¿está bien?

Ned asintió con tristeza. Regresó al camarín y se sentó con los hombros agachados enfrente del espejo, pensando en el ridículo que estaba a punto de hacer delante de las más radiantes celebridades de Nueva York y de los más agudos críticos de Broadway. Estaba acabado, lo sabía.

El apuntador gritó «cinco minutos» y él se dirigió a los bastidores. Las primeras líneas eran suyas, y por su vida que no podía recordarlas. Se alisó su rubio cabello engominado y se colocó bien la chaqueta. El telón se levantó ante un aplauso amable, y de alguna manera se las arregló para salir a escena. Miró los refulgentes reflectores, sudando por el calor que despedían y por su propio pánico, con su mente

completamente en blanco. Desde algún lugar, oyó su propia voz que decía:

—Bueno, ¿dónde está todo el mundo? Pensé que debíamos reunirnos aquí a las tres... —Y de pronto no debió recordar el papel, simplemente estaba allí. Todas las salidas y entradas, las direcciones de movimiento en el escenario, eran una segunda naturaleza.

Se produjo un estallido de aplausos entusiastas cuando la estrella, Marion Javits, apareció y, entonces, otro para Maxwell Dunlap y de repente todo se hizo armonioso, como un grupo de actores que trabajaban bien juntos.

El público se rio con las líneas de Ned cuando era necesario que lo hiciera y él miró agradecido al auditorio, esperando que las risas se acallaran para continuar. Luego, el primer acto terminó y el aplauso volvió a surgir. Sólido y lleno de confianza.

Las estrellas desaparecieron en sus camarines y también lo hizo él. Harry lo estaba esperando.

—Va bien, amigo —le dijo entusiasmado—. Se ríen como si hubieran sido aleccionados. Y se yerguen en sus butacas y te miran a ti, Ned.

Representó el segundo acto como un hombre en sueños y cuando cayó el telón final, el aplauso retumbó en el teatro. Marion Javits se encogió de hombros con elegancia.

—Esos son los de las entradas gratis. Los de los palcos son los verdaderos. Y mañana por la noche, cuando venga el público que paga.

Ella hizo reverencias a solas, y así lo hizo Maxwell. Luego, salieron todos juntos. Después, llamaron a Ned sobre el escenario y Harry le dio un empujón. Ned hizo una reverencia, escuchando el aplauso especial que era para él solo. Levantó los ojos y sonrió agradecido al invisible público que había disfrutado de él.

Después de que el telón cayera, vino la primera noche de fiesta en Delmonico y esta vez, cuando entraron, los mozos le sonrieron con respeto y dijeron:

—Felicidades, señor Sheridan. Ya vuelan los rumores de que la obra es todo un éxito. —Jacob hacía un gesto con su cigarro y se mostraba importante, como solo él sabía hacerlo, y Sasha, con un escandaloso vestido negro que dejaba ver gran parte de su busto, le dio un gran beso húmedo y le susurró sin aliento al oído—: Tú has estado estupendo. Pero yo siempre supe que podrías estarlo.

Innumerables mujeres lo besaron en la mejilla y hombres importantes del teatro, cuyos nombres él había oído pronunciar con admiración antes de esta noche, lo miraban con aprobación cuando lo felicitaron por su actuación.

—No fue una actuación —le dijo hechizado a Harry—. Fue Marcus Jared el que estuvo en el escenario esta noche.

Harry sabía exactamente lo que quería decir, pero pensó con remordimiento que, en sus treinta años de actor, él jamás se había sentido así sobre el escenario. Él sabía que Ned poseía un talento especial y se merecía lo mejor. No dejaría que De Lowry lo arruinara.

Llevó a De Lowry a un rincón y le hizo señas a un mozo para que les trajera otro trago.

—¿Más champán, Jacob? —le preguntó con una sonrisa velada.

De Lowry lo miró con sospecha.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó—. No creí que fueras capaz de aparecer después de pasar por encima de mí como lo hiciste.

—Hablando de contratos —le dijo Harry, acercándose más. Apoyó un brazo contra la pared encerrando a Jacob entre el bar y él—. Ned me ha dicho que no ha firmado un contrato con usted.

—Oh, pero lo hará. Lo tengo aquí para que lo firme esta noche. Es algo simple, una mera formalidad.

Se palmeó el bolsillo que contenía el documento y Harry levantó la mano.

—No se moleste en enseñármelo —le dijo con frialdad—. Ned se ha dado cuenta de cómo usted trató de desplumarlo. Él es más caballero que yo, de modo que ha consentido en mantener su trato y pagarle el cincuenta por ciento de su salario por lo que dure esta obra. Después de eso, usted habrá terminado.

—Estás diciendo tonterías —explotó Jacob—. Por supuesto que firmará. Yo le conseguí al muchacho el trabajo, ¿o no?

Acercándose más, Harry lo tomó de las solapas.

—Seguro que lo hizo, Jacob. Y entonces usted le dijo que le costaría la mitad de sus ingresos. No el diez o quince por ciento, o incluso el veinticinco por ciento. Usted está lleno de codicia, Jacob.

Casi pegándose a su cara le susurró con tono de amenaza:

—Usted no es nada más que un viejo ladrón barato y lo sabe. Apuesto a que ese «simple contratito» que tiene en su bolsillo, preparado para que Ned lo firme, lo atará durante el resto de su vida al cincuenta o incluso al sesenta por ciento al señor J. De Lowry. —Sonrió; pudo ver, por el rostro de Jacob que se ponía color púrpura, que tenía razón—. Olvídelo, Jacob —le dijo, dejándolo en libertad—. Usted ha timado a demasiados actores durante mucho tiempo. Aléjese de Ned o haré que lo pongan en la cárcel por mil y un pequeños fraudes cometidos a lo largo y ancho del país. Yo le enviaré por giro su cincuenta por ciento por lo que dure la obra. No se moleste en enviar recibo y «no nos llame, nosotros lo llamaremos». —Con una última mirada de amenaza, salió a rescatar a Ned de la manada de mujeres que lo rodeaban.

Las primeras ediciones de los diarios de la mañana aparecieron en las manos del alegre Dillingham.

—Les ha gustado —gritó en medio de un repentino silencio, y luego la algarabía volvió a estallar.

«Divertida —decían los críticos y—. Encantadora, aunque ligera». «La actuación es mejor que las palabras —decía otra—. En especial, el nuevo rostro de Broadway, Ned Sheridan, tan apuesto que es capaz de llegar al corazón, hecho que la mayoría de las mujeres del público notaron enseguida. Esto no significa que el señor Sheridan no

sea un buen actor. Desde luego que lo es. Su representación del pequeño papel le hizo destacar en un escenario de buenos actores. Es una carrera prometedora».

Harry lo abrazó y también lo hizo el señor Dillingham. Marion Javits lo besó resentida, ya que los comentarios para él fueron más largos y mejores que los de ella, pero el coprotagonista, Maxwell, fue generoso.

—Fue una muy buena actuación —dijo—. Aprovéchala, ya que te anticipo que la obra no durará más de un mes.

Casi tuvo razón. La obra cerró después de un mes, pero Dillingham la envió de gira y esta vez Ned tuvo su nombre en el mismo cartel con las dos estrellas. Le escribió a Lily desde todas las ciudades en las que estaba durante la semana, pero sabía que no podía esperar respuesta en el camino y el anillo permaneció en su bolsillo hasta que el calor del verano cerró los teatros, a fines de junio, y él pudo regresar a su casa.

Compró todas las lilas que consiguió en todas las floristerías de Broadway y se apresuró a ir al centro para tomar el barco de Fall River. Estuvo en las cubiertas durante media noche, incapaz de dormir pensando en ella. Desembarcó y se paseó por la ventosa estación del ferrocarril hasta que el tren lo llevó a Myricks y luego desde allí otro tren lo llevó a New Bedford. Cuando finalmente abordó el barco con destino a Nantucket, estaba muerto de cansancio y el ramo de lilas se estaba marchitando, pero cuando pasó el faro de *Cross Rip*, supo que casi había llegado.

Respiró el frío aire salado de mar y el mundo del teatro y el cansancio y las tensiones de los últimos meses parecieron quedar atrás. Se sentía como un hombre nuevo cuando corrió por el muelle hasta la calle principal para encontrarse por fin con Lily.

Su madre y sus hermanas corrieron a la puerta a saludarlo, deteniéndose cuando vieron el significativo ramo de lilas en sus brazos. Un bebé lloraba en el fondo y él miró inquieto los sombríos rostros. Temiendo lo peor, se le cayó el corazón a los pies.

—Lily está muerta —dijo, mirando uno y otro rostro.

—No, hijo. Oh, no, no está muerta —le dijo su madre—. Pero se ha marchado, Ned. Se escapó después de que naciera el niño. Nos pidió que lo cuidáramos. Y jamás volveremos a verla, puedes estar seguro de ello.

Ned arrojó al suelo el ramo de flores. Entró dando grandes pasos a la cocina y miró el rostro lloroso y enrojecido del niño que estaba en el moisés. Después de un rato, dijo con suavidad:

—No te preocupes, hijo. La encontraremos. Te lo prometo. Y cuando lo hagamos, esta vez no dejaremos que se vaya.

Capítulo 28

Maudie.

Ardnavarna.

Brigid se mantuvo vigilante, pero hoy me siento mejor, a pesar de haber trasnochado. Cuando yo era pequeña, Mami decía que yo me gastaba la energía de toda la semana de una vez y luego me caía como una flor marchita y ella debía meterme en cama durante todo un día para recuperarme. Deberían probarlo de vez en cuando. Un largo día sin hacer nada, lejos del teléfono, la televisión y los periódicos, simplemente dormitando, leyendo y masticando algo, chocolate, pollo frío o pan recién hecho untado con manteca dulce. Incluso una sopa caliente sería buena, aunque tal vez necesitarían que Brigid se las preparara. Puedo decirles, queridos amigos, que un día sin hacer nada en la cama, mimándose, hace tanto como una semana en uno de esos costosos balnearios de salud.

Una vez fui con mi amiga, Molly Arundel. Fue espantoso. En primer lugar, había solo mujeres. Luego, nos mataron de hambre y nos hacían comer hojas de lechuga y lo que ellos llamaban consomé, pero yo le dije a Molly que era caca de gallina lavada. Nos encerraron en baños de barro y en máquinas de sudar, de modo tal que no causáramos ningún problema y nos escapáramos al *pub* del pueblo para tomar un trago y un emparedado de jamón, además de ver a algunos hombres. Y unos suecos fornidos nos demolieron sin piedad en las mesas de masajes.

Nos llamaban Maudie y Molly, las mellizas terribles, ya que provocamos muchísimos problemas, siempre quejándonos y escapándonos al campo con nuestras batas de baño. ¿Sabían que a uno le quitan la ropa, de la misma forma en que lo hacen en prisión? Y puedo decirles que todos te miran de una forma extraña cuando apareces en el *pub* local con una bata de color azul y terracota.

Echo de menos a la vieja Molly. Ella fue una amiga muy especial. Estuvimos juntas desde niñas y en una docena de colegios diferentes, ya que ninguna de las dos éramos lo que Mami llamaba «figuritas», con lo que quería decir que no nos quedábamos en ningún lugar durante más de unas pocas semanas cada vez. Eso incluía a los hombres, por supuesto, en especial en el caso de Molly. Fue un hombre el que la mató.

A diferencia de mí, Molly había sido una belleza en su juventud, de cabello negro y ojos verdes, muy sofisticada. Montaba a caballo como un hombre, fumaba como una chimenea y soltaba tacos como un arriero, y sin embargo, era la mujer más femenina que jamás haya conocido. Aparte de Mami, por supuesto, ya que Mami con su pequeña carita de pilluela era eternamente femenina.

De todos modos, Molly se había casado tres veces y enviudado otras tantas. Pero

había disfrutado también de lo que ella llamaba «jugar en el campo», de modo que, aunque se estaba haciendo mayor, cuando conoció a este tipo y, a pesar de su adicción por el *gin-tonic* y las aceitunas negras, se encontraba en buena forma y era aún adorable. Tenía en cada sien dos franjas de cabello plateado.

—Es para que los hombres sepan que no soy tan joven como parezco —me decía. Y también hizo que le estiraran la cara y los pechos, ya que para entonces vivía en Palm Beach y ustedes saben cómo son esas cosas allí.

Y allí fue donde lo conoció. Palm Beach. En uno de esos bailes de caridad que parecían celebrar todas las noches, de modo que tuvieran algún lugar donde lucir aquellos maravillosos vestidos que todos parecían poder pagar. Por supuesto, Molly tenía tanto como cualquiera, tal vez más. Su padre estaba en el negocio del acero y le fue mejor que a mi madre. Mami perdió todo su dinero con el acero alemán en la guerra, si recuerdan, mientras que el padre de Molly simplemente invirtió en armamento. Para ser precisos, en tanques blindados, aunque luego siguió con cosas más grandes, mejores y más modernas, de modo que la vieja Molly tenía lo suficiente como para hacer cualquier cosa que le viniera en gana. Y a ella le gustaba jugar.

Sin embargo, estoy volviendo a salirme del tema. Ella rondaba los sesenta y cinco y él tenía treinta, rubio y apuesto, un hombre salido directamente de un anuncio de Ralph Lauren. Tenía el cabello negro bien peinado, mandíbula firme, cuerpo esbelto y un par de gafas con montura de carey que le daban un aire intelectual. La verdad es que sin ellas parecía un poco insípido, y a menudo solía preguntarme si él las seguía teniendo puestas cuando... bueno, ya saben. Yo jamás se lo pregunté a Molly, ya que ella podría haber pensado que me estaba burlando de él. Ella estaba loca por él. Podía verlo. Cualquiera podía verlo por muy miope que fuera. Él se fue a vivir con ella y Molly le compró toda la ropa elegante que deseaba, hasta que llegó a tener el aspecto de alguien salido de las páginas de un sofisticado catálogo de tiendas de moda. La acompañaba a todas partes, a todos los almuerzos y cenas y a todos bailes.

Ella me llamó por teléfono a Ardnarnna y me dijo:

—Maudie, tienes que conocerlo. Es maravilloso.

Y así, tomé un vuelo hasta Palm Beach y me fui a instalar en la villa que ella tenía junto al mar. Era una de esas espléndidas casas norteamericanas modernas, con un poco de Mediterráneo y un toque tropical, con piscinas del color de las joyas, emplazadas en deslumbrantes parques verdes, con el siempre espantoso aire acondicionado.

—Por el amor de Dios, Molly, apágalo —solía decirle, aun cuando la temperatura pasaba los cuarenta grados—. No hay nada malo en pasar un poco de calor honesto. Es bueno para los poros.

De todos modos, hasta donde yo pude ver, ella y su pareja se pasaban la mayor parte del tiempo en la cama. Esto es, entre fiestas y cenas. En privado, los vi muy poco. Le pregunté cómo se suponía que podía juzgarlo, cuando casi no lo veía.

—No estás aquí para juzgarlo, querida Maudie —me dijo asombrada—. Estás

aquí para admirarlo.

Ella estaba sumamente contenta y alegre con sus sesenta y cinco años manteniendo a un joven apuesto con todo su brío en la cama. Pero, por supuesto, eso es lo que la mató. Estaban en la cama y ella sufrió un ataque al corazón, y eso fue todo.

—¿Qué mejor forma de irse, querida Molly? —le dije encima del ataúd en su funeral. Ah, ella amaba la vida, mi amiga Molly. Y ¿no la disfrutó hasta el final?

Bueno, volvamos a lo nuestro. Me levanté por la mañana después de pasar un día sin hacer nada en cama, plenamente en forma otra vez, y pasé a buscar a Shannon, a los caballos y perros, y salimos para dar un largo paseo por las montañas. Jesús, me sentía bien. Como una mujer nueva. La lluvia había aclarado y el aire olía como si lo hubieran lavado y secado, de la forma en que se seca la ropa al sol.

—¿Cómo van las cosas con Eddie? —le pregunté a Shannon cuando nos detuvimos a dejar beber a los caballos de un arroyo helado de montaña.

—Bien —dijo con cautela. La miré a los ojos y ella sonrió—. Es realmente una persona muy agradable, ahora que lo estoy conociendo mejor —dijo sonrojándose con timidez.

Yo siempre estoy en favor del rubor. Todas las mujeres deberían ruborizarse. ¡Es algo tan encantador!

Aquella noche, nos volvimos a reunir alrededor del fuego después de la cena. Yo me había puesto un vestido de tafetán verde esmeralda, largo y formal, que compré en 1974 para un gran baile en Palm Beach al que había asistido con mi querida amiga Molly. Ahora, ¿quién era el diseñador? Oh, sí. Bili Blass. Los diseñadores norteamericanos tienen un gran sentido del estilo cuando se trata de una ocasión importante.

Shannon llevaba unos pantalones de seda negros con una camisa de seda blanca, muy simple y sencilla, pero con su juventud y buen cuerpo, ella podía engañar a cualquiera. Eddie tenía puestos unos vaqueros, pero con corbata y chaqueta. Estaba increíblemente apuesto, como siempre. No puedo creer lo privilegiada que soy de deleitar mis ojos con dos jóvenes tan espléndidos noche tras noche.

Me devané el cerebro para saber por dónde comenzar la historia. Decidí continuar con Lily.

Boston.

El Extremo Norte se asaba bajo el abrasador sol de julio. Niños andrajosos jugaban en las calles mugrientas mientras sus madres simplemente se sentaban en las puertas, observándolos. Hacía todavía más calor en los cuchitriles que habitaban que fuera. Ellas sabían que este clima alimentaba gérmenes, de modo que mantenían a los pequeños afuera con la esperanza de que el aire más fresco los salvara de las

epidemias que todos los veranos arrasaban a los barrios pobres.

Lily pudo sentir los hostiles ojos clavarse sobre ella, observando todos los detalles de su falda de seda y de su blusa blanca, que aquella mañana había comenzado tan fresca y vaporosa y ahora se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Rechinando los dientes, caminó asiendo con fuerza la maleta de paja, mirando nerviosa a su alrededor, asustada de que en cualquier momento la asaltarán. El olor a cloaca flotaba nauseabundo en el aire y ella apresuró el paso, poniendo rumbo a las barracas y la devastadora pobreza.

Una triste sonrisa le cruzó el rostro cuando pensó en ello. Ella era pobre como ellos, incluso más pobre. Le quedaban en el bolsillo solo veinticinco centavos y no tenía ni idea de lo que podría comprar con esto. Buscaba a un prestamista y el sol le quemaba la cabeza. Con cada paso, comenzaba a sentirse más débil.

Se detuvo y se apoyó cansada contra una pared. Una mujer joven que estaba sentada en los escalones observándola le dijo:

—¿Se siente mal, señorita?

Lily la miró. Era joven y fea, y parecía tan exhausta como Lily. Sus hijos vinieron corriendo, tomándola de las rodillas, mirando a esta extraña con aspecto de rica.

Lily se dejó caer en el escalón, al lado de la mujer.

—Es solo que estoy cansada —suspiró—. ¿Me puedo sentar aquí un rato?

—Cómo no —le dijo la mujer—, pero si está enferma, será mejor que vaya a San Esteban, allí la ayudarán.

Lily negó con la cabeza.

—No es una iglesia lo que necesito, es un prestamista. Me quedan veinticinco centavos.

La mujer mostró indiferencia.

—Entonces tiene más que el resto de nosotros.

Lily la miró y luego a sus muchos hijos.

—Pero ¿dónde está su marido?

—Afuera. Buscando trabajo. Él y otros miles para un solo trabajo.

La voz de la mujer era práctica. Estaba más allá de toda emoción, aun de toda amargura.

—Hay un prestamista en la calle Hudson —le sugirió—. Tal vez él pueda ayudarla.

Lily le dio las gracias y le dijo que se pondría en camino. Dio unos cuantos pasos, pensando en sus costosos cepillos de plata y en cuánto le darían por ellos, veinte, tal vez treinta dólares, y entonces se volvió rápidamente y puso en la mano de la mujer sus veinticinco centavos.

—Usted los necesita más que yo —le dijo, desapareciendo antes de que esta pudiera decir nada.

El prestamista la miró a través de la pequeña rejilla de bronce. Los hermosos cepillos de plata, el espejo cuajado de ornamentos que hacía juego y el peine eran

deslumbrantes. Volvió a mirar a la joven. Tenía el rostro tan blanco como su blusa y la misma mirada de desesperación que él había visto tantas veces antes, ya que nadie que no estuviera desesperado entraba a su tienda. «El último recurso», lo llamaban con amargura. Pero esta joven era diferente. Y los cepillos valían una pequeña fortuna.

Lily se dejó caer en una silla de madera que estaba junto al mostrador y colocó su dolorida cabeza entre las manos, esperando su decisión. Si no le daba el dinero, ella no sabía lo que haría.

El prestamista la miró con dudas, con la esperanza de que no estuviera enferma. Todo lo que le faltaba era una mujer enferma en su negocio. Con prisa fue en busca de un vaso de agua y observó cómo lo bebía. Debía sacarla de allí antes de que se desmayara.

—Le diré esto —le dijo rápidamente—. Le daré cinco dólares por el juego. Y recuerde, debe pagármelos dentro de seis días.

Él sabía que ella jamás regresaría y también sabía que un comprador se los sacaría de inmediato de las manos y le pagaría entre treinta y cuarenta dólares.

—Los tomaré —le dijo Lily agradecida. Lo miró con más esperanza, mientras contaba el dinero sobre su mano extendida—. Necesito un trabajo —dijo con ansiedad—. ¿Puede decirme dónde podría ir?

Él guardó los cepillos de plata debajo del mostrador y la miró con indiferencia.

—Adónde las de su clase siempre van —le dijo desdeñoso—. Al departamento de empleo para criadas irlandesas que queda en Tremont.

El corazón de Lily se detuvo ante la idea, pero los cinco dólares eran mucho menos que lo que ella había esperado obtener por los cepillos y ella sabía que no le durarían mucho.

La señora Richardson, del departamento de empleo, había sido institutriz hasta que descubrió que era un negocio más lucrativo venderles a las pobres mujeres irlandesas a los bostonianos. Estas eran buenas sirvientas: aseadas, limpias, honestas y virtuosas. Trabajaban mucho y se enorgullecían de lo que hacían, Y lo hacían bien porque sus madres les habían enseñado a cocinar, lavar y limpiar. Además todas tenían una docena de hermanos y hermanas, de modo que sabían cómo cuidar niños. Los cubículos de los áticos sin calefacción donde vivían eran mejor que cualquier cosa del Extremo Norte y, por cuarto, comida y cinco dólares al mes, ellas trabajaban siete días a la semana y solo pedían salir para ir a la misa del domingo.

La señora Richardson sabía, por su propia experiencia del pasado, las vicisitudes de vivir como sirvienta de una casa rica, y también reconocía la clase cuando la veía. Miró a Lily de pies a cabeza y la joven la miró directamente a los ojos sin pestañear. Le dijo con sequedad:

—Lo primero que debe aprender es que una criada no mira a su empleador a los ojos como si fuera su igual. Baja la cabeza y dice: «Sí, señora, y gracias, señora», y siempre recuerda eso.

—Sí, señora —dijo Lily, bajando rápidamente los ojos.

Las jóvenes irlandesas de la señora Richardson tenían siempre manos enrojecidas y fuerte acento irlandés, pero la joven que tenía de pie junto a su escritorio no presentaba ninguno de estos distintivos.

—No se la ve muy fuerte —dijo con ojo crítico.

—Oh, pero lo soy —le contestó Lily con ansiedad, enderezándose y esbozando una sonrisa forzada—. Es solo que he tenido que caminar mucho con este calor. Pero soy tan fuerte como cualquier muchacha.

La señora Richardson se inclinó sobre el escritorio, con las manos entrelazadas delante.

—¿Puedo preguntarle exactamente sus antecedentes, querida? —le dijo con mayor simpatía.

Pero Lily simplemente meneó la cabeza y dijo tranquila:

—Como todas, dejé mi hogar en Irlanda para venir a buscar una nueva vida. Mi esposo murió en el viaje. Estoy sola.

—¿Y tiene hijos?

—No. Oh, no. No tengo hijos —respondió Lily.

—Tengo un lugar en una buena casa de Beacon Hill. En la calle Chestnut —comprobó en su lista—. Necesitan de inmediato una criada para tareas generales. Iba a enviar a otra, pero es una casa grandiosa y usted estaría bien allí. El salario es de cinco dólares al mes, uniforme, habitación y comida. Y, por supuesto, el primer mes de sueldo se me paga a mí, por mi comisión.

Le dio a Lily una tarjeta con la dirección y le dijo que viera a la señora Janssen, el ama de llaves.

—Otra cosa —le dijo, mirando a Lily de pies a cabeza—, será mejor que vaya con otra ropa. Las sirvientas no se visten con seda y la señora Janssen pensará que usted es una joven presumida, que no es mejor de lo que ella debería ser. —El rostro de Lily se encendió con un sentimiento de culpa y la señora Richardson agregó con suavidad—: No digo que ese sea el caso, querida. Es obvio que usted ha bajado en la escala social del mundo, pero, si desea trabajar como criada, entonces deberá tener aspecto de criada. Hay una tienda de ropa de segunda mano al final de la calle Court. Ellos compran y venden. Le sugiero que vaya allí antes de presentarse para el empleo.

Tomó la tarjeta que la conduciría hacia su futuro, bajó las escaleras con preocupación y salió a la calle Tremont. El negocio de segunda mano estaba lejos. Le dolían la espalda y las piernas, además de la cabeza, pero la mujer del polvoriento lugar fue amable.

Al ver la cara pálida de Lily, le acercó con premura una silla.

—Siéntese, querida —le dijo con amabilidad—, y respire un poco. Uno nunca sabe lo que es peor en Boston, el calor del verano o el amargo frío del invierno. —Le dio a Lily un vaso de limonada y le dijo—: ¿Ahora en qué puedo servirla?

Ella asintió cuando Lily le explicó lo que deseaba.

—¿Y qué más tiene usted para vender? —le preguntó—. Además de la ropa que lleva puesta.

Lily revolvió ansiosa en la maleta y sacó una capa con borde de piel, la pequeña chaqueta de piel, dos chaquetas más de terciopelo, la falda de lana y los mitones de piel. Le dijo:

—Todos son de la mejor calidad.

La mujer asintió.

—Ya veo, querida. Tomaré esto y estos —tomó las chaquetas de terciopelo, la de piel y los mitones—, pero será mejor que guarde la capa y la falda de lana. Cuando llegue enero, se sentirá contenta de haberlo hecho, créame —miró con aprecio el pequeño montón de bonitas ropas, sabiendo que podría sacar un muy buen precio de reventa, en especial por la piel—. Puedo ofrecerle veinte dólares por todo. Además le cobraré un precio justo por el vestido para su entrevista.

Lily casi se desmaya de alegría. Veinte dólares más los cinco por los cepillos. La dueña del negocio trajo un vestido gris de algodón, de mangas largas y abotonado hasta el cuello. Llevó a Lily a la trastienda para que se lo probara. Lily estaba demasiado delgada y el vestido le iba demasiado holgado, pero le dijo alegremente:

—En aquellas casas de Beacon Hill se come bien, así que seguro es que aumentará de peso. Además el vestido es una ganga. Su dueña murió, de modo que casi está sin usar.

La piel de Lily se erizó al pensar que tenía puesto el vestido de una muerta. Deseó quitárselo de inmediato, pero sabía que no podía. Con dolor recordó cuando compraba con Mami en la tienda de la señora Simms en Dublín y la fresca sensación de suavidad de los satenes y sedas sobre su piel. Ahora, estaba vestida con la ropa de una muerta y bajó la cara de vergüenza, preguntándose qué pensaría su madre si la viera.

—Necesitará un par de botas más fuertes que las que lleva puestas —le dijo la mujer, trayendo un par de duras botas de cuero—. Y un chal para cuando refresque.

Lily se ató las botas, odiando cómo se sentían en sus pies. Se envolvió con el chal y se miró llena de tristeza en el espejo. Se veía exactamente como la mujer de vacíos ojos que se había encontrado en la calle aquella mañana. Sin sus ropas finas, ella se había transformado en una campesina irlandesa como las demás.

—Todo eso le costará tres dólares —le dijo rápidamente la mujer. Lily le dio el dinero y la mujer le deseó suerte. Luego, salió de la tienda caminando lentamente y sintiéndose como una nueva mujer.

Caminó con cansancio por las empinadas y encantadoras calles de Beacon Hill. Las casas eran grandes y bien cuidadas, había árboles y luz de gas, y un sentimiento de calidad y seguridad que hablaba de dinero sólido y de gente con cultura, a un mundo de distancia de los barrios miserables del Extremo Norte. Cuando subió los escalones de la casa de la calle Chestnut y tocó el timbre, Lily se dijo que por lo

menos era bonita.

Un mayordomo vestido con chaqueta de lino blanco le abrió la puerta. Una expresión de horror le cruzó el rostro cuando la miró de arriba a abajo, y ella se sonrojó. Echando hacia atrás la barbilla, le dijo:

—¿Podría decirle a la señora Janssen que Lily Molyneux está aquí?

Él la tomó rudamente del cuello y la hizo bajar las escaleras.

—¿Y quién se piensa que es, tocando el timbre de la puerta principal y preguntando por el ama de llaves? Si la señora la llegara a ver, echaría a la señora Janssen y también a mí. —La miró enojado y la empujó en dirección a las escaleras que llevaban al sótano—: Ese es el lugar al que pertenecen las de tu clase, muchacha, y no lo olvides. No quiero volver a verte la cara en la puerta principal.

Lily bajó los escalones del sótano hasta la entrada de la servidumbre. Se volvió para mirarlo. Él había sacado un pañuelo y se estaba limpiando los dedos con un gesto de disgusto en el rostro, como si acabara de tocar algo sucio. Eso era lo que pensaba de ella. Una criada y menos que eso.

Una alegre joven irlandesa le abrió la puerta cuando llamó. El cabello negro medio escondido debajo de una gorra, un vestido de algodón a rayas azules y un voluminoso delantal blanco eran su atuendo.

—Debo ver a la señora Janssen por el empleo —dijo Lily, con las mejillas aún encendidas por la rabia y la vergüenza.

La joven sonrió.

—Para estar seguras —dijo—, es la sirvienta para tareas generales que estamos esperando. Yo soy Kathleen. ¿Y tú?

—Lily. —Miró nerviosa a la joven—. Jamás hice esto antes. ¿Cómo es ser criada?

—No muy malo. Tienes un techo decente sobre tu cabeza y comida en tu estómago. La señora Janssen es una vieja tirana, pero dicen que todas las amas de llaves se dan aires. Y por supuesto ella no es de nuestra tierra. Es sueca y se cree que es mejor que nosotras. Y tiene razón, porque es la patrona y todas trabajamos para ella.

Acompañó a Lily por un oscuro corredor que llevaba a la sala de la servidumbre y dijo:

—La señora de la casa es tan altiva y todopoderosa que uno casi no se atreve a mirarla. Mantente fuera de su camino y en buenas relaciones con la señora Janssen y no tendrás problemas. Nosotras somos cuatro —agregó—. Yo soy la ayudante de cocina, y hay una criada para la recepción y otra para los cuartos superiores, ellas tienen los mejores trabajos. Y tú serás para tareas generales, es decir que deberás hacer todo el trabajo sucio de las demás: lavar ollas, los suelos y escaleras, y ayudar con la ropa. Es un trabajo duro —dijo con un suspiro de simpatía.

El corazón de Lily se llenó de tristeza cuando observó a Kathleen retirarse en busca de la señora Janssen. Se había imaginado llevando bandejas de té, limpiando y

haciendo arreglos florales, no fregando suelos. Kathleen regresó.

—Ella te recibirá ahora —dijo, acompañándola hasta la sala del ama de llaves.

La señora Janssen tenía cabello blanco y rostro encendido. Lily pudo ver por su mirada penetrante que a ella no le gustaba.

—No sé lo que piensa la mujer de la agencia cuando me manda una criatura tan frágil como usted —gritó exasperada—. ¡Con todas las irlandesas que hay en Boston, podría haberme enviado algo mejor! —Lily se encogió ante aquella mirada de rabia. No tuvo respuesta y la señora Janssen le dijo sombría—: Si no tuviera tanta necesidad, la enviaría de vuelta, pero será mejor que comience de inmediato. Esta noche hay una cena para treinta personas, y la cocinera necesita toda la ayuda que pueda conseguir. Y será mejor que sea una joven trabajadora o la sacaré de una oreja.

Lily recordó las palabras de la señora Richardson y con los ojos bajos, murmuró:

—Sí, señora. Gracias, señora —y volvió a seguir a Kathleen al corredor, por una interminable escalera de desnudos escalones de madera, hasta el ático debajo de un techo abuhardillado.

Aun cuando las diminutas ventanas del dormitorio estaban abiertas de par en par, el ático hervía con un calor irrespirable que las hacía respirar de forma entrecortada en busca de aire.

—De noche no es mejor —dijo Kathleen, abanicándose—. El calor se queda aquí arriba. Y en invierno estarás cortando hielo. Puedes sentir el vapor que surge desde abajo, pero jamás se disipa cuando llega aquí —suspiró, secándose el sudor de la frente—. Parece como si nosotras nunca pudiéramos ganar —dijo resignada aceptando su suerte.

Debajo de aquel techo, había cinco cubículos superficialmente separados para las sirvientas, y el de Lily no era diferente del resto: suelo de madera, cama de hierro negro, mesa de noche de pino con una palangana y jarra baratas y un espejo cuadrado encima. Había un desvencijado armario y un perchero de bronce en la pared.

—Por lo menos tiene colchón —dijo Kathleen, mirando el rostro triste de Lily—, aunque a veces creo que está relleno de grava de tantos bultos que tiene. De todos modos, no tenemos tanto tiempo para dormir. Pero será mejor que te apresures o la cocinera te cocinará las tripas.

Lily dejó caer la canasta sobre la cama. Se alisó el vestido gris de la muerta y ató una cinta para sostenerse el cabello. Kathleen le sonrió animándola.

—Todo estará bien una vez que te acostumbres —le dijo, llevándola nuevamente escaleras abajo.

La cocinera estaba de pie delante de la reluciente mesa de pino, muy ocupada mezclando algo en un recipiente. Era grandota y de cabellos negros, con fornidos brazos, mandíbula robusta y una expresión amarga en el rostro.

—¿Y dónde has estado? —le preguntó a Kathleen, codeando con rudeza a la jovencita que estaba en la mesa pelando patatas. Esta prosiguió con su tarea, pero por su rostro caían lágrimas de dolor. No podía tener más de trece años y Lily pensó que

parecía demasiado asustada como para incluso levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó la cocinera. Y, como la señora Janssen, miró con ojos exasperados al cielo cuando Lily le dijo que era la nueva criada para «tareas generales». Señor, ¿qué nos enviarán después de esto? Alguna vieja lista para tirar a la basura. Bueno, ponte el delantal, muchacha, hay una pileta llena de ollas y sartenes sucias. Y Kathleen, tú puedes poner mantequilla a los platos del *soufflé*, y date prisa.

La tarde voló hacia la noche mientras la cocinera le daba a Lily, Kathleen y la pequeña, que se llamaba Teresa, tarea tras tarea. Las criadas de la recepción y la del piso superior, ataviadas con sus vestidos negros de la tarde con delantales y cofias de organza llenos de volantes, entraban y salían chismorreando, y más tarde enviaron a Lily arriba con una bandeja con té para la niñera.

De regreso a la cocina, Lily volvió a ocuparse del lavado de verduras. Iba de una tarea a la otra en una especie de nebulosa de cansancio y cuando finalmente se sirvió la cena, la cocinera dijo:

—Gracias al Señor, se ha terminado otra —y entonces se dirigió a su habitación, dejando la limpieza para las demás.

Se sentaron a la mesa de la cocina y devoraron un pastel de carne frío y trozos de pan y manteca, con jarros llenos de chocolate como si fueran animales hambrientos. Lavaron los platos y fregaron la mesa, barrieron el suelo y luego, a la una y media, cuando todo volvía a estar limpio y en su sitio, con la cocinera dormida y roncando hacía rato en su cuarto, subieron cansadas las sombrías escaleras hacia el caluroso ático.

Lily cayó en un sueño exhausto, dichosamente inconsciente del calor, de su espalda dolorida y de los problemas. Pero a la mañana siguiente, se despertó con los pájaros y le dijeron que se apresurara. Le dieron un vestido estampado azul y un enorme delantal y, después de un rápido desayuno de pan y té, salió a fregar la escalera de entrada. Mientras llevaba el pesado balde lleno de agua y los cepillos de fregar, desde el sótano y por la calle hasta el frente, escondió su rostro de vergüenza. Sus lágrimas cayeron en el agua jabonosa cuando se arrodilló y comenzó a fregar. El odio y resentimiento se clavaron en su corazón. Estaba aprendiendo que había formas más sutiles que una muerte fácil para que el Todopoderoso aplicara su castigo por la maldad.

A pesar de la alegre amistad que Kathleen le demostraba, Lily estaba sola. Ella era diferente y las otras jóvenes lo sabían: su voz era de tonos bajos y con cultura, no hablaba su propia lengua; su ropa interior era de fino lino. La conocían porque la vieron colgada en la soga de la ropa, junto a la de ellas; y no estaba acostumbrada al trabajo rudo; recordaba mantener bajos los ojos en todo momento y guardar «su lugar». Cuando las otras iban a misa los domingos, ella caminaba sola, sintiéndose más solitaria que nunca. Y de noche, se quedaba tendida en su colchón, incapaz de

dormir por el calor, pensando con melancolía en su hogar. Pero jamás trató de pensar en su bebé y en Dermot Hathaway. Deseaba con desesperación librarse de ellos, por todo lo que le habían hecho en la vida.

Los días pasaron en una nube de fregar, barrer, lustrar y pelar. Sus manos estaban tan enrojecidas como las de Kathleen y Teresa, y su vida parecía estar fija en una rutina de interminables tareas odiosas.

Una mañana de domingo, pocas semanas después, la señora Janssen llamó a Lily a su estudio. Un sabroso aroma a carne asada venía de la cocina y Lily se arregló el cabello y entró nerviosa a la sala del ama de llaves, preguntándose lo que esta deseaba. Se paró con las manos detrás de la espalda y mantuvo los ojos bajos, mientras esperaba.

La señora Janssen la miró con seriedad.

—Se me ha comentado que usted no va a misa los domingos con las otras criadas —le dijo con frialdad.

—No, señora, no voy —respondió Lily.

Los ojos de la señora Janssen la miraron con rabia.

—Sabe que solo se les da tiempo libre a las muchachas para que vayan a la iglesia. Y como usted ha decidido no ir, entonces no tiene derecho a tener el mismo privilegio. De ahora en adelante, usted se quedará de servicio todo el domingo.

Los ojos de Lily se abrieron por la injusticia.

—Oh, pero... —comenzó.

—¿Pero qué? —Los ojos de la señora Janssen la traspasaron—. ¿Osa usted contradecirme, muchacha?

La barbilla de Lily se levantó de repente y la miró llena de enojo.

—Jesús, señora, ¡sí, la contradigo! —le gritó, golpeando el suelo con el pie—. Ese es mi tiempo libre y usted lo sabe, y además es bastante corto.

El rostro colorado del ama de llaves se tornó más púrpura por la rabia y el asombro de que alguien tuviera la osadía de contestarle.

—Pero, pequeña basura irlandesa —le gritó, dando un golpe con el puño en el escritorio—. Jamás en toda mi vida escuché ese lenguaje. Recogerás de inmediato tus cosas y te irás de aquí. Y perderás tus jornales. Que no te vuelva a ver más en este barrio o haré que la policía te arreste.

Era una amenaza vacía pero Lily no lo sabía, y se marchó rápidamente, aterrorizada, a su habitación. Su vieja impetuosidad le había costado su trabajo, y ahora también tenía una amenaza de la policía sobre su cabeza.

Corrió escaleras arriba hacia el ático y comenzó a meter sus cosas en la maleta de paja, temerosa de que, si no lo hacía a prisa, la señora Janssen enviaría a buscar a la policía. Kathleen corrió tras ella.

—La vieja se volvió loca —le dijo con simpatía—. Pero escucha, Lily, conocí a la criada del señor Adams en misa la semana pasada, y ella me dijo que necesitaban a una muchacha. Es una casa hermosa en Mount Vernon. Por qué no pruebas allí. Tal

vez tengas suerte.

Lily le dio las gracias con el corazón. Esta vez, bajó los escalones de dos en dos y corrió por la calle Chestnut tan rápido como pudo. La agencia se había guardado su primer mes de sueldo y la señora Janssen el segundo. Ella había fregado y limpiado durante dos meses los siete días de la semana, dieciocho horas al día, por nada.

La casa de los Adams era una de las casas más grandes y antiguas de Mount Vernon. Aún jadeante por su enloquecida escapada, esta vez Lily supo bajar los escalones del sótano que conducían a la entrada de la servidumbre. Otra pequeña irlandesa la dejó entrar y la condujo hasta el ama de llaves, la señora Hoolihan. Esta la miró de arriba a abajo y con tono desinteresado dijo:

—Servirá. Puede comenzar ahora.

Lily le dio las gracias con premura, aliviada de que no se le hubiera preguntado por su anterior empleo. Habría tenido que volver a mentir y su vida se había transformado en una terrible maraña de mentiras. A veces le parecía que las mentiras se estaban haciendo cargo de la realidad y se transformaban en verdades.

La pequeña criada, Emer, se deprimió cuando le mostró a Lily su habitación.

—Somos seis, todas juntas —dijo Emer—. Yo soy la de tareas generales y tú serás de la cocina. La señora Hoolihan y la señora Bennet, la cocinera, son las reinas de esta casa —agregó con amargura—. Ellas tienen sus propias salas de estar y difícilmente hacen algún trabajo. El señor Adams es soltero. Es un caballero mayor que viaja mucho al extranjero. Está en Francia hasta octubre, de modo que no hay nadie que venga de visita y ellas no hacen nada. Somos tú y yo las que tenemos que hacer todo aquí. Pero tenemos lo suficiente para comer y un poco de dinero. Además espero algún día ser yo la cocinera o tal vez la niñera —volvió a suspirar—. Es una casa tranquila.

Lily recordó mantener los ojos bajos y comportarse con respeto. Había aprendido la lección y estaba decidida a mantener este trabajo, ya que debía pagar a la señora Sheridan los cinco dólares que había tomado de su casa y debía enviar dinero para el bebé. Sin embargo, afortunadamente, el ama de llaves parecía desinteresada y la cocinera era amiga de esta. Se pasaban todo el tiempo juntas, encerradas en la sala de la señora Hoolihan. La criada de la recepción y la del piso superior se daban aires y se mantenían apartadas. Y la lengua chismosa de Emer le crispaba los nervios a Lily.

Una noche en que no podía dormir, se quedó tendida en la cama, sintiéndose sin esperanzas, como siempre, sobre el pasado y la vergüenza que había traído a su familia. El sentimiento de su propia maldad la sobrecogió. Deseó por enésima vez no haber conocido a Dermot, y se maldijo por su estupidez descuidada. Desolada, se preguntó si Ciel alguna vez pensaba en ella. Decidió escribirle. No sabía si la carta le llegaría, pero a Ciel le gustaba recoger la correspondencia y había solo una posibilidad.

Se sentó a mitad de la noche a escribirle la carta, y a la mañana siguiente le pidió a la señora Hoolihan diez minutos para salir. Cuando despachó la carta en el correo,

pensó que era como la cuerda de cáñamo de Manila que se envía para rescatar a los marineros de un barco que se hunde. Solo su hermana podía salvarla de ahogarse en su soledad.

Capítulo 29

Maudie.

El contar la historia de Lily me hace recordar lo que fue ser niña en la Casa Grande. Yo viví allí hasta los doce años, y era un lugar lúgubre habitado por tan solo tres personas. Pero como ustedes saben, en los días de Lily esto era un palacio, siempre lleno de visitas y huéspedes, parientes y amigos, cacerías y fiestas, navidades y bailes.

Para cuando me llegó el turno, muchos de los amigos y contemporáneos de los Molyneux habían perdido a sus hijos en la guerra. Y para entonces la mayoría había perdido su dinero, y muchos de ellos también sus grandes casas. Aquellos que aún no lo habían perdido todo, vivían todavía en derruidas y viejas mansiones que casi los congelaban en el invierno, con la humedad que trepaba por el elegante papel de las paredes y los cubos diseminados por las habitaciones para acumular el agua de lluvia que se colaba por las goteras del techo.

Recuerdo aquellas congeladas salas cuando íbamos de visita. Nuestras anfitrionas se sentaban con los abrigos de piel puestos y servían *whisky* con las manos enguantadas, mientras los maridos removían inútilmente los fuegos de turba con enormes atizadores de hierro y el viento silbaba por las enormes chimeneas con tal fuerza que levantaba las puntas de las alfombras y movía las pesadas cortinas de brocado.

—¿Y por qué se quedaban? —preguntó Shannon.

—Era muy sencillo. No tenían otro lugar donde ir. Sus grandes casas estaban hipotecadas dos y tres veces, aun cuando los banqueros hacían todo lo que podían para mantenerlos dentro de los límites de un presupuesto. Pero, por supuesto, la misma palabra *presupuesto* es ajena a la naturaleza irlandesa y ellos jamás habían aprendido a vivir de otra manera, de modo que siguieron haciendo lo de siempre. Siempre había buenos caballos en los establos y siempre había botellas de ginebra y *whisky* en el armario de las bebidas; salmón fresco de río y trucha del lago, faisanes y conejos de los bosques y campos, de modo que jamás pasaban hambre. Los sirvientes nunca reclamaron sus sueldos y los comerciantes locales les daban crédito de la forma en que siempre lo habían hecho, solo que esta vez el crédito duraba años, aun cuando las cuentas se presentaban todos los meses. Una libra aquí y otra allá, y así mantenían contento al comerciante, y la vida proseguía casi con normalidad, con las fiestas, los bailes y las cacerías.

»Tal vez el reducirlos a las penurias fue el castigo de Dios sobre los gentiles de la tierra, por las cosas terribles que algunos de ellos les hicieron a sus empleados. Suspiré. Irlanda siempre ha estado plagada de pobreza y de problemas. Y de ingleses,

diría yo.

—Pero, como siempre, me estoy apartando del tema y todo lo que deseaba decirles era que, aunque la Casa Grande era un lugar lúgubre cuando yo era niña, no era por la falta de dinero de aquellos días. Era solo porque el recibidor de paredes de piedra y estilo gótico era como una catedral, tan espacioso que el grito de un niño hacía eco y tan cavernoso que había cientos de lugares para esconderse cuando jugábamos. A veces me pregunto si alguna vez encontrábamos a todos los que se escondían cuando jugábamos al escondite con todos los pequeñuelos encerrados en aquellos enormes aparadores. ¿Quién sabe? Tal vez un día abra una puerta y me encontraré un par de niños perfectamente conservados con sus atuendos de fiesta.

»Pero la vieja casa estaba llena de vida y alegría, incluso con ese condenado frío y, aunque viajábamos mucho, siempre era bueno regresar aquí.

»Pero como les dije a Shannon y a Eddie, después de la partida de Lily de la Casa Grande, nada volvió a ser como antes. Primero, sin embargo, ustedes desearán saber qué llevaba puesto la noche de nuestra historia después de la cena. Creo que es importante describir el aspecto de una mujer. Llámenlo vanidad si lo desean, pero como saben los vestidos son mi pasión, y esa noche fue un Chanel de 1952, un largo vestido de punto color azul marino que siempre se ajusta tanto que es imposible usar ropa interior. Pero esa es otra historia. Y en caso de que se lo pregunten, sí, esa noche yo tenía puesta ropa interior, aquellas milagrosas braguitas de seda que venden en Norteamérica que no se notan. Pero, de todos modos, en 1952 no teníamos de eso.

Esto es lo que les conté a Shannon y a Eddie esa noche.

Ardnavarna.

Cuando Ciel Molyneux vio que separaban a Lily de Ardnavarna en aquel carruaje fúnebre tirado por caballos, ella supo sin sombra de duda que su vida había cambiado para peor.

Su padre se encerró en sus habitaciones y su madre se metió en cama. William estaba en la Universidad de Oxford y nadie se molestó por buscarle a Ciel una nueva institutriz. La dejaron que recorriera sola la propiedad en su *pony*, con los perros corriendo a sus talones. Las lágrimas rodaban sin cesar por su rostro cuando recordaba a su hermana, ya que era tan malo como si Lily estuviera muerta. Peor, porque si Lily hubiese muerto, la habrían enterrado en Ardnavarna.

Cuando su padre finalmente salió de su soledad, varios días después, ella miró horrorizada aquel rostro de palidez mortal, con los ojos muertos, el cabello gris y los hombros caídos. En el espacio de unas cuantas semanas, su robusto y orgulloso padre se había transformado en un hombre viejo. Ciel lo seguía triste por toda la casa, de la forma en que los perros seguían a Lily, pero él rara vez le hablaba. Y cuando trató de hablarle, él se volvió como si ni siquiera pudiera mirarla.

Perdida, corrió en busca de consuelo con su madre, y *lady* Nora intentó salir de su letargo para atender las necesidades de su hija. Su única hija, se recordó con amargura. Su marido era ahora como un extraño; jamás sonreía; estaba taciturno y perdía los estribos por el más mínimo detalle: el café demasiado caliente o demasiado frío, los sirvientes haraganes. No importaba que ella tratara de mantener la casa como si todo fuera normal: nada parecía estar bien. Ciel observaba a su Pa enfurecerse con su inocente madre y no sabía qué hacer.

Cuando recibieron la terrible noticia del naufragio del *Hibernia* y se enteraron de que el nombre de Lily no estaba en la lista de supervivientes, Pa partió de inmediato hacia Londres. Se quedó en un club, en lugar de hacerlo en su propia casa, jugando a las cartas y acudiendo a las carreras de caballos con sus amigos. No se vistió de luto y prohibió celebrar un servicio en su memoria. Todos pensaron que era un desalmado sin corazón, pero detrás de esa dura fachada, Ciel se sentía segura de que estaba tan herido como ella y su madre.

Lady Nora volvió a meterse en la cama. Era una mujer destrozada. Y Ciel corrió en busca de su *pony* y fue a correr por la playa. Miró las quebradas olas verdosas imaginando a su hermana ahogándose debajo de un peso helado y gritó su pena en voz alta. No puede ser verdad, lloraba, simplemente no puede ser. En cualquier momento, Lily aparecería montada en su caballo, al paso por el camino entre las rocas y los perros correrían ladrando como enloquecidos para saludarla. Y Finn O’Keeffe estará con ella, de la forma en que siempre lo hace, corriendo a su lado.

Su madre permaneció en cama y su padre en Londres, y nadie pareció preocuparse más por ella. Ciel deseaba que su madre contratara a una nueva institutriz, y entonces por lo menos ella tendría a alguien con quien hablar, pero *lady* Nora no salía de su oscura habitación. El médico iba y venía y los sirvientes hablaban entre susurros, mientras Ciel vagaba de habitación en habitación, o cabalgaba con su *pony* kilómetros seguida de los perros, a veces no regresando hasta que se hacía de noche. Pero no había nadie que le preguntara enojado dónde había estado y por qué había faltado de la casa por tanto tiempo, preocupando a todo el mundo. Nadie se molestaba por su cabello todo enredado y el vestido arrugado. Y ahora ella cenaba sola en aquel enorme comedor helado, en aquella mesa para treinta comensales.

Espiaba anhelante a su Mami cuando iba a dormir, y la encontraba ya dormida por la poción que el médico le había recetado. Y espiaba también anhelante la acogedora cocina, donde las criadas cenaban contando chismes y riéndose entre ellas. Y la biblioteca, donde Pa siempre solía fumar su cigarro después de la cena. Ahora estaba fría y vacía, de la misma forma en que lo estaba su vida, con Lily muerta.

Su madre se quedó repentinamente parálitica por la artritis. Decía con un suspiro que el clima húmedo había finalmente penetrado en sus huesos y se quedó permanentemente en cama. Ya no dirigía la casa, y el polvo se acumulaba por todas partes. Y cuando finalmente su hermano regresó de Oxford para pasar las vacaciones, Ciel cayó sobre él deshecha en llantos y pena.

William sostuvo abrazando a su hermana pequeña, limpiándose los empañados lentes, reprimiendo sus propias lágrimas.

—Éramos felices —lloraba Ciel—. Y ahora mira a Pa. Y Mami. Míranos y dime si alguna vez volveremos a ser como antes.

Los meses pasaron tediosamente. Su padre no regresó a la casa, William regresó a Oxford y el único placer de Ciel fue cabalgar sola por el bosque y por las desnudas montañas. En menos de un año, la niña feliz y traviesa se convirtió en una solitaria de rostro triste.

Los montones de cartas quedaron sobre la bandeja de plata, sobre la mesa redonda de caoba que estaba en medio del recibidor durante meses, juntando polvo como todo en la Casa Grande, esperando el regreso de lord Molyneux. Una mañana, Ciel caminaba por allí con los perros pegados a sus talones, como de costumbre, cuando un ratón de pronto cruzó la habitación. Los perros corrieron tras él, saltando sobre la mesa y enviando las cartas al suelo. Enojada, Ciel los tomó del collar.

El ratón desapareció debajo del revestimiento de madera de las paredes y ella pensó con un suspiro que no le diría nada a su Mami, ya que ella parecía ya no preocuparse por nada, salvo de la siguiente dosis de fuertes calmantes que le suministraba el médico.

Levantó las cartas, mirándolas sin interés una por una, mirando con curiosidad una que tenía su nombre escrito en el sobre. Ella habría conocido la escritura de Lily en cualquier lugar, y su corazón pareció saltar en su garganta y luego en su estómago. Tomó la carta con ambas manos, sosteniéndola pegada a su corazón, abrazándola como si lo hiciera con su hermana. Temblando de alegría, sabía que la preciosa carta significaba que Lily estaba viva.

Subió los escalones de dos en dos y corrió por el pasillo hasta su habitación. Cerró la puerta con llave y trepó a la cama de Lily con los perros. Luego, abrió el sobre. Sus manos le temblaban cuando alisó las páginas dobladas y comenzó a leer.

Mi queridísima Ciel.

Si alguna vez recibes esta carta, seré la muchacha más feliz de Boston. Pienso en ti, mi querida hermanita, todo el tiempo. Te extraño muchísimo y, ¡cómo echo de menos a la querida Mami!, aunque tengo miedo de pensar en Pa como estaba la última vez que lo vi. Oh, Ciel, ¿cómo pudo ser él tan cruel? ¿Cómo pudo pensar que lo que sucedió fue culpa de su querida hija? ¿Y fui yo realmente malvada, Ciel, al culpar a Finn? Pienso en lo que hice y no lo comprendo. No pensé en las consecuencias: solo pensé en que Pa no me condenaría a casarme con él, aunque Dios sabe que habría sido mejor que obligarme a casarme con el horrible D. H... Y oh, Ciel, ¿sabes qué? Finn y Daniel estaban en el Hibernia, trabajando de fogoneros. Ciel, él me odia tanto que casi me mata. Y a mí no me hubiese preocupado si lo hubiera hecho. Me robó el collar y mi dinero en lugar de matarme, y dijo que yo

estaba en deuda con él. Y creo que tenía razón.

Narró el naufragio y contó la historia de los Sheridan y del bebé. Dijo que ni siquiera había podido mirarlo y que se había escapado y dejado al niño a salvo con esa familia. Le contó que trabajaba en Boston para un profesor de Harvard como criada...

Querida Ciel. Oh, ¡cómo he caído! Ahora veo la vida desde el otro lado de la puerta verde de la cocina. Si alguna vez recibes esta carta y no estoy segura de que lo hagas, entonces deseo que sepas que pienso en ti todo el tiempo. ¡Oh, Ciel, cómo te añoro, y cómo añoro Ardnarna! Soy una penitente a la que le han prohibido el paraíso sin esperanzas de perdón. Si pudiera volver atrás el reloj, si solo... queridísima Ciel...

Ciel leyó la carta cien veces; la acercó a sus labios y la besó; se la ofreció a los perros de Lily para que pudieran sentir su aroma, y ellos ladraron de alegría y movieron la cola.

Saltó de su cama y corrió por el pasillo para contarle a su madre la buena noticia, pero cuando abrió la puerta, dudó. Recordó que una vez esta habitación triste, oscura y silenciosa, había estado llena de flores y luz, de aroma a polvos y perfume en lugar del ácido olor a medicinas y enfermedad. Drogada por la morfina que le calmaba el terrible dolor, su madre se confundiría demasiado para comprender que Lily volvía a estar viva. A veces, en esos días, ella pensaba que Ciel era Lily y que ella era todavía una niña. Que la reprendía por hacer tobogán por la baranda de la escalera y le decía que no debía jugar a los bolos en la galería. Su pobre madre estaba permanentemente encerrada en el pasado, de modo que colocó la preciosa carta de Lily en su bolsillo, trepó al lecho de su madre y le dio un beso triste sobre el rostro dormido.

Se acurrucó en un sillón al lado de aquella cama y los fieles perros se acomodaron a sus pies, roncando suavemente junto al fuego. Y pensó en la carta que le escribiría a Lily aquella misma tarde.

Pero no hubo tiempo de escribirle a Lily aquella tarde y no lo habría por mucho tiempo después, ya que cuando se sentó para observar el rostro de su madre, esta abrió de pronto los ojos. La miró, preocupada:

—Ciel, querida —le dijo débilmente—, tengo un horrible dolor de cabeza. ¿Puedes ir a mi botiquín dónde guardo las medicinas y traerme aquellas píldoras? Tú sabes a las que me refiero, querida, las blancas —apretándose las sienes con las manos, ella gimió—: Date prisa, querida, el dolor es muy fuerte.

Ciel la miró llena de ansiedad. Sabía que el médico le había suministrado morfina para el dolor y le había advertido que no debía tomar otras píldoras. De pronto, *lady* Nora se sentó en la cama. Le dolía la espalda y se revolcaba por el lecho entre

gemidos. Luego, se dejó caer contra las almohadas y se quedó quieta.

Aterrorizada, Ciel gritó su nombre. Los ojos de su madre se abrieron y su rostro adorable se torció en una mueca horrible. Ciel volvió a gritar y con una última mirada cargada de pánico, corrió en busca de ayuda.

El ama de llaves y las criadas llenaron las escaleras corriendo tras ella. Se juntaron alrededor de la cama de cuatro postes, mirando fijamente a *lady* Nora, conteniendo la respiración y sacudiendo las cabezas cuando vieron aquel rostro contorsionado.

—Me temo que ha sufrido un ataque de apoplejía —le dijo el ama de llaves a Ciel—. Enviaré sin pérdida de tiempo a buscar al médico.

El ama de llaves permaneció con Ciel, mientras que los otros criados regresaron abajo. Se quedaron ansiosos en el recibidor, hablando suavemente, persignándose y diciendo entre murmullos plegarias por la recuperación de su señora, aunque al verla, ninguno tenía muchas esperanzas.

—Será una liberación si *lady* se va —se decían unos a otros—, ya que jamás volverá a ser la misma mujer desde que echaron de la casa a la malvada Lily.

El médico vino y agitó la cabeza.

—Me temo que debemos esperar lo peor, querida —le dijo a Ciel, dándole palmadas en el hombro.

Se enviaron de inmediato mensajes a Londres, urgiendo a lord Molyneux y a William para que regresaran de Inglaterra.

Ciel se sentó en un pequeño sillón de terciopelo rosa junto al lecho de su madre, esperando el regreso, llorando por el cruel destino que había cambiado el rostro dulce de su querida Mami en esta máscara aterradora. Los sumisos dálmatas estaban tendidos a sus pies, con las cabezas aplastadas en el suelo entre sus patas y con las orejas nerviosas echadas hacia atrás, como si presintieran que la muerte se aproximaba.

Lord Molyneux llegó y esta vez las lágrimas fluían libremente sin temor a que lo vieran. Se quedó devotamente junto a su esposa, durmiendo en un catre de hierro. Nadie supo lo que le dijo en aquellas largas noches y días de espera, pero al pasar por su puerta se oía el bajo murmullo de su voz. Ciel y William se preguntaban con amargura si él le decía a su esposa que él era el culpable de que ella se estuviera muriendo. Ellos sabían que, si él no hubiera echado tan insensiblemente a Lily de la casa, *lady* Nora no habría enfermado. Ahora ella no tenía nada por qué vivir y entonces solo le quedaba la muerte.

Pocos días después, cuando salió el sol, lord Molyneux miró a su esposa y pensó que había sucedido un milagro. Su rostro contorsionado se había suavizado y ella se veía como antes. Había incluso un asomo de sonrisa en sus labios.

—¡Nora! —exclamó lleno de alegría, tomándole una mano entre las suyas. Pero

supo por la frialdad de esta que ella no estaba allí. Ella se había ido de la vida tan en silencio y tan discretamente como había vivido.

El ataúd de caoba con adornos de plata de *lady* Nora se colocó en un coche abierto, con una alfombra de musgo y flores hecha por los empleados. Los mismos caballos con plumas negras que se habían llevado a su hija al exilio la llevaron a su destino final, a través de la niebla gris y la llovizna. Ciel y William caminaron junto a su padre detrás del ataúd. Todos vestían de negro y llevaban ramos de las flores favoritas de su madre, lilas que el jardinero mayor había sacado de los invernaderos.

Pa caminaba lentamente. Se apoyaba pesado en su bastón y los aldeanos sacudían sus cabezas a medida que se iban uniendo a la fila. Los muchos amigos de los Molyneux habían llegado en multitud para presentar sus últimos respetos y la pequeña capilla de la familia estaba repleta de gente, con los empleados afuera escuchando el servicio, persignándose y ofreciendo sus plegarias.

Cuando llevaron el ataúd a la tumba donde habían sido enterradas generaciones de Molyneux y la gran puerta de piedra volvió a cerrarse en su lugar, Ciel se arrojó al suelo llorando. Pataleó y golpeó con los puños sobre la grava hasta que le sangraron, llamando a su Mami. Lord Molyneux la miró indefenso y William se apresuró a levantar a su hermana. La limpió y la ayudó a volver a subir el zigzagueante camino bordeado de árboles que los llevaba de regreso a su casa vacía.

Lord Molyneux permaneció en Ardnarnna, pero ya no era el Pa que Lily habría recordado. Su paso era inseguro y caminaba con la ayuda de un bastón que uno de sus empleados había tallado especialmente para él de madera de castaño. Y se acostumbró a rondar por el pueblo, las granjas y las cabañas de los pescadores, metiendo sus narices en los asuntos de su gente y preguntando por su bienestar. De pronto, paternal y filantrópico, le daba a cada hombre un cerdo y una vaca como regalo de Navidad. Ordenó nuevos techos de paja para todas las cabañas antes del invierno, y dio instrucciones de que se pintaran las paredes de brillantes colores: coral y azul, limón y verde.

Todas excepto la cabaña de Padraig O'Keeffe. Esta permanecía en pie como una herida gris sobre el nuevo paisaje lleno de colores. Entonces él vino a mirarla y ordenó que la echaran abajo, piedra por piedra. Ordenó que se arrojaran las piedras al mar para que ningún hombre pudiera volver a utilizarlas. Se encargó de que la tierra donde había estado la cabaña de los O'Keeffe fuera arada y que allí plantaran zarzas, ortigas y plantas espinosas para que nadie jamás pudiera pisar, cultivar o volver a construir allí una casa. Borró del mundo en forma salvaje el nombre de los O'Keeffe, culpándolos de todos sus problemas, y la gente del pueblo lo sabía y se sentía resentida.

Lord Molyneux miró con amargura el rostro de su única hija, viéndola por primera vez en muchos meses. Su descuidado cabello pelirrojo le llegaba a los hombros, el vestido parecía haber sido usado durante una semana entera, había suciedad en sus uñas y no tenía las medias puestas. Bajó la cabeza por la vergüenza de que su hija se hubiese rebajado de esta forma por su descuido y ordenó que de inmediato la enviaran a un colegio que él conocía en París, donde estaban acostumbrados a tratar niños indómitos y donde, sinceramente esperaba, se harían responsables de Ciel y transformarían a esta descuidada niña en una dama.

Ciel lloró todo el camino a Londres. Lloró durante toda la travesía en barco a Cherbourg. Y lloró en el tren que la llevó a París. Pero cuando se acercaba a esta hermosa ciudad en plena primavera, se secó los ojos y se sentó para mirar. El cielo era azul y los nogales estaban florecidos, las calles bullían de gente y había música en el aire.

Estudió con cautela el colegio. Era un hermoso edificio blanco que estaba en una tranquila calle cerca del Jardin du Luxembourg. Los corredores olían a cera y los dormitorios tenían estrechas camitas blancas, cada una con una muñeca. Las maestras sonreían y eran amables, y de pronto se sintió aliviada. Por primera vez en la vida, se sintió contenta de estar lejos de Ardnavarna.

Tomó su cena de sopa, pan y manteca, y bebió su chocolate con leche de una ancha taza. Se acurrucó en su cama aquella noche, contenta de tener la compañía de otras niñas. Antes de dormirse, sacó la carta de Lily, arrugada de interminables lecturas, y la volvió a leer. Mañana, se prometió, le escribiría a su hermana y le contaría todas las cosas terribles que habían sucedido desde que ella se marchara. Y que Ardnavarna jamás volvería a ser la misma.

Capítulo 30

Boston.

La mansión de John Porter Adams era aún más grandiosa que la que Lily acababa de dejar. Diseñada por el eminente arquitecto Charles Bulfinch, la hermosa casa con fachada circular ocupaba una importante posición en la calle Mount Vernon. Tenía docenas de habitaciones llenas de tesoros de todo tipo, ya que no solo el señor Adams era miembro de una de las viejas familias más ricas de Boston, sino que también era profesor de literatura europea en Harvard, además de gran coleccionista. Viajaba la mayor parte del año y siempre regresaba con pinturas, libros y extraños manuscritos, así como también con figuritas de porcelana y antiguas estatuas y tallas. Y con la casa ya llena de antigüedades heredadas de su familia, todas las habitaciones estaban hasta el límite de su capacidad.

Se encontraba de viaje en una extensa visita por Europa cuando Lily comenzó a trabajar allí, pero la sirvienta de aspecto desaliñado le dijo que el señor Adams era un solterón y un «caballero», y que estaba tan inmerso en sus libros y en su trabajo que rara vez notaba que ella estaba allí.

—Es un trabajo fácil —le había dicho, recorriendo con holgazanería un dedo sobre el polvo acumulado sobre la mesa del recibidor, mientras le mostraba a Lily los alrededores—. Todo lo que hay que hacer es limpiar rápidamente la casa antes de que él llegue y el señor jamás notará la diferencia.

La habitación de Lily era la misma que en su anterior trabajo, en el ático, y su trabajo el mismo también: fregar, barrer, lavar. Con resentimiento, hacía una tarea tras otra, aunque notaba que todas las demás parecían tener bastante tiempo libre. El ama de llaves, la señora Hoolihan, se ponía su abrigo y su sombrero todas las mañanas a las once. Le daba unas cuantas órdenes a Lily y Emer y les decía que ella iba a misa; luego desaparecía durante horas.

—No es a misa donde va —le dijo Emer a Lily—. Va al bar.

Y Lily estaba segura de que estaba en lo cierto, ya que la señora Hoolihan regresaba por la tarde, con el rostro enrojecido y expresión agresiva, apretando una bolsa de papel marrón.

—Ginebra —le susurraba Emer, riéndose, cuando el ama de llaves se tambaleaba hacia su habitación y cerraba la puerta de un portazo.

Durante la noche, a menudo se reunía con la cocinera y se podía oír el ruido de vasos y las risas sordas: luego, la cocinera comenzaba a cantar en voz alta. Emer se cubría los oídos.

—Siempre canta cuando está borracha —le dijo a Lily— y siempre son himnos.

Y como no había quien las detuviera, ella y las otras criadas se escapaban para

encontrarse con sus amigos, dejando a Lily sola en la gran casa.

La primera vez que sucedió, Lily se sentó en la cocina escuchando el tictac del reloj de pared, observando las manecillas de este saltar de segundo en segundo, minuto a minuto. El silencio y la soledad la endurecieron. Cuando ya no pudo soportar más, corrió desde la cocina, subiendo las escaleras hasta el recibidor. Miró a su alrededor. A su izquierda había un enorme comedor y a la derecha, la biblioteca del señor Adams. Una enorme escalera conducía a la gran sala en el segundo piso y más allá había una sala de música, con un grandioso piano de cola Steinway donde, Emer le había dicho, su patrón a menudo tocaba melancólicos estudios de Chopin hasta muy entrada la noche.

Pero fue la biblioteca lo que más le gustó a Lily. Las altas ventanas, con cortinas de damasco doradas, daban al jardín por atrás y a Mount Vernon por delante. Tres paredes estaban llenas de estantes con libros encuadernados de cuero, mientras que en cerradas vitrinas estaban los manuscritos incunables. Dibujos enmarcados de Leonardo da Vinci se agrupaban sobre una pared tapizada de seda color bronce, y junto a un tapiz Aubusson del siglo diecisiete se encontraba un magnífico biombo japonés. Había docenas de pequeñas cajas de vidrio llenas de curiosidades y tesoros: una colección de diminutas cajas realizadas en carey, plata, porcelana y oro; había monedas romanas antiguas; flechas prehistóricas, fósiles y artefactos, y miles de otras cosas fascinantes que maravillaban a Lily.

Cuando entró en la habitación, cerró los ojos y respiró el olor a cuero viejo con un dejo de tabaco de cigarro, ella podría haber estado nuevamente en el estudio de su Pa en Ardnarn. Paseó feliz por el lugar, inspeccionando las colecciones de su patrón. Se sentó en su sillón de cuero verde detrás del gran escritorio, mirando la habitación llena de polvo, imaginando que ese lugar le pertenecía. Simuló ser la verdadera Lily Molyneux y que estas riquezas le pertenecían por derecho. Luego, suspiró y volvió a la tierra y a la realidad.

Corrió desde la biblioteca por las anchas escaleras, y abrió la doble puerta que conducía a la magnífica sala. Había polvo por todas partes, incluso sobre las teclas del grandioso Steinway que estaba con la tapa abierta en el cuarto de música. Ella las limpió impaciente con la punta de su delantal. Recorrió suavemente con sus dedos las teclas, pero el instrumento estaba muy desafinado y ella se preguntó enojada qué diría el señor Adams cuando regresara a la casa y lo encontrara en ese estado. Echaría a todas las doncellas y luego la señora Hoolihan, de quien era la culpa, reinaría en Mount Vernon como una reina borracha.

Lily sabía cómo llevar bien una casa; había estado rodeada de criados toda su vida; había observado a su madre darle órdenes al ama de llaves y escuchado cuando organizaba el menú de la semana con la cocinera. La había acompañado a los viveros para darle instrucciones a los jardineros sobre las flores para la casa y las frutas para la mesa, y había visto cómo se mantenía vigilante con las criadas jóvenes atolondradas. Todo en Ardnarn funcionaba como un reloj, y era diez veces más

grande que la mansión del señor Adams.

Lily decidió limpiar la biblioteca ella sola. Se quitó sus duras botas de cuero para no ensuciar las pálidas alfombras. Le hizo bien sentir su suavidad en los pies descalzos y bailó alrededor del adorable lugar, pretendiendo ser su dueña. Con cuidado quitó el polvo de todos los adornos y lustró las cajas de cristal con las curiosidades, sonriendo con placer cuando los contenidos parecían resaltar mejor. Se subió a una silla y sacudió las pesadas cortinas, y con agilidad subió los escalones de caoba para desempolvar los libros.

La doncella se rio de ella.

—¿Para qué perder el tiempo? —le preguntó airosa—, cuando justo esta mañana la señora Hoolihan ha recibido una tarjeta del señor Adams diciendo que prolongaba su viaje de forma indefinida y que no lo esperara por varios meses —le sonrió con desfachatez a Lily cuando se puso el abrigo y el sombrero—. Y cuando el gato no está, los ratones bailan —dijo parafraseando mientras salía de la habitación.

La señora Hoolihan y la cocinera hablaron sobre la criada de la cocina que trabajaba tanto mientras compartían una botella de ginebra aquella noche. Ambas acordaron que, con el señor lejos, era una lástima gastar dinero en un par de doncellas para los pisos superiores que, de todos modos, no trabajaban nada, cuando tenían a Lily que tenía deseos y capacidad para hacer todo.

—Nos ahorraremos dos sueldos —dijo con firmeza la señora Hoolihan—, y eso será dinero extra en nuestros bolsillos, mi querida.

Al otro día, las dos sirvientas fueron despedidas y Lily fue ascendida a doncella.

—Habrás dos dólares más para ti a fin de mes —le dijo la señora Hoolihan con grandeza—, y deberás usar un buen uniforme. Tienes suerte de estar en los pisos superiores, muchacha, ya que eres joven. Y recuerda, espero que trabajes mucho, no como esas dos pequeñas holgazanas.

—Sí, señora Hoolihan —dijo Lily, con los ojos bajos en señal de respeto, pero sonriendo en su interior, ya que ahora esto significaba que era libre de pasear por todos los lugares de la casa que ella deseara conocer. Tomaría libros de la biblioteca y tocaría el piano. La casa era suya.

Pero el ama de llaves no contrató un reemplazo para Lily y solo estaban ella y Emer para hacer todo. Aún con su vestido estampado azul y el delantal, Lily barría, lavaba y quitaba el polvo, tanto en los pisos superiores como abajo, y la señora Hoolihan se embolsaba los dos sueldos de las doncellas despedidas.

—Se lo gasta en ginebra —dijo Emer cuando observaban las botellas vacías que se amontonaban en el armario del pasillo—. Y la cocinera también está robando. Ella está confabulada con el dueño del almacén y el carnicero. Le dan facturas por

mercancías que jamás compra, se guarda el dinero y les da un porcentaje a ellos —suspiró, pensando en sus manos lastimadas y los pies doloridos—. Si no necesitara tanto el trabajo, probaría mi suerte en otro lugar —dijo llena de tristeza.

—Y yo también —asintió Lily. Pero aunque era difícil, sabía que jamás conseguiría otro trabajo de doncella como el que tenía. Cuando veía los días pasar, se dijo a sí misma que no podría seguir así por mucho tiempo. Ella no estaba destinada a ser la sirvienta de nadie: había sido una dama y, de alguna forma, un día volvería a serlo. Volvería a vestirse de seda y jamás pisaría la cocina. No sabía cómo lo conseguiría, pero sabía que lo haría. Llevara el tiempo que llevase. Y así, apretaba los dientes y seguía trabajando.

Una tarde, estaba quitando el polvo del recibidor cuando sonó el timbre de la puerta. Rápidamente, se secó las manos en el delantal y corrió a abrir, mirando con sorpresa al alto hombre con barba que estaba parado en el umbral, mientras un muchacho descargaba una pequeña montaña de equipaje en la vereda.

—Buenas tardes —dijo el hombre pasando junto a ella y subiendo las escaleras.

—Buenas tardes, señor Adams —le dijo Lily, dándose cuenta al instante de quién era él. Dudó que él siquiera la hubiese visto, menos aun oído, y corrió por las escaleras que conducían al sótano para decírselo a Emer, a la señora Hoolihan y a la cocinera. Luego, volvió a subir las escaleras y se cambió rápidamente por el vestido negro de doncella con la cofia y el delantal de organza.

La tranquila casa de pronto se llenó de vida. Había luces en todas las habitaciones y gracias a Lily la mayoría de ellas brillaban de limpias. La señora Hoolihan volvió a estar sobria y la cocinera regresó a la cocina. El señor Adams estaba en la casa.

John Porter Adams no era un hombre «sociable». Odiaba las fiestas y en especial las aburridas cenas donde las matronas casamenteras de Boston siempre lo sentaban junto a alguna joven candidata que estaba garantizada para «echarle el ojo». Tenía cuarenta y nueve años y hasta ahora todas habían fracasado. Él sabía que una mujer solo le estropearía la vida perfecta que se había creado: un mundo de arte, libros y viajes, y la no comprometida compañía de amigos. Tenía una excelente bodega de vinos y la libertad de hacer lo que le gustara. Prefería la conversación con hombres cultos al coqueteo de las mujeres y, además, sabía que una mujer le arruinaría su esquema de vida.

Era un hombre enamorado de su trabajo y sus conferencias sobre literatura europea del siglo diecisiete, en Harvard, constituían la atracción del año. Había obtenido el doctorado en clásicos de la Universidad de Oxford, y también de lingüista ya que hablaba con fluidez francés, italiano, español y alemán, así como también griego y latín.

Los Porter Adams eran una vieja familia de Boston de gran riqueza y, como último heredero varón superviviente, John había heredado la mayor parte de la

fortuna a la temprana edad de veintitrés años. Era un hombre apuesto, alto y un poco encorvado, con oscuros ojos a lo Van Dyke y cabello que se había puesto gris justo el día que cumplía veintiséis años. No era un hombre metódico: sus ropas eran buenas pero tenía un aire descuidado y olvidadizo. Usaba calcetines extraños con chaquetas y pantalones que no hacían juego. Se podía colocar una bufanda al cuello y salir en medio de una tormenta de nieve sin ponerse abrigo. Jamás encontraba las ballenas para su camisa de vestir, ni los gemelos para los puños, y no sabía hacerse el nudo de la corbata. Una de las criadas siempre debía hacerlo por él, y siempre que esto sucedía pensaba para sí que realmente debería contratar a un ayuda de cámara, pero entonces este lo «organizaría» y él era un hombre que simplemente aborrecía ser organizado.

Rechazaba el carruaje y los caballos y, en lugar de ello, iba caminando a todas partes, a menudo olvidándose de que las suelas de sus botas tenían agujeros hasta que casi se separaban de sus pies. Y al final del día, no había nada que le gustara más que una cena sencilla y sentarse después junto a la ventana abierta de la biblioteca, en verano, o delante del hogar, en invierno, con su nariz metida en un buen libro y saboreando una copa de excelente oporto. Siempre que estaba de humor, subía las escaleras y se sentaba en la oscuridad a tocar el piano. Tenía un oído maravilloso, y las tranquilas sonatas y estudios que tocaba envolvían su exquisita soledad. Era su propia compañía perfecta y no necesitaba de otra. Era un hombre remoto, erudito y gentil, y no completamente de este mundo.

Con la excepción de la señora Hoolihan, él jamás notaba la presencia de otras criadas y Lily pronto aprendió a no esperar de él un saludo si ella pasaba trabajando por la casa. Ni siquiera la veía. Era simplemente parte de su entorno, como un mueble y mucho menos interesante que una pintura o un libro.

El sábado siguiente a su llegada, había una «reunión» en la casa para celebrar su regreso. Había invitado a seis de sus colegas de Harvard, y la cocinera estaba hecha un torbellino con los preparativos. La señora Hoolihan iba de un lugar a otro con su vestido negro de buena seda, con aires de importancia y comprobando el trabajo de Lily a cada minuto, mientras esta ponía la mesa.

—Sé dónde van las copas, señora Hoolihan —le dijo Lily impaciente cuando el ama de llaves las movió por tercera vez, dejando sus huellas digitales sobre el cristal. Lily suspiró, ya que ahora ella debería frotarlas de nuevo.

—¿Cómo es que sabes poner la mesa, cuando no eres más que una criada de la cocina? —le preguntó la señora Hoolihan.

Ella siempre se ponía agresiva después de unos pocos tragos y Lily dijo suavemente:

—¿No trabajé acaso en la Casa Grande de Connemara, señora Hoolihan? El mismo mayordomo me enseñó.

—¿Es eso cierto? —le preguntó la señora Hoolihan impresionada, y partió luego a la cocina para ver lo que hacía la cocinera.

El señor Adams prefería la comida sencilla.

—Nada complicado ni empalagoso —fueron las instrucciones para la cocinera que estaba preparando langosta, lenguado asado, faisán, helado de limón y budín de chocolate. El mismo señor Adams había seleccionado los vinos. Ahora llamaba impaciente para que alguien viniera a buscar sus gemelos, las ballenas de la camisa y para hacerle el nudo de la corbata.

—Él no sabe que no tenemos doncella arriba —le dijo con cansancio Emer—. Y la otra era la única que sabía cómo hacerle el nudo.

—Yo iré —dijo Lily confiada. Pa a menudo le había permitido que lo ayudara con su corbata cuando se vestía para una cena, y ella sabía exactamente cómo se hacía.

Corrió escaleras arriba, pensando preocupada en los cien y un detalles de los que había que hacerse cargo, esperando que Emer recordara avivar el fuego y encender las velas. La casa olía a flores que ella había arreglado en grandes floreros, haciendo que la señora Hoolihan protestara por el gasto.

—El patrón no está acostumbrado a las flores —le había dicho con acritud—. Y lo que es más, no le importan.

Lily se apresuró a entrar al vestidor del señor Adams y tomó la caja de ballenas donde siempre estaba guardada, en la parte superior de una cómoda.

—Aquí están, señor. Permítame ayudarle a ponérselas.

Él se paró prestando atención como un niño pequeño, canturreando una compleja tonada y mirando por encima de la cabeza de Lily, mientras ella le colocaba las trabas de oro y ónix de su camisa.

—Y sus gemelos, señor —le dijo, y él extendió obediente los brazos—. Y ahora su corbata, señor. Por favor, si se sienta delante del espejo, sería más fácil.

Él miró el espejo, viéndola por primera vez.

—Usted no es la misma —le dijo, asombrado.

—No, señor, no lo soy. Soy la nueva doncella, Lily.

Parada detrás de él, le colocó en su lugar la corbata y luego la inspeccionó en el espejo.

—Creo que está bien, señor.

Él se miró brevemente y dijo:

—Sí, bien, muy bien. Gracias. —Y se alejó canturreando aquella tonada sin sentido.

El sonido de la cocinera cantando *Rock of Ages* venía de la cocina cuando Lily regresó apurada. Ella estaba trabajando encima de las hornillas con el rostro enrojecido. Una media botella de ginebra estaba sobre la mesa junto a ella, y Emer miró a Lily a los ojos y le hizo una seña.

—Ha estado bebiendo desde hace una hora —le dijo en un susurro.

Lily asintió preocupada. Si la cocinera arruinaba la cena, todas tendrían problemas y tal vez perderían el trabajo. Corrió hasta el cuarto de la señora Hoolihan y golpeó, pero no hubo respuesta. Volvió a golpear, pero el ama de llaves seguía sin

responder, y con un suspiro regresó corriendo a la cocina.

Notó agradecida que por lo menos la cocinera parecía saber lo que hacía: la sopa estaba lista, el lenguado asado se estaba haciendo bien al horno y el faisán también se cocinaba lentamente. Estaban preparados los bocaditos de carne, las verduras ya estaban listas sobre la cocina y los budines estaban dispuestos sobre bandejas de plata.

Lily cruzó los dedos; con un poco de suerte y no más ginebra, podrían terminar con aquella cena.

Sonó el timbre de la puerta y, mirando con ansiedad a Emer, Lily corrió a atender. Se alisó el delantal, se tocó el cabello para arreglarlo debajo de su cofia blanca y sonrió gentil a los dos caballeros que esperaban en la entrada.

—Buenas noches, señores —dijo, tomando sus abrigos y haciéndolos pasar a la sala donde esperaba el dueño de casa. Pronto llegaron los otros invitados y ella les ofreció una copa de champán, recordando no mirarlos a los ojos, aunque no dejó de escuchar con ansiedad su conversación sobre los recientes viajes de su patrón a Italia.

Anunció que la cena estaba servida y se paró en silencio junto al aparador, mientras ellos comían con entusiasmo la langosta, rezando por que el plato de pescado estuviera preparado a tiempo. Retiró los platos y los envió por el pequeño montacargas, respirando aliviada con un suspiro cuando llegó el pescado.

Sabía cómo debía servirse y se dirigió discretamente de comensal a comensal, ofreciéndoles la bandeja. Ninguno la miraba mucho; simplemente colocaban una porción en sus platos y seguían con la conversación. Y Lily regresó a pararse junto al aparador, con los ojos bajos, escuchando la conversación de los viajes, el arte, los libros y los chismes académicos. Era tan parecido a las noches que ella recordaba en su casa, que le trajeron lágrimas de nostalgia y remordimiento a los ojos. Con discreción se los secó con los dedos, pero ninguno la miraba, de modo que no lo notaron.

Retiró nuevamente los platos y los envió a la cocina por el montacargas, pero esta vez solo subió la bandeja con bocaditos y la salsa. Los puso sobre el aparador y esperó impaciente a que llegara el faisán. Después de unos minutos, hizo una seña por la sogá del montacargas, pero nada sucedió.

Los minutos corrieron. El señor Adams le envió una mirada interrogante y sirvió más vino. Llena de pánico, volvió a tirar de la cuerda, pero nada sucedió.

En el pasillo sonaron pesados pasos y de pronto se abrieron las puertas del comedor. La cocinera estaba allí, con el rostro escarlata, apretando la enorme bandeja de faisanes. Lily vio a la joven Emer siguiéndola detrás, con una mirada terrible en el rostro y supo entonces que debía esperar lo peor.

Plantando un pie deliberadamente delante del otro y canturreando *Rock of Ages*, la cocinera marchaba borracha hacia la mesa. Una expresión de asombro cruzó el rostro del señor cuando la miró.

—Pensé que debería traer esto yo misma, señor —dijo, sosteniendo en forma

triunfante la bandeja separada de su cuerpo.

Una bocanada de aliento cargado de ginebra llegó hasta él, la bandeja se balanceó insegura y los ojos horrorizados de Lily siguieron el faisán que se deslizó lentamente por el borde de la bandeja de plata en dirección a los pantalones del señor Adams.

Ella dio un salto y lo tomó justo a tiempo. Mientras tanto, el señor Adams y sus asombrados invitados observaban a la cocinera que se tambaleaba con paso inseguro y salía de la habitación. Por el pasillo se oía cómo *Rock of Ages* sonaba en una voz de contralto. El señor Adams se excusó:

—Mis excusas, caballeros. Esperemos que este problema de mi cocinera no impida la excelente calidad de su comida.

La conversación volvió a sus derroteros y Lily sirvió la comida con premura. Llevó acabo sus obligaciones a la perfección, pero en su interior estaba hirviendo de rabia. La cocinera y el ama de llaves borrachas harían que probablemente perdiera su trabajo, y esto no era justo. Ellas no se merecían trabajar para un hombre decente como el señor Adams. Y además, sabía que le robaban todos los días que podían. Regresó enojada a la cocina.

—Jesús, Emer —le gritó, dando un portazo—. La cocinera es una vieja estúpida y borracha. Y nosotras tendremos suerte si por la mañana aún tenemos el trabajo.

Emer terminó con los platos y se fue cansada a la cama, dejando a Lily sola en la cocina. La puerta de la cocina se abrió y ella pudo oír la risa de los invitados y el tronar de voces masculinas. De alguna manera, no se sintió tan sola.

La cocinera y la señora Hoolihan tenían poder y ella sabía que mañana lo usarían, ya que estarían demasiado avergonzadas para enfrentarse a ella después de lo que había sucedido. La despedirían a ella y a Emer. Había doncellas de sobra en Boston, y podrían contratar sustitutas aquella misma tarde. Decidió que había una sola cosa que pudiera hacer.

A la mañana siguiente, golpeó la puerta del estudio del señor Adams y le dijo que deseaba hablar con él. Ella lo miró directo a los ojos y el señor Adams la miró como si fuera la primera vez que la veía. Pero no, era la segunda.

—Usted es la que me anudó la corbata —le dijo, recordando.

—Eso es, señor. Yo soy Lily. Él asintió.

—¿Pero no había otras dos doncellas? —preguntó asombrado.

—Sí, señor. —Por un momento Lily pareció perder coraje. Él podría despedirla por decir lo que estaba a punto de decir, pero si no lo hacía, la señora Hoolihan seguramente lo haría. No tenía nada que perder y rápidamente le contó lo de las dos doncellas despedidas y cómo el ama de llaves y la cocinera se habían guardado en sus bolsillos sus sueldos, le habló del *arreglo* de la cocinera con los comerciantes y distribuidores, y de las escapadas diarias de la señora Hoolihan al bar y de sus botellas de ginebra por la noche.

—Usted mismo vio anoche cómo estaba la cocinera —le dijo para finalizar.

John Adams echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Fue solo su rapidez lo que hizo que toda la bandeja no terminara en mis pantalones. Es algo bueno que usted sea joven y ágil con los pies, Lily —suspiró, pensando en la desorganización que esto provocaría en su organizada vida. La miró con esperanzas.

—Dice usted que es irlandesa, pero no tiene acento —hizo jugar entre sus dedos un abrecartas de plata, observándola.

—Me eduqué en un convento, señor —le respondió Lily sonrojándose por esta nueva mentira—. Perdí a mi familia en el viaje hacia América —le dijo con presteza—. El barco naufragó en las costas de Nantucket y todos se ahogaron.

Él se mostró impresionado.

—Lo siento mucho —y luego volvió presto al asunto que trataban—. Despediré a la cocinera y al ama de llaves. Usted, Lily, ocupará el lugar del ama de llaves con un sueldo de cincuenta dólares al mes y contratará una nueva cocinera y cuantas doncellas necesite para tener en condiciones esta casa. ¿Puedo confiar en usted, Lily?

Se sonrió y ella se sonrojó sintiendo que había triunfado.

—Por supuesto que puede, señor —dijo.

Caminó confiada a su habitación, asombrada por los cincuenta dólares de un mes. Era una fortuna y ella lo sabía por el hecho de que eran diez dólares más que los que le pagaba a la señora Hoolihan. Les enviaría veinticinco dólares al mes a los Sheridan para el bebé y todavía tendría veinticinco para ella. Podía tirar el vestido gris de la muerta y aquellas horribles y duras botas de cuero. Se compraría ropa decente, buen jabón francés, tal vez algo de colonia. Y tendría una habitación para ella sola, con un baño que compartiría solo con la nueva cocinera, que ella misma elegiría. No tendría que volver a fregar las escaleras. Sería casi como la señora de la casa. En especial, porque el señor Adams era soltero. Aquel pensamiento quedó en forma especulativa en su mente, cuando regresó rápidamente a la cocina, donde el cartero estaba trayendo la correspondencia de la mañana.

Y allí, encima de las demás, había una carta para ella. Una gruesa y abultada carta de su hermana Ciel.

Capítulo 31

El patrón de Dan, Mick Corrigan, era soltero, pero como le decía muchas veces a Dan cuando el trabajo no era mucho y se ponía melancólico, eso no significaba que una vez no hubiera estado enamorado.

—Mi error fue dejarla en Cork y venir aquí solo, para tratar de buscar una nueva vida para los dos —dijo con un enorme y triste suspiro—. Oh, ella era joven, Daniel solo tenía dieciocho años, y era tan bonita como el sol poniente en la bahía de Bantry. Y yo sobreviví en uno de los primeros barcos ataúd que venían a América, cuando todos los demás morían de fiebre tifoidea, y fue mi amor la que no tuvo suerte, al quedarse en casa y morir de la misma enfermedad.

Mick tenía alrededor de sesenta años. Tenía cabello gris y ojos reumáticos, además de la deslucida palidez de cuarenta años de vida en los barrios pobres. Dan nunca pensó en él como un candidato a tener una pasión de juventud, pero Mick aún encendía una vela en memoria de su amor perdido todos los días en San Esteban. Y le contaba sin cesar aquella historia a quienes la quisieran escuchar.

Mick sacudió con tristeza la cabeza mientras colocaba harina en bolsas de papel, doblando las puntas entre sus retorcidos dedos para cerrarlas.

—Y la ironía es que yo, un irlandés muerto de hambre, levanté un buen negocio para venderles comida a más irlandeses muertos de hambre —las lágrimas velaban sus ojos—. A veces, Daniel, me pregunto, ¿no terminará esto nunca?

»Y esa es la razón por la que, cuando vi tu rostro hambriento ahí fuera todos los días, había algo en él que me hizo acordarme de mí mismo. Todo volvió a revivir —dijo con pena. Se colocó una gorra en la cabeza, tomó el bastón y salió hacia la puerta—. Regresaré a las dos —le dijo, poniendo rumbo como hacía todas las mañanas a esta hora hacia la cantina de Hegarty, en la esquina de la calle Norte, donde se encontraba con sus amigos a recordar los “viejos días” tomando una o dos jarras de cerveza.

Dan tomó un trapo y comenzó lentamente a limpiar, el desgastado mostrador de pino. Volvió a llenar los barriles de azúcar, té y patatas; apiló los rústicos bloques de jabón de fuerte olor, contó las velas y volvió a colocar la madera de leña. Puso en orden la escasa cantidad de repollos, zanahorias y cebollas dispuestas en cajas que estaban colocadas sobre caballetes afuera y, entre tarea y tarea, despachó a varios clientes, anotando su crédito en el importante libro diario de Mick, ya que cuando llegaba el viernes, los que no pagaban veían de inmediato suspendido el crédito hasta que se saldaba la cuenta.

Y todo el tiempo pensaba en quien debería estar haciendo esto para él. Frustrado,

miró con odio al hombre que entraba en la tienda cargando una mochila en su espalda.

—No compramos a buhoneros —le dijo con cara de piedra cuando el hombre depositó la mochila en el suelo y se apoyó cansado sobre el mostrador.

—Es un vaso de agua lo que necesito —le respondió. Con una mano enrojecida se secó el sudor de la frente—. He estado caminando toda la noche y estoy a punto de desmayarme. Me gasté hasta el último centavo en una *compra* y ahora no tengo tan siquiera para una sola comida.

Dan le trajo un vaso de agua y le dijo curioso:

—¿Y cuál es esa compra que lo envió a la temprana tumba de la pobreza?

El hombre se inclinó y abrió la mochila. Sacó un reloj de bolsillo de acero y lo colocó sobre el mostrador.

—Compré doscientos de estos —dijo con pena—. De la oficina de confiscación de la aduana. Ellos están vendiendo mercancías confiscadas a precios baratos y yo pensé que era mi oportunidad. Pagué cincuenta centavos por cada uno, cien dólares por todos. Me vi vendiéndolos por un par de dólares en las tiendas, pero me parece que me equivoqué. Nadie quiere comprarlos. Puse mi dinero y el del hermano de mi esposa en el negocio y ahora ni siquiera puedo regresar a mi casa por miedo a que me maten por perderlo todo.

Miró a Dan esperanzado.

—¿Le importaría comprarse uno para usted?

Dan lo miró pensativo. Números con el signo dólar bailaban en su cabeza, como el ruido de una caja registradora. Le dijo rápidamente:

—Haré más que eso. Le compraré todo por cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? —El hombre lo miró lleno de indignación—. ¿Y no acabo yo de decirle que pagué cien?

Dan se encogió de hombros indiferente. Se volvió y comenzó a limpiar los estantes.

—Tómelo o déjelo —le dijo—. Por lo menos, podría contar las pérdidas con su esposa en lugar de morirse de hambre aquí en las calles del Extremo Norte.

El hombre extendió una mano.

—Los acepto —dijo.

Dan dudó.

—Deberá esperar hasta esta noche por el dinero, pero sellaré el trato: aquí hay cuatro dólares a cuenta. —El hombre se metió el dinero que le daba en el bolsillo y colocó la mochila sobre el mostrador. Le dijo que regresaría esa noche a las siete para buscar el resto del dinero, salió por la puerta con desenvoltura en dirección al bar, para comprarse una gran jarra de cerveza y un plato de guiso irlandés.

Al ver aquel andar ágil, Dan se preguntó preocupado si no lo habían engañado. Tomó el reloj que estaba sobre el mostrador y se lo llevó al oído. Este funcionaba y él suspiró aliviado. Tomando una moneda, forzó la tapa de la parte posterior y miró los

pequeños engranajes que iban de atrás para adelante, y giraban sin cesar, y esta vez sonrió. Conocía una buena compra cuando la veía.

Pensó en su plan, mientras esperaba a que Mick Corrigan regresara. Él no tenía cincuenta dólares, pero sabía dónde podría conseguirlos. Cuando Corrigan regresó a las dos en punto, Dan le dijo que tenía algo urgente que hacer y que necesitaba salir una hora. Se quitó el gran delantal, se puso el abrigo y se alisó los rizos pelirrojos con un poco de agua. Luego, cargó a los hombros la mochila y con paso ágil se dirigió a la calle Prince.

Era una doble ironía que el hombre que iba a ver tuviera también un almacén. Thomas Keany era el *jefe* irlandés del Extremo Norte y un poder en la política local. Había comenzado su negocio hacía veinticinco años y se había transformado en el comerciante más importante de la zona. Una pequeña habitación en la trastienda de su tienda de ladrillos rojos servía como cuarteles centrales para la política, donde los inmigrantes sabían que podían venir en cualquier momento, para recibir el beneficio de su consejo. Era un hombre grandote y fanfarrón, de cabellos ondulados de color negro y el bigote grande de una morsa. Los irlandeses le confiaban a él todos sus secretos. Le traían sus problemas, sabiendo que podían confiar en su ayuda y como recompensa él les pedía su lealtad y sus votos en las elecciones locales.

Dan golpeó a la puerta y lo hicieron pasar. Keany estaba ocupado con otros dos hombres y Dan dejó caer su pesada mochila en el suelo. Se quedó parado, con los brazos cruzados, aguardando pacientemente hasta que ellos terminaran de hablar. Keany les estrechó la mano y se volvió para atender a Daniel.

—¿En qué puedo servirte, muchacho? —le preguntó con jovialidad.

Dan sacó un reloj de la mochila y comenzó a contar la historia de haber corrido el riesgo de comprarlos barato.

—Es un robo —le dijo triunfante—. Solo cincuenta dólares. Y él pagó por ellos cien.

Keany estaba sentado en silencio detrás de su escritorio, mirándolo por encima de sus manos que se unían formando una punta.

—Una ganga es una ganga cuando uno tiene dinero para pagar —le señaló.

—Lo es —asintió solemne Dan—. Pero yo soy pobre y esa es la razón por la que he venido a pedirle ayuda.

—Dime —le sugirió Keany, acomodándose en su silla y dispuesto a escucharlo. Y Dan le contó la historia del naufragio y de su lucha por la supervivencia. Le explicó lo que él deseaba hacer con los relojes.

—Me haré vendedor, yendo de pueblo en pueblo con la mochila al hombro, vendiendo los relojes para hacerme de unos dólares, sin ningún gasto, de modo tal que pueda hacerme del suficiente dinero como para comprarle a Corrigan su almacén —le dijo.

—¿Pero desea Corrigan vender?

Dan sonrió confiado.

—Todavía no. Pero lo haré. Una vez que hable con él y le muestre el color del dinero.

—Incluso si los vendes con un buen beneficio, no conseguirás lo suficiente como para comprarle el negocio a Corrigan —le señaló Keany.

—Entonces vendré a verlo a usted y le pediré un préstamo —le dijo triunfante Dan.

Keany se rio. El plan del muchacho estaba tan lleno de agujeros como las medias de una mujer, pero le gustaba su osadía y su confianza.

—Yo mismo te prestaré los cincuenta —dijo, buscando en su bolsillo—, ya que tienes más encanto del que he visto en mucho tiempo. Y si lo logras, puedes regresar por el préstamo para comprarle a Corrigan su almacén. Si Corrigan desea vender —se volvió a reír, dejando caer pesadamente el puño sobre el armario—. Maldición muchacho, ¿por qué un tipo con esa labia como tú desea ser tendero? Deberías dedicarte a la política.

Dan se metió sus cincuenta dólares en el bolsillo y le estrechó la mano a Keany.

—No soy yo, señor —dijo—, es mi hermano Finn el que tiene el encanto que se necesita para ese juego. Pero no seré el dueño de un almacén por mucho tiempo. Comenzaré con este, luego otro y otro. Tendré toda una cadena de ellos en Boston, Filadelfia, Pittsburgh, Chicago... —Sus ojos azules miraban el futuro como si ya pudiera ver la cadena de tiendas que se extendía infinita por todo Norteamérica, y Keany sacudió la cabeza maravillado.

—Tú eres un hombre con visión y te deseo suerte. Mientras tanto, será mejor que vendas esos relojes de bolsillo para que me puedas devolver los cincuenta.

—¡Si señor! —Dan tomó la mochila y caminó hacia la puerta. Dudó, luego se volvió y regresó. Tomó un reloj y lo dejó delante de Keany sobre el escritorio—. Esto es para usted, señor —le dijo agradecido—. Un regalo. Y le prometo que un día Dan O’Keeffe lo reemplazará por un reloj de oro puro.

Volvió a cruzar la habitación y salió, cerrando la puerta. Hizo una pausa y luego la volvió a abrir.

—Y haré que lo graben —añadió con grandeza—. «Para Thomas Keany. Gracias. Daniel O’Keeffe». —Haciéndole un movimiento de cabeza, como si esto ya fuera un hecho, palmeó los cincuenta dólares que tenía en el bolsillo, se cargó al hombro la mochila y regresó al almacén de Corrigan a presentar su renuncia. Mañana, sería el primero de los O’Keeffe que se transformaría en vendedor.

Finn observó a su hermano marcharse a la mañana siguiente, con la gorra puesta con garbo sobre sus rizos rojos y las largas piernas que daban grandes zancadas. Pensó preocupado por que era casi invierno y que no era el momento justo para que su hermano cambiara de profesión y se transformara en viajante de comercio. Tampoco fue bueno para Rory el clima tan frío. Tosía como una jauría de perros

enfermos, y algunos días casi parecía no tener la fuerza suficiente como para poner un pie delante del otro.

Sin embargo, se las arreglaba para seguir trabajando y Finn y Rory mantenían los carruajes de los James brillantes y los caballos cuidados.

Cuando Finn se colocaba su abrigo gris con capa a los hombros y el sombrero de copa también gris, y llevaba al señor James a su oficina o a la estación del ferrocarril para tomar un tren para Nueva York, sabía que no existía mejor carruaje en todo Boston.

Con cada semana que pasaba, Rory se ponía más enfermo. Finn le dijo que debía quedarse en cama, pero allí hacía aún más frío que en el patio del establo y, además, Rory tenía demasiado miedo de perder su trabajo. De modo que Finn lo dejaba sentado junto al fuego del depósito de aparejos, lustrando las correas y riendas, mientras que él se hacía cargo de las tareas de Rory y de las propias. Llegaba a su trabajo más temprano y se iba más tarde todos los días, pero las tareas se hacían y se aseguró de que el señor James no tuviera ninguna queja contra Rory.

Llegó la Navidad y no había noticias de Dan, pero Finn esperaba verlo regresar por la calle, con los dólares cayendo de sus bolsillos, en cualquier momento. En la víspera de Navidad, él y Rory fueron invitados a la casa a cantar villancicos, y luego se les dio a cada uno una cesta de alimentos y un bono de cinco dólares. Su corazón se llenó de gratitud ante esta generosidad. Finn observó el recibidor lleno de guirnaldas, viendo cuán ricamente vivía el hombre de Boston, y la ambición le quemó el corazón. De pronto no se sintió ya satisfecho de ser el cochero más elegante de Boston. Él deseaba tener una casa exactamente como esa. Deseaba ser rico, incluso si tenía que morir para conseguirlo. Y en la estación de la paz y la bondad, su corazón ardió de deseos de venganza contra la familia Molyneux.

Mientras tanto, todo lo que él poseía además de sus sueños, eran su trabajo y un agujero de dos por dos en el Extremo Norte, que no resultaba muy diferente de los agujeros en los que habían vivido sus antepasados.

En la víspera de Año Nuevo cayó una ventisca que arrasó la ciudad en una noche. A la mañana siguiente, Finn y Rory, hundidos en la nieve hasta las rodillas, avanzaron por los lugares que hoy les parecían irreconocibles. Rory tosió hasta que su rostro se puso rojo y se detuvieron docenas de veces para que él recuperara la respiración. Temblaba de frío y sudaba por la fiebre. Finn lo envolvió en una manta para caballos y lo sentó junto al fuego. Se apresuró a ir a pedirle a la cocinera una taza de chocolate y obligó a Rory a beberlo. Luego, se quitó su chaqueta y se puso a hacer las tareas de su amigo.

Cada semana que pasaba, Rory se ponía más demacrado y delgado, temblando siempre a pesar de la chaqueta caliente que Finn le había dado. Desesperado, Finn le ofreció la mitad de su sueldo si se quedaba en su casa para curarse, pero Rory los

rechazaba con orgullo.

—No puedo tomar el dinero, y además temo perder el trabajo y no regresar jamás.

Finalmente llegó el día en que Rory no pudo hacer el largo camino hasta Louisburg Square. Se quedó tendido en su cama de paja, con sus hermanos agrupados en silencio a su alrededor y su madre tomándolo de la mano y llorando. Finn fue preocupado a trabajar y no pudo olvidarse de él. Aquella noche subió las escaleras, temeroso de que fuera demasiado tarde. Los ojos de Rory estaban tan brillantes como dos estrellas y le sonrió a Finn.

—No te preocupes si el señor James necesita de otro mozo de cuabras, Finn —le dijo—. Simplemente buscaré otro trabajo para cuando esté mejor. En la primavera.

Finn lo cuidó toda la noche. Rory no tosió ni se movió de la forma en que lo hacía habitualmente. Pensó esperanzado que esto debía ser una buena señal. Justo antes del amanecer, Rory se despertó y buscó su mano.

—Eres un buen amigo —le susurró. Y aquellas fueron sus últimas palabras.

Finn lloró por su amigo, pero llegó tan puntual a su trabajo como siempre, ya que tenía miedo de perderlo. Tenía el carruaje esperando para cuando el señor James bajó puntualmente a las ocho, como siempre lo hacía.

—Buenos días, O’Keeffe —dijo el señor James, subiendo al carruaje. Se volvió y lo miró con detenimiento, notando los ojos enrojecidos y el rostro contraído—. ¿Ha pasado algo? —preguntó.

Finn bajó la cabeza para esconder su pena y le contó la muerte de Rory. Le preguntó si podía salir una o dos horas más temprano para el funeral. El señor James asintió.

—Puedes decirle a la familia que yo me haré cargo de los gastos —le dijo—. Y ahora conduce o llegaré tarde.

El funeral de Rory fue frío, pero gracias a la generosidad del señor James, por lo menos tuvo un decente ataúd de madera de pino y una palma verde se echó sobre su tumba. Finn y otros cinco amigos llevaron el ataúd a San Esteban. Después, lo colocaron en un carro y lo siguieron por las miserables y heladas calles que conducían al cementerio, preguntándose con amargura por qué su amigo había tenido que morir. Dijo una oración por él y también una para su persona.

—Dios —rezó en silencio—. Deberé salir del Extremo Norte o también me destruirá a mí. Debo hacerlo. Tiene que haber una manera, por favor, ayúdame, Dios. Por favor. Jamás volveré a pedirte nada.

Cornelius James era un hombre observador. Había notado en los últimos meses que Rory casi no aparecía por el lugar y que Finn trabajaba más y más horas. Ahora sabía la razón. Habló de él con su esposa y decidió que el muchacho valía para darle una oportunidad de hacer algo mejor.

—Llámalo un experimento social —le había dicho Cornelius a su esposa—. Si

gana o pierde, depende de él, pero de cualquier manera resultará interesante.

Llamó a Finn a su estudio y el muchacho se paró delante de él, retorciendo nervioso la gorra, esperando que no lo despidieran.

—Te he estado observando, O’Keeffe —le dijo con calma el señor James—. Y he visto que sigues la parábola del buen vecino. Lo que tú hiciste por tu amigo es algo noble. Proviene de un buen corazón —hizo una pausa y Finn lo miró ansioso, preguntándose qué vendría después—. Un hombre como tú merece una recompensa —continuó el señor James. Finn se alegró: él le había prometido a la señora O’Donovan que los cuidaría y que podría usar algo de su dinero extra.

El señor James se paseó por su estudio, con las manos en la espalda.

—Tú eres un joven inteligente —dijo mirándolo pensativo, y las esperanzas de Finn se elevaron cuando vio que la recompensa crecía—. Pero un hombre que carece de educación —continuó, y las esperanzas de Finn volvieron a hundirse—. Sin embargo, me parece a mí que tú posees instinto, una agudeza que podría convertirse en algo mejor que en cuidar caballos.

»He analizado tus cualidades, O’Keeffe, y te encuentro honorable, resuelto, un buen trabajador y un hombre capaz de verdadera amistad. La señora James y yo hemos hablado mucho de ti. He decidido darte una oportunidad para que mejores. Si deseas aceptar, te ofrezco un trabajo en mis oficinas de Nueva York y una oportunidad para que aprendas el negocio del dinero.

—¿El negocio del dinero? —dijo Finn, con la palabra mágica Nueva York aún sonándole en los oídos.

—El Señor nos dijo que ayudemos a nuestros hermanos —dijo el señor James—, y tú has llevado adelante sus deseos. Ahora yo estoy dispuesto a ayudarte, Finn O’Keeffe, para que seas algo mejor que un mozo de cuadra o un cochero. ¿Aceptas?

¿Acepto? Asombrado, Finn pensó en su ferviente plegaria en el funeral de Rory. Pensó en la Navidad, en los cantos de los villancicos y de su promesa de que un día él tendría una mansión como aquella. Pensó en su venganza contra los Molyneux, imaginando el rostro de Lily si alguna vez ella veía a la importante persona en que él iba a convertirse.

—Acepto —le dijo, radiante de felicidad.

Capítulo 32

Finn jamás había tenido nada nuevo, y desde luego, nunca había tenido un traje en toda su vida. Con los cincuenta dólares que el señor James le había pagado por adelantado y que le ardían en el bolsillo, se dirigió a la sastrería local y le dijo al vendedor que necesitaba de todo, «desde calzoncillos hasta botas nuevas».

Eligió lo que imaginó que un bien establecido joven en Nueva York usaría: dos camisas blancas con cuatro cuellos de celuloide que el vendedor le aseguró le evitarían los lavados; un traje negro de dura sarga y una corbata de sobrio color gris. Se compró un fuerte par de botas negras, tan lustradas y relucientes como un espejo, y un toque de extravagancia al que no pudo resistirse: un par de gemelos de perla que hacían juego con el pasador de la corbata. Todo lo que le faltaba era un sombrero, ¡en realidad dos! Un sombrero hongo para el invierno y uno de paja para el verano.

Miró con satisfacción al nuevo Finn O’Keeffe que se reflejaba en el espejo. Todo el conjunto le había costado la grandiosa suma de veinticinco dólares, y lo que acaba de gastar simplemente le sorprendió. Era una fortuna, pero el salario prometido de veinte dólares por semana la hacía parecer poca cosa. Arrojó entonces el dinero con estilo de lord sobre el mostrador. El empleado le hizo un paquete con el resto de las cosas y Finn salió confiado de la sastrería y se dirigió a la calle Hanover, al almacén de Corrigan.

El único problema era que Dan no había regresado de sus viajes. Había prometido volver en un par de meses.

—Con mis beneficios en el bolsillo —le había dicho. Pero habían pasado seis meses y Finn estaba preocupado.

Mientras caminaba por los atestados callejones del Extremo Norte, todas las cabezas se volvían para mirar al apuesto joven irlandés que parecía haberse hecho rico. Un grupo de chiquillos corrió riendo a sus espaldas, haciendo rudos comentarios, pero él simplemente les sonrió y les echó un puñado de monedas, recordando cómo él, también, habría escarbado en las cloacas para buscarlas y no hacía de esto mucho tiempo.

Mick Corrigan lo miró de pies a cabeza con asombro.

—¿Eres tú realmente, Finn O’Keeffe? —le preguntó, mirándolo con cuidado—. Seguro que sí, puedo verlo ahora. Y vestido como un político. ¿Consiguió tu hermano entonces hacer dinero, de la forma en que dijo que lo haría?

Finn negó con la cabeza, explicándole su buena fortuna.

—Le escribiré enviándole mi dirección, para que cuando Dan regrese sepa dónde encontrarme.

—¡Cuándo Dan regrese! —Corrigan negó con la cabeza y dejó escapar un sombrío suspiro—. Fue un momento equivocado para dejar su empleo y hacerse

vendedor —dijo—. Dudo que sepamos de él en mucho tiempo.

Todavía más preocupado por Dan, Finn se dirigió a despedirse de la madre de Rory. Le dio algo de dinero y le dijo que siempre cuidaría de ella. Ella le deseó suerte y así partió hacia la estación, para tomar el tren hacia Nueva York.

Hacía un terrible calor en Nueva York, el cielo estaba muy azul y el sol caía a plomo. Finn salió a la calle Cuarenta y tres este, desde la Estación central del ferrocarril, apretando su paquete con la ropa interior, los calcetines, los cuellos de repuesto y la otra camisa. Se sentía rígido con su traje, pero su paso era ágil cuando se dispuso a buscar una habitación para dormir. La sola idea de una habitación para él solo era embriagadora, y sonrió cuando estudió una casa tras otra con carteles de SE ALQUILA en las ventanas. Eligió una de aspecto modesto y tocó el timbre. La mujer que contestó la puerta lo miró con odio cuando él le dijo confiado:

—Buenos días, señora. Estoy buscando un cuarto.

Ella retrocedió un paso y le señaló con dedo acusador el cartel de la ventana.

—No sabe usted leer, ignorante —le gritó enojada, y le cerró la puerta en la cara.

Finn miró el cartel. Decía se ALQUILA y debajo, NO SE ACEPTAN ACTORES, PERROS, NI IRLANDESES.

Caminó por una calle y por otra y otra, pero a todos los lugares a los que iba se encontraba con el mismo cartel. Con la mala reputación adquirida por la bebida y las peleas, nadie quería a los irlandeses. Los consideraban aún menos que perros. Buscó algo de solaz en un bar del bajo Broadway que tenía el consolador nombre de Murphy.

—Estará bien por aquí, joven —le dijo Murphy cuando le explicó sus problemas mientras bebía un vaso de cerveza negra—. Ellos toman a cualquiera, irlandeses, italianos, judíos, alemanes, norteamericanos viejos, siempre que se pague la renta por adelantado. Intenta con Eileen Malone en la Cuarenta oeste, cerca del parque Bryant.

Eileen Malone miró al apuesto joven irlandés que estaba de pie en el umbral de su casa, limpio y sudando con aquel pesado y anticuado traje negro y el sombrero hongo. Lo miró lentamente de pies a cabeza. Y luego comenzó a reírse.

Finn se movió incómodo.

—¿Me puede decir lo que es tan divertido? —le preguntó con calor y vergüenza. Estaba hirviendo pero no deseaba quitarse el abrigo y arruinar su imagen elegante de profesional.

—¡Si se viera con ese traje! —dijo Eileen—. ¿No me dirá que es actor, con ese aspecto? A menos que esté vestido para el papel de un irlandés.

Finn la miró furioso. Se volvió y comenzó a bajar las escaleras.

—No llegará a ninguna parte en esta ciudad si no sabe aceptar una broma —le gritó—. Además, yo soy la única dueña de pensión irlandesa de esta calle.

Protestando, volvió a subir las escaleras y la siguió por un pasillo y subió unas escaleras cubiertas por una tela impermeable, hasta el tercer piso.

—Mantengo limpia la casa —le señaló Eileen—, y espero lo mismo de mis

inquilinos. Aunque no tengo quejas con usted por eso —añadió rápidamente cuando Finn la volvió a mirar furioso.

Miró su habitación. Tenía una ventana con vista a las copas de los árboles del parque.

—La cama tiene un colchón de crines de caballo —le dijo orgullosa Eileen—. No hay aquí paja, joven. Solo se tiene lo mejor en la pensión de Eileen Malone.

Probó la cama con cautela con la punta de los dedos; revisó los cajones de la cómoda y miró su propio rostro asombrado en un barato espejo. Vio los percheros de bronce de las paredes y la silla de madera de respaldo recto, con un asiento relleno y bordes tachonados. Era dura como una roca, pero era una silla adecuada y era para que él se sentara.

—Hay una lámpara de gas —le dijo Eileen—. Y al final del pasillo hay baño y excusado, para compartir con otros seis pensionistas. —Lo miró pensativa. No había pronunciado palabra desde que entrara y, por el aspecto de su rostro, podría haberse encontrado en el paraíso.

—La tomaré —le dijo Finn con ansiedad y ella suspiró. Se había dado cuenta de que era un inocente tan pronto vio el traje.

Sintiendo lástima por él, le dijo sarcástica:

—Habla como un verdadero irlandés. Solo que se supone que debe preguntarme primero por el precio.

Él tomó los veinte dólares que tenía en el bolsillo.

—¿Cuánto? —preguntó, contando el dinero con dedos nerviosos.

—Tiene suerte de que soy una mujer honorable —le dijo con seriedad—. Cualquiera otra dueña de pensión de Broadway le habría duplicado el precio. Son cinco dólares por semana. Se paga por adelantado, todos los viernes.

Finn contó el dinero y se lo dio. Ella le dijo:

—Por dos dólares extras por semana, le doy la cena. Y soy buena cocinera —agregó, palmeándose las amplias caderas como evidencia. Él rápidamente le dio sus dos dólares y ella se los guardó y caminó hacia la puerta—. La cena es a las seis en punto —le dijo—. La mayoría de mis inquilinos son actores y deben estar en el teatro a las siete y treinta. Es decir, aquellos que tienen trabajo.

Cerró la puerta y Finn miró orgulloso su habitación. Se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla, deteniéndose a admirarlo. Abrió la cortina y miró la vista del parque. Se quitó las botas y las colocó junto a la cama; luego colgó el sombrero en el perchero de la pared. Abrió el paquete y colocó sus nuevas cosas en los cajones. Fue por el pasillo hasta el baño, se lavó las manos y la cara con agua que salía de un grifo y se secó con una toalla limpia de lino. Observó la ducha, la gran bañera y el excusado. Regresó a su habitación, se desvistió, encendió la mágica lámpara de gas y luego, con cuidado, se tendió en la cama. La almohada suave se sintió mullida en su cabeza y las sábanas limpias de algodón estaban frescas contra su cuerpo. Se quedó quieto por unos momentos, disfrutando de aquellas sensaciones, y luego comenzó a

reírse.

Era como un niño ignorante en una juguetería. Jamás había tenido una habitación para él solo; ni una ventana, y mucho menos con vistas; jamás una verdadera cama ni una cómoda, ni siquiera un perchero de bronce en la pared. Y por supuesto, nunca un baño y una toalla limpia donde secarse. Había dejado atrás por fin el viejo mundo de jergones de paja sobre desnudos suelos de tierra, con un cajón de madera por mesa y una sola vela para iluminarse. Se sintió como un rey.

—Dan, viejo —dijo en voz alta, todavía riéndose—. Si pudieras ver a tu hermano ahora, jamás lo creerías. Y me servirán una cena apropiada a las seis en punto. —Aún sonreía cuando se quedó dormido.

Eileen Malone era famosa entre los luchadores miembros del mundo artístico. Ellos sabían que su casa era limpia, que la comida era sencilla pero buena, y que se servía en generosas cantidades.

—No haré morir de hambre a ninguno de ustedes —decía a menudo, cuando servía buenas porciones de patatas, repollo y chuletas. Y los domingos, su carne asada especial—. No cuando mi propia familia y mis compatriotas han muerto de eso —solía añadir con sentimiento, observando cuando los satisfechos pensionistas limpiaban sus platos.

Cuando su marido murió, siete años después de casarse, Eileen descubrió que era un raro fenómeno: una viuda irlandesa sin hijos que cuidaran de ella en su vejez. Sabía que debería ganarse la vida. Reuniendo fuerzas, vendió su pequeña casa y, con el dinero ahorrado y un préstamo del banco, compró esta más grande cerca de Broadway, donde ella sabía que podría mantener una docena de habitaciones ocupadas.

La vida no le evitó momentos más duros: sacarle dinero a los actores no era fácil, esa era la razón por la que la mayoría de las pensiones no los aceptaban. Pero Eileen tenía un lugar en su corazón para los hombres apuestos y, además, la entretenían con historias. Ella conocía los últimos chismes de Broadway y la hacían sentirse parte de ese mundo. Tenía cuarenta años bien llevados, y una fuerte disposición maternal.

Supuso que fue la inocencia de Finn O’Keeffe, así como su buen aspecto, lo que le atrajo de él, ya que incluso con aquel traje, era un joven muy apuesto. Había algo en él, un apetito ágil y urgente no solo de comida sino de vida, que le golpeó el corazón como si fuera un martillo.

—Tengo instinto para el talento —comentaba a menudo, mirando con ojos penetrantes a los comensales congregados alrededor de la mesa—. ¿No predije yo el éxito de mi pensionista Ned Sheridan? ¿Y no tuve razón? ¿No está él en este mismo momento en una exitosa gira con su obra? Créanme, eso es solo el comienzo. Ese joven está destinado a ser una estrella. Y cuando regrese, volverá para quedarse con la señora Malone. Ningún otro lugar será bueno.

Sus pensionistas la miraban con la esperanza de que su mirada perspicaz los marcara con el triunfo de la misma forma en que lo había hecho con Ned, pero fue solo Finn el que le provocó ese sentimiento. No Maria Venturi, la joven actriz del tercer piso, que llevaba tres semanas sin pagar la renta y que si no conseguía el dinero debería irse el siguiente viernes. Y no las hermanas Marquand que eran francesas y coquetas, que actuaban en revistas, levantando sus piernas y mostrando más de lo que deberían, pero por lo menos estas pagaban la renta puntualmente. Y ninguno de los otros autores de obras, actores de comedias y aquellos que vivían permanentemente al borde del éxito, al acecho de oficinas de gerentes teatrales durante el día y de los bares de Broadway durante la noche, gastando su dinero y siempre esperando tener un golpe de suerte.

—El señor O’Keeffe es diferente —les dijo a los pensionistas al presentarlo cuando apareció apurado a las seis y treinta—. El señor O’Keeffe entrará en el negocio del dinero. —Ellos lo miraron interesados por la mágica palabra *dinero* y le dio un sitio de honor, a su derecha, bien lejos de las francesas que automáticamente coqueteaban con cualquier hombre, sin importar que fuera viejo o que no tuviera atractivo.

—¿Pero no coquetea cualquiera? —Corinne Marquand le había preguntado con inocencia cuando Eileen le hizo una advertencia. La rubia y bonita Corinne tenía ahora los ojos fijos en Finn y Eileen estaba atenta, mientras la enflaquecida y pequeña doncella depositaba un humeante plato de sopa delante de cada uno de los pensionistas.

—¿Qué significa exactamente el «negocio del dinero»? —Preguntó Corinne, dirigiendo una sonrisa encantadora hacia Finn—. Suena tan masculino.

—Tiene que ver con valores de la bolsa —le explicó Finn, devolviéndole la sonrisa—. Trabajaré para James y Compañía, los corredores de bolsa.

Todos lo escucharon y lo miraron con respeto, preguntándose cuánto ganaría.

—¿Y qué hará usted allí, señor O’Keeffe? —le preguntó Eileen.

—Debo aprender el negocio, señora. El señor James pasará más tiempo en Nueva York y me enseñará él mismo.

Incluso Eileen se sintió impresionada y Finn decidió no contarles que acababa de saltar de un trabajo de mozo de cuadras y cochero, y que por la caridad del corazón del señor James se le estaba otorgando una oportunidad para mejorar. Y sería mejor que no fracasara, se dijo a sí mismo con tristeza. Esta era su oportunidad, y él sabía por amargas experiencias que las oportunidades no se presentaban dos veces.

Después de la cena, se dirigió a su habitación. Se desvistió y colgó la ropa con cuidado en los percheros y encendió la lámpara. Con la cabeza en su almohada y las sábanas limpias contra su piel, se quedó dormido tan fácilmente como si se hubiera ido al cielo. Y no soñó con Nueva York, ni con Eileen Malone, ni con Corinne Marquand, ni siquiera con el señor James y la empresa de agentes de bolsa donde comenzaría su nueva vida al día siguiente. Soñó con Lily, de la misma forma en que

lo hacía siempre.

Se levantó al amanecer y tomó el desayuno, preparado por la doncella, Peggy, a las seis y media. Nadie más estaba allí, ni siquiera la señora Malone y, cuando Peggy colocó un enorme plato de carne delante de él, se sirvió con entusiasmo y le preguntó dónde estaba todo el mundo.

—Los actores tienen horarios diferentes a los de nuestra clase —le informó—. Trabajan de noche, eso es, cuando tienen trabajo.

Le sirvió más café y se apoyó contra el aparador, observándolo comer. Peggy era otra muchacha irlandesa pelirroja y llena de pecas, hija de inmigrantes. Era terriblemente delgada, con ojos hundidos y piel tan transparente como la leche. Eileen Malone le había prometido a su familia que la alimentaría, así como que le pagaría cinco dólares por mes más habitación; en realidad no era una habitación, era solo una especie de ático separado de la habitación más barata de la casa, que estaba ocupada por la señorita Venturi.

Pero, aun siendo una pobre niña abandonada, la sofisticación de ciudad de Peggy era mayor que la de Finn: conocía las costumbres de los actores y actrices, los nombres de las últimas obras y comedias musicales y quiénes trabajaban en ellas, así como el precio de las localidades y los nombres y ubicaciones de todos los teatros.

—Un día me gustaría ser actriz —dijo con más deseos que esperanzas, volviendo a llenarle la taza.

—Bueno, buena suerte, Peggy —dijo Finn, levantándose, satisfecho, de la mesa. Tenía el estómago lleno y un gran día por delante—. ¿Puede decirme cómo ir a Wall Street? —le preguntó.

Ella lo miró dudosa.

—¿No pensará ir caminando? Está muy lejos.

—No importa. —Finn mostró indiferencia. ¿No tenía él unas buenas botas para caminar? ¿Y no era un día soleado? Además, tenía intenciones de ahorrar cada centavo que pudiera. Ella le explicó cómo ir y tomó un bastón del soporte que estaba en el pasillo, lo hizo girar entre los dedos y bailó mientras bajaba las escaleras de la entrada.

El sol calentaba y había mucha humedad. Wall Street estaba más lejos de lo que había pensado. Para cuando llegó al edificio palaciego de vidrio y madera de James y Compañía, tenía el rostro enrojecido y cubierto de sudor, sus botas nuevas le lastimaban los pies y estaba nervioso porque se había perdido y se había retrasado diez minutos.

El portero de sombrero de copa lo miró con sospecha; pero era irlandés y, cuando Finn le explicó quién era, le deseó suerte y lo hizo pasar.

La habitación tenía suelo de mármol y era espaciosa. Las arañas brillaban encima de su cabeza, a pesar del hecho de que era de día y los rayos de sol formaban cintas

de colores en las ventanas de vidrios biselados. Había escritorios lustrados con cubierta de cuero color rubí diseminados a lo largo de las salas. Sobre cada uno había una lámpara de bronce con pantalla verde, y en cada uno se sentaba un joven vestido de pulcro traje.

El jefe de empleados que estaba en el escritorio principal tenía el cabello lleno de brillantina, gafas, un elegante traje negro y manos blancas como el papel. Parecía como si nunca hubiera visto la luz del sol y hubiera estado enterrado en esta oficina toda su vida.

Miró a Finn de pies a cabeza con disgusto cuando este le explicó quién era.

—No es un buen comienzo —dijo el jefe, mirando hacia el gran reloj que marcaba las ocho menos cuarto—. En el futuro estará en su escritorio a las siete y media.

Lo llevó a la oficina del señor James. Asombrado, miró las alfombras orientales y las paredes con paneles de roble del cual colgaban retratos de hombres con mirada adusta.

—Bienvenido, muchacho. Bienvenido. —El señor James le estrechó con calidez la mano—. O’Keeffe es mi protegido personal —le dijo al jefe de empleados—. Colóquelo en un escritorio junto a mi puerta, junto a mi secretaria. Preséntelo a todo el personal y dígales que espero que ellos cooperen en ayudar al señor O’Keeffe a aprender nuestro negocio.

—Todo lo que usted necesita hacer durante las próximas semanas es observar —le dijo el señor James a Finn—. Paséese, mire todo. Sea curioso, haga preguntas. Y si hay algo que no comprende, entonces venga a mí.

Finn se sentó nervioso en su escritorio esperando que alguien le dijera qué hacer, pero el jefe de empleados desapareció y todos los demás metieron sus cabezas en enormes libros.

Recordando las instrucciones del señor James, se levantó y se paseó por los pasillos, mirando de derecha a izquierda, a cada escritorio que pasaba, pero ninguno de los allí sentados lo miró. Por lo menos, no cuando él pasaba, pero sabía que lo estaban observando. Podía sentir los ojos clavados en su espalda. Luego, oyó un murmullo y una apagada risa.

Se volvió y los miró con fijeza, pero todas las cabezas estaban metidas studiosamente en los libros y se sintió molesto. Siguió caminando lentamente y luego volvió a oír las burlas.

Así apareció su carácter irlandés. Metiendo enojado las manos en sus bolsillos, agachó los hombros y caminó amenazante por los pasillos. Una burla más y él los golpearía en las narices a todos y cada uno. Los tomaría a todos y así les de mostraría. «Jesús, tonto —se hizo una advertencia a sí mismo—, recuerda que tú tienes prioridad sobre estos miserables empleados. Tú eres el protegido del señor James y lo que fuiste antes no importa. Esta es tu gran oportunidad. Mantén los puños en los bolsillos y usa tu cabeza por una vez».

Se volvió y se enfrentó a ellos.

—Los venceré a todos ustedes, pequeños bastardos de cara lavada —dijo en voz baja y amenazadora—. Solo recuerden esto. Yo estoy aquí por invitación personal del señor James y ustedes, no. —Las cabezas se levantaron y lo miraron llenos de asombro. Silbando con gallardía, se acercó al escritorio que tenía más cerca y le dijo al empleado que le explicara exactamente lo que estaba haciendo.

La secretaria del señor James le informó del incidente y el señor James se lo contó a su esposa en la cena de aquella noche.

—El muchacho vino vestido con un traje de funeral, con el sombrero hongo contra su pecho y con el aspecto para todo el mundo de un rústico campesino irlandés —dijo sonriendo—. Y yo lo eché allí afuera, tal como estaba, a los leones. «A todo o nada», pensé. Ellos le dieron el tratamiento recalcitrante de la ciudad, y lo primero que hizo fue hacerles saber que, campesino bruto o no, él tenía prioridad sobre ellos, ya que era mi protegido personal. Eso es lo que yo llamo inteligencia, Beatrice. Recuerda mis palabras, es un joven muy inteligente y haremos un caballero de él y también un banquero.

De allí en adelante, Finn tomó un trolebús para ir a Wall Street y estaba en su escritorio antes de las siete. Sabía que contaba solo con su capacidad de leer y escribir y con su inteligencia, y que sus compañeros de trabajo tenían educación. Pero para su sorpresa, la primera semana pasó y luego la segunda y la tercera, y se dio cuenta de que, en el mundo del dinero, lo único que necesitaba eran sus cualidades. Y el patrón correcto, por supuesto.

—El dinero es importante —le dijo el señor James al darle en persona el cheque del primer mes agotador de trabajo—. Obviamente, el dinero que acabas de ganar puedes cambiarlo por mercancías por ese valor. Pero, y enfatiza ese pero, O’Keeffe, como has visto en las pasadas semanas, el dinero también hace dinero. «Con todos los dólares que ganes puedes ganar dinero para ti». No tienes que fabricar nada. No tienes que crear nada. Y cuanto más dinero amases, más dinero ganarás. He abierto una cuenta a tu nombre en el banco de James y Compañía. Te sugiero que coloques la mayor parte de tu salario, para que ganes intereses, y luego pensaremos en invertir ese dinero de manera adecuada.

Finn pensó que la filosofía del señor James para hacer dinero era todavía más simple que la de su hermano Daniel con respecto al negocio, pero él tenía otros planes para su dinero. Había aprendido con rapidez que, si iba a jugar su juego, debería parecerse a los jugadores, solo que mejor que ellos. Se dirigió a una de las sastrerías más elegantes de Manhattan y con desfachatez les dijo que él era el protegido personal del señor Cornelius James y que deseaba hacerse dos trajes a medida.

—Me pongo en sus manos —con grandilocuencia dejándose caer en un sillón, mientras los obsequiosos vendedores revoloteaban a su alrededor, mostrándole telas y camisas, corbatas de seda y pañuelos, calcetines también de seda y finas botas de

cuero, abrigos y elegantes sombreros. Le tomaron las medidas para todo y les dijo que uno de los trajes y seis camisas debían estar listos dentro de una semana y que él no podía esperar más. Les dijo con autoridad que les pagaría cuarenta dólares y el resto a crédito y ellos le dijeron que era un honor tenerlo como cliente. Y sintiéndose como el hombre del millón de dólares que estaba camino de ser, salió de la tienda.

Fue a una peluquería de Broadway y se hizo cortar bien el cabello, además de darse un buen afeitado y luego, con suave aroma a colonia, el cabello bien peinado y el bigote inmaculado, se dirigió a Delmonico, donde se tomó un trago para celebrarlo. Luego, puso rumbo a la casa de Eileen.

—Hay un caballero esperando en la sala —le dijo Peggy con importancia—. No estaba segura de dejarlo pasar, ya que parecía un rufián, pero me dijo que era su hermano.

Daniel estaba de pie junto a la puerta, llenando el hueco con su humanidad, y los ojos de Finn casi saltaron de sus órbitas por la impresión. Se encontraba en presencia de un hombre casi salvaje; el cabello largo y rizándose mezclaba con la ensortijada barba, casi escondiendo su rostro; su camisa sin cuello no tenía botones y su viejo abrigo de lana estaba lleno de agujeros en los codos. Los decrepitos pantalones atados con una soga los sostenía con un par de brillantes y nuevos tirantes de color rojo, y había también un pañuelo rojo anudado al cuello. Pero los ojos azules brillaban debajo de aquellas tupidas cejas pelirrojas. ¡Era Dan!

—Pero mírate a ti —le dijo Dan, mirando a su hermano de los pies a la cabeza—. ¡Si eres un perfecto señorito de ciudad!

Se abrazaron con entusiasmo y luego se miraron tomados aún de los brazos.

—Eres todo un éxito —le dijo Dan con orgullo—. Puedo decirlo por tu traje.

—Esto es basura —le respondió Finn—. Acabo de estar en una de las mejores sastrerías de Nueva York y me encargué dos nuevos. Hechos a medida —añadió orgulloso—. Pero estaba preocupado por ti, Dan. —Dan solo reía.

Palmeándose los abultados bolsillos, dijo:

—¿No te dije que regresaría a casa con mis ganancias en los bolsillos? Bueno, aquí estoy, Finn —miró con cautela por encima del hombro, puso una mano sobre su boca y le susurró—: Hermano, setecientos veintitrés dólares con sesenta y cinco centavos. Eso es lo que tengo en los bolsillos. Quítale los cincuenta que le debo a Keany y, aparte de los gastos, comida y alojamiento, no hay otro descuento.

»Oh, debo admitir que venderles relojes a los rústicos del campo fue al principio un trabajo difícil, pero luego tuve un golpe de suerte. Estaba en Carolina del Sur cuando encontré una feria de pueblo, me establecí allí y saqué uno de los relojes. Comencé a hablar de los relojes de bolsillo, lo buenos que eran, el movimiento preciso y qué bien que marcaban la hora. Un pequeño grupo se reunió a mi alrededor y había un joven que yo pude ver que estaba más interesado que los otros. Él hacía sonar su dinero en los bolsillos y pude ver por sus ojos que codiciaba el reloj. De modo que era a él al que se lo estaba vendiendo, ya que me imaginaba que por lo

menos uno vendería.

—Dije que nada malo le sucedería con este fino reloj, ya que estaba hecho en Suiza —miró a Finn risueño—. No sé, talvez fue el «hecho en Suiza» y el hecho de que lo abriera para mostrarles cómo funcionaba. La multitud se hizo más grande y se lo pasaban de mano en mano, maravillándose con los pequeños engranajes, que hacían exactamente lo que se supone que deben hacer los engranajes. «Hay joyas allí adentro», les dije con aire de importancia. «Rubíes y diamantes». Les señalé unos pequeños trocitos de blanco y rojo que casi no se veían. «No pueden dejar de tener uno», les dije, «y por tres dólares y cincuenta centavos, se los vendo».

Los rizos pelirrojos de Dan se erizaron de la emoción cuando tomó a Finn del hombro y le dijo:

—El joven dijo que compraría uno y me dio los tres cincuenta. Y luego otro tipo, y otro, y antes de que me diera cuenta, todos pedían uno. Vendí setenta relojes en menos tiempo que llevó a las manecillas moverse de las doce en punto a quince minutos después. Y Finn, sabía que había encontrado el secreto: dirige tu discurso de venta a un tipo que parezca interesado y hay un noventa por ciento de probabilidades de que compre. Y cuando este lo hace, los otros se imaginan que él es el único que ha comprado algo bueno y barato. Entonces, tú les dices que tienes unos cuantos más, pero que los guardas para la feria del otro condado. Pronto, ellos creen que no pueden tener uno, y eso hace que lo deseen mucho.

»Fui de feria en feria y vendí todos mis relojes. Había conseguido trescientos cincuenta dólares, pero no era suficiente, de modo que sabía que debería vender algo más. Me encontraba durmiendo en una pila de heno, de la forma que lo hacía habitualmente, cuando oí algo que crujía. Estaba oscuro y las nubes se movían por encima de la luna. Hermano, puedo decirte que tenía miedo. Pensé que alguien me había seguido, alguien que sabía que tenía dinero en mi bolsillo y ahora venía a robármelo.

Movió la cabeza con vergüenza.

—Debo confesar, Finn, que un arranque de rabia se apoderó de mí. Una niebla de color rojo me nubló la vista cuando pensé en lo que me había costado: caminar durante todo el invierno debajo de la nieve y también de las lluvias de primavera. Los ojos saltaron de sus órbitas por la impresión. Se encontraba en presencia de un hombre salvaje: el cabello largo y rizado se mezclaba con la ensortijada, dormir mal y comer tan poco como podía para ahorrar cada centavo. Pensé, «Jesús, estoy condenado si me dejo quitar el dinero».

»—Salgan de ahí sucios bastardos —les grité, tomando un palo—. Muestren la cara y Dan O’Keeffe se encargará de ustedes».

Su rostro se iluminó de repente con una sonrisa impía.

—¿Y qué crees que salió de su escondite en la paja? El tipo más pequeño que jamás hayas visto, eso es todo. Vestido todo de negro, con una barba gris y una nariz muy colorada. Tenía una botella de bebida en una mano y una vieja mochila en la

otra.

»Tenía hipo por el miedo y el alcohol y salió con las manos en alto, derramando mitad de la botella. Me dijo:

»—No me dispare, señor O’Keeffe. Soy un vendedor ambulante, que busca pasar la noche en el pajar, como usted.

»De modo que, por supuesto me eché a reír y nos estrechamos la mano. Él compartió su botella conmigo y nos contamos historias. Me contó que venía de Rusia, que tenía setenta años y que había sido vendedor toda su vida, pero que estaba cansado de ello.

»—Viví con decencia —me dijo—, y no le debo nada ni a hombre ni a mujer. Esta misma noche decidí dejar esto y regresar con mi familia que vive en Chicago. Pero primero debo vender trescientos pares de tirantes rojos que, para mi eterno remordimiento, compré baratos, a veinticinco centavos el juego, a un judío de la ciudad de Nueva York. Y tal vez me lleve el resto de mi vida, ya que no se venden, muchacho. Simplemente no se venden.

»Tomamos otro trago de la botella —dijo Dan—, y fue como con los relojes de bolsillo. Vi enfrente de mis ojos a todos aquellos tipos de las ferias de pueblo, parados mirándome, y a todos los hombres con un par de tirantes y los pulgares metidos debajo.

»Tomamos otro trago y el hombrecillo me enseñó los tirantes rojos. Eran más anchos que lo habitual, con trabillas que brillaban como oro a la luz de la luna. En el ojo de mi mente, vi a todos aquellos rústicos allí, con los pulgares metidos debajo, y aquellos buenos signos de dólar volvieron a bailar en mi cabeza como ya lo habían hecho antes.

»—Me los llevaré por el precio que usted pagó, —le dije, rápido como una bala—. Así mañana puede regresar con su familia. No puedo ver a un viejo como usted durmiendo mal cuando tiene cama y esposa donde regresar.

»—Hecho —dijo, aún más rápido que yo.

»Y nos estrechamos la mano y le pagué setenta y cinco dólares en efectivo por el lote. Él y yo terminamos la botella y a la mañana siguiente nos deseamos mutuamente suerte y tomamos caminos separados.

Estaba radiante cuando se lo contaba a Finn, con los pulgares metidos en sus propios tirantes color escarlata.

—¿Y no hay ahora doscientos noventa y nueve campesinos en Norteamérica que llevan un par de los más finos tirantes rojos con trabillas de oro, extra anchos y de calidad superior? ¿Y no tengo yo sus noventa y nueve centavos por cada par en mi bolsillo en este preciso instante? —Su risa se escuchó por toda la casa y los pensionistas que bajaban por las escaleras para cenar se detenían a mirar a este rufián grandote y pelirrojo, que llevaba puestos un par de tirantes colorados y hablaba con Finn O’Keeffe.

—Señor O’Keeffe —exclamó Eileen Malone, apurada por deshacerse del extraño

desaliñado que le estaba alterando la paz de su recepción.

—Ese seré yo mismo, señora —dijo Dan, girando y haciendo una cortés reverencia. Ella retrocedió un paso, nerviosa llevándose una mano al corazón, mientras él le decía con amabilidad—: Disculpe mi desaliñada apariencia, señora, pero hace ya siete meses que estoy de viaje. Vine aquí desde Boston a visitar a mi hermano Finn.

Eileen miró insegura a Finn y con sus nuevos modales, este le dijo:

—Me gustaría presentarle a mi hermano, señora Malone. Daniel O’Keeffe. Él necesitará habitación para esta noche y también un baño, si cree que puede arreglarlo.

Eileen se derritió ante la sonrisa de Finn. Notó su cabello recién cortado y el bien cuidado bigote. Pensó nuevamente en lo apuesto que era y que, tal vez, a pesar de aquel cabello pelirrojo, su hermano no era, después de todo, un mal tipo.

—¿Y solo por una noche? —le preguntó.

—Así es, señora Malone —le respondió Dan—. Regreso a Boston mañana, para comprar un almacén —se palmeó el bolsillo con confianza, mirando a los pensionistas que habían formado un círculo en la puerta del comedor y escuchaban—. Y les invito a todos ustedes a un trago después de la cena, para celebrarlo —dijo en voz alta, y los «hurra» de los presentes se oyeron en toda la casa.

Eileen lo envió a lavarse las manos antes de cenar y, como un niño que se sonroja, él hizo lo que le ordenaba. En la mesa, ella le dio el segundo lugar de privilegio, a su izquierda, con Finn a la derecha. Después hasta ella se permitió acompañarlos al bar de O’Hagen para celebrar la buena fortuna de los O’Keeffe.

Capítulo 33

Maudie.

Arnavarna.

Era una hermosa mañana aunque soplaba el viento y, como debía ir a Galway de compras, pensé en pedirles a Shannon y Eddie que me acompañaran. Allí había una maravillosa librería, llena de todo tipo de antiguos tesoros así como también las últimas novedades y pensé que a ellos les interesaría curiosear mientras yo me ocupaba de mis tareas.

Habían salido a caminar y regresaban lentamente por el parque. Ahora, las hierbas están tan altas que llegan hasta la cintura, y está lleno de lirios silvestres y girasoles; se lo ve tan verde como una pradera. Las flores azules crecen maravillosamente en nuestra tierra: deberían ver las hortensias turquesas y violetas, y en todas las tonalidades que existen entre estos dos colores. Y los setos que bordean los caminos, que tienen una gama de rosados y rojos tan exóticos como las flores de una selva. Añadan los rododendros y las lilas y, por supuesto, mis adoradas rosas; así tendrán el paraíso de un jardinero. La cual es una de las razones por las que Mami lo adoraba tanto.

Allí estaban los dos jóvenes, no caminando de la mano sino con las cabezas juntas mientras conversaban. Vi que el rostro de ella estaba encendido de interés y... ¿y qué? ¿Era admiración? ¿Adoración? Difícil de definir, pero por supuesto era interés, y yo tenía esperanza del resto. Soy una vieja casamentera, pero ellos me gustan mucho y además están hechos el uno para el otro, como diría Mami.

Mis perros los seguían con esa mirada fiel de los perros reflejada en sus caras. Si se quedaran aquí más tiempo, juro que las malditas criaturas habrían abandonado mi cama para ir a la de Shannon. Y solo por ella yo permitiría tal despliegue traicionero de adoración por su parte.

Les dije que iba a la ciudad y les pregunté si deseaban acompañarme. Por supuesto que aceptaron.

—Yo conduciré —agregó Eddie, pero yo no lo permitiría.

—Yo seré la que conduzca —dije con firmeza—. Venid conmigo. —Y fui con ellos a los garajes donde en los viejos tiempos había una docena de elegantes automóviles, todos lustrados por el muchacho que se encargaba de ello, que había sido ayudante y que además hacía todo el trabajo sucio.

Cuando yo era una niña, conducía por los alrededores con gran estilo en el Lagonda especial de Pa, largo, de techo bajo y deportivo, exactamente como el de la novela de Michael Arlen, *El sombrero verde*. Fue un libro de moda entonces y sospecho que el viejo Pa debió haberse inspirado en él, ya que copió al joven héroe,

paseándolo por toda Europa, sintiéndose intrépido como un corredor de coches.

Luego estaba el coche de Mami, rojo, por supuesto; siempre nos inclinábamos por el rojo. Era un Bugatti tan largo que cuando yo me sentaba en el asiento trasero, casi no podía ver los adornos del capó. Era veloz y Mami lo conducía como a un caballo, gritando palabras de ánimo cuando tomaba una curva demasiado rápido. Es un verdadero milagro que jamás haya tenido que saltar el portón de cinco barrotes de hierro.

Había otros dos, menos favorecidos, de simple color negro. Y luego, había una *pièce de résistance*, el Rolls Royce Silver Ghost, un sueño de automóvil en el que todos viajábamos al continente, atrayendo las miradas de multitudes siempre que lo hacíamos. Como era la estrella, Pa jamás permitió que un chófer se acercara, salvo para sacarle brillo. Era su bebé, su orgullo y su alegría, y no dejaba que Mami lo condujera. Me parecía que jamás íbamos a Francia con menos de tres automóviles; el Rolls plateado, por supuesto, para cuando viajábamos juntos, que conducía papá; el Lagonda conducido por el chófer y el Bugatti rojo de Mami.

Y luego, más adelante, tuvimos un Daimier, como una especie de *extra*, ya que los otros se estaban poniendo viejos, pero no podíamos soportar venderlos. Y ese es el coche que yo les mostré a Shannon y a Eddie. Creo que lo compramos alrededor de 1937, con techo de lona que se recogía como la capota de un cochecito de bebé, un capó largo, ancho tablero, parabrisas cuadrado y con borde de bronce, y grandes faros también de bronce que sobresalían como dos enormes ojos. Era negro brillante, con tapizado de cuero rojo y siempre yo lo consideré como mío.

Eddie y Shannon se quedaron fascinados con él. Lo estudiaron y se asombraron de encontrarlo en perfecto estado de conservación. Yo les hablé del mecánico de Oughterard, cuyo entretenimiento era mantenerlo en buen estado. Simplemente amaba este viejo auto.

Avanzamos por el camino de la entrada, junto a las cercas, y pasando los portones de la Casa Grande, subimos el camino sinuoso que conduce a la carretera. Eddie hizo una mueca cuando el coche saltó sobre los surcos del camino y yo me reí.

—Esto no es problema —les grité a ellos, que iban sentados en la parte trasera—. Este coche ha estado haciendo este camino durante más años que los que tenéis vosotros y nunca le ha pasado nada.

Mantuvimos la capota baja. El día estaba a ratos soleado y a ratos nublado, como siempre sucede en esta zona. Ellos parecían disfrutar mirando el paisaje, admirando el escenario silvestre; y para mantenerlos entretenidos, ya que es un camino bastante largo hasta Galway, en especial en un coche viejo, comencé a contarles más de nuestra historia. Oh, y antes de que me olvide, no tenía puestos mis viejos pantalones de montar y mi chaqueta. Por Dios, no, Mami jamás me habría permitido eso. Uno siempre se viste para ir de compras a la ciudad, de modo que estaba vestida de verde;

con una falda larga y un suéter que hacía juego, ya que en el coche podría hacer frío y hacía viento. Además llevaba unos mocasines bajos y un elegante turbante en verde más oscuro, con mis rizos pelirrojos que sobresalían por debajo de él. Muy de los años cuarenta. En realidad, creo que recuerdo a Betty Grable vestida con algo similar en las películas de guerra. Oh, ¿y no eran divertidas? Recuerdo..., pero ahí voy de nuevo. De todos modos, estas ropas no tenían nombre de diseñador más que la etiqueta de la tienda, B&T de Dublín, y eran nuevas. 1985, creo. Todo menos el sombrero. Ese es de París. *Madame Simonetta*, 1939.

Y Shannon llevaba puesto un suéter Aran color crema que se había comprado aquí y una falda floreada de verano, larga y acampanada con botas de vaquero. Una extraña combinación para mi gusto, pero de alguna manera a ella le sentaba bien. Eddie, por supuesto, estaba vestido con vaqueros. Y allí estábamos, sentados en nuestros asientos de cuero rojo, en nuestro brillante coche negro con faros de bronce parecidos a dos ojos, paseando por las carreteras de Connemara, la mayor parte del tiempo del lado incorrecto para evitar los baches, hablando como siempre de Lily.

Boston.

Una nueva primavera llegó al umbral de la casa de John Adams, mientras él se apresuraba por la calle Mount Vermont con rumbo a su casa. También él tenía otro aspecto. Lejos estaban los días de ropas que no hicieran juego y de botas gastadas; ahora todas las mañanas tenía su conjunto de ropa que su ama de llaves le preparaba, y él era tan elegante como se podía esperar de un remoto y erudito profesor de Literatura francesa del siglo diecisiete.

No podría haber dicho cuándo exactamente comenzó a notar la presencia del ama de llaves, ni podría haber señalado la razón exacta. Lily ya hacía un año que estaba a cargo de la casa y él supuso que debió suceder de forma gradual. Era la criada más discreta y eficiente, pero sin embargo él siempre sabía cuándo ella estaba allí. Tal vez era por la suave colonia francesa, o las dulces violetas de Parma que llevaba sobre el hombro o, tal vez, pensó lleno de culpa, era el crujir de su ropa interior de tafeta que hacía ruido cuando caminaba. Y él, que jamás antes había prestado atención a las fruslerías de las mujeres, sabía que podía describir esos vestidos con exactitud.

Se dijo a sí mismo que, por supuesto, era solo porque eran diferentes de los atuendos grises, indescriptibles, que usaban por lo común las amas de llaves. Lily vestía en invierno terciopelos suaves como la seda, de color rosado o verde musgo. Y cuando el clima estaba cálido, una suave seda de color azul zafiro, el de sus oscuros ojos azules o alguna otra tonalidad que le recordaba el color de las lilas.

Naturalmente, sus vestidos eran discretos, de cuello alto con mangas largas y ajustadas, pero ningún hombre podía dejar de notar cómo aquella misma simplicidad remarcaba de forma deliciosa su delgada figura, y cómo las ricas tonalidades

resaltaban el color crema de su piel y el rosado de sus mejillas. Y no podía negar que la forma encantadora en que llevaba su negro cabello brillante, echado hacia atrás en un moño griego, enfatizaba la pureza de su perfil y la longitud clásica de su cuello.

—¡Deliciosa! —exclamó en voz alta mientras paseaba por la colina, y los transeúntes se dieron la vuelta para mirarlo y sonrieron. Él siguió caminando, inconsciente de cualquiera de sus pensamientos—. ¿Eres este tú, John Porter Adams? —se preguntó a sí mismo—. Pensando que el perfil de una mujer es delicioso, en lugar de pensar en una estatua griega. ¿Puedes ser tú, pensando en el sensual crujido de la ropa interior de seda de una mujer y no en las frías versiones pintadas en un retrato de Gainsborough? —Se detuvo a considerar el tema, sin darse cuenta de las risas de la gente que lo rodeaba, mientras le miraban las botas, ahora bien lustradas y sin agujeros en las suelas, pensando en su discreta y autoeficiente ama de llaves.

Lily era un modelo entre las criadas: silenciosa y modesta; hacía bien su trabajo y su atiborrada y polvorienta casa parecía haber surgido a la vida debajo de aquellas delgadas manos blancas. Sacudió la cabeza embelesado. Nuevamente, no podría haber dicho la razón. ¿Tal vez eran los floreros llenos de flores frescas que estaban en todas las habitaciones? Incluso en invierno, había rosas y lilas de invernadero, altas, pálidas y puras. Sabía que él ahora tenía pocas empleadas y que su casa le costaba menos que lo que jamás le había costado. Y esta brillaba y relucía de limpieza. Sus comidas eran exactamente como a él le gustaban, sencillas pero buenas. Todas las noches, tenía preparadas su chaqueta de terciopelo y sus pantuflas con monograma y la criada se apresuraba a prepararle el baño. En la mesa de la biblioteca había un botellón de jerez que él disfrutaba y lo mejor de todo, Lily estaba siempre allí para saludarlo.

John Adams se apresuró ansioso colina arriba. Se enorgulleció de ser un hombre al que le gustaba la verdad y debió admitir que la razón por la que se daba prisa era porque sabía que ella lo estaría esperando. Y se dijo a sí mismo que esta noche le pediría que tomara con él una copa de jerez antes de la cena.

Ella debió de oírle llegar, ya que la puerta estaba abierta antes de que siquiera hubiese pisado el escalón superior.

—Buenas noches, señor —le dijo con una sonrisa seductora—. ¿Puedo tomar su sombrero, señor, y su bufanda?, aunque creo que con un día tan hermoso de primavera usted no los ha necesitado.

—¿Hacía un buen día? —le preguntó radiante—. Me temo que no me di cuenta del clima. Pero ahora sí. —Las ventanas de la casa estaban abiertas para dejar entrar el aire de la caída de la tarde; una suave brisa mecía las cortinas y los perfumes del jardín se mezclaban con las flores del florero que estaba sobre la mesa del recibidor y las violetas y la colonia de Lily—. Qué hermosa se ve hoy la casa —exclamó entusiasmado, sonriéndole—. Es todo gracias a usted, Lily.

—Gracias, señor Adams —dijo bajando los ojos de manera seductora—. Es muy amable al decir eso.

Una joven doncella le dio las buenas noches y luego fue arriba a prepararle el baño y, antes de que pudiera cambiar de opinión, le dijo rápidamente:

—Lily, ¿sería tan amable de acompañarme a tomar una copa de jerez esta noche? Yo... tengo algo que hablar con usted.

Lily dudó. Él pensó por un momento de agonía que le diría que no. Luego, ella respondió:

—Por supuesto, señor. Sería un honor.

—Entonces dentro de media hora —le dijo rápidamente—. En la biblioteca.

Se acarició la corta barba a lo Van Dyke, mirándola pensativo, hasta que ella le recordó el baño que debía estar listo.

—Oh —dijo él, atontado—. Por supuesto. Sí, por supuesto que estará —corrió por las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos como un muchacho, volviéndose para mirarla. Ella lo observaba sonriendo, y él le sonrió cuando subió corriendo el resto de los escalones. Aun cuando era un maduro profesor de cincuenta años, esta noche de alguna forma se sentía como un jovencito.

Veinte minutos más tarde ya estaba bañado, cambiado y paseándose por la biblioteca.

—Ahí está —exclamó aliviado cuando a la media hora en punto Lily golpeó la puerta. Caminó hacia él, con unas faldas de seda azul y él suspiró feliz—. ¿Le dije alguna vez qué contento estoy de que jamás se vista de gris? —le preguntó, ofreciéndole una copa de cristal de su mejor jerez—. Alegra la casa verla usted vestida de azul y violeta —asintió, diciendo el resto medio para sí—. Sí, sí. Usted ilumina mi vida, Lily.

—Gracias, señor. Siempre me gustaron los colores vivos, incluso cuando niña.

—¿Y dónde fue eso? —le preguntó intrigado.

—Vivíamos en Connemara, señor —ella sonrió—. Tal vez esa sea la razón por la que me gustan los colores brillantes. El paisaje es triste allí, todo plateado por las nubes y la niebla.

—¿No brilla nunca el sol? —le preguntó asombrado.

Ella se rio y él se dijo que ese era el sonido más hermoso que jamás se oyera en su vieja y espaciosa casa.

—Oh, a veces brilla el sol, señor —le aseguró—. Algunos días, el cielo está tan brillante como el azul de mi vestido, y el mar todo turquesa y verde. Siempre cabalgábamos en nuestros *ponys* a la orilla del mar y jamás deseábamos que terminara el día, ni que nada cambiara —hizo una pausa y luego dijo—: Pero por supuesto todo cambió. —Caminó hasta la ventana abierta y miró el jardín. Él se quedó junto a ella mientras Lily le habló de su hermana Ciel, que estaba en una escuela de París.

—¡Ciel! —exclamó—. ¡Qué nombres tan encantadores les eligió su madre!

Lily bajó la mirada hacia su copa.

—Mi madre murió, señor —dijo.

—Oh, sí, por supuesto. Recuerdo ahora, usted me dijo que perdió a toda su familia camino a América. Se ahogaron, ¿no? Lo siento tanto, Lily, ha sido muy torpe por mi parte recordárselo.

—Para nada, señor —ella alzó la mirada y dijo con animación—. Creo que la cena está lista, señor Adams. Muchísimas gracias por el jerez. Fue muy amable de su parte al invitarme.

Él echó hacia atrás la cabeza y se rio. Dijo:

—Nadie ha dicho en toda mi vida que John Adams es *amable*.

Lily le sonrió.

—Entonces usted realmente no se mueve en los círculos correctos, señor —le respondió con un asomo de su viejo coqueteo.

Él la observó cruzar la habitación, pensando en la gracia que tenía al caminar: tan simple, tan delgada, tan femenina.

—Lily —le dijo, y ella se volvió en la puerta.

—¿Sí, señor Adams?

—¿Me acompañaría mañana por la noche a tomar un jerez? He disfrutado mucho de su compañía.

Esta vez su sonrisa pareció venir de su corazón, iluminándole el rostro.

—Por supuesto, señor —le dijo—. Estaría encantada.

El tomar una copa de jerez juntos antes de la cena se convirtió en una costumbre. La cena se retrasó permanentemente media hora y este momento se transformó en la atracción del día. La primavera dejó paso al verano y por una vez él no tenía planeado ir de viaje a Europa.

—Tengo mucho trabajo que hacer con el libro que estoy escribiendo —le explicó a Lily—. Ya llevo dos años con él y me temo que, si no lo termino, mis colegas me considerarán un holgazán.

—Estoy muy segura de que nadie puede decir eso de usted, señor —le dijo Lily indignada—. Usted es un hombre dedicado a su trabajo, cualquiera puede ver eso.

Ella pareció tener el toque femenino de encontrar con exactitud la frase correcta que lo suavizara, y él lo añadió a la creciente lista de cualidades.

—Lily, ¿por qué no me acompaña a tomar una taza de café en la biblioteca después de la cena? —le sugirió—. A veces estoy muy solo por la noche y aprecio su compañía.

Lily miró a su patrón. «Distinguido» fue como lo describiría, con cabellos color plata y barba puntiaguda, además de amables ojos castaños escondidos detrás de gafas con montura de carey. Jamás conversaba con nadie salvo con su patrón, manteniendo distancia entre ella, la cocinera y las dos doncellas, pero incluso cuando estaba ocupada por los mil y un detalles que conlleva el administrar una casa grande como esta, aún se sentía tan sola como cuando llegó a Boston. Había oído que John Adams era un genio en su campo y ella sabía que su conversación sería estimulante.

—Oh, me encantaría, señor —dijo con sentimiento.

Los escritos de él yacían descuidados sobre el escritorio y el montón de libros nuevos que había comprado permanecían sin leer sobre la mesa. La conversación después de la cena se transformó en el acontecimiento nocturno que ambos esperaban con placer. Lily habló poco de su casa e infancia, y en cambio hizo que él hablara de sus viajes, de arte, de libros y de su trabajo.

—Los tres amores de mi vida —le dijo él—, y el mayor consuelo de un hombre.

Lily se rio.

—Mi padre siempre decía que la mujer de un hombre era eso, señor.

Él la miró.

—¿Me haría el favor, Lily, de no llamarme «señor» cuando estemos juntos? Rara vez disfruto la compañía de una joven tan encantadora y educada como usted, y no hay razón para que usted se dirija a mí como el «señor».

Le mostró sus colecciones y todos sus tesoros, haciendo pasar las frágiles hojas de un libro del siglo xv ilustradas con acuarelas y pátina de oro; y una muy rara Biblia gótica, además de los manuscritos persas y chinos. Habló extensamente de su tema favorito, la literatura francesa del siglo xvii, y ella le pidió que le recomendara algunos libros para leer, para que pudiera comprender todos los temas de los que él estaba hablando. Y así él hizo una lista y todas las semanas le hacía preguntas sobre lo que había leído, tratándola como a una alumna.

El verano dio paso al otoño y este al invierno, pero el señor Adams ya no invitaba a sus colegas de la forma en que solía hacerlo. Prefería la compañía de su ama de llaves.

—Debes haber conocido a una mujer, John —le decían en tono de broma. Y se asombraron cuando él se rio y se encogió de hombros.

—¿Puede ser eso cierto? —se preguntaban unos a otros—. ¿Alguna mujer ha logrado pescar por fin al viejo Porter Adams? ¿Y si es así, de quién se trata? —Ninguno de ellos recordó jamás haberlo visto con una mujer.

Al año siguiente, el primer día de la primavera, cuando Lily estaba a punto de cumplir veintiún años, el señor Adams la esperó nervioso en la biblioteca. Sonrió aliviado cuando oyó los golpecitos de Lily en la puerta y ella entró. Pensó en lo hermosa que estaba cuando caminó hacia él, y se preguntó con un dolor de remordimiento si alguna vez la volvería a ver entrar así en la biblioteca. Ya que después de lo que debía decirle, existía la posibilidad de que ella no lo volviera a hacer.

—Acérquese, Lily —dijo y ella avanzó unos pasos. Mirándola a los ojos, le dijo —: En todos estos meses usted ha pasado a significar mucho para mí. Yo sé que soy muchos años mayor que usted, pero aun así ambos disfrutamos de nuestra compañía mutua, ¿no es así? He estado pensando, Lily, que sería una excelente idea si usted consintiera en casarse conmigo.

Ella lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa, y él le dijo rápidamente:

—Puedo ver que mi propuesta le ha causado sorpresa, pero no soy hombre que

sepa demostrar sus emociones. Le pido, Lily, que sea mi esposa. No espero que me dé una respuesta inmediata, pero, por favor, piénselo y tómese su tiempo...

Lily no dijo nada.

Se volvió y lo miró.

—Muchas gracias, señor Adams. Lo pensaré —dijo, cerrando la puerta suavemente.

Caminó tranquila como si nada hubiera sucedido y cruzó el recibidor hacia la parte trasera de la casa. Miró a su alrededor, a la pequeña sala ricamente amueblada y al pequeño dormitorio que ella había llamado hogar durante estos últimos dos años.

Se dejó caer en una silla tapizada de brocado azul, junto al fuego, y colocó los pies sobre un reposapiés todo bordado. Miró la mesa que estaba junto a ella con un montón de libros que representaban la «lectura necesaria» para el curso personal de literatura del señor Adams y la adorada fotografía de su hogar.

—¡Jesús! —exclamó, poniéndose en pie de un salto y caminando agitada por la pequeña habitación. ¿Por qué debía él arruinarlo todo al pedirle que se casara? Había sido todo tan agradable, tan civilizado y placentero. Tan seguro. Había trabajado mucho para llegar adonde estaba, tratando de dejar el pasado atrás. La mayor parte del dinero que ganaba lo enviaba a los Sheridan para el niño, aunque jamás dijo dónde se encontraba o de quién provenía. No deseaba ningún contacto con ellos ni con su pasado.

Volvió a pensar en la oferta de matrimonio del señor Adams. Podría ser la señora de Porter Adams, la hermosa y joven esposa de uno de los hombres más ricos e importantes de Boston. Contempló por un minuto cómo sería estar casada con él y deseó llorar. Era lo suficientemente viejo como para ser su padre. Y ella era todavía muy joven, demasiado joven y, a pesar de lo que había sucedido, siempre había una esperanza en su corazón de que, en algún lugar del horizonte, alguien vendría a rescatarla.

Se echó en la cama y comenzó a llorar como hacía tiempo que no lo hacía. No desde que había recibido la carta de Ciel con la terrible noticia de que su Mami estaba muerta. Después, se secó las lágrimas y se dijo a sí misma que tal vez, solo tal vez, era posible que si se transformaba en la señora de Porter Adams, Pa perdonaría a su hija pródiga y ella podría regresar a Ardnarnna.

Evitó al señor Adams durante toda una semana, enviando a una de las doncellas a que lo esperara, temerosa de sus ojos ansiosos que esperaban una respuesta. Noche tras noche, se quedaba despierta pensando en cómo sería ser su esposa. Ella sería la señora de la casa en lugar de una simple ama de llaves. Tendría el poder del dinero y la posición. Haría lo que le apeteciera en aquella vieja casa sombría, podría invitar gente y dar fiestas. Casi sería como en los viejos tiempos.

Una noche, fue a la biblioteca. Golpeó la puerta y esperó a que él respondiera. Él

se encontraba en su escritorio, junto a la ventana que daba al jardín. Se puso de pie de un salto cuando Lily recorrió la habitación y se paró delante de él, con la cabeza alzada con orgullo y la espalda erguida.

—¿Y bien, Lily? —le dijo.

—Acepto su propuesta, señor Adams —le dijo con calma—. Estaré muy feliz de ser su esposa.

Dos semanas más tarde se celebró el matrimonio en medio de una ceremonia tranquila, en la bonita iglesia de la calle Park. La novia vestía una chaqueta de seda color azul sobre una vaporosa falda de seda color crema. Su sombrero de paja estaba adornado con flores de seda y llevaba un ramo de violetas sujeto al talle y un enorme alfiler de zafiros y diamantes, regalo de bodas de su marido, que lucía prendido a la solapa. No había invitados y se les pidió a dos extraños de la calle que oficiaran de testigos. La mano de Lily tembló cuando firmó el registro. Estaba tan pálida y nerviosa que su marido debió rodearla con brazo firme.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo —le dijo cuando partieron en viaje de luna de miel, por dos semanas, a Vermont.

La vieja posada colonial era simple pero encantadora, con una galería de columnas blancas y un porche sombreado que daba sobre los jardines, y un pequeño río cuyas aguas fluían con rapidez. Los únicos sonidos eran los del campo: el fluir de las aguas del río, el canto de los pájaros, las ovejas y vacas, y el ocasional ladrido de un perro juguetero. Si los propietarios se sorprendieron de la obvia diferencia de edad entre los novios, no lo demostraron cuando los condujeron a la *suite* de dos dormitorios que él había reservado.

Él la dejó a solas en su habitación para cambiarse para la cena, y Lily se sentó en la blanca cama, pensando con temor en su noche de bodas. El pánico se apoderó de ella y tembló de miedo al recordar la crueldad de Dermot Hathaway. Sabía lo que le esperaba aquella noche y que no podría evitarlo. Fue todo un terrible error. Jamás debería haberse casado. Una vez más simplemente no lo había pensado y ahora era demasiado tarde.

Se preguntó si habría sido más fácil si su esposo fuera un hombre joven y pensó en Finn, tan bronceado, vital y apuesto, mirándola con aquellos ojos hambrientos. Pero John era viejo. Su cabello era gris, las manos pálidas, y su cuerpo... ella se estremeció, incapaz de seguir pensando. Es un caballero, se recordó; estará bien. Luego, recordó a la otra Lily, la estrella de diecisiete años de su año de debutante, a la que se le había predicho que se casaría bien. Se podría haber casado con cualquiera de los jóvenes apuestos y ahora, a los veintiuno, miren dónde se encontraba.

Le dolía la cabeza y corrió hasta la ventana a abrirla, llenándose los pulmones con el aire fresco de la noche. Se dijo a sí misma que acababa de casarse con uno de los hombres más educados de Boston, que era inteligente, lleno de cultura y rico. Se recordó que sería una de las grandes damas de Boston, nuevamente un pilar de la sociedad, redimida por fin de su pasado. Se dijo que daría fiestas y cenas para su

marido y reuniones para tomar el té por la tarde para las damas, y tal vez incluso algún gran baile. Su flamante marido amaba viajar y ella lo acompañaría: se compraría ropas maravillosas de los mejores modistos de París, de Worth, de Paquin y Doucet. Y entonces, la joven señora Adams maravillaría a Boston con su belleza, su tacto y su gracia social. Y tal vez Pa por fin la perdonaría.

Manteniendo en su mente la figura de su reluciente futuro, se vistió para la cena con un vestido verde suave de muselina con ancho escote que dejaba al descubierto sus hombros. Se ató una faja de satén violeta y allí prendió el ramo de violetas. Se peinó el cabello en alto y colocó unos pequeños pendientes de perlas en sus orejas. Por último, se dijo que estaba lista.

Eran los únicos huéspedes del comedor de paredes blancas, y Lily no comió nada. Miró en silencio por la ventana la oscura vista de los árboles y la pradera, escuchando los sonidos crujientes del río y de los cantos nocturnos de las aves, mientras su marido le servía el champán que ella no bebería.

John no era tonto. Sabía que estaba nerviosa y pensó que comprendía. Pero no tenía experiencia en los misterios de las mujeres y no sabía qué hacer.

—¿Por qué no comes tu helado, querida? —le dijo obsequioso—. Me dicen que es casero.

Lily lo miró, con los ojos zafiro que traslucían rabia.

—¡Por el amor de Dios, no me trates como a una niña! —le espetó.

Él la miró con sorpresa.

—Lo siento. Pensé que el helado podría gustarte.

—Bueno, pues no —giró la cabeza y volvió a mirar malhumorada hacia el jardín.

—Debes estar muy cansada, Lily —le dijo con delicadeza, y ella se volvió y lo miró con odio.

Él sonrió, levantando una mano en protesta.

—Y no, antes de que lo digas, no te trato como a una niña. Me estoy comportando como presumo que lo haría un flamante esposo preocupado —le tomó una mano y le dijo gentil—: Lily, creo que comprendo por lo que estás ahora pasando, preguntándote si habrás hecho lo correcto al casarte con un hombre que es mayor que tú. Y todos los temores de nuestra luna de miel. Deseo asegurarte de que no te molestaré. Tú tienes tu habitación y seguirá siendo así hasta que tú decidas invitarme a compartirla.

Lily vio la sinceridad de su rostro y dijo avergonzada:

—Eres el hombre más amable que jamás haya conocido. Es que no he tenido ni tiempo a acostumbrarme a llamarte «John» en lugar de «señor Adams». Todo ha sucedido tan deprisa...

Él le sonrió aliviado.

—No llevó demasiado cambiar el «señor» por el «señor Adams». Recuerdo que una semana. De modo que viviré esperanzado.

Lily sabía que lo que había dicho era verdad y que él era el hombre más amable y

que tenía suerte de ser su esposa. Llena de vergüenza por su exabrupto, levantó su mano y se la llevó a la mejilla.

—¿Te importaría si ahora me voy? —le dijo tranquila—. Tienes razón, estoy cansada.

Él la acompañó hasta la escalera y la besó en la mejilla.

—Que duermas bien, mi amor —dijo, observándola subir con paso cansado la ancha escalera. Y pensó que su flamante esposa se veía tan hermosa y frágil como una náyade con su vaporoso vestido verde. Después, se dirigió al porche a fumar un cigarro, escuchar el ulular de los búhos del bosque y pensar agradecido en que era un hombre de suerte.

Lily se desabrochó las docenas de pequeños botones y dejó que el suave vestido se deslizara al suelo. Caminó hacia la ventana y se apoyó en el marco, mirando añorante la suave oscuridad.

Esta debería haber sido la noche más maravillosa de su vida: se habría casado en la capilla de la familia, y la Casa Grande y todas las grandes casas de la zona habrían estado llenas de invitados a la boda. Pa la habría llevado del brazo al altar, orgulloso de su joven hija con un virginal vestido de encaje; y el apuesto joven que, en sus sueños siempre parecía tener el rostro de Finn O’Keeffe, la habría estado esperando. Habría habido música de órgano y flores maravillosas, Ciel habría sido su única doncella y su madre habría derramado lágrimas de alegría. Después, un magnífico baile y más tarde, aquella noche, ella y su adorable y flamante esposo se habrían estrechado las manos y con una mirada de complicidad, riéndose, se habrían escapado a su habitación, para estar por fin solos.

El familiar olor del cigarro de John le llegó hasta la ventana y ella pensó en lo que su madre le habría dicho en su noche de bodas.

—Siempre debes recordar tu deber —le diría con tono firme y Lily sabía que tenía razón. Ella había «hecho su cama» y ahora debería acostarse allí con su esposo.

Se puso un camisón nuevo de satén y se cepilló cien veces el largo cabello negro, recordando los hermosos cepillos de plata que había empeñado hacía tanto tiempo. Se dijo a sí misma que ahora compraría más cepillos de plata si lo deseaba, tantos como quisiera. Pero no los quería. No quería nada, excepto que esta noche terminara.

Caminó por la hermosa salita hacia el dormitorio de su marido. Apagó la lámpara, se metió en la enorme cama con baldaquino y cubrió su cuerpo con las sábanas hasta la barbilla. Cerró los ojos y esperó.

John terminó su cigarro. Se retrasó todavía un rato, disfrutando de la fresca del aire nocturno y luego con un suspiro volvió a decirse que era un hombre de suerte. Había pensado antes que tenía una vida plena, pero ahora, con Lily a su lado, era completa. Le dio las buenas noches a sus anfitriones y se dirigió a su habitación. Se desvistió en la oscuridad, pensando en los deliciosos aromas del jardín que entraban por la ventana. Pero había otro perfume, el familiar aroma de la colonia de Lily.

Se volvió para mirarla en su cama y sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Es esto cierto? —susurró, sentándose a su lado. Tomó la mano de Lily y la llenó de besos; luego le dijo—: Lily, ¿estás segura? Deseo que te tomes tu tiempo...

—Estoy segura —dijo ella con coraje.

Él se metió en la cama y se tendió junto a ella. Fue ella la que se acercó y lo rodeó con los brazos. Él gimió y la atrajo más hacia sí, temblando. Ambos quedaron muy quietos así juntos. Él le acarició el cabello y la besó en el rostro; recorrió con su mano la suave piel de sus brazos y su espalda desnuda y Lily se abrazó más fuerte, temerosa de que si no lo hacía, tal vez podría cambiar de parecer y salir corriendo.

Cuando John le hizo el amor de una manera tan tierna, ella pensó que fue completamente diferente a Dermot Hathaway y se preguntó por qué había tenido tanto miedo. Su esposo fue dulce y considerado. Ella supo que significaba mucho para él, aunque menos que nada para ella. Era su *deber*, se recordó. Era parte del trato de ser la señora de Porter Adams, ya que Dios sabía que, siendo una pecadora y una exiliada, tenía poco más que ofrecerle que su cuerpo.

La luna de miel pasó tranquilamente: dieron largas caminatas por el campo o descansaron junto al río; leyeron y disfrutaron de deliciosas cenas solos en el comedor, ya que eran los únicos huéspedes. La noche antes de que regresaran a su hogar, John le dijo que deseaba ofrecer una recepción para presentarla a la sociedad de Boston.

—Después de todo, tú ahora estás relacionada con la mayoría de ellos —dijo—, y no puedo esperar a presentarte a esas viejas hachas de guerra que han tratado de casarme con sus nietas y sobrinas durante treinta años.

Se mandaron a imprimir las invitaciones y se entregaron en mano. Lily se dedicó por entero llena de emoción a los preparativos. Antes de su matrimonio había despedido a la cocinera y a las doncellas y contratado nuevo personal, ya que no deseaba que nadie de la casa recordara cuando ella era ama de llaves.

Planificó un menú frío que pensó complacería a sus elegantes invitados. Por supuesto, habría champán y una docena de platos diferentes, ya que la noche prometía ser calurosa. Sacó la platería de la familia Adams e hizo lustrar las sólidas bandejas y los candelabros. Las mesas de la cena se prepararon en el gran comedor. Contrató un cuarteto de cuerda para que tocara discretamente en un rincón del salón de música, y un florista decoró la casa entera con ramos de flores. Deseó haber tenido tiempo para ir a París a comprar primero, pero decidió ponerse su traje de bodas, ya que era lo más bonito que tenía. Y entonces, John abrió la gran caja fuerte que estaba detrás de una de las vitrinas de la biblioteca y le mostró las joyas de la familia, los diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros, y le dijo que ahora todo le pertenecía a ella.

Decir que las damas de Boston se sorprendieron por el anuncio del matrimonio de John Porter Adams sería poco.

—¿Pero quién es ella? —preguntaban llenas de excitación—. Dicen que es

extranjera. La debe haber conocido en uno de sus viajes, ya que ninguno en la ciudad recuerda haberla visto. —Y todos enviaron nota, por correo, de que aceptaban la invitación, casi incapaces de poder contener la curiosidad hasta la noche de la recepción.

Lily pensó triunfante que la casa se veía como un sueño de perfección, mientras la recorría para asegurarse de que todo estuviera en su lugar. La gran escalera se había transformado en una pérgola de rosas y una docena de lacayos, vestidos con librea de seda azul, estaban alineados en los escalones. Había flores por todas partes y los suaves acordes del concierto de Mozart, el favorito de su marido, salía del salón de música. Las mesas de la cena eran una vista maravillosa, con manteles de damasco blanco y altos ramos de lilas en los floreros de plata. John sirvió champán y levantó su copa para un brindis.

—Por mi esposa, la mujer más hermosa de Boston —dijo solemne, ya que realmente lo decía con sentimiento.

—Y por el hombre más distinguido de Boston —respondió ella, sonriéndole, ya que también lo decía con sentimiento.

Afuera se escuchó el sonido de un carruaje y lo miró emocionada.

—¡Oh! ¡Aquí llegan! —exclamó, y él se rio cuando Lily se apresuró a subir las escaleras para recibir a sus invitados.

Estaba joven y encantadora con aquel corpiño azul y la vaporosa falda de seda color crema. Llevaba flores en el cabello y unos pendientes de diamantes y zafiros que él no había visto desde los días de su madre.

El mayordomo contratado abrió la puerta de par en par y Lily miró molesta cuando este subió las escaleras sosteniendo una bandeja de plata con una tarjeta blanca sobre ella.

—Los cumplidos de la señora Brattle White, señora —dijo.

Lily tomó la tarjeta y la leyó. La emoción abandonó su rostro y se la pasó sin decir palabra a su marido.

«La señora Brattle White lamenta que, debido a circunstancias ajenas a su voluntad, ella no podrá concurrir a la recepción de esta noche». —Leyó John en voz alta.

—Está bien, Lily —le dijo consolándola—. La vieja señora probablemente tenga un resfriado de verano. Después de todo, tiene setenta años, ya sabes.

Otro carruaje apareció y nuevamente el mayordomo les trajo una tarjeta. Decía lo mismo: «La señora de James Adams lamenta...», leyó él, molesto.

—Pero si es mi tía —exclamó—. Ha estado persiguiéndome durante años para que me casara. Nada haría que ella no acudiera a conocer a mi esposa. ¿Qué sucede? ¿Ha caído Boston en una epidemia de la que no me he enterado?

Afuera aparecieron carruajes tras carruajes, pero ningún invitado llegó; solo tarjetas con el nombre impreso y sus disculpas escritas a mano.

Los lacayos esperaban impasibles en las escaleras y el mayordomo se paseaba por

el recibidor; la música se oía y el champán y la comida esperaban en la costosa gloria del comedor.

Lily enderezó su espalda y se mostró erguida. Echó hacia atrás su barbilla y reuniendo toda su dignidad, subió las escaleras rumbo a su habitación. Se paró junto a la ventana observando la procesión de elegantes carruajes que hacían su camino por la calle Mount Vermont. Y cada vez, el cochero bajaba y subía los escalones de la entrada para depositar su tarjeta en la bandeja de plata. Todas aquellas «damas llenas de remordimiento», pensó con amargura, enfrentándose a la verdad. Por matrimonio estaba relacionada con todas las buenas familias de Boston. Y no era recibida por ninguna de ellas. Sabía que no habría más fiestas en su casa. Nadie vendría jamás.

Más tarde, aquella noche, John descubrió la verdad a través de su tía. Fue su excocinera, ahora empleada por la señora Brattle White, quien había dejado escapar el gato de la bolsa el mismo día de la fiesta.

—Es irlandesa, como yo —le había dicho a su nueva patrona—. Y fue su ama de llaves. Nos echó a todas cuando decidió casarse con él y subir en la escala social. Siempre se dio aires. Cualquiera podría haber pensado que era una verdadera dama, en lugar de una criada irlandesa como el resto de nosotras.

A la mañana siguiente, el señor y la señora Adams partieron para disfrutar de una prolongada «luna de miel» en el extranjero, dejando atrás un escándalo que se negaba a desaparecer.

Capítulo 34

Maudie.

Ardnavarna.

Después de que terminé con mis compras en Galway y Shannon y Eddie terminaron de curiosear en la librería de Kenny, compraron bastones de madera de castaño y unas alegres mantas tejidas de colores, y que por suerte no adquirieron nada que tuviera un trébol, nos reunimos para almorzar. En medio de pintas de cerveza Guinness y platos de salmón ahumado con un exquisito pan de levadura, aunque no tan bueno como el que hace Brigid, nos dedicamos a hablar de Lily. Eddie opinaba que ella era testaruda y egoísta, aunque poseía muchas cualidades que la redimían. Y Shannon dijo que sentía pena por ella, ya que no había sido otra cosa que una joven malcriada y algo tonta, y que en realidad no era culpable de nada.

—Ah —dije—, pero acusar a Finn O’Keeffe sí fue culpa suya.

—Tú eres demasiado blanda de corazón en lo que a Lily se refiere —le dijo Eddie a Shannon.

—No —le respondió Shannon—, además, si Finn y Dan se hubieran quedado en Ardnavarna, habrían terminado de la forma en que empezaron, como mozo de cuadra y lacayo. Y ahora mira lo que les sucedió.

—Ah —volví a decir de manera misteriosa esta vez—, pero aún no habéis oído toda la historia. Ya estáis viendo que yo tengo a todos mis personajes en su lugar, todos están relacionados de una manera delicada con vidas que casi se tocan, pero no lo suficiente. Todavía no.

Ellos se rieron.

—Lo sabemos —dijeron a coro—. Debemos esperar. Todo a su debido tiempo.

—No hay mejor tiempo que el presente —dije jovial, haciendo a un lado mi plato y bebiendo mi Guinness—. Y ahora continuaremos con Dan.

Boston.

Dan O’Keeffe fue a la peluquería y se hizo cortar la tupida cabellera pelirroja, además de hacerse afeitado hasta un largo razonable la abundante barba. Se compró un traje nuevo antes de ir a ver a Thomas Keany. Nuevamente limpio y aseado, con dinero en el bolsillo, se sintió en la cima del mundo cuando caminó por la calle Prince, saludando en su camino a una docena de conocidos.

El jefe del distrito lo invitó a sentarse, mirándolo con detenimiento, notando sus ropas nuevas y su sonrisa confiada, además de una nueva expresión de experiencia

reflejada en el rostro. Le dijo:

—¿Y bueno, O’Keeffe? ¿Has regresado a devolverme mis cincuenta dólares?

—Ciertamente, señor —le dijo Dan colocando el dinero sobre la mesa—, pero todavía no traigo el reloj de oro que le prometí.

Keany dejó los cincuenta sobre la mesa. Dijo:

—Entonces ¿debo interpretar que la empresa no ha sido un éxito?

—Sí que lo fue, señor. —Dan le contó exactamente el éxito de su empresa mientras Keany lo escuchaba atentamente—. Gané setecientos veintitrés dólares con sesenta y cinco centavos, señor Keany —finalizó con expresión de triunfo—. Me compré pantalones nuevos y un abrigo, me corté el cabello y le di a la familia de un amigo, a la pobre señora O’Donovan, cincuenta dólares. Con la devolución de sus cincuenta, me quedan exactamente seiscientos tres dólares. Y eso es más que suficiente para comprar el pequeño y viejo almacén de Corrigan. Estoy seguro de que él me lo venderá por quinientos.

Keany asintió reflexivo y dijo:

—Dime, muchacho, ¿qué te hace pensar que tú puedes hacer algo mejor con el negocio de Corrigan que lo que el hombre ha hecho hasta ahora?

—Lo mejoraré, señor. Pintaré el lugar, haré que parezca nuevo y limpio. Lo proveeré mejor y ofreceré mayor variedad de mercancías.

—¿Y cobrarás más?

—Bueno, deberé subir un poco los precios para cubrir los gastos extras...

Keany asintió.

—Y ahí es exactamente donde tu esquema se hace pedazos. La tienda de Corrigan se encuentra en la zona más pobre de Boston. La gente de allí casi no tiene dos moneditas que juntar, y cada centavo que tú le subas al precio de una cebolla cuenta. El almacén de Corrigan es un negocio de centavitos en una zona de centavitos, y jamás será diferente. Estas pobres mujeres mirarán tu renovado almacén y el centavo extra de la cebolla, y entonces irán a la tienda de la vuelta porque es más barata. Lo único que les importa es el precio. Absolutamente nada más.

Dan lo miró sombrío. Sus sueños de grandeza de un negocio bien pintado y muy surtido volaron por la ventana y una nueva imagen de él apareció, vagando por los caminos con una mochila de vendedor ambulante colgada de la espalda hasta que fuera viejo como el pequeño tipo al que le había comprado los tirantes. Y, como él, cuando tuviera setenta años aún dormiría en un pajar con una botella de *whisky* barato para evitar el frío de la noche, en lugar de estar con una buena mujer en una cama de plumas.

Tomó el dinero del bolsillo y lo colocó sobre el escritorio junto a los cincuenta dólares de Keany; luego le dijo con tristeza:

—Entonces aquí está mi elección. Volverme viejo y canoso como Corrigan, vendiéndole dos centavos de azúcar a mujeres que no pueden pagarlo o hacerme a los caminos como vendedor ambulante, con la única compañía de una botella.

Keany golpeó enfáticamente con los nudillos sobre el escritorio de madera.

—He estado detrás de este escritorio durante veinticinco años, hijo, y he tenido delante de mí a toda clase de gente que venía en busca de consejo, de un préstamo o de ayuda para resolver sus problemas. He visto a un tipo desesperado por el precio de un ataúd para enterrar a su hijo; viejos a los que no les quedaba nada en el bolsillo para una noche de alojamiento en medio de un frío espantoso; y familias que necesitaban un techo sobre sus cabezas. Los hombres han acudido a mí, como tú mismo lo hiciste, para pedirme dinero a fin de hacer un negocio, y admito que yo he cometido errores. Pero no muchos. Un hombre se convierte en un muy buen juez en estas circunstancias.

Volvió a sentarse, colocando juntos los dedos mientras, por encima de estos, miraba pensativo a Dan. Dijo:

—¿Alguna vez pensaste en subir uno o dos puntos, mi querido Dan? En una tienda con reparto, en una zona mejor, donde se gasta mucho dinero en comida, muchísimo. Conozco un local en alquiler que se encuentra en la esquina de la calle Clarendon. Un lugar pequeño pero muy bien ubicado. La mayoría de las cocineras de Beacon Hill son irlandesas, y ellas dan prioridad a los almacenes irlandeses. Un joven tan emprendedor como tú podría hacer un muy buen negocio allí.

Dan lo miró dudoso. La calle Clarendon era un territorio extraño, un lugar de esnobs y de gente con cabeza. Había adquirido su confianza con campesinos rústicos, y no estaba seguro aún de poder manejarse con las grandes damas de Boston.

—No sé lo que comen en las casas de los ricos —dijo con dudas.

—Tampoco sabías quién deseaba comprar relojes de bolsillo o tirantes rojos —le señaló Keany—. Pero tuviste la suficiente astucia como para averiguarlo. El arrendamiento de la propiedad es de doscientos cincuenta dólares al año.

Dan miró sus seiscientos dólares. Eso compraría el negocio de Corrigan y su estilo de vida; sabía que no perdería su dinero, pero que tampoco ganaría más. O podía correr el riesgo de arrendar por un año una bonita tienda, quedándole lo suficiente como para reacondicionarla y proveerla bien y, si tenía suerte, ganaría mucho dinero. Dinero de verdad.

—Gracias por su consejo, señor Keany. Aceptaré el alquiler —le dijo con rapidez, antes de que pudiera cambiar de opinión.

—Si eres el muchacho que creo que eres, no te arrepentirás de esta decisión —le dijo Keany estrechándole la mano—. He visto a muchísimos hombres venir a mí con buenos proyectos de negocio y el único defecto era su propio carácter. Yo apuesto por ti, muchacho. Pero recuerda, solo tú puedes hacer que sea un éxito.

Keany hizo los arreglos para el alquiler y Dan firmó con un trazo firme y pagó los doscientos cincuenta dólares. Su estómago se retorció de agonía cuando vio su dinero desaparecer en la caja fuerte del abogado y recordó todas aquellas noches de un frío que calaba los huesos, caminando sin cesar, y toda la cháchara que había necesitado para amasar aquella suma, dólar por dólar. Diciéndose a sí mismo que no había

retorno, se dirigió a inspeccionar su nueva propiedad.

Keany tenía razón: el negocio estaba en una esquina importante, con uno de los escaparates que daba a Clarendon y otro a Boylston. Entre los dos se situaba la entrada en la esquina, al final de una ancha escalinata. La tienda en sí tenía una dimensión de cuatrocientos metros cuadrados, con un depósito más pequeño en la trastienda. Había un diminuto pasillo y una oscura escalera que conducía a dos cuartos que había encima y que se transformarían en su nuevo hogar.

—Solo un año, Dan —se dijo para sí con gran seriedad, de pie en medio del almacén—. Eso es todo lo que tienes. Cuando finalice, o recuperas el dinero o lo pierdes todo.

Caminó por las arboladas calles de Beacon Hill y Back Bay, viendo las elegantes casas de ladrillo a la vista, la iluminación de gas de las calles y la calma del lugar. Había una agradable sensación de tranquilidad en la zona, como si hubiera sido de mal gusto incluso pensar en apresurarse. Notó incluso que los elegantes carruajes pasaban a un ritmo lento.

Reunido coraje, se dirigió a la entrada de comerciantes de una de las grandes casas y pidió hablar con la cocinera. Le dijo que abriría un nuevo almacén en la esquina de Clarendon y le preguntó si habría algo en particular que a ella le gustara que él tuviera en su tienda. Tomó luego nota detallada de la respuesta. Repitió ese procedimiento en una docena o más de casas y recabó toda la información que necesitaba.

Instaló estanterías de nogal y armarios con frente de vidrio y sólidos herrajes de bronce. Sacó brillo al mostrador hasta que estuvo reluciente y colocó unas sillas para que sus clientes estuvieran cómodos mientras hacían sus pedidos. Hizo que la fachada se pintara de color rojo profundo, el color de un buen vino, y se hizo hacer un cartel con el nombre de DANIEL inscrito con letras de bronce y pintado con dorado sobre los escaparates. Mientras que debajo estaba la leyenda: PROVISIONES DE GRAN CALIDAD, SE HACEN ENTREGAS A DOMICILIO.

Compró un viejo carruaje para las entregas y lo hizo pintar con el mismo color rojo y dorado del negocio con el nombre de DANIEL a ambos lados. Por diez dólares a la semana contrató a un joven llamado O'Dwyer, de irlandeses ojos azules y una familia de seis para mantener. Este sería el ayudante de depósito repartidor. Por la mañana temprano, recorría los mercados reuniéndose con proveedores y mayoristas, buscando solo lo mejor. Y «Productos frescos del campo» fue el lema que utilizó en las octavillas que envió para anunciar la inauguración, escritas con letras color vino, aun cuando las tintas de color costaban una fortuna, todo en un papel costoso para que no pudiera pasar desapercibido. Hizo que se entregara en mano en las cocinas de todas las grandes casas por una docena de chiquillos andrajosos que se mostraron ansiosos de ganarse unos centavos. Y también puso anuncios importantes en todos los diarios y periódicos de Boston.

Una mañana temprano, elegantemente vestido con una chaqueta de lino blanco,

Dan inspeccionó los escaparates de su tienda desde la vereda. Bajó los toldos a rayas rojas y blancas, regó los árboles que estaban recién plantados en macetones, uno a cada lado de la escalinata de entrada, inspeccionó las frutas y verduras frescas que se encontraban en cajones de madera colocados sobre caballetes; cada higo y cada pera estaban envueltos en papel tisú blanco como si se tratara de un regalo precioso. Las bolsas de café en grano, las cajas de té de China, los tarros de vainas de vainilla, azafrán y canela perfumaban el almacén, así como lo hacía un recipiente de cobre lleno de flores frescas que estaba sobre el mostrador junto a la enorme caja registradora de bronce que le había costado una pequeña fortuna. Pero todo había sido así. Se había comprometido con el «nada sino lo mejor para los mejores» que se había transformado en su lema de trabajo.

Se colocó detrás del mostrador y esperó con confianza que aquella gente atildada acudiera a aquella tienda que él había creado para cubrir sus necesidades. No debió esperar mucho. Las cocineras con las que había hablado en las grandes casas fueron las primeras en aparecer. Ellas notaron los centavos que habían desaparecido de los precios aquí y allá, las rebajas mayores en las «ofertas por inauguración», y asintieron sagaces cuando revisaron los pollos de buenas pechugas y probaron las succulentas peras, apreciando la calidad. Inspeccionaron los grandes huevos marrones que aún tenían trocitos de paja adheridos, lo que hacía pensar que habían sido puestos aquella misma mañana en una granja de campo, y las frescas verduras y herboristería. Y todas compraron. El pequeño carruaje color vino de Daniel tirado por un *pony* color gris y conducido por el joven O'Dwyer se mantuvo ocupado recorriendo las calles elegantes para entregar las mercancías.

Al final del primer día, cuando contó sus ingresos, Dan tenía más de cien dólares en caja, más de lo que hubiera ganado en una semana con el almacén de Corrigan. Y para el final de la primera semana, había llegado a un total de cuatrocientos quince dólares con treinta y cinco centavos. Por lo tanto, pensó satisfecho que había hecho la elección correcta. Sus clientes eran las cocineras y los chefs de las mansiones de la ciudad; poseían el poder de compra de las casas ricas que exigían «lo mejor», y a ellos les gustaba el grandote y amable pelirrojo irlandés que siempre estaba listo con una broma y siempre tenía un momento para dedicarles.

Dan calculó que en un año habría recuperado su inversión, y podría devolverle a Keany el préstamo que le hiciera para adquirir el carruaje y el *pony*. Su margen de beneficios era del veinte por ciento y sabía que, si trabajaba duro y era cuidadoso con sus precios, su negocio le proporcionaría una situación económica desahogada, una forma de vida mejor que la que le hubiera dado el almacén de Corrigan. Pero no era suficiente. Eso no lo convertiría en un hombre rico.

Al final del primer año fue a ver a Keany, le pagó su préstamo y le dio el reloj de bolsillo de oro.

—Tiene una inscripción, tal como le prometí —le dijo con orgullo.

«Para Thomas Keany. Gracias. Daniel O'Keeffe», leyó Keany.

—Este es un muy buen regalo, Dan, y lo aprecio mucho, aunque no había necesidad de dar las gracias. Tú has trabajado mucho para tener lo que tienes.

—Esa es la razón por la que estoy aquí, señor Keany —le gritó Dan, golpeando con su puño sobre el escritorio de Keany—. Una vez que el hombre tiene la panza llena, señor Keany, tiene hambre de algo más. Éxito. Poder. Riqueza. Yo dije al principio que deseaba tener más de un negocio, y ahora que tengo la fórmula, deseo expandirme. Quiero otra tienda en Back Bay. Y luego una tercera en Nueva York. Pondré a mi ayudante, O'Dwyer, a cargo de esta, y yo mismo abriré otra en Back Bay. Luego, cuando esté funcionando bien, buscaré otro par de jóvenes empleados irlandeses para que la atiendan por mí. Entonces me iré a Nueva York y haré lo mismo...

—Comencemos por Back Bay —dijo Keany con pragmatismo—. Pero recuerda, dos almacenes significan el doble de trabajo, Dan O'Keeffe.

—Por supuesto. Y ¿no tengo acaso la energía y la fuerza de una docena? —exclamó Dan lleno de confianza.

El almacén de Back Bay abrió con prosperidad y pronto dos carros de reparto de color vino y dorado se vieron recorrer las elegantes calles de la ciudad, y los recibos de Dan cada semana llegaron a una media de miles de dólares en lugar de los cuatrocientos originales. Aquellos signos dólar volvieron a tintinear en su cabeza como la caja registradora, y él supo que su teoría era la correcta. Pero se tomó su tiempo. Cuando hubo pagado todas sus deudas y tuvo dinero en el banco, entonces se dirigió a Nueva York y habló con Finn, ya que tenía otras ideas que bullían en su mente.

Mientras tanto, los domingos salía con una joven muy bonita, doncella de una mansión de la calle Mount Vernon que había conocido en la iglesia de San Esteban. Esta tenía cabello oscuro y unas bonitas mejillas rosadas, ojos grises y era oriunda del condado de Wexford. La veía una vez por semana, el día que ella tenía libre, y él esperaba ansioso aquel momento, casi tanto como el sábado por la noche en que contaba los ingresos de la semana. En los ratos que le quedaban libres después del trabajo, iba a la oficina del Sexto Distrito para ayudar a Keany en la compleja organización política.

Cuando los inmigrantes irlandeses llegaron por primera vez a Norteamérica, comenzaron un sistema de gobierno local propio con la primera intención de simplemente ayudar a los inmigrantes con sus problemas en el nuevo país. A través de los años, el sistema se desarrolló allí donde los irlandeses se instalaron. En las grandes ciudades como Boston, Nueva York, Pittsburgh y Chicago, dominaban el partido demócrata a nivel local. Las zonas de los inmigrantes de las ciudades se dividían en distritos, y cada distrito tenía un jefe. En el caso del Sexto Distrito este era Thomas Keany, pero en Boston había otros hombres poderosos, como George McGahy, que estaba a cargo del Séptimo Distrito y Martin Lomasney, el todopoderoso jefe del Octavo. Todos ellos eran hombres de fuertes convicciones que

trabajaban mucho por sus pobres conciudadanos, y a cambio estos le brindaban su *lealtad* traducida en votos, cuando llegaba el momento de elegir a los hombres que ellos personalmente habían escogido para el gobierno del consejo local y para la legislatura del estado y el Congreso.

Al principio, Dan trabajó para Keany como *recadero*. Su trabajo consistía en recorrer los bares para juntar votantes cuando se debían elegir los delegados para las convenciones de nominación. Era también tarea suya mantener fuera de estas reuniones a aquellos que votarían en contra de las decisiones del jefe. Eran pocos los que decidían pelear con el gran Dan O’Keeffe, y aquellos que lo hacían sentían el poder de sus puños.

Pero Keany pronto se dio cuenta de que Dan también era demasiado bueno para el trabajo.

—Un hombre como tú, con su propia empresa, que tiene el aspecto que tú tienes: grandote, sólido, seguro de sí mismo, es exactamente el tipo de hombre que puede conseguir votos —le dijo—. Un hombre con tu labia y el don de decir lo correcto en el lugar correcto y con las personas correctas, oh, no creas que no lo he advertido —añadió con una mueca—; lo que estoy diciendo es que un hombre como tú, Dan, es un político nato. Te haré subir en la escala del mundo. Puedes comenzar pronunciando discursos en apoyo de mis nominados para las elecciones locales.

Después de eso, Dan a menudo era visto en las esquinas, urgiendo a la gente para que votaran a determinado candidato al Sexto Distrito. Toda su facilidad verbal obtenida en la venta de relojes y tirantes volvió a él y fue el que mejor habló en la zona; todos así lo decían.

—Votaríamos por ti, joven, en cualquier momento —le gritó una mujer, y aquel comentario no pasó inadvertido al jefe del distrito.

Después de un par de años, Dan aprendió todas las ventajas así como los trucos de la política. Trabajaba para Keany por el amor al trabajo, ampliando sus contactos con las numerosas sociedades y organizaciones irlandesas y, con su impresionante altura y su físico poderoso, daba la impresión de un hombre fuerte en el que se podía confiar. Un hombre que siempre mantenía la palabra. Y a la gente le gustaba y confiaba en él.

Se convirtió en una figura conocida en el Extremo Norte, era saludado por la calle y se le daba la bienvenida en todos los bares, no como bebedor consumado aunque pudiera beberse una o dos pintas de cerveza como el mejor irlandés, sino como hombre que hacía sonreír a la gente e irradiaba un rayo de esperanza a los corazones de todos los que conocía. Y jamás se consideró demasiado importante para ningún trabajo; tan pronto barría con alegría el suelo de la sala de reuniones y ayudaba a organizar una merienda en la Sociedad de Orfanatos Católicos, como asistía al funeral de un hombre del lugar y se aseguraba de que se ayudara a su viuda, mientras él acudía a las cenas para recaudar fondos y marchaba en el desfile del día de San Patricio.

—Vives bien con lo que producen tus dos tiendas —le dijo Keany una noche, mucho después de que todos se hubieran ido a dormir, cuando ellos aún estaban en la oficina—. Sin embargo, parece que pasas la mayor parte del tiempo aquí en los cuarteles centrales del distrito. Te lo dije cuando te conocí, Dan, y lo volveré a decir. Tú eres un político nato, y te propongo que te presentes para candidato.

—¿Cómo candidato? —La expresión de Dan pasó rápidamente de la sorpresa al interés. Era cierto que la política se estaba haciendo cargo, poco a poco, cada vez más de su vida y él adoraba eso: le gustaba trabajar con la gente, cambiarles la vida aunque fuera solo en pequeños detalles, mejorársela. Y deseaba ver que sus compatriotas ganasen un lugar en Norteamérica, el país de los inmigrantes. Pero presentarse para candidato de gobierno..., bueno, ese era un tema diferente.

—Yo no solo estaba pensando en el consejo local —dijo Keany, encendiendo un cigarro y observando a Dan con cuidado a través del humo—. Estoy pensando en el Senado del estado de Massachusetts.

Senador Dan O’Keeffe. Un zumbido de emoción recorrió a Dan mientras pensaba en ello, pero dijo con cautela:

—Tengo que pensar en dirigir mis negocios. No puedo simplemente abandonar todo y dejar lo mío. Además, soy demasiado joven. Tengo solo veintiocho años.

—Ya has aprendido a delegar responsabilidades. Tienes a buenos hombres que te manejan los negocios y tú todavía puedes expandirte de la forma en que lo tenías planeado. Y en estos tiempos, la juventud es una ventaja. No dejes escapar esta oportunidad, Dan. Eres exactamente el tipo de hombre que necesitamos.

Dan se retiró para pensarlo. Se paseó por la pequeña sala de estar que tenía encima de su tienda, con el deseo de que Finn estuviera allí para hablar. Solo Finn podría aconsejarle qué hacer. A la mañana siguiente, le dijo a Keany que iría a Nueva York para hablar con su hermano y que le haría saber su decisión en un par de días.

—Hazlo —le pidió Finn, elegantemente vestido, mientras cenaban en Sherry—. Te envidio por esta oportunidad.

—¿Pero y qué haré con mis almacenes? Tenía planeado abrir más, justo aquí en Nueva York.

—Tú eres el cerebro detrás de la empresa —le recordó Finn—. Como dice mi jefe, deja que el dinero haga dinero. Invierte en más negocios con la misma fórmula, pon un administrador en cada uno y ellos se manejarán solos. Es tan fácil tener una docena como tener dos, ahora que sabes cómo se hace.

Dan regresó a Boston y le dijo a Keany que estaba deseando ser nominado candidato a senador de estado. Por consejo de Keany, salió a la calle a pronunciar discursos, solo que esta vez a favor de sí mismo, atrayendo mayores multitudes que las que jamás antes hubiera visto. Marchó a la cabeza de desfiles, con bandas de música que tocaban música irlandesa y fuegos de artificio. Les hablaba de una forma

que jamás habían oído, y a la gente le encantaba y aparecían en tropel para verlo.

—Sé que soy joven —gritaba con los pulgares enganchados debajo de sus personales tirantes rojos, con el sombrero negro echado hacia atrás y los pies plantados firmes y separados sobre una caja de jabón que le servía de plataforma—. Pero he pasado por todo lo que han tenido que pasar ustedes. Todos los insultos y degradaciones. La pobreza y el hambre. Sé cómo se siente eso. Y yo sé cómo ayudarlos. Cuidaré de que no los barran debajo de la alfombra del Senado con el resto de la basura, ni dejaré que los tiren a los desperdicios para que se pudran. Trabajaré para ustedes. Trabajaré para todos ustedes.

»Pondré toda la energía que tengo para luchar por un salario mínimo para todos los hombres. Y para ustedes, mujeres que trabajan todas las horas que Dios manda, esclavizadas por patronos ricos, lucharé para establecer un límite a aquellas horas, para que ya no sean explotadas. Y haré lo imposible por borrar el trabajo a destajo. Todo lo que deben hacer es confiar en Dan O’Keeffe y darme su voto.

Pero no eran solo los votos del barrio los que él necesitaba. Necesitaba también a los otros poderosos políticos del distrito. Con Keany a su lado, mantenía reuniones pidiéndoles su apoyo y Keany finalmente pudo persuadir al importante Lomasney para que se pusiera de su lado.

Finn regresó a Boston para pasar los últimos días cruciales que conducirían a la elección de su hermano y estuvo allí cuando se anunciaron los resultados. El apoyo de Lomasney había producido más votos, y Dan fue elegido como el senador más joven del estado de Massachusetts. Finn marchó orgulloso junto a su hermano, compartiendo el triunfo mientras caminaban por las mismas calles miserables del Extremo Norte que le habían ofrecido a ellos abrigo en el invierno, en aquel agujero sin ventanas cuando llegaron a Boston hacía ya ocho años.

—Ocho años. ¿Quién lo habría creído, Finn? —le dijo Dan, con lágrimas de gratitud que brillaban en sus ojos cuando recordaba—. Tú, el mozo de cuadra de Ardnarnna, ahora un rico hombre de negocios. Y yo, el lacayo, propietario de dos almacenes y con dinero en el banco; senador, representante de mi gente. Solo en un gran país como Norteamérica pudo el hombre hacer que sus sueños se hicieran realidad.

Cinco años de trabajo para Cornelius James en Nueva York habían transformado a Finn O’Keeffe no en un señorito, sino en un caballero. Corinne Marquand estaba tendida apoyada sobre un codo en la cama de este, observando cómo se vestía para una cena que no la incluía a ella, aun cuando acababan de hacer el amor. Sus ropas de vestir eran las más finas que podían encontrarse en Nueva York, así como su camisa, los zapatos, su abrigo negro con cuello de terciopelo y la bufanda de seda blanca. Los botones de perlas en su camisa de vestir eran verdaderas y también el oro y los diamantes de sus gemelos, comprados en Tiffany con el generoso regalo de Navidad

que Finn se dijo a sí mismo que se había ganado, trabajando de doce a catorce horas por día.

Se quedó en la pensión de Eileen Malone, ya que habría sido una pérdida de dinero alquilar un apartamento por diez veces la cantidad que ella le cobraba y, además, solo usaba el lugar para dormir; estaba en la oficina a las seis y media todas las mañanas y salía siempre de noche, además de que siempre había alguna bonita actriz con apartamento propio que se sentía feliz de que se acostara con ella y que lo cuidaba. Corinne era simplemente una costumbre que ambos disfrutaban en ocasiones. No era nada serio.

No era presumido respecto de su apariencia, pero había aprendido la lección de la forma más dura la primera semana que estuvo en Nueva York, cuando todos se habían reído de su traje barato y de su cuello de celuloide. Ahora, siempre se vestía con lo mejor y encontraba un instantáneo distintivo de respeto; los porteros cuyo trabajo él una vez había codiciado, corrían a abrirle las puertas; los mozos hacían reverencias y se rebajaban y las mujeres bonitas lo miraban con admiración cuando pasaba a su lado. Y lo más importante, los amigos de Cornelius James lo trataban, si no como a un igual, ya que después de todo él tenía dos defectos en los medios de Wall Street por ser irlandés y católico, por lo menos con resentido respeto. Cornelius había probado a su esposa y a sus amigos que era posible hacer un bolso de seda con la oreja de un cerdo, y el ignorante campesino irlandés era ahora un astuto hombre de negocios cuyo cerebro rápido había asestado ya varios golpes maestros.

Finn había probado ser un maestro en la técnica de «vender a corto plazo», pidiendo prestado acciones y vendiéndolas para ser entregadas a fecha futura, corriendo el riesgo de que el precio cayera antes de la fecha de entrega. Cuando lo hacía, podía volver a comprar la acción a un precio más bajo, devolviéndola al prestamista y embolsarse los beneficios.

Era un juego, y Finn había aceptado el concepto con tanta naturalidad como la respiración. Casi podía oler una nueva acción con el aroma del éxito a su alrededor, y hasta aquí jamás había perdido una apuesta. Pero no podía decir que era un hombre feliz y no sabía por qué.

Corinne bostezó cansada. Finn era un amante con mucha energía y a ella le habría gustado acurrucarse contra su cuerpo desnudo y dormir toda la tarde. Y entonces, tal vez, después de una cena ligera y una o dos copas de vino, hacer el amor de una forma más tranquila. Pero jamás era así con Finn: él manejaba varias vidas y, sospechaba, a varias mujeres en campos diferentes. El *verdadero* Finn era un misterio. Pero era tan apuesto que ella se derretía de deseo con solo mirarlo.

—Estás muy *élegant, mon cher* —le dijo con admiración mientras él se abrochaba la chaqueta.

Finn se colocó el abrigo sobre los hombros y le dio las gracias con una sonrisa.

—Me voy a la ópera —dijo, besándola con afecto en aquella cabellera rubia y ensortijada—. Y gracias a ti ya llego tarde —se envolvió la larga bufanda de seda al

cuello, tomó el sombrero de copa y rápidamente llegó a la puerta. Hizo una pausa, sonriéndole a ella que estaba desnuda y bonita tendida en su cama—. Corinne —le dijo.

—¿HmMMM? —Ella se volvió para sonreírle.

—Eres hermosa. Gracias.

La bonita risa de ella lo persiguió por las limpias escaleras de linóleo y él le hizo un saludo con la mano a Eileen Malone que estaba de pie junto a la puerta del comedor.

—¿No se queda con nosotros a cenar, señor O’Keeffe? —preguntó.

—Tal vez, mañana, señora Malone —le dijo alegre, ya camino de la puerta.

Mientras le hacía señas a un taxi, Finn recordó el primer día que llegó a Nueva York, cuando había ido caminando a Wall Street, sudando y con los pies ardiendo por las duras botas nuevas. No importaba cuánto dinero hubiese hecho o el éxito conseguido o lo bien que vestía; jamás olvidaría cuán ordinario se había sentido cuando oyó que se reían de él burlándose. Era algo más que eso, se dijo a sí mismo cuando el carruaje lo dejó en el Metropolitan. La marca de los barrios pobres jamás lo abandonaría. La pobreza e ignorancia eran como una herida que jamás se cura, y el recuerdo de miles de humillaciones, insultos y degradaciones aún bullían en su cabeza. Hacer dinero, mucho dinero, más del que él jamás hubiera imaginado, era lo único que un día cerraría aquella herida. Pero debería llegar a ser un hombre más rico que el padre de Lily para eso.

Era la primera vez que iba a la ópera, una función del *Barbero de Sevilla* de Rossini, a cargo de una compañía italiana que estaba de visita desde la Scala de Milán. El iluminado vestíbulo con la enorme escalera de mármol le trajo recuerdos de las noches de fiesta en Ardnavarna. Pero entonces, en lugar de sus perfectas ropas de vestir, habría sido el lacayo vestido con el traje de terciopelo y la peluca empolvada, como los que ahora se alineaban en aquella escalera. Habría servido copas de champán en lugar de beberlas y habría observado con adoración a Lily como si fuera un buhonero celoso, en lugar de estar como ahora rodeado de mujeres, todas espléndidas envueltas en encaje, satén y joyas, que lo saludaban como a un amigo que no veían hacía tiempo.

Ellas llevaban plumas y flores en sus cabelleras brillantes y una luz de ansiedad que él reconocía en sus ojos. Sus perfumes eran embriagadores como el champán. Las mujeres jamás serían un problema para Finn. Pero aún guardaba la imagen de Lily en su mente, tan perfecta como una fotografía, sonriéndole con desdén mientras lo azuzaba con el látigo y le daba órdenes de que bailara desnudo como un oso para su hermanita.

—Ahí estás, muchacho. —Cornelius James se aproximó a través de la multitud, con su esposa Beatrice, resplandeciente con su vestido de terciopelo negro y una tiara de diamantes, tomada de su brazo.

La función de estreno estaba compuesta de celebridades y gente de la sociedad. Y,

aunque era un hombre sencillo, Cornelius James los conocía a casi todos.

—Un hombre con mi posición conoce a mucha gente —le dijo a Finn lleno de solemnidad—. Gente con dinero de la familia y la vieja guardia de la sociedad; nuevos ricos, magnates de los ferrocarriles y las compañías navieras, además de empresarios. Todos ellos deben invertir, muchacho, y confían en un hombre como yo, ya que jamás actúo como más rico ni más importante que ellos. Ellos me traen su dinero porque saben que soy un hombre honesto que le teme a Dios, que posee un buen olfato para las inversiones, de la misma forma que tú.

Llevó a Finn a un rincón tranquilo y le dijo:

—Hay algo que deseo decirte, muchacho. Beatrice y yo hemos hablado de esto y ambos estuvimos de acuerdo en que nuestro «pequeño experimento» ha probado ser más que satisfactorio. Tú eres un valor para James y Compañía, y en poco más de cinco años te has transformado de un ignorante en un joven aceptable tanto socialmente como con gran éxito. Creemos que mereces una recompensa. He comprado un escaño para ti en la Bolsa de Valores de Nueva York. Pasado mañana serás miembro de una de las instituciones más prestigiosas del país. Yo no tengo hijos que hereden mi empresa y cuando me retire, si tú continuas trabajando duro, tengo intenciones de que ocupes mi lugar como presidente de James y Compañía.

Finn lo miró con asombro. Sacudió la cabeza sin creerlo y dijo:

—Señor, no soy merecedor de tanto honor.

—Aún no, no lo eres. Deberás probármelo primero. —Cornelius le palmeó el hombro en forma paternal—. El escaño en la Bolsa es solo el comienzo.

—Le estoy profundamente agradecido —dijo Finn—. Trataré de no defraudarle.

A la mañana siguiente, alquiló un apartamento fabulosamente caro que estaba entre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y dos, que no podía pagar, pero ¿a quién le importaba? Un día sería presidente de James y Compañía, y esa era toda la referencia que él necesitaba. Llenó su despensa con champán y caviar, su guardarropa con montones de ropas elegantes y su cama de bellas mujeres. Finn O’Keeffe había finalmente subido en el mundo, bloqueando de forma temporal su pasado. ¿Pero era un hombre feliz? Negó con la cabeza, asombrado. No tenía respuesta para eso.

Capítulo 35

Nueva York.

Ocho años después de que abandonara a Jacob De Lowry, Ned Sheridan era un nombre reconocido en el teatro, aunque a menudo se encontraba tanto fuera de la ciudad como en ella, viajando a lo largo y ancho de los Estados Unidos. Hacía giras también en Canadá, y realizaba media docena de viajes a Europa para actuar en su ciudad favorita, Londres, donde era tan aclamado como su compañera, Viola Allen, una belleza delicada del tipo que los ingleses adoraban. Todos los productores más importantes reclamaban sus representaciones, y cada semana se le enviaban docenas de nuevos libretos para que los leyera.

Alquiló un apartamento palaciego entre la Quinta Avenida y la calle Treinta y Ocho y lo llenó con espléndidos muebles, pinturas y libros. Lo compartía con una joven dulce y adorable llamada Mary Ann Lee, a quien él llamaba *Suerte*, ya que desde el día en que la conoció, una noche oscura y lluviosa hacía cuatro años en Baltimore, él había tenido una fenomenal racha de suerte. Su carrera había crecido desde los papeles ingenuos hasta los de una estrella, con su nombre escrito con luces en las marquesinas de los teatros desde Nueva York a San Francisco.

Suerte Lee tenía veintidós años y, como Ned, siempre había deseado ser actriz, desde su infancia en Milwaukee. Su tío había llevado el teatro en la sangre: su madre, argentina, había sido bailarina, y él llevaba a su pequeña sobrina a ver todos los espectáculos que llegaban a la ciudad.

Su tío murió cuando ella tenía trece años y después de aquello ya no hubo más teatro, pero la pequeña Mary Ann ya estaba perdida en un mundo de irrealidades. Esperó hasta tener dieciséis años para escaparse de su casa con veinte dólares y unos centavos en su cartera, y fue a trabajar con la Compañía de *Miss Filadelfia* de George Tyler, que recorría todo el país en gira, casi sin ganar ni perder, a veces casi incluso teniendo que escapar sin ser vistos y siempre a un paso del desastre financiero.

Con tan poca experiencia como cualquiera, Mary Ann le contó a Ned que fue contratada para el cuerpo de baile por su rostro bonito y sus más bonitas piernas, y por el hecho de que las podía mover mejor que cualquiera. *Miss Filadelfia* tenía poco dinero una noche de estreno, no quedaban fondos, ni un centavo, cuando de pronto descubrió que alguien se había olvidado de comprarles a los hombres del cuerpo de baile sus zapatos de charol. George Tyler, que jamás fue un productor que se amilanara por una escasez temporal de fondos y al que nunca le faltaba alguna idea brillante, envió a buscar de inmediato al encargado de los sepelios del lugar. Hizo un trato por varios pares de distintas medidas de aquellos zapatones de charol que usaban en su profesión. La noche del estreno, el cuerpo de baile bailó con los zapatos

de los muertos.

El negocio del espectáculo es así, pronto descubrió Mary Ann, siempre al borde de un gran éxito o de un total desastre, sin mucha variedad entre una cosa y otra.

Cuando *Miss Filadelfia* finalmente cerró o, para ser más exactos, se «derrumbó», Mary Ann encontró otro trabajo en una compañía similar, y por un tiempo tuvo trabajo de vez en cuando.

Tenía dieciocho años cuando un espectáculo en el que ella aparecía se clausuró de forma inesperada en Baltimore, y los organizadores abandonaron con prontitud la ciudad sin pagar las deudas ni a los actores. Ella tenía cinco dólares, varios pares de zapatillas de baile gastadas y algo de ropa. No era suficiente para llegar a Nueva York, y entonces encontró trabajo de camarera en uno de los hoteles más importantes, donde servía el desayuno de café y huevos a prósperos caballeros que estaban de viaje. Una mañana, Harrison Robbins había entrado y pedido dos huevos fritos con tocino y tostadas, y se había acomodado para leer el diario.

Mary Ann lo reconoció de inmediato; su fotografía había estado en los periódicos locales de esa semana junto a la de su cliente, el apuesto y muy famoso actor Ned Sheridan. Ella sabía que nadie podría conseguirle trabajo si no podía él.

—Disculpe, señor —le dijo parándose insegura junto a su mesa, apretando la cafetera con ambas manos.

Harrison levantó la mirada del diario, dándose cuenta de que era bonita y le sonrió.

—Tomaré té, gracias —le dijo, pensando que la camarera con ojos color girasol, cabello negro y sonrisa tímida se merecía por lo menos una propina de un dólar.

—Señor Robbins —dijo ella apurada—. Soy actriz. Bueno, ahora solo una integrante del cuerpo de baile. Me quedé aquí cuando el espectáculo en el que trabajaba fracasó y el gerente se fue sin pagarnos.

—Muy mal hecho —dijo Harry con simpatía—, pero el negocio del espectáculo es así. Hay buenos, pero hay también demasiados malos.

—Necesito trabajo, señor, y me preguntaba si usted no tendría algo. Cualquier cosa. Quiero decir, incluso trabajaría fuera del escenario, planchando trajes o cualquier cosa...

Su voz se fue desvaneciendo y Harrison dejó escapar un suspiro, preguntándose por qué las jóvenes jamás aprenderían que el mundo del teatro es un juego de azar y que se perdía más de lo que se ganaba. Aunque bonita, él apostaría que no tenía experiencia, ni entrenamiento, ni más talento que el de su aspecto, lo que era la razón de que hubiera trabajado como integrante del cuerpo de baile en un espectáculo de tercera categoría que ni siquiera podía pagarles a sus actores. Sin embargo, él había pasado por demasiados años duros y sin cobrar un centavo como para no mostrar sentimientos y, además, ella era bonita y dulce.

—Venga a verme esta tarde al teatro. Alrededor de las dos y media —le dijo, volviendo a leer el diario—. Le encontraré algo, aunque no se pague tan bien como el

trabajo de camarera.

No importaba: Mary Ann habría ido a cualquier parte, en cualquier momento, solo para estar cerca del escenario en lugar de servir café y zumos todas las mañanas.

Fue un día espantoso de lluvia; los zapatos estaban tan empapados como el delgado abrigo después de haber caminado diez minutos para llegar al teatro. Le dijo al encargado del escenario que tenía una cita con el señor Robbins y la enviaron, con el cabello que caía sobre sus ojos y los zapatos que crujían con cada paso, al camarín del señor Sheridan.

Golpeó la puerta y una maravillosa voz contestó:

—Entre —haciendo que una palabra tan mundana como esa sonara como un poema. Ella abrió la puerta y se paró sobre la mullida alfombra roja de Ned Sheridan chorreando agua, completamente muda, mientras miraba con ojos llenos de hechizo al hombre más hermoso que jamás hubiera visto.

—Pareces una gatita ahogada —le dijo divertido—. ¿Quién eres?

—Mary Ann Lee, señor —le dijo, tratando desesperadamente de sacudirse el agua del cabello y salpicándolo a él en la operación.

Harrison Robbins entró justo entonces en el camarín, con un cable en la mano.

—Lo conseguimos, Ned —le gritó lleno de júbilo—. Frohman lo aceptó. Toda la gira de Shakespeare. Como gustes, Hamlet y Lear. Mucho dinero, una docena de excelentes teatros en todo el país, terminando en Broadway. El mejor diseñador de vestuario y los trajes confeccionados en Milán. Y tú puedes elegir tu propio elenco. Por Dios, muchacho, tenemos todo lo que deseamos. Por fin lo has conseguido.

Ned miró a Mary Ann y le explicó:

—Los críticos siempre dijeron que yo no podía hacer Shakespeare. Ahora tengo la oportunidad de probarlo. Tal vez es porque una gatita de pelo negro medio ahogada se acaba de cruzar en mi camino y me trajo suerte.

—Ella quiere un trabajo —dijo Harry riendo.

—Lo tiene —respondió Ned—, como mi mascota. *Suerte* tiene sueldo desde este preciso instante. Y viene a la gira de Shakespeare con nosotros —la volvió a mirar con mayor detenimiento y agregó pensando en Lily—: además, me recuerda a una joven que una vez conocí hace mucho tiempo. —Con un encogimiento triste de hombros, se dirigió a su ensayo como si se hubiera olvidado de Mary Ann.

Y así *Suerte* fue adoptada por la compañía de Sheridan y se le dio trabajo como ayudante de vestuario y en ocasiones alguna frase sin importancia. Y gradualmente, en aquellas largas y solitarias noches de ensayo en Filadelfia y más tarde en el camino, Ned Sheridan se vio atraído hacia ella. Se dijo a sí mismo que no era solo porque le recordara a la irlandesa Lily: era también porque era dulce, tímida y adorable, y antes de que pasara mucho tiempo ya eran amantes.

La gira de Shakespeare resultó ser un enorme éxito, elevando a Ned a la estatura de un actor serio en lugar de simplemente un actor de comedias, papel que los productores le habían dado hasta el momento. Después del estreno en Broadway, se

transformaron en un espectáculo costoso, incluso a tres dólares por función, lo que era una cifra desconocida en aquel tiempo. Y actuaron con la sala llena hasta que el teatro cerró para el verano.

Suerte se mudó al nuevo departamento que Ned compró y dejó sus ambiciones de convertirse en actriz para hacer el papel de amante. Era tímida, pero todos en Broadway la conocían y sabían que era la amante de Ned. Él no le había pedido que se casara, aunque en algún momento del futuro Ned esperaba que así fuera; sin embargo, siempre que se sentía tentado, se decía a sí mismo:

—No ahora, podrías algún día encontrar a Lily.

A menudo veía al hijo de Lily, un muchacho tristón de cabellos negros que no se parecía en nada a ella y que nunca se esforzaba por ser simpático con nadie. Pero jamás había encontrado a Lily, aun cuando contratara a un detective privado durante más de un año después de que ella se marchara por primera vez. Lily había desaparecido sin dejar rastro; se había marchado hacía ocho años y el único contacto con ella ahora era un giro bancario que su madre recibía todos los años por la suma de mil dólares para pagar la manutención del niño. Se lo enviaba siempre desde distintas ciudades, de lugares tan apartados como St. Louis y Chicago.

Él y *Suerte* hacía ahora cuatro años que vivían juntos, y esta noche él tenía otro gran estreno en una nueva obra. Las pruebas no habían estado exentas de problemas. La protagonista femenina se había marchado y fue reemplazada hacía solo una semana por una desconocida de gran temperamento, Juliet Scott, y Ned se preguntaba sombrío si su suerte no habría acabado cuando se dirigió para vestirse para el último ensayo. Por primera vez en su vida, no tenía deseos de la noche de estreno y no importaba lo que Harrison dijera, un sentimiento de mal presagio le nubló el día entero.

Aun cuando el clima era como de primavera, con los nogales llenos de brotes y el aroma de las lilas en el aire, Lily Adams vestía un abrigo de piel dorada de martas cibelinas cuando salió a la tarde en su carruaje para recorrer las adorables calles de Back Bay y Beacon Hill. El coche estaba lacado en su color favorito, el violeta, y el tapizado era de terciopelo gris. Su cochero vestía una librea gris que hacía juego con los caballos.

Lily hacía el mismo recorrido todas las tardes, lloviera, nevara o hubiese sol. Cada tarde, antes de salir, colocaba un ramito de violetas frescas detrás de las orejas de los caballos y en el sombrero del cochero, y ella prendía las mismas flores en las pieles con un alfiler en forma de media luna engarzado en diamantes. Ellos siempre pasaban por delante de todas las grandes casas de Boston a las que jamás era invitada. Una encantadora sonrisita le iluminaba el rostro, pero sus ojos azules ardían de rabia cuando miraba de derecha a izquierda, buscando a alguien, como si ella fuera una mujer que fuera camino de una cita, cuando la verdad era que no tenía lugar donde ir.

Los meses de otoño e invierno fueron los más duros, cuando su esposo estaba ocupado con las conferencias y reuniones con sus colegas. Aun cuando estuviera en la casa, él siempre estaba sumergido en los libros. Ocasionalmente, invitaba a cenar a algunos académicos extranjeros. Ellos no sabían que Lily era «socialmente inaceptable», y por una noche ella jugaba el papel de la joven anfitriona, vestida con costosos vestidos y llena de joyas. Pero nunca había otras mujeres en la fiesta, y después los hombres se marchaban a la biblioteca con sus oportos y cigarros, llevándose además la estimulante conversación que a ella tanto le habría gustado compartir.

Todos los inviernos casi enloquecía de aburrimiento. La tristeza se instalaba en octubre y no se retiraba hasta junio, cuando partían para pasar todo el verano en Europa.

Vivía en Boston desde hacía ocho años y durante seis había sido la señora de Porter Adams, pero cada año que pasaba se sentía más sola que el anterior. Estaba casada con un hombre de la cultura, preocupado en sus propios asuntos, que suponía que ella disfrutaba de su compañía tanto como él de la de ella, y que era perfectamente feliz de sentarse durante todo el invierno frente al hogar, hojeando holgazana un libro o bordando algún almohadón para el comedor, tal como su madre había hecho. *Solo que su madre y Pa se habían amado.*

Durante aquellos largos inviernos, ella vivía por las cartas de su hermana y ella le escribía páginas enteras, describiendo con detalle una vida llena de entretenimiento, alegría y amistades. Era una vida que no existía. Las únicas verdades que había en las cartas que le enviaba a Ciel eran que estaba casada con un hombre rico, amable y mayor que ella; que tenía una casa hermosa en una de las zonas más elegantes de Boston y que estaba relacionada por matrimonio con las más viejas y mejores familias de la ciudad. «Aunque, por supuesto, querida Ciel, —le escribía como una esnob—, lo que los norteamericanos entienden por *viejo* no es lo que nosotros comprendemos por esa palabra. Ellos hablan de tres o cuatro generaciones y nosotros hablamos de cientos de años». Pero no le explicaba en las cartas que esas viejas familias no le dirigían la palabra.

Cada vez que iban a Europa ella hacía planes de cómo podría encontrarse con su hermana, pero hasta ahora no había tenido éxito. Siempre iban a Italia y Francia, pero Ciel era enviada de regreso a Ardnarnna para pasar el verano y lord Molyneux jamás permitió que ella fuera a ninguna parte.

Durante aquellos veranos italianos, Lily era una mujer diferente. La juventud volvía a florecer debajo del cálido sol de la Toscana; bebía el vino rojo y comía aceitunas verdes y tomates que recogía del campo, y pan horneado en un gran horno por el panadero del pueblo que lo sacaba con una gran pala de madera. Se vestía con blusas escotadas y faldas finas de algodón, acortándolas más cuando trepaba por las verdes colinas cubiertas de tomillo. Caminaba descalza, con el cabello suelto, sobre las frescas terrazas de mármol de las villas del siglo catorce, y paseaba en góndola

debajo de los puentes de cuentos de hadas de los canales venecianos. Se bañaba en las frescas aguas verdes del lago de Garda y del lago de Como, y bebía café sola en las terrazas entoldadas de los cafés, con aspecto de belleza sencilla, vestida de blanco con un gran sombrero de paja, como siempre adornado con sus flores favoritas, las violetas. Pero siempre era una observadora, que miraba llena de anhelo el desfile que pasaba a su lado.

En aquellos viajes de verano a Europa ella volvía a ser una niña, mientras que su agradable marido parecía volverse todavía más viejo. Se tornaba más retraído, inmerso en la búsqueda de extrañas primeras ediciones y manuscritos, mientras que ella estaba en busca de vida. La sangre latía en sus venas como el vino rojo de Italia, y aunque estaba demasiado asustada incluso para coquetear, de vez en cuando sus ojos se posaban especulativos sobre algún apuesto italiano de piel color oliva, preguntándose quién sería, qué diría si ella le hablaba, qué diría si ella le decía:

—Estoy sola. Ayúdeme.

Su marido no era un hombre apasionado y Lily se dijo para sí que debía estar agradecida por ello, pero ella era joven. Tenía veintiséis años. Era hermosa y los hombres la admiraban de la forma en que siempre lo habían hecho. Y además ella deseaba que la amaran.

Pero, por supuesto, jamás les dirigía la palabra a los apuestos italianos, y el mes de octubre la encontraba de regreso en Boston. Una vez más ella volvía a sus paseos de la tarde para intentar demostrarle a la sociedad que a ella no le importaba lo que ellos pensaban. Y por la noche permanecía despierta, pensando incansablemente en los errores que la habían conducido a esta prisión dorada. Cuando el amanecer asomaba por su ventana, finalmente se dormía, y siempre soñaba con Ardnarn. Era siempre el viejo sueño familiar, en el que ella era la princesa adorada en el centro de su familia, con sus *ponys*, sus perros, sus cabalgatas por la playa con Finn O’Keeffe. Y solo en sus sueños ella volvía a ser feliz.

Durante el segundo año de su matrimonio, una joven se presentó en su casa para el trabajo de sirvienta para tareas generales. Lily no contrató a un ama de llaves; ella sabía perfectamente bien cómo administrar la casa y por lo tanto entrevistó ella misma a la candidata.

La mujer había estado esperando en las dependencias de la servidumbre que estaban junto a la cocina, parada nerviosa en un rincón cerca de la puerta, como si esperara ser reprendida por tener la osadía de presentarse con sus míseros pies en una casa tan grandiosa. Tenía un delantal lo suficientemente limpio, pero su vestido estaba gastado hasta llegar al color gris de la pobreza. El delgado chal de lana que llevaba atado a los hombros se mantenía por una maraña de cuidadosas puntadas. Lily sabía que aquello no era nada para detener el frío y, a pesar de que las botas de la mujer estaban cuidadosamente lustradas, habría apostado a que tenían agujeros en las suelas. Su corazón se derritió de lástima y ella supo que le daría el empleo, aunque no parecía lo suficientemente fuerte ni como para levantar un cubo de agua.

—Señora, soy fuerte y trabajo mucho —le dijo la mujer ansiosa, leyendo sus pensamientos. No había esperado hablar con la señora de la casa. Ninguna lo hacía jamás, siempre se entrevistaban con un ama de llaves. Mantuvo los ojos bajos, mirándose la punta de sus botas.

—Comprendo que usted no desee dormir aquí —le dijo Lily con gentileza—. ¿Por qué razón?

—Tengo siete hijos que cuidar, señora.

—¿Y tiene marido?

—Tengo un buen marido. Y él tiene trabajo. Gana doce dólares a la semana, pero no alcanza para siete bocas. El mayor de mis hijos tiene solo diez años y es repartidor de periódicos. Sin embargo, no tiene la mejor de las paradas y solo gana un par de dólares por semana. Aunque se empeña en hacerlo bien —agregó con amargura—. Por supuesto, usted no entendería esas cosas, señora.

Ella levantó la vista y miró a Lily con los ojos bien abiertos. Se acercó un paso y la miró boquiabierta.

—No lo puedo creer —exclamó—. Es ella. Es usted. La que salvó a mi marido en el Hibernia —cayó de rodillas, se tomó del dobladillo del vestido de Lily y lo besó, agradecida, como si Lily fuera el mismísimo Papa—. Pensé que había muerto —dijo llorando—. Yo estuve con usted en la casa de los Sheridan. Me llamo Mary O'Dwyer . «No pasará de esta noche», me dijeron cuando nosotros zarpamos para Boston. Y supe entonces que jamás tendría la oportunidad de darle las gracias por lo que hizo. Pero encendí una vela por su alma, señora, en San Esteban. Y siempre, desde entonces, la tengo presente en mis oraciones. Y ahora estoy ante un milagro.

Lily la miraba horrorizada. Pensó al principio que debía saber lo del bebé, pero rápidamente se dio cuenta de que la mujer no pudo haber sabido que ella estaba embarazada. Nadie lo había sabido, ni siquiera los Sheridan hasta que ella misma se lo dijo. Respiró con un suspiro de alivio. No había peligro de que John lo descubriera, Pero recordó su propia lucha por sobrevivir y pedir un trabajo de la misma forma en que esta mujer ahora lo hacía, y su corazón se sintió lleno de compasión.

—No deseo que sea mi ayudante de cocina —dijo.

La mujer se vio molesta y se movió insegura. Con el rostro enrojecido, pero manteniendo su dignidad, dijo:

—Lo siento, señora, tal vez no debería haberle recordado lo que usted hizo. No quise ser imprudente, solo deseaba darle las gracias.

—En lugar de eso, deseo que sea mi doncella personal —dijo Lily—. Cuidará de mis habitaciones. Se encargará de mi ropa y será dama de compañía cuando salga de compras. Le daré uniforme y por su especial posición en la casa y el hecho de que no vivirá aquí, con habitación y comida, le pagaré más. —Ella dudó, en un dilema. Deseaba ayudarla pero sabía que no podía pagarle más de lo que ganaba su esposo, ya que el hombre se sentiría disminuido. Dijo, por fin—: Le pagaré diez dólares a la semana.

La mujer la miró con los ojos abiertos como dos platos. Había pensado que tendría suerte si llegaba a ganar cinco dólares por semana fregando suelos. No supo qué decir y se retorció nerviosa las manos, luchando por retener lágrimas de gratitud que ya le brotaban de los ojos.

—El Señor con seguridad la bendecirá por su corazón lleno de coraje y su caridad, señora —dijo cuando finalmente pudo hablar.

Lily mostró indiferencia. No pensaba que el Señor hubiera sido generoso con ella.

—Me llamará señora Adams o señora —dijo, dándole veinte dólares por adelantado y diciéndole que debía comenzar al día siguiente.

Lily tenía tanta necesidad de una doncella privada como de un chef para preparar un banquete, pero por lo menos había hecho algo por una compatriota y se sintió bien. John era un hombre muy rico y ella estaba en posición de ayudar al prójimo. Y ¿quién si no necesitaba más de ayuda que su propia gente? Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea y comenzó a planear cómo obtener la ayuda de su marido.

Aquella noche se puso el vestido favorito de John, uno de terciopelo azul, y los pendientes de zafiros que habían pertenecido a su abuela. Ordenó a la cocinera que preparara los platos favoritos de su marido y después de una cena excelente, obligó a John a que le donara diez mil dólares anuales para ayudar a sus compatriotas que pasaban hambre. El dinero se dividió entre los distritos irlandeses y el cheque se envió a cada jefe de distrito, con la petición de que no se mencionara el nombre de Adams y que la señora Adams había pedido especialmente que fueran las mujeres irlandesas las que recibieran ayuda.

Hacía ahora ya cuatro años que los diez mil dólares anuales habían brindado ayuda a muchas mujeres solas. Y durante ese tiempo, Mary O'Dwyer se había transformado en una excelente doncella. Su marido conducía el carro de reparto del almacén de Daniel que estaba en la calle Clarendon, y ellos se consideraban gente afortunada. Alquilaban una casa mejor en los límites de los barrios pobres y, gracias a Lily, sus hijos estaban bien alimentados y bien vestidos para el invierno. Todos menos el menor iban a la escuela.

Pero el tiempo pasaba lentamente y aun cuando la savia corría por los árboles en esta tarde de primavera, Lily sintió como si la sangre de sus venas se estuviera secando.

La misma mañana en que Ned Sheridan pensaba sombrío en su futura noche de estreno, Lily leyó su nombre en las columnas de teatro del *Boston Herald*. NED SHERIDAN RENUNCIA A SHAKESPEARE POR EL TEATRO MODERNO, decía el titular. El diario tembló en las manos de Lily, tanto que su sorprendido marido levantó la vista y le preguntó si se sentía bien, pero ella casi no lo oyó. Estaba demasiado ocupada leyendo sobre el gran actor que era Ned, sobre su superlativo papel de Hamlet y su trágico Lear. «Estrella de estrellas, —lo definía el artículo—, y un hombre con coraje para correr el riesgo con una nueva obra de un joven autor desconocido».

Lily recordó que un día le dijo que sería una gran estrella. Fue cuando le pidió que se casara con él. Y ella lo había rechazado, ya que habría significado quedarse con el bebé.

Pensó con melancolía cuán plena y feliz debía ser su vida comparada con su propia existencia solitaria, y supo que nada sobre la tierra iba a evitar que lo viera.

Dijo:

—John, voy a salir de compras.

—Lo que quieras, Lily.

—A Nueva York —añadió ella.

—¿Nueva York? —repitió él lleno de asombro.

—Hay una nueva diseñadora, una mujer que viene de Londres, lo último en la moda... además, un cambio me haría bien. Estoy aburrida...

Él se mostró comprensivo de inmediato, culpable por verse inmerso en sus propias preocupaciones.

—Por supuesto que iremos a Nueva York. Nos quedaremos unos días, haz lo que desees. Tal vez la semana que viene, o dentro de dos semanas.

—Me voy ahora, John. Hoy. E iré sola. Tú no disfrutarás viniendo conmigo a las tiendas y modistas. Además, un cambio me hará bien. Estaré segura, me alojaré en el mejor hotel —dijo Lily antes de que él pudiera decir que no—, y te traeré un regalo.

Dos horas más tarde estaba en el tren que partía para Nueva York, sola. Tomó una *suite* en el hotel de la Quinta Avenida y pidió que le enviaran a una doncella para que deshiciera sus maletas. Luego, se dio un baño prolongado y lleno de esencias y se vistió con tanto esmero como si fuera a encontrarse con un amante, con medias de seda y tacones altos, además de un vestido de encaje negro muy escotado, con el escote ancho y largo y las mangas ajustadas. La criada le abrochó la docena de botoncitos forrados de satén y la miró con admiración en el espejo, cuando ella se recogió hacia atrás sus rizos y se los aseguró con estrellitas de diamantes. Se colocó unos pendientes de diamantes, pero luego se decidió por un collar. Se echó sobre los hombros una capa de zorro negro, se miró en el espejo y luego llamó un taxi para que la llevara a Broadway.

La entrada del teatro estaba atestada de gente, ruidos, risas y costosas vestimentas. Ella sonrió volviendo a sentirse en su elemento. Y la gente volvió sus cabezas para mirar con admiración a la hermosa mujer que estaba sola en medio de aquella multitud. Por supuesto que no había entradas.

—No para el estreno de Ned Sheridan —le dijeron.

Sin amilanarse, ella se abrió paso hacia la entrada trasera del teatro. El portero la miró de pies a cabeza y luego se quitó la gorra:

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —le preguntó con respeto.

—Estoy aquí para ver al señor Sheridan.

Él negó con la cabeza, inseguro.

—El señor Sheridan no recibe a nadie, señora, en la noche del estreno. No hasta

después de la función.

—Él me recibirá —le dijo con confianza—. Dígale que aquí está Lily Molyneux.

—Sí, señora —aún sacudiendo la cabeza, abrió las pesadas puertas negras y desapareció en el interior, dejándola a ella temblando de frío y emoción en la calle.

Harrison Robbins contestó la llamada a la puerta del camarín de Ned. Cuando el hombre le dijo en un urgente susurro que Lily Molyneux estaba esperando ver a Ned Sheridan, él salió presto afuera y cerró con rapidez la puerta.

—¿Lily Molyneux? —repitió lleno de incredulidad, aun cuando siempre había pensado que ella algún día aparecería. Y, siendo verdad su percepción en cuanto a que ella representaba «problemas», había aparecido en el peor momento posible: una noche de estreno, veinte minutos antes de que Ned saliera a escena.

—Dígale que el señor Sheridan no recibe a nadie antes de la función. —Pero entonces se dio cuenta de que Lily no era del tipo de mujer a la que un portero le pudiera decir que «no»—. Yo mismo se lo diré —dijo, caminando decidido por el pasillo.

Lily se volvió, con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Oh —dijo, molesta—. Usted no es Ned.

Ella caminó hacia él y Harrison supo de inmediato por qué Ned se había perdido por aquella mujer. Aunque el teatro estaba lleno de bellezas, Lily era la mujer más adorable que jamás hubiese visto. Había una gracia femenina llena de seducción en la inclinación de su cabeza y la pregunta en sus ojos grandes, así como en la sonrisa que bailaba en sus labios. Incluso, su voz era suave y musical.

—Tenía esperanzas de ver a Ned —dijo, cerrándose la capa de zorros.

Ella estaba segura de ser todo el problema que Harrison había pensado que sería y más aún. Él sabía que no había nada que pudiera hacer. No podía separarla de Ned y sabía que, cuando Ned la viera, el pobre estaría perdido. Perdido de amor por la señorita Lily Molyneux. Nuevamente, perdido.

Dijo:

—Ned no puede hablar con nadie antes de la función. Usted lo comprende, ¿no es así? Tiene un papel muy difícil. Necesita concentrarse y usted solo lo distraería.

—Soy una vieja amiga —dijo ella rápidamente—. Pero por supuesto que no deseo molestarlo. Me gustaría ver la obra pero no hay entradas.

—Por lo menos puedo ayudarla en eso —la escoltó hacia el teatro y le dijo al acomodador que la llevara al Palco C como su invitada personal. Le dijo a Lily que después de la función la vendría a buscar para llevarla al camerino de Ned.

Finn O’Keeffe se había retrasado en la oficina y se le había hecho tarde para el teatro. Había problemas en el mundo de las finanzas, rumores en los bancos y recesión y, a diferencia de muchos otros en su profesión que decían que todos eran alarmistas y que no había nada de que inquietarse, él estaba preocupado. Se había

quedado hasta tarde especialmente para hablar con Cornelius James sobre la inquietante información que había recibido de un amigo de uno de los grandes bancos sobre la insolvencia de una compañía importante; sin embargo, Cornelius no se mostró demasiado preocupado.

—Sucede cada varios años, Finn —le había dicho con calma—. Todos se dejan llevar por el pánico, el mercado entra en crisis por un par de semanas, las acciones caen y todos predicen el fin del mundo. Luego, todo de repente vuelve a estar bien y los amigos inteligentes que compraron en un mercado deprimido vuelven a vender a precios inflados y se hacen de oro. Es una buena artimaña mientras dura.

Pero Finn todavía sentía que no todo estaba bien. Cuando pasó a buscar a Jessica Tyrone, su cita de esa noche, por la mansión de su familia en la Quinta Avenida, lo tenía en su mente y se disculpó por la tardanza.

—Comprendo, muchacho —dijo el padre de la joven. Era un irlandés del condado de Kilkenny que se había hecho rico hacía quince años, al descubrir petróleo después de pasar la mitad de su vida recorriendo desiertos y terrenos rocosos. Ahora se había construido una mansión en la Quinta Avenida, con quince baños de mármol. Tenía tres hijas en edad de casarse y miraba con buenos ojos al joven Finn O’Keeffe.

Jessica era rubia y lo suficientemente bonita, aunque no una gran belleza. Pero era una *presa*, y a su padre le gustaba el hecho de que Finn fuera irlandés y apuesto, y que se estuviera desenvolviendo tan bien en un área en la que pocos de sus compatriotas habían logrado entrar: el mundo cerrado y estrecho de Wall Street y de los bancos. Y también le gustaba que fuera un irlandés que lo hubiera logrado con su cerebro en lugar de con el sudor de su frente.

La sala del teatro estaba a oscuras y el primer acto ya había comenzado cuando Finn acompañó a Jessica al palco, donde se encontraron con un grupo de amigos. Todos los ojos salvo los suyos estaban fijos en la estrella, Ned Sheridan, cuya hechizante voz llenaba el gran teatro.

Finn simplemente no podía concentrarse en la obra; pensaba inquieto en lo que Cornelius le había dicho y en cómo debía él creerle, pero algo en sus entrañas le decía que no lo hiciera. Sabía que estaría en contra de las reglas de Cornelius y del consejo que él le había dado, pero estaba decidido a apostar por su corazonada. Esa era la forma en la que siempre actuaba y todavía no se había equivocado. Mañana, él dejaría las acciones de ciertas compañías, que todos menos él creían que eran fuertes. Si se equivocaba, perdería clientes y también le costaría una fortuna a su compañía: y Cornelius acababa de decirle que él estaba equivocado. Pero si estaba en lo correcto, salvaría fortunas.

La obra parecía interminable y cuando por fin bajó el telón, Finn aplaudió con alivio. El público se puso de pie para darle a Ned Sheridan una ovación. Jessica le dijo en un susurro cuán maravilloso era y él asintió amable, aunque no hubiera oído ni una palabra del diálogo.

Pensó que el público jamás dejaría de aplaudir y dejarlo irse a su casa. Sus ojos

vagaron inquietos por la sala, deteniéndose interesados a mirar a la mujer que se encontraba sola en el palco que tenía enfrente. Estaba medio entre sombras, pero había algo misteriosamente familiar en su perfil y en la manera orgullosa en que sostenía en alto su cabeza y la curva de su largo cuello. Se encogió de hombros; era simplemente otra mujer hermosa; Nueva York estaba llena de ellas. Pero a él le gustaban las mujeres bellas y la observó. Echó una mirada a aquel rostro, cuando ella se echó la piel sobre los hombros y se volvió.

Era el rostro que él conocía de sus sueños, de todas sus esperanzas perdidas y de sus recuerdos. Se dijo para sí que no era posible, que era solo un truco de la luz. Que estaba mirando un sueño. Su pesadilla. Estaba mirando a Lily.

—¿Te sucede algo? —le preguntó Jessica preocupada.

Finn la miró con ojos en blanco, como si se hubiera olvidado de que ella existía. Luego recordó que se suponía que ellos irían a cenar a Sherry. Le dijo rápidamente que fuera con los amigos, que él debía regresar a la oficina para encargarse de algo urgente.

Se abrió camino entre la multitud que estaba agolpada sobre las escaleras alfombradas de rojo, mirando con alarma a su alrededor. Tomó al acomodador por el brazo y dándole diez dólares le pidió que averiguara rápidamente quién era la dama que estaba sola en el Palco C y si alguien sabía adónde había ido, pero el hombre regresó con la noticia de que se le había dado ese palco en el último momento y que nadie la conocía.

Finn cerró un puño y golpeó sobre la palma de la otra mano. Podía jurar que era Lily, lo sabía. Ella estaba en su corazón, su cabeza, sus entrañas; él sabía que era ella de la misma forma en que sabía el comportamiento de las acciones. Salió al aire frío de la noche con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos contra el viento, mirando a la concurrencia que se dispersaba, con la esperanza de poder verla, pero pronto todos se fueron y quedó solo en la calle barrida por el viento.

Caminó hasta Delmonico y pidió un vaso de *whisky*. Su rostro estaba pálido y tenso. El mozo del bar, que lo conocía bien, le dijo preocupado:

—¿Se siente bien, señor O’Keeffe? Parece como si acabara de ver un fantasma.

Los ojos grises y cargados de preocupación de Finn se encontraron con los del hombre.

—Tienes razón, Mack —le dijo con amargura—. Tienes mucha razón. Solo que no era un fantasma. Era un demonio.

Capítulo 36

Harrison Robbins abrió la puerta del camerino, pero Lily se puso un dedo de advertencia sobre los labios y se quedó allí de pie observando a Ned. Este se encontraba sentado y lleno de cansancio frente al espejo. *Suerte* estaba junto a él, sonriendo con alivio de que la primera y temida noche hubiera llegado a su fin y fuera otro gran éxito.

Ned levantó la cabeza y miró en el espejo. Miró más allá de su propia imagen, a Lily que estaba vestida con aquel vestido de encaje negro, con la capa de zorro que envolvía sus hombros elegantes y los diamantes que brillaban con la luz, casi tan brillantes como las lágrimas que tenía en aquellos ojos azules. Él no dijo una palabra. Se volvió para mirarla. Harrison vio sus ojos y fue como si no hubiera nadie más que ellos dos en la habitación. Solo Lily y Ned.

Echó una mirada a *Suerte* y pudo decir por la expresión que tenía en el rostro lo que esta pensaba: que en cuatro años que estaban juntos, Ned jamás la había mirado de aquella forma. Como si nadie más existiera para él, como si no hubiera otra mujer en el mundo. La joven se llevó una mano a los labios que le temblaban, al borde de las lágrimas, y Harrison sintió lástima. Sabía, como ella, que todo había terminado.

Ned tomó la mano de Lily. Se la llevó a los labios y la besó. Le sostuvo las dos manos y se quedó mirándola, maravillado.

—Has regresado —dijo, con aquella hermosa voz cargada de emoción.

—Debía verte —dijo simplemente Lily.

Sin mirar ni a Harrison ni a *Suerte*, Ned tomó su abrigo del perchero y se lo echó sobre los hombros. Su ayudante se apresuró a darle el sombrero y la bufanda blanca. Rodeó a Lily con el brazo sobre sus hombros y ambos salieron del camerino sin una palabra de explicación ni una mirada hacia atrás.

Suerte los miró irse, con la mano aún sobre los temblorosos labios y una expresión conmovida en los ojos. Ned la había visto bonita con su vestido de seda color rosa pálido, llena de emoción y ánimo, pero ahora, con todo el color que había desaparecido de su rostro, se la veía pálida y enferma.

Harrison le dijo:

—Es una muy vieja amiga. La familia de Ned la conoce desde hace muchos años, pero ella ha estado... ha estado viajando. Creo que Ned ni siquiera sabía si estaba viva o muerta. Supongo que se sintió conmovido de volver a verla: simplemente se olvidó de nosotros dos y de la fiesta del estreno —tomó la chaqueta de chinchillas de *Suerte* y la ayudó a ponérsela. Ella estaba tensa por la impresión, y Harrison debió doblarle los codos para hacer que sus brazos pasaran por las mangas.

—Iremos a Sherry —dijo, añadiendo con seguridad—, supongo que Ned vendrá después, si es que ya no está allí.

Pero Ned no fue a la fiesta, ni apareció más tarde. En realidad, se comentó en Broadway que era la primera vez que una estrella no acudía a la fiesta de su estreno, y el hecho de que la obra hubiera tenido un éxito tan enorme lo hizo aún más curioso.

Harrison pronunció una docena diferente de excusas: que Ned sufría un terrible dolor de cabeza, que tenía dolor de garganta y que temía quedarse sin voz, y que estaba exhausto. Les pidió a todos que comprendieran y les prometió celebrar otra fiesta la noche siguiente. De todos modos, nadie le creyó, y corrieron rumores de que había habido una pelea entre Harrison Robbins y Ned; una pelea con el autor; una discusión con el gerente teatral; una ruptura con *Suerte*, que parecía una mujer que se hubiera despertado de una pesadilla y que aún se encontraba en ella.

Ned y Lily se abrazaron en el carruaje que los conducía, riendo, llorando y murmurando:

—Jamás pensé... No puedo creerlo... Qué maravilloso... Estoy tan feliz, tan complacido... —No necesitaban finalizar las frases, solo debían mirarse al rostro para ver lo felices que eran de volverse a ver. De regreso a la *suite* de Lily en el hotel de la Quinta Avenida, ella se quitó la capa de zorro y se quedó allí sonriéndole.

—No te recuerdo así —exclamó él—. Eras una niña pálida y medio ahogada. Y ahora mírate —agitó la cabeza, maravillado por el encaje negro y los diamantes—. Te has convertido en una gran dama.

Lily se rio.

—Jamás he sido humilde —le recordó.

—Debes contármelo todo —la volvió a tomar de las manos y la condujo al sofá.

Ned ordenó champán, despidió al mozo en la puerta y él mismo tomó la bandeja y sirvió la bebida.

—Un brindis —le dijo, sonriéndole a aquellos exquisitos ojos azules—, por el regreso de la vagabunda, por mi querida Lily, por mi futura esposa.

Lily bajó la copa con un suspiro.

—Creo que, será mejor que te diga, Ned, que soy una mujer casada. —Él la miró lleno de sorpresa cuando le habló sobre John y su vida—. Me muero de aburrimiento —lloró con pasión—. Oh, Ned —se arrojó a sus brazos, con lágrimas de desesperación que saltaban ya de sus ojos— la sangre se me está secando en las venas, y estoy hambrienta de vida y juventud, de música y de risas. Mi vida se ha reducido a la nada. Soy joven todavía. Necesito de la gente, del amor y la emoción. ¿Qué puedo hacer?

Ned la abrazó, sosteniéndola tan fuerte que ella supo que jamás la dejaría ir.

—Te ayudaré, Lily —le prometió besando el negro cabello perfumado y las suaves y mojadas mejillas—. Encontraremos una forma. Tú sabes que yo siempre cuidaré de ti.

Su piel olía a violetas y los labios fueron suaves debajo de su beso. Ella se derritió en sus brazos como el hielo bajo el sol. Él la desvistió y le hizo el amor con la adoración apasionada y trepidante de un hombre que por fin encuentra a la mujer de

sus sueños. Y todos los viejos terrores de Lily se desvanecieron, y las cicatrices dejadas por Dermot Hathaway en su corazón comenzaron a cerrarse bajo los besos tiernos y las adorables caricias de este hombre.

Solo más tarde, mientras yacía despierta en sus brazos, regresaron la culpa y las lágrimas, ya que sabía que su marido era un hombre bueno que la adoraba y ella lo estaba engañando. Pero como siempre había hecho, actuaba primero y se arrepentía después.

Sin embargo, no pudo decidirse a volver a Boston cuando había dicho que lo haría; retrasó su viaje una vez y luego otra vez, diciéndole a su esposo que se había encontrado con viejos amigos y que se estaba divirtiendo. John pensó en cómo él siempre estaba ocupado con su trabajo y en lo mal que la habían tratado sus parientes y amigos. Y sonrió indulgente, de la forma en que lo hubiera hecho un padre, y le dijo a Lily que no había prisa para que regresara.

Ned se mudó a la *suite* que estaba junto a la de Lily en el hotel Quinta Avenida y *Suerte* empaquetó sus cosas y se fue de su apartamento. Cuando Harrison le dijo que ella se había marchado, Ned sintió remordimientos de conciencia, y le dijo que se asegurara de que tuviera un bonito apartamento y suficiente dinero. Ella no tenía amigos: toda la gente que conocía era a través de Ned. Su vida había girado alrededor de él, su rutina, sus necesidades, sus deseos, su trabajo. Sin él, ella no era nada.

Meses más tarde, el cuerpo sin vida de *Suerte* fue encontrado en el East River. Había estado en el agua durante varios días, pero nadie informó de su desaparición o preguntó quién podría ser. Nadie la había echado de menos. Finalmente fue identificada por la etiqueta del peletero que estaba en la chaqueta de chinchillas que llevaba puesta, y así se llegó a Ned Sheridan que la había comprado para ella. Harry identificó el cuerpo, y el primer tinte de escándalo tocó a Ned cuando la noticia saltó a los titulares de los diarios: SE ENCUENTRA AHOGADA EN EL RÍO A LA AMANTE DE UN ACTOR.

Ned lloró el fin de su pobre «gatita negra de la suerte» que le había recordado a Lily. Le contó a Lily lo que había sucedido y cómo lamentaba su muerte. Pero no le había prometido nada, y ahora él tenía a Lily y ella era todo lo que importaba. Lily se sintió horrorizada al enterarse de que era la causa de la muerte de la joven y deseó jamás haber aparecido en el teatro aquella noche, ya que aunque le gustaba estar con Ned, sabía que no lo amaba. No de la forma en que *Suerte* lo había amado.

Cuando vio a Lily en el teatro, Finn O’Keeffe se olvidó de su corazonada de que no todo iba bien con cierta empresa pública y el inquietante rumor de la quiebra de un banco. No vendió las acciones de sus clientes en la compañía y no retiró el dinero propio, el de sus clientes ni el de James y Compañía del banco. Una semana más tarde, la compañía quebró en medio de los alaridos de dolor de sus inversores. Simultáneamente el banco cerró sus puertas y los clientes perdieron una fortuna, y lo

mismo sucedió a James y Compañía. Cornelius dijo sombrío:

—Deberías haber seguido tu intuición, muchacho, y no escucharme a mí.

—Lo iba a hacer —dijo Finn, mirando ocioso por la ventana, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza baja.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? ¿Fue por mí? —Cornelius suspiró profundamente, arrepintiéndose de sus palabras—. Tal vez me esté haciendo viejo, Finn. Estoy perdiendo tacto, mi instinto del mercado. Tal vez debería pasarle las riendas a la generación más joven.

Finn se volvió desde la ventana y lo miró. Cornelius le ofrecía una oportunidad inusitada. Si Cornelius se retiraba, él sería la cabeza más joven de los agentes de bolsa de Wall Street. Unas cuantas semanas atrás él se habría sentido en la cima del mundo. Habría dicho triunfante que la vida ya no podría ofrecerle más. Que había alcanzado todas sus ambiciones y que lo único que le quedaba era hacer más y más dinero. Ahora no sentía nada. Le ofrecían aquel puesto solo porque él había dejado de hacer lo que debería haber hecho y Cornelius era el que cargaba con la culpa.

Muy bien, en este momento no le importaba aquel puesto. Todo lo que podía pensar, todo lo que había pensado, todo lo que siempre deseaba pensar, era en encontrar a Lily. Aunque no sabía qué haría cuando la encontrara. ¿Hacerle el amor? ¿Casarse con ella? ¿Matarla?

Le dijo a Cornelius que no era culpa suya. Que solo él debía cargar con la responsabilidad de las pérdidas, y que Cornelius no debería pensar en retirarse cuando había problemas.

—Usted tiene una larga y honrosa carrera en Wall Street —dijo—. No puede irse ahora, cuando las cosas están mal. Debe retirarse cuando esté en la cima, en el lugar en el que siempre ha estado y al que pertenece.

Cornelius supo que decía con sentimiento cada una de aquellas palabras. Le sonrió en forma paternal. Finn había probado ser más que un experimento comercial y social; había más que satisfecho sus potencialidades y no había perdido los valores por el camino. De modo que Cornelius asintió en que era mejor quedarse y tratar a Finn aún más como a un hijo que como al joven empleado inteligente al que le había dado una oportunidad.

Finn contrató a un detective privado para que siguiera el rastro de Lily. Era un hombre corpulento, de rostro colorado y aspecto misterioso. Vino bien recomendado por su destreza en buscar maridos o esposas descarriados, para aquellos casos jugosos de divorcio. El teatro donde Finn la había visto era su única pista, pero fue más que suficiente. El hombre regresó antes de que pasara mucho tiempo con la información de que la mujer en cuestión era la señora de John Porter Adams, que vivía en Boston, y que era la nueva amante de Ned Sheridan. Viajaba entre Boston y Nueva York, pasando más tiempo con Ned que con su rico marido académico, que vivía en una

espléndida casa de la calle Mount Vernon.

Finn le pagó al hombre. Estaba solo en su oficina y pensó en Lily en los brazos del actor. Profirió un rugido. Entonces pensó en el marido que no sospechaba nada y supo que ella no había cambiado su conducta egoísta. Pero, maldita sea, era la mujer que tenía en la cabeza, la joven de su corazón, la herida en sus entrañas.

El nombre de Lily estaba grabado en su corazón y lo estaría hasta el día de su muerte. Pero eso no significaba que no fuera en busca de su venganza. Le llevaría tiempo. Debía planearlo con cuidado. Primero necesitaba más dinero. Necesitaba ser más rico que John Porter Adams. Más rico que Lily. Entonces sería su turno.

El senador Dan O’Keeffe se sorprendió de ver a su hermano en Boston, ya que ambos eran dos hombres muy ocupados que llevaban vidas muy complicadas, quedándoles poco tiempo para reuniones familiares. Si Finn trabajaba catorce horas al día, entonces Dan trabajaba las veinticuatro completas. Trabajaba en los horarios normales del Senado, y en las horas extras reuniéndose con sus votantes. Siempre que tenía tiempo libre, hacía una visita sorpresa a una de sus tiendas para comprobar cómo marchaban las cosas y hasta ese momento no había tenido quejas. A medida que su fama crecía, también florecían sus negocios. Había abierto otros seis almacenes en diferentes ciudades, los primeros dos en Nueva York. Se quedaba levantado pensando en la política y los negocios cuando debería haber estado durmiendo, y a menudo sus mejores ideas las encontraba con un vaso de *whisky* en la Posada del Telégrafo, o inmediatamente después de haberse acostado con la atractiva vendedora de cigarrillos en una de las habitaciones que había arriba y que se reservaban para ese propósito.

Dan era discreto: jamás había participado en el juego, aunque había una ruleta ilegal en la posada, ni tampoco había ido en público detrás de ninguna de las muchachas. Era un hombre grande y apuesto que no tenía necesidad; las muchachas le encontraban atractivo y disfrutaban de su encanto irlandés y sus historias entretenidas.

—Es así —le dijo a Finn, que le había advertido que tuviera cuidado ya que como senador de estado era blanco fácil—. Soy un tipo al que le gusta la bebida y las mujeres. Mi problema es que todas las jóvenes que conozco son *decentes*. Proviene de buenas familias católicas y todas desean casarse. Yo no estoy aún preparado para ir camino del altar. De modo que ¿qué alternativa le deja el Señor a un tipo como yo, viril y en su plenitud? Pero te diré esto, Finn, si me dieras a elegir entre las mujeres y la política, me quedo siempre con esta última. Ponme al lado a la más adorable de las mujeres de Boston y luego dime que hay una reunión política en Pokestown, y me voy a la reunión. A las mujeres las tomo y las dejo. Y cuando llegue el día y la mujer, y yo no pueda dejarla, entonces me casaré.

Miró a Finn de manera conspiratoria.

—Y te diré algo más, hermano. Un secreto que he estado guardando, pero ahora que estás aquí puedo decírtelo; tengo intenciones de presentarme para un escaño en el Congreso —se rio al ver el rostro asombrado de Finn—. Tonto, tu viejo hermano se presenta para la candidatura de los demócratas para la Asamblea de representantes. ¿Quién lo hubiera pensado? En el Senado me llaman «el muchacho maravilla». A veces creo que tal vez nuestro padre decía la verdad: que somos descendientes del Gran Rey Brian Boru. O ¿de quién más nos viene el cerebro que tenemos? —sonrió—. Pero necesitaré tu ayuda, Finn. Necesitaré de toda tu ayuda. ¿Estás conmigo, hermano?

—Estoy contigo —le prometió Finn.

Había venido a Boston para ver a Lily, ya que no podía estar más tiempo alejado. Trabajaba el doble que antes, dedicándose a la carrera de hacer dinero. No pensaba más allá que en su objetivo, y cuando se tomaba tiempo libre a fin de mantener su salud mental, él ya no acompañaba a las adorables hijas de los hombres ricos de Nueva York para llevarlas a la ópera. En lugar de ello buscaba la compañía de bailarinas de teatro y de los bares baratos de Broadway, que se sentían alegres y despreocupadas, además de no ser ajenas a las penurias. Por lo tanto eran las que estaban ansiosas por tener una fiesta o hacer el amor y olvidarse por un rato de sus problemas. Exactamente de la misma forma que él hacía.

Finn paseó por Beacon Hill y recorrió de arriba a abajo la calle Mount Vernon, observándolo todo. La casa donde ahora vivía Lily era imponente y él pensó en otro tiempo, cuando había visto a Lily en el Hibernia, con nada más que su nombre, las ropas, los cincuenta soberanos de oro y el collar de diamantes que él le había robado. Sus dedos se cerraron ahora sobre él, ya que lo tenía en el bolsillo. Las piedras preciosas se sintieron frías en sus dedos, tan duras y brillantes como la misma Lily.

Mientras observaba, la puerta se abrió y salió un hombre. Se quedó uno o dos minutos parado en los escalones de la entrada, entrecerrando los ojos ante el resplandor del sol. Finn pudo observar que era mayor. Estaba bien vestido, pero no tan elegantemente como él, que incluso ahora, vestido con ropa informal, tenía el sello de la riqueza.

Finn esperó. Las largas y tediosas horas pasaron, pero la enorme puerta negra no se abría. Pasó el mediodía y vino la tarde, la una y las dos. Justo antes de las tres, un carruaje violeta estacionó enfrente de la casa y cuando dio la hora, se volvió a abrir la brillante puerta de entrada y Lily salió al sol.

Los ojos de Finn la miraron como un halcón lo haría con su presa. Era exactamente como él la recordaba: alta, delgada, con la gracia de siempre. La forma en que giraba la cabeza, levantaba la barbilla o se alisaba la falda, llenó su cabeza con miles de recuerdos. Había una mirada de placer cuando palmeó a los dos caballos grises y les dio un terrón de azúcar a cada uno, típico de Lily, además de prenderle un ramito de violetas en los arneses. Esto lo hizo sonreír. Ella se paró por un momento, mirando la calle vacía, y luego con un enorme suspiro se subió a su carruaje abierto y

pasó junto a él.

Finn la siguió a una discreta distancia. Ella se dirigió a una joyería que quedaba en Boylston y salió media hora más tarde con un pequeño paquete. Le hizo una seña al cochero para que avanzara y caminó deprisa por la calle, mirando los escaparates, con una sonrisita en el rostro. Él se sintió molesto por el hecho de que no tuviera el aspecto de una esposa desdichada que estaba enredada en problemas amorosos con otro hombre. Lily parecía una mujer feliz.

Luego, volvió a subir a su carruaje y volvió a Beacon Hill.

Cuando subió las escaleras, una criada abrió la puerta y luego la volvió a cerrar. Finn quedó una vez más afuera. Fuera de su vida, de la forma en que siempre había estado.

Se quedó algunos días más en Boston, ayudando a Dan en su campaña y hablando de la financiación de los nuevos negocios que su hermano tenía planeado abrir en Chicago.

Dan le habló acerca de su nuevo proyecto.

—Jamás olvidaré, Finn, muchacho, cuando vine por primera vez aquí, con todos esos niños irlandeses atestando las calles, siguiendo indefensos a sus madres, congelándose en el invierno y quemándose en verano, sin un escape de las miserias infectadas de enfermedades del Extremo Norte. Ahora tengo planeado hacer algo al respecto. He reunido dinero y estoy construyendo el Centro de Verano Daniel O’Keeffe para Niños Católicos.

»No son otra cosa que unas barracas de madera en las orillas de un lago, pero es un lugar hermoso en el corazón del campo. Está rodeado de granjas, y esos pobres chiquillos tendrán suficiente aire fresco para que puedan pasar luego el invierno. Tendrán buena comida en sus pancitas, ya que todos están inflados de malnutrición. Comerán buenos huevos morenos que por la mañana se recogen de las granjas, verduras y frutas cultivadas en el lugar. Gracias al dinero que recolecté, incluso tal vez puedan comer tartas —hizo una pausa y miró a Finn, viendo que este estaba impresionado.

»Y esta es la parte inteligente, amigo —dijo—. El Extremo Norte ya no es solo irlandés, ahora hay gente de todas las nacionalidades. Italianos, polacos, alemanes. Lo que quieras. Todos son allí inmigrantes. De modo que no solo lo hago para los niños irlandeses. Es para los niños de todas las nacionalidades.

Impresionado, Finn miró a su hermano. Admiraba no solo la dedicación de Dan y sus buenos motivos para hacer un centro de verano, sino también su buen criterio al no limitarse solo a los niños irlandeses. Al abrirlo para todas las familias católicas, Dan se congraciaba con todo padre inmigrante que luchara en Boston y que con seguridad le daría a él sus votos. Lo estaba haciendo bien y, al mismo tiempo, se estaba ganando un escaño en el Congreso.

Finn no le habló a Dan sobre Lily y no fue a espiarla de nuevo, ya que no confiaba en que no llegara a actuar como un tonto. En lugar de ello, regresó a Nueva

York y se dedicó de lleno al trabajo, a hacer dinero. Ya que era la única cosa que podría igualarlo a Lily.

Capítulo 37

De regreso a Ardnavarna, Ciel vivía por las cartas de Lily. En especial ahora que estaban llenas de emociones, de todas las actividades que desarrollaba en su nueva vida, corriendo entre Nueva York y Boston, asistiendo a teatros y fiestas y comprándose nuevas ropas. Todas estaban llenas de Ned Sheridan, el apuesto joven actor que ella había vuelto a encontrar por casualidad en Nueva York. En realidad, Ciel pensaba que era de lo más extraño que las cartas de Lily hablaran más de Ned y de Nueva York que de su esposo y de Boston.

Ciel tenía veinte años. Su decimoséptimo cumpleaños y su año de debut en la sociedad pasó sin comentarios por parte de su padre. No había habido celebración, ni retrato, ni fiestas. Y tampoco ningún collar de diamantes. Ella dudó inclusive que él lo recordara, tan atrapado y encerrado estaba en su propio mundo. Desde que había dejado París a los dieciséis años, la había mantenido encerrada en Ardnavarna, mientras él pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, dormitando durante las tardes en los bancos tapizados de cuero rojo de la Casa de los Lores o jugando a las cartas en su club privado.

Ciel echaba de menos no asistir a las maravillosas fiestas de Londres y tener las mismas diversiones que sus amigas, pero no era tan malo como había sido antes, ya que por lo menos ahora William estaba en casa, administrando la propiedad en lugar de su padre. Y ella tenía sus perros y los caballos, además de que siempre había una temporada de cacería, cuando todos regresaban a sus hogares para celebrar bailes y cenas. Hacía ocasionales escapadas a Dublín para comprarse ropas nuevas, que luego pagaba su padre, y siempre estaba elegantemente vestida, ya fuera en una cacería o para una cena. Admitía ante William con una sonrisa que había pocos jóvenes que parecían disfrutar de su compañía.

William sacó su nariz del libro y realmente comenzó a mirar por primera vez en años a su hermanita. Vivían en la misma casa y compartían las mismas comidas, pero su cabeza estaba demasiado llena de otras cosas importantes, como el eclipse de luna o los cambios de hábitos del ganso de Canadá, como para que conversara de trivialidades o escuchar la chachara juvenil de una joven. Casi nunca la había mirado. Ella estaba allí, como los dálmatas, a sus pies y en general representando una molestia.

—Eres casi tan alta como yo, Ciel —le dijo con sorpresa.

—Más alta —le dijo con prontitud—. Además tengo buena figura.

William no era experto en jovencitas, pero pensó que su hermana era bastante bonita.

—No eres una belleza —le dijo con sinceridad—, pero no estás mal.

La risa de Ciel se elevó hasta los techos.

—Bueno, ese es un cumplido torpe, pero tienes razón, no soy hermosa. No como lo era Lily. Sin embargo, a los hombres parece no importarles. Creo que a ellos les gusta bastante.

Se dirigió a mirarse en un espejo que estaba sobre la chimenea. Su cabello pelirrojo era largo y rizado. Generalmente lo recogía con una cinta, ya que eso era lo máximo que se molestaba en arreglárselo. Y tenía tanto, abundante y vigoroso, que parecía sobresalir como si fuera una aureola en su cabeza pequeña y puntiaguda. Tenía unos enormes ojos azules y, gracias al cielo, pensaba ella, pestañas oscuras, ya que habría odiado aquella mirada pálida que otorgan las pestañas pelirrojas. El cuello era largo, las orejas planas, la nariz recta y la boca demasiado grande. Su piel era bonita pero estaba llena de pecas, y pensaba irritada que tenía el mismo aspecto que sus dálmatas manchados.

Sin embargo, no había duda de que era un éxito con los hombres; tenía docenas de amigos. La venían a ver y le contaban sus secretos, de quiénes estaban enamorados, o a veces le decían quién estaba enamorado de ella.

Ella jamás lo habría pensado, pero ahora anhelaba irse de Ardnarn. Desde que Lily se había marchado, esta se había transformado en una prisión, llena de malos recuerdos. Un lugar para escapar, aunque la única salida posible que podía vislumbrar era el matrimonio. Eso es si su padre alguna vez se lo permitía, ya que parecía decidido a tenerla encerrada, «lejos de los peligros», decía, de manera que no pudiera seguir los pasos de su pecadora hermana. Y si el matrimonio era su único escape, entonces ella todavía no había conocido al hombre correcto, ya que no estaba enamorada de ninguno. Solo de la vida. Y esta parecía pasar por su lado sin detenerse en ella.

Un viernes sombrío de noviembre, húmedo de lluvias y niebla, su padre regresó en forma inesperada de Londres y les comunicó que a la mañana siguiente saldrían de cacería. Ciel y William lo miraron aprensivos. Su padre estaba frágil y encorvado, no había cazado desde hacía años, pero había en él un aire de decisión que tampoco le habían visto hacía mucho tiempo.

—Tengo trabajo que hacer, padre —le dijo William rápidamente, con la esperanza de poder evitar aquello.

—No aceptaré excusas —dijo lord Molyneux—. Quiero que mis dos hijos me acompañen.

Temprano, a la mañana siguiente, estaba en los establos mientras Ciel y William aún estaban tomando su triste desayuno, con el silencio solo interrumpido por el crujir de las tostadas.

—No será muy malo —consoló Ciel a William cuando después fueron caminando hacia los establos—. Siempre puedes decir que tu caballo cojea y escaparte más temprano. Yo te cubriré.

—William —rugió de pronto su padre, volviendo a sus modales autoritarios—. ¿Por qué demonios no cuidas como se debe a los caballos? Te dejo a cargo de ellos y

¿qué me encuentro cuando regreso? *Pegeen* tiene mal una pata y *Black Lad* tiene tos. Maldición, muchacho, ¿es que no puedes hacer nada bien?

Recorrió malhumorado los establos inspeccionando los caballos y decidió que William montaría uno de los potrillos más nerviosos, mientras que él lo haría con la yegua que siempre montaba Ciel. Ella sabía por experiencia que esta era difícil de manejar; tenía un temperamento nervioso y siempre tomaba la delantera.

—Cuidado, Pa —le advirtió Ciel cuando montó al temperamental animal—. Le gusta salir a la carrera y dejarte por el camino.

—No seas ridícula —le dijo con desdén mientras salían del patio al trote, camino del sendero, hacia el punto de reunión en la propiedad vecina—. Ningún caballo se ha desbocado conmigo, y por supuesto que este no lo hará.

El aire estaba cargado de humedad, con una llovizna que flotaba tan suave como la seda, cortando la visibilidad a cuarenta metros. William miró intranquilo el campo empapado; sabía que el terreno sería traicionero y suspiró. Odiaba a los caballos, odiaba cazar y odiaba matar a cualquier criatura viviente, pero podía ver que su padre se divertía y entonces cuadró sus hombros y trató de sentarse bien en su montura, de la forma en que Finn le había enseñado hacía ya tantos años.

Ciel miró a su hermano y sonrió; después de todos estos años él aún se veía extraño sobre un caballo, y mientras trotaban por el largo camino lleno de curvas, atravesando el parque camino de la casa vecina, ella notó con cuánta ansiedad cabalgaba su padre, como si realmente estuviera esperando con placer una cacería, por primera vez en años.

Cuando llegaron, había ya un par de docenas de personas reunidas fuera de la casa. Mientras bebían algo para calentarse, hablaban del mal tiempo y de la blandura del terreno. El Maestro de cacería sopló el cuerno y con gritos de emoción se dispersaron por el campo.

El cuerno volvió a sonar; los perros tenían un rastro y todos salieron al galope. Lord Molyneux iba a la cabeza, saltando las vallas bajas de piedra como si tuviera veinte años, con Ciel que galopaba ansiosa detrás de él. William se detuvo para limpiar la humedad de sus gafas y su caballo relinchó nervioso.

—Muy bien, muy bien —le dijo impaciente, preguntándose por qué a la gente le gustaba montar a caballo. Avanzó detrás, maravillado al ver a su padre a la distancia y a la temeraria Ciel en su corcel.

Vio a alguien intentar saltar una zanja: no podía estar seguro a esa distancia de quién se trataba, pero vio al caballo revolcarse y al hombre salir despedido por encima de la cabeza.

—Jesús —exclamó, rezando para que no fuera su padre.

Clavó los estribos y salió al galope por el campo embarrado justo cuando un caballo sin jinete se volvió y salió al galope hacia él. William fue hacia la izquierda debajo de un árbol, pero el caballo todavía venía hacia él. Luego su propio caballo retrocedió, arrojándole hacia atrás y haciendo que se golpeará la cabeza contra un

pesado tronco, cuando cayó al suelo.

Ciel jamás supo lo que la hizo girar en aquel mismo momento: tal vez fue solo el viejo instinto de cuidar de su hermano cuando este se encontraba sobre un caballo. Fuera lo que fuera, ella vio el accidente y le gritó a su padre que William había caído.

—Sabía que lo haría —fue todo lo que dijo.

Vio a la gente del pueblo que estaba de pie a la vera del camino, mirándola correr hacia él. Mientras lo hacía, ellos retrocedieron con las cabezas bajas, incapaces de mirarla.

—William —gritó, arrojándose al barro junto a su hermano. Él estaba tendido de espaldas. Tenía los ojos cerrados, las gafas redondas sobre su nariz y había una enorme herida en su sien derecha, donde lo había golpeado el tronco. El barro blando había amortiguado la caída, pero no fue suficiente; había muerto antes de llegar al suelo.

Los otros jinetes vieron que algo sucedía y se apresuraron hacia ellos. Quitaron la puerta de una de las cabañas y colocaron sobre ella a William. Lord Molyneux se sentó sobre su caballo y dirigió los procedimientos. Con una voz descarnada y sin emoción, les dijo que llevaran a su hijo de regreso a Ardnavarna.

Las lágrimas cubrían el rostro de Ciel cuando ella siguió la sombría procesión que iba a su casa, y cada tanto su mirada se dirigía al cuerpo de William que estaba cubierto por la manta de un caballo.

—No debería haberlo dejado que montara ese caballo. Todo ha sido culpa mía —dijo ella. Pero entonces miró a su padre, con el rostro endurecido y la espalda bien erguida junto a ella, y supo que él tenía la toda la culpa por haber obligado a William a ser jinete. Agitó la cabeza y lloró amargamente por su hermano.

El funeral tuvo lugar la semana siguiente, en un día oscuro y amargo, donde la lluvia se tornó por el frío en escarcha. Cuando el cuerpo de William fue colocado en el mausoleo de la familia y la pesada puerta de piedra finalmente se cerró, Ciel recordó el funeral de su madre y a William levantándola de la grava adonde ella se había arrojado. Lo recordó cuando le secó las lágrimas y le limpió el abrigo, llevándola luego de la mano a la casa. Y entonces lloró por su gentil y adorado hermano.

Le escribió una extensa carta a Lily, contándole las horribles noticias.

«Pa soportó hasta después del funeral, —escribió—, pero ahora está en un estado calamitoso. Se sienta en la biblioteca mirando la pared, sin decir palabra y con aspecto de tener cien años, todo encorvado y con las manos temblorosas, aunque jamás lo vi derramar una lágrima. Pero ya sabes que ese nunca fue su estilo, ¿o no?».

»Anhelo ir a verte, Lily, pero solo quedo yo para cuidar de Pa, —prosiguió—. No puedes hacerte una idea de lo insoportablemente triste que es ahora la vida en Ardnavama. Y el pobre y querido William, que no deseaba más que vivir tranquilo, cuidar de la tierra, de la gente, servir a Dios y a su país de una forma no pretenciosa; el querido William que se ha ido. Oh, ¿por qué tiene que ser así, Lily?; ¿por qué los

que son verdaderamente buenos se mueren jóvenes?».

Capítulo 38

Finn llegaba a la Bolsa de Valores antes de que abriera y se retiraba cuando cerraba. El resto del tiempo lo pasaba en su oficina, aparte de la mínima cantidad de horas que necesitaba para dormir para poder volver a levantarse cuando abría el mundo de los mercados.

—Está obsesionado —le decía Cornelius James a su mujer—. No piensa en otra cosa. Tal vez, esté tratando de compensar por la debacle cuando el banco quebró y, si es así, está teniendo éxito, ya que ha hecho más que recuperar lo que la compañía perdió. Tiene un instinto para los buenos negocios y el dinero que parece flotarle a manos llenas. Y eso es lo que él parece desear. Dinero, dinero, dinero. Ha perdido su capacidad de disfrutar de la vida.

—No olvides que fue pobre —le recordó ella—. Un hombre de su nivel siempre pensará que solo el dinero puede comprar la felicidad.

Finn se tomaba tiempo para ayudar a Dan con su campaña para las elecciones de Boston, pero no iba a espiar a Lily. Sin embargo, conocía todos sus movimientos. El detective privado que había contratado había ganado con él una pequeña fortuna, al mantener una vigilancia diaria sobre la bella y pérfida señora Lily Adams, que engañaba a su inconsciente marido segura de que él estaba tan absorto en su trabajo que jamás llegaría a descubrirla. Y ella tenía razón, ya que John parecía agradecido de que ella se sintiera feliz con sus nuevos intereses y amigos en Nueva York. Y, naturalmente, confiaba en ella.

Lily bullía de emoción cuando se encontraba en Nueva York, cuando salía y acudía a cenas y fiestas del brazo del apuesto y famoso actor de Broadway, pero en privado la culpa la carcomía. Y, además, ella sabía con certeza que, aunque Ned le gustaba mucho, no estaba enamorada de él. Por lo menos, no locamente, apasionadamente, de la forma en que deseaba estarlo. Todo era muy suave, demasiado predecible, demasiado fácil. Lo que faltaba, se decía a sí misma, era emoción.

Una noche, después de hacer el amor, ella retiró las sábanas dando una patada y se levantó, desnuda, dirigiéndose a la ventana. Abrió la cortina de brocado dorado, mirando inquieta la noche.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ned, recostado contra las almohadas y encendiendo uno de sus cigarros egipcios que hacía poco se había acostumbrado a fumar.

Lily frunció la nariz ante el penetrante aroma dulzón del tabaco.

—¿Tienes que fumar esas cosas? —le dijo irritada—. Sabes que los odio.

—No, no los odias. Siempre me dices que huelen bien.

—¿Cuándo dije eso? —le preguntó acalorada—. Dime cuándo, Ned Sheridan.

—Oh, hace un par de horas, supongo. Después de la cena, en el restaurante. Me parece recordar que incluso lo probaste.

Lily golpeó el suelo con el pie, llena de rabia.

—Jesús —dijo—, ¿siempre tienes que tener razón? ¿No podemos pelear alguna vez?

—Pero yo no deseo pelearme contigo, Lily —le dijo asombrado—. Te amo. Tú lo sabes.

Ella echó hacia atrás el largo cabello negro y lo miró furiosa.

—Sí, pero... —Se detuvo y se volvió hacia la ventana. Iba a decir «pero es aburrido». Y era cierto. Ella estaba aburrída y de alguna manera se sentía contenta de que Ned partiera al día siguiente, haciendo una gira con su compañía por todo el país. Él le había pedido que abandonara a John, que lo acompañara, que viviera con él, que se casaran. Arreglaría cualquier cosa y ella lo sabía. Ned se sentiría feliz con migajas de amor. Aun cuando hacía el amor con ella, su adoración le hacía tratarla con tanta delicadeza como si fuera una muñeca de porcelana que pudiera romperse, cuando lo que ella en verdad deseaba... Nuevamente se detuvo, pero esta vez porque no sabía lo que quería. Solo sabía que no era esto.

A la mañana siguiente acompañó a Ned para despedirlo en la estación del ferrocarril. Él tenía su propio vagón privado con un dormitorio alfombrado de color azul y una cama de bronce, un baño de madera de nogal y una sala decorada en color rojo, con sillones y plantas en macetas.

—Es lo suficientemente grande para los dos —le dijo esperanzado, pero ella simplemente se rio, negó con la cabeza y le dio un beso de despedida.

Él la siguió con la mirada mientras ella caminaba por el andén, sin deseos de dejarla partir. Lily lo miró burlona, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Te echaré de menos, querido Ned —le dijo, pensando que era una tonta y que debería abandonar a John e ir tras él después de todo.

—Ni la mitad de lo que lo haré yo —le respondió Ned. Luego dio un salto cuando el tren se puso en movimiento y salió traqueteándose del andén. Él se apoyó en la ventanilla mirando, pero Lily no se quedó para saludarlo con la mano. Se volvió y salió resuelta de la estación y de su vida. Nuevamente.

A la semana siguiente, Cornelius James regresó a su oficina después de un copioso almuerzo con un viejo amigo y colega que se había retirado el año anterior.

—Deberías intentarlo, Cornelius —le había dicho su amigo—. Mírame a mí. Mira cómo disfruto de la vida. He aprendido a jugar al golf y al tenis. Salgo a navegar con mi hijo los fines de semana en Newport y por fin tengo tiempo para mis nietos.

—Tú tienes algo allí —le respondió Cornelius pensativo—. Lo único que yo no tengo un hijo, ni una hija, ni ninguno de esos deliciosos nietos. Pero la señora James se está poniendo un poco delicada, dicen que es artritis, se le endurecen las

articulaciones y todo eso. Tal vez ella estaría mejor en un clima más seco.

Sentado en su escritorio, sacudió la cabeza, pensando en los helados inviernos de Boston con nieve y lluvia que impedían que Beatrice pisara la calle durante interminables meses. El suspiro de remordimiento se convirtió en una búsqueda de aire cuando un repentino dolor en el pecho lo pilló por sorpresa. Diciéndose a sí mismo que había comido y bebido demasiado, llamó a su secretario y le pidió que le trajera un vaso de agua.

Cuando el hombre regresó con una jarra y una bandeja con el vaso, la cabeza de Cornelius descansaba sobre el cuero que estaba delante de él sobre el escritorio.

—Señor James —gritó el hombre. Dejó la bandeja y fue corriendo junto a su jefe y lo levantó, pero sabía que era demasiado tarde. Cornelius James había muerto.

El funeral tuvo lugar en Boston, pero Beatrice no pudo asistir ya que el clima húmedo había agravado su artritis y no podía caminar; ni siquiera se podía sentar durante más de cinco minutos en una silla de ruedas sin que el dolor se convirtiera en una agonía insoportable. Le dio a su marido un beso de despedida antes de que se sellara el ataúd y observó desde la ventana de su dormitorio que daba a Louisburg Square, mientras este era cargado por los allegados, al frente de los cuales iba el protegido de su marido, Finn O’Keeffe.

Después hubo una recepción en la casa, con jerez para las damas y *whisky* caliente para los hombres, además de algunas tartas y galletitas. Le pidieron a Finn que se quedara para la lectura del testamento en la sala de estar de Beatrice.

El abogado se aclaró la voz. Miró a la vieja dama y al joven que se sentaba nervioso con la espalda muy erguida en el sofá Reina Ana y dijo:

—Mi único deber es comunicarles el contenido de la última voluntad y testamento de Cornelius James. Es muy simple y directo —miró con simpatía a la viuda. Hacía años que la conocía y era triste verla envejecer y debilitarse de esa manera—. Si me lo permite, Beatrice —dijo—, le ofrezco mis más profundas condolencias. Cornelius fue un buen hombre y un buen amigo.

—Y un buen esposo —dijo ella con una sonrisa tranquila. El testamento de Cornelius era breve y eficiente.

A mi querida esposa, Beatrice Martha James, le dejo la mitad de mi fortuna para que la use y disponga de ella según su voluntad, para su consuelo y tranquilidad. También le dejo la casa de Louisburg Square y todo lo que ella contiene, para que la use y disponga según su voluntad.

A Finn O’Keeffe, el joven que se ha congraciado con mi esposa y conmigo mismo por su dedicación y aptitudes excepcionales de trabajo, por su decisión a mejorar su situación contra todas las probabilidades, su inquebrantable amistad y la bondad de su corazón, le dejo el resto de mi fortuna. También le cedo mi empresa. Él se hará cargo de James y Compañía

y será su presidente. Hay dos condiciones a tener en cuenta con los nombres: una es que nunca cambiará el nombre de James y Compañía para imponer su propio nombre o cualquier otro. La segunda es que adoptará mi nombre el día en que se haga cargo de mi compañía y se llamará entonces Finn O’Keeffe James. Como explicación diré que fue una gran desgracia para mi esposa y para mí no tener un hijo, y me gustaría permitirme la pequeña vanidad de permitir que mi nombre sea perpetuado a través de un joven al que nosotros estaríamos orgullosos de llamar hijo.

—Y eso Beatrice, señor O’Keeffe, es todo —dijo el abogado volviendo a doblar el documento.

Finn tomó las manos todas dobladas de Beatrice en las suyas. Había lágrimas en sus ojos cuando dijo:

—Señora James, estoy muy conmovido, pero por supuesto que no puedo aceptar la mitad de la fortuna de Cornelius. El dinero es suyo.

Ella le sonrió y le acarició la mano con gentileza.

—Yo no lo necesito —le dijo con calma—. Tengo más que suficiente para mis deseos, y la Iglesia tendrá lo que queda cuando yo vaya a reunirme con Cornelius. Él deseaba que tú tuvieras el dinero para que pudieras vivir de acuerdo con tu posición de presidente de la compañía. Y confió en ti para que lleves su nombre de la misma forma honesta y caritativa que él lo hizo.

—Lo haré lo mejor que pueda, señora —le prometió Finn.

—Otra cosa —dijo Beatrice—. Estoy planeando irme a vivir en un clima más seco. A California. Los médicos me dicen que me hará bien para mi artritis y que no pasaría otro invierno aquí en la costa este. Deseo darte mi casa. Estoy segura de que Cornelius lo habría deseado.

Pocas semanas después ella partió para California y Finn se encontró como dueño de la casa donde una vez había trabajado como mozo de cuadra.

—Sí —pensó mientras se paseaba por las habitaciones grandes y elegantes—, si hubiese sido Ardnarnna. —Sin embargo, no importaba. Él, Finn O’Keeffe James, irlandés y católico, que surgió de los perros y de las casuchas miserables del Extremo Norte, había conseguido lo imposible. Era el dueño de una grandiosa casa en Louisburg Square y poseedor de una fortuna. Y justo a la vuelta de la esquina vivía su vecina, Lily.

Capítulo 39

John Adams levantó la vista del libro que estaba leyendo cuando su esposa entró en la habitación. Era una tarde gris y sombría y él se sorprendió de que ella hubiera salido a dar su habitual paseo; sin embargo, últimamente parecía siempre aburrida. Casi nunca iba a Nueva York y él se preguntó si no debería hacer un esfuerzo para acompañarla allí. Pero estaba muy ocupado, y todavía tenía mucho que investigar para su próximo libro. Sin embargo, faltaba poco para el verano. La volvería a llevar a Europa y tal vez esta vez él podría viajar más allá, a Grecia o incluso a Turquía. Mientras tanto, por lo menos esta noche, ellos tendrían compañía. Eso la complacería.

—Ah, estás aquí, querida —dijo, observando cómo ella echaba su abrigo malhumorada en los brazos extendidos de su criada y se dirigía hacia el fuego para calentarse las manos.

—Por supuesto que estoy aquí, John —le dijo irritada—. ¿Adónde más iría? —Se volvió hacia el fuego y se levantó la larga falda de lana color violeta, calentándose el trasero y él la miró asombrado.

Lily se rio.

—Mi Pa siempre solía levantarse las colas de su chaqueta así —dijo—. No es propio de una dama, lo sé, pero te calienta más rápidamente que casi cualquier otra cosa que puedas pensar.

«Salvo cuando haces el amor», pensó con anhelo.

—Jamás hablas de tu padre —le dijo sorprendido—. No creo saber mucho de él.

—Hay mucho que tú no sabes de mí —le respondió—. Y nada es importante.

Miró el reloj francés del siglo dieciocho que estaba sobre la chimenea de mármol, con los querubines dorados y las flores y espigas de maíz. Era hermoso, y sus manecillas estaban a punto de marcar las cuatro.

—¿Son solo las cuatro? —exclamó indignada—. ¿Cómo es posible que las horas pasen tan lentamente?

—Lily, no puedes cambiar el paso del tiempo —le señaló con delicadeza.

—Y si pudiera, lo haría retroceder —le replicó.

—Tendremos una visita —dijo—. Un tal señor James. Es un pariente del viejo Cornelius James. Acaba de heredar una hermosa casa en Louisburg Square y junto con ella una biblioteca llena de libros raros. Dice que no sabe nada de ellos y desea mi consejo. De modo que lo invité a tomar el té. A las cinco.

—Qué emocionante —dijo Lily con mordacidad.

—Sí, yo también lo pensé —dijo John radiante—. Sería bueno que tú lo conocieras, querida.

Lily suspiró. Supuso que un viejo coleccionista de libros era mejor que nada.

—Allí estaré —le prometió mientras salía de la habitación.

John debió admitir que no pudo resistir el desafío que el joven señor James había puesto a sus pies.

«No sé nada del tema de libros raros —le había dicho en una carta dirigida a él—, y he oído, de las personas más autorizadas, que usted, señor, es un experto. Se lo ruego, señor Adams. Ayúdeme a educarme».

Él había telefoneado al señor James, contento por una vez de que Lily hubiera insistido en tener uno de esos nuevos aparatos en la casa, y lo había invitado aquella misma tarde.

Sonrió dejando a un lado su libro cuando oyó el timbre de la puerta y la criada que se apresuraba por el pasillo para ir a abrir.

—Bienvenido, bienvenido, joven —le dijo con jovialidad, estrechándole la mano y estudiándolo. Supuso que James tenía alrededor de treinta años: era delgado y de cabello negro, con bigote e inteligentes ojos grises. Trajo consigo una bocanada de aire frío desde la calle y una corriente de vitalidad y emoción, como un hombre que se prepara para la batalla en lugar de venir a consultar a un viejo como él sobre libros raros.

—Encantado de conocerlo, señor —dijo Finn mirando al hombre que era el marido de Lily, notando su deslucido aunque buen traje, su edad y la genuina calidez de su saludo. Trató de endurecer su corazón hacia él.

Echó una mirada a la habitación. Estaba llena de estantes llenos de libros y de dibujos, pinturas y docenas de vitrinas de cristal que contenían infinidad de curiosidades. Viendo su interés, John lo acompañó para mostrarle sus tesoros.

La criada trajo la bandeja con el té y John sonrió con disculpas para que fueran a sentarse junto al fuego.

—Estoy seguro de que mi esposa vendrá en unos minutos —le dijo alegre—. Mientras tanto, hábleme sobre sus libros.

Finn le dijo que sabía que eran antiguos y que tal vez valiosos. Pero mientras hablaba solo deseaba oír el sonido de los pasos de Lily por el pasillo.

Debió tener suelas de terciopelo en los zapatos, ya que no los oyó, solo el sonido de la puerta que se abría.

—Ah, aquí vienes por fin, Lily —dijo John—. Entra y ven a conocer a nuestro vecino, el señor James.

Lily pensó que se desmayaría; por unos segundos fue transportada a Ardnavarna y eran solo ella y Finn, los dos amigos inseparables. Deseó correr hacia él, arrojarse a sus brazos, gritando con algarabía:

—Eres tú, Finn. *Tú*. Has regresado después de todo.

El color volvió a sus mejillas y se quedó allí de pie mirándolo.

—¿Te sientes bien, Lily? —le preguntó preocupado su marido.

—Perfectamente bien —le dijo ella con tranquilidad—. Es solo que el señor James me recuerda a alguien que una vez conocí. Usted es el señor James, ¿no es así?

—En efecto, señora —dijo él tomando su mano fría entre las suyas. Ella estaba

temblando y le sonrió—. Finn O’Keeffe James, para ser exactos. Fue una de las condiciones del testamento del señor James —explicó—. Él deseaba que el presidente de su empresa siguiera siendo un James.

—Es usted un hombre muy joven para estar al frente de una empresa de bolsa —le comentó John.

—El más joven de Wall Street, señor. —Finn le lanzó una sonrisa de triunfo a Lily. Podía jurar que había un brillo de lágrimas en sus asombrados ojos. Este era su momento de triunfo. Era para lo que había trabajado, cosechado esperanzas, esperado durante todos estos largos años. Su corazón y su vientre se contrajeron de amor, aun cuando se dijo a sí mismo que la odiaba, que tenía cuentas que saldar con ella.

Las manos de Lily temblaban cuando le pasó la taza de té y él le dirigió una mirada concedora que le decía que tenía poder sobre ella. El poder de decirle la verdad a su esposo y arruinarle la vida de la forma en que ella una vez lo había hecho con la suya.

John hablaba con entusiasmo sobre la nueva biblioteca de Finn, pero Lily casi no lo oía.

—Estoy pensando en dar una pequeña cena la semana que viene —dijo más tarde Finn cuando se iba—. Estaría encantado si usted y la señora Adams fueran mis invitados.

John dijo rápidamente que debido a la presión de su trabajo no podría ir.

—Entonces, tal vez a la señora Adams le gustaría venir sola. —Lily le lanzó una mirada furiosa y él le sonrió, divertido. Él conocía esa expresión muy bien: la tensión de las fosas nasales, la mirada rápida, la fingida indiferencia. Oh, él la conocía cuando se ponía loca.

John miró a su esposa que guardaba silencio.

—Qué buena idea..., te divertirás.

—El viernes entonces. A las ocho —dijo Finn.

Lily fue a la ventana y lo observó caminar con garbo por la calle Mount Vernon y luego corrió escaleras arriba y se arrojó sobre la cama, temblando de emoción. Finn O’Keeffe había regresado a su vida; vivía a la vuelta de la esquina en Louisburg Square. Era rico y exitoso. Y, maldición, seguía siendo endemoniadamente atractivo.

Ella repasó todos los detalles de su visita, maravillándose por el contraste que había entre la última vez que lo había visto y ahora. Entonces, había sido un loco muerto de hambre, ennegrecido por el carbón, mientras que ahora era un hombre de mundo, gentil y bien vestido, que hablaba a nivel de igual con su marido y con ella.

Y se estremeció de anticipación: sabía que no se traía nada bueno entre manos, lo podía sentir en sus huesos. Ella había visto su sonrisa, el roce de sus manos sobre las de ella, que le hicieron saber que tenía poder para arruinarle la vida. Si Finn alguna vez le decía la verdad a John, ella sabía que se divorciaría. Un Adams de Boston no soportaría a una ramera con un hijo ilegítimo, aunque ella fuera de buena cuna. Incluso su propio padre la había expulsado del hogar, y ella sabía que no podía

esperar otra cosa de su marido.

Pensó con desesperación en todas las mentiras y verdades a medias que le había dicho y suspiró. Había llegado demasiado lejos; no había ya forma de explicarle la simple verdad. La oportunidad hacía tiempo que había pasado, cuando ella era una estúpida de diecisiete años que pensaba que se las sabía todas.

Se dijo para sí cien veces que no iría a la cena de Finn. Pero, por supuesto, cuando llegó el viernes por la noche, no pudo resistirse. Cambió de parecer una docena de veces sobre qué ropa ponerse justo hasta el último minuto, quitándose el vestido de terciopelo azul que acababa de ponerse y pidiéndole a la doncella que le alcanzara el de seda roja, diciéndose a sí misma que si Finn deseaba ver a una mujer al rojo vivo, entonces él tendría una. Se puso un corsé negro que le pinchaba el talle, medias de seda rojas y guantes haciendo juego. Completó el atuendo con pendientes de diamantes y rubíes, collar y pulseras que eran herencia de los Adams. Se colocó una capa larga hasta el suelo, de zorro plateado, y luego se dijo que estaba lista.

Se miró furiosa al espejo, diciéndose que era una tonta al arreglarse tanto por Finn O’Keeffe. Se quitó los zapatos, arrojó la capa al suelo y se dejó caer vencida en una silla. Colocó su rostro entre las manos y gimió. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? No iría. Definitivamente no iría.

Se paseó por la habitación, con los brazos cruzados contra el pecho y los puños cerrados. Angustiada, miró por la ventana el carruaje que la esperaba debajo de la columna del alumbrado. Era una noche clara y fría y ella tembló.

—Jesús —gritó, regresando impetuosa a la habitación y colocándose con furia los zapatos. Se echó la capa a los hombros, tomó su pequeña cartera dorada y rápidamente se dirigió a la puerta antes de que cambiara de opinión.

La casa de Louisburg Square quedaba a solo unos minutos de camino. Subió lentamente los escalones de la entrada y tocó el timbre, temblando cuando recordó llegar sola al castillo Hathaway, aquel día fatídico.

Finn abrió la puerta.

—Por fin, Lily —dijo, tomándole la mano y haciéndola entrar—. Bienvenida a mi casa.

—Buenas noches, Finn —le dijo con frialdad—. ¿Debo entender que la pretensión de no conocernos de antes ha terminado?

—Sí. Cuando estemos solos —le dijo riéndose—. Te prometo que todos tus secretos están a salvo conmigo, Lily. —No añadió «por el momento», pero ella lo leyó en sus ojos.

Un mayordomo vino a tomar su capa y ella dijo.

—Es bueno ver que has triunfado en el mundo. Espero que estés agradecido. Después de todo, si no fuera por mí, aún estarías cortando madera y pudriéndote las tripas bebiendo *whisky*.

—Así es, Lily —le dijo con una tranquila sonrisa—. Y te estoy agradecido ahora por la deshonra que pusiste en mi carácter. Gracias a Dios que fue un hombre más

delicado que tu padre el que decidió que había algo que valía la pena debajo de la mugre y del excremento de caballo. Comencé en esta misma casa como mozo de cuadra. Fui el cochero del señor James, y luego más tarde él me brindó una oportunidad. Jamás miré hacia atrás. Salvo a Ardnarna en mis recuerdos. Cuando solo estábamos los dos, Lily, montando nuestros caballos al amanecer.

Él la miró. Ella estaba aún más adorable que cuando era niña. Su cabello negro se levantaba en brillantes ondas, un delicado mechón o dos le enmarcaban el rostro y la nuca. Y sus profundos ojos azules brillaban de la rabia. El corazón de él latió de la misma forma agitada que cuando tenía dieciséis años y se había enamorado de ella. Pero sabía que ella no había venido para rogarle que la perdonara. Lily jamás había hecho eso, ni siquiera por su Pa.

Ella miró la sala vacía.

—¿Soy la primera en llegar? —preguntó sorprendida.

—Por qué no te sientas aquí, Lily —le dijo, llevándola hasta un sillón al lado del fuego—. Y sí, eres la primera —luego le sonrió burlón—. Y la última.

Impresionada, ella lo miró; luego se reclinó en el respaldo de su asiento y exhaló un suspiro de remordimiento.

—Debería haberlo sabido —dijo—. Todavía no eres un caballero, Finn, a pesar de tu ropa elegante.

—Y somos dos entonces, Lily, quienes sospechamos que a pesar de tus ropas elegantes, tú no eres una dama.

Los ojos de ambos ardieron con odio durante un minuto y luego, a pesar de sí misma, ella se rio.

—Jesús, Finn O’Keeffe —exclamó—. ¿Quién lo habría pensado? Solo mírate. Pa se daría la vuelta en su tumba si alguna vez te viera.

—¿Entonces, murió tu padre?

—No, no murió, aunque podría ser lo mismo. Pero sí murió Mami. Y William. En un accidente con un caballo.

Finn dijo con genuina tristeza:

—Pobre William. No pude hacer de él un jinete.

—Ciel ahora está en casa y cuida de Pa —dijo ella—. Él se ha puesto viejo y senil. Me cuenta que la mitad del tiempo se queda sentado y mira las paredes de la biblioteca. Es triste para ella, pero no puede dejarlo solo en la casa —los ojos de Lily se encontraron con los de Finn—. Oh, Finn —le susurró—. Todas las noches sueño que regreso. Aun cuando sé que jamás podría ser lo mismo.

Ambos se miraron, recordando cómo eran antes las cosas. Luego, Finn se puso de pie y dijo con tono enérgico:

—Tal vez tus recuerdos sean mejores que los míos. Todo lo que recuerdo es el trabajo duro y estar a merced de tu Pa. Si tenía un techo sobre mi cabeza o comida en mi estómago, era una cuestión del capricho de su señor. Recuerdo cuando me ascendió a mozo de cuadras y yo pensé que alcanzaba el pináculo de mis ambiciones.

Sirvió champán y la miró con frialdad.

—Tuviste que ser tú quien me demostrara que había más ambiciones que ser un pobre mozo de cuadras irlandés, bueno con un caballo y bueno para poco más que eso. Sin embargo, el pasado es el pasado. Es hora de dejarlo atrás, Lily. Bebamos por nuestro futuro.

Ella lo miró con cautela.

—¿Hablas en serio?

—Oh, por supuesto que sí. —Él levantó la copa.

—Por el futuro entonces —dijo ella.

—Por nuestro futuro —la corrigió él, sonriéndole cuando un acusador rubor le volvía a cubrir el rostro.

Se encendieron las velas de los candelabros de plata y Finn despidió al mayordomo y se dedicó a ser él el que sirviera la mesa.

—Después de todo —le dijo a Lily—, sé cómo se hace de mis días de lacayo.

—Arruinarás mi reputación —le advirtió ella cuando el mayordomo cerró la puerta con discreción y ellos se quedaron solos.

Él sonrió.

—Y entonces seremos iguales. Ojo por ojo, reputación por reputación. Además, Lily, tú no tienes reputación que arruinar en esta ciudad. Averigüé eso rápidamente. —Ella lo miró con odio y él le dijo—: Todos en Boston saben que John Adams se casó con su ama de llaves irlandesa. Todos los que importan, quiero decir, y parece que tú no cuentas en esta ciudad. Debe ser un gran cambio para ti el no ser aceptada.

Ella dijo a la defensiva:

—Yo tengo mis propios amigos.

—Sí. Me enteré de él también —levantó la barbilla y lo miró—. Ned Sheridan —añadió—. El apuesto y joven actor.

—La familia de Ned me recogió después del naufragio del Hibernia. Me cuidaron como si fuera una hija. Ned es un buen hombre, él es mi amigo... Oh, ¿de qué vale? —dijo demostrando indiferencia—. Me niego a pedir excusas. Admito que me casé con John porque él era mi único camino de salida de una vida de miseria. ¿Qué otra elección tenía? Y, además, es un hombre bueno, es amable y gentil y yo lo amo de verdad. Solo que...

—¿Solo que qué?

Ella lo miró suplicante.

—¿Es necesario que te lo explique?

—No necesitas explicarme nada, Lily. Creo que te conozco mejor que a mí mismo —extendió una mano y le tomó la de ella—. Lily, ¿qué le sucedió al niño?

Lily sintió que la sangre desaparecía de su rostro, de sus venas, de su corazón, que de pronto se convirtió en un trozo de piedra. Se había entrenado a sí misma para no pensar nunca en el niño, nadie lo sabía, salvo Ned, y él jamás hablaba de ello. Ella había enterrado a su hijo en las profundidades de su mente, junto con Dermot

Hathaway.

—Yo... yo no sé —dijo por fin.

—¿Que no sabes?... Pero debes saberlo. ¿Sufriste un aborto después del naufragio? ¿Murió, Lily?

Ella se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta, pero él la tomó a tiempo de los hombros, haciéndola girar para que lo mirara a los ojos.

—Será mejor que me contestes, Lily —le dijo con rudeza—. Estamos hablando de un niño que casi nos arruinó la vida.

—Lo abandoné —dijo sin emoción—. No pude soportar ni tan siquiera mirarlo. Para mí, jamás existió.

Él la llevó a una silla y se quedó parado mirándola. Dijo:

—Dime de quién es, para que sepa a quién debo matar.

Ella lo miró asustada. Pudo ver que hablaba en serio.

—Entonces debes matarme a mí —suspiró—, porque yo soy la culpable. Te hice cargar con la culpa, de la forma en que siempre lo hice, pensando en que después lo solucionaría —se tomó la cabeza con las manos—. Dios, era tan inocente —gimió—, y tan estúpida.

Finn la miró con lástima; ella no lloraba y sabía que era porque ya había derramado todas las lágrimas que debía llorar. Sintió deseos de rodearla con los brazos, pero no lo hizo. En lugar de ello, la tomó de la mano y dijo:

—Lo siento. Pongámonos de acuerdo en enterrar el pasado. Olvídalo, Lily. Disfrutemos de esta noche en que volvemos a estar juntos.

Ella lo miró con la esperanza de que hablara en serio y de que la perdonara, que no le contara nada a su marido.

—Oh, Finn —le dijo trémula—. Te he echado mucho de menos.

—Sí, y yo a ti. ¿Alguna vez pensaste que tú y yo estaríamos cenando así?

Ella le sonrió.

—Jamás. Y en tu grandiosa casa. Debes ser más inteligente de lo que pensé para haber conseguido tanto.

—Trabajé mucho para esto. Y también lo hizo Dan, Ah, pero ¿no sabes nada sobre mi hermano? Seguro que has oído hablar de los almacenes Daniel. Él comenzó con uno y ahora tiene una docena y sigue creciendo —sonrió orgulloso—. ¿Alguna vez pensaste que Dan se convertiría en un hombre de negocios? Pero aún no has oído lo mejor. Pensé que tal vez podrías haberlo leído en los diarios de Boston. Es senador por el estado de Massachusetts y ahora ha sido elegido para un escaño en el Congreso. Mi hermano mayor está en Washington, haciendo política y cambiando leyes —miró desafiante a Lily, como si le pidiera que lo venciera si podía.

Ella recordó a los dos hermanos irlandeses y en lo lejanos que estaban aquellos días en los establos cuando su padre había ascendido a Finn a ser mozo de cuadras y a Dan como lacayo.

—Qué inteligentes sois ambos —dijo maravillada—. Yo solo me casé por dinero,

pero tú y Dan habéis encontrado el secreto del éxito.

Finn olvidó el pasado por el puro placer de tenerla a ella aquí, en su casa, sentada delante de él, tan cerca que podía tocarla con solo extender la mano. Y deseaba con desesperación tocarla, más que nada en el mundo. Suspiró. Las cosas jamás cambiarían.

—Jesús —exclamó ella después, echándose en el sofá que estaba delante del hogar de la sala—. Estoy feliz, Finn O’Keeffe, de haberte vuelto a encontrar. A mi viejo amigo.

Él se sentó a su lado y le puso un brazo sobre los hombros.

—¿Es eso todo lo que somos, Lily? ¿Amigos?

Lily miró aquel rostro delgado tan hermoso que estaba tan cerca del suyo, mayor ahora y con líneas de experiencia marcadas en él; sintió su cuerpo fuerte contra sus pechos; y miró a los ojos al hombre que sabía que siempre había amado. Una emoción le recorrió todo su cuerpo, desde los pies hasta el vientre y los pechos, y luego hasta sus labios cuando ella lo besó.

«Esto es lo que quiero —se dijo a sí misma, acercándose más a él—. Esto es lo que siempre quise. Desde que tuve edad suficiente como para saber lo que era el amor».

Las manos de Finn la acariciaban y ella deseó que nunca se detuvieran. Dermot casi la había destruido y Ned Sheridan la había redimido, pero Finn era el hombre al que siempre había amado. Haría cualquier cosa que le pidiera, cualquier cosa. Solo que no ahora.

Ella se separó.

—No puedo —le dijo temblando—. No aquí...

—Entonces ven a Nueva York.

—Mañana —asintió rápidamente—. Estaré allí.

Él la llevó caminando hasta su casa por las silenciosas y frías calles iluminadas con gas, deteniéndose a besarla en las sombras. Se saludaron formalmente en la puerta de su casa y ella se guardó la tarjeta con la dirección que él le dio de Nueva York.

—Mañana por la noche —le susurró—. A las siete.

Ella vio que una sonrisa iluminaba sus ojos.

—Estaré esperándote —le prometió.

Nevaba en Nueva York, unos pesados copos convirtieron las calles en senderos resbaladizos y decoraron el cabello negro de Lily como si fuera papel picado, mientras ella se dirigía a prisa hacia el apartamento de Finn. Llevaba puesto un abrigo dorado de martas cibelinas y un sombrero estilo ruso que hacía juego. Cuando Finn abrió la puerta y la vio, se rio y dijo que con su nariz y mejillas rosadas se parecía a un pequeño oso.

—Pero el oso eras tú —dijo ella riendo—. ¿No recuerdas cuando hice que bailaras para Ciel?

—Lo recuerdo —dijo él, quitándole el abrigo.

—¿Me perdonaste alguna vez por eso? —le preguntó, volviéndose en sus brazos y sonriendo.

—Te perdoné por todo eso y tú lo sabes.

—Y... ¿por todo lo demás que te lastimó?

Él se encogió de hombros.

—Sabes que todos siempre te perdonan todo, Lily. Así ha sido siempre.

—Oh, Finn —gritó feliz, colgándose de su cuello—. No puedo creer que estemos aquí. Juntos nuevamente. Casi como en los viejos tiempos.

—Solo que mejor —murmuró con el rostro hundido en su cabello—, ya que ahora tú y yo somos iguales, Lily. Puedo sostenerte en mis brazos. Y, en los viejos tiempos, jamás me habría atrevido a esto.

Los labios fríos de ella se encontraron con los de él y ambos quedaron unidos, bebiendo uno del otro. Luego, ella se separó, riéndose.

—No puedo respirar —se quejó. Él comenzó a quitarle las horquillas del cabello, Le llegaba a la cintura como si fuera una cascada negra y él lo recorrió con sus manos, maravillado por su increíble suavidad.

La tomó de la mano y juntos caminaron hasta el dormitorio. Era oscuro y masculino, con paredes verde oscuro y altos estantes llenos de libros. Había una alfombra turca sobre el suelo de *parquet* y una cama ancha cubierta con una colcha de terciopelo dorado.

Finn la acercó a una lámpara que estaba junto a la cama y la volvió a besar. Le desabrochó la docena de diminutos botones que corrían por la espalda de su suave vestido de lana color violeta. Este cayó desde sus hombros y ella se volvió y deslizó sus brazos por su cuello y comenzó a besarlo. Su deseo por él era como un dolor interno: no pensó en nada más, solo en las manos de Finn sobre su piel desnuda, que la abrazaban más y más.

Se quitó su enagua y se quedó de pie frente a él. Él la miró como si fuera una visión salida de su imaginación. Llena de felicidad, ella dijo:

—Está bien, querido Finn. Así debe ser. —Y volvió a entregarse a sus brazos y él la besó, luego la levantó y la tendió sobre la colcha dorada.

Los ojos de ambos jamás dejaron de mirarse cuando él se quitó la ropa y caminó hacia ella. Finn le quitó sus prendas íntimas con tanta delicadeza como si estuviera desenvolviendo una preciosa estatuilla de porcelana. Luego la miró, desnuda en su cama. Sus ojos la recorrieron desde la punta de sus pies, a lo largo de sus suaves piernas, pasando la curva de sus caderas, la curva más profunda de su cintura y las deliciosas redondeces de sus pechos. Vio el rubor rosado de emoción que le cubría las mejillas y la nube de brillante cabello negro que se extendía a su alrededor como una capa. Sus labios rojos entreabiertos que esperaban más de sus besos y los brillantes

ojos zafiro que lo miraban sin vergüenza, mientras ella exhibía su desnudez.

—Eres la mujer más hermosa que jamás haya visto —dijo, tomándole un pie y besando cada uno de sus dedos perfectos.

—¿Y has visto a muchas, Finn? —le preguntó, de pronto celosa.

—Suficientes como para comparar.

Ella extendió los brazos y dijo llena de pasión:

—Creo que toda mi vida he estado esperándote.

Se abrazaron, carne con carne, labios con labios, y ella lo sintió estremecerse de deseo. Y cuando por fin hicieron el amor, fue todo el fuego y la pasión que ella había pedido de Ned.

—Dios, no te detengas, no me abandones, no, no —gritó con pasión, y él volvió a hacerle el amor.

Después ambos quedaron exhaustos, todavía abrazados. Él levantó la cabeza y la miró. Sus ojos quedaron prendidos en una mirada llena de conocimiento mutuo, de nuevas intimidades, de un nuevo salvajismo, de una nueva ternura.

—Siempre te amé —le dijo él tranquilo. Y decía la verdad. Ella le acarició el rostro y él le besó la mano.

—Y yo siempre te he amado —dijo ella—. Supongo que siempre lo supe, pero estaba prohibido.

—Ya no es así —le dijo, y ella sonrió.

—Ya no —asintió ella.

Él se sentó en la cama y tomó el collar de diamantes de la mesita de noche. Lo hizo balancear delante de sus ojos, sonriéndole.

—Entonces, después de todo no lo vendiste —exclamó ella.

—¿Cómo podría? —le preguntó en forma ambigua—. Después de todo, te pertenecía.

—Y también —le recordó ella—, mis cincuenta soberanos de oro.

Él se encogió de hombros sin darle importancia.

—Se dice que el mal viene a quienes hacen el mal. Alguien me los robó.

Ella se rio.

—Pobre Finn. No podías ganar, ¿no es así?

—No hasta este momento —le dijo, colocándole los diamantes en el cuello y prendiéndole el broche del collar.

Ella se recostó contra las almohadas en medio de una nube de cabello, desnuda pero con el collar de diamantes y él sonrió satisfecho.

—Jamás sabrás —le dijo con suavidad, inclinándose para volver a besarla—, cuántas veces te imaginé de esta manera. —Y se tendió junto a ella y la tomó en sus brazos, sintiéndose como un hombre cuyas fantasías se habían hecho realidad.

Capítulo 40

Maudie.

Ardnavarna.

Hoy es un día lluvioso. Las gotas que corren por la ventana de la sala oscurecen la vista al parque, y me temo que mis adorables y altas margaritas se rompan debajo del torrente y del viento que también está haciendo estragos con las rosas Glorie de Dijon, cuyo aroma durante el mes en que florecen vale la pena esperar durante el resto del año. «Elemental», supongo que podrán decir ustedes de nuestro clima irlandés. Pero esto no es nada comparado con aquel largo y frío invierno que Lily pasó como amante de Finn.

Lily le contó a Ciel que aquel invierno se devoraron de pasión. De alguna manera, ella engañó a su pobre marido haciéndole creer que estaba trabajando en obras de caridad. Tomó una *suite* permanente en el Hotel Quinta Avenida, pero rara vez la utilizaba. Estaba en la cama de Finn por la mañana cuando él se iba a la oficina y estaba también en su cama, esperándolo, cuando regresaba por la noche. No sé lo que hacía entre un momento del día y otro. Creo que jamás lo dijo. No era importante. Excepto para Ned Sheridan.

Ned regresó de su gira un día, cuando, por casualidad, Lily acababa de regresar de un fin de semana en Boston y se encontraba en la *suite* de su hotel. Sabía que debía hablarle, y esto la llenaba de dolor, pero estaba tan enloquecida por Finn que no le importaba nada más.

Le dijo lisa y llanamente que todo había terminado, y el rostro de él se puso gris de la impresión.

—Pero quiero casarme contigo —le dijo asombrado.

—Sabes que jamás sería feliz casada con un actor —le dijo con tristeza—. Ya te lo he dicho. Jamás habría funcionado, Ned. Siempre estás de gira, de ciudad en ciudad. Todo son trenes, y habitaciones de hotel, y fríos teatros.

Profundamente conmovido, la miraba con los ojos fijos. Le dijo:

—Pero soy actor. No puedo cambiar eso, Lily. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Nada, querido Ned —le dijo ella con suavidad—. Tu carrera lo es todo para ti. Es más importante que yo. Y después de todo, quién soy yo para privar al teatro de una de sus más brillantes estrellas. Además —añadió, mintiendo—, debo regresar con mi marido.

Cuando él se marchaba, le dijo:

—Siempre seremos amigos, Ned, ¿no es así? No podría imaginar mi vida sin ti en algún lugar. —Y él, el pobre destituido, recogió como siempre las migajas de su bondadosa mesa.

—Siempre —asintió él, poniendo sus esperanzas a esa pequeña promesa.

Pero Lily no tenía tiempo ni siquiera para un amigo, y sacó a Ned de su vida con tanta facilidad como había olvidado a su propio hijo, nacido en Nantucket hacía ya diez años, porque no podía pensar en nadie que no fuera Finn.

Nueva York.

Un par de meses más tarde, herido e incapaz de olvidarla, Ned se casó con su compañera de reparto, Juliet Scott. Lily lo leyó en el *New York Herald*.

—¿Cómo pudo casarse? —se preguntó a sí misma, llena de asombro—. Cuando solo hace un par de meses juraba que se moría de amor por mí. Jurando que sería siempre mi amigo.

Luego se olvidó de él, ya que descubrió que estaba embarazada. Ella casi había sentido el momento de impacto cuando sus cuerpos se unieron para engendrar ese niño. Fue todo tan maravilloso y tan completamente diferente del miedo y la humillación que había sufrido la primera vez, que bailó por la habitación por el puro sentimiento de alegría que la embargaba.

Ya hacía cinco meses que mantenían su relación. La primavera estaba en el aire y ella calculó que el bebé nacería para octubre. Debería divorciarse de John y casarse con Finn. Ya que era eso lo que deseaba. Ser la señora de Finn O’Keeffe James. Podía ver la vida que tenía por delante, en miles de cálidos días de felicidad.

Comprarían una casa en el campo, ya que no deseaba criar a su hijo en la ciudad, respirando toda la suciedad que había en el aire. Y ella debía encontrar una buena niñera y personal para aquella casa. Y, oh, habría mil y una cosas de las que ocuparse.

Una vez que se casaran, invitarían como era adecuado y ¿quién mejor que ella para saber cómo se hacía? Tendrían muchísimos amigos y ella y Finn se amarían para siempre, con tanta pasión y plenitud como ellos hacían ahora. Se estremeció de emoción, recordando sus juegos animalísticos de la cama. Después se demostraban ternura mutua, pero cuando hacían el amor ella exigía todo su poder y pasión y lo conseguía.

Eran una pareja perfecta, se dijo contenta mientras tomaba un baño, preparándose para el regreso de Finn a las siete. Se puso un vestido sencillo: blanco con flores azules. Se anudó una faja azul, bien ajustada al talle, pensando con satisfacción que no podría hacer aquello por mucho tiempo. Luego, se recogió el cabello con una cinta que hacía juego, se roció con su colonia oriental y se prendió un ramito de violetas en el hombro. Lily se miró al espejo; parecía como la joven de diecisiete años que una vez había sido.

Oyó cuando entraba Finn y salió corriendo del dormitorio para saludarlo, con el rostro iluminado con su secreto. Se sentía encantada con la nueva vida que tenía por delante y no podía esperar a contarle la noticia. Él era Finn: su amigo de la infancia,

su confidente, su jinete del amanecer en la playa de Ardnavarna. Era el único hombre en el mundo que realmente la comprendía y su nueva vida juntos le elevaría como el ave fénix sobre las cenizas muertas del pasado.

Le contó emocionada lo del bebé y sus planes para su nueva vida, mientras él se quedó de pie junto a la ventana, mirando la calle como si Lily le estuviera hablando a otra persona.

—Y estoy segura de que será un varón —le dijo feliz—. Lo siento en mis huesos.

Finn supo que el momento de la verdad había llegado. Incluso cuando estaba con ella, jamás se había permitido olvidarse de las heridas que le había causado. Supuraban como viejas heridas a las que se tocaba constantemente y él las mantenía frescas para recordar, cuando fuera el momento, lo que debía hacer. Su objetivo era saldar las cuentas, incluso si debía perder la vida para llevarlo a cabo.

—Entonces —le dijo con frialdad—, he conseguido por fin el título por el que me endeudé hace diez años, Lily. Ahora puedes regresar con tu amable marido y criar a tu hijo. Es tan posible que sea de él como mío, y no hay forma de probar lo contrario. Has hecho bien en mantener en secreto nuestra relación. Probablemente ni lo sospeche.

Ella lo miró con la boca abierta y los ojos cargados de impresión. Él le asestó la puñalada final.

—No me casaré contigo, Lily Molyneux. Eres demasiado importante para la gente de mi clase.

Lily se retorció las manos, sacudiendo la cabeza como si no comprendiera. Debía tratarse de alguna broma extraña que él le estaba gastando. No sucedía; no podía ser cierto. Ella sabía que él la amaba.

Finn la miró en silencio. Sabía cómo era. Solo cuando la hubiera reducido a la nada, de la forma en la que él había estado, regresaría a salvarla. Y no tenía dudas de que ella regresaría corriendo a él. Entonces le diría cuánto la amaba, que la deseaba, que le pertenecía y que siempre sería así. Pero todavía no, ya que sus heridas eran profundas. Ella siempre hacía lo que deseaba y lo obtenía todo a su antojo. Pero esta vez no. Ahora, Lily debía aprender su lección.

Lily le contó a Ciel muchos años más tarde que no recordaba cómo salió del apartamento de Finn para regresar a su hotel. Incluso no podía recordar el viaje de regreso a Boston, solo el dolor terrible que tenía en su corazón y el nuevo ser que crecía en su interior.

—Otro bastardo —dijo con amargura, solo que esta vez había sido concebido con amor.

Regresó con su marido, con su vida que nuevamente se había reducido a un problema. Pero, de alguna manera, siendo Lily, su viejo instinto de preservación se puso una vez más de manifiesto y ella ideó un plan. Le diría a John que ella estaba

esperando un bebé y él naturalmente pensaría que era suyo. El único problema era que, desde que había estado con Finn, ella había evitado las relaciones con su marido y no había manera de que el niño pudiera ser suyo.

Sabía que había una sola forma de salvarse, y se vistió con lo mejor para la cena de aquella noche. Se perfumó con las fragancias que a él le gustaban y se puso el vestido azul y los pendientes de zafiros. Después lo llevó a la cama. Pocas semanas más tarde le dijo, con una sonrisa insegura, que estaba esperando un bebé.

John Adams se mostró contento con la idea de ser padre a estas alturas de su vida; después de todo tenía ahora más de sesenta años.

—Dicen que nunca es demasiado tarde —le dijo jovial a Lily y la envolvió en un capullo de atenciones, regalos y lujos. Le compró miles de flores, enormes cajas de bombones de Bélgica y le ofreció una copa de su mejor oporto por las noches, ya que se suponía que le hacía bien para la sangre. La hacía quedarse hasta tarde en la cama e insistía en que se retirara temprano por la noche. Le planeaba el día para que no se cansara, hasta que ella pensó que enloquecería por todo aquello. Y en todo ese tiempo jamás oyó ni una palabra de Finn.

Leyó celosa sobre Ned y su flamante esposa en los diarios: sobre la exitosa y sofisticada pareja que eran, un par de estrellas rutilantes, juntas sobre el escenario y fuera de él. Echó el diario al suelo con irritación. Maldición, pensó, deseó ser ella. Se debería haber casado con Ned; entonces ella estaría disfrutando de su fama, disfrutando de las cenas y de las noches de estreno. Y el bebé sería de Ned en lugar de Finn.

Pero sabía que no era cierto. Ella deseaba tanto al bebé de Finn O’Keeffe que se habría pasado en cama los nueve meses si era necesario. Ya que una vez que tuviera a su hijo, la vieja batalla por el poder se solucionaría sola. Con el hijo de Finn, ella volvería a estar en la cima. Ardiendo en su interior por la rabia, se decidió a esperar.

Capítulo 41

Ned se encontraba en San Francisco cuando se casó con Juliet. Era una obra de suspenso y ella representaba el papel de asesina, apuñalando a su víctima con un cuchillo que sostenía en su mano ensangrentada, viéndose hermosa como una valquiria con el cabello rubio que le caía por la espalda. Cuando estaban juntos en el escenario, la combinación del poder de las dos estrellas embelesaba al público, que no se perdía una palabra y aplaudía sus entradas y salidas.

Fuera del escenario, Juliet no era bonita: tenía todos los componentes correctos, pero no estaban dispuestos con la precisión debida para la belleza. Su nariz era demasiado corta y los ojos castaños eran demasiado pequeños. La boca, aunque bien formada, era algo fina, y la barbilla un poco demasiado en punta. El cabello maravilloso era su emblema de gloria, largo, dorado y rizado, con una docena de diferentes matices que le daban un brillo de vida. Cuando lo peinaba recogido en alto, le daba unos centímetros de más a su altura y añadía suavidad a su algo afilado rostro.

Cuando terminó la gira, Ned la llevó a una de las islas de Hawai de luna de miel. Cuando no peleaban, Juliet le hacía reír y él se sentía mejor, aunque dudaba de que sin Lily alguna vez volviera a ser un hombre feliz.

No estaba seguro de estar enamorado de Juliet, pero sí se enamoró de Hawai y su clima tropical. Ned deseaba quedarse allí para siempre, pero como no podía, llevó a su flamante esposa a Nantucket cuando los teatros cerraron para el descanso de verano, e hizo los arreglos para construirse una casa exactamente igual que aquella de la que se había enamorado en Hawai, en el terreno que estaba junto a la vieja cabaña Bruma Marina en Sconset.

Supervisó los arreglos, mientras Juliet resoplaba de aburrimiento. Le gustó la familia Sheridan, aunque pensaba que el hijo menor era triste e impertinente. El *chico* de los Sheridan había estado sin nombre durante tanto tiempo después de su nacimiento que, incluso después de ser bautizado, continuó siendo conocido como «el chico». Los Sheridan habían esperado largo tiempo con la esperanza de que Lily regresara, pero finalmente le habían dado el nombre de un buen cristiano y fundador de la iglesia metodista, John Wesley.

A los once años era un muchachito alto, de piernas largas, cabello negro, rasgos fuertes y ojos oscuros que ardían de resentimiento hacia el mundo. Asistía a la escuela del lugar, aunque Alice Sheridan decía que era un mal alumno y que no prestaba atención.

—Sin embargo, es un buen muchacho —dijo ella, aunque Juliet pensó que había un tono de duda en su voz. Le contó a Juliet la historia de cómo su propia madre lo había abandonado y ellos lo habían criado como propio—. Tal vez lo mimamos demasiado: las niñas estaban siempre jugando con él, y yo no era diferente —agregó

con melancolía.

Juliet miró al chico que luchaba por hacer su tarea escolar. Pudo ver que era un problema de matemáticas y ella era buena en eso, de modo que le dijo:

—Permíteme echarle una mirada, chico. Tal vez pueda ayudarte.

Él levantó la mirada del libro y le clavó los ojos.

—No necesito su ayuda —le dijo con un susurro cargado de maldad.

Había tal extraña y fría mirada en aquellos ojos oscuros que Juliet salió espantada y asustada de la habitación. Afuera, al sol, se dijo a sí misma que estaba loca de asustarse de un niño de once años. Pero volvió a estremecerse al recordar la maldad de su voz y el frío de sus ojos.

Ella y Ned estrenaban diferentes obras en octubre, y Ned estaba en Boston para el preestreno de Broadway cuando el director de escena le dijo que tenía una llamada telefónica. Levantó el auricular esperando que fuera Juliet, pero era Lily. Le dijo que estaba en su casa y que lo echaba terriblemente de menos. Que la perdonara y viniera esa tarde a tomar el té con ella.

Él dejó todo, dejando sin protagonista a la compañía para el ensayo, y corrió a su lado. Nada habría evitado que lo hiciera, ni el fuego, ni la guerra, ni su esposa, Juliet. Lily lo había llamado y allí iba él.

Se sintió en la cima del mundo cuando tocó el timbre de la puerta y una tímida criada lo hizo pasar. Lo acompañó por las escaleras hasta la sala de la señora.

Lily estaba de pie junto a la ventana.

—Te he visto llegar por la calle —le dijo sonriendo—. Casi corrías, como si no pudieras esperar llegar aquí.

—No podía esperar a verte —le dijo. Miró su vientre abultado y dejó escapar un gemido.

—No es de John —le dijo con tristeza.

Él dijo asombrado:

—¿Sabe él eso?

Ella negó con la cabeza.

—Se cree que es suyo. Es mejor así. Nos lastima menos a los dos.

Le contó con cansancio lo de Finn y le confesó que fue una tonta por no haberle aceptado a él. Él le tomó las manos y se las besó. Le dijo:

—Lily, debería haber sido nuestro hijo. Me habrías hecho el hombre más feliz de la tierra.

—Y yo habría sido menos objeto de ridículo —dijo con amargura—. Oh, Ned, ¿por qué no pienso primero antes de actuar? ¿Por qué, oh, por qué, debía elegir a Finn? Soy tan tonta. Es que nunca comprenderé el amor. Jamás lo haré bien.

Ella lo miró a través de sus largas pestañas.

—¿Eres todavía mi amigo? —le preguntó esperanzada.

—Para siempre —le dijo, cayendo de rodillas a sus pies.

La pequeña criada llamó a la puerta y entró con la bandeja del té. Hizo una pausa,

mirando insegura al famoso actor que estaba de rodillas a los pies de su señora.

—Está bien —dijo Lily—, deja la bandeja allí, sobre la mesita. —Ellos se rieron y ella se escapó corriendo a la cocina para contarle al personal lo que había visto—. Espero que todos estén llenos de curiosidad de tenerte aquí —le dijo Lily, sirviendo el té—. Y yo también.

—¿Para cuándo esperas al bebé? —No podía quitarle los ojos de encima, pensando que si fuera su esposa, ella estaría esperando a su propio hijo.

—Esta semana o la siguiente —se encogió de hombros cansada—. Aunque, por supuesto, John cree que es para el mes que viene, más o menos. Este será un «hijo prematuro». —Ella suspiró, preguntándose con amargura cuándo terminarían sus mentiras y engaños.

Sirvió el té, le ofreció un trozo de tarta y le preguntó por su esposa.

—Juliet es una maravillosa actriz —dijo él—, pero tiene una lengua afilada —sonrió con ironía—. Supongo que me mantiene con los pies en la tierra.

—Espero que seas muy feliz, Ned, pero...

—¿Pero? —Él levantó las cejas en gesto de pregunta.

Lily tuvo de pronto miedo de perderlo.

—No me abandones, por favor. Prométeme que siempre serás mi amigo. Prométeme que estarás cuando te necesite. Estoy muy sola.

—Allí estaré —le prometió.

A la semana siguiente, Lily se puso de parto. Eran las seis de la tarde y John no estaba en casa. El médico llegó y ella le juró que el bebé era prematuro, aunque ambos sabían bien que había llegado a término. Pero no era tarea suya el hacer comentarios y, cuando John llegó y preguntó preocupado si su esposa estaba bien, aun cuando el bebé se hubiera adelantado tanto, el médico le dijo tranquilizándolo que estaría bien y que no había por qué preocuparse.

John se paseó por la habitación durante toda la noche, mientras Lily con coraje apretaba los dientes, luchando contra las oleadas de dolor, hasta que diez horas después nacía el hijo de Finn.

John lo miró con orgullo, todo envuelto en una mantilla de encaje en los brazos de su madre.

—Se parece a ti, Lily —exclamó. Pero ella sabía que no. Se parecía a Finn.

Una noche, una semana después, alrededor de las ocho, sonó el timbre de la puerta y la criada le dijo a John que el señor James había venido a verlo.

—Hágalo pasar, hágalo pasar —le dijo complacido a la mujer.

—Esta es una sorpresa —dijo él, adelantándose para estrecharle la mano—. ¿A qué debo el placer?

Finn ignoró la mano que le extendía. Dijo:

—Lo siento, señor Adams, pero no he venido aquí a verle a usted. He venido a ver a mi hijo.

Molesto, John lo miró, y luego su rostro se tomó de color ceniza. No necesitó

explicación: solo tuvo que recordar las largas visitas de Lily a Nueva York, su irritabilidad con él, la seducción, y luego el nacimiento *prematuro*. Había sido un tonto y esto lo había golpeado en el mismo centro de su ser honesto y correcto.

—No puedo permitirle ver a Lily ni al niño —le dijo a Finn con tranquilidad—. ¿Me haría el favor de marcharse? No hay duda de que cuando Lily esté lo suficientemente bien se pondrá en contacto con usted.

—Lo siento, señor —dijo Finn mirándolo con tristeza. John era una víctima inocente; no había deseado herirlo, pero era la única manera.

Observó a John caminar hacia su sillón favorito que estaba junto al fuego y desplomarse en él. Se sentó, mirando pálido el trepidar de las llamas. Su rostro carecía de emoción y extendió las manos para calentarse.

Finn salió de la habitación, dejándolo solo con su tristeza. Salió de la casa y caminó hasta su propia casa en Louisburg Square. Era el fin para Lily. Ahora, esperaba a que ella viniera a él. Y estaba seguro de que lo haría.

Más tarde aquella misma noche, John Adams subió en silencio las escaleras para ir a la habitación de su esposa. Ella estaba durmiendo y él se paró a su lado para mirarla. Se dijo a sí mismo que había sido un viejo tonto al pensar que alguien tan deseable como Lily no se habría escapado en secreto de él, de un hombre que sabía y entendía tan poco de las mujeres; un hombre de sesenta años, con una vida rutinaria, atrapado en su trabajo como estaba. La había descuidado, había esperado que ella tan vital y tan joven estuviera encerrada aquí sola, sin amigos, ni fiestas, ni siquiera otra mujer con la que chismorrear. ¿Qué podía esperar él sino que se enamorara del primer joven apuesto que conociera?

Pero aún no podía perdonarla. Le dejó una carta que había escrito en la mesita de noche. En ella, le decía que se marchaba por un tiempo, y que cuando, estuviera lo suficientemente bien, deseaba que ella abandonara la casa con su hijo. «El padre del niño ha venido aquí a reclamarlo y no hay duda de que vosotros dos debéis ir con él», había escrito al final.

Caminó hasta la cuna que estaba al lado de la cama para mirar al bebé de cabello oscuro que dormía en ella y suspiró con amargura y pesar de que no fuera suyo. Cuando nació aquel hijo, él lo había considerado como el mayor de sus logros, más valioso que todo lo que había aprendido y que sus raros manuscritos, ya que su hijo era una parte viva de él.

Volvió a bajar las escaleras y se encerró en la biblioteca. Se sentó allí por largo tiempo, pensando en la felicidad que Lily le había traído y en que él se había considerado un hombre afortunado. Ella le había dado más placer y compañía en los años pasados que lo que recordaba de toda su vida. Y ahora todo había terminado.

Su mano le tembló cuando se sirvió otra copa de oporto y mientras la bebía, sintió un dolor en el pecho que se extendió con rapidez hacia su brazo izquierdo. La garganta se le apretó y sintió como si se ahogara. La copa cayó de su mano, derramando el vino y manchando la pálida alfombra con una mancha roja. Cuando

buscó aire, pensó en Lily durmiendo arriba y luchó por ponerse de pie. Deseaba recuperar la carta, deseaba que ella se quedara a toda costa. No podía soportar perderla, no importaba lo que hubiera hecho. El dolor se hizo más intenso y la oscuridad lo envolvió, para luego caer inconsciente al suelo.

La doncella lo encontró a la mañana siguiente cuando fue a limpiar. Gritó cuando lo vio tendido en el suelo y lo primero que pensó cuando vio la mancha en la alfombra fue que era sangre. Los otros sirvientes vinieron corriendo y enviaron a buscar al médico. Cuando este llegó, confirmó que el señor Adams había muerto de un ataque al corazón y que ya hacía varias horas que estaba muerto.

Lily se había despertado temprano y leído la carta de John en la que le decía que Finn había venido a ver a su hijo y que él esperaba que ella abandonara su casa. Ahora John estaba muerto y ella sabía, ya que él se lo había dicho hacía años, que le había dejado todo lo que poseía, incluida la casa. Lloró con amargura, con lágrimas culpables por él y por ella. John había sido un hombre bueno y gentil; había sido su ancla, su seguridad y su guía. Y ahora, por su culpa, estaba muerto.

Todo Boston asistió al funeral de John Porter Adams. Todos aquellos que se habían negado a recibirlo con su esposa cuando estaba vivo, le rindieron sus últimos respetos ahora que estaba muerto, aunque estudiadamente eludieron a la viuda que estaba con un velo y con aspecto distante, y que ni siquiera se molestó en mirarlos. Y corrieron los rumores de que la causa de su muerte había sido el niño y heredero recién nacido. Los sirvientes habían hablado sobre las ausencias de Lily para sus viajes a Nueva York y muchos de aquellos presentes en el funeral sumaban dos más dos, aunque no sabían quién podría ser el «otro hombre». Y entonces Lily fue dos veces condenada por las damas de Boston.

Capítulo 42

Dan O’Keeffe era uno de los congresistas más jóvenes de Washington. Grover Cleveland ocupaba la Casa Blanca por segunda vez y estaba aún en medio de una pelea con los poderosos demócratas de Tammany Hall. La lista independiente de Cleveland estaba poniendo a su propio partido en contra de él, pero Dan O’Keeffe era también un individuo que hablaba por boca propia y no por la de otro; un hombre que peleaba no solo por los irlandeses, sino por todos los derechos de los denigrados inmigrantes. Un hombre que estaba tanto en contra de los sobornos como de un proteccionismo excesivo como el mismo Cleveland. El presidente lo había puesto bajo su protección y a menudo era invitado a cenar a la Casa Blanca, tanto de forma oficial como extraoficial.

Dan pensaba que la Casa Blanca era el edificio más sublime que jamás se hubiera construido. Él no había nacido en Norteamérica, de modo que no podría ser jamás presidente de la nación y amo de todo su esplendor, pero cobijaba la esperanza de que tal vez, un día, cuando se casara y tuviera hijos, su hijo podría llegar a serlo.

El Congreso mantenía sesiones durante solo cuatro o cinco meses al año y cuando el calor golpeaba a Washington como una bofetada, Dan regresaba a Boston a encargarse de sus votantes y de sus negocios. Estos crecían tan rápido que casi no podía seguirles el rastro. Él exigía dos cosas de sus empleados: honestidad y lealtad. Y él veía en sus administradores la ansiedad reflejada en sus ojos, la forma orgullosa en que se conducían y la determinación de nunca dar un «no» como respuesta.

Les pagaba bien y esperaba que trabajaran duro. Aquellos que no tomaban en cuenta sus deberes o intentaban descargar su trabajo sobre otro eran despedidos con prontitud, aun cuando esto significara endurecer su corazón ante las súplicas de que tenían esposa y nueve niños que mantener.

—Tal vez lo piense la próxima vez que alguien le dé a usted un buen trabajo —les decía con frialdad.

La filosofía de Dan era que si un hombre estaba de su parte solo el noventa y nueve por ciento, entonces no podía contar con toda su ayuda. Su medida era el cien por cien, tanto de sus empleados como de sus amigos, aunque en política era diferente: allí los puntos y los amigos se negociaban sobre escritorios tallados con tanta facilidad como si fueran chismes.

Gracias a su cerebro y a su trabajo constante, ahora tenía almacenes en cuarenta grandes ciudades desde la Costa Este hasta la Oeste. Allí donde hubiera inmigrantes irlandeses estaban los almacenes Daniel. Él les ofrecía a las zonas ricas de las ciudades que empleaban a sirvientas y cocineras irlandesas los mismos almacenes elegantes de paredes color vino que había en Beacon Hill y, a las zonas más pobres, grutas color verde trébol llenas de mercancías baratas a precios rebajados, que

contaban con técnicas de comercialización masiva para que él consiguiera sus beneficios.

Él hizo que funcionara en ambas direcciones y se creía un tipo muy inteligente que estaba a mucha distancia del vendedor ambulante que vendía relojes en las ferias de los pueblos, aunque siempre usaba los tirantes rojos que se habían transformado en su distintivo. Cualquier fotografía suya en los diarios o cualquier historieta política, inevitablemente mostraba a Dan O’Keeffe con los pulgares enganchados en los tirantes y su sombrero hongo echado hacia atrás, además de la sonrisa segura dibujada en el rostro.

No había habido tiempo en su vida para encontrar una esposa y ni siquiera tiempo para comprarse una casa. Aún llamaba a los dos cuartos que tenía sobre el negocio de Beacon Hill su residencia, y como la mayoría de los otros congresistas, durante los meses que estaba en Washington alquilaba un cuarto en una pensión. Tenía una importante suma de dinero en el banco, sus negocios le estaban produciendo una pequeña fortuna y su carrera política estaba bien establecida. Y en toda su vida él jamás había tenido un lugar que pudiera llamar su hogar.

Como congresista de Boston, Dan leía todos los días los diarios de Massachusetts y fue imposible que se perdiera la cobertura de la repentina muerte de uno de los eruditos más importantes de Boston, que también era miembro de una de las mejores familias de la ciudad. Leyó con envidia los logros académicos de John Porter Adams, sus diplomas en Harvard y Oxford y los tributos de sus colegas, ya que una cosa que siempre le ponía enfermo era su falta de educación.

Leyó lo referente al funeral en el Boston Herald y vio que la viuda, la señora Lily Adams, encabezaba el duelo y que el famoso actor Ned Sheridan había estado allí para brindarle su apoyo. Más tarde leyó en los titulares que la señora Adams, que pocos días antes de la muerte de su marido había dado a luz un hijo, era antes de su matrimonio Lily Molyneux de Irlanda, y que también había sido la antigua ama de llaves de la casa. Ella era ahora la heredera de la fortuna de los Adams.

Dan echó hacia atrás la desvencijada silla de cuero, puso los pies sobre el escritorio, echó su sombrero hacia la nuca y miró pensativo al vacío. «Lily Molyneux ha vuelto para perseguirme, ¿no es así?». Tomó el diario y volvió a leer sobre su exquisita casa en la calle Mount Vernon y el hecho de que su difunto marido tuviera sesenta años cuando murió, y que su hijo hubiera nacido días antes de aquella muerte.

Recordó que la casa de Finn estaba a la vuelta de la esquina de la calle Mount Vernon y evaluó la coincidencia. Seguro que su hermano no pudo estar tan cerca de Lily y no verla. Sin embargo, jamás la había mencionado. Finn vivía su propia vida llena de preocupaciones en Nueva York. Por lo que Dan sabía, había una sucesión de damitas que lo mantenían ocupado y el nombre de Lily no había pasado por sus labios en años. No sabía si la llama del amor se había convertido en odio y finalmente desaparecido, pero una cosa sí sabía. Él iba a ver a Lily.

No importaba que Lily llenara la gran casa silenciosa de la calle Mount Vernon con flores y mantuviera grandes fuegos ardiendo en los hogares; cuando cenaba sola a la luz de las velas en el comedor, aún sentía que el lugar era como una cripta para todos los Adams muertos y no el hogar alegre que el nuevo hijo y heredero que llevaría su nombre necesitaba para crecer. Y, como Finn lo había explicado tan sucintamente cuando había reducido la vida de Lily a cero, no había forma de probar que no era el hijo de su marido. Y, así como ella no había deseado a su primer hijo, adoraba al segundo. A veces, a medida que pasaban los largos y solitarios días, ella pensaba que si no fuera por su bebé, ella no tendría nada por qué vivir.

Le había puesto el nombre de Liam, versión irlandesa del nombre de su hermano William, y John como su marido. Estaba dando la espalda a los todopoderosos de Boston al darle al hijo de unas de las familias más importantes un nombre irlandés. Ella sabía que ellos pensarían que era una gran humillación, mientras ella, con orgullo, pensaba que era otro paso.

Esas pobres y viejas damas avinagradas necesitarían un poco de buena sangre irlandesa rugiendo en sus venas, se decía ante la cena que permanecía intacta, hablando sola como a menudo hacía en estos días, ya que no tenía a nadie con quien hablar. Salvo el bebé, y por ahora él solo la necesitaba para alimentarse. Su niñera era una presumida mujer de Filadelfia que se creía superior a su patrona. Lily la habría despedido, pero era buena con el bebé y Liam era su primera preocupación.

Su hijo constituía su apuesta al futuro. Tenía ahora alguien en quien pensar, además de ella misma. Se tomaría su tiempo con él, le planificaría con cuidado su vida: los colegios, la universidad, su carrera, su vida social, aunque no sabía cómo sería posible que él tuviera vida social con una madre como ella. A menos que ocurriera un milagro entre el presente y el futuro.

Pero todo estaba en el futuro. Ella lo olvidó por el momento, apartó a un lado el plato sin tocar y se llevó la copa de vino a la biblioteca.

Se sentó enfrente del viejo sillón de John con los pies sobre un reposapiés todo bordado que le recordó a su madre, bebió el vino y miró fijamente las llamas del hogar, escuchando el silencio y pensando en lo diferente que sería todo si John estuviera con ella, planificando la vida de su hijo.

Se puso de pie de un salto cuando oyó el timbre de la puerta.

—¿Quién puede ser? —preguntó en voz alta, ya que nadie, salvo el médico, visitaba jamás su casa.

Oyó los pasos de la criada que cruzaba el recibidor. Luego que abrió la puerta y la voz de un hombre, y a la doncella que le pedía que entrara. La oyó cruzar la entrada y tocar a la puerta de la biblioteca.

«Si es Finn, —se dijo Lily con amargura—, *lo mataré*».

La doncella le ofreció su bandeja de plata con una tarjeta del congresista Daniel O’Keeffe.

Asombrada, Lily miró a la sirvienta.

—¿Él está aquí para verme?

—Sí, señora. Está esperando en el recibidor.

—Dígale que pase. —Lily se tocó el cabello y nerviosa se alisó la falda. Se dijo a sí misma que si Dan venía a suplicar el perdón de Finn, ella le diría exactamente lo que pensaba de su hermano. Le diría que su padre había tenido razón, que todos los O’Keeffe no eran nada más que un puñado de rufianes charlatanes. Con su carácter al borde de estallar, esperó a que la doncella acompañara a Dan a la biblioteca.

Él pareció llenar la habitación con su presencia cuando caminó hacia ella, con ambas manos extendidas y una expresión, mezcla de simpatía y placer en su rostro de barba pelirroja. Lily se había olvidado de lo alto y fornido que era: de hombros robustos y aspecto poderoso. Con melena pelirroja y su barba y presencia autoritarias, resultaba tan atractivo como su hermano pero de una manera diferente.

—*Lady Lily*, señora Adams... perdóneme por visitarla tan tarde y sin avisarle primero —dijo como si se hubieran visto el día anterior—. Pero me enteré por los diarios de su triste pérdida y me sentí obligado a buscarla y transmitirle mis condolencias.

—Habla como un político de verdad, Dan —dijo ella, ofreciéndole la mano. Él hizo una reverencia con tal aplomo social que ella se rio—. La última vez que lo vi, estaba cubierto de carbón. Parecía una gárgola de catedral.

Él le sonrió recordando.

—No me he olvidado. Y usted parecía una niña. Una niña perdida y solitaria. Entonces, usted era solo una jovencita, *lady Lily*.

—Diecisiete años. Con la edad suficiente como para saber algo —dijo con amargura.

—No de la forma en que fue criada. Protegida del mundo y de la vida real, que la mayoría de nosotros conocíamos, por la posición y riqueza de su familia. A las jóvenes como usted nunca les sucede nada malo.

Ella lo miró con cautela.

—¿Fue su labia de oro lo que lo convirtió en congresista?

—Seguro que fue así. Eso y el hecho de que prometí luchar por mejores condiciones de trabajo, menos horas y salarios más altos, y porque ayudé a la gente a solucionar sus problemas y los de sus hijos. ¿No ha oído hablar del Centro de Verano Dan O’Keeffe? Les ofrece a los niños pobres que viven en los barrios marginales, de la forma en que yo mismo viví, un par de semanas en el aire limpio del campo y buena comida. Yo corro con la mayoría de los gastos, y recolecto más dinero de otros irlandeses que han tenido la suerte de venir a los Estados Unidos y hacer una fortuna. De alguna manera —dijo, levantando la vista y mirándola para que no quedara duda de que se consideraba un igual—, de alguna manera, tengo mucho que agradecerle.

Ella recordó a Finn decir lo mismo y le dijo, con vehemencia:

—Parece una causa valiosa.

—Con seguridad que sí, y ahora usted tiene un hijo y sabrá lo que es ser madre,

poder educarlo como corresponde y darle cosas buenas en la vida.

Lily levantó la barbilla y lo miró con furia, esperando que lo dijera. Decir que había venido porque Finn deseaba el perdón y quería a su hijo.

Dan dudó, eligiendo con cuidado sus palabras.

—El otro niño, *lady Lily* —le dijo con delicadeza—, ¿se...?

—Murió —le mintió ella rápidamente, volviendo el rostro y sonrojándose.

—Lo siento, aunque me atrevería a decir que usted no. Y por supuesto que no era hijo de mi hermano.

—No —dijo ella con amargura—. No. —Aún no había ido al grano de la visita y ella le dijo abruptamente—. ¿Para qué ha venido, Dan? ¿Qué es lo quiere de mí?

—La verdad es que deseaba volver a verla. Jamás la olvidé y le perdoné hace años cualquier injusticia que pudiera haber cometido conmigo. Después de todo, míreme ahora. —Él se rio en voz alta, con una risa alegre que llenó la habitación, y ella también se rio, pero de alivio.

—Pero ahora no la entretendré más, *lady Lily*, ya que veo que estoy interrumpiendo una noche tranquila. Y es demasiado pronto... demasiado. Solo dígame que puedo volver a visitarla y seré un hombre feliz. —Le tomó las manos en sus grandes manazas y le sonrió.

A pesar de sí misma, Lily se encontró devolviendo aquella sonrisa. No estaba segura de si estaba buscándose problemas, pero se encontró a sí misma aceptando diciendo que por supuesto a ella le gustaría volver a verlo. Pensó en Finn y añadió rápidamente:

—Pero como estoy de luto y se supone que no recibo visitas, debe ser nuestro pequeño secreto. Prométame que no se lo dirá a nadie.

—A nadie —dijo él, llevándose un dedo a los labios para sellarlos y ella sonrió.

Cuando finalmente se marchó, Lily se volvió a sentar delante del fuego, preguntándose si se había vuelto loca. Había aceptado verse con Dan O’Keeffe. Ella, la ex amante de su hermano, con el hijo de su hermano dormido en su cuna. Miró fijamente las llamas, con una docena de pensamientos diferentes que le cruzaban la mente sobre Finn y Dan, pero ninguno de ellos tenía sentido. Llena de cansancio se fue a alimentar a su hijo y luego se acostó sola en su cama.

Aquella noche, Dan regresó a las dos habitaciones que estaban encima de su tienda como un hombre feliz. Miró a su alrededor, a las baratas y desgastadas alfombras, a los muebles horribles de segunda mano, asombrado de alguna manera de que jamás antes hubiera notado lo pequeño y miserable que era aquel lugar. Y cuán pobre, comparado con la grandeza de Lily y de su propio hermano. Se dijo a sí mismo que aquel no era un lugar adecuado para que viviera un hombre de su posición y, por supuesto, menos adecuado aún para invitar a una dama.

Por la mañana temprano, salió a comprarse una casa. La quería de inmediato y la

deseaba con muebles y sirvientes, a quienes, por supuesto, les pagaría más que el salario mínimo y quienes, con seguridad, trabajarían solo las horas dictadas en la nueva legislación que él mismo había ayudado a redactar.

Era más difícil de lo que había pensado: los irlandeses, en especial los nuevos ricos, eran mirados con desprecio por los sofisticados residentes de las zonas más elegantes de Boston, e incluso más si estos eran políticos. Y demócratas. Lily se había casado en Beacon Hill y Finn había heredado su mansión, pero no había forma de que Dan pudiera entrar ahí.

Back Bay era una posibilidad, se dijo, y al final del día había comprado una casa recién construida de ladrillos rojos que daba a una tranquila y agradable calle llena de árboles. Tenía seis habitaciones y pensó que serían suficientes para acomodar a sus futuros hijos. Pagó la gran suma que costaba en efectivo, y contrató a alguien para que la decorara con la clase de cortinas y antigüedades que correspondían.

—Y asegúrese de que sean de buen gusto —le dijo, aunque no estaba seguro de lo que aquello significaba. Simplemente sabía que lo deseaba.

Volvió a ver a Lily aquella noche y le habló de su nueva adquisición y de sus instrucciones al decorador. Ella se ofreció ansiosa a ayudarlo.

—Eso será maravilloso —le dijo complacido—. Y la hará salir un poco de la casa. Hay mucha tristeza aquí, demasiados recuerdos. —Y además, se dijo para sí mismo, feliz, significaba ahora que tenía una excusa para visitarla cuando estuviera en Boston.

Dan jamás se permitió pensar que existiera la más mínima posibilidad con Lily, primero porque ella era inalcanzable y, segundo, porque ella siempre le había pertenecido a Finn. Ahora, él era un hombre rico. Ahora era «alguien», y ella era una viuda con un hijo que necesitaba de un padre. Estaba sola y era una mujer vulnerable. Y Dan estaba locamente enamorado. Siempre lo había estado.

Pensó lleno de felicidad que estaba a una gran distancia de Ardnarná. Lily había bajado de posición en el mundo y él había subido. Ahora, eran iguales. Y un día, por extraño que pareciera, él tenía intenciones de pedirle a Lily que fuera su esposa.

Capítulo 43

Maudie.

Ardnavarna.

Estábamos sentados a mitad de camino de una colina, mirando por encima de los planos pantanos de turba hacia el océano Atlántico. Un arroyo helado fluía desde un punto lejano, encima de nosotros, cayendo colina abajo, abriendo su camino por las piedras para unirse a una confluencia de otros arroyos, que corrían torrenciales hacia un río color marrón por la turba que fluía paralela al camino que se veía debajo.

Shannon estaba tendida de espaldas con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo azul y tachonado de blancos copos de nubes con tintes grises en los bordes, prometiendo agua para más tarde. Eddie estaba junto a ella, apoyado en un brazo, observándola, y me animaría a decir que podía ver tantas expresiones cambiantes en su bonito rostro como podía ver los cambios de nubes en el cielo. Los perros daban vueltas por allí, disfrutando del sol y oliendo los excitantes aromas de los conejos. Ellos eran los únicos que parecían no estar tristes.

Hoy me sentía triste al pensar en Mami y Lily, y me dije con animación que era solo un toque de melancolía, una enfermedad hacia la que somos proclives los irlandeses. George Bernard Shaw lo comprendía y yo les cité las palabras de su obra *La otra isla de John Bull*.

Sin embargo el ingenio no puede aumentar en aquellos aires cargados de humedad, en aquellos blancos caminos de primavera, en aquellos ríos brumosos y troncos marrones, en aquellas colinas y rocas de granito y de aquellos brezos color magenta. Ustedes no tienen esos colores en el cielo, ni tal atracción en las distancias, ni tal tristeza en las tardes. ¡Oh, los soñadores! ¡Los soñadores! ¡Los torturados, torturadores, calientes de corazón, jamás satisfechos, soñadores, soñadores, soñadores!

Dije:

—Ciel a menudo solía venir a este lugar después de la muerte de William, cuando se quedó para cuidar a Pa. Y años más tarde me trajo aquí para hablarme de esos días. Dijo que venía aquí para estar sola. No había nada más que el cielo y el viento, los ocasionales gritos de las gaviotas a la distancia y el aleteo de los halcones encima de su cabeza. Ella sabía que estaba atrapada. Atrapada por Pa, por Ardnavarna y los recuerdos, y atrapada por su propia melancolía.

—Solía mirar los pantanos de turba, los caminos blancos, los ríos brumosos y soñaba y soñaba de la forma en que decía Shaw. Con escapar.

»Y, como para acentuar su soledad, las cartas de Lily estaban llenas de emociones. Primero habían estado llenas de Finn, cómo se había encontrado con él de

casualidad, cómo había triunfado en el mundo y ahora era su vecino. Y después lo del bebé y la terrible noticia de la muerte de John. Y luego, Dan O’Keeffe, que era tan “apuesto y encantador”, y que había venido a visitarla.

Lo siguiente que Ciel supo de Lily fue que se había casado con él. Dijo que había cerrado su casa de la calle Mount Vernon, «con todos los recuerdos tristes», y que se mudó con el bebé a la nueva casa de Dan en Back Bay.

Pensé que no tenía sentido prolongar el luto y seguir sintiéndome infeliz. Y mi primer pensamiento fue acerca de lo que era mejor para el bebé. Dan es amable y servicial, y ha tenido éxito no solo en los negocios sino también en la política, aunque ellos no son la «clase correcta» de políticos para mis grandiosos vecinos, la Vieja Guardia Republicana de los todopoderosos de Boston. Pero cuando él comenzó a visitarme en aquella etapa terrible después de la muerte de John, fue como una roca sobre la cual yo podía apoyarme. Comencé a depender cada vez más de él, hasta que me encontré con que no podía estar sola.

Te debe parecer extraño, querida Ciel, encerrada en Ardnarnna durante todos estos años con el solo recuerdo de los hermanos O’Keeffe como sirvientes de nuestra familia, pensar que tu hermana se ha casado con uno de ellos. Pero esta es la tierra de las oportunidades y ahora Dan es tan rico como Pa, sino más, y ayuda a gobernar su nuevo país. ¿Qué más puedo decirte para explicártelo?

Me temo que mi matrimonio ha provocado un escándalo en Beacon Hill, pero ¿qué me importa? Me río de sus maneras tontas y anticuadas, además, ¿por qué no debería ser feliz? Después de todo, el pobre John está muerto y no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

Después de eso, le habló poco sobre Dan en sus cartas; estas eran todas sobre su hijo, Liam. Decía que era un niño hermoso con cabello negro como el suyo, pero que era delicado y ella temía por su salud en los helados inviernos de Boston.

Sin embargo, Ciel no tenía mucho tiempo para pensar en el extraño matrimonio de su hermana, ya que Pa se volvía cada día más frágil. Odiaba tenerla lejos de él aunque fuera por un minuto.

—¿Adónde vas? —le preguntaba en voz alta siempre que ella se levantaba para ir en busca de un libro, o a caminar con los perros o a ejercitar a sus caballos—. Ven enseguida —le decía ansioso.

Dependía de ella por completo: ahora se apoyaba sobre su hombro en lugar de usar el bastón; sus ojos eran los que le leían el Times todas las mañanas; sus piernas jóvenes eran las que corrían a buscarle las gafas que se había olvidado, o un libro, o la limonada que bebía a la sombra de un árbol, en una tarde que hiciera calor. Había despedido a su mayordomo, diciendo que no lo necesitaba, ya que no tenía

intenciones de invitar a nadie, y ahora era Ciel la que le servía el oporto y colocaba la copa sobre la mesita italiana que estaba junto a su sillón, frente al fuego del hogar, en las noches oscuras, cuando ella luego le leía.

Tenía veintiún años. Ciel tenía muchos amigos, pero jamás los invitaba ahora a Ardnavarna, con su Pa como estaba. Ella se mantenía atada al lado de su padre por vínculos invisibles de amor y lealtad, por los miedos y el egoísmo de él.

Pero a pesar de su fragilidad, lord Molyneux no tenía intenciones de morir. Un día de primavera se levantó de su sillón y le dijo con firmeza:

—Estoy cansado de Ardnavarna. Necesito un cambio. Que preparen nuestras maletas, Ciel. Nos vamos a Londres.

La gran casa descuidada desde hacía tiempo, pero aún suntuosa que estaba en Belgrave Square, fue limpiada y reacondicionada para el regreso. Y entonces Pa partió hacia el club. Se hizo hacer unas gafas nuevas y comenzó a leer nuevamente los diarios; almorzaba en el club a la una y luego jugaba al *bridge* toda la tarde. Allí, con sus viejos amigos, bebía varios tragos antes de la cena que siempre tomaba solo en una mesa reservada especialmente para él, junto a una ventana que daba al Green Park. Luego, con la ayuda de su bastón, se dirigía a una casa de juego privada que estaba a la vuelta de la esquina y allí perdía constantemente a las cartas.

Mientras Pa perdía en el juego grandes cantidades de dinero, Ciel lo gastaba. Daba fiestas y cenas, gastando enormes cantidades a la vieja usanza de la tradición Molyneux por darles lo mejor a sus invitados. Por supuesto, era un escándalo que ella jamás tuviera una dama de compañía, pero con la desgracia de Lily marcada en su memoria, siempre se comportaba bien, aun cuando era tan coqueta con los hombres como lo había sido su famosa hermana.

Era lo que los franceses llaman *jolie laide*, una muchacha que no era bonita pero que de todos modos era atractiva. Tenía un espíritu y una alegría que atraía a la gente. Poseía una buena figura y se vestía con extravagancia, aunque no exactamente con buen gusto. Tenía estilo; era inteligente, divertida y cómica. Siempre tenía un montón de pretendientes, pero aún no había conocido al hombre con el que podría pensar en pasar el resto de su vida. Cuando Pa le preguntaba sobre ellos, mirándola lleno de esperanza y pensando en un nieto que llevara su nombre, ella se quejaba de que uno era «demasiado aficionado a los libros», otro «demasiado aficionado a los caballos», o que uno era «demasiado viejo», mientras que otro era «demasiado joven».

—Siempre hay algo que está mal con ellos, Ciel —decía protestando su padre, con un destello de su viejo humor—. Maldición, niña, son todos jóvenes de buenas familias, todos tienen casas, tierras, dinero. Son todos caballeros. ¿Qué más puede desear una mujer?

Ciel lo miró con tristeza. Le dijo con más deseos que esperanzas:

—Oh, Pa, no sé. Creo que deseo enamorarme.

Liberada de la melancolía de Pa y de Ardnavarna, su temperamento burbujeante por naturaleza de pronto volvió a bullir.

Jesús, Lily —le escribió llena de júbilo—, estoy volviendo a las andadas y volviendo a divertirme como en los viejos tiempos, fiesta tras fiesta, una y otra, En esta ciudad hay más cantidad de jóvenes apuestos que los que una pueda contar, y bastantes parecen interesados en tu hermanita. Pero yo aún no estoy preparada para el matrimonio. Solamente estoy saboreando mi libertad. Recuerda, yo no tuve un debut como tú a los diecisiete, y desde que abandoné el colegio estuve recluida en Ardnarnna como una monja de clausura.

Se pasaba todos los días de compras. Compraba toda la ropa bonita de la que se había privado durante tanto tiempo. Incluso hizo un rápido viaje a París, donde encargó una docena de vestidos de Worth y un abrigo largo de zorro rojo de Revillon que casi hacía juego con su cabello; la vendedora pensó que estaba loca, pero a Ciel le encantó. Se hizo cortar el cabello por uno de los peluqueros más de moda de París y se compró una docena de sombreritos para lucir sobre su renovada y elegante cabeza. Se colocaba los broches de diamantes de su madre, todos repartidos por el pecho como si fuera papel picado y un par en el sombrero. Y siempre usaba el famoso collar de perlas de su madre, grandes como huevos de codorniz y con cierre de diamantes, que había sido regalo de bodas de su padre. Entraba a las fiestas o bailes toda iluminada con sus coloridas sedas y satenes y una enorme sonrisa en su adorable carita de mono y de inmediato se veía rodeada de jóvenes.

Pasó la Navidad en Londres, y Pa se sentía activo y jovial como un hombre de sesenta años, a pesar del frío del invierno.

—Por fin me quité la humedad de Irlanda de mis huesos —le dijo a Ciel el día de Año Nuevo, saliendo seguro a la calle y casi sin necesidad de su bastón. Estaba mejor que lo que había estado en años: había destellos en sus ojos y seguridad en su andar cuando caminó por Belgrave Square, rumbo a su club, a su café de la mañana y con el Times.

Fue una sorpresa entonces cuando pocas horas después su amigo el doctor Barnett, un hombre de la edad de su Pa, fue a la casa.

—Me temo que tengo malas noticias —le dijo a Ciel. Ella lo miró con el rostro pálido, sabiendo antes de que incluso lo dijera que su padre estaba muerto.

»Fue repentino —dijo para consolarla—. Siempre tuvo la presión alta, y sospecho que fue por una obstrucción de las coronarias.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Ciel.

—Por lo menos, disfrutó de estos últimos meses —dijo—. Eso es algo que debemos agradecer. —Y si debía morir, entonces ella se sintió feliz de que fuera en su club, entre sus amigos, y no solo en Ardnarnna, con la única compañía de sus recuerdos.

Ciel acompañó el cuerpo de su padre en el barco a Dublín y en el largo viaje en tren a Galway. Luego, todo el camino de regreso a Ardnarnna. Había enviado

instrucciones para que se limpiara la casa hasta que estuviera reluciente; que se prepararan todas las habitaciones para huéspedes; que se encendieran todos los hogares y que prepararan suficiente comida para alimentar a los cientos de amigos de la familia que se presentaron para el funeral, dos días después. Había tantos que se tuvieron que repartir por las casas vecinas, y el entierro se llevó a cabo como una fiesta. El clima estaba seco y diáfano por una vez, y la partida de Pa fue acompañada por el canto de himnos en la iglesia y los recuerdos sobre vasos de *whisky*, bebidos delante de una chimenea de la Casa Grande.

Todos comieron, bebieron, hablaron de Pa y chismorrearon con sus amigos. Y Ciel pensó complacida que él se habría sentido deleitado. La casa parecía estar como antes, llena de gente, ruidos y risas. En cualquier momento, ella esperaba que Pa entrara en la habitación con su chaqueta de cazar, la escopeta Purdy favorita colgada al hombro, llamando la atención de todos y recordándoles que era tiempo de salir a cazar.

Pero cuando todos se marcharon, la casa volvió a llenarse del sombrío silencio y ella se paseó de habitación en habitación, vestida toda de luto, por una vez sin ninguna joya. Se cruzó de brazos, envolviéndolos bien cerca de su cuerpo para evitar el frío que salía de su interior, mirando todo lo que la rodeaba, viéndolo todo con nuevos ojos. Ella, Ciel Molyneux, era ahora la señora de Ardnarnna. Y estaba completamente sola.

Se deshizo en lágrimas y corrió a refugiarse a su habitación. Se quitó el vestido negro y se puso su bata rosada con piel blanca que la hacía parecer entre una princesa rusa y la Reina Isabel I. Se sentó en su escritorio y le escribió a Lily.

Queridísima Lily.

Hoy hemos enterrado a Pa con todo el amor, la pompa y circunstancia que a él le habría gustado, y con miles de amigos, empleados y gente del pueblo que vinieron a darle el adiós con grandioso estilo. Creo que probablemente disfrutó con ello, ya que estoy segura de que su espíritu estaba allí, aunque no su cuerpo.

Y ahora me he quedado sola en Ardnarnna y, Lily, no puedo soportarlo. ¿Te das cuenta de lo que significa la muerte de Pa? Significa que vuelvo a ser libre de verte. Podemos estar juntas. Oh, querida Lily, jamás sabrás cuánto te he echado de menos. Reservaré un pasaje en el primer barco que zarpe de Liverpool y estaré contigo antes de fin de mes. No puedo esperar a verte a ti y a mi querido sobrinito. Y a Dan, por supuesto.

Oh, y a todo esto, será mejor que te diga que Pa me dejó todo para mí, incluyendo las casas y la tierra. Sé que no te importa ya que ahora eres una mujer muy rica y, además, todavía no sé cuánto valen estas propiedades, pero sí sé que durante este último año Pa ha estado jugando mucho, de modo que espero lo peor.

Una semana después, con quince baúles de ropa, dos docenas de cajas de sombreros y un inmenso joyero de cuero negro con todas sus cosas, como solía decir Ciel, partió en el *Etruria* con destino a Nueva York, donde le había dado instrucciones a Lily para que se encontraran.

Capítulo 44

El día en que se casó con Lily, Dan pensó que estallaría de amor, aun cuando la boda no se llevó a cabo en San Esteban que era donde a él le habría gustado, ya que Lily no era católica.

Así que, a fin de evitar los comentarios, debido a que después de todo solo habían pasado seis semanas de la muerte de John, ellos se casaron en la oficina de un juez en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra. En aras de la discreción, se dirigieron a la ceremonia por separado y para alegría de Dan, su hermano Finn había podido encontrar tiempo en su ajetreado esquema de vida para ser su testigo.

«No se lo digas a Lily —le dijo Finn cuando su hermano le dio la noticia—. Será una sorpresa».

Dan estaba muy elegante con su nuevo traje gris hecho a medida, y Finn estaba también elegante, aunque solemne y cansado, todo vestido de negro. Dan dijo jocosamente:

—Espero que no estés exagerando, hermano. Solo trabajo y nada de juego hace que el hombre se torne aburrido. Y, de todos modos, ¿cuándo podemos esperar que te cases? Es hora de que tú y yo tengamos descendencia propia. Imagina las navidades que pasaríamos juntos, Finn, con tu esposa y la mía, tus hijos y los míos, todos jugando alegremente delante del hogar un día de Navidad, y luego sentarnos todos alrededor de una mesa, como solían hacerlo en la Casa Grande.

—No seas tonto, Dan —le dijo Finn con frialdad—. Jamás será como en Ardnarná y tú lo sabes. No importa cuánto dinero tengamos, jamás seremos como ellos.

Lily llevaba puesto un traje sastre y un abrigo de su color favorito, un violeta claro. Tenía un extravagante sombrero de París, de paja y lleno de rosas, y de la herencia de los Adams, un collar de perlas de cinco vueltas y pendientes de perlas y diamantes. En la mano llevaba un ramillete de rosas y violetas de dulce perfume. Mientras se dirigía a su boda, repasó cada detalle de su relación amorosa con Finn.

Sabía que la había seducido para tomarse venganza y también que él pensaría que ella lo estaba atacando cuando se enteró de su relación con Dan. Pero no era cierto; Dan le había devuelto la cordura cuando ella había enloquecido de pena y desilusión. Era amable y servicial, era la roca de la cual se podía aferrar en los tormentosos mares de su vida. Y simplemente estaba cansada de esos terribles mares. Con Dan y su hijo y, tal vez con más hijos, ella encontraría la paz y la felicidad. Era su trato privado con Dios. Sería una madre y una esposa obediente y esperaba que Dios la perdonara de sus culpas, tal cual decía la oración, y le asegurara alegría y compañía, si no era posible un gran amor. Tenía esperanzas de que Finn se mantendría alejado de su vida y guardaría el secreto de ambos.

Sin embargo, cuando iba hacia la ceremonia no pudo evitar desear que, cuando

Finn descubriera que ella se había casado con su hermano, sintiera como un cuchillo hundido en su vientre, ya que así fue como ella se sintió la noche en que él la había echado de su apartamento.

—Solo tomo aquello por lo que ya he pagado —le había dicho, y ella se había vuelto y le había mirado con odio.

—Oh, no, no es así —le había dicho ella con desprecio—. No has pagado lo suficiente. No es suficiente, Finn O’Keeffe.

Bueno, ahora él lo iba a pagar, y entonces todo habría terminado.

Mientras esperaba en la antesala de un tranquilo tribunal de Nueva Inglaterra, Dan pensó que era como una niña salida de un cuento de hadas; aun de niña ella había sido un encanto, con su salvaje belleza, sus relucientes ojos azules y los modales autoritarios que hacían que todos corrieran a hacer sus caprichos. Entonces, Lily se había metido en su corazón, de la misma forma que en el de su hermano, y ahora el mejor hombre había ganado. Y por extraño que pareciera, ya que las probabilidades parecían estar en contra, ese hombre era él.

Oyó los pasos rápidos y ligeros de Lily por el pasillo y corrió a su encuentro, reluciente de placer cuando vio lo hermosa que estaba.

—¿Estás nerviosa, Lily? —le dijo con ansiedad, ya que estaba temblando.

Ella pensó llena de pánico: «Todavía hay tiempo. Puedes irte ahora. Huye. Piénsalo ahora, Lily. Piensa en lo que estás haciendo».

—Dan —le dijo desesperada—. Yo... yo creo...

—Bueno, bueno, ha llegado la hermosa novia —dijo Finn burlón.

Ella lo vio de pie junto a la puerta y lo miró como un conejo hechizado miraría a un zorro.

—Finn aceptó ser mi testigo —le explicó rápidamente Dan, ya que había roto su promesa de no contarle nada de su matrimonio hasta que este hubiera tenido lugar—. Después de todo, él es de mi familia y yo sabía que a ti no te importaría que Finn lo supiera.

Dan los miró lleno de esperanzas, pero Lily y Finn se miraban en silencio. Había un brillo extraño en los ojos de su hermano cuando miraba a Lily. Dan pensó por un minuto que era desprecio, pero riéndose desechó esa ridiculez.

Tomó el brazo de Lily y le dijo alegre:

—Esta es una boda, no un funeral. Vamos, el juez nos espera.

—Dan —dijo Lily con desesperación. Luego vio los ojos de Finn y la leve sonrisa de satisfacción en sus labios y supo por qué había venido. Él había pensado que cuando ella lo viera, no sería capaz de seguir adelante con esto. Bueno, estaba equivocado—, estoy lista.

La ceremonia terminó en pocos minutos; el novio colocó un anillo de oro en el dedo de la novia y la besó con gentileza, y luego el testigo reclamó la recompensa tradicional de un beso.

—Felicidades, señora O’Keeffe —le susurró cuando la tomó en sus brazos y con

osadía la besó en los labios. Ella se quedó paralizada y él la dejó separarse—. Bueno, cuñada —le dijo—, vamos a almorzar para celebrarlo.

Aun cuando su esposa estuvo en silencio la mayor parte de la comida y luego cuando se dirigieron a su hogar, Dan pensó que el día de su boda era el más feliz de su vida. La llevó a Washington de luna de miel, donde la presentó a sus colegas y ellos dijeron:

—Ese viejo hijo de perra lo ha hecho bien. Lily O’Keeffe es una dama con clase. Y una belleza. —Fueron invitados a cenar con el Presidente y la señora de Cleveland en la Casa Blanca. Esta fue la única vez en toda su luna de miel que Lily se sintió como en su casa.

Washington era una ciudad pequeña y sin sofisticación, y ella odió el hotel donde se hospedaron. Odiaba la comida, el vino y el servicio. Detestaba los mosquitos y el campo de los alrededores. El calor le provocaba dolor de cabeza y echaba de menos a su bebé. Dan era un hombre apasionado y amoroso, pero no importaba cuán a menudo se recordara a sí misma su trato con Dios, siempre que hacía el amor con él ella deseaba estar haciéndolo con Finn.

El último día de su luna de miel, admitió que había cometido un error. Se encerró con llave en el cuarto de baño y lloró hasta que los ojos se le hincharon y enrojecieron, aunque no logró liberar la desesperación de su sistema emocional. Sin embargo, como siempre, era demasiado tarde para hacer retroceder el tiempo. Ella mantendría el trato.

Finn comenzó a visitarlos en su casa de Back Bay siempre que estaba en Boston, pero siempre tenía cuidado de asegurarse primero de que Dan estuviera en casa. No confiaba en sí mismo como para quedarse a solas con Lily y no deseaba herir a su hermano. Deseaba ver a su hijo.

—Es un niño hermoso —le dijo Dan, subiendo al bebé a su hombro—. Se parece a Lily, aunque ella dice que se parecerá a los Adams y que será académico.

Él le sonreía feliz al niño.

—No hay probabilidad de que tu madre te deje comenzar la vida vendiendo tirantes rojos —bromeó, y Lily lo miró con odio. Se estaba comenzando a cansar de la filosofía casera de Dan y de sus cuentos de «cómo había comenzado». Finn captó esa mirada y ella también lo miró a él con odio, como desafiándole a que dijera algo del niño. Pero él no lo hizo. Cualquiera fuera la razón, los labios de Finn estaban tan sellados como los de ella, aunque malcriaba al niño trayendo los brazos llenos de regalos costosos cada vez que los visitaba.

—Un juguete sería suficiente —le decía Lily con frialdad, pero él simplemente se reía y le decía burlón:

—Tengo derecho a malcriar a mi *sobrino*, ¿no?

—Él no es tu sobrino, es Liam Adams —le recordó secamente.

—Bueno, mi sobrino adoptivo, entonces. De todos modos, es el único niño que conozco y además es muy guapo —agregó provocativo—. Incluso puedo ver algo de

los O’Keeffe en algún lugar, aunque solo somos *adoptivos*.

La vida con Dan en Back Bay era muy diferente a cuando estuvo casada con John en Beacon Hill. Cuando Dan se encontraba en Boston, la casa estaba constantemente llena de gente: jefes de distrito, senadores, políticos de todo tipo y nivel. Eran hombres amables y espontáneos, la mayoría de ellos irlandeses. Siempre parecía haber en perspectiva un desfile con banda de música, globos, fuegos artificiales, caballos, meriendas de caridad o campañas que pelear.

Siempre que Dan se marchaba a Washington, la casa volvía a quedar en silencio y Lily no sabía si sentirse aliviada de verlo a él y a sus amigos marcharse o estar perdida al no saber qué hacer con su vida, ahora que ellos no estaban allí. Finn jamás venía a visitarla cuando Dan estaba lejos y ella pensó con desesperación que después de todo ella era la perdedora.

Maudie.

—Y ese, queridos —les dije a Shannon y a Eddie—, era el estado de las cosas cuando Ciel llegó a Boston.

—Explosivo, diría yo —dijo Eddie, ayudándome a ponerme de pie en la roca sobre la que había estado sentada. Mis huesos, como siempre, crujieron; la edad no es amable al quitarnos los resortes flexibles de la juventud, cuando todo se desliza y funciona como un reloj, lubricado por aceites secretos y mullido por cartílagos nuevos y sin usar. Pero una vez que estoy de pie, todavía puedo caminar por estas colinas como el más fuerte de ellos.

—Seguidme —les grité, pareciéndome a Dan O’Keeffe cuando vendía aquellos malditos tirantes colorados—. Quiero enseñaros algo.

Ellos corrieron detrás de mí por la colina hasta un lugar donde caía un pequeño arroyo desde una saliente rocosa. Detrás había una cueva, lo suficientemente alta como para estar de pie. Me abrí camino para entrar, limpiando las telarañas y les hice una seña para que siguieran.

Nos quedamos de pie en la cueva con el arroyo de cristal que caía delante de nosotros y el sol que hacía aparecer una docena de diferentes colores.

—¡Es exactamente como estar dentro de un arco iris! —exclamó Shannon mientras Eddie le quitaba una araña del cabello. Nos quedamos allí unos minutos, escuchando el adorable sonido del agua que corría y los misteriosos sonidos crujientes que provenían de las sombras, en el interior de la cueva.

—Murciélagos —dije con animación y Shannon salió disparada hacia el exterior como un tiro.

—Ciel y Lily solían venir aquí de niñas —expliqué—. Mami me contó que era su escondite secreto. Hacían siempre terroríficos planes para escaparse y vivir allí. Llevaban comida hasta el lugar y la escondían, pero por supuesto cuando regresaban

la comida ya no estaba. Lily le contaba a Ciel que las hadas se la habían llevado, aunque sabía perfectamente bien que era producto de los ratones y de otros animales pequeños.

Pero, para Lily, un cuento de hadas era siempre mejor que la verdad, y yo sospecho que ese era parte de su problema. Era la única que veía las cosas de la manera que ella quería verlas.

—De todos modos —dije cuando volvíamos al camino donde esperaba el Fiat rojo de Shannon—, esta noche, después de la cena, os contaré lo que les sucedió finalmente a todos ellos.

Pude ver que se sentían ansiosos de saber el final de la historia y, mientras me deleitaba disfrutando de un largo baño, me sentí triste, ya que esta fue la parte que a Mami le había lastimado más contar.

Yo ya casi nunca me visto de negro, ya que no es bueno para una mujer entrada en años; miren a todas esas viudas con velos negros y verán lo que quiero decir. Sin embargo, esta noche, como pensaba que iba bien a la historia, me vestí de negro. Por supuesto, de encaje, los primeros Valentinos con la cintura ajustada y una de aquellas vaporosas faldas acampanadas sobre satén rosado. Demasiado grandioso para una cena en casa, pero yo sentí deseos de usarlo. Froté mis diamantes y me los colgué, dándome luego un toque de lápiz de labios y de perfume. Ya estaba nuevamente preparada para proseguir con mi historia.

Boston.

La gente llamaba a estos lujosos transatlánticos «los galgos del océano» debido a que hacían la travesía en siete días. Ciel coqueteó y bailó durante todo el trayecto, volviendo a divertirse como en los viejos tiempos.

Cuando finalmente el barco atracó en el muelle, ella se colgó emocionada de la baranda, buscando a su hermana en la multitud que se había reunido en el puerto. Y entonces la vio: una mujer alta, maravillosamente elegante, con un abrigo y un sombrero de piel que hacía que todas las cabezas se volvieran mientras ella caminaba hacia el barco. La gente le abría paso, deteniéndose para mirarla, preguntándose quién era, ya que tenía aspecto de ser *alguien*. Ciel se rio. Nada había cambiado. Lily era la misma Lily, hermosa y autocrática; todos se abrían paso para dejarla pasar y se detenían para mirarla. Ciel estaba segura de que aún corrían a hacer sus caprichos.

—Lily —gritó, haciendo señas frenéticas con la mano. Los ojos de ambas se encontraron y el rostro de Lily se iluminó de felicidad y alivio—. Gracias a Dios que por fin estás aquí. Voy a subir a bordo.

Corrieron a abrazarse, sin importarles las curiosas miradas de los pasajeros que bajaban del barco; a ellas solo les importaba volver a estar juntas.

Lily retrocedió un paso, sosteniéndola con los brazos extendidos, mirándola con

los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Ciel, estás maravillosa. —Estudió el traje color castaño de París que lucía Ciel y el pequeño sombrerito con plumas también de color castaño. Agregó sorprendida—. Y con mucho estilo.

—Y tú debes ser la mujer más hermosa de Nueva York.

Fue como el Mar Rojo abriéndose en dos cuando caminabas por el muelle, Lily. Nada ha cambiado.

—Oh, cómo te ha echado de menos —dijo Lily y ellas volvieron a abrazarse—. Prométeme que te quedarás para siempre.

Siguieron la montaña de equipaje que había traído Ciel hasta el muelle y pronto se pusieron en marcha al Hotel de la Quinta Avenida. Se tomaron de la mano como niñas mientras Ciel hablaba sin parar de Ardnavarna y Lily decía con esperanzas:

—Yo pensé que me habían borrado para siempre, pero tal vez un día, pronto, pueda regresar a casa.

Ciel dijo con tristeza:

—Ya no es lo mismo. Ahora es un lugar solitario, sin todos ellos. Pero estar sin ti fue lo peor. —Al recordarlo, comenzó a llorar y Lily la rodeó con un brazo para consolarla.

—Todo lo que importa es que ahora volvemos a estar juntas —le dijo reconfortándola—. Y ahora nos vamos a divertir. Esta noche verás a mi amigo Ned Sheridan en su nueva obra en Broadway y después él nos llevará a cenar a Delmonico.

Esa noche Ciel se puso un vestido color verde oscuro, de pronunciado escote y talle alto, con su conjunto habitual de broches de diamantes, así como también las enormes perlas de su madre. Llevaba diamantes en las orejas y en el cabello, y también en el abrigo de zorro rojo. Y Lily, como siempre elegante, vestida de encaje amarillo con pronunciado escote y mangas ajustadas, además de los zafiros de los Adams y de su capa de zorro negro.

Ned Sheridan les dijo que era el hombre más orgulloso de Nueva York, ya que tenía a las dos mujeres más hermosas de la ciudad del brazo. Ciel se sintió embriagada de felicidad cuando brindaron por cada uno de ellos en Delmonico. Ella le dijo en un susurro a Lily que era el hombre más atractivo que jamás hubiera visto y el más amable. Tal vez, después de todo, opinó, Lily debió haberse casado con él.

—Tal vez —dijo Lily, y Ciel notó un toque de tristeza en su voz. Pero pensó que lo que resultaba obvio para cualquiera que observara era que Ned Sheridan estaba loco de amor por su hermana.

A la mañana siguiente, tomaron el tren con destino a Boston y se dirigieron a la casa de Beacon Hill, para que Lily le mostrara a su hermana dónde había vivido. La casa de la calle Mount Vernon estaba cerrada y con todas las persianas bajas. En

Louisburg Square le enseñó la casa de Finn O’Keeffe y finalmente fueron a Back Bay, a la casa de Dan.

—No te molestes en mirar —le gritó, corriendo escaleras arriba como una paloma que regresa al nido—. Ven a ver a Liam.

El pequeño las oyó llegar; se tomó de las faldas de su madre y Lily lo alzó riéndose, llenándole la cara, el cabello, los brazos, cualquier lugar que encontrara, de besos.

Tenía casi dos años y era alto para su edad, con un cuerpo delgado, nervioso, cabello negro y ojos grises. Sin embargo, ahora, su rostro estaba pálido y tosía.

Preocupada, Lily lo miró.

—¿Cuánto hace que está tosiendo así? —le preguntó a la niñera.

—Desde ayer, señora O’Keeffe. Seguro que no es nada más que un poco de dolor de garganta. El niño está bien; ha estado jugando tranquilo con sus ladrillos y sus juguetes.

—Liam jamás juega tranquilo —le dijo Lily enojada—. ¿No ha estado aquí el tiempo suficiente como para saber eso? Si está tranquilo, entonces debe estar enfermo —le colocó una mano en la frente; estaba fría, pero tal vez demasiado. Tal vez estaba resfriado—. Llévelo a la cama de inmediato —le ordenó—, y envuélvalo en mantas. Llamaré al médico.

Se volvió hacia Ciel que estaba de pie en la puerta.

—Oh, Ciel —dijo—, estoy tan preocupada. Siempre tiene esa tos; el médico me dice que tiene problemas en los bronquios...

—Es un niño hermoso, Lily —le respondió—, y parece que está bien —él la miraba desde detrás de las faldas de su madre y ella se rio—. Soy tu tía Ciel —le dijo, arrodillándose junto a él—. He venido para jugar contigo y malcriarte.

Ella le sonrió y el niño le devolvió la sonrisa. Tenía un rostro delgado y alegre, además de una expresión dulce y ella pensó que era adorable, aunque no se parecía en lo más mínimo a Lily. Se sentó en el suelo junto a ella y tomó los ladrillos y le dijo.

—Vamos a jugar.

—No —le dijo Lily con firmeza—. Te vas a la cama. Y llamaré al médico.

La niñera lo tomó en brazos y un rato más tarde llegó el doctor. Este les dijo que no era nada para preocuparse, que el niño no tenía fiebre y que la garganta estaba bien.

—Pero la niñera dijo que estaba muy tranquilo —objetó Lily.

—Me atrevo a decir que él desea jugar tranquilo. A veces los niños lo hacen, ya sabe —le respondió con cansancio el médico. Estaba demasiado acostumbrado a las frenéticas llamadas de Lily, a veces en medio de la noche, y casi todas ellas eran innecesarias.

Ciel dijo:

—Te preocupas demasiado, Lily. Él se ve muy fuerte, se ve bien.

—Oh, qué sabrás tú —le gritó Lily, golpeando el suelo con el pie—. Yo soy la

única que tiene para cuidarlo. Debo tener cuidado. Él lo es todo para mí. Él es todo lo que tengo.

Asombrada, Ciel la miró.

—Pero tú tienes a tu marido, Lily —dijo—. Y tu hogar, que es adorable y tu vida con Dan.

—Lo que quiero decir es que Liam es todo lo que me queda... de John —le explicó—. Lo amo tanto, Ciel, que no podría soportar que nada le sucediera.

Dan había prometido estar en casa esa noche y Lily se paseaba nerviosa como un gato, preguntándose lo que Ciel pensaría de su marido que era un «diamante en bruto». Ciel estaba arriba cambiándose para la cena cuando él llegó, con el sombrero hongo echado hacia atrás de la cabeza, como siempre, y un pañuelo de lunares anudado en el cuello. Lily lo miró y protestó, preguntándose por qué siempre debía tener el aspecto del político irlandés de la calle que se dirige al bar de la esquina. Le pidió que subiera y se cambiara. Ella se dirigió a comprobar que la mesa estuviera puesta como había ordenado que lo hicieran.

Dan amaba a su hijo adoptivo y se dirigía al cuarto del niño para saludarlo cuando se topó con Ciel en las escaleras. Ambos se miraron sonriendo.

—¿Puede ser esta aparición la de la pequeña Ciel Molyneux? —le preguntó, tomándole las manos con sus grandes manazas.

—¿Y puede ser este apuesto hombre de mundo Daniel O’Keeffe, el hijo de Padraig? —le preguntó ella y él la abrazó como si fuera un oso.

—¿Alguna vez pensaste que estaríamos haciendo esto? ¿Abrazándonos y besándonos? ¿Cómo cuñados? —le preguntó entre sonrisas radiantes de felicidad.

—Solo estoy contenta de que sea cierto —le respondió ella—. No puedo pensar en alguien mejor para que sea mi cuñado. Salvo, tal vez, Finn —añadió con su vieja costumbre de hacer travesuras.

—Seguro, ¿y no me pregunté yo mismo, el día de mi boda, por qué era yo con el que se casaba tu hermosa hermana y no mi hermano? ¿Cuándo ellos dos habían sido tan rufianes como ladrones cuando eran pequeños? Pero estoy contento de decir que soy yo el tipo que ella eligió y estoy orgulloso de decirte, cuñada, que ella me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Y espero poner muchos niñitos en ese cuarto de allí arriba antes de que pase mucho tiempo —él le guiñó el ojo en forma conspiratoria—. Solo deseaba darle un besito al niño y luego ir a ponerme algo respetable para la cena con la hermana de Lily.

Riéndose, Ciel lo miró caminar de puntillas por el pasillo, camino del cuarto de niños. Pensó que era un hombre muy amable y apuesto. Su hermana era una mujer de suerte al ser su esposa.

La cena fue un asunto lleno de jovialidad; hubo mucho vino, y a pesar de las miradas agotadas de Lily, Dan habló acerca de sus comienzos. Le habló a Ciel de Washington y de la Casa Blanca y le prometió llevarla de visita. Luego la conversación volvía a Ardnavarna y una mirada de tristeza le cruzó el rostro.

—Jamás te dije cuánto deseaba regresar allí —le dijo a Lily—. Cuando llegué por primera vez con Finn a vivir en Boston en una cueva sin ventanas, solía soñar con Ardnavarna. Soñaba con sus jardines verdes y el ruido de la lluvia entre las hojas de los abedules, la dulzura del aire que llenaba mis pulmones, en lugar de las calles grises, roñosas y mugrientas del Extremo Norte. Cuántas veces me imaginé vadeando el río de color turba luchando con un salmón, o recorriendo los campos con mi rifle para cazar un faisán. El único problema de aquellos sueños era que estaban en el pasado y de estar adonde estaba entonces, solo tendría un presente terrible, sin sueños ni esperanzas de ningún tipo de futuro.

—Sirve para probar cómo un hombre puede estar equivocado —siguió triunfante—. Y si pensamos que Irlanda es la tierra de Dios, entonces Norteamérica es con seguridad la tierra elegida de Dios, ya que no solo los pobres irlandeses ignorantes han logrado triunfar aquí. Como le digo a los que me votan, «Es la tierra de la oportunidad, y lo único que debes hacer es levantar tu trasero holgazán y aprovechar esas oportunidades».

—Dan —protestó Lily con frialdad.

—Siento esta conversación tan terrenal, Lily —le dijo con calma—, pero soy un hombre que llama al pan pan y al vino vino. Y un trasero es lo que siempre ha sido. Un trasero.

Ciel se rio del rostro escandalizado de su hermana.

—Me parece recordar que tú usabas palabras peores que esa, Lily —le recordó y Lily se rio, pero se preguntaba cómo podría alguna vez regresar a Ardnavarna con Dan O’Keeffe como marido.

—Bueno, bueno. Una feliz reunión de familia —dijo Finn desde la puerta, y todas las cabezas se volvieron para mirarlo.

—¡Finn O’Keeffe! —dijo Ciel poniéndose de pie de un salto y corriendo hacia él. Le tomó las manos—. ¿Eres realmente tú? —le preguntó, mirándolo de pies a cabeza. Era un hombre esbelto, moreno e inmaculadamente vestido—. La última vez que te vi, estabas vestido con un chaleco verde a rayas y pantalones de montar, con una barba de dos días y un destello de maldad en tus ojos, que eran el castigo divino de todas las doncellas, desde Galway a Westport.

Él le sonrió.

—Aún tengo ese destello, solo que es diferente —dijo—. Y tal vez lo que tengo en mi interior, también, ya que tuve la oportunidad de aprender a comportarme en sociedad.

—Y a hacer dinero —exclamó Ciel, no pudiendo jamás contener lo que pensaba—. Dicen que eres rico, tal vez más rico que Pa —ella le sonrió—. Eso no sería tan difícil, él estuvo dilapidando una fortuna en juego en los últimos tiempos. Yo he bajado y tú has subido.

—No te esperábamos, Finn —le dijo Lily fríamente.

—Dan me dijo que Ciel estaría aquí. ¿Cómo podría perderme la oportunidad de

volver a ver a mi torturadora? —Él le sonrió—. Pero no esperes que baile como un oso para ti, pequeña señorita Ciel.

Ella se rio y él se sentó junto a ella, enviándole a Lily una mirada de súplica burlona.

—¿Puedes dar un plato de comida a un pobre hombre que ha hecho un largo viaje desde Nueva York y que se muere de hambre y necesidad de una o dos jarras de cerveza?

—Oh, deja ya de hablar como un tonto —le dijo impaciente, haciéndole una seña a la doncella para que pusiera otro plato.

Dan sirvió vino y dijo:

—Estoy contento de que estés aquí, Finn. Ahora estamos los cuatro juntos. Una familia. Y así es como debe ser.

Finn bebió el clarete y miró con admiración a Ciel.

—Nadie me dijo que te habías transformado en una belleza —le dijo.

Ella lo miró con mirada escéptica.

—Ahora deja ya de lado tu encanto irlandés, Finn O’Keeffe. Nadie en sus cabales me diría que soy hermosa. De modo que o has perdido la razón o eres un terrible adulator.

—Ambas cosas —dijo con firmeza, y ambos se rieron—. Estás espléndida —le dijo con sinceridad—. Tan elegante, tan tan... pelirroja y llena de vida. Siempre me gustaste, Ciel.

Lily hizo sonar pronto la campanilla para que la doncella retirara los platos.

—Si estás tan entusiasmado para conversar en lugar de cenar, Finn, entonces será mejor que sigamos con el postre —le espetó.

Sorprendida, Ciel miró a su hermana; después de todo, Finn había llegado allí hacía solo diez minutos.

—¿Podemos ver esta noche a Liam? —preguntó después de la cena, cuando fueron a la sala.

Lily le dirigió una mirada cargada de veneno y él le sonrió con dulzura.

—Es demasiado tarde —le dijo Lily—. Está durmiendo.

—Oh, vamos, Lily, no puedes alejar a este hombre de su sobrino —le dijo burlón—. Después de todo, no lo veo tan a menudo.

—Seguro que puedes verlo. —Dan siempre estaba listo para hacer alarde con el muchacho—. Por qué no vamos todos a saludarlo.

—Hoy estuvo tosiendo. Tuve que llamar al médico —objetó Lily y Ciel la miró. Sabía perfectamente bien que el médico le había dicho que a Liam no le sucedía nada.

—Oh, por favor, Lily —le rogó ella.

Lily los llevó arriba, demostrando su resentimiento con la rigidez de su espalda y el movimiento de sus faldas. Liam estaba dormido.

—¿Habéis visto alguna vez algo tan inocente y tan dulce? —susurró Ciel mirando

a su hermana, pensando que era una mujer afortunada. Lo tenía todo: un marido rico y apuesto que la adoraba, una casa hermosa y un hijo al que todos amaban.

—Es un niño muy guapo —susurró Dan—. Y ahora que lo miro es casi tan mío que se podría pensar que hay un poco de genuina sangre de los O’Keeffe en él.

—Tal vez sea así —asintió Finn.

Las mejillas de Lily ardían cuando se inclinó sobre su hijo y le colocó una manta, tapándolo hasta el cuello.

—Debe estar arropado —le dijo a la ayudante de la niñera que esperaba en la puerta. Pero el temblor de su voz no era de preocupación. Era de miedo hacia Finn y del poder que tenía sobre ella. Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Nuevamente abajo, Finn le dijo a Ciel:

—Estaré en Boston durante un par de días. ¿Qué te parece si te llevo a pasear?

—Tenía planeado llevarla yo —protestó Lily, tratando de alejarlo de su vida—. Después de todo, no nos hemos visto desde hace años.

—Entonces tal vez las dos tengáis tiempo mañana por la tarde para tomar el té conmigo. Y tal vez yo seré el que te enseñe Nueva York.

—Tal vez —respondió Ciel, acompañándolo hasta la puerta. Él se volvió para saludar, mientras se alejaba. Y con el corazón contraído, Lily notó la sonrisa en el rostro de su hermana mientras lo observaba partir.

Maudie.

—Y así todos volvieron a estar juntos, solo que esta vez eran iguales —le dije a Shannon, que estaba sentada junto a mí en el sofá de brocado que tenía los muelles rotos y se enganchaban cuando uno se sentaba, haciendo que las damas imaginaran que alguien les estaba pinchando las nalgas.

Shannon se deslizó por la alfombra donde Eddie ya estaba tendido frente al fuego, con las manos detrás de la cabeza y los ojos cerrados. Yo, agradecida, extendí mis piernas sobre el sofá. Me coloqué un par de almohadones detrás de la cabeza, admirando mis zapatos de tacón alto de terciopelo negro y deseando una vez más que mis tobillos no fueran tan delgados. Había estado comiendo tanto, con mis dos visitantes que me levantaban el ánimo todas las noches, que pensé que tal vez podría haber aumentado un poco de peso. Pero no tuve suerte. Cuanto más vieja, más delgada. Pero así ha sido siempre.

—De todos modos —dije—. Ciel me contó que Finn era el hombre más atractivo que jamás hubiera visto: alto, de hombros anchos, de cuerpo fuerte y musculoso, penetrantes ojos grises y mandíbula delgada. Tenía abundante cabello negro, con tendencia a rizarse, y lo llevaba bien peinado hacia atrás. Parecía un millonario, con sus trajes a medida y sus abrigos con cuello de piel. Además de que sabía cómo tratar a las mujeres. «Obviamente por experiencia», me dijo con un poco de amargura, pero

eso fue antes de que yo me enterara de lo que sucedió. Bueno, por supuesto, él la sedujo. La persiguió con llamadas telefónicas y visitas sorpresa con ramos de flores hasta que Ciel dijo que Lily estaba arrancándose los cabellos de la rabia. Ella no podía comprender por qué y así se lo preguntó.

Boston.

—Es que es tan..., tan campesino —exclamó Lily con ridículo veneno.

—Entonces tú eres la esposa de un campesino, ya que te has casado con su hermano —le respondió Ciel—. Y no veo la razón por la que no debería ir a Nueva York para verlo.

Lily subió las escaleras abruptamente.

—Oh, ve, tú debes hacerlo —le gritó llena de rabia—. Pero te lo advierto, debes tener cuidado de un hombre como él. Tiene mala reputación con las mujeres —ella se volvió para mirarla—. Tú has tenido hasta ahora una vida muy protegida, Ciel. No sabes nada de hombres como él. Yo solo cuido de mi hermana, eso es todo.

Ella no debía preocuparse; Ciel no se dejaría seducir por Finn, pero se estaba enamorando de él. ¿Cómo podría no hacerlo? Se encontró con ella en Nueva York y la trató como si fuera la criatura más hermosa de la tierra; le llenó de rosas la habitación del hotel donde se alojaba. Eran rosas color melocotón que hacían juego con el color de su cabello, le dijo. Le compró dijes de oro: pequeños loritos, abejas y caballos, y perritos con manchas de diamantes y ónix. La hizo reír y ella le dijo que no sabía dónde colocarse un zoológico de ese tamaño, ya que su pecho ya estaba lleno con todas las joyas relucientes de su Mami.

Él le enseñó la ciudad y la deslumbró con el esplendor sombrío de su oficina y la deferencia con la que todos, desde el portero hasta el último empleado, lo saludaban. La llevó a ver la estatua de la Libertad y el último musical; la invitó a comer a todos los restaurantes más elegantes y la bombardeó con llamadas telefónicas, aun cuando hacía solo un rato que la había dejado y ella ya estaba con la cabeza en la almohada, lista para dormirse.

—Era solo para decirte que te echo de menos, Ciel —le decía con una voz suave que le hacía temblar la columna vertebral.

—Tonto —le decía ella—, hace media hora que me dejaste.

—La media hora más larga de mi vida —murmuraba Finn, y ella se reía cuando colgaba el auricular.

Finn O’Keeffe James estaba alardeando delante de ella y Ciel lo sabía y estaba encantada. Y, a pesar de las objeciones de Lily, iba tan a menudo como podía a Nueva York para verlo y él venía a Boston con mayor frecuencia que lo que jamás lo había hecho antes.

—No sé lo que ves en él —protestaba Lily.

—Y yo no sé por qué estás tan en contra de él. Es divertido estar con él, Lily, eso es todo —le decía Ciel, temerosa por alguna razón desconocida de confesarle a su hermana que estaba enamorada de él.

Finn la besó por primera vez exactamente tres meses después de haberla vuelto a encontrar.

—Un beso de aniversario —le dijo, solo que de alguna manera era más que eso, y le provocó inesperados estremecimientos en las venas y cosquilleantes mensajes en los nervios que ella no sabía que poseía.

—Tengo miedo de enamorarme de ti —le dijo Finn en un murmullo y ella bajó la cabeza, por una vez llena de timidez, sin querer admitir que se había enamorado de él, ya que estaba demasiado preocupada por lo que Lily pudiera decir.

Un mes después, Finn invitó a las hermanas a cenar a Louisburg Square. Lily tenía deseos de matarlo por la forma en que estaba enamorando a su hermana. Ella solo sabía que lo hacía para torturarla, para demostrarle lo poco que ella le interesaba. Y para hacer sentir el poder que tenía sobre ella. Estaba segura de que Ciel estaba enamorada de su encanto irlandés, no importaba cómo tratara ella de degradarlo ante sus ojos. Se decía que pronto él se cansaría de su juego y trató de pensar en algunos hombres que podrían ser adecuados para su hermana.

La semana de la cena, Lily cayó en cama con gripe y el médico le prohibió poner un pie fuera de la casa, de modo que Ciel fue sola.

El mayordomo la hizo pasar a la sala donde Finn esperaba. El clima se había tornado primaveral; todas las ventanas estaban abiertas y una placentera brisa mecía las cortinas, trayendo el perfume de las lilas que florecían en el jardín.

—¿Soy yo la primera en llegar? —preguntó ella, inconsciente de que estaba repitiendo las palabras de su hermana y que Finn había puesto en escena la misma representación.

—Tú eres mi única invitada —le dijo—. Cancelé la cita con mis otros invitados cuando me enteré de que Lily no podía venir, ya que entonces te podría tener toda para mí.

»Está todo bien —le aseguró, cuando ella miró nerviosa a su alrededor—, los sirvientes serán nuestros acompañantes. No te preocupes, no trataré de seducirte.

—Jesús, Finn O’Keeffe —le dijo riendo—. Eres un impertinente al imaginar que podrías hacer algo así.

Él sacó el estuche de un anillo de su bolsillo y ella miró, deslumbrada, una enorme esmeralda rodeada de diamantes. Luego, Finn hincó solemnemente una rodilla en el suelo y le dijo:

—Ciel, sé que no soy merecedor de ti. Tú sabes muy bien cuán humildes fueron mis orígenes, pero espero que te hayas dado cuenta de que yo puedo escalar posiciones. Tengo el corazón en la boca por miedo a que me rechaces, pero te pido que me hagas el honor de ser mi esposa.

Ella lo miró sonriendo, con el rostro sonrojado y lleno de placer.

—Esa debe ser la propuesta de matrimonio más larga que jamás se haya oído. Y el anillo más grande —lo tocó en broma sobre cada hombro, de la forma en que una reina hacía cuando nombraba caballero a algún súbdito y dijo—: De pie, *sir* Finn O’Keeffe James. Acabo de promoverte a la aristocracia para que puedas pedirme en matrimonio como es debido y dejemos lejos esa tontería de los *humildes*.

Él la abrazó, riéndose.

—Dios mío —preguntó Finn levantando los ojos al cielo—, ¿por qué no la conocí antes?

—¿Antes de qué? —le preguntó ella.

Pero él se encogió de hombros y dijo:

—No me has contestado.

—Aún no me lo has pedido como es debido.

—Ciel, ¿te casarás conmigo? —le preguntó a gritos.

—Sí, maldición —gritó ella, y se abrazaron riéndose.

Ciel puso el anillo de compromiso en una cinta y se lo colgó del cuello, escondiéndoselo debajo del vestido hasta que reuniera coraje para decirle a Lily que se iba a casar con Finn.

Pocos días después, pareció encontrar el momento apropiado. Finn estaba en Nueva York, Dan en Washington, y ellas dos estaban solas.

Ciel se colocó el anillo y fue con su hermana y con Liam a dar un paseo por el Common. Observó a Liam golpeando una pelota y a su hermana tratando de no correr tras del niño cada vez que este se caía.

—No puedo soportar que se lastime —dijo Lily—. Dan siempre le dice, «Levántate, no hay por qué llorar. Es solo un rasguño» y yo siempre corro a buscar yodo y vendas, termómetros y besos.

—Eso es amor —le dijo filosófica Ciel—. Y hablando de amor...

Lily la miró recelosa.

—¿Qué hay sobre el amor?

Ciel extendió la mano izquierda. La esmeralda brillaba como hielo verde a la luz del sol.

—Finn me pidió que me casara con él —dijo Ciel, con los ojos tan brillantes como los diamantes del anillo.

Lily sintió un golpe en su corazón; se volvió sin palabras y corrió tras Liam. Lo tomó en brazos y lo abrazó muy fuerte, luchando por no llorar.

—El bastardo, oh, el traicionero bastardo —se repetía una y otra vez—. ¿Cómo puede hacerme esto? ¿Cómo puede llegar hasta esto?

—Lily —dijo Ciel suplicante, pero ella la ignoraba, abrazando muy fuerte a su hijo.

—Lily, no comprendo. ¿Por qué estás tan molesta? ¿Qué hay de malo en que me case con Finn? Después de todo, tú te casaste con su hermano. Yo tenía la esperanza de que estarías encantada.

Lily se volvió. Estaba demasiado herida como para seguir llorando. Si a Finn no le importaba qué armas usaba contra ella, entonces tampoco a ella. En el amor y en la guerra, todo servía. Le dijo con desesperación:

—No puedes casarte con Finn.

Asombrada, Ciel sacudió la cabeza. Liam lloraba, pero por una vez Lily no se daba cuenta.

—¿Pero por qué razón? —le rogó—. Dime simplemente una buena razón.

—La tienes ante ti —le dijo Lily con una vocecita sin emoción alguna—. Este es el hijo de Finn.

Ciel miró a su hermana y luego a Liam. Pudo comprobar que Lily decía la verdad.

—Bueno, has vuelto a hacerlo, Lily —le dijo con amargura, tratando de detener su corazón para que no le saltara por la garganta y la ahogara. Después, se volvió y se fue caminando con paso ligero por el Common.

Maudie.

Ciel dijo que sus baúles estaban listos y que se marcharía en tren hacia Nueva York aquella misma noche, sin mucha despedida.

Lily se había encerrado con llave en su habitación, pero de todas maneras, Ciel no deseaba verla. Ya no le importaba si no volvía a ver a su hermana. Partió para Inglaterra a la mañana siguiente en el *Etruria*, el mismo transatlántico en el que había llegado tan llena de alegría hacía unos meses. Y dos semanas más tarde ya había regresado a Ardnavarna, lamiéndose las heridas.

Ciel, mi querida Mami, fue según ella cuenta una mujer apasionada. Amaba la vida, a los hombres y el amor. Pero jamás se enamoró de la forma en que lo había hecho de Finn, y ella me lo confesó cuando me contó la historia. Ni siquiera de Jack Allerdyce, el hombre con el que finalmente contrajo matrimonio, y que fue mi padre.

Oh, ella lo amaba mucho; él la hacía reír y fueron grandes compañeros. Les gustaban casi las mismas cosas: los caballos, la vida de campo, los viajes al extranjero, los automóviles veloces y las fiestas. Pero ella jamás volvió a sentir por nadie esa emoción que detiene el corazón como lo sintiera con el traicionero Finn O'Keeffe.

Se guardó por supuesto el anillo, como recuerdo.

—Para recordarme que casi me convierto en una maldita tonta —decía.

Hice un gesto con la mano debajo de la lámpara y la esmeralda de Finn brilló junto con todos los diamantes. Shannon y Eddie dejaron escapar exclamaciones al ver aquello.

—Es una parte de historia —dijo Shannon sin aliento.

Pero inteligentemente Eddie preguntó:

—¿La enamoró él para vengarse de Lily? ¿O realmente la quería?

—Ah —dije misteriosa—. Desafortunadamente, muchacho, eso es algo que jamás sabremos. Mami dijo, cuando años más tarde lo analizó, cuando volvió a tener cordura, así lo expresó ella, que pensaba que tal vez, después de todo, la había amado. Pero, por supuesto, no había forma de hacer retroceder el tiempo y tal vez fue lo mejor, porque todo se estaba transformando en una tragedia griega con todas esas relaciones entre familia.

»De modo que jamás sabremos si Finn amaba a Ciel. Siempre pensé que lo hizo, pero ustedes deben decidir solos qué es lo que realmente sucedió.

Capítulo 45

Boston.

Dan O’Keeffe pensó que era muy extraño que su cuñada se hubiera marchado tan repentinamente, aunque Lily trató nerviosa de quitarle importancia, diciéndole que de pronto ella había echado de menos su casa.

—Sospecho que fueron las luces de Londres y cierto joven al que añoraba —le dijo ella.

—¿Con toda la diversión que tenía en Nueva York? —dijo Dan, asombrado—. Y Finn que la divertía y le presentaba a una docena de buenos jóvenes que podían casarse con ella. Aunque ahora que lo pienso, no estoy tan seguro de que Finn deseara eso.

Dan recordó la forma en que Finn había buscado la compañía de Ciel y la forma en que esta lo miraba, con ojos brillantes, de la forma en que siempre deseó que Lily lo mirase a él. Pensó que tal vez su hermano había deseado tener a Ciel para él.

—Finn está en el fondo de todo esto —dijo con certeza—. Cualquiera tonto podía ver que ella se estaba enamorando de él y de su encanto irlandés. ¿Crees que tal vez pudieron pelearse? Por Dios, si la trató mal, le daré una buena paliza.

—Estoy segura de que no tiene nada que ver con Finn —protestó Lily con demasiada rapidez.

—Bueno, yo no lo estoy. —Dan fue hasta el aparador y se sirvió una generosa medida de *whisky*—. Maldición —rugió, tomando el trago de un solo sorbo—. Te diré, Lily, que si se ha marchado por culpa de Finn, él se encuentra en problemas. Has estado esperando todos estos años para volver a verla y ahora el muy bastardo la envía volando a su casa. Simplemente no puede evitar mantener las manos lejos de ninguna mujer, ese es el problema de Finn. Tiene una fila de ellas en Nueva York. Potrancas, las llama. Y supongo que pensó que habría sido un triunfo para él añadir a Ciel a su lista.

—Él siempre ha sentido celos de ti, Dan —dijo Lily, incitándolo. Si no podía hacerlo ella sola, entonces deseaba que Dan golpeará a Finn. Deseaba ver que Finn tuviera rota la nariz, y tal vez uno o dos dientes de aquella sonrisa tan llena de seguridad de su hermoso y ladino rostro.

—¿Celoso? —Dan se sirvió otra medida de *whisky*, mirándola, sorprendido.

—Por casarte conmigo. La hija de la Casa Grande. Tú sabes que él siempre pensó que me gustaba. Bueno, yo te elegí a ti, de modo que él le hizo el juego a mi hermana. Él está celoso de ti, Dan, ¿no lo ves? Con todo tu éxito y casándote además conmigo. Él deseaba casarse con Ciel para poder ser como tú...

—¡Y yo mismo pensé que era una idea buenísima! —Se golpeó la frente con una

mano, demostrando la agonía del remordimiento mientras bebía su *whisky*—. ¡Espera! —De pronto pensó en algo—. ¿Me estás diciendo que él también intentó jugar contigo, Lily?

Él la miró, con el rostro enrojecido y los grandes puños cerrados.

—No. Oh, no, él jamás hizo eso —le dijo con prontitud—. Siempre supo que yo te preferí a ti, Dan.

—No sabía que tú lo habías visto antes de encontrarme a mí —le dijo de pronto lleno de sospechas.

—Bueno, yo... solo una o dos veces —admitió Lily con reticencia—. Él vino a hablar con John sobre unos libros que había heredado de Cornelius James.

—Tú jamás me lo habías contado —le dijo mirándola con dureza.

Lily sabía que se estaba metiendo en aguas peligrosas y esa no había sido su intención. En el tono impaciente y altanero que ella siempre parecía estar usando con él en esos días, dijo:

—No es nada. No fue nada importante, eso es todo.

Los ojos de Dan la siguieron cuando caminó rápidamente hacia la puerta. Lily dijo:

—No te preocupes. Ciel regresará pronto. Simplemente necesitaba regresar por un tiempo a Ardnavarna. La muerte de Pa la afectó más de lo que demostraba.

—¿Adónde vas? —le preguntó él, siguiéndola hasta la puerta.

—Me iré a cambiar para la cena. Jesús, Dan, estás actuando como si fuera el fin del mundo porque Ciel se marchó repentinamente. Te dije que no sucedía nada.

Ella salió por la puerta, haciendo ruido con sus faldas, y él la observó pensativo mientras lo hacía. Luego regresó al aparador y se sirvió otro trago. Miró el reloj. Las siete y media. Finn estaría aquí a las ocho. No podía esperar para verlo.

A las ocho en punto, Finn subió ansioso las escaleras y tocó el timbre. Sonrió, sorprendido cuando su hermano abrió la puerta en lugar de hacerlo la criada.

—¿Problemas de personal, Dan? —le preguntó, entrando al recibidor—. En esta casa seguro que no. ¿No cobra aquí la gente más que en cualquier casa de Boston? ¿Y con mejores horarios y condiciones de trabajo? —Se rio, echando el abrigo sobre la silla y rodeando a su hermano por los hombros.

»Estás como si hubieras bebido más de la cuenta —le dijo Finn, entrando al comedor y mirándolo con mayor detenimiento—. Y más de una copa, diría yo.

—No tantas como para no saber lo que digo —dijo Dan con expresión de piedra en el rostro.

Finn lo miró sorprendido.

—Me gusta oír eso, amigo; estoy aquí para tener una conversación civilizada, no para oír las estupideces de un político irlandés borracho.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Dan se paró amenazador hacia él y Finn dijo con prontitud:

—Es solo una broma, Dan, eso es todo.

Dan se sirvió otro trago y no invitó a Finn. Finn lo observó con preocupación. Había tensión entre ellos y el cabello de la nuca se le encrespó a modo de advertencia. Algo sucedía y esperaba que no fuera lo que estaba pensando.

—¿Dónde está Ciel? —preguntó mirando el reloj, tratando de dilatar la situación—. Siempre me está esperando.

—Ya no lo hará. Ciel hizo sus maletas y se fue esta tarde. Regresa a Ardnavarna. O más precisamente, se escapó de ti.

—No puedes estar hablando en serio —dijo Finn con tranquilidad. Sorprendido, Dan pensó que parecía como un hombre al que le habían dado un golpe.

—Seguro que sí. Pregúntaselo a Lily. Y tal vez ella te dirá la razón de que se haya ido, aunque a mí no me lo dice.

—Nos habíamos comprometido para casarnos —dijo Finn—. Le compré un anillo...

—Ella nunca me dijo nada de eso. Y por lo que yo sé, no se lo dijo tampoco a su hermana. Pero de pronto estoy descubriendo un montón de cosas que yo no sabía sobre Lily.

Lily apareció en la puerta. Estaba impecablemente vestida con seda azul y perlas, con el cabello perfectamente recogido en un moño. Los ojos de los dos se fijaron en ella cuando caminó indiferente por la habitación y se sentó en una silla, junto a la ventana.

—Hace mucho calor esta noche —dijo abanicándose.

—Lily, ¿qué has hecho? —le preguntó exigente Finn.

—No sé de qué me hablas —ella se sobresaltó cuando él se acercó hacia donde se encontraba, viendo una rabia amarga en sus ojos. Dijo rápidamente—: Ciel dijo que sentía no despedirse. Simplemente echaba mucho de menos su casa. Es perfectamente comprensible, ya que ha pasado muy poco tiempo desde la muerte de Pa.

—Eso no es verdad y tú lo sabes —le gritó enojado—. Ciel me amaba. Estábamos comprometidos para casarnos. Ella jamás se habría marchado sin hablar conmigo primero.

Ella lo miró con ojos asustados.

—A menos que tú hayas puesto tu mano en esto, Lily. Provocando problemas como siempre.

—No sé de qué hablas —le repitió—. Solo tú sabes lo que sucedió entre Ciel y tú. Dan dice que tienes una fila de *potrancas* en Nueva York. Ciel sabía eso, y simplemente no deseaba contarse entre tus *trofeos*.

—¿Le dijiste a ella eso? —le preguntó, parado amenazante por encima de ella.

—Maldición, no, no lo hice. No sé cómo lo averiguó. Pero ¿cómo esperas que una dama, una Moiyneux, se comporte ante algo así? ¿Esperas que simplemente se siente aquí y sonría como una buena esposa campesina y diga que no le importa?

—Estás mintiendo, Lily —rugió Dan. Estaba de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados, mirándolos a los dos con rabia—. Ciel no sabía lo de las mujeres

de Finn ni tampoco tú hasta que yo te lo dije hace tan solo un rato. ¿Qué sucedió exactamente entre tú y Ciel? Vamos, Lily, ¿por qué no nos lo cuentas? Sácanos a ambos de esta miseria, ya que algo sucede aquí y ¡yo estoy decidido a averiguarlo! —Golpeó con un puño la mesa, haciendo caer con el golpe un plato que se hizo mil pedazos.

—Lo has vuelto a hacer, ¿no es así, Lily? —le dijo Finn con amargura—. Pensaste que todavía estábamos jugando y ahora era tu turno de ganar. Bueno, déjame decirte, mi querida Lily, que tú jamás ganarás. Siempre serás una perdedora. Pensé que Ciel era la persona que realmente amabas. Pero estaba equivocado. Ni siquiera la preciosa y pequeña Ciel pudo soportar estar a tu lado.

Se volvió y caminó hacia la puerta, pero Dan le bloqueó el camino.

—¿De qué se trata todo esto? —le preguntó enojado.

—Pregúntaselo a tu esposa —dijo Finn, haciéndolo a un lado. Atravesó el recibidor y fue hacia las escaleras.

—¿Adónde vas? —le gritó Dan.

—Pregúntaselo a tu esposa —le repitió Finn, camino de la escalera.

Lily corrió tras él. Lo vio en el descansillo de la escalera y supo adónde se dirigía.

—No —gritó, corriendo tras él—. No, Finn.

—¿Adónde va? —preguntó Dan asombrado—. ¿Qué sucede?

—Detenlo, Dan, detenlo —lloraba Lily—. Se llevará al niño.

Dan corrió por las escaleras detrás de ellos. Tomó a Lily de los hombros.

—¿Por qué quiere a Liam? —preguntó, pero no tuvo necesidad de la respuesta: la leyó en los ojos de su mujer.

La apartó a un lado y corrió por las escaleras tras de su hermano. Finn estaba parado junto a la cama de Liam, mirando al niño que dormía. Sus hombros estaban caídos y parecía un hombre que acababa de perder todo lo que más le importaba en la vida.

—Quítate de ahí —le dijo Dan entre dientes—. Sal de este cuarto, bastardo.

Finn se encogió de hombros cansado. Dan por fin lo sabía. Él tenía su venganza y no era dulce. Salió por la puerta y caminó por el pasillo. Con un gran rugido, Dan corrió tras él.

—Por Dios, te mataré —le gritó—. Dije que lo haría por Ciel, pero ahora es por Lily.

—¿Porqué no nos haces un favor a los dos y matas a Lily en mi lugar? —le gritó Finn, parado en la parte superior de la escalera, esperándolo—. Ella es la que debería pagar por todo este lío. No tú ni yo.

Dan se quitó la chaqueta y levantó los puños, haciendo círculos con ellos, lleno de una furia incontenible. Finn hizo lo mismo.

—Vamos, viejo borracho —le dijo. Dan cargó contra él como un toro embravecido: los enormes puños estaban hechos un nudo y el rostro era de color púrpura por la rabia.

La sangre manaba de la nariz rota de Finn y de una herida encima de un ojo. Sabía que no podría ganar; Dan estaba lo suficientemente borracho y enfurecido como para matarlo.

—Está bien, Dan, está bien —le dijo, secándose la sangre y retrocediendo por las escaleras, temeroso de quitarle los ojos de encima—. Tú ganas. Los honores son todos tuyos. Y también Lily. Pero un día regresaré en busca de mi hijo.

Dan dejó escapar un aullido de dolor. Se lanzó contra su hermano y Finn oyó a Lily gritar cuando él se apartó rápidamente de su camino, observando horrorizado cómo Dan pasó a su lado con los brazos extendidos, rodando por la hermosa escalera hasta que cayó con un golpe seco al pie de estas y quedó allí tendido.

Finn bajó las escaleras y miró a su hermano. Luego, miró a Lily que estaba de pie en silencio sobre el primer descansillo, con una mano tomándose ansiosa el pecho. Tomó el teléfono y llamó al médico, diciendo que había habido un accidente y que era urgente. Miró con tristeza a su hermano inconsciente y luego caminó hacia la puerta.

—Adiós, Lily —le dijo con frialdad—. Y no lo olvides —añadió—, un día regresaré en busca de mi hijo.

Lily lo observó marcharse. Sabía que hablaba en serio cuando decía, esta vez, adiós. Todo había terminado entre ellos, pero ahora había comenzado la guerra por el hijo. Miró a su marido que yacía al pie de las escaleras y de pronto se dio cuenta de que no se había movido.

—Dan —gritó, cayendo de rodillas a su lado. Tenía los ojos en blanco, su rostro estaba muy pálido y respiraba con agitación. Llena de presentimientos, se arrodilló a su lado y le tomó la mano fría entre las suyas, esperando.

En el hospital, se sentó entumecida en la atestada sala de espera, mientras hacían lo que podían por su marido, pensando en Finn y preguntándose qué le sucedería a ella ahora.

Cuando Dan recobró el conocimiento, descubrió que tenía fracturas múltiples en su pierna izquierda y que se sospechaba que tenía rota la columna vertebral. Aun cuando estaba muy enfermo, recordaba con claridad lo que había sucedido y se encendió de furia contra Lily.

—Que esa mujer no cruce la puerta —les dijo a las aterrorizadas enfermeras.

Una semana después, enfundado desde el cuello a los pies en yeso, tuvo una larga conversación con el Padre O'Byrne de San Esteban, y agradeció al cielo no haberse casado con Lily por la Iglesia Católica. Contrató a un hombre para hacer averiguaciones sobre el pasado de su esposa y lo que descubrió le sorprendió, ya que no era lector de la chismografía de los diarios. Pocas semanas más tarde comenzó los procedimientos de una demanda de divorcio contra su esposa por adulterio.

Lily recibió los papeles de manos de un empleado judicial de rostro sombrío. Le

dijo con frialdad que se retirara o que enviaría a buscar a la policía, se llevó los papeles a su habitación y se quedó sin habla cuando vio el nombre del remitente. Sabía por qué lo había hecho Dan; como político estaba evitando un escándalo, y mantenía limpio el nombre de su familia al no nombrar a su hermano. Preguntándose qué pensaría su madre si la viera a ella ahora, rompió a llorar, no sabiendo qué había hecho de malo.

Al día siguiente su criada personal empaquetó sus cosas y, con la niñera y Liam, regresó a su casa de la calle Mount Vernon.

—Después de todo, es mejor que Liam crezca en la casa de su padre —se dijo consolándose, eliminando al verdadero padre del niño de su mente con un solo golpe maestro, de la misma forma en que había podido eliminar a Dermot Hathaway y a su otro hijo durante todos estos años. Liam era suyo. Él le pertenecía a ella y a nadie más. Dejaría atrás su malvado pasado y dedicaría su vida a criarlo. Sería una madre ejemplar, como lo había sido su adorable Mami. Colocaría su nombre en los mejores colegios y él seguiría los brillantes pasos académicos de su padre en Harvard.

Lily se imaginaba a sí misma como la madre de un brillante profesor, invitando a sus colegas a cenar de la misma forma en que John lo había hecho. Se dijo a sí misma que ahora que había recogido los pedazos de su vida, tal vez esta no sería tan mala después de todo. Ella tenía esta hermosa casa, dinero, libertad y a su hijo. Nadie se lo quitaría de su lado.

Visitó a su abogado para asegurarse de que el nacimiento de Liam estuviera bien registrado y dijo que deseaba hacer su testamento. Le dejaba todo a su hijo y eventualmente a los hijos de este, y así a perpetuidad.

Había perdido todo lo que amaba, salvo a su hijo, y ahora se estaba asegurando de que Finn no pudiera reclamar a Liam como suyo y quitárselo.

Ned era el único amigo que le quedaba. Hacía mucho tiempo que no le veía y no sabía dónde se encontraba, pero conocía a su representante, Harrison Robbins, y su hábito de desayunar en Delmonico cuando estaba en Nueva York, de modo que lo llamó por teléfono allí.

Harrison soltó un gruñido cuando oyó la voz autoritaria de Lily; había pensado que se habían librado de ella cuando se casó.

—Ned es ahora un hombre de familia —le dijo a Lily con frialdad—. Tiene una esposa y un hijo que cuidar y otro en camino, además de una nueva gira que será muy ajetreada, incluso para un hombre con el temperamento de Ned. Se está tomando un merecido descanso y nadie sabe dónde se encuentra.

—Debo verlo. Algo ha sucedido... Debo hablar con él, Harrison. Es urgente.

Este gruñó. Cuando Lily deseaba algo, siempre lo obtenía. Le prometió darle a Ned el mensaje.

—¿Que sucede? —le preguntó preocupado cuando Harrison lo llamó a Nantucket.

Harrison se encogió de hombros indiferente.

—No lo sé, y si deseas saber mi opinión, eres un maldito tonto si vas a averiguarlo.

Debería haberse ahorrado el esfuerzo: Ned fue de todas maneras.

Ella estaba sola en la gran casa. Se la veía tranquila y serena y para nada enloquecida como ella le había dicho a Harrison. Ned se sentía lleno de tensión por su suerte; todo el tiempo en el tren había pensado que tal vez estaba enferma o que le había sucedido algo a su hijo. Estaba seguro de que sería algo terrible y se sintió débil por el alivio al ver que ella parecía estar bien.

Lily sirvió té, en unas bonitas tazas chinas llenas de flores.

—Necesitaba a alguien con quien hablar, y tú eres mi único amigo —le dijo—. Además, hay algo que deseo decirte. —Estaba por decir «antes de que la justicia te encuentre». Pero no tuvo coraje y en lugar de ello preguntó—, ¿cómo está tu esposa?

—Bien. Espera al bebé para dentro de un par de meses. Jura que será una niña. — Se sirvió un emparedado.

—Tiene suerte Juliet —dijo con tristeza. Sabía que no podía posponerlo más. Dijo —: Dan me demanda por divorcio. Me acusa de adulterio y tengo miedo de que te involucre a ti.

Asombrado, la miró.

—Pero no es verdad. Tú y yo estuvimos juntos antes de que te casaras con él. Nunca después.

—¿Estas preparado a ir a la corte y testificar por ello? —le dijo llorando—. Ya que te digo, Ned, que yo no lo estoy. Dan intenta divorciarse de mí y usará todos los medios para conseguirlo. Él es la parte damnificada, y si me culpa, se producirá un escándalo. Si tú y yo nos defendemos, deberemos testificar en un juicio abierto. Tú sabes cómo es la prensa: todos los sabrosos datos de tu vida y la mía aparecerán en las primeras planas de los diarios.

Se volvió con ojos suplicantes.

—Piensa en nuestros hijos. ¿Cómo podemos hacerle esto a ellos? ¿Por qué no dejar que Dan obtenga su divorcio en paz? Será cosa de un día. Me llevaré a Liam de vacaciones por un tiempo y para cuando regresemos, todo se habrá acabado.

»Por favor, Ned —le tomó una mano y la llevó a su mejilla fría—. Por favor. Si aún me amas.

Ned pensó en el escándalo que debería afrontar, ya que él era quien era, ante los ojos del público. Pensó en su esposa y en sus hijos, en lo que les costaría a ellos. Y luego miró a Lily, sola e indefensa, sin nadie a quien recurrir. Su corazón se llenó de amor por ella y, como siempre lo había hecho, sabía que haría lo que le pidiera.

Lily suspiró aliviada. Ahora la gente pensaría que Ned era su amante. Jamás la vincularían con el nombre de Finn y Liam estaría a salvo.

Ned regresó a Nueva York y le dijo a Harrison lo que sucedía.

—El caso no será apelado —continuó, sin mirarlo a los ojos.

—¿No será apelado? Pero maldición, Ned, tú no has estado con esa mujer...

Ned se encogió de hombros.

—Así será —le dijo, con los labios apretados—. El caso probablemente saldrá a la luz cuando esté lejos de la ciudad, de modo que deseo que cuides de Juliet por mí.

—¿*Que yo se lo diga* es lo que quieres decir? Debes estar loco. Me matará a mí en lugar de a ti.

Ned le sonrió.

—¿No es para eso para lo que sirven los representantes?

Dan pasó cuatro meses en el hospital y cuando salió lo hizo en una silla de ruedas. Le costó otros cuatro o cinco meses de apretar los dientes con decisión y dolor, además de un duro empeño el volver a caminar, aun cuando debió hacerlo con un bastón. Sus amigos, colegas y la gente del Extremo Norte que le habían dado sus votos, agitaban la cabeza con lástima cuando lo veían cojear.

—Esto es triste, en un tipo tan bueno como él —decían comprensivos—, y tan lleno de éxito y apuesto. Y ahora tiene a una ramera por esposa con la que lidiar.

Finn se enteró del divorcio por los diarios. No pudo dejar de hacerlo, estaba en todos los titulares de las primeras páginas de los diarios de toda la ciudad, con el rostro apuesto de Ned Sheridan que era culpado de ser el rufián que le había robado la esposa a otro hombre. No había fotos de Lily, aunque sí mencionaban que había sido la señora Adams, una rica viuda de Boston, cuando se casara con Dan.

Echó los periódicos al cesto de los papeles y se colocó la cabeza entre las manos, pensando en Lily, en su hermano medio inválido como consecuencia de este torpe accidente. Dan se había negado a recibirlo. No le había hablado a su hermano desde aquella noche y él dudaba que alguna vez volviera a hacerlo.

Capítulo 46

Maudie.

Ardnavarna.

Sacamos a la bahía una vieja lancha con un motor fuera borda, que mantenía sus partes unidas con pegamento y alambres, pero me había durado medio siglo y yo no veía razón para que no durara otro.

—Seguro como una casa —le dije alegre a Shannon cuando vi la duda en su rostro—. Además, iremos solo un corto trecho y tú podrías regresar nadando.

—¿Y qué sucederá con usted? —me preguntó preocupada.

—Yo lo miro de esta manera —le dije—. Si Dios va a enviar por mí, entonces lo hará cuando Él lo decida y no yo. Además, conozco esta lancha y estas aguas como mi cara, ya que tienen la misma cantidad de onditas y arrugas en ambas superficies.

—Es una fatalista —me dijo Eddie con una sonrisa—. Pero no hay necesidad de preocuparse, Dios no se la llevará con sus muletas hoy. Yo soy de California y nado desde mi primer año de vida. Yo la salvaré.

Comenzó a hacer arrancar el motor y este gruñó una o dos veces; luego cobró vida y salimos a pescar nuestro almuerzo en un lugar que yo conocía al Este de la bahía, dejando a los perros sentados desconsolados sobre una roca, aullando a la brisa como un par de sirenas manchadas que intentaran seducir a los marineros hacia su reino.

La mañana era muy cálida, con el sol que brillaba de vez en cuando sobre las aguas, adorablemente azules como si fuera el Mediterráneo, con la estela pequeña que levantaba olas, todas ellas brillantes.

Shannon colocó sus largas piernas sobre el borde y se colocó el viejo sombrero de paja de Mami sobre el rostro para protegerse de los rayos solares. Mi sombrero lo uso solo por vanidad, ya que es demasiado tarde para preservarme de algo. Es azul, de ese color aguamarina oscuro que pensé haría juego con el color que el mar tenía ese día. Tenía alas anchas, levantadas de un lado y sujetas por un alfiler negro con una flor de seda de color rosa. Lo compré hace años para una de las bodas de Molly, debió ser hacía 1950, supongo, aunque se sentirán complacidos de saber que no vestía el resto del atuendo de la boda. Estaba adecuadamente ataviada con pantalones marineros que había comprado en Saint Tropez en 1966. Me olvidé de cuántos años tenía entonces y no me interesa molestarme en calcularlo, pero fue durante el tiempo de la «revolución de la juventud», y, créanme, no tenía intenciones de perdermela.

Le conté a Eddie y a Shannon la historia de cómo estuve en el yate de una persona famosa: era un hombre importante del mundo de las carreras y a menudo me encontraba con él en Irlanda, en Punchestown y Liopardstown. Tenía una maravillosa

yeguada. Una vez me vendió un semental, y ese es siempre un gran vínculo entre la gente amante de los caballos. Me atrevería a decir que me invitó a su yate para un crucero por el Mediterráneo tanto para que me divirtiera, como por mi apariencia a la moda. Ya que, tal como antes les dijera, a los irlandeses jamás nos faltan historias. En realidad, debemos contenernos en civilizada compañía, a menos que monopolicemos la conversación.

De todos modos, en 1966, yo tenía más años de los que me habría gustado tener, lo que parece ser la historia de mi vida, y el firme convencimiento de que ninguna mujer con más de treinta y nueve años debería mostrar más de cinco centímetros por encima de la rodilla, aun cuando tuviera bonitas piernas.

Por supuesto, todas las insolentes muchachitas tenían faldas del ancho de una cortina, que enseñaban los muslos y a veces más, y decidí que no había posibilidad de competir, de modo que me fui de compras a algunas de esas elegantes *boutiques* que quedan en calles interiores y me compré estos maravillosos pantalones marineros. Me sentaban como un guante, y los combiné con una camisa tan delgada como el aire, con las mangas enrolladas y las colas atadas en un nudo sobre mi cintura desnuda. Llevaba un gran sombrero de paja y unas gafas grandes y oscuras, todo acompañado por unas alpargatas que usaban mucho en el pueblo. Créanme si les digo que instituí una moda. Pronto, todos en esa pequeña ciudad lucían camisas ligeras y pantalones marineros, todos salvo las insolentes muchachitas que no deseaban abandonar los muslos por moda.

Yo estaba con un hombre, un industrial italiano y gran seductor. Era, para decirlo con delicadeza, *un amigo especial*, y atractivo en el estilo macho. Poseía el poder y el dinero que conferían encanto a un hombre mayor, pero también tenía un invencible poder de seducción y un terrible sentido del humor. Hacía diez años que nos veíamos de vez en cuando y siempre disfrutábamos de nuestra mutua compañía. Yo hablaba su idioma y él el mío, de modo que nos llevábamos bien. Hasta que llegó esta pequeña señorita. Creo que alguien del barco vecino la encontró sentada en un café del puerto, bebiendo un Pernod y mirando con codicia la vida y los hombres de los grandiosos yates que se mecían delante de ella.

De todas maneras, antes de que se diera cuenta, la habían recogido y subió a bordo de uno de los más grandes. La invitaron a tomar cócteles. Reconoció a mi amigo por sus frecuentes apariciones en las columnas sociales de los diarios y miró en línea recta hacia él. Tenía dieciocho años, era rubia y terriblemente exuberante. El italiano era una presa fácil para sus enormes ojos que cortaban la respiración y estaban marcados de admirables artimañas.

Yo jamás había sido *exclusiva* para él, ni él para mí, simplemente manteníamos una *amistad*, pero ella y su acompañante se quedaron a bordo para la cena y ella me hizo a un lado a codazos para terminar sentándose a su lado, mientras que a mí me dejaron con su pareja, que era un hombre muy amable pero con el cual no tenía nada en común. La pequeña ladina me había robado a mi italiano, con su mano

descansando sobre su muslo, mirándolo con adoración y echándome miradas de triunfo, mientras yo intentaba seguir manteniendo una conversación civilizada.

Admito que debido un poco a mi resentimiento y tal vez a un exceso de champán, tropezó *por accidente* cuando regresaba a la explanada, se resbaló y fue a parar a las cargadas aguas del puerto. Nos reunimos en la baranda para mirar mientras su acompañante se zambullía para rescatarla, aunque ella podría haber nadado perfectamente bien si no hubiera estado tan enojada. Yo me sentí satisfecha de ver que ya no estaba tan espléndida con la máscara de maquillaje que resbalaba por su rostro y escupiendo restos de cigarrillos de su pequeña boquita.

Pero hay un final feliz para esta pequeña aventura; un año después me enteré de su matrimonio con un corredor de coches que había conocido en una discoteca, hijo de un multimillonario alemán. Ella terminó con la grandeza de una dama, como jamás se había visto en Munich, con castillos en Baviera y un yate propio. Tuvo cuatro hijos y se hizo famosa por sus trabajos en obras de caridad, en especial para jóvenes no afortunadas.

Eddie se rio tanto de mi historia que casi se cae a las aguas de la bahía, pero a mí se me puede perdonar cualquier cosa, porque soy mujer y soy mayor.

No había nada en nuestras redes, de modo que nos quedamos holgazaneando, admirando el paisaje y la vista a lo lejos de Ardnarn, a través de los árboles. Era extraño ver la playa desde el agua en lugar desde donde habitualmente galopábamos.

—Si estáis aburridos —sugerí—, puedo contaros lo que hizo Lily después de aquello.

Shannon se sentó derecha.

—No estoy aburrida —dijo con ansiedad—, pero no puedo esperar a saberlo. Quiero decir, ¿volvió a ver a Finn? ¿Y qué sucedió con Ciel?

—Todo a su debido tiempo —dije, levantando una mano de contención y admirando mi nuevo esmalte color coral.

—Continuemos —dije—. Lily adoraba a su hijo y casi lo asfixiaba con afecto y cuidados maternos. Era un hermoso muchachito, un poco sometido, y era guapo de una manera un tanto delicada. Y uno debía preguntarse si realmente era delicado o si esa era la forma en que a ella le gustaba, ya que significaba que se mantenía a su lado. Lily le dedicaba sus días, siempre pendiente de su futuro, planificando su educación y, por supuesto, no había dudas de que debería ir a Harvard. Aun así, un niño pequeño no era lo suficiente como para llenar los días de la vida de una mujer y, en especial, sus largas noches. Y Lily se sentía sola. Además estaba cargada de culpas.

»En un esfuerzo por redimirse, tanto ante sus ojos como ante los del Señor, volvió a hacer obras de caridad. ¿Recordáis los diez mil dólares anuales de Porter Adams en beneficio de las pobres irlandesas del Extremo Norte? Bueno, ella contribuyó aún más y esta vez, en memoria de su madre, llevando canastas de alimentos a los enfermos y necesitados. Se ponía un vestido sencillo y salía a trabajar, visitando

hospitales, escuelas y cocinas populares, decidiendo sola cómo se debía distribuir su dinero de caridad. Y a los irlandeses les gustaba; era una gran dama y ellos lo sabían, pero no se daba aires y ella los comprendía. La educación era su prioridad, ya que sabía que sin ella aquellos niños andrajosos de los barrios pobres estaban tan condenados como sus padres. Trajo maestros, otorgó becas, y consideraba un logro personal cuando uno de “sus hijos” lograba salir del colegio e ir a la universidad.

Boston.

Agotada del calor del verano en Boston, Lily compró una casa de campo en la costa norte de Long Island, en la zona cerca de Manhasset, conocida como el *Canal Irlandés* por que muchos irlandeses ricos tenían allí sus propiedades. Le puso el nombre de Granja Adams y se mudó allí con Liam y su personal, y comenzó a invitar a sus vecinos.

Por supuesto, no era una *granja* propiamente dicha; en algún rincón había pollitos y gallinas que ponían huevos frescos y también un burrito que le hacía compañía al *pony* de Liam. Para su alegría, finalmente volvía a tener establos y los llenó con los más finos caballos que el dinero de los Adams pudo comprar. Recorría a caballo la propiedad, con su hijo de seis años montado en el *pony*. Volvió a sentirse feliz y libre. Pero jamás se permitió olvidar la amenaza de Finn.

Tenía treinta años recién cumplidos y era todavía hermosa; estaba siempre perfectamente ataviada, ya fuera para cabalgar por los bosques o para una cena importante, y cuando tenía invitados, era la mejor de las anfitrionas.

Leyó en el Boston Herald que Dan había vendido la casa de Back Bay y que se había construido una mansión en las afueras de Washington, en Maryland. Decían que era una miniatura de la Casa Blanca y que Dan se presentaba como candidato al Senado. También se decía que por estos días estaba confinado a una silla de ruedas a causa de una vieja afección que tenía en la espalda. Las lágrimas le quemaron los ojos cuando recordó aquella horrorosa noche y como siempre deseó hacer retroceder el tiempo. Recordó a su exasperada madre diciéndole una y otra vez: «¿Cuándo aprenderás alguna vez que no puedes hacer retroceder el tiempo? Hiciste lo que hiciste y es culpa tuya». Y pensó con tristeza que, cuando muriera, esas palabras deberían ser grabadas en su lápida.

Estaban de regreso en Boston cuando una noche se sorprendió al oír el timbre de la puerta. Estaba en su pequeña salita del piso superior haciendo un trabajo de aguja para tratar de llenar el tiempo, de la misma forma en que llenaba la tela con las lanas de color. Liam se estaba preparando para ir a dormir y ella iría a despedirse con un beso. Luego, regresaría sola a su habitación hasta que amaneciera nuevamente.

La criada vino y le dijo que un joven deseaba verla. Era un muchacho *rudo*, dijo nerviosa, de modo que lo había dejado esperando afuera.

—Dice que se llama John Wesley Sheridan, señora —agregó.

—¿Sheridan? —repitió Lily impresionada.

—Es un muchacho grandote, señora; yo diría que tiene unos dieciséis años.

Lily supo que su peor pesadilla se estaba haciendo realidad. Su hijo había venido a buscarla. Ella corrió hasta la ventana y lo espió en la calle, pero no había señales de él.

Asustada, se dijo que el muchacho no tenía nada que ver con ella. Él no era parte de su vida. Era el pasado. Una foto del rostro ladino de Dermot Hathaway apareció ante ella y recordó el cuerpo de aquel hombre encima de ella, sus manos crueles, el dolor y la humillación. Deseaba gritar. Se volvió a decir a sí misma que el producto de tal unión no tenía derecho a tener una madre.

—Dile al muchacho que no le conozco y que no le recibiré —le dijo a la criada.

Su voz le temblaba y la criada la miró preocupada.

—Solo dile lo que te acabo de decir —le ordenó Lily entre dientes—, y que se marche o llamaré a la policía para que lo arresten.

La muchacha se escurrió aterrorizada de la habitación hasta el descansillo del primer piso.

Liam estaba apoyado en la baranda mirando hacia el recibidor.

—¿Quién es ese muchacho que está allí abajo? —preguntó curioso.

Chico Sheridan estaba allí, mirándolos. Había entrado, aun cuando la doncella le pidiera que esperara afuera. Ella rápidamente bajo las escaleras temerosa de que robara algo. Liam la siguió. *Chico* esperó, con una extraña sonrisa en los labios.

Miró a Liam.

—¿Quién eres tú? —le preguntó con rudeza.

—Soy Liam Porter Adams. ¿Y tú quién eres?

—¿Porter Adams, eh? —El muchacho se paseó por el recibidor, espiando la biblioteca, notando la riqueza del mobiliario y los tesoros de gran valor que había allí—. ¿De modo que todo esto es tuyo?

Liam asintió, molesto.

—Supongo que sí.

—La señora dice que no le conoce y que debe retirarse de inmediato, de lo contrario llamará a la policía —le dijo nerviosa la doncella. Él era un muchacho grande y tenía una mirada que la asustó—. No debería estar aquí —añadió frenética—. Le diré a la señora que ahora mismo llame a la policía.

Él se encogió de hombros indiferente, mirando a Liam, el hijo que tenía todo mientras que él no tenía nada.

—Solo dígame que ella me conoce muy bien. Y que regresaré —dijo, caminando hacia la puerta. Se volvió y le sonrió a Liam—. Adiós, hermano —le dijo cuando se iba.

Liam corrió arriba para contárselo a su madre. Ella estaba de pie junto a la ventana, observando a *Chico* Sheridan que se iba caminando por la calle. Liam le

contó lo que el extraño joven que estaba en el recibidor le había dicho y esta lo envió rápidamente a la cama. Luego, muerta de miedo, telefoneó a Ned.

Le contó lo que había sucedido y que ella había decidido marcharse de Boston en caso de que regresara.

—Me llevaré a Liam a Nueva York —dijo—. Estaré en el hotel de siempre.

Ned llamó a Nantucket para saber lo que había sucedido. Su madre le contó que había habido algunos problemas y que *Chico* había sido acusado de golpear a otro joven con la fuerza suficiente como para enviarlo al hospital. Siempre estaba inquieto y enojado, y deseaba abandonar la isla. Había desaparecido llevándose cincuenta dólares del dinero del señor Sheridan. Ellos no sabían dónde estaba, pero de alguna manera, sabían que no regresaría.

—Todos estos años ellos lo han cuidado —dijo Ned con tristeza—, y él les paga con esta actitud.

—Todos hicimos lo mejor —respondió enojada Lily—. Lo que él es nada tiene que ver ni conmigo ni con vosotros.

Compró una pequeña casa en Sutton Place, con vistas al East River e inscribió a Liam en una buena escuela privada hasta que tuviera edad suficiente para ir a San Pablo. Se le ocurrió a ella, con un poco de miedo, que estaba en la misma ciudad que Finn. Pensó que, como los nuevos amigos que conocería a través de Ned provendrían del mundo del teatro y la ópera, de lo cual ella tenía intenciones de ser protectora, sería improbable que sus pasos se cruzaran. Pero no podía evitar pensar en él; cómo sería ahora, si estaba casado. Y si se habría olvidado de ella.

Capítulo 47

Los amigos de Ciel Molyneux se preguntaban la razón por la cual ella aún estaba soltera. Después de todo era atractiva, vital, ingeniosa, encantadora, llena de diversión y, a pesar del período de juego en la vida de su padre, todavía era rica.

Sin embargo, los años pasaban y aunque ella acudía a todas las fiestas y conocía a «todo el mundo», aún no se había casado.

—Es su elección —decían los rumores, ya que sabían que todos sus amigos la adoraban y así también los hombres, que la encontraban no como un desafío y sí mucho más divertida que algunas de las famosas *bellezas*.

Ciel tenía veintiocho años; gastaba una fortuna en ropa, adoraba la caza y la pesca, los teatros y las fiestas, y todavía no había conocido al hombre que pudiera ocupar el lugar del traicionero Finn O’Keeffe. Trató con coraje de no pensar en él, archivándolo en un rincón de su mente junto con los recuerdos de su malvada hermana. Ambos eran tal para cual, se decía para sí misma, y deseaba que William viviera para compartir Ardnarnna con ella.

Se encontraba en Dublín caminando por la calle Molesworth, camino del Hotel Buswell donde iba a tomar el té después de una ajetreada tarde de compras, cuando se topó con Jack Allerdyce. Ella lo había conocido hacía años en Londres, pero sus pasos se habían cruzado solo ocasionalmente. En un impulso, lo invitó a que la acompañara a tomar el té.

Jack era en realidad el Mayor John Howard Allerdyce, de servicio en el Castillo de Dublín. Era inglés, tenía alrededor de treinta y cinco años, con profundos ojos castaños, cabello castaño bien corto y cuidadosamente cepillado, y un deslumbrante bigote. No era atractivo como Finn, pero con su aire militar y sus facciones agradables resultaba interesante. Cuando se sentaron en Buswell ante tartas y bollos, Ciel pensó que tenía estilo y, además, la hizo reír. Se sintió complacida cuando él le dijo que también estaría en un baile con cena que aquella misma noche daban unos amigos que tenían en común.

Ella llegó tarde de forma deliberada, buscándolo con ansiedad entre la multitud y contenta cuando finalmente lo vio. Él tenía un aspecto maravilloso con su uniforme; una chaqueta corta color rojo con charreteras y botones dorados y pantalones negros. Tenía además una faja de seda roja a rayas que le caía por un costado.

Él se abrió camino a través del concurrido salón.

—Me reservaré todos sus bailes —le dijo de forma autoritaria.

—¿Qué dirá la gente? —le preguntó ella divertida.

—No me importa —escribió su nombre atravesando toda la tarjeta y dijo—. No creí que usted pudiera estar más bonita que esta tarde con ese sombrerito con tul lleno de pintas, pero ahora sí lo creo. Me gusta verla vestida toda de rosa.

—¿Incluso con mi cabello color zanahoria? —le preguntó ella.

—Es por su cabello color zanahoria —le dijo con firmeza, y ella supo entonces que realmente le gustaba.

Bailaron toda la noche y cenaron juntos. Todo el mundo los miraba y especulaba, pero ella se estaba divirtiendo mucho. Sin embargo, siempre preocupada por los escándalos, no le permitió bajo ningún concepto que la llevara a su casa.

Los ojos castaños y su risa fueron las últimas cosas en las que pensó cuando se fue a dormir aquella noche y lo primero que recordó cuando se despertó. Pensó en Finn y todo el dolor volvió a aparecer. Entonces se dijo que Jack Allergy era un hombre de buen aspecto, culto, buen lector, de muy buena familia. Ella se rio, pensando con rebeldía que él era exactamente el tipo de hombre que su padre hubiera deseado que se casara con ella. Pero cuando llegó el primer ramo de flores con el desayuno, ella saltó de la cama, hizo las maletas y salió llena de pánico hacia Ardnarn.

Jack la llamó aquella noche.

—¿Por qué se ha escapado? —le preguntó con un tono de voz tan herido y asombrado que ella comenzó a derretirse.

—No fue culpa suya —le dijo ella—. Soy yo. No sé, no puedo explicarlo. Tal vez es que usted es un candidato demasiado bueno.

—No ponga eso contra mí —le dijo riéndose—. Y de todos modos, no soy ni la mitad de bueno que usted como candidato para casarme. Soy el segundo hijo en mi familia, sin herencia y con una carrera militar.

—Gracias a Dios —dijo ella aliviada. Y lo invitó a que fuera a Ardnarn aquel fin de semana.

Jack llegó cargado de flores, champán, bombones y libros como si fuera un Santa Claus de verano, trayendo de nuevo el brillo a los ojos de Ciel y una nueva luz a su corazón. Era tan diferente de Finn que pronto se olvidó de hacer comparaciones.

Fue un romance rápido y se casó con él en una tranquila ceremonia en Dublín, pocos meses después. Una de las condiciones del testamento de su padre era que su marido debía consentir tomar el nombre Molyneux. De modo que se transformó en John Howard Allergy Molyneux. La llevó a una larga luna de miel a Francia, y cuando regresaron dieron una grandiosa recepción en la casa de Fitzwilliam Square para todos sus amigos. Estos sonreían satisfechos al ver que se llevaban tan bien y que siempre se estaban riendo. «La pareja perfecta», decían todos.

Se instalaron en Ardnarn, pero Jack era un hombre de armas y Ciel lo seguía feliz adonde fuera destinado; India, Borneo o Hong Kong. Ella se adaptaba a cualquier nuevo entorno en el que se encontraran, haciéndose de amigos y disfrutando de la vida, ya que, como le decía a Jack, con él ella se sentiría feliz en una jungla o en un desierto, y en cualquier lugar que estuviera entre estos dos.

—No importa siempre que esté contigo —decía Ciel, manejándose con sirvientes que hablaban solo hindú, urdu, cantonés o malayo. Aplastaba mosquitos del tamaño

de libélulas y barría cucarachas del tamaño de ratones. Le disparaba a ratas que eran grandes como conejos y gritaba cuando veía arañas tan grandes como su mano. Rezaba para que nunca tuviera que enfrentarse con una serpiente, ya que era uno de los animales que no podía soportar.

—Simplemente me desmayaré —le decía a Jack, de modo que se compró dos mangostas que se hicieron tan devotas de ella que no la dejaban ni a sol ni a sombra, y debían prohibirles a la fuerza que se subieran a la cama con ellos por la noche.

—Como ves todo el mundo te ama —le decía Jack, riéndose cuando echaba a la galería a aquellas dos pequeñas mangostas.

El único problema era que los años pasaban y aún no tenían hijos.

—Tal vez sea el clima cálido —le decía Jack, ya que sabía que ella se preocupaba por eso. Y tal vez tuvo razón, por que al minuto de encontrarse de regreso en Inglaterra, donde le habían dado a Jack un trabajo en una oficina del Departamento de Guerra, Ciel se quedó embarazada.

Cuando Maudie nació, ya hacía ocho años que se habían casado.

—Otra deslumbrante pelirroja —dijo Jack con una sonrisa, encantado de tener una segunda diablilla para iluminarle la casa.

Siempre que miraba a la niña, Ciel pensaba con melancolía en Lily. Recordaba cuando ella seguía con devoción a su hermana mayor y deseó con desesperación que la pequeña Maudie tuviera una hermana para estar acompañada, pero no importó cuánto lo intentaron, no pudo ser.

Ciel llevó a Maudie a Ardnarnna para los meses de verano y Jack iba a menudo, siempre que podía escaparse, pero se encontraba sola cuando Finn regresó a su tierra natal.

Notó que las doncellas rumoreaban con las cabezas juntas, llenas de emoción y pensando que tal vez habría más *problemas*. Preguntó que sucedía.

—Es Finn O’Keeffe. El hijo de Padraig O’Keeffe —le dijeron, como si el nombre no estuviera grabado para siempre en el cerebro de todos los Molyneux—. Ha regresado para visitar su país. Y con un millón de dólares en los bolsillos, eso dicen. Y también parece muy rico.

Ciel sintió que el corazón se le caía a los pies. Ella había sacado a Finn de su cabeza y de su vida. Y todo eso estaba muy bien mientras no volviera a verlo. Ahora que él estaba aquí, ella no estaba segura. Se dijo a sí misma que no se atrevería a verla. Pero se equivocaba.

Las emocionadas doncellas le dejaron entrar y los dálmatas fueron a su encuentro, ladrando y moviendo las colas como si se tratara de un viejo amigo. Mientras bajaba lentamente las escaleras, Ciel pensaba que, si los animales tuvieran algo de sentido común, le habrían arrancado la cabeza a mordiscos.

Le hizo pasar a una incómoda antesala de la gran entrada. Él la siguió y ella se sentó erguida en una silla dura, ya que no confiaba en sus temblorosas rodillas. No le invitó a sentarse. Tenía el mismo aspecto de antes: apuesto, bien vestido y rico. Solo

que estaba más avejentado, con la nariz doblada como si se la hubiera roto y tenía más arrugas en el rostro.

—Me enteré de que estabas en el pueblo, gastando a diestra y siniestra —le dijo con frialdad.

Él se encogió de hombros.

—Deseaba hacer algo por mis viejos amigos. ¿Hay algo de malo en eso?

—¿Para qué has venido? ¿Qué derecho tienes a entrar en mi casa?

—¿Me creerías si te digo que vine a disculparme?

—No deseo hablar de eso. Soy ahora una mujer casada.

—Ya me he enterado. Estoy contento de que seas feliz, Ciel.

Ella lo miró con odio y él le dijo:

—Pero hay otra razón por la que he venido a verte. Deseo comprar Ardnavarna.

—Ardnavarna no está en venta —dijo ella—. Y si lo estuviera, jamás te la vendería a ti.

Ella se puso de pie, pasó a su lado y él la siguió.

—Te pagaré lo que me pidas. Solo tienes que decirlo.

Ciel subió las escaleras sin mirarlo. Le dijo:

—Regresa a Nueva York, Finn, adonde perteneces. Ya que tú jamás perteneciste a la Casa Grande y jamás pertenecerás a ella.

Regresó al cuarto de niños y le dijo a la niñera que preparara los baúles de la pequeña Maudie, que regresaban a Londres a pasar el resto del verano.

Pensó que el largo viaje en tren, barco y luego nuevamente tren nunca terminaría. Tenía tal fiebre de volver a ver a Jack que cuando finalmente lo vio paseándose por la estación, buscando ansioso en la fila de carruajes, su corazón se llenó de amor por él y ella dejó escapar un enorme suspiro de alivio. Acababa de probarse que Finn ya no importaba nada. Era a Jack a quien ella amaba y por fin sacó a Finn para siempre de su memoria.

Capítulo 48

Maudie.

Ardnavarna.

Brigid y yo fuimos a dar un largo paseo. Eramos dos viejas caminando con sus viejas botas Wellington, envueltas en chaquetas de caza de color verde oscuro, con una docena de bolsillos que servían para guardar de todo, desde una pata de faisán hasta la pipa y el tabaco. Estas pertenecieron a mi Pa, eran de alrededor de 1930 y todavía sirven para guarecerse de las lloviznas y el viento irlandeses. Brigid llevaba puesta una de esas gorras de *tweed* a lo Sherlock Holmes, y yo llevaba mi viejo sombrero de fieltro negro; y con una de nosotras tan grande y redonda como una bola de grasa y la otra tan pequeña y flaca como una liebre, hacíamos una extraña pareja mientras paseábamos por los senderos de Connemara, desentonando como lo harían un ovejero irlandés y un terrier Jack Russell.

Brigid sabía que yo estaba molesta al contar la historia de la propia infelicidad de mi madre.

—No vuelva sobre eso de nuevo —me advirtió, dándome una mano para pasar sobre unas traicioneras rocas que estaban sueltas—. Sabe que no tiene sentido ponerse mal. Ya todo pasó hace muchos años y es muy poquito lo que usted puede hacer ahora.

—Lo sé, lo sé —suspiré—. Lo que sucede es que siempre hasta este punto de la historia siento que puedo perdonarle todo a Lily, ya que después de todo, lo que sucedió no fue culpa suya. Ella jamás se recuperó de su primer error. Pero como ves, Brigid, creo que a Finn realmente le gustaba mi Mami. No estaba enloquecido ni atontado, tal vez, como se había enamorado de Lily, con toda la pasión de la juventud y del primer amor. Pero a él realmente le gustaba Mami; se reían y disfrutaron estando juntos.

—Ella no era sensual como Lily —dijo Brigid, caminando delante, con los pequeños pies que crujían con prontitud sobre el pasto mojado, de modo que yo casi debía correr tras ella.

Era cierto, lo sé. Aun cuando ella solo tenía diecisiete y era demasiado joven e ignorante de lo que hacía, Lily había seducido a los hombres. Y eso fue lo que la metió en problemas la primera vez con Dermot Hathaway, y eso fue lo que continuó dándole problemas el resto de su vida con Finn, Dan y Ned. E incluso, de alguna forma, con su propio hijo, aunque después les contaré lo que quiero decir con esto.

—No siga lloriqueando por su Mami —me volvió a advertir Brigid cuando nos paramos en la cima de una elevación, mirando todo el paisaje gris y brumoso, con olor de mar y escuchando el silencio. Ni siquiera se escuchaba el chillido de un ave y,

cuando sucede esto, yo siempre creo que la tierra debió haber sido así durante siglos. Nada ha cambiado ni nada lo hará. Irlanda es como esto.

Bajamos nuevamente la colina, con los perros corriendo delante de nosotras y en un impulso le sugerí que fuéramos caminando hasta el pueblo. Este no es nada más que unas pocas cabañas pintadas de verdes y amarillos brillantes, como mi abuelo las había pintado y que yo cuidaba que fueran mantenidas así todos los años. Los jardines no pueden ser llamados de esta manera, ya que los irlandeses de esta parte del país no son muy amantes de las flores, salvo aquellos que son como yo, por supuesto, con grandes propiedades y pasión por ellas. Pero las hortensias crecen salvajes en una revolución de azules, rosados y fucsias, formando un colorido seto a lo largo del camino. Todo irradia un brillo que uno casi podría pensar que se encuentra en la India o en los trópicos, si no fuera por los cielos grises y brumosos que se tienen sobre la cabeza. Hay dos bares, O'Flaherty y Burke, buenos nombres ambos, uno a cada extremo de la calle y la lealtad dividida entre ellos dos. Burke es también un almacén que vende harina, huevos, jabón, junto con la espumosa Guinness negra que se vende a granel.

Nos detuvimos allí y pedimos un par de pintas mientras Brigid revisaba los alrededores, probando la calidad de los tomates y melocotones, eligiendo los mejores para la cena de esta noche; y los dálmatas jugaban con Moura Burke, que vio hace unos años *Ciento un dálmatas* y que desde entonces ha sido una ferviente admiradora de la astucia reflejada en estos grandes ojos. Simulé no ver las galletitas que ella secretamente les daba mientras yo bebía mi Guinness y pasaba un buen rato con los otros clientes. Hay algo de buena convivencia en eso de combinar un almacén con un bar, y es una buena excusa para que las mujeres puedan tomarse, a media mañana, una Guinness en lugar de una taza de té.

—La cerveza les sacará la humedad de los pulmones —dijo Moura alegremente mientras los perros saltaban esperanzados a su alrededor.

»¿Y cómo están sus jóvenes invitados? La chica estuvo aquí ayer comprando postales, y el joven se compró uno de los mejores bastones de castaño de Dessie O'Flaherty. Preguntó dónde podía conseguir algo de *whisky* casero y yo le contesté que cómo me lo pedía a mí cuando tiene la mejor fuente en su propia casa.

Yo sonreí sabiendo de qué hablaba.

—Seguro, pero yo no sé de lo que me habla, Moura —dije, ya que este *whisky* es uno de los grandes secretos de Irlanda. Puede ser bueno, lo suficientemente fuerte como para quitarle a uno la respiración, o puede llegar a ser mortal. Es una bebida ilegal que se hace con una mezcla de azúcar, levadura, cebada y agua. Se hierve sobre un fuego de turba, pero mejor no sigo hablando, ya que si lo hago me buscará la policía—. Si anda buscando *whisky* ilegal, será mejor que tenga cuidado —le dije.

—Y eso fue lo que yo le dije. —Moura me sonrió. Tiene la mitad de mi edad y es una bonita mujer de cabello negro, mejillas rosadas y hermosos ojos oscuros. La conozco desde que nació, al igual que a la mayoría de la gente del pueblo de

Ardnavama, salvo a los viejos como yo y Brigid, y ya no son muchos los que quedan.

Brigid terminó con sus compras, los perros con sus ruegos de comida y todos nuestras Guinness. Así salimos para regresar por el sendero. Seguimos una antigua pared medio derruida y tomamos por el atajo del viejo parque de la Casa Grande. Pensando en Mami, nos desviamos un poco hacia la capilla de la familia, entramos y rezamos una pequeña oración por ella, por Pa y por todos los demás, incluyendo a Lily, mientras los perros se echaron con fidelidad a los pies de las estatuas de un caballero y su dama. Después de aquella pequeña comunicación con Dios y con mis bienamados, de alguna manera me sentí mejor y salí llena de vitalidad al camino, deseosa de acurrucarme junto al fuego y de volver a ver a mis *nietos*, como me gusta llamarlos, esta noche.

Ellos regresaron con regalos: una bufanda de seda de magníficos colores para Brigid y, para mí, una fotografía suya, tomada en una de esas máquinas automáticas, que colocaron en un portarretratos de plata. Brigid se sonrojó haciendo juego con su bufanda, tal era la vergüenza y la alegría que sentía, y vi por el brillo de sus ojos que estaba a punto de llorar ante este inesperado regalo. Mi regalo no podía ser un recuerdo más perfecto. Lo estudié con ansiedad. Eddie tenía el brazo sobre los hombros de Shannon y ambos habían acercado sus rostros hasta estar bien juntos. Además se reían. Aquel diminuto marco de plata encerraba aquel momento para mí, para siempre. Yo los besé a ambos con mucho cariño.

—Lo colocaré en mi mesita de noche —les dije—, para que esos rostros felices sean mi primera visión del día.

Incluso compraron bombones para las muchachas que trabajan en la casa y unas galletitas para perros, para los *muchachos*, de modo que nadie quedó excluido. Era casi como estar en Navidad cuando descorchamos el buen vino tinto y comimos aquellos deliciosos platos llenos de guiso irlandés, mientras ellos, para hacer algo diferente, ya que en general soy yo la que hablo, se encargaron de la conversación, parlotando sin cesar y también coqueteando.

Pude ver cómo avanzaba la relación de ambos y sonreí, llena de satisfacción. Ahora puedo decir con certeza que esto no ha sido obra mía. Puedo ser una vieja entrometida, pero los romances siguen su propio curso, tal como habrán notado por esta historia. Y como dije antes, Ardnavarna es un lugar para el romance.

Shannon se había comprado un suéter tejido a mano de color fucsia y lo combinaba con una vaporosa falda negra.

—Pensé que si a usted le quedaba bien el cabello pelirrojo y los vestidos de color rosa, entonces a mí también —dijo burlona.

—Y además te sienta muy bien, querida niña —le dije con aprobación, aunque miré de soslayo a Eddie que todavía estaba con sus vaqueros. Estoy comenzando a preocuparme de que el muchacho no tenga otra cosa. Tal vez yo debería ofrecerle algo del guardarropa de Pa. Apuesto a que estaría maravilloso con una de esas chaquetas a cuadros con pliegues en la espalda. Pa estaba soberbio con ellas, como si

fuera el joven duque de Windsor, solo que con bigote y mentón más pronunciado.

Yo estaba vestida con un atuendo de fina pana, uno de los vestidos de Mami de Vionnet, en un sutil color verde grisáceo que, a la luz de la lámpara, se veía plateado, con mangas largas y un par de broches de diamantes en forma de hojas sujetos en las esquinas del escote bajo y cuadrado. Tenía una faja ceñida y lucía una bufanda de gasa en el cuello para disimular mi delgadez. Encima de los rizos de mi cabeza me había puesto un frívolo lazo de terciopelo verde. Los pendientes largos de esmeraldas y rubíes eran St. Laurent, creo que alrededor de 1968, y hacían ruido cuando entrechocaban con cada movimiento de cabeza. ¿Por qué es que un par de pendientes hace siempre que una mujer se sienta tan femenina y coqueta? Apuesto a que Lily conocía el secreto.

Cuando retomamos nuestra historia, Liam tenía diecisiete años. Tenía la contextura de su padre, alto, delgado y con un cuerpo musculoso, pero en temperamento era más como el hermano de Lily, un soñador que prefería la música y la pintura a los deportes. Poseía el refinamiento escultural de los rasgos de Lily, pero tenía los ojos grises claros del padre y el cabello negro. Si ustedes supieran que Finn era su padre habrían dicho, por supuesto, que era igual a él. Pero si no era así, entonces habrían dicho, por supuesto, que se parecía a Lily. Liam tenía lo mejor de ellos y lo mejor de sus temperamentos. Era tranquilo y sociable, lo suficientemente inteligente en sus estudios, pero para desgracia de Lily no era académico como John Porter Adams, el hombre que él consideraba su padre.

Boston.

—Si trabajaras más, podrías ser un renombrado estudioso como tu padre —solía decir Lily, irritada por las ensoñaciones de su hijo e ignorando el hecho de que no era para nada académico.

Liam no deseaba ir a Harvard. Deseaba irse a Florencia a estudiar arte, y después deambular por el sur de Europa con un pincel, pinturas y una sola maleta con pocas pertenencias, solo para pintar cualquier cosa que lo inspirara; las colinas de tierra roja de Provenza, el horizonte que se mezclaba con el mar de Venecia, el ocre, ámbar y terracota de los pueblos de la Toscana y el verde plateado de los olivares del Mediterráneo. Pero era lo suficientemente inteligente como para no contarle todavía a su madre estos planes.

En el colegio era un solitario, no porque no fuera popular entre sus compañeros, sino porque lo prefería de esta forma. Además, como era bueno en las materias comunes, sus profesores tenían una buena opinión de él. En general, se esperaba que siguiera los pasos de su padre y de cualquier forma Lily tenía planeado llegar a

Harvard la biblioteca de John Porter Adams y donar gran cantidad de los libros incunables de su esposo, junto con una enorme cantidad de dinero.

Liam sabía que tendría problemas cuando le dijera a su madre que no tenía intenciones de ir a la universidad, pero dejó este problema a un lado para enfrentarse a él más adelante, exactamente de la forma en que Lily lo hacía, viviendo cada día como se presentaba.

Los años pasaban y Finn se hizo un hombre muy rico, mucho más rico que cuando Cornelius James le dejó su herencia y probablemente más rico que su hermano Dan, cuyos negocios ahora se extendían de costa a costa, y que estaba ganando nuevos mercados en los remotos asentamientos agrícolas de las llanuras cultivadas de trigo del medio oeste y en los aislados bosques y lagos del norte, a través de los innovadores catálogos enviados por correo. Los hermanos no habían vuelto a hablarse desde la noche de la pelea, pero Finn había seguido el progreso de Dan en las páginas financieras de los diarios, y su carrera política en todos los medios de prensa.

Dan era ahora senador. Vivía solo, exceptuando la servidumbre, en su hermosa casa de columnas blancas en Maryland. Salvo para una ocasión importante o para cuando algún discurso lo hacía necesario y se ponía de pie gracias a grandes dosis de calmantes, estaba confinado a una silla de ruedas. Por las fotos de los diarios Finn vio que su hermano había ganado algo de peso, pero aún era el mismo apuesto senador Dan, con su sombrero hongo y sus tirantes rojos, los rizos enmarañados y la sonrisa alegre. «Dan el Honesto» lo había apodado la prensa, y el nombre había prosperado, ya que como a menudo decía Dan, era verdad.

Finn también vivía solo, pero en un enorme apartamento de catorce habitaciones en la Quinta Avenida. Rara vez salía, siempre trabajaba hasta tarde y estaba nuevamente en la oficina temprano, a la mañana siguiente, antes de que abrieran los mercados en el mundo. Cualquier tiempo libre lo llenaba leyendo todos los libros que Cornelius le había dejado en su biblioteca, así como también los que John Porter Adams le había recomendado. También buscó a un profesor de literatura de la Universidad de Columbia y le pidió que le confeccionara una lista. De forma sistemática, leía un libro por semana de dicha lista.

Llevaba un registro de los rastros de Lily; sabía dónde vivía, a quién veía y a qué se dedicaba. Se había tomado su tiempo y ahora quería a su hijo.

Liam tenía diecisiete años cuando Finn O’Keeffe visitó su escuela preparatoria.

Después de que le mostraron los alrededores, mencionó por casualidad que John Porter Adams había sido su vecino en Boston y que se había enterado de que su hijo concurría a este colegio.

—Tal vez pueda saludarlo —dijo, rechazando las sugerencias de que le pidieran a Liam que se acercara a tomar el té con él y el rector en el estudio de este—. No, no.

Solo díganme dónde está y yo lo iré a buscar —dijo sin dar importancia.

Liam estaba sentado a orillas del río haciendo un boceto. Finn lo miró en silencio por unos minutos, tragándose las lágrimas mientras observaba a aquel muchacho que casi ni conocía. Una pura emoción de amor paternal lo golpeó por primera vez, y se preguntó por qué había perdido todos estos años.

—Ese es un boceto muy inteligente —le dijo con admiración cuando pudo articular una palabra.

Liam se puso de pie con respeto.

—Gracias, señor —dijo, avergonzado de verse observado.

Finn le extendió una mano. Dijo:

—Finn O’Keeffe James. Conocí a tu padre. Era vecino mío y fue lo suficientemente amable como para ayudarme con mi biblioteca.

Liam se quedó sorprendido, pues casi no conocía a nadie que hubiera conocido a su padre. Estrechó la mano de Finn con ansiedad.

—Es un placer conocerle, señor. Y usted ha tenido más suerte que yo, ya que nunca vi a mi padre.

—Fue un buen hombre. Y un gran estudioso.

Finn se sorprendió cuando Liam dijo:

—Sí, ya lo sé. Y es difícil vivir intentando alcanzar ese nivel.

—¿Porqué no caminamos por la orilla y me cuentas lo que quieres decir con eso? —le sugirió.

Era extraño, pero Liam sintió que podía hablar de sus pesares con este extraño de la forma en que no podía hacerlo con su madre. Le contó a Finn su dilema. Le dijo que lo que más deseaba en el mundo era ser artista. Añadió lleno de culpa:

—Mi madre se enojaría si supiera lo que acabo de contarle, aun cuando usted haya sido amigo de mi padre. Como ve, no se lo he dicho a ella. Todavía no.

—Comprendo —dijo Finn con tranquilidad.

—Mi madre se ha dedicado a mí —dijo Liam de prono—. Ella ha planificado mi vida desde el día en que nací. Tal vez porque mi padre murió tan pronto, ella me transfirió todo su amor y cuidados —miró a Finn con melancolía—. Lo siento, señor James, si me salgo del tema hablando de esto. Lo que quiero decir es que a veces me sobrepasa. Ella me asfixia con tantos cuidados. Desde que era niño todas las comidas fueron pensadas para que estuviera bien alimentado. Incluso tuve que ir al colegio para poder comer un caramelo. Tomé todo tipo de clases: equitación, baile, esgrima, natación, patinaje sobre hielo. Eso no fue por placer sino para satisfacer alguna función, social o física, no lo sé. Y me llenaron con libros y más libros desde que aprendí a leer.

—¿Y cuántos años tenías entonces?

Liam sonrió.

—Cuatro años, señor.

Finn se rio.

—Yo tenía catorce cuando pude leer correctamente y ahora yo soy el que me lleno de libros y de conocimientos para poder ganar todo el tiempo perdido —miró pensativo a su hijo—. Déjame preguntarte algo, Liam. ¿Alguna vez te preguntaste por tu talento artístico? ¿Te has preguntado si eres bueno? ¿O la pintura es simplemente un pasatiempo que disfrutas y haces bien?

Liam dijo ansioso:

—No sé cómo explicarlo, señor, pero es como si pensara con la punta de mis dedos. La idea está allí en mi mente, las formas, los colores, la luz, y de alguna manera esto se plasma a través de mi pincel en la tela. No sé si soy bueno, y estoy seguro de que tengo mucho que aprender. Todo lo que sé es que deseo dejarlo todo para llevar adelante mi vocación.

Finn levantó una ceja con gesto interrogante.

—¿Todo? ¿Tu casa? ¿Tu posición social? ¿Dinero? —hizo una pausa y luego añadió con inteligencia—. ¿Tu madre?

—Todo, señor, salvo esto último.

—Piénsalo, Liam —dijo Finn mientras regresaban al colegio—. Ya que me parece que si lo hicieras, tu madre sería lo primero que perderías. Pregúntate si el arte significa tanto para ti.

—¿Me volverá a visitar aquí, señor James? —le preguntó entusiasmado Liam cuando se estrecharon la mano y se despidieron—. He disfrutado mucho hablando con usted.

Finn sonrió y le palmeó el hombro con jovialidad.

—Entonces debemos volver a hablar. Y la próxima vez almorzaremos juntos. ¿Qué te parece el sábado? Pero no se lo digas a tu madre. Por lo que me has contado, ella no lo aprobaría.

Liam suspiró mientras lo observaba alejarse. Sabía que tenía razón, y por supuesto que no le contaría nada a su madre, pero por primera vez en su vida había conocido a un hombre con el que podría conversar de todos los temas que le preocupaban. Casi como con un padre, pensó con melancolía.

Capítulo 49

El sábado siguiente Finn fue a visitar a Liam, y durante el almuerzo comenzaron a conocerse mejor. Le contó al joven que había llegado a Norteamérica procedente de Irlanda cuando tenía su edad, solo diecisiete años, y cómo había trabajado para Cornelius y los acontecimientos que lo llevaron a ser un hombre rico.

Después de eso, siempre que Liam estaba libre, Finn se encontraba con él. Hablaban sin cesar de su talento y sobre su futuro. Finn veía una forma fácil de tomarse la revancha con Lily y quitarle a su hijo. Si Liam se iba a Italia para seguir su carrera de artista, ella lo privaría de dinero, no dejándole otra salida que hacer lo que ella decía. Pero si él le ofrecía financiarlo, Liam sería libre de hacer lo que deseara y también se vería liberado de su madre.

Finn se sintió tentado, pero por primera vez existía otro tipo de emoción además de su deseo de venganza. Él amaba a su hijo y, como su verdadero padre, deseaba lo mejor para él. Él quería que Liam fuera a la universidad.

—Eres joven —le dijo—. Hay tiempo para hacer todo lo que deseas. Estudia historia del arte y arquitectura. Puedes viajar al extranjero en las vacaciones de verano, y tal vez tomar algunos cursos de dibujo en Florencia o Siena. Te buscaré los mejores maestros. Y si existe alguna dificultad financiera —le sonrió a Liam, que supo que aquello significaba «problemas con su madre»—, entonces estaré encantado de cubrir todos tus gastos.

Levantó una mano para detener sus protestas.

—Yo no habría llegado hoy donde me encuentro sin ayuda —le dijo con firmeza—. Y considero que es mi deber ayudarte ahora. Además, me gusta imaginarme a mí mismo como protector de las artes. Cuando tú seas famoso, le podré decir a todo el mundo que yo fui el primero en reconocer tu talento.

Y así, para alivio de Lily, Liam fue a Harvard sin protesta alguna al año siguiente, y aunque los temas que eligió su hijo no eran lo que ella habría preferido, por lo menos seguía obediente los pasos de su *padre*.

Chico.

Mientras tanto, el otro hijo de Lily, John Wesley *Chico* Sheridan, era ya un hombre de veintiocho años. Desde que huyera de Nantucket había cruzado el país una docena de veces, viajando en los vagones de carga de los trenes y durmiendo en compañía de otros vagabundos, acurrucado junto a fogatas para evitar el frío en los terrenos baldíos de las ciudades, o escondiéndose en henares y graneros, robando comida y dinero allí donde podía y gastando la mayor parte de él en bebidas baratas.

Su rostro estaba todo arrugado y lleno de cicatrices, producto de demasiadas peleas de cantina. Parecía tener más edad que la verdadera. Era un joven de carácter iracundo y amargo, con facilidad a irse a las manos, y había por lo menos dos rufianes que no habían sobrevivido a sus brutales palizas o a la rapidez de su cuchillo.

De vez en cuando conseguía algún empleo temporal. A veces, estos consistían en trabajos rudos como limpiar plazas en pacíficos vecindarios de las afueras de la ciudad, donde las damas de la casa se sentían conmovidas por la historia de cómo había caído en las vicisitudes de su vida. Así lo alimentaban y le daban un poco más de dinero que lo que ellos habían calculado para dicho trabajo. Por alguna razón, *Chico* ejercía un extraño efecto con las mujeres; había una osadía en sus ojos cuando las miraba que las hacía sonrojar y jugar con el borde de los escotes de sus blusas.

Más a menudo trabajaba en granjas, limpiando maíz y cosechando manzanas y melocotones. Descubrió que en las zonas rurales las mujeres estaban más solas, y las comodidades que ellas le ofrecían junto con el trabajo eran más fáciles de sobrellevar que con las sospechosas señoras de ciudad. Y, a menudo, cuando él las dejaba, podía llevarse con él uno o dos trofeos; un anillo o una pulsera, o hasta una bolsa de dinero que estaba guardada debajo del colchón, para que la siguiente etapa de viaje se le hiciera más fácil.

En una de esas remotas granjas conoció a una viuda, una mujer quince años mayor que él. Era alta, delgada, de pecho plano y sin nada de estilo, de cabello ya cano en las sienes y de deslucidos ojos azules con arrugas de tanto otear los campos de trigo que poseía, todos extendiéndose sin fin hacia el horizonte. Cientos y cientos de ricas hectáreas, tal como pronto *Chico* se dio cuenta. La granja se había venido a menos, como todas las demás, y cuando él llegó, la primera de las tareas fue pintar la cerca de blanco.

—A mí me gusta mantener las cosas bien, aun cuando hace tiempo que Ethen se fue —le dijo orgullosa la mujer.

»No tengo hijos y llevo yo sola la granja adelante. Ethen, mi marido, quedó atrapado en un silo. Él estaba subido a una escalera, paleando el grano, cuando algo se atrancó y él saltó para ver qué había sucedido. Y toda esa montaña de grano se deslizó sobre él, enterrándolo. Pasó una semana hasta que lo encontramos, y para entonces el grano estaba arruinado.

Chico la observaba, imaginándose el cuerpo en descomposición en el grano.

—Él no debería haber hecho aquello —dijo ella con tristeza.

A medida que pasaban las semanas, le dio más y más tareas para hacer. Limpiar la maquinaria, ayudar con el arado y la fertilización de los campos, atender los caballos, limpiar los graneros. Poco a poco, *Chico* se dio cuenta de que ella no deseaba que él partiera. Era una viuda solitaria y muy rica, y a ella le gustaba tenerle a su lado.

—Tú eres una compañía mejor que los obreros que en general tenemos en las granjas —le dijo, ofreciéndole una cerveza fría en la mesa de la cocina, junto con su

cena de pollo frito y patatas—. ¿Qué te parecería quedarte aquí como mi administrador general?

Ambos se miraron a través de la mesa, y *Chico* supo que todas estas hectáreas de trigo, la casa y todo lo que ella contenía, incluyendo a Amelia Jane Ekhardt, eran suyas en aquel ofrecimiento. Todo lo que él debía hacer era pedir.

Lo pensó y seis semanas más tarde le propuso matrimonio. La ceremonia se llevó a cabo en un pueblo cercano, sin invitados. *Chico* encontró aburridos sus deberes conyugales, pero a Amelia le gustaba lo suficiente y, de todos modos, ella no esperaba mucho. Como amo de la casa, compartía su dormitorio y recorría sus campos. Encontraba la cena humeante servida en la mesa todas las noches a las cinco y media, con una botella de cerveza para acompañarla.

Pocos meses más tarde, cuando ya no pudo tolerar la monotonía de la rutina diaria y el aburrimiento de las llanuras, limpió la cuenta bancaria de Amelia de varios miles de dólares, y subió a un tren con destino a Chicago. Se compró un buen traje y tomó una habitación en uno de los hoteles más importantes. Averiguó dónde podía encontrar a las mejores mujeres y las mesas de juego. Con dinero en el bolsillo, se dispuso a convertirse en un jugador, pero no fue lo suficientemente inteligente como para vencer a los verdaderos jugadores y pronto volvió a estar sin un centavo. Empeñó sus ropas elegantes, de nuevo con sus ropas de campesino, de chaqueta y pantalones gastados, volvió a los caminos.

Y todo el tiempo, el saber quién era y lo que podría haber sido le quemaba el cerebro como si fuera ácido. Todas las noches se sentaba acurrucado junto a una fogata y con una botella de licor barato para adormecer el dolor de su alma y el hambre de su estómago, recordando las historias que las mujeres de la familia Sheridan le habían contado. De cómo su madre era la hija de un irlandés noble y rico, cuya familia poseía vastas propiedades. De cómo ella lo había abandonado, ya que era demasiado joven y se sentía demasiado herida para cuidarlo ella misma, aunque siempre había enviado dinero para su manutención. De cómo ella jamás había deseado verlo.

Chico había revisado los hechos de este tema. Había ido a la biblioteca pública de Boston, donde encontró un volumen del libro *Linaje de Burke*, que confirmaba que lo que aquellas mujeres le contaron era verdad. Desde entonces, se había hecho la misma pregunta mil veces, una y otra vez: ¿no tenía él derecho a compartir una parte de toda aquella rica herencia irlandesa? ¿Y el dinero? ¿Y también quizás un título? Había sido fácil encontrar el paradero de su madre y había ido a su domicilio con la intención de enfrentarse a ella, pero ella se había negado a recibirlo y lo amenazó con llamar a la policía. Y como tenía en sus bolsillos dinero robado, él no podía arriesgarse a enemistarse con la ley.

Sin embargo, existía algo más que le quemaba más que todo aquello: era el recuerdo del otro hijo de pie en aquella fina escalera de la grandiosa mansión, preguntándole quién era, como si él no tuviera derecho a estar allí, y el hecho de que

aquel niño era amo y señor en lugar de él.

Temblando al lado de aquellas fogatas en las heladas noches de invierno, cuando el viento le cortaba el aliento, junto con otros marginados, borrachos y desechos de la sociedad, *Chico* se hizo la promesa de que algún día él encontraría la venganza y que sabría cómo hacerlo.

Sucedió que *Chico* regresó a Boston en el primer semestre de Liam en Harvard. Estaba sin dinero y aun en los barrios marginales, él estaba más sucio y andrajoso que la mayoría. Pasaba las noches en los hospedajes de caridad, donde le daban un plato de sopa para la cena, un té con un trozo de pan para el desayuno y unas pocas monedas en el bolsillo para poder pasar el día hasta su siguiente destino.

Paseaba por las refinadas calles y plazas de Beacon Hill con mirada de desprecio. Ojos vigilantes le vieron merodear por la calle Mount Vernon e informaron a la policía. Así, se encontró en un coche policial. Luego, encerrado en una celda, le enfriaron los talones y el humor por un par de días. Después se le permitió salir con la advertencia de que se mantuviera alejado de Beacon Hill y que saliera de la ciudad.

En lugar de ello, regresó a Beacon Hill y robó un cuchillo del elegante almacén Daniel. Fue fácil; en lugares como Beacon Hill, la gente no espera que sucedan cosas así. Además, logró hacerse de cuatrocientos dólares. Por el río Charles, fue hasta Cambridge, donde se compró ropa, se cortó el cabello y se afeitó el bigote. Alquiló una habitación barata en la Avenida Massachusetts y volvió a cruzar el puente para volver a Beacon Hill y a la calle Mount Vernon. Esta vez, nadie pareció notar su presencia y pudo observar diariamente las entradas y salidas de su madre y también del hijo.

La primera de las peleas realmente grandes que Liam tuvo con su madre fue sobre si él debería vivir en la universidad como los otros estudiantes o si debería regresar todas las noches a Beacon Hill, tal como ella deseaba que lo hiciera. Lily había protestado y llorado, diciendo que si él la amaba, jamás la dejaría sola. Le recordó cuánto le había dado ella y cuán duro había resultado para ella tenerlo en un internado.

Al final, él le había hecho elegir: se quedaría en la casa con ella y no iría a la universidad, o de lo contrario si estudiaba en la universidad, se quedaría a vivir allí. Lily se había visto obligada a renunciar a sus deseos, pero jamás dejó de recordárselo. Siempre lo visitaba, le llevaba atenciones que no deseaba y le ofrecía consejos innecesarios. El único respiro era cuando ella partía hacia Nueva York.

Liam comprendía que, a pesar de las obras de caridad que hacía su madre, ella era una mujer sola e insatisfecha. Tenía cuarenta y seis años, mantenía un aspecto juvenil y era muy hermosa. Deseaba que conociera a algún hombre bueno con el que se pudiera casar y ser feliz. Entonces, tal vez, lo dejaría hacer su propia vida. Pero Liam sabía que esto era improbable; Lily no parecía estar interesada en los hombres.

Finn lo visitaba tan a menudo como podía; eran muy buenos amigos, aunque la madre todavía no sabía nada de aquella relación. Aquella noche se encontrarían en un

café de la plaza Harvard y él ya llegaba tarde. Se apresuró por Dunster, cuando se dio cuenta de que alguien lo seguía. Era una noche sin luna, con hielo negro que brillaba en las calles y en los espacios que había entre poste y poste de alumbrado. Pensando que se trataba de algún compañero de estudios, Liam aminoró el paso para ver quién era.

Finn se había cansado de estar de pie en el frío y caminaba desde el otro extremo de Dunster para encontrarse con él. Vio a Liam volverse y mirar detrás, luego detenerse y hablar con alguien, pero estaba demasiado lejos para ver quién era.

—Espera un minuto —le dijo el extraño.

Liam lo miró cuando este se acercó a la luz. Había algo familiar en él, pero no podía recordar qué.

—Hola, hermano —le dijo el extraño—. Te dije que regresaría.

Luego, Liam recordó aquella noche, años atrás, cuando un joven desconocido había ido a su casa. «Adiós, hermano» le había dicho cuando se marchaba, y de alguna forma esto había quedado registrado en su memoria. Ahora, lo había vuelto a llamar *hermano*.

—¿Qué desea? ¿Y por qué me llama *hermano*?

—¿Qué deseo? Pues, por supuesto, hablar. ¿Y por qué te llamo *hermano*? Porque, Liam, tenemos la misma madre. La señora Lily Porter Adams, la antigua Lily Molyneux.

El joven rostro delgado de Liam se encendió de furia.

—No se atreva a mencionar el nombre de mi madre o llamaré a la policía.

Chico tomó los brazos de Liam y se los retorció en la espalda; luego presionó el cuchillo contra las costillas.

—Eso es lo que tu familia hace siempre, ¿no es así? Cuando hay algo que no desean escuchar o alguien a quien no quieren ver, mandan buscar a la policía para que los quiten de su vista. Bueno, ahora tú no puedes hacer eso, hermano, así que solo tendrás que escuchar lo que deseo decirte. Incluso si eso no te gusta. Y también deberías ir sabiendo que tu madre es mi madre, solo que ella me abandonó en Nantucket después del naufragio. Cuando yo nací, ella me dejó allí como si fuera equipaje que no quería cargar, y se marchó para buscar una vida mejor. Por ejemplo, al señor John Porter Adams y su buena vida. De la que tú, querido hermano, hasta aquí has sido el único en disfrutar. Solo que ahora yo he regresado y tengo intenciones de reclamar mi parte.

El cuchillo se hundía en la carne de Liam y este sintió que la sangre comenzaba a brotar. Se preguntaba, aterrorizado, cómo *Chico* sabía tanto de su familia. Pero no era cierto lo de su madre y él lo mataría por haber dicho tales cosas.

—Bastardo barato —rugió, empujando a *Chico*. El cuchillo cayó al suelo entre ellos dos y ambos lo miraron.

Chico sonrió amenazador.

—Sigue, hermano —le susurró—. Atrévete. Tómalo y que gane el mejor.

Pero antes de que Liam pudiera moverse, él tomó el cuchillo. No habló. Miró fijamente a Liam. Solo deseaba borrar todos aquellos años de odio. Y apuñalarlo una y otra vez.

Finn corrió con rapidez los últimos metros. Con su bastón pegó duro sobre las manos de *Chico*. Este profirió un aullido de dolor, mirándose los dedos quebrados y, entonces, con insultos e improperios, saltó a la garganta de su atacante. Finn golpeó ferozmente con el puño de plata de su bastón de caña en la cabeza de *Chico*. Se oyó un crujido horrible, como el golpe de una bola de billar y cayó desmayado en la vereda.

Finn vio la sangre que empapaba las ropas de Liam y dejó escapar un gemido. Se quitó el abrigo y lo cubrió. Luego, se quitó la chaqueta e hizo un almohadón para su cabeza. Corrió hacia un extremo de la calle y le pidió a algunos de los transeúntes que allí se encontraban que buscaran ayuda, y luego regresó corriendo hacia donde estaba Liam. Solo se había ido unos minutos, pero cuando regresó el supuesto asesino había desaparecido. Tomó en sus brazos a Liam, con las lágrimas surcándole el rostro.

—Dios mío —oró—, no dejes que muera. Es tan joven. Y yo acabo de encontrarlo.

La ambulancia llegó y se llevó a Liam al hospital, donde de inmediato fue enviado al quirófano. El cirujano le dijo a Finn que tenía heridas múltiples de arma blanca y que debía operar de inmediato. Finn le contó a la policía lo que había sucedido y envió a buscar a la madre de Liam.

Lily abrió de golpe la puerta, con los ojos enloquecidos por el miedo. Ella se quedó paralizada cuando vio a Finn.

—Lo siento, Lily. Liam se encuentra en el quirófano. Todavía no hay noticias. Fue una suerte que yo estuviera allí para ayudarlo —le dijo con gentileza.

—¿Tú ayudaste a mi hijo? —ella se dejó caer en una silla, con los ojos abiertos por no poder creerlo.

—No te olvides de quién es, Lily. A mí me importa tanto como a ti.

—¿Cómo te atreves? —le gritó—. Ni siquiera lo conoces. Yo lo crie. Yo soy la que se preocupa por él, la que lo ama, la que lo cuidó en las enfermedades que tuvo cuando era niño, la que cuidó que tuviera una buena educación. Yo soy la que siempre ha estado con él —lo miró con ojos llenos de un odio criminal—. ¿Cómo te atreves tan siquiera a sugerir que tú te preocupas tanto como yo? Ese muchacho es mi vida.

Ella se paseaba por el pasillo, aterrorizada.

—¿Quién fue? —gritó—. ¿Dónde está? Lo mataré yo misma. Oh, por qué, por qué. ¿Por qué le hizo esto?

—Tal vez era un ladrón. Tal vez quería dinero y Liam se negó a dárselo.

Lily lo miró con sospecha.

—Y tú pasabas por casualidad por allí, caminando por Dunster. Justo como lo hacía Liam. Es una curiosa coincidencia, Finn. Demasiada coincidencia, me parece a

mí, Finn.

Él se encogió de hombros.

—Solo fue suerte, supongo. Pero este no es lugar ni momento de peleas. Solo pensemos en él.

Se sentaron en silencio, uno enfrente del otro, esperando. Media hora más tarde salió el cirujano para decirles que una herida profunda había arruinado el pulmón derecho de Liam. Otra había penetrado el abdomen, por suerte sin comprometer órganos vitales, aunque sí provocándole una seria hemorragia interna. Habían hecho lo que podían; ahora todo dependía de su fortaleza.

Les dijo que lo podían ver unos minutos y ambos se quedaron de pie a ambos lados de su lecho, mirando aquel rostro color ceniza. Se le veía tan joven y vulnerable, que parecía un niño nuevamente.

—Duerme bien, mi amor —le dijo Lily, inclinándose para darle un beso.

Finn la llevó a su casa de la calle Mount Vernon y ella lo invitó a entrar.

—Creo que tenemos algunas cosas que hablar —le dijo.

Se sentaron en la biblioteca de John, al lado del hogar, mirándose; ambos recordaron la noche en que él había venido aquí para verla con la excusa de hablar con John. Así había comenzado su relación.

Ella descansó su cabeza contra el cuero frío del sillón, observando cómo Finn servía dos coñacs.

—Bebe —le dijo—. Te sentirás mejor.

—Deseo saber por qué te ibas a encontrar con mi hijo —dijo ella.

Él suspiró.

—Nos conocemos desde hace un tiempo. Se supone que somos buenos amigos.

El rostro de ella se puso del color de las cenizas del hogar.

—¿Y por qué decidiste ser amigo de él ahora? ¿Después de todos estos años?

—Él también es mi hijo.

Ella lo miró con tristeza.

—¿Alguna vez te detuviste a pensar en cómo podría haber sido? ¿No recuerdas cuando yo te anuncié que estaba embarazada? ¿No puedes recordar lo que sucedió, lo que dijiste, lo que hiciste aquella noche? Tú deshonraste a tu hijo, Finn. Tú perdiste todos los derechos que tenías sobre él. Tú dijiste que no era tuyo y que nadie podría probar jamás que lo fuera. Liam es el hijo de John Porter Adams y nadie puede probar que no lo es. Tú, aquella noche, perdiste cualquier derecho que pudieras haber tenido. Yo soy su madre y tú jamás lo separarás de mi lado, aun si se me obliga a decirle la verdad —se puso de pie y caminó hacia la puerta—. Y ahora puedes salir de mi casa, de mi vida y de la de mi hijo. No quiero volver a verte nunca.

Ella se alejó caminando, subió las escaleras, pero no miró hacia atrás. Él supo entonces que todo había terminado. Ambos habían perdido y ahora se separaban para siempre.

Salió de la casa y regresó al hospital. Miró el rostro de su hijo.

—Ponte bien pronto, querido muchacho —le dijo, besándole la mejilla por primera y única vez en toda su vida. Luego se marchó.

Capítulo 50

De alguna manera, Lily casi se sintió contenta de que Liam decidiera no regresar a Harvard. Tres meses en el hospital y otros dos para recuperarse en su hogar lo habían transformado en un perfecto inválido. Ella pudo cuidarlo, malcriarlo y mimarlo a su antojo. Liam no recordaba nada de su atacante y se interrogaba sobre la razón.

—¿Por qué yo, madre? —preguntaba y ella le decía, igualmente insegura, que debía tratarse de un ladrón. Y cuando llegó la primavera, Liam le dijo que deseaba ir a Italia y Lily estuvo de acuerdo. Ella pensó que sería bueno para él y que eso lo mantendría alejado de Finn en caso de que este decidiera regresar. Pero Finn no había hecho ningún intento por verlo, y Liam ni siquiera sabía que fue él el que le había salvado la vida.

Partieron para Nápoles unas semanas más tarde y luego viajaron con chófer hasta la zona de los lagos. Liam estaba viviendo en sueños; devoraba con sus ojos los colores y paisajes, almacenándolos en un compartimiento especial de su cerebro para más tarde recordarlos cuando regresara a Boston.

Habían tomado una *suite* en la lujosa Villa d'Este y Liam se despertaba al amanecer y paseaba por el lago con unas hojas y sus acuarelas. Por una vez, Lily pudo relajarse y disfrutar sola. Estaba como siempre hermosamente vestida a la última moda, era aún soberbia y podía atraer la mirada de los hombres.

—Tu madre es la mujer más hermosa que jamás haya visto —le dijo una joven a Liam, mirando por encima del hombro el dibujo de los pequeños botes que se mecían en el muelle—. Y tú eres un muy buen artista, cualquiera puede verlo.

Él se volvió, avergonzado, para mirarla. Se trataba de una norteamericana muy pequeña y de rostro dulce. A él le gustó el brillante cabello rubio, los ojos ambarinos y la piel color melocotón. Pensó que tenía el color de un paisaje otoñal y le sonrió.

—Gracias por los dos cumplidos, aunque el último no es cierto. Por lo menos, no lo es todavía. Tengo mucho que aprender.

—Tú ya sabes más que la mayoría de nosotros —le respondió, riendo y mostrando una fila de dientes pequeños, parejos y muy blancos—. Pero deberías pintar el retrato de tu madre. ¿No es hermosísima? —Ella suspiró de forma exagerada—. Oh, qué no daría por tener ese aspecto.

—No deberías cambiar nada de lo tuyo. Estás perfectamente bien tal como eres —dijo Liam, sorprendido de su propia osadía. Pensó que debía ser algo del aire italiano lo que le hizo atreverse de esa manera.

—Gracias, señor —dijo haciendo una reverencia burlona—. Pero existen mujeres que son diferentes al resto de nosotras y una de ellas es tu madre —ella extendió la mano—. Me llamo Jennie Desanto y soy de Chicago. ¿Quién eres tú?

—Liam Porter Adams. De Boston. —Él se limpió la pintura ocre y siena que tenía en los dedos y le tomó la mano a la joven. Esta era pequeña y suave como si fuera la pata de un gatito y le sonrió complacido.

—Oh. Boston —dijo haciendo una mueca—. Ciudad de puritanos y esnobs. No es como Chicago —se rio—. En la Ciudad de los Vientos entra cualquier cosa.

Se dejó caer en las calientes tablas de madera y con las manos se abrazó de las rodillas que ya tenía recogidas, mirando el azul del lago, que brillaba bajo el temprano calor de la mañana.

—Estamos aquí de vacaciones —dijo ella—. Pero mi familia es originaria de Italia. Mi madre y mi padre están ahora en Milán, pero yo no podía soportar el calor y el humo de la ciudad, así que me enviaron aquí a los lagos para que los esperara. Ellos regresan la semana que viene —le sonrió traviesa—. A decir verdad, estoy mejor sin ellos. ¿Qué haces tú? ¿No eres un poquito mayor para viajar con tu madre?

Liam sintió que se sonrojaba.

—Tengo diecinueve años —dijo rápidamente—. Y habría preferido estar solo como tú, pero tuve un... un accidente y me estoy recuperando. De modo que mi madre me ha acompañado.

—Oh, lo siento —los ojos ambarinos lo estudiaron con curiosidad—. ¿Es esa la razón por la que tienes una cicatriz tan interesante en tu mejilla? —se rio—. Pensé que tal vez era producto de algún duelo para salvar el honor de una damisela en apuros.

—No fue esa suerte. Fui atacado en la calle por un loco con un cuchillo.

Los ojos de la joven se llenaron de horror.

—Oh, Dios, lo siento. ¿Te molesta hablar de eso?

Liam lo pensó. Lo único que le molestaba era que el señor James no hubiera ido a verlo. Cuando volvió en sí lo había buscado todos los días, pero él ni siquiera envió un mensaje. No había oído palabra del hombre que se decía su amigo, y él se sentía muy herido y disgustado. No podía imaginarse la razón por la que su protector lo abandonara tan abruptamente. Pensó que era culpa suya y que debía haberlo ofendido. Había meditado durante semanas pensando en qué podría haber sido, pero aún no tenía la respuesta y sabía que no podía contactar con él en su oficina. Si el señor James decidió que no deseaba verlo, ese era su privilegio.

—No me importa hablar de ello —dijo—. Pero eso pertenece al pasado.

—Supongo que siempre debemos mirar hacia el futuro —le dijo ella llena de solemnidad—. Al ser tan jóvenes, de todas maneras, no tenemos mucho pasado.

Liam guardó sus pinturas y ambos caminaron por la orilla del lago, a la sombra de los sauces, mientras Jennie charlaba animadamente sobre su casa, una casa grande también a orillas de un lago, en las afueras de Chicago. Le habló de sus hermanas y hermanos, «todos mayores y más inteligentes que yo», le aseguró a Liam.

—Yo soy la malcriada de la familia y nadie espera mucho de mi.

Lo miró con jovialidad y Liam se sintió mareado con una sensación de orgullo de

que ella hubiera decidido hablar con él. Era muy pequeña y bonita, y además era todo lo opuesto a él. Él era introvertido, solitario y artístico, mientras que Jennie era extrovertida, divertida y buena compañía.

En un impulso, la invitó a almorzar junto con su madre.

—A la una. En la terraza —le dijo, cuando estuvieron de regreso en el hotel.

—Allí estaré —le prometió ella.

La joven se mostró tan admirable en el almuerzo que Lily le respondió con simpatía. Después de todo, se dijo, Liam necesitaba una compañía joven en sus vacaciones y Jennie era lo suficientemente inocente, aunque no de *clase alta*. Además, ella estaba algo ocupada con el conde Crespoli, un apuesto señor mayor de cabello cano que estaba involucrado con la industria naviera y automotriz, y que la había llenado de cumplidos amables, además de sentirse más que feliz de acompañarla en pequeñas excursiones o a románticos restaurantes, y aun en algún paseo por las mesas de juego. Todo esto la hacía volver a sentirse joven.

Solo por una vez en su vida, Liam pasó todo su tiempo libre con Jennie y se sintió tan absorbido por ella que casi se olvidó del extraño abandono de su viejo protector, Finn James. Le dio a la muchacha un borrador y carbonillas y ambos escalaron las colinas, haciendo bosquejos de las vistas del lago. Cuando ella se cansaba, se tiraba en la hierba con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo mientras él pintaba. A veces, ella cantaba y él le decía que tenía una hermosa voz.

—No seas tonto —dijo ella riendo—. Es solo que suena bien aquí al aire libre. En el salón de música suena como un silbato.

—A mí me gusta todo lo tuyo —dijo él, tomándole la mano y besándola al estilo italiano. Ella se inclinó y lo besó en los labios. Liam deslizó sus brazos alrededor del cuerpo de la joven y ambos se abrazaron, respirando sus alientos y no deseando separarse.

—¿Pensarías que soy un tonto si te digo que te amo? —le preguntó con humildad. Ella le miró seria.

—No. Oh, no. Yo no pensaría en absoluto que eres tonto, Liam —le respondió.

Los padres de Jennie regresaron al día siguiente y cuando Liam se los presentó a Lily, ella les estrechó las manos con el rostro sin expresión alguna.

—Son vulgares. Unos nuevos ricos —le dijo enojada a Liam cuando regresaron a sus habitaciones—. ¡Pero si la mujer llevaba puesto un collar de diamantes para el almuerzo!

—¿Y por qué no habría de hacerlo si a ella le gusta? —le preguntó Liam igualmente de enojado, ya que cualquier cosa que Jennie o su familia hicieran estaba bien para él.

Sin embargo, la familia de Jennie no miró con buenos ojos a Lily tampoco.

—Ella no es mejor que lo que debería ser —dijo protestando la señora Desanto, aún enfurecida por la mirada de desprecio de Lily—. Ir por ahí con el conde, solos, «de excursión para ver las ruinas», dijo con doble sentido. ¿Qué ruinas? Me gustaría

saberlo. Aquí no hay ruinas que valga la pena ver.

Era una mujer robusta de aspecto maternal, que tenía inclinación por los colores brillantes y los destellos de las joyas. Su marido había hecho una gran cantidad de dinero con la importación de aceite de oliva y el suministro de embutidos a las fiambrerías de todos los Estados Unidos. Era un hombre pequeño y brusco, de carácter hosco, que se preocupaba constantemente de sus negocios y de las actividades de sus hijos, pero que cuidaba a su esposa. Lo que ella decía era ley en lo que a la familia se refería, pero en su negocio, él era el rey. Si ella no estaba de acuerdo en que su hija se viera con Liam Porter Adams, entonces eso estaba bien para él.

—No lo verás más —le dijo con severidad a Jennie.

—Pero papá, él es el único amigo que tengo en estas vacaciones —le suplicó—. ¿Qué daño puede haber en verlo? Después de todo, no hay nadie más aquí con quien hablar.

—Ella tiene razón —dijo la señora Desanto, retractándose un poco—. No hay otras jóvenes ni muchachos con los que pueda pasar el rato.

Jennie le sonrió, presintiendo el cambio en su madre.

—Pero solo durante las vacaciones —le dijo, levantando un dedo en señal de advertencia.

Liam y Jennie pasaron el tiempo besándose, abrazándose y prometiéndose devoción eterna. Y cuando no hacían esto, él pintaba su retrato. Al principio fueron solo bosquejos a lápiz, luego acuarelas y por último al óleo.

—Jamás tendré tiempo de terminarlo antes de que te marches —le dijo, mirando ansioso la pintura a medio terminar.

Jennie miró por encima de su hombro.

—No soy ni la mitad de bonita de eso —dijo ella.

—Oh, sí que lo eres —él la tomó y la acercó a él—. Eres hermosa, maravillosa. Y deseo pasar el resto de mi vida contigo. ¿Te casarás conmigo, Jennie?

—Oh, sí, por supuesto que lo haré —le dijo impetuosa—. Pero por ahora deberá ser nuestro secreto —frunció el entrecejo, pensando preocupada en sus padres—. ¿Qué dirá tu madre? —le preguntó a Liam.

—Probablemente se volverá loca, pero a mi no me importa. ¿Y qué sucederá con tus padres?

Ella hizo una mueca.

—Lo mismo. Pero a mí tampoco me importa. ¿Cuándo nos veremos, Liam? Yo estaré en Chicago y tú en Boston.

Ambos contemplaron los miles de kilómetros que los separaban y sus corazones se entristecieron cuando se dieron cuenta de que no estarían juntos.

—Te escribiré todos los días —le prometió ella.

—Yo también —dijo él, volviendo a abrazarla.

El día que Jennie partió con sus padres fue el más triste de su vida. Observó el

coche que se alejaba por el camino hasta que desapareció en una nube de polvo. Y luego regresó caminando hacia la orilla del lago, al lugar en que solían estar juntos y se sentó a escribirle una carta, la primera de las cientos que escribiría en los dos años siguientes.

Lily era feliz en Italia. Decidió quedarse un poco más y le permitió a Liam asistir a una escuela de arte en Roma, mientras ella disfrutaba de su nueva vida, con el conde Amadeo Crespoli como su tarjeta de presentación en la sociedad romana.

Alquiló una villa palaciega que estaba ubicada en una colina, con fuentes y jardines llenos de limoneros, estatuas y estanques. A lo lejos se veía la Basílica de San Pedro.

Se compró ropa en París, usó las joyas de los Adams e invitó con cordialidad a sus nuevos amigos, feliz de hacer alarde con su apuesto hijo el artista, y olvidándose de que ella deseaba que siguiera los pasos de su padre, ya que ahora sus maestros le habían dicho que Liam poseía un verdadero talento.

—Un día mi hijo será famoso —le dijo a sus nuevos amigos llena de orgullo, con un fluido italiano, ya que siempre había demostrado una aptitud natural para los idiomas.

Liam estudiaba mucho y evitaba las fiestas siempre que podía. Sus compañeros eran los estudiantes del instituto y se sentía más a gusto con ellos en los humildes cafés del barrio de los artistas, tomando un vino barato y hablando sobre las modelos y las novias. Pero en su corazón tenía el sentimiento de que algún día él volvería a ver a Jennie. Releía las cartas que ella le enviaba hasta que la tinta se volvía un borrón indescifrable, pero eso casi no importaba; sabía cada palabra de memoria. Supo cuando cumplió los veintiún años que recibiría una pequeña cantidad de dinero, diez mil dólares que le había dejado su abuelo Adams. Con eso en el bolsillo, tenía intenciones de ir a Chicago y casarse con Jennie. Y si sus padres se negaban a aceptarlo, entonces se la llevaría de noche. Y estarían juntos para siempre.

El cumpleaños de Liam coincidió con la separación de Lily del conde y su repentino aburrimiento de Europa. Reservó los pasajes para ambos en el *Michelangelo*, con destino a Nueva York. Ambos celebraron la mayoría de edad con una botella de Krug.

—Tan viejo como tú —le dijo con orgullo durante la tranquila cena para dos en el comedor palaciego del barco.

—Así es como a mí me gusta —dijo ella, apretándole la mano a su hijo—. Tú y yo juntos, Liam. Así ha sido siempre, ¿no es así? Y naturalmente, así es como debe ser.

De regreso a Boston, se firmaron los documentos y finalmente Liam tuvo dinero propio; dinero que no debería pedirle a su madre. Era libre.

Le comunicó a Lily que haría un pequeño viaje.

—Necesito alejarme, pensar cosas —le explicó mientras ella lo observaba nerviosa.

—¿Pero adónde vas? —le preguntó Lily—. Yo iré contigo. No puedes marcharte así.

—Volveré dentro de en un par de semanas —dijo él, tomando la maleta y caminando hacia la puerta.

—¡Liam! —gritó ella—. ¡Regresa de inmediato!

—Te veré pronto, madre —le dijo él desde la puerta.

—Por lo menos dime adónde vas —le dijo asombrada.

—A Chicago —dijo él, mirándola a los ojos—. A ver a unos viejos amigos.

Liam tomó el tren para Chicago. Sacó el cuerpo por la ventanilla cuando este llegó a la estación y, saliendo de nubes de vapor, vio a Jennie que lo buscaba ansiosamente entre los vagones.

—¡Jennie! ¡Aquí! —le gritó, y el rostro de ella se iluminó. Corrió hacia él y Liam ya había bajado del tren antes de que este se detuviera. Ambos se quedaron parados, mirándose, evaluando las diferencias de dos años sin verse y de las nuevas experiencias que había en ellos, y ella dejó escapar un suspiro de alivio.

—Oh, gracias a Dios. No has cambiado.

—Ni tú tampoco. Salvo que estás aún más bonita.

Se fundieron en un abrazo y él supo que todo estaba bien. El tiempo había pasado, pero nada había cambiado entre ellos.

—¿Te casarás conmigo? —le murmuró en un oído, llenándole el pequeño rostro de besos.

—Por supuesto que lo haré —respiró ella feliz—. Jamás volveremos a separarnos. No importa lo que digan los demás.

Ella dijo eso porque sabía lo que sus padres habían planeado para ella. Su padre sabía exactamente con quién se casaría: había elegido él mismo al hombre. Italiano, por supuesto, de una familia similar a la suya, solo que muy rica y con mayor éxito. Era como siempre se habían hecho esas cosas en las familias italianas y no importaba cuán educados y liberados fueran en este nuevo país, se esperaba que una hija siguiera la tradición en lo que a matrimonio se refería.

Fueron al Hotel Edgewater Beach, ya que Liam estaba acostumbrado a hospedarse en los mejores lugares y no sabía nada de dinero ni de ahorro. Jennie le contó los planes que su padre tenía para ella y dijo con desesperación:

—Has venido a tiempo, Liam. Yo no me puedo casar con él. Tiene el doble de edad que yo y ni siquiera me gusta. Además, yo estoy enamorada de ti. Todo lo que te dije en mis cartas era cierto. No ha pasado un solo día en que no pensara en ti y todas las noches antes de irme a dormir. Incluso he soñado contigo. El destino nos ha unido y una vez que eso sucede, debemos estar juntos para siempre.

Ella lo miró llena de tristeza. Tenía el cabello rubio echado hacia los lados, las mejillas rosadas por el frío y los ojos ambarinos llenos de sinceridad. Él le estrechó las manos, pensando en qué hacer.

—Le pediré a tu padre permiso para casarme contigo —dijo con firmeza—. Si se

niega, entonces vendrás a mi casa conmigo.

—¿Y qué sucederá con tu madre? —le preguntó, aprensiva, al recordar lo posesiva que era Lily.

—No te preocupes de eso —le respondió—. Cuando yo le diga a mi madre que me casaré contigo, ella no tendrá otro camino que aceptarlo. Y, de todos modos, ella con certeza te amará, ya que yo te amo.

Jennie no lo creyó, pero tuvo esperanzas para desear lo mejor. Tomaron un taxi y se dirigieron a su casa.

—Mamá, papá —dijo ella sosteniendo la mano de Liam y haciéndolo avanzar por la sala—. Este es Liam Adams. ¿Recordáis que nos conocimos en Italia, en el Lago de Como?

—¿Y? ¿Qué hace él en mi casa ahora? —preguntó el señor Desanto, mirándolos con sospecha.

—Estábamos a punto de cenar —dijo la señora Desanto, avanzando—. Tal vez desee acompañarnos.

—Espera —el señor Desanto levantó una mano autoritaria—. Yo quiero saber para qué está aquí. El lago de Como queda a mucha distancia de Chicago, y hace mucho tiempo.

Liam dijo, mirándolo directo a los ojos:

—El hecho es, señor, que he venido para pedirle permiso para casarme con Jennie.

—¿Mi hija? ¿Casarse con usted? —El rostro del señor Desanto se tornó del color de las remolachas y sus ojos casi desaparecieron en dos ranuras llenas de furia.

—¿Y qué opina su madre de esto? —le preguntó la señora Desanto, recordando muy bien a Lily.

—Ella aún no lo sabe —admitió Liam—. Pero estoy seguro de que se sentirá complacida de tener una nuera tan hermosa. Yo tengo dinero propio, señor —añadió con prontitud, por si ellos pensaban que no tenía un centavo y era incapaz de cuidarla.

—¿Dinero? ¿Cuánto dinero? —Desanto avanzó un paso con gesto amenazador.

—Bueno, diez mil dólares, señor.

—¿Diez mil dólares? —Desanto se volvió hacia su esposa y se rio con desdén—. El aristócrata tiene dinero. Diez mil dólares. Bah, el hombre que se casará con mi hija puede comprar y vender a su familia diez veces. Para él diez mil dólares es comida para pollitos. Ahora, salga de mi casa y aléjese de esta niña. ¿Me ha oído?

Dio otro paso, con el rostro ahora de color magenta por el enojo. Jennie tomó a Liam y lo llevó al recibidor.

—Vete ahora —le susurró—. Espérame en el Edgewater Beach.

Ella lo empujó hacia la puerta y la cerró con firmeza.

Liam se quedó inseguro en los escalones. Deseaba volver a entrar y discutir, pero sabía que era inútil y entonces regresó a su hotel para esperar.

Jennie llegó tres horas más tarde, con una pequeña maleta.

—Me encerraron con llave en mi habitación —dijo sin aliento—, pero se olvidaron del balcón y de los escalones que llevan a la terraza. Fue fácil escaparme —se apoyó con los codos sobre la mesa y le sonrió—. ¿Y ahora qué?

—El próximo tren para salir de aquí —tomó su maleta y la de él y ambos volaron hacia la estación, justo para tomar el tren que partía hacia Nueva York.

Se abrazaron, exhaustos, en su compartimiento, con los brazos bien apretados. Volvían a estar juntos y eso era todo lo que importaba.

—¿Qué es lo que hará tu padre? —preguntó preocupado mientras se encontraba en Nueva York, esperando el tren para Boston.

—Él ya me habrá desheredado —dijo sombría—. He deshonrado su nombre y eso es el final de todo.

La miró ansioso.

—Lo siento, Jennie.

Ella se encogió de hombros y dijo filosóficamente:

—Es mejor ser desheredada que tener que casarse con alguien a quien no se ama.

Era de noche cuando finalmente llegaron a Boston. Las luces estaban encendidas en la casa de la calle Mount Vernon y Liam tomó a Jennie de la mano cuando la condujo a su interior. Ella miró a su alrededor, asombrada por su esplendor.

—Si papá hubiera sabido que eras así de rico, tal vez habría consentido —dijo en un susurro.

—Yo no soy rico, mi madre lo es —le dijo él también en voz baja—. No te preocupes, él estará de acuerdo una vez que nos hayamos casado. Estoy seguro de ello.

—Liam —dijo Lily desde la parte superior de las escaleras y ambos levantaron la vista hacia ella—. ¿Quién ha venido contigo? —preguntó sorprendida.

—Una vieja amiga, madre. Es Jennie Desanto. ¿Recuerdas que nos conocimos en el Lago de Como?

—Por supuesto que lo recuerdo —ella bajó con paso ágil—. ¿Y qué hace la señorita Desanto en Boston?

—Yo la traje para que te viera, madre. Hemos venido juntos desde Chicago —le dijo Liam ansioso.

—¿Chicago? Entonces esa fue la razón de que fueras allí —se volvió y entró a la biblioteca—. Podéis entrar aquí —dijo mirando por encima del hombro—. Este es el lugar en donde ocurren los dramas en esta casa. ¿Tengo razón, Liam?

Se sentó en el gran sillón de cuero rojo y ellos se quedaron de pie delante de ella. Lily estudió con rapidez a Jennie de pies a cabeza, y las mejillas de la muchacha se encendieron cuando vio la mirada de aquellos ojos. Liam le apretó la mano cuando dijo:

—He traído a Jennie aquí, madre, porque la amo y me casaré con ella. Y estoy seguro de que tú también la amarás una vez que la conozcas.

—¿Te importaría dejarnos solos? —dijo Lily.

Jennie miró ansiosa a Liam y luego salió a prisa de la habitación y cerró la puerta. Se sentó en un sillón del recibidor, mirando los retratos de la familia, esforzando sus oídos para escuchar las voces del otro lado de la puerta. Sabía que Lily la odiaba por alejar a Liam de su lado, pero ella había quemado sus naves y rezaba porque Liam fuera lo suficientemente fuerte para enfrentarse a su madre y quemar las suyas.

Lily miró a su hijo y en su interior creció la furia. Todo lo que había trabajado durante todos estos años iba a ser usurpado por una jovencita de una familia campesina de italianos. Cómo osaban hacer eso, se preguntaba mirando a su hijo, con las manos entrelazadas detrás de su espalda, como un muchacho travieso que está esperando ser reprendido.

—Tú no te casarás con esa muchacha —le dijo con decisión—. Ella no es para ti. ¿Te olvidas, Liam, de que eres un Porter Adams? Tienes el nombre y la tradición de una familia. Esta relación es imposible. Envíala a Chicago. Dile que le pagaré cinco, no, diez mil dólares para que te deje en paz. Hay cientos de hermosas jóvenes en Boston y Nueva York, de buenas familias como la tuya, que estarían encantadas de casarse contigo. Oh, admito que tal vez he sido muy egoísta al tenerte todo el tiempo a mi lado, pero ahora las cosas cambiarán. Mañana partiremos para Nueva York, abriremos nuestra casa y comenzaremos a invitar a nuestras amistades. Liam, invitaré gente joven para ti.

—Madre, por favor...

—No discutas, Liam. Ahora mismo llamaré al gerente del banco y le diré que me envíe diez mil dólares. Se los darás a esa muchacha y ella se marchará bien complacida, no tengo dudas.

—Madre, ¿te has vuelto loca? —le dijo Liam con el rostro pálido—. Ni siquiera has escuchado lo que te acabo de decir, ¿no es así? —le gritó enojado—. Nunca lo haces. Durante todos estos años solo has hecho tu capricho, organizando mi vida tanto como la tuya. O, tal vez, en lugar de la tuya. Sí, esa es la verdad, ¿no es así, madre? Has utilizado mi vida para compensar las insatisfacciones de la tuya. Bueno, esto ya se acabó. Me caso con Jennie y eso es todo.

—Piensa en lo que dejas, Liam —le gritó—. Tu herencia, las casas, el dinero, No tienes idea de lo rico que serás algún día.

—Guárdatelo —le dijo con desdén camino de la puerta—. Cómprate una nueva vida para ti, madre.

—Espera —ella corrió hacia el armario que estaba cerca de la puerta en donde se encontraban dos hermosos revólveres antiguos Purdey. Tomó uno y verificó el cargador mientras él la observaba, anonadado. Luego, abrió la puerta y salió al recibidor. Ignorando a Jennie, que estaba sentada en un silloncito junto a la puerta, subió lentamente las escaleras, con el revólver cargado.

Se detuvo en el descansillo.

—Si dejas esta casa con esta joven, Liam, me mataré —le dijo con voz temblorosa—. La elección está en tus manos.

Caminó por el descansillo y se dirigió a su habitación, deteniéndose cuando oyó que se abría la puerta. Se asomó por la baranda y vio que Liam tomaba la mano de Jennie.

Él miró hacia el pálido rostro de su madre.

—No quiero ser chantajeado —le dijo con sequedad—. Adiós, madre.

Lily observó su vida, su amor, la razón de su existencia, salir por la puerta, y algo pareció estallar dentro de su cabeza. Todo lo que ella había luchado por conseguir en su destrozada vida, de pronto volvía a reducirse a la nada.

—Bastardo —dijo entre dientes—. Sí, eso es lo que eres. No eres un Porter Adams. Eres todo un O’Keeffe. Exactamente igual que el bastardo de tu padre.

Liam la miró con horror. Se volvió hacia Jennie y la rodeó con un brazo. Luego salió de la casa y cerró la puerta.

Lily dejó caer el revólver y bajó corriendo las escaleras. Cruzó el recibidor, abrió la puerta de entrada y bajó hacia la calle. Pero la oscuridad ya se los había tragado, como si él jamás hubiera existido.

Lily hizo lo que siempre hacía cuando tenía problemas. Llamó a Ned.

—Debes detenerlo —le gritó histérica de miedo—. No puede casarse con ella. Debes hacerlo regresar, Ned.

—Pero Lily, estoy en Nueva York —le dijo preocupado—. ¿Qué puedo hacer?

—Allí es exactamente donde va, estoy segura. A estas horas de la noche hay un solo tren que parte para Nueva York.

—Iré a la estación —le prometió—. Haré lo que pueda, Lily. Pero Liam ahora tiene veintiún años. Es mayor de edad y está enamorado. Tú sabes cómo es eso, Lily. Es algo duro de pelear.

—Debes hacerlo —le dijo con desesperación—. Deténlo, Ned, haz lo que debas hacer.

Cuando Ned fue acusado de ser el amante de Lily durante el divorcio de esta, hacía ya años, Juliet había gritado, rabiado y pataleado en la maravillosa casa de campo y en el espectacular apartamento que poseían en Manhattan, amenazando con suicidarse o asesinarlo o ambas cosas, pero había sabido muy bien que estaba luchando una batalla perdida. Era como siempre había sido: cuando Lily quería a Ned a su lado, él estaba allí. La carrera teatral de ambos continuó con tanto éxito como siempre, pero las peleas entre ellos dejaban a sus compañeros de escena con la boca abierta, mientras que en la casa los hijos apretaban los ojos para no ver los rostros enojados de sus padres y con las manos se tapaban los oídos para no oír las cosas amargas que se decían.

Finalmente, Juliet lo había abandonado. Ella se quedó con la casa de campo y Ned con el apartamento de Manhattan. Todos los veranos, Ned llevaba a sus hijos a Nantucket para pasar las vacaciones. Había comprado la cabaña «Bruma Marina» que estaba al lado de su casa para Lily, de modo que no hubiera ningún escándalo de que ella se quedara a solas con él. Sin embargo, ella había ido solo en ocasiones ya que se

sentía inquieta con tanta paz y quietud.

Cuando ella llamó, Ned estaba dando una fiesta en su espléndido apartamento de Manhattan para los productores de su nuevo espectáculo. Él se disculpó con sus invitados, aduciendo una emergencia, y salió de inmediato para la estación central del ferrocarril. Caminó por el frío andén para esperar el tren y cuando finalmente este llegó, se dio cuenta de que Lily tenía razón. Liam estaba con una jovencita de cabello rubio y se veía cansado y con el rostro sombrío. Levantó la mirada y se sorprendió de ver a Ned.

—Tu madre me llamó —le dijo Ned.

Liam se encogió de hombros con resignación.

—Debería haberlo adivinado. Pero no creas, Ned, que puedes hablar de este problema conmigo, ya que no es así. Tal vez puedas explicarme lo que ella quiso decirme —le dijo, con aspecto contrariado—. Tal vez tú lo sepas. Me dijo que yo no era un Porter Adams. Que mi verdadero padre es un tal O’Keeffe. ¿Es eso verdad?

Ned dudó.

—Bueno, sí, pero déjame explicarte...

Liam lo miró con los ojos en blanco. Tenía veintiún años y acababa de enterarse de que no era la persona que había pensado que era. De pronto, recordó la noche en que aquel hombre lo había apuñalado, lo que había dicho acerca de su madre, y ahora se daba cuenta con horror de que era verdad. Tomó la mano de Jennie y comenzó a correr.

Ned los siguió a través de la barrera y salió a la calle. Había un taxi esperando y ellos subieron a él, cerrando la puerta cuando este salió a toda velocidad. Ned corrió por la calle para tratar de detenerlos, y un taxi que venía en sentido contrario lo arrolló, echándolo sobre la calle. Una multitud se congregó a su alrededor, dando exclamaciones de sorpresa cuando vieron que se trataba del famoso actor. Lo llevaron al hospital, donde se le dijo a la prensa que estaba «tan bien como se podía esperar», y quedó bajo el cuidado ininterrumpido de las enfermeras.

Ned tuvo suerte de quedar con vida. Tenía las extremidades rotas y el cráneo fracturado. Lily, desconcertada, se mudó a Nueva York y todos los días lo visitaba, trayéndole cestas llenas de frutas y flores y los últimos libros para que leyera, pero aun cuando se sintió mejor, Ned no se sintió con ánimos de abrirlos. Un terrible letargo se había apoderado de él y se quedaba tendido en su lecho del hospital mirando una pared.

Cuando finalmente se le permitió que saliera del hospital, Lily lo llevó a Nantucket para que se recuperara. Pero ya no era el mismo Ned, todo vida y jovialidad. Hojeaba sin interés los libretos que lo esperaban y la verdad pronto se hizo aparente. El accidente había afectado su poder de concentración y su memoria. Ya no podía recordar las letras. Ned Sheridan había terminado con su carrera de actor.

Lily permaneció con él, viviendo en la cabaña que estaba junto a su casa, culpándose y esperando que Liam regresara. Aunque en su corazón, ella sabía que

jamás lo haría.

Capítulo 51

Maudie.

Ardnavarna.

—Así que ahí está, queridos amigos —les dije a Shannon y a Eddie—. La historia del pasado. O casi la mayor parte de ella. Queda solo un episodio y siento no haber estado presente allí para ser testigo de él. Ya que como pueden apreciar, Lily regresó a Ardnavarna. Pero regresó para morir.

»Yo estaba en un colegio de París cuando eso sucedió. Mi padre estaba en China en servicio y Mami se encontraba sola. Dijo que era un día glorioso, con el pálido sol y la brisa suave y que Ardnavarna se veía como en sus mejores días. Las rosas estaban en flor y su perfume impregnaba el aire. Mami regresaba de un paseo a caballo; tenía el cabello pelirrojo al viento y su yegua se parecía mucho al viejo caballo de Lily, *Jamestown*. Podría haber sido una escena del pasado.

Lily bajó de un viejo automóvil que la había traído desde Galway. Las dos hermanas se miraron mientras la yegua corcoveaba y los perros que ladraban daban saltos. Durante un largo minuto, ellas solo se miraron y luego Lily dijo con voz temblorosa:

—He vuelto a casa, Ciel. ¿Soy bienvenida? —preguntó, mirando con miedo a su hermana.

—Como los brotes de mayo —le gritó Ciel, saltando desde el caballo y arrojándose a los brazos de su hermana. Ambas retrocedieron sin soltarse y se miraron buscando los cambios, viendo el paso del tiempo, y en Lily, las señales de una enfermedad. Las dos habían sido más gemelas que hermanas; siempre sabían todo acerca de ellas y no hubo necesidad de que Lily le dijera a Ciel que se estaba muriendo.

—Pero, oh, ¿por qué no regresaste antes? —le preguntó entre lágrimas.

Lily sacudió la cabeza.

—Ahora estoy en casa y eso es lo que importa, ¿no te parece? —le sonrió, con la cabeza inclinada con vieja coquetería—. ¿Me perdonas? —le preguntó con ansiedad.

—¿No es siempre así? —le sonrió Ciel, y en un instante ya habían vuelto a su vieja relación; la hermana menor que adoraba a la mayor, hermosa y confiada.

Entraron a la casa tomadas de la cintura, y Lily le contó la triste historia de cuando Liam la había abandonado.

—Él regresará —le dijo Ciel—. Estoy segura. Todavía hay tiempo.

Pero Lily negó con la cabeza y dijo:

—Me temo que yo ya no tengo tiempo —había tal tristeza en su voz que Ciel supo que era verdad. Fuera lo que fuera su hermana, Lily siempre había tenido coraje

y ahora no sentía miedo. Ciel sabía que estaba llorando a su hijo perdido y estaba contenta de que su propia hija, Maudie, estuviera lejos, ya que la feliz relación que existía entre ambas solo habría ahondado la soledad de Lily.

Lily se paseó por la sala, tocando los objetos que recordaba: la fotografía de la familia en el marco de plata; un reposapiés bordado por su madre; los binoculares de William que siempre utilizaba para observar a los pájaros, y el hermoso humidificador de palo de rosa. Levantó la tapa, oliendo el aromático perfume de los Montecristo, cerrando los ojos como si aquel perfume le trajera la visión de su Pa, más clara que en la fotografía.

Podía verse a sí misma como una niña, sentada sobre sus rodillas mientras él elegía un cigarro y ejecutaba lentamente el lujoso ritual de las tenazas especiales de oro y de los fósforos largos que ella siempre soplabla para apagar. Y luego, lo mejor de todo, él siempre le colocaba la banda del cigarro en su dedo como si fuera un anillo. Podía ver a Mami sentada con su trabajo de punto y a Pa con el periódico. Volvía a saborear la especial atmósfera de paz y seguridad que ella había conocido de pequeña, cuando bajaba las escaleras y se acurrucaba entre aquellos dos seres maravillosos antes de ser enviada de vuelta a la cama.

—Si tan solo, ¡oh, si tan solo! —pensó con anhelo por última vez en su vida.

La noticia de que la malvada Lily Molyneux había regresado voló por toda la casa y luego por el pueblo con la velocidad de un reguero de pólvora; los sirvientes se reunieron para observarla con curiosidad y pronto todos supieron que Lily había regresado a morir.

—Lo tiene escrito en su rostro —se decían unos a otros con seriedad. Y las viejas historias y rumores fueron desenterrados y vueltos a contar entre susurros en el almacén del pueblo y ante una o dos pintas de cerveza en la cantina.

Lily estaba contenta de estar en su casa, de cabalgar sola por los senderos llenos de helechos y por la playa. Se sentaba en silencio junto al fuego durante la noche, sonriendo mientras conversaba con su hermana sobre viejos recuerdos y viejos tiempos. Y los perros, como siempre lo habían hecho en el pasado, se quedaban a los pies de la cama de Lily mirándola con adoración, como si fueran sus bienamados dálmatas de hacía cuarenta años. Cuando se sintió demasiado débil para cabalgar, caminó lentamente por los jardines, apoyándose en el viejo bastón de caña con puño de plata de su Pa. Rechazó las grandes dosis de morfina prescritas por el médico, ya que con el poco tiempo que le quedaba, no deseaba gustarlo en el sopor de los calmantes.

—Deseo disfrutar de cada minuto que me queda de vida en Ardnarnna —le dijo con tranquilidad a Ciel—. Yo sé que esto es el paraíso y cuando me muera deberé abandonarlo. De nuevo —miró patética a su alrededor y dijo—: ¿Crees que Pa me ha perdonado? ¿Se retorcerá en su ataúd si me entierras a su lado?

—Por supuesto que te ha perdonado —le mintió Ciel tragándose las lágrimas—. Él me lo dijo cientos de veces. Y tú aún no te morirás.

Pero Lily solo le sonrió.

En aquellas largas noches solitarias junto al fuego, ella le contó a Ciel la verdad sobre John, Finn y Daniel; le habló de sus dos hijos, de su odio por uno y del sobrecogedor amor posesivo por el otro.

—Liam jamás regresará a casa —dijo con tristeza—. Como ves, Ciel, he vuelto a hacerlo. No pienso en nadie sino en mí. Traté de encontrarlo, pedirle que me perdonara, pero no tuve suerte. Simplemente desapareció.

—¿Nunca pensaste en lo diferente que habría sido la vida si no hubieras conocido a Dermot Hathaway? —le preguntó Ciel.

—¿Si lo hice? —Lily se rio, con una risa triste y amarga—. Todos los días de mi vida, eso es todo. Pero he aprendido con dificultad que no hay forma de volver al pasado. No se puede cambiar el pasado, Ciel, aunque el cielo sabe que he tratado de hacerlo.

Sacó el collar de diamantes de su bolsillo y se lo dio a Ciel.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó, sonriendo—. Cuando tenía diecisiete años y el mundo a mis pies. Ahora deseo que tu hija lo tenga cuando tenga diecisiete y toda la vida por delante. Cuando todo es posible.

Habló de Ned, a quien ella se había visto obligada a abandonar en Nantucket al cuidado de una mujer del lugar.

—Él es mi único amigo aparte de ti, Ciel —dijo—. Ahora su pobre mente deambula, pero es tan apuesto, gentil y encantador como siempre. Oh, ¿por qué no lo quise lo suficiente como para casarme con él? La vida habría sido muy sencilla entonces. Pero sus viejos amigos del teatro son fieles; aún encuentran tiempo para visitarlo, y durante los veranos a menudo hay una multitud de gente que le hace compañía. Supe que era mejor decirle adiós mientras yo todavía era yo y evitarle que viera en lo que me transformaba.

Ella se miró con melancolía las manos, un simple puñado de huesos cubiertos de venas azules y piel apergaminada.

—Las manos de una vieja —suspiró con remordimiento—, y sin embargo jamás seré vieja.

Por fin llegó el día en que Lily ya no pudo levantarse. Ciel hizo que trasladaran su cama junto a la ventana, para que pudiera mirar los adorables jardines y los abedules plantados por su tatarabuelo, una franja de mar plateado y el ancho cielo transparente y los caballos que trotaban por el campo. Aun cuando el aire de finales del verano era suave, Lily sentía frío y el fuego estaba constantemente encendido en el hogar. Los perros permanecieron fieles a su lado, con las cabezas entre las patas y el gato anaranjado se sentaba en el borde de la ventana, observando y esperando.

Pasó una semana y luego otra. Lily ya no podía comer. Tomaba líquido con una pajita aunque le decía a Ciel que no tenía sentido.

—Ya no importa, querida Ciel —dijo—. Ahora estoy en casa.

Los ojos parecían como dos oscuros zafiros en el rostro gastado y macilento que

había quedado solo de piel y huesos, pero Ciel vio que por fin la tristeza y la melancolía lo habían abandonado.

Lily movió una mano y la posó sobre la cabeza de un perro. Con un suspiro de contento, cerró los ojos y Ciel supo que jamás volvería a abrirlos.

La gente del pueblo llegó como siempre lo había hecho para decorar el carro que llevaría su ataúd con musgo, helechos y todas las rosas que había en el jardín. Caminaron detrás de Ciel hacia la capilla de la familia y luego hacia la tumba donde Lily finalmente se reuniría con sus amados Pa y Mami. Esta vez toda la gente se descubrió la cabeza en señal de respeto al paso de Lily Molyneux.

Maudie.

Observé a mis dos oyentes. Tenían las cabezas bajas y me miraban solemnes mientras pensaban en Lily.

—Murió más feliz de lo que vivió —les recordé con delicadeza—. Por lo menos estaba de regreso en su casa, donde siempre había deseado estar.

—Ned debió morir unos pocos años después —dijo Eddie—. Aún tengo los recortes de un viejo diario sobre su funeral y el gran servicio en su memoria que luego se celebró. Todos los que tenían un nombre en el teatro fueron para decirle adiós y presentar sus respetos.

Yo miré a Eddie y le dije:

—Entonces ahora tú sabes lo que le sucedió a tu bisabuelo. Él dejó todo lo que era por la mujer que amaba, poco a poco; luego casi da su vida, y finalmente ella le costó su carrera. Fue un buen hombre y un gran actor. Además de un tonto con esta mujer.

»Antes de que Lily muriera, ella le preguntó a Ciel si realmente había sido una mujer malvada. Ciel le dijo lo que creo que es verdad: que jamás había sido malvada, sino tonta y testaruda. Siempre lamentando las cosas después, cuando ya era demasiado tarde.

»Y eso es lo que yo creo que es la verdad sobre Lily. Pero como dije al principio, vosotros debéis sacar vuestras propias conclusiones.

—Pobre Lily —dijo Shannon compasiva—. No creo que fuera malvada, sino que le sucedieron cosas muy malas.

—Pero ella se las buscó —dijo Eddie, y yo podría decir que estaba pensando en Ned, cuya vida había sido arruinada por su causa.

—Ese no es el final de la historia —dije, y ellos levantaron la cabeza y volvieron a prestarme atención—. Ya que el siguiente visitante del pasado en venir a indagar sobre Ardnarnna fue el padre de Shannon, Bob Keeffe.

—Fue alrededor de 1980, si recuerdo correctamente, cuando apareció en mi puerta, y cuando me dijo su nombre yo supe de inmediato que pertenecía a Finn.

Tenía un «aire a él» como dicen por aquí: moreno y apuesto. Oh, era el nieto de Finn y nadie del lugar lo habría discutido.

Shannon apoyó su mentón entre las manos mirándome con ansiedad, mientras yo contaba la historia exactamente como su padre me la había contado a mí.

Bob Keffe había rastreado el pasado de la misma forma en que su hija lo hacía años después. Había descubierto el retrato de Lily y las cartas en la cabaña de Nantucket. Luego, verificó los registros de los orfanatos y, con lo que yo pude decirle, dedujo el resto.

Liam y Jennie se casaron doce años antes de que naciera su hijo, Robert, añadiendo felicidad a sus vidas. Liam había tomado el apellido de su verdadero padre, O’Keeffe, y se cambió el irlandés Liam por William, de modo que ahora se conocía a la pareja como el señor y la señora de William O’Keeffe, y ese fue el nombre que utilizó para firmar todas sus pinturas. Y esa fue probablemente la razón por la que los detectives que contratara Lily durante años no habían podido encontrarlo.

Vivieron en el norte de California, en una remota cabaña cerca de Mendocino y se mantuvieron alejados, aunque siempre fueron amables cuando se encontraban con sus vecinos del pueblo. La gente del lugar decía que, aunque eran artistas, Jennie O’Keeffe mantenía su casa impecable, con cortinas almidonadas en las ventanas y buena comida en la mesa. El niño era demasiado pequeño para ir a la escuela y nadie sabía mucho de ellos, salvo que se habían establecido allí después de años de deambular por el país, deteniéndose donde Liam encontraba algún lugar que deseaba pintar. Cada tres meses, Liam hacía un viaje a San Francisco para vender sus pinturas a fin de poder pagar el alquiler y, después de su muerte, el dueño de la galería de arte dijo que, aunque no había llegado a ser grande, poseía verdadero talento y el mundo había perdido un buen artista.

Estaban haciendo un extraño viaje hacia el Este, tal vez para tratar de reconciliarse con Lily y Finn, y mostrarles a su nieto. Entonces, en las primeras horas de una mañana con niebla, el tren en el que viajaban chocó con otro de carga. Entre los nombres de los muertos que aparecieron en los diarios estaban los de William O’Keeffe y su esposa Jennie. Robert, el hijo de cinco años, había sobrevivido. Se pedía a los parientes que se pusieran en contacto con el orfanato católico donde se había llevado al niño.

El joven Bob había sido encontrado en los brazos de su padre, protegido del impacto por su cuerpo. En el orfanato, él esperó impaciente que su padre regresara a buscarlo y cuando preguntó por qué no lo hacía, las monjas le hicieron guardar silencio con suavidad y le dijeron que su padre se había ido al Paraíso, donde aspiran ir todos los hombres buenos.

—Yo preferiría que me viniera a buscar —lloró con resentimiento.

Ellas le dijeron que pronto encontrarían a sus parientes, y Bob se preguntó por qué. A medida que crecía sus interrogantes se convirtieron en rabia y resentimiento de que nadie en todo el país lo quisiera. Decidió que cuando fuera un hombre, él les enseñaría a todos. Sería rico, famoso, un hombre de éxito y todos desearían conocerlo. Y entonces, buscaría a aquellos parientes que lo habían rechazado y les probaría que ya no los necesitaba.

Pasaron muchos años antes de que fuera a la cabaña de Nantucket, donde encontró las cartas de Ciel y el retrato de Lily. Se dirigió al domicilio que estaba en el sobre, la casa de su abuela en la calle Mount Vernon, pero estaba cerrada y los vecinos le dijeron que la señora Adams había regresado a Irlanda hacía años.

Y luego, años más tarde, siendo ya un hombre rico, vino aquí para encontrarse con Ardnarna y sus raíces. Me contó toda su vida y lo que había sufrido, pensando que nadie se interesó en rescatarlo del orfanato y que en realidad jamás había sabido quién era. Yo le dije:

—Usted es el nieto de Lily Molyneux y de Finn O’Keeffe. Si cualquiera de los dos hubieran sabido quién era usted en ese accidente de ferrocarril, habrían acudido como rayos a reclamarlo —y cuando yo le dije que también era el legítimo heredero de la fortuna de Lily, sencillamente se encogió de hombros y dijo:

—Ahora es demasiado tarde. Que los muertos entierren a sus muertos y que yo prosiga con mi vida.

De todos modos, le di el collar.

—Para su hija —le dije, de la misma forma en que Lily le había dicho a Mami—. Cuando ella tenga toda su vida por delante y cuando aún todo sea posible.

Había lágrimas en los bonitos ojos grises de Shannon y pude comprobar la profundidad de su pena. Le dije con gentileza:

—Tu padre eligió dejar el pasado en paz, pero tal vez haya otros que no lo quisieron así. Y estoy segura de que es la razón por la que lo asesinaron.

Shannon me miró con ojos interrogantes y yo le dije:

—Ningún hombre del calibre de Bob O’Keeffe se mataría por dinero. Una mujer, tal vez. Los Molyneux siempre han sido muy emocionales, sentimentales con los perros, los caballos y las mujeres. ¿Pero el dinero? Jamás. Además, si su empresa hubiera fracasado y estuviera en quiebra, conocía la existencia de la herencia de Lily, varios millones de dólares. Y aún hoy está allí, esperando al heredero en el Banco de Boston.

—Pero él no conocía a nadie del pasado —dijo Shannon—. Ningún O’Keeffe. Ni ningún Molyneux. ¿A quién conocíamos nosotros que hiciera una cosa tan terrible? ¿Y por qué?

Eddie la rodeó con un brazo para consolarla.

—Encontraremos quién lo hizo, Shannon —le dijo con calma—. Yo te ayudaré. Regresaremos a Nantucket donde comenzamos. Tal vez, si buscamos más, descubriremos la pista final que nos dará la respuesta.

Les dije que había un viejo dicho irlandés que decía: «Para encontrar a un enemigo, el irlandés primero se mira a sí mismo y luego a otro irlandés». Yo pensaba que había mucho de cierto en ello. Y que Brigid, que sabe de esas cosas, les diría que existen tres motivos básicos para un asesinato: dinero, pasión y venganza.

—De una cosa estoy segura —dije—, cuando se trata de casos de familia, en particular una con una historia tan turbulenta, se debe buscar con cuidado entre aquellos que están cerca de la víctima. Ahí es donde se encontrará al asesino.

Shannon y Eddie decidieron que regresarían a Nantucket y para animarnos, ellos y yo, decidí celebrar un baile de despedida. Llamé por teléfono a todos los que conocía y les dije que vinieran el sábado vestidos de gala para despedir a esta *nieta* mía que había encontrado.

El salón de baile que hacía tantos años no se usaba y que estaba en la parte posterior de la casa fue barrido y encerado, y además se volvieron a dorar las sillas que allí se encontraban. Se pidió ayuda del pueblo para mover los muebles y se pidió una orquesta de Dublín. Brigid estaba en su elemento en la cocina, planeando y organizando un buffet frío para ciento cincuenta personas. Una docena de mujeres se pusieron a sus órdenes, cortando, sazonando y horneando.

Pero antes de que sucediera este gran acontecimiento, tuvimos en Ardnaverna otro visitante sorpresa.

Capítulo 52

Yo me encontraba de rodillas arrancando malezas de los canteros de flores que estaban debajo de las ventanas de la sala, cuando oí el rechinar de las ruedas de un coche en el camino de grava. Era una mañana soleada y debí echar hacia atrás mi sombrero y colocarme una mano sobre los ojos, a modo de pantalla, entrecerrándolos para ver la larga limusina Mercedes de color blanco que se tambaleaba por los surcos, rumbo a la casa. Un automóvil tan espléndido no había estado en Ardnavarna desde el adorado Rolls de mi Pa, y yo me pregunté si tal vez no se trataba de una estrella del *rock* que se había perdido, camino del castillo de Ashford.

El chófer paró en la puerta principal y yo sonreí cuando vi que se quitaba la gorra y se secaba la frente sudorosa. Echó una mirada aprensiva a la pintura de la carrocería, pensando en los helechos y zarzas del sendero de entrada, y pensé en lo enojado que estaría cuando le dijera que había entrado por el camino equivocado. Mirándome con desprecio, se apresuró a abrir la puerta de su pasajero.

Las piernas fueron lo primero que salieron: increíblemente largas y elegantemente delgadas y, si no me equivoco, con unos zapatos de gamuza roja de Manolo Blahnik. Luego, siguió el resto de la dama, tan alta como podía esperarse de tales piernas, con curvas en los lugares correctos, enfatizadas por un traje blanco de buen corte. El largo cabello rubio le caía sobre los hombros como una melena de león y su rostro era bonito más que hermoso. Sonrió con increíble dulzura hacia donde yo me encontraba y dijo con acento neoyorquino:

—Perdón, ¿podría decirme dónde se encuentra la señora de la casa?

Yo me puse de pie, limpiándome las manos embarradas en las asentaderas de mis pantalones de montar, justo cuando los perros descubrieron que algo sucedía y se echaron sobre ella, dejando las decorativas impresiones de sus patas en la inmaculada falda blanca.

—Oh, estos queridos animalitos —exclamó. Naturalmente, eso me gustó.

—Perdone a mis perros por sus demostraciones de afecto —me disculpé—. No están acostumbrados a ver estos lujosos vehículos ni a tan sofisticados visitantes. —Extendí mi mano todavía sucia y dije—: Me llamo Maudie Molyneux y soy la señora de Ardnavarna. —Ella se sonrojó por su error.

—Oh, lo siento —alcanzó a decir—. Pensé que usted era una empleada... bueno, una especie de jardinero.

—No hay problema —le aseguré—. También lo soy: jardinero, mozo de cuadra, chófer, ama de llaves. ¿Y a quién tengo el placer de conocer?

—¡*Joanna!*

Ambas nos volvimos al escuchar la voz de Shannon. Estaba parada en la puerta mirando a la extraña, y yo recordé que ella me había dicho que la amante de su padre

era Joanna Belmont. La miré con interés y pude ver por qué Bob Keeffe la había elegido. Ella era la mujer para un hombre; bonita y sensual, aunque con ese aire de sana muchacha norteamericana. Supe que habría sido para Shannon una mejor madrastra que la fría dama de sociedad, Buffy, y sentí pena por ella, porque había perdido al hombre que amaba.

—¡Shannon! —respondió Joanna, un poco nerviosa me pareció, y comprendí la razón. Aquí estaba la amante de su padre que se enfrentaba con la hija y por razones que aún no conocíamos.

—Debía venir —dijo Joanna—. Y después de esa dulce carta que tú me escribiste, pensé que tal vez a ti no te importaría. —La miró con ansiedad, todavía preocupada porque ella le preguntara enojada cómo osaba entrometerse en su vida, ya que después de todo, era solo una amante y no una esposa. Pero a Shannon no le importaba.

Caminó hacia ella y la abrazó.

—No sé por qué estás aquí —le dijo—, ni cómo me has encontrado. Pero estoy feliz de que hayas venido. Sé en mi corazón que papá te amaba y eso es lo que importa.

Joanna Belmont rompió a llorar. Se quedó allí, alta y sofisticada con las impresiones de las patas de los perros en la blanca falda y lágrimas que le surcaban aquel bonito rostro, mientras el chófer miraba y Shannon la abrazaba y lloraba también.

Yo sabía que era bueno para ellas compartir la pena, de modo que dije comprensiva:

—Cuando estéis listas, me encontraréis en la cocina. Le diré a Brigid que prepare un café y hablaremos.

Un rato más tarde, ellas entraron a la cocina. Yo le presenté a Eddie y a Brigid y todos nos sentamos alrededor de la mesa, tomando café y estudiándonos unos a otros, mientras los perros se acomodaron a los pies de Joanna, mirándola embelesados. ¿Es esta una raza admiradora de la belleza o qué? Me pregunté, empujándolos con mi pie y diciendo entre dientes la palabra «traidores». Pero ellos parecieron no notarlos y continuaron mirando a Joanna, pidiéndole con una pata que les hiciera otra caricia.

—J. K. me dio la dirección —dijo Joanna—. Me dijo que estabas aquí pero que no estaba seguro de la razón. A decir verdad tuve algo de miedo de llamarlo, porque tu padre y yo... bueno, él siempre había mantenido sus negocios separados de su vida *personal*, y yo no estaba segura de que J. K. ni siquiera supiera quién era yo. De todos modos, supongo que sí lo sabía ya que no hizo ninguna pregunta, solo me dijo que estabas en Arnavarna. Y aquí me vine entonces.

—¿Pero por qué estás aquí? —le preguntó Shannon—. ¿No solo para verme a mí?

Joanna tomó un portafolios de cuero negro y se lo pasó a Shannon.

—Tu padre me dio esto para que lo guardara —dijo—, antes de que lo mataran.

Shannon, la miró asombrada.

—¿Entonces tú crees que lo mataron?

—Sé que lo mataron. —Joanna se inclinó hacia Shannon y le tomó la mano que tenía sobre la mesa—. La noche anterior a la fiesta, Bob me dijo que le pediría a Buffy el divorcio. Me pidió que me casara con él. Me dijo que llevaría un tiempo liberarse y que había muchas cosas que resolver primero. Yo creí que se refería al arreglo de los bienes, ya sabes, la pensión y todo eso, pero no era así.

»Tu padre no robó ese dinero —dijo ella—. Otros le estaban robando a él.

Brigid y yo nos miramos y luego volvimos a mirar a Joanna. Entonces ella nos contó lo que sucedió.

Nueva York.

Joanna casi no había abandonado su apartamento después de la muerte de Bob. Se paseaba por las habitaciones que daban al Central Park, recordando cómo ellos habían elegido juntos el lugar y cuán feliz había sido ella allí, amueblándolo y decorándolo para los dos. Ahora, sin él, era simplemente un conjunto de habitaciones.

Se dirigió al vestidor y miró la ropa de Bob, todavía colgada junto a la suya. Miró el reloj que ella le había regalado para su cumpleaños hacía dos años, y los gemelos de esmalte que fueron el regalo del primer aniversario. Siempre que él venía al apartamento, se cambiaba el reloj y se ponía el que ella le había regalado, y siempre usaba sus gemelos cuando salían juntos.

Ella jamás habría pensado en un millón de años que podría aceptar ser la *mujer secreta* de Bob Keeffe, pero la verdad es que no le había importado. A veces, sentada allí esperándolo, se había sentido más como una *esposa* que como la *otra*, ya que ella sabía que su esposa, Buffy, jamás se sentaba a esperarlo.

Tomó la manga de la chaqueta de *tweed* favorita de Bob, la que siempre usaba los fines de semana, y la apretó contra su mejilla. Cerró los ojos, viéndose a ellos mismos caminando por el parque el domingo por la mañana, para ir a comprar el *New York Times*, y tal vez tomar el aperitivo en algún café. Luego regresaban a la casa y leían los diarios, para a veces quizá volver a la cama. Dios, era un hombre tan sensual, y, oh, cómo lo había amado.

Las lágrimas le nublaron la vista cuando salió con paso inseguro del vestidor, tropezándose con el portafolios de cuero negro que estaba allí. Se cayó abierto y los papeles se desparramaron sobre la alfombra blanca y negra. Ella los tomó y rápidamente volvió a guardarlos y a cerrar el portafolios. Lo colocó en un estante del guardarropas y luego, se detuvo y lo miró pensativa.

Había leído todos los comentarios sobre Bob en los diarios. Sabía que lo tildaban de estafador y que estaba siendo investigado por fraude. Pero ella no lo creía. Recordó ver a los agentes del FBI y a los representantes de la SEC y del IRS por la

televisión, sacando todos los documentos y archivos de las oficinas de las Compañías Keeffe. Salvo estos que estaban en el portafolios, justo aquí en su guardarropas.

Tomó el portafolios y lo llevó a la habitación que Bob llamaba su estudio. Se sentó en el sofá blanco, apretando el portafolios contra su pecho, mirando por la ventana las palomas que volaban y pensando. Ella jamás había metido sus narices en los asuntos de Bob, aunque siempre había escuchado cuando él deseaba hablar de sus cosas. Estaba lleno de excitación por su nuevo rascacielos y había hablado sobre la nueva etapa de construcción. Ella sabía que no se trataba de un monumento a su ego, tal como los medios de comunicación intentaban hacer creer. Bob era un hombre que había llegado al éxito con sacrificio, y la Torre Keeffe sería la cima de su carrera. En lugar de ello, había sido su epitafio.

Pensó en su conversación la noche anterior a que muriera, cuando le había pedido que se casara con él, recordando lo cansado que le había parecido.

—Me estoy haciendo viejo —le dijo con amargura—. Demasiado viejo para seguir con sueños e ilusiones. De pronto, todo se desvanece.

Lo recordó cuando le dio el portafolios y le pidió que lo guardara en algún lugar seguro. También, la mirada triste y melancólica de sus ojos cuando la besó por segunda vez, antes de tomar el ascensor y dejarla para siempre. Y ella supo sin sombra de duda que Bob no se había quitado la vida. Alguien había robado los millones que faltaban y Bob lo había descubierto. El ladrón, fuera quien fuere, lo había asesinado.

Pensó en los documentos que estaban en el portafolios y que él le había pedido que guardara en lugar seguro, y supo que Bob debió haber encontrado alguna prueba del fraude y que ella ahora era la portadora.

Abrió la carpeta y estudió los documentos. Eran los contratos de compra por los que las Compañías Keeffe habían adquirido los terrenos para construir en una docena de ciudades norteamericanas. Todos tenían el mismo formato legal, con el nombre del vendedor y comprador, la descripción del terreno y adjuntos estaban los mapas y diagramas, el precio de compra y muchísimas cláusulas legales. El nombre del vendedor era diferente en cada uno de ellos, pero ella notó que, escrito con letra pequeña debajo, decía «subsidiaria del Fondo ExWyZe», y que cada uno estaba firmado para el vendedor por un hombre de apellido extranjero, Jean Michel Zymatt, y para el comprador, Compañías Keeffe, por dos de sus socios, Brad Jeffries y Jack Wexler. Ninguno estaba firmado por Bob.

Nunca se esperaba de una actriz, pero Joanna era muy buena para las matemáticas. Rápidamente sumó en su cabeza los precios de compra y supo al instante que estaba en presencia de contratos por más de cuatrocientos millones de dólares.

Colocó los documentos nuevamente en el portafolios y lo cerró. Lo miró y se preguntó si esto era lo que todos aquellos inspectores de fraude estaban buscando. Pero ellos hablaban de más de cuatrocientos millones de dólares. Hablaban de

novecientos, tal vez de mil, y de manipulaciones con acciones y falsas garantías. Pensó en todos aquellos banqueros que esperaban su dinero. Bueno, ella podía decirles dónde se encontraba una parte. En la cuenta bancaria de M. Jean Zymatt y del Fondo ExWyZe. Allí estaba.

Se preguntó lo que Bob había querido decir con mantener sus ilusiones. ¿Fue porque Brad y Jack lo habían estado engañando durante todos estos años? Pero ¿por cuatrocientos millones de dólares? Negó con la cabeza; era difícil de creer. Por lo que ella sabía, Brad llevaba una vida sencilla en una bonita casa de ladrillos rojos en unas cuantas hectáreas que poseía en Kings Point, Long Island. Tenía un Mercedes y pasaba sus vacaciones pescando en Canadá. Wexler era sofisticado, es cierto, pero había sido el dueño de la casa de Sulton Place durante largo tiempo. Tenía un Aston Martin, pero Bob decía que era para hacer alarde y que Jack necesitaba impresionar a las mujeres. De todos modos era un solterón y ¿en qué más gastarían el dinero?

Tal vez ambos habían actuado de buena fe y fue el Fondo ExWyZe el estafador. Joanna suspiró cuando llevó nuevamente el portafolios hacia el vestidor y lo guardó bajo llave en un cajón. Colocó la llave en un bolsillo de su bata y comenzó a vestirse. No sabía lo que había estado sucediendo, pero tenía miedo de ir a la policía por el escándalo, y tenía miedo de enfrentarse a los socios de Bob y exigir la verdad ya que... sus rodillas de pronto se habían transformado en gelatina... porque tal vez Brad Jeffries y Jack Wexler habían asesinado a Bob.

Se desvistió rápidamente, se puso un vestido negro y se maquilló. Como era alta e impactante, la gente siempre pensaba que empleaba mucho maquillaje, pero en realidad lo único que usaba era un toque de polvos, un poco de máscara facial y algo de lápiz de labios, Nunca había comprado nada que no fueran cosméticos de poco costo, legado este de sus días de pobreza como actriz. Pero ahora, gracias a Bob, era en comparación una mujer rica. Le había comprado este apartamento, había depositado regularmente dinero en sus cuentas bancarias y le pagaba todas las facturas.

—No hay necesidad de que vuelvas a trabajar —le había dicho alegre, ya que él sabía que ni siquiera trataba de conseguir trabajo debido a él. Deseaba estar libre para cuando él quisiera y pudiera verla.

Pensó en los cuatrocientos millones pagados a Jean Michel Zymatt y al Fondo ExWyZe por todos aquellos terrenos, preguntándose si estos siquiera existieron. Había una sola forma de averiguarlo.

Sacó dos contratos de la carpeta: uno de una propiedad en Nueva York y otro de una de Boston. Se puso un abrigo a cuadros blanco y negro, un gran sombrero de paja color negro y guardó los contratos en su cartera. El portero le dio la correspondencia cuando salía y ella metió los sobres en su cartera y tomó un taxi hacia la Segunda Avenida.

Era una zona de construcciones miserables que tenían el aspecto de que nadie las hubiera tocado desde principios de siglo cuando fueron construidas. En la planta baja

había un minimercado y, junto a él, una lavandería. Le dijo al conductor del taxi que esperara, entró a la tienda y solicitó hablar con el dueño.

El joven haitiano que se encontraba detrás del mostrador del minimercado la miró como si ella hubiera bajado de la nave Enterprise. Joanna le dijo con vivacidad:

—Vamos, jovencito, tengo prisa.

Este se fue hacia la trastienda y regresó con un hombre viejo, de cabellos aceitados y ojos hostiles.

—¿Qué quiere? —le dijo con una mueca de desprecio.

—Deseo saber quién es el dueño del edificio —le dijo cuando el hombre avanzó hacia ella de forma intimidatoria.

—¿Para qué lo quiere saber?

—Tengo interés en comprarlo.

—¿Eh? —Caminó a su alrededor, mirándola de pies a cabeza, y ella pensó en salir corriendo hacia el taxi, pero debía saber. Sus ojos lo siguieron cuando regresó a pararse delante de ella—. Hay un dueño —le dijo con indiferencia—. No sé el nombre. Solo le pago un alquiler y eso es todo.

Le dio las gracias rápidamente y se dirigió a la lavandería vecina. La muchacha afronorteamericana que estaba detrás del mostrador era bonita e inteligente. Le dijo que el nombre del dueño era Marks, y que enviaba todos los viernes a un hombre para que cobrara los alquileres. Y que no había oído nada que se relacionara con ningún plan de mejorar el lugar.

—¿Quién habría querido construir algo aquí? —le preguntó con una risa burlona—. Nosotros estábamos tratando de irnos.

Joanna le dijo al conductor del taxi que la llevara al aeropuerto de La Guardia, donde tomó un vuelo directo a Boston. El taxista del Aeropuerto Logan la miró con extrañeza cuando ella le dio la dirección y le preguntó si estaba segura. Cuando llegaron al lugar, ella supo la razón. La zona era un basurero de construcciones semiderruidas y ella ni siquiera se molestó en inspeccionar la barraca hecha de tablas de madera por la que las Compañías Keeffe habían pagado treinta y dos millones de dólares. Le dijo simplemente al taxista que la llevara de regreso a Logan, donde esperó el siguiente vuelo de vuelta a Nueva York.

En el avión releyó los contratos por los dos terrenos que acababa de ver, y supo que estaba en presencia de un fraude. Pero algo le decía que esto era simplemente la punta de un iceberg. Había más, mucho más. Bob había descubierto lo que estaba sucediendo y él supo quién lo había hecho. Eso es lo que él había querido decir con «perder los sueños y las ilusiones». Quienquiera que hubiera sido, se trataba de una persona cercana a él, y cuando Bob los descubrió, la misma persona o personas lo habían asesinado. Volvió a mirar las dos firmas, la de Brad y la de Jack, y se hizo la pregunta. Negó con la cabeza; no tenían aspecto de asesinos. Pero ¿qué aspecto se suponía que debería tener un asesino? ¿Cómo un gorila de ojos brillantes y sonrisa amenazadora? Dios mío, pensó, impresionada, tal vez hasta podría haber sido Buffy.

Volvió a guardar los documentos en la cartera y miró las cartas que le había dado el portero de su casa. Una tenía el sello postal de Nantucket y ella la miró con curiosidad. Nadie que conociera vivía en ese lugar. La abrió y le echó una mirada, anonadada, a la firma, Shannon Keeffe, y cuando leyó el mensaje de comprensión hacia su persona, las lágrimas aparecieron en sus ojos.

Cuando miró la dirección, Cabaña Bruma Marina en Nantucket, deseó pedirle al piloto que hiciera girar el avión y se dirigiera a Boston, para que ella pudiera ir y darle las gracias a esta adorable jovencita por haber pensado en ella. Por haberse preocupado de que tal vez la amante de su padre podría estar llorando su muerte más que su legítima esposa. Recordó haber leído en los diarios la partida de Buffy para Barbados, donde permanecía incomunicada, esperando que desapareciera el escándalo, dejando sola a su hijastra para que se enfrentara con el barro que había sido arrojado sobre ella.

—La muy zorra —dijo con vehemencia, y la mujer que tenía a su lado la miró asombrada. Joanna se disculpó y volvió a guardar la carta en su bolso, pensando en lo que haría.

Cuando regresó a su casa, se quitó los zapatos y comenzó a pasearse por el apartamento, preguntándose si debería hablarle a Shannon Keeffe de las sospechas de que su padre había sido asesinado y mostrarle además los documentos del fraude. Luego se dijo a sí misma que Shannon ya había soportado mucho, que probablemente había aceptado la idea de que su padre se había suicidado y que decirle esto resultaría como echar sal sobre una herida abierta. Se preguntó sobre la conveniencia de contárselo a su mejor amiga, pero no deseaba involucrarla: este era un juego muy peligroso. Aquí se estaba enfrentando a un asesinato.

Siguió paseándose como una fiera enjaulada durante un rato y luego tomó el teléfono y marcó un número. Cuando contestaron, pidió una *pizza* de *mozzarella* y tomate. Después se sentó frente al televisor. Cuando llegó la *pizza*, comió una porción, mirando las noticias de la CNN, aliviada de que por una vez no se mencionara a Bob.

Puso el resto de la *pizza* en la caja y la tiró al cubo de la basura. Luego se duchó. Se tendió en la cama y cerró los ojos.

—¿Qué debo hacer, Bob, mi amor? —preguntó y, claro como el sonido de una campana la respuesta llegó a su mente, como si él le estuviera hablando—: «Cuéntaselo a Shannon». —Joanna suspiró aliviada. Eso es lo que haría.

Joanna terminó con su historia y nos miró expectante.

—Así que aquí me tienen —dijo, con voz bajita y llena de excusas. Le ofreció el portafolios a Shannon—. Pensé en acudir a la policía, pero entonces recordé quién era yo. Sabía que los medios de comunicación se lanzarían sobre mí si la amante de Bob

Keefe hubiera aparecido con un portafolios lleno de documentos dejados en un guardarropa, que ella declaraba que eran las pruebas de que sus socios lo habían asesinado.

Nos dirigió una sonrisa tímida y yo admiré su coraje por admitir que era solo una *amante*, aun cuando sabía que había sido mucho más que eso.

—De ti depende, Shannon, decidir lo que se debe hacer —dijo con tranquilidad.

Shannon nos miró indefensa a Eddie y luego a mí. Sacamos los documentos y nos los pasamos, estudiando las firmas de los socios y mirando extrañados el nombre del vendedor, Fondo ExWyZe, además del hombre con nombre extranjero que había firmado en representación de dicho Fondo.

—Tal vez se trate de una de esas compañías que evaden impuestos, de Suiza o Liechtenstein, o algún lugar así —dijo Eddie pensativo.

—Si eso es verdad, entonces no habrá manera de comprobarlo —dije yo—. Esas compañías son siempre confidenciales, y dudo que incluso podamos averiguar exactamente quién es el propietario de ExWyZe.

—Pero el señor ExWyZe se encuentra sentado sobre por lo menos cuatrocientos millones de dólares del dinero de Bob Keefe. Con seguridad, si es robado, deben decirlo.

Al recordar casos similares que hacía poco habían impactado en los titulares de los diarios, yo negué con la cabeza.

—Deberemos averiguarlo de otra manera.

Shannon recorrió distraída su largo cabello color cobre mientras le daba las gracias a Joanna por traerle esos documentos y por no haber acudido a la policía.

—No sé qué hacer —dijo sombría—. ¿Cómo puedo creer que ellos le robarían todo ese dinero a mi padre? ¿Cómo creer que lo matarían? Y además... —Nos miró con aquellos ojos grises llenos de miedo—. Y además, ambos estaban en la fiesta esa noche. Y los dos se comportaron de manera extraña. Estuvieron muy silenciosos, quiero decir que ni bailaron ni se acercaron a conversar conmigo, ni siquiera a desearme un feliz cumpleaños. Noté que Brad estaba bebiendo mucho y que Jack estaba triste y de alguna forma de mal humor. Recuerdo que su novia se veía aburrida. Pero ellos estuvieron junto a mi padre durante años. ¿Cómo podrían asesinarlo? Y además, ¿qué tenían ellos que ver con su pasado?

—Tal vez ellos no fueron los que lo mataron —dijo Eddie, más para calmarla que porque lo creyera—. Y tal vez cuando regresemos a Nantucket, descubriremos la pista vital que nos señalará el camino hacia el asesino.

Joanna los miró misteriosa y yo le di una palmadita en su mano.

—Usted se enterará de todo el pasado de Bob en poco tiempo —le dije—. Mientras tanto, insisto en que se quede con nosotros en Ardnarna. El sábado por la noche hay una fiesta de despedida que no deberá perderse.

Los Molyneux siempre fueron gente de ofrecer grandes fiestas y yo tenía intenciones de despedir a Shannon y a Eddie con una de las mejores. Había invitado a todos los que conocía, viejos y jóvenes, y todos ayudaron a decorar la casa, tomando del jardín flores y plantas, helechos y ramas hasta que el salón de baile se transformó en un salón campestre. La orquesta llegó desde Dublín y se colocaron en un podio en uno de los extremos del salón. Brigid nos ofreció un asombroso buffet con salmón ahumado, truchas, ostras y mejillones, langostinos y langostas y un salpicón de frutos del mar que hacía la boca agua. Había jamones, pavos, patas de cerdo, pollo ahumado y pato salvaje, ensaladas frescas y *soufflés* de verduras, tartas y postres en los cuales pasó horas decorando con azúcar, con figuras que terminaron siendo obras de arte en miniatura.

Brigid había preparado más comida de la cuenta y, pocos minutos antes de que llegaran los invitados, ella se paseó ansiosa por el comedor, echando a los perros y gatos, vestida con su vestido de seda más fino pero sin delantal, ya que ella era también una invitada al baile. Se había peinado el cabello con agua y lo había sujetado detrás de las orejas con unas flechas de diamante. Llevaba medias negras y las pequeñas botitas con cordones.

—Está subyugante, Brigid —le dijo con aprobación Eddie—. ¡Y la mesa también! —De la mano con Shannon estudiaron la mesa, mientras yo los observaba con satisfacción.

Yo había buceado profundamente en mi guardarropa y los había vestido a ambos con la ropa más elegante de mi familia. Shannon vestía un *Fortuny* de terciopelo que había pertenecido a Mami; era una túnica larga y sencilla con pliegues diminutos que se extendían sobre el cuerpo alto y esbelto como si fuera plata. El cabello era una nube vibrante de cobre y en su garganta lucía el collar de diamantes de Lily. Eddie, que le sostenía la mano, parecía como si nunca deseara dejarla ir.

Si alguna vez un hombre estaba guapo vestido con traje de gala, ese era Eddie. Olvídense del apuesto Ralph Lauren de Molly: el apuesto Eddie vestía el traje de etiqueta Savile Row de Pa, como si hubiera nacido aristócrata. Podría decirse que había sido hecho a su medida.

No dejó de cruzarse por mi mente, y estoy segura que también por la de Brigid, que esta tal vez podría ser nuestra propia «fiesta de despedida», así como la de Shannon y Eddie. No era que estuviéramos esperando lo peor, pero a nuestra edad uno tiende a disfrutar cada momento por si este fuera el último. Además, ¿quién sabía si volveríamos a tener otra excusa para tal festín? Así como Brigid se había pasado con el buffet, yo había sacado los últimos vinos de Pa y las mejores marcas de champán de la bodega.

Me había vestido con un Valentino de 1970 de chiffón color rojo. Este se movía sensual sobre mi cuerpo hasta las caderas, y caía en una deliciosa falda de varias

capas sobre mis tontos tobillos de gorrión. Calzaba sandalias rojas que hacían juego con el atuendo y una montaña de alhajas sin valor pero espectaculares: un collar de cadena de oro, que Pa le había comprado a Mami en un bazar de la India. Las pulseras entrechocaban cuando movía los brazos y los pendientes también acariciaban los lados de mi rostro como me gustaba que lo hicieran. En mis rizos pelirrojos había sujetado una gardenia. Me rocié con una gran cantidad de L'Heure Bleue, me pinté con *rouge* los labios y las mejillas, coloqué una boa de plumas alrededor de mi cuello y así me sentí preparada para recibir a mis invitados.

Nos quedamos de pie en el recibidor, admirándonos mutuamente y mirando ansiosos nuestros relojes, pensando en que Joanna se estaba retrasando, justo cuando ella apareció como flotando al bajar las escaleras con un simple vestido negro, largo hasta los pies, de Calvin Klein y ninguna alhaja. Contuvimos la respiración y yo pensé en lo orgulloso que Bob Keefe se habría sentido de sus mujeres si hubiese podido verlas esta noche.

Los invitados comenzaron a llegar a la hora señalada de las nueve de la noche, ya que nadie en Irlanda llega amablemente tarde a una fiesta. Simplemente no se puede esperar a divertirse. Nuestro grupo de cuatro nos formamos en una especie de línea y yo, llena de felicidad, les presenté los queridos parientes a mis viejos amigos y a las docenas de jóvenes que habían venido desde Dublín, Galway y Cork, alojándose en la localidad con amigos y parientes, en las congeladas *Casas Grandes*.

Pero esta noche no hacía nada de frío en Ardnarná. Como nosotros, se veía en toda su gloria, con fuegos que ardían en todos los hogares. Hasta los dálmatas llevaban un lazo de satén rojo al cuello, aunque los inteligentes gatos anaranjados no consintieron en tales frivolidades. Pronto comenzó a fluir el champán y también la conversación, y el sonido de la música se elevó hasta los viejos tirantes del techo. Yo me quedé a un lado, observándolos a todos bailar, reír, conversar, y pensé en todas las fiestas que debió ver Ardnarná.

Existe algo en una fiesta que se sube a mi cabeza como si fuera un vino fuerte; la embriagante emoción de desear que todos estén conmigo para compartir el momento. Deseaba que ellos se llevaran el recuerdo de Ardnarná para que, muchos años más tarde, recordaran y se dijeran unos a otros:

—¿Recuerdas aquella noche mágica en Ardnarná? ¿Y a la anciana Maudie Molyneux? ¡Qué hermosa estaba la vieja casona, qué estilo el de Maudie y qué festín para los dioses preparó Brigid!

Hablando de festín, era la hora de la cena. Tomé el cuerno de caza que había pertenecido al Pa de Lily y Ciel cuando él fue Maestro de Cacería, y me lo llevé a los labios. El sonido penetrante rebotó contra las paredes cuando mi triunfante llamada los convocó a comer. La orquesta se detuvo y puso rumbo al bar. Entre risas, los invitados se dirigieron en manada a devorar el banquete de Brigid, aunque todos decían que era demasiado hermoso como para arruinarlo. Brigid estaba de pie orgullosa junto a su mesa, aceptando los cumplidos, con el rostro colorado y una

sonrisa ansiosa mientras observaba cómo los comensales llenaban sus platos. Yo le puse una copa de champán en la mano y le dije:

—Brigid, mi querida amiga, ¿no es esta la mejor fiesta que hemos dado en Ardnavarna?

—Siempre dices eso, Maudie —me dijo sonriendo.

—¿Y no es siempre cierto? —le respondí también con una sonrisa.

Pero esta vez era de verdad la mejor fiesta que se diera en Ardnavarna, ya que nadie deseaba marcharse, ni siquiera al amanecer y ¿no tenía yo acaso a mis adorables *nietos* conmigo? ¿Y quién sabía cuándo los volvería a ver?

Capítulo 53

Después de que ellos se marcharan, yo lloriqueaba por la casa como un perro perdido e incluso los dálmatas se veían míseros en su tristeza, siguiéndome con las orejas bajas, las colas colgando, y las patas haciendo ruido sobre las tablas de nogal del suelo mientras deambulábamos por la casa, atrapados por una incesante lluvia y la *nostalgie de la vie*.

—¿Cuántos años hace que no viajo? —me pregunté a mí misma, mirando el jardín todo verde empapado de agua—. ¿Diez? ¿Quince, tal vez? ¡Jesús! —Grité triunfante, citando a la famosa Lily, cuando encontré repentinamente la solución a mi melancolía.

Corriendo escaleras arriba, tomé los zafiros del cajón superior de mi tocador, recordando lo que Eddie había dicho de que si alguna vez deseaba venderlos, estos me proporcionarían lo suficiente para vivir con comodidad por el resto de mi vida, y me reí bien alto.

—Al diablo con la comodidad —grité—. ¡A mí me gusta la aventura!

Todavía sin aliento, contenta conmigo misma, bajé las escaleras, de nuevo con mi viejo y chispeante humor.

—Brigid —le grité autoritaria para que no protestara—. Prepara nuestras maletas. Nos vamos a Nueva York. Y volaremos en el Concorde.

Me sentí como un potrillo de tres años en la puerta de salida cuando el avión despegó una semana después de mi decisión de viajar, aunque debo admitir que la pobre tripulación de tierra tembló cuando vio mi equipaje. Supongo que el baúl para viajar en barco ya no se ve con frecuencia, en especial cuando se viaja por aire. Además de mis otras antigüedades, como pequeñas maletas de cuero, las otras de dos compartimientos y mis cajas de sombreros de París. Mi teoría era que todos los demás viajaban hoy ligeros de equipaje, de modo que habría suficiente lugar para mis cosas; además, yo he descubierto que una de las ventajas de ser vieja es que nadie se atreve a decir que «no». Y debo decir que British Airways nos comprendió con toda su experiencia.

Brigid llevaba su mejor vestido negro y sus pequeñas botitas (le había prohibido las viejas Wellington, aunque no estoy segura de que no las hubiera puesto en algún lugar secreto de su equipaje) sin, gracias al cielo, los calcetines. Se puso un sombrero con plumas que avergonzaba mi impecable sombrero de fieltro, pero mi traje azul marino, Chanel 1964, con botones dorados y pasamanería blanca, se veía tan actual como cualquier ropa que se encuentre hoy en los escaparates. Llevaba además guantes blancos, zapatos blancos de tacón y las perlas que una verdadera dama debe llevar. Oh, teníamos muy buen aspecto Brigid y yo, partiendo en nuestra aventura. Ella se persignó, cerró los ojos y me tomó de la mano cuando despegamos. Yo sonreí

cuando esa emoción familiar me recorrió el cuerpo y ambas pusimos, de esta manera, rumbo a lo desconocido en busca del asesino de Bob Keffe.

A mí siempre me gustó Nueva York. Es sofisticada y soy parcial en eso. Además también adoro los grandiosos hoteles. Llegamos hasta las puertas del Ritz Carlton con gran estilo en una larga limusina negra. Yo incliné mi sombrero hasta el ángulo correcto de insolencia y me toqué los rizos pelirrojos, dándole al portero una propina extravagante cuando él convocó a un ejército de botones para que se encargara de nuestro equipaje. Y luego, ya en mi elemento, entré a la recepción como si fuera una reina. El gerente se apresuró a recibirnos. En un instante, él evaluó las montañas de buen cuero de nuestro equipaje que tenía etiquetas de épocas, hoteles, barcos y trenes del pasado: Raffles y la White Star Line, Cunard y Claridges, el Cipriani y el Orient Express, el Pera Palace de Estambul y el Cacades de Egipto, el Blue Train y el Negresco.

—Es un placer tenerlas con nosotros, *madame* Molyneux —dijo, reconociendo la clase cuando la vio.

—La verdad es que hace años que no viajo... —dije, hablando en ese tono casual que queda tan bien cuando la ocasión se presta y que jamás falta para seducir a un hombre. Él de inmediato nos dio la mejor *suite*, un conjunto de habitaciones deliciosas, lleno de lujo y comodidades, que estaban llenas de ramos de flores, bombones y botellas de champán. Le di al criado mis botas de montar para que las lustrara y colgué mi chaqueta de montar, por si acaso. Le conté a la simpática doncella que me enviaron para que me ayudara con los detalles de todos mis vestidos, mientras los colgaba en el guardarropa; dónde los compré, la fecha y cuándo me los había puesto. Soy una vieja parlanchina lo sé, pero debajo de todo eso, mi cerebro bulle de ideas.

Brigid parecía cansada; ella no estaba acostumbrada a viajar como yo. La hice ir a la cama y pedí al servicio de habitaciones que le trajeran un té fuerte, servido en jarra y no en taza, como a ella le gustaba, junto con tostadas con canela.

—Esta vez me toca a mí mimarte, Brigid —le dije con firmeza—. Y en este viaje, tú serás la servida.

Ella suspiró feliz, extendiendo su pesado cuerpo en la enorme cama matrimonial, encendiendo los canales de la televisión como si hubiese estado acostumbrada a hacerlo toda su vida. Yo le di una palmadita en la mano, la besé en la mejilla y le dije que no era necesario que se levantara, si eso era lo que deseaba. Luego la dejé con su merienda y yo me fui a sentar en mi lujosa sala para pensar lo que iba a hacer.

Me quité los zapatos y me senté en el elegante sofá, mordisqueando una galletita, mientras hacía un recuento del legado de desastres y de víctimas que había dejado Lily.

En algún lugar de la lista estaba la respuesta al misterio. Pero ¿por dónde comenzar?

Tomé el teléfono y pedí una llamada con Nantucket para comunicarme con

Shannon.

—Hola —contestó, sorprendida de que alguien la llamara.

—Habla Maudie —le grité, ya que jamás pude convencerme de que te puedan oír a tantos kilómetros de distancia—. Estoy en Nueva York. Acabo de registrarme en el R. C.

—¿La iglesia? —preguntó asombrada.

Yo me reí.

—El Ritz Carlton, tonta. Brigid y yo hemos venido a ayudarte a resolver el misterio, y creo que tengo una ventaja inicial sobre dónde comenzar a buscar. ¿Qué hay de ti? ¿Ha aparecido alguna pista?

—Así lo desearía —me respondió anhelante.

—Bueno, he estado revisando la lista de víctimas de Lily y llegué a la conclusión de que si el asesinato está conectado con el pasado, tal como creemos que lo está, entonces debemos buscar en los descendientes de esas víctimas. Ya tengo preparada la lista, de modo que ¿por qué no venís tú y Eddie a Nueva York y nos ponemos todos en marcha?

Llegaron a la mañana siguiente, y mi corazón se llenó de felicidad al ver aquellos rostros ansiosos. Parecían iluminar la habitación cuando entraron a ella, tan jóvenes y hermosos, tan confiados y al mismo tiempo tan trémulamente inseguros, como solo los jóvenes y los que están enamorados pueden serlo.

Los saludé y les dije con vivacidad:

—Es bueno que Brigid y yo estemos aquí para ayudaros, ya que parece que no habéis hecho mucho solos. Ahora, manos a la obra.

—Primero, debemos averiguar qué sucedió con Daniel y Finn O’Keeffe.

No le llevó mucho tiempo a Eddie averiguar que la empresa de corredores de bolsa James y Compañía todavía existía, y que su presidente era el señor Michael O’Keeffe James. Llevó un poco más de tiempo descubrir que la famosa cadena multimillonaria de mercados Danstores era una y la misma que la original Daniel, que había comenzado en Boston a principios de siglo. Y que el hombre que ahora estaba al frente era el popular senador Jim O’Keeffe.

Hice una llamada al señor Michael James, le dije quién era y que había venido de visita desde Irlanda. Que creía que nuestras familias se conocían desde los «viejos tiempos».

—Seguro que sí —me respondió riendo y nos invitó para que nos encontráramos.

Shannon y yo nos arreglamos, empolvándonos la nariz y cepillando nuestros rizos. Ella llevaba puesto unos vaqueros y una chaqueta campera corta de color rojo, y yo vestía un traje St. Laurent corto de color verde botella del año 1975, y un sombrero con velo adornado con una pluma plateada. Me encontré así vestida trotando junto a Brigid, que venía pegada a mis talones, para poder seguir el paso de las largas piernas de Shannon.

Las oficinas de James y Compañía eran aún más lujosas que cuando Finn

O’Keeffe había comenzado a trabajar allí. Hacía ya años que el viejo edificio había sido derrumbado y ahora se erigía en su lugar un moderno rascacielos, que no era uno de los que hacía Bob Keeffe. Michael James salió de su despacho para saludarnos. Era un hombre alto de cabellos color arena, mayor de lo que yo esperaba, que rondaba los sesenta años. Tenía ojos castaños y no tenía el aspecto del *irlandés moreno* que había sido Finn, salvo tal vez por la ancha sonrisa y el encanto fácil.

—Siento como que ya la conozco —exclamó tomando mi mano huesuda entre las suyas y sonriéndome—. O por lo menos, conozco a la mayoría de los Molyneux de las historias que mi padre me contó —sus ojos brillaron cuando añadió—: Mi padre fue, como sabrán, Finn O’Keeffe.

—No lo sabía —dije yo asombrada, y vi que Shannon se quedaba boquiabierta—. Debo presentarle a Shannon Keeffe —agregué con mis ojos que también brillaban—. Ella es pariente suya.

Le expliqué que ella era la bisnieta de Finn y Lily. Él echó hacia atrás su cabeza y se rio.

—¿No habrá nunca un final para las sorpresas del viejo? Lo siento —se disculpó rápidamente con Shannon—. No quise ser rudo, pero el viejo Finn era conocido por tener ojos de vagabundo y, hasta el final, estuvo lleno de seducción y del viejo encanto irlandés —hizo una pausa y frunció el entrecejo—, pero, espere, ¿no es usted la hija de Bob Keeffe?

—Sí —dijo ella levantando orgullosa el mentón.

—Realmente lo siento —dijo, tomándole la mano y palmeándola con afecto—. Fue un buen hombre y ninguno de nosotros aquí en la empresa podemos creer lo que sucedió. Bob Keeffe no era más estafador que la Reina de Inglaterra. Es escandalosa la forma en que lo persiguió la prensa como si fueran buitres.

—Gracias —dijo Shannon con una sonrisa tímida, ya que el afecto de los demás la impulsaba a llorar—. Mi padre es la verdadera razón de que nosotros estemos aquí. —Ella me miró suplicante y yo me hice cargo, diciéndole con convencimiento a Michael James que creíamos que Bob había sido asesinado y que no descansaríamos hasta que descubriéramos quién lo había hecho.

—No quiero entrometerme en la razón, ya que es una historia larga —dije—, pero creemos que el asesinato está de alguna manera conectado con el pasado y con Lily Molyneux.

—Ah, la famosa Lily —dijo pensativo.

—Es lo más probable —agregué con vivacidad.

Michael asintió.

—Supongo que tal vez tenga razón. Mi padre me contó toda la historia cuando yo tenía dieciocho años. Acababa de graduarme en la escuela secundaria y estaba a punto de entrar a Yale. Él se había retirado y vivía en la casa de Louisburg Square, donde una vez había trabajado de mozo de cuadra. Me llamó a su estudio y me dijo: «Michael, hay mucho acerca de mí que tú no conoces, y tal vez haya cosas que jamás

te contaré, pero deseo que sepas de dónde vengo. Deseo hablarte de mis raíces en Irlanda. Y de la mujer que amé más que a cualquier otra. Y de cómo el estúpido orgullo de un hombre puede hacer más daño que una bala. En realidad, hubo veces, cuando ya la había perdido a ella, en que preferí la bala».

»Eso fue en 1951, supongo, y andaba por los ochenta años, aún esbelto y apuesto, con cabello plateado y aquellos hermosos ojos grises. Yo siempre tuve deseos de haberlos heredado. Pero yo soy como mi madre, Madeline Whittier James. Mamá era alta, de cabello rubio y bonita. Siempre se reía y era agradable estar con ella. Después de haber oído la historia de Lily, supongo que esa es la razón por la que a papá le gustaba. Decía que ella era cristalina como el agua y que siempre sabía dónde estaba cuando se encontraba con ella.

»Mamá era mucho más joven que él; la conoció un cuatro de julio en una merienda que se hacía en la casa de un amigo en Southampton. Él tenía sesenta y cinco años por entonces, aunque me dijo con orgullo que aparentaba solo cincuenta. Era apuesto y rico; podría haber elegido a una docena de mujeres, pero dijo que supo al instante que ella era la correcta.

»Mamá murió cuando yo tenía catorce y mi padre se sintió como un perro perdido. No sabía qué hacer sin ella. Yo estaba en la escuela preparatoria y él solo en la casa. De vez en cuando aparecía y me sacaba del colegio para almorzar o para ver un partido de fútbol. Supongo que poco a poco se fue reponiendo del impacto de aquella muerte y de la pérdida, pero decía que la echaría de menos hasta el fin de sus días.

»—Ella era mí compañera favorita —me dijo sombrío—. Jamás quise a otra mujer cuando tu madre vivía.

»De todos modos, el día en que me llamó a su estudio me contó por primera vez dónde había nacido, en aquel agujero con suelo de tierra en Connemara.

»—Sé que no le conté esto a nadie antes —me dijo—, pero no es porque sienta vergüenza. Es solo que todo se volvió muy complicado. Pero ahora que soy un anciano, supongo que es mejor que tú sepas quién soy yo y entonces no habrá sorpresas en el futuro. Nadie jamás podrá culpar a tu viejo padre de esconderte cosas sobre su pasado.

»Y entonces me contó la historia, sobre él, Lily y Liam. Todo. Y sobre su hermano Daniel, que yo jamás supe que existía hasta ese momento:

»—A nosotros los muchachos O’Keeffe nos fue bien en este país, —me dijo con orgullo—. Pero de alguna forma nos perdimos en el camino.

»Me miró con ojos penetrantes y dijo:

»—De modo que ahora ya sabes de los parientes perdidos y del medio hermano que desapareció. Las probabilidades son que jamás aparezcan para perseguirte, pero si lo hicieran, tú ahora sabes la verdad.

»Yo le pregunté si alguna vez había intentado encontrar a Liam. Admitió con culpa que sí lo había hecho pero sin éxito. Liam había desaparecido y jamás volvió a

verlo.

Michael me miró y dijo pensativo:

—Lily debió ser una mujer importante.

—Lo fue —admití—. Pero ahora ya sabe que Bob Keefe era el hijo de Liam y eso hace que Shannon sea su prima. Como ves, Shannon —dije triunfante—, ya no estás sola en el mundo.

Michael James se rio.

—Puedes contar conmigo si necesitas ayuda —le dijo con amabilidad—. Y me gustaría que vinieras a conocer a mi familia cualquier fin de semana que tengas libre. Siempre es bueno hacer reuniones informales en Sag Harbor, y además hay lugar para uno o dos más.

Shannon se ruborizó de placer y le agradeció la invitación. Le dijo que, como ella era la heredera de Lily, tenía una considerable suma de dinero y que necesitaría de su asesoramiento para saber qué hacer.

—Y ahora que lo hemos eliminado de nuestra lista de sospechosos de asesinato, debemos pasar al siguiente —le dije y él me miró con asombro.

—¿Sospechoso de asesinato? —repitió—. ¿Pensaron que tal vez hubiera matado a Bob Keefe?

—Fue solo un pensamiento —le respondí airosa—. Pero ahora que lo conocemos, sabemos que no lo hizo.

—¿Cómo lo saben? —me preguntó curioso.

—Reacción en las entrañas —le dije con firmeza—, o intuición femenina. De cualquier modo, estoy segura.

Nos despedimos y le prometimos que pronto estaríamos en contacto y partimos a buscar a nuestro próximo sospechoso, el senador Jim O'Keefe.

Capítulo 54

Washington.

Siempre he adorado los trenes; existe algo en ellos que ofrece más sofisticación y emoción que lo que un simple avión puede dar. Recuerdo el traqueteo y el vapor de Londres a Dover y el cruce en el barco, para luego regresar de pronto a un tren, donde toda Europa se extendía delante de nosotros. Se podía cenar y luego acurrucarse como una mascota mimada en la elegante litera y despertar en cualquiera de esa media docena de países, atravesando pasos por montañas nevadas y valles verdes, ciudades llenas de movimiento y bosques reverdecidos. Siempre me sentí emocionada cuando los oficiales de aduanas recorrían los pasillos, verificando los documentos y con aspecto de algo salido de una película. Y así terminábamos en Baden-Baden o en Transilvania, Viena o Venecia, Estambul o Moscú. Oh, era toda una experiencia, y estoy contenta de haberlo conocido.

Esa fue la razón de que me sintiera complacida cuando Shannon sugirió que tomáramos el tren a Washington para conocer al senador Jim O’Keeffe. Brigid estaba con nosotros, emocionada ante la idea de hacer un viaje a la Casa Blanca, que ella haría mientras nosotros visitábamos al senador.

Jim O’Keeffe era un hombre popular, fornido como su abuelo; solterón con reputación de disfrutar de la compañía de mujeres. Tenía abundante cabello negro peinado hacia atrás desde una frente ancha, aunque había canas plateadas en las sienes. Los ojos eran de color gris como las hebras de su cabello, y su sonrisa podía, como todos decían, seducir a los pájaros en los árboles.

Nos miró con aprecio de pies a cabeza mientras nos hacía pasar a su despacho en el edificio del Senado.

—Dos hermosas pelirrojas —dijo, viniendo hacia nosotras y dándonos la mano—. Es mi día de suerte.

¿Es necesario decir que a mí ya me había ganado?

Fue obvio que en pocos minutos me di cuenta de que su lengua resultaba tan atractiva como el resto de las partes que acabo de describir, pero el hombre fue sincero cuando le dijo a Shannon que sentía lo que le había sucedido a su padre. Se sentó junto a ella en un gran sofá de color verde y le palmeó la mano, diciéndole, como Michael James le había dicho, que ni por un minuto creyó que Bob Keeffe fuera un estafador.

—Y he visto a muchos de ellos en mi trabajo como para saber de qué hablo —añadió con un toque de tristeza.

Yo eché una mirada a Shannon, que lo miraba con los ojos nublados y suspiré. Sabía por la vieja reacción de mis entrañas que el senador Jim O’Keeffe no era

tampoco el asesino, pero entonces pensé que tal vez lo que pudiera decirnos nos conduciría al hombre o la mujer que nosotros deseábamos.

Le expliqué brevemente lo que habíamos descubierto hasta el momento y que Shannon había venido en busca de su historia del pasado, a fin de encontrar algún sentido en el presente.

—Usted se refiere a la historia de Lily Molyneux —dijo, tal como lo había hecho Michael James. Parece que los dos hermanos O’Keeffe habían llevado en sus corazones su recuerdo hasta el final, dejando una leyenda de generación en generación, de la forma en que yo lo había hecho con Shannon.

—No puedo ayudarla mucho con el presente, salvo ofrecerle mi asistencia en lo que necesite, pero déjeme contarle lo que recuerdo de mi abuelo —dijo.

Hay algo en aquellos hombres altos, con aspecto de osos, que me atrae. Se los ve más sólidos que el resto de nosotros, y puedo comprender cómo atraen los votos y la popularidad de los medios de comunicación. El senador Jim O’Keeffe, como la mayoría de los irlandeses, era un narrador nato, con una voz suave e hipnotizante como el sonido de las olas del mar en la playa. Todos escuchamos con ansiedad sus recuerdos.

—El abuelo Danny O’Keeffe era todo un personaje —dijo, mirándonos y sonriendo—. Cuando yo nací ya era un anciano, pero saben, jamás perdió aquella voz atronadora y su vitalidad. Y a pesar de que estaba parálítico, jamás tuvo esa debilidad típica de los hombres viejos. Apuesto a que cuando murió, no estaba muy diferente de cuando Lily Molyneux se casó con él, salvo por algunos kilos de más y el cabello blanco, por supuesto. Además de la silla de ruedas.

»Manejaba aquella silla como un tanque de guerra, recorriendo la casa como un comandante en batalla, impartiendo órdenes a diestra y siniestra, a los sirvientes, los perros, las secretarías, ya que jamás delegó la dirección de Danstores. Siguió trabajando hasta el final y yo estaba con él el día en que murió.

»Estábamos en su villa de Portofino; se había casado con una italiana que conoció en 1919. Se enamoró del país y de ella, y esta mujer fue todo lo que no fue Lily: dulce, amable, y de una familia que trabajaba para vivir. Su madre y su padre tenían una pequeña *trattoria* a la que acudía la gente del lugar y los ocasionales turistas o la gente de los grandes yates que recorrían el Mediterráneo en el verano, aunque por entonces Portofino era todavía una ciudad muy pequeña y sin importancia.

»Cuando Dan se peleó con su hermano, no deseó tener nada más que ver con él. Después dejó la política, como muchos de los nuevos ricos de esa época. Se compró un hermoso yate y navegó por todos los mares sin cesar con un grupo de amigos, explorando el mundo y disfrutando de la vida. Desde allí administraba su imperio, tal como lo hacía desde su oficina de D. C.

»Había sido uno de los senadores más populares de Washington, tal como yo lo

soy hoy. —Jim sonrió con una contagiosa falta de modestia—. Pero los negocios de Dan le consumían cada vez más tiempo y cuando pasó a depender más de su silla de ruedas, decidió dejar la política. Todos dijeron que fue un día triste en Washington cuando el senador Danny O’Keefe salió por última vez de su despacho. Había impulsado muchas leyes, ayudando a inmigrantes pobres y fue en verdad un *hombre del pueblo*. Debía tener un millón de amigos y conocidos. Dijeron que la fiesta que dio en su *mini Casa Blanca*, su hogar en Maryland, fue una de las mejores que se vieran en dicha ciudad.

»De todos modos, conoció y se casó con Maria Annunciata, a quien siempre llamaba Nancy, en el espacio de solo dos meses. La ceremonia se celebró en una iglesia de Positano y un año más tarde nacía su hijo Patrick, mi padre. Poco después nacieron sus dos hermanas. Compró una espectacular extensión de tierra que daba al agua y construyó en ella una mansión sensacional que pintó de color rosado.

»Tal vez haya sido la casa más hermosa que jamás haya visto. —Jim me sonrió y añadió—, pero por supuesto yo jamás estuve en Ardnavarna, y el abuelo Dan me contó que no podía haber nada igual a eso. Decía que no existía lugar más hermoso en el mundo que Connemara. Recuerdo haberle preguntado la razón de que jamás hubiera regresado si era tan especial, y entonces me contó la historia.

»Yo tenía nueve años y estaba pasando mis vacaciones de verano en la Villa Favorita con mis abuelos, como siempre lo hacía. Ellos dividían su tiempo entre la casa de Maryland para los meses de invierno y el yate y la villa en primavera y verano. Amaba aquellos largos veranos. Dios, todavía ahora puedo sentir el sol en mi espalda mientras trepaba por las rocas y pescaba. Puedo oler las rosas silvestres y el tomillo crujiendo debajo de mis sandalias. Puedo decirles que fui un muchacho afortunado al haber conocido aquellos veranos dorados de Italia, todos aquellos cálidos días azules y noches resplandecientes, cuando se me permitía quedarme despierto hasta tarde con el resto de los niños italianos y deambular con ellos por las calles del pueblo, deteniéndome en la *trattoria* de mis otros abuelos. Era un sabor de libertad que jamás tenía cuando regresaba a mi casa. En Washington, mi padre ayudaba a administrar Danstores, aunque siempre era el príncipe heredero y jamás el rey, ya que el abuelo Dan nunca abdicó a su favor y papá solo tuvo el control después de su muerte.

»A través de los años, debido a su falta de movilidad y a su afición por la comida italiana, el abuelo Dan aumentó muchos kilos de peso y yo recuerdo que lo levantaban con una especie de grúa especial para sacarlo de la silla de ruedas y subirlo al yate, balanceándolo en una especie de sillón de lona, gritando, maldiciendo y dando órdenes, con todo el aspecto de un oso enfurecido. Siempre me hacía reír el verlo, y cuando estaba seguro a bordo me sonreía y decía:

»—Bueno, muchacho, ahora es tu turno. —Y también me hacía balancear, diciéndole a la tripulación que me dejaran caer casi hasta el agua para que yo gritara y pataleara, sintiendo entre miedo y placer, mientras él se desternillaba de la risa.

»—Ahora sabes cómo me siento —me decía cada vez que lo hacíamos y él sabía que a mí me encantaba, tanto como a él, aún más que con mis propios padres.

»Era siempre divertido estar con él; estaba lleno de historias y de bondad, y la villa y el yate estaban siempre repletos de un montón de amigos, tanto de nuevos como de viejos, ya que él coleccionaba gente con tanta facilidad como lo hacía con el dinero. Tenía una gran facilidad de palabra, y disfrutaba de todos los placeres que la vida le podía proporcionar.

»Me contó la historia de Lily y de su hermano.

»—Por si alguna vez se llega a conocer la verdad, —me dijo—. Porque contigo siguiendo mis pasos y entrando en política, uno no puede tener secretos guardados en el armario.

»Ahora bien, no olviden que yo tenía solo nueve años y lo único que deseaba en aquel momento era ser pescador, en Positano, salir en los pesqueros por la mañana, en aquella bruma marina, y regresar a la tarde con la captura del día. Luego, divertirme más tarde en los bares y *trattorias*, de la forma en que lo hacían los amigos de mis padres. Ellos eran mis modelos de vida preferidos, pero el abuelo Dan tenía otros planes.

»—Veo en ti la marca de un político, —me dijo estudiando mi rostro—. Y yo cuidaré de que tu educación apunte en la dirección correcta. Y tal vez ese sea el camino hacia la Casa Blanca.

»Pude ver que sus ojos brillaban cuando pensaba en un O’Keeffe sentado en el Salón Oval. No comprendí hasta mucho más tarde cuánto habría significado para él haber triunfado sobre sus antecedentes, su hermano Finn y sobre Lily y todos los Molyneux.

»Siempre pensé que era triste que él y Finn no se hubieran reconciliado antes de morir, pero la mala sangre había calado hondo, supongo. Y siempre me pregunté, aun cuando sabía que adoraba a mi abuela Nancy, si en secreto no deseaba que un día Lily regresara a él.

»Se murió al año siguiente cuando yo tenía diez años, sin ver ni a Lily ni a Finn. Y yo seguí sus instrucciones y me convertí en el segundo O’Keeffe que fue senador. Estoy contento de haberlo hecho y estoy contento de que él haya sido mi abuelo. — Jim nos miró, agitando la cabeza melancólico—. Él era extraordinario —dijo—. Un hombre bueno.

»Mi padre murió hace cinco años y, que yo sepa, jamás fue a Connemara. Tal vez seamos los únicos irlandeses que jamás hemos regresado a visitar la madre *patria*, ya que el pasado siempre estuvo envuelto en misterio e infelicidad y porque la Villa Favorita, donde la abuela vivió sola hasta que murió, fue siempre la *casa* de la familia y el lugar donde nos reuníamos en verano.

Le dimos las gracias entre sonrisas por habernos contado su historia.

—Bueno, ahora usted sabe que los Molyneux no somos tan malos y tal vez desee venir a visitarnos —le dije con calidez, sintiendo que me gustaba por su sinceridad tanto como por su apostura y encanto—. Ahora lo invito, Jim O’Keeffe. Lo estaré esperando y puedo garantizarle que Ardnaverna lo recibirá como a uno de sus hijos pródigos.

Con eso él se rio y nos invitó a almorzar a un gran restaurante, donde Shannon, Brigid y yo nos quedamos tan boquiabiertas ante los rostros de políticos famosos y de todas las celebridades, que casi nos olvidamos de disfrutar de la deliciosa comida, aunque puedo decir que Brigid saboreaba todos los detalles y probablemente la comparaba de manera desfavorable con su propia cocina.

El senador Jim los llevó a la estación del ferrocarril en su limusina y allí nos separamos entre besos y abrazos, como viejos amigos.

—La veré en Connemara —me dijo mientras nosotros saludábamos con la mano desde el tren, y de alguna manera estaba segura de que así sería.

—¿Qué sigue? —dijo Shannon de regreso al Ritz Carlton. Brigid se había retirado a su lujosa cama, con más té y tostadas con canela. Eddie se sentó junto a Shannon y juntos bebimos una copa de champán mientras pensábamos en nuestros próximos movimientos.

Yo dejé escapar un suspiro.

—Me temo que los que siguen son los socios —dije, ya que honestamente no podía pensar en nadie más—. Primero Brad y luego Jeff.

—Muy bien, pero esta vez yo voy con vosotras —dijo Eddie—, ya que estoy seguro de que ellos lo hicieron.

Lo miramos con sorpresa.

—Bueno —dijo—, ¿quién más puede ser? Hemos eliminado a los O’Keeffe y sabemos que los socios le estaban robando.

—O así parece que lo hacían —dije yo, ya que hacía tiempo que había aprendido que nada era lo que parecía.

Brad Jeffries vivía en las afueras de Long Island y allí nos dirigimos en una limusina alquilada, para encontrar al león en su propia cueva. No nos anunciamos por teléfono, ya que deseábamos encontrarlo con la guardia baja, pero tal como sucedió fuimos nosotros los sorprendidos.

Capítulo 55

Un ama de llaves elegantemente vestida nos abrió la puerta y nos hizo pasar. Pocos minutos después Monica Jeffries bajó insegura las escaleras para saludarnos. Era una mujer mayor, aunque jamás me ha gustado utilizar esa frase cuando se habla de otra dama, y pude ver que ella era una dama. Pero debía tener más de sesenta años y parecía de esa edad; con ello quiero decir que era como la naturaleza la había hecho; no se había estirado la piel, pero era bonita de una manera pálida y discreta. Tenía cabellos, piel y ojos pálidos que asomaban detrás de unas gafas en forma de almendra con montura de carey.

—Shannon, querida —dijo con un adorable acento sureño—, qué sorpresa. — Advertí que hablaba nerviosa, y los pelos de mi cuello se erizaron como el de mis dálmatas al sentir el olor de un conejo. Monica Jeffries tenía algo que esconder. Presentía que era así.

Shannon me presentó a mí y a Eddie. Y la gentil sureña nos ofreció té.

—Nos sentiríamos encantados —le dije, esperando hasta que el Earl Grey se sirvió en unas bonitas tazas Wedgwood; entonces seguí abruptamente—, el verdadero motivo de nuestra visita es para ver a su marido.

—¿Brad? —dijo ella sonrojándose. Las manos le temblaron cuando colocó la taza de té en el plato.

—Deseamos hablar con él acerca de papá —dijo Shannon rápidamente—. ¿Está él en casa? —Miró a Monica interrogante y de pronto la mujer rompió en llanto.

—Brad se ha ido —dijo entre sollozos—. Me ha dejado. Después de cuarenta años juntos. Hay otra mujer, más joven y bonita. Ella entrena caballos en una granja de Kentucky y eso es todo lo que sé de ella. Supongo que esta relación debe haber empezado hace algún tiempo, pero yo me enteré justo después de la muerte de tu padre. Brad llegó a casa una noche todo nervioso y en silencio, pero así había estado desde... bueno, desde que todo sucedió y la empresa quebró, de modo que no había nada diferente. Y entonces me dijo que existía esta otra mujer. Me dijo que haría las maletas y que se marcharía a vivir con ella. Que yo me podía quedar con la casa y todo lo que había en ella y que él se aseguraría de que no me faltara nada. Dijo que nuestros hijos ya eran adultos y que él no tenía necesidad de preocuparse por ellos. Que comenzaría una nueva vida y que deseaba disfrutarla por fin.

Ella nos miró entre lágrimas, y la tierna de Shannon le quitó las gafas y se las sostuvo mientras Monica intentaba enjugarse las lágrimas.

—Oh, querida, ahora te he avergonzado —dijo tratando de recobrar la compostura, mientras yo buscaba algo que ella inadvertidamente pudiera revelar sobre su marido. Pero pronto se hizo obvio que sabía poco más que dónde se encontraba y nada de sus negocios y de la muerte de Bob Keeffe.

Les dije a Shannon y a Eddie que debíamos irnos.

—Siento tener que molestarla, señora Jeffries —le dije—, pero necesitaríamos la dirección de su marido ya que debernos entrevistamos con él. Y no le quepa la menor duda de que le diré a él lo que pienso al dejar a una señora como usted por una desvergonzada loca por los caballos. —Y mientras ella se apresuraba a buscar su dirección, yo me pregunté por qué ella no había corrido tras él y lo había castigado a latigazos, de la forma en que se lo merecía.

A la mañana siguiente, tomamos un vuelo hacia Louisville donde alquilamos una limusina y nos dirigimos a la granja Bradlee. Camino hacia allí nos detuvimos en el pueblo más cercano, que no era más que un conjunto de almacenes y minimercados dominados por una gigantesca estación Mobil en la intersección de las dos rutas principales. Eddie entró con paso seguro a uno de los almacenes con el pretexto de preguntar la dirección de la granja Bradlee, y supo en poco rato que toda la granja era propiedad de Brad Jeffries y que la tenía desde hacía diez años. Fedora Lee había sido contratada por él y era un verdadero fenómeno con los caballos, además de que tampoco era fea. Y desde el primer día vieron que podía manejar al señor Jeffries con el dedo meñique. Todos lo sabían, pero ahora había pasado tanto tiempo que nadie ya hablaba de aquello.

—Interesante —dije pensativa, preguntándome cómo Brad Jeffries se había hecho de la gran suma de dinero que se necesitaba para comprar una granja tan hermosa y obviamente tan costosa, en uno de los mejores pastizales del país. Hectáreas y hectáreas de immaculadas cuadras y corrales, a la sombra de árboles y llenos de pura sangre de la mejor calidad, hicieron que yo hirviera de envidia en mi interior. A lo lejos, pude ver la gran casa blanca que estaba rodeada de canteros con flores y de parques a uno de los lados de un extenso establo.

Un guardia nos detuvo en el portón de entrada. Este salió de su pequeña casilla pintada de blanco y nos pidió nuestra identificación. Luego, impresionado por la limusina o los pasajeros, llamó por teléfono a la casa para hacer saber que nosotros estábamos allí. Apretó un botón y levantó la barrera. Recorrimos más de un kilómetro de camino, pasando junto a adorables caballos y peones que estaban ocupados en sus tareas. Yo tuve deseos de detenerme y explorar, pero sabía que no podía. Tenía que ocuparme primero de Brad Jeffries.

Él estaba en los escalones de la entrada esperando para saludarnos y parecía tan nervioso como su esposa. Llevaba gafas de sol, de modo que no pude verle los ojos cuando me estrechó la mano y me dio la bienvenida.

—No esperaba tu visita, Shannon —dijo, colocándole un brazo sobre los hombros mientras entrábamos a la casa—. Supongo que hablaste con Mónica.

—Lo hicimos —dijo ella, deshaciéndose de su abrazo y con voz más fría que lo que yo podía haber imaginado. Pero entonces recordé que ella no estaba enojada solo por lo de Monica: sabía por Joanna que él había estado robándole a su padre y que esta granja de novela la había comprado probablemente con ese dinero. Y tal vez

Brad también lo había asesinado.

Brad nos llevó a una cómoda sala con un bar en un rincón y una enorme chimenea en el otro extremo. Nos acomodamos con cautela en el borde de unos enormes y mullidos sofás, rechazando las copas que nos ofrecía y mirándolo con rostro de piedra.

—Bien —dijo él, mirándonos con miedo—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Hemos venido por esto —dije yo, sacando del portafolios los contratos del Fondo ExWyZe y abriendo uno por uno en las páginas donde estaban las firmas inculminatorias.

El color desapareció de su rostro. Dijo:

—¿Pero cómo han conseguido esto?

—Mi padre los encontró y se los dio a Joanna Belmont para que los guardara —dijo con frialdad Shannon.

—No es lo que parecen ser —protestó Brad—. Fueron transacciones comunes, nada fuera de lo habitual. Bob compraba la tierra y hacía que nosotros nos encargáramos de los detalles y firmáramos los documentos. Tú sabes lo poco que se interesaba por esa parte del negocio —miró suplicante a Shannon—. Le gustaba hacer los tratos y hablar con los banqueros sobre la financiación, pero después él nos dejaba todo a nosotros...

—Entiendo que usted compró esta granja hace diez años —le dije con rapidez—. Pero aun entonces debe haber costado una buena suma de dinero. Aún no he tenido el placer de visitar sus establos, pero tengo un buen ojo para los caballos y esos pura sangre que vi en sus hermosas cuerdas son una inversión de las grandes. De cualquier modo, nosotros sabemos que estuvo robando dinero y tenemos evidencias para probarlo.

El rostro de Brad se tornó ceniciento cuando Shannon le dijo con amargura:

—Mi padre te hizo entrar en el negocio. Él te ayudó a subir. Sé lo bien que te pagaba y todas las *bonificaciones* generosas que te daba, los viajes y los regalos costosos para Navidad. Tú aceptaste su generosidad y su confianza y abusaste de ellas. Le robaste para poder dejar a Monica y venir aquí a vivir con esplendor con una mujer más joven, que probablemente piensa que no eres más que un viejo tonto.

—¿Te refieres a mí? —dijo una voz aguda desde la puerta y todos nos volvimos para mirar a la mujer que nos estaba observando. Era alta y elegante, vestida con unos pantalones de montar color crema que le quedaban como un guante, una camisa de algodón blanca y unas botas de montar perfectas que yo admiré antes de recordarme que estaba en presencia de la *otra mujer*. Tenía rostro ovalado, ojos oscuros, boca firme y cabello negro atado en una trenza. Calculé que tendría alrededor de treinta y cinco años. Estaba en perfectas condiciones físicas y supuse que debía ser una buena amazona.

Había una expresión fría en aquellos ojos oscuros y una gran tensión en los labios, mientras entró al salón y nos dijo:

—¿Soy yo la *otra mujer* que están buscando?

—Es de suponer que sí —dije yo, poniéndome de pie y mostrándole toda mi altura—. Eso si usted es Fedora Lee.

—Lo soy —dijo, quitándose los guantes y arrojándolos junto con la fusta sobre una silla—. ¿Y quién es usted?

—Es la señora Molyneux —dijo Eddie, haciendo las presentaciones. Rodeó con un brazo a Shannon y dijo—, y esta es Shannon Keeffe.

—¿Keeffe? Oh, ya entiendo —se encogió de hombros de forma despreciativa—. Esto sí que es bueno: la hija de uno de los ladrones más grandes del país viene aquí a acusar de robo a Brad —se rio con un sonido corto y metálico, cuando fue a sentarse junto a Brad. Vi que él la miraba indefenso y supe al instante que esta mujer se encontraba en el fondo de este asunto o por lo menos del robo. Brad era un hombre débil. Jamás había tenido lo que Bob Keeffe tuvo; esa fuerza que hace que un hombre sea un ganador. Y había tomado a una mujer como Fedora Lee, una píldora amarga rodeada de una cobertura azucarada, para que le diera coraje a fin de que cruzara la barrera de una traición menor a un fraude mayor. Y apostaría a que la mayor parte del dinero que robó estaba ahora en una cuenta numerada de algún banco de Suiza. O sino en Liechtenstein, con el Fondo ExWyZe.

Ese hombre era un tonto, pero yo sabía que no era un asesino. Con rapidez volví a guardar los contratos en el portafolios y vi que Brad miraba desesperado a Fedora. Ella dio un salto y me arrebató el portafolios de las manos, mirándome triunfante.

—Creo que esto le pertenece a Brad —me dijo con suavidad de seda.

La miré con rabia y luego le di una patada de kárate en el codo. Ella gritó de dolor, dejó caer el portafolios y Eddie rápidamente lo recogió.

—Zorra —me dijo con odio y yo le sonreí.

—Es tan solo algo que aprendí una tarde de invierno en una clase de kárate que tomé en el pueblo —le dije como explicación—. Y ahora nos despedimos. Pero no será la última vez que tenga noticias nuestras, Fedora Lee.

Capítulo 56

Jack Wexler no se mostró sorprendido de vernos en el umbral de su elegante casa del East Side.

—Shannon —dijo, asintiendo fríamente hacia nuestra dirección cuando ella nos presentó. No nos invitó a pasar, simplemente se volvió y entró en la casa. Nosotros nos miramos interrogantes y luego lo seguimos hacia el interior.

No podría decir si la casa era hermosa con toda esa intimidad protectora y segura que uno espera de un hogar, como lo es Ardnarna por ejemplo. Pero supongo que esta poseía una especie de estéril grandeza arquitectónica. Las paredes y los suelos habían sido levantados a fin de crear nuevos volúmenes y espacios. Escaleras en caracol unían los diferentes niveles, donde se podían apreciar coloridas obras de arte. Yo miré interesada a mi alrededor. No soy de las que rechazan algo nuevo simplemente porque soy vieja y no lo entiendo, y me habría gustado tomarme algún tiempo para estudiar su colección de arte con mayor detalle. Pero no era para eso por lo que estábamos allí.

Eran las once de la mañana y yo observé a Jack que volvía a llenar su vaso con *whisky*. Se dejó caer en un sofá con tapizado de cuero negro, mirándonos. Supe que no era el primer trago de la mañana. Estaba en presencia de un hombre preocupado, tal vez un hombre frenético.

No nos ofreció nada; simplemente se quedó allí en silencio. Shannon le dijo con frialdad:

—¿Sabes por qué estamos aquí?

—Brad me llamó —dijo él sombrío.

—Entonces sabes que tenemos los contratos que tú y Brad firmasteis, por la compra de propiedades sin valor. Docenas de ellas...

—Esas propiedades fueron todas elegidas por tu propio padre, probablemente para evadir impuestos. Compró aquellas propiedades y luego hizo que nosotros nos encargáramos del trabajo sucio y de la firma de los documentos. No hay manera de que puedas inculparnos.

Yo caminé por la habitación, mirando las firmas de los cuadros, aunque sabía que las colecciones de tres pinturas abstractas, inmensas, eran Rothkos. E incluso en la lejanía de Connemara sabemos el precio que puede llegar a pagarse por un Rothko.

—Muy bonitos —le dije sin expresión, sentándome junto a Jack sobre el duro sofá de cuero. Hice una mueca de desagrado y me pregunté por qué los arquitectos siempre eligen muebles tan desolados. ¿No existe la blandura en sus corazones? Mirando los ojos de Jack Wexler, supe con certeza que no existe ningún tipo de blandura en el alma de un arquitecto. Ni en su corazón. Mi instinto me dijo que miraba a un hombre amargado y frustrado. Se veía en sus ojos cargados de desilusión,

en las líneas tensas de la boca y en el tic de aprensión o incluso de miedo que vi en su rostro mientras me observaba, preguntándose qué sería lo que iba a decirle.

—Un museo de arte de tanta calidad debe costar mucho dinero —le dije con tono amable—. Shannon pudo decirme exactamente cuál era su sueldo en las Compañías Keeffe y dudo que con él pudiera comprar una sola de estas obras maestras, y mucho menos tres. Además de todo el resto de su colección. Y esta casa tan elegante en este barrio. Por no decir nada de su Aston Martin y de los otros juguetes que usted posee, señor Wexler.

Él se bebió de golpe el resto de su copa y dejó el vaso sobre la mesa auxiliar de vidrio.

—No es asunto de ninguna vieja entrometida —dijo con desprecio.

De pronto, aquel hombre apuesto y suave había desaparecido y el fondo de Jack Wexler estaba aflorando a la superficie. El duro luchador callejero que había aprendido a cubrir su alma barata y sus pasos con el aspecto de un hombre suave, apuesto y con un encanto producto de la práctica. Sentí que miraba a un hombre que ensayaba sus palabras y su sonrisa en el espejo del baño cada mañana, un hombre que había aprendido a utilizar a la gente, que sabía cómo decirles lo que ellos deseaban oír y cómo tomar lo que él deseaba. Sentí lástima por cualquier mujer lo suficientemente tonta como para involucrarse con él.

Jack era un manipulador y, ahora que todo el mundo brillante y sofisticado que él se había creado para sí estaba a punto de caerse en pedazos, sentía pánico. Casi podía sentir el olor del miedo, como lo hacen los perros, y le ofrecí la más cándida de mis sonrisas para decirle:

—Señor Wexler, ¿asesinó usted a Bob Keeffe?

—¿Está usted loca? —me gritó, poniéndose de pie de un salto.

Fue hasta donde se encontraba Shannon y le rodeó los hombros con sus brazos.

—¿Cómo puedes acusarme de haberlo asesinado? —gritó con el rostro rojo de rabia y de miedo. Luego, recobrándose con un esfuerzo, dijo más tranquilo—: No soy perfecto, lo admito, pero maldición, no soy un asesino.

Se volvió abruptamente y fue a servirse otro trago. Le temblaban las manos y yo me pregunté cuánto habría estado bebiendo en estos tres meses, desde que Bob había muerto. Pero sabía que decía la verdad, ya que el único interés de Jack era la imagen que él tenía ante la gente; su *presencia* lo era todo. Le gustaba figurar. Así tenía una elegante casa en la ciudad, en un barrio importante, la costosa colección de arte y los automóviles sofisticados. Jack era *todo fachada* y nada de contenido. Por alguna razón, aún no comprendía que él hubiera pensado que podía robar dinero de la compañía y no ser sorprendido. Él lo había hecho para alimentar sus extravagancias y aumentar su ego e imagen, pero no creo que lo haya asesinado para ello. Estábamos en presencia de un hombre que estaba preocupado por ir a la cárcel por fraude, no por asesinato. Suspiré con remordimiento y me puse de pie para marcharnos.

—Por supuesto, usted es un ladrón, señor Wexler —dije amablemente, ya que

odio ser ruda cuando estoy invitada en una casa—. Y ahora, cuando usted mire su gran casa y sus grandiosas posesiones, debe preguntarse si estas lo valen. Me pregunto a cuántos años condenan a un hombre por un robo como este. ¿O debe considerarse un fraude? —Me encogí de hombros y sonreí—. Pero eso lo decidirá un juez. Ya debemos despedirnos y seguir con lo nuestro.

Jack me miró con odio y luego le dijo a Shannon suplicante:

—Cariño, sé cómo te sientes. Créeme, ya he llorado todo lo posible por tu padre. Trabajamos juntos todos esos años. Él fue mi amigo. ¿Cómo podrías llegar a creer que le estuve robando? Eso no es cierto.

Utilizó con ella todo su suave encanto. Incluso volvió a verse como era él: ágil, atractivo, un hombre bien vestido, con un asomo de niño perdido que le gusta a algunas mujeres. No a Shannon.

Le colocó sus manos sobre los hombros, atrayéndola, mirándola a los ojos, y vio que Eddie se ponía de pie listo para golpearlo si hacía algún movimiento.

—No me toques —le dijo Shannon con una voz tan dura que le hizo estremecerse—. No te atrevas siquiera a hablarme. Tú engañaste a mi padre y creo que le disparaste en el instante en que él descubrió esto. Tú arruinaste a un hombre bueno y aun si no lo mataste, mataste todo aquello por lo que él había trabajado. Su compañía y su buen nombre.

Salimos de la habitación sin decirle adiós, dejando a Jack con los ojos fijos en nosotros, llenos de pánico.

—Nos queda una sola persona —dijo Eddie—. J. K. Brennan.

Shannon suspiró mientras regresábamos en el coche al Ritz Carlton.

—Él es el único en el que creí cuando me dijo que lo sentía. Fue el único que me ayudó. Todavía tengo una línea de crédito de cincuenta mil dólares en el banco. Simplemente no puedo creer que estuviera robando. De todos ellos, él fue el que más le debía a mi padre y por lo que me dijo tiene la conciencia tranquila.

Localizamos a J. K. en su granja de Montauk y Shannon lo llamó por teléfono para anunciarle nuestra visita. Yo siempre supe que la sorpresa es siempre una buena arma y no lo aprobé, pero ella dijo que quedaba lejos y que tal vez no lo encontraríamos allí.

Pensé que tomaríamos un avión comercial, pero Shannon tenía otras ideas.

—Papá me dio lecciones de vuelo cuando cumplí los veintiún años —dijo con una sonrisa de seguridad—. Hoy seré el piloto.

Alquiló una avioneta Cessna para cuatro pasajeros y la piloteó con gran destreza. Eddie se sentó junto a ella y yo detrás, mirando emocionada por las ventanillas el paisaje verde y azul tachonado por el sol y las sombras de las nubes, que se movían debajo de nosotros. Me sentí contenta de que Brigid decidiera pasar el día en Bloomingdale y no viniera con nosotros, ya que habría rezado un rosario,

persignándose todo el tiempo y poniéndonos nerviosos. Tenía esperanzas de que se gastara los ahorros de su vida en aquellos gigantescos almacenes.

J. K. nos esperaba en el pequeño aeródromo y era exactamente como Shannon lo había descrito: de mediana estatura, fornido, con suave cabello castaño peinado hacia atrás y ojos castaños detrás de unos gafas de montura dorada. Llevaba puestos unos vaqueros bien planchados y una camisa azul con las mangas enrolladas, pero ante el volante de su Range Rover blanco, parecía incómodo como un hombre que debería estar sentado detrás de su escritorio. *Informal* no era una palabra que se pudiera utilizar para describir a J. K. Brennan. Supongo que era un hombre que vivía solo guiado por sus propias reglas. Por mi experiencia, la gente de ese tipo, que funciona dentro de límites tan estrictos, es muy probable que se desmorone siempre que se salga de ellos.

Fue más que agradable cuando nos dio la bienvenida. Y trató de forma deferencial a Shannon. No había nada de la familiaridad que yo había esperado, ya que él había sido el que la había consolado y ayudado al prestarle dinero. Le estrechó la mano formalmente, como lo hizo con Eddie y conmigo, y nos señaló los lugares de interés como un buen anfitrión, a medida que nos conducía a la *granja* que estaba a orillas del estrecho de Long Island.

Sonreí cuando la vi. Era más parecida a una granja irlandesa que a una norteamericana; un par de campos alambrados, una huerta bien atendida, unas cuantas flores y una casa baja de color blanco, colgada del paisaje con el perpetuo miedo a volar por los feroces vendavales del Atlántico.

—No es mucho —dijo J. K. disculpándose—, pero es un gran lugar para escapar de la ciudad.

—Un refugio —dijo Shannon con tranquilidad y ambos se sonrieron, recordando cuando él se la había ofrecido por esa razón.

Pensé que era extraño que un hombre como él deseara escapar de la ciudad, pero Shannon me había hablado acerca de su infancia en una granja de Carolina del Sur y pensé que tal vez él deseara volver a sus raíces, con su pequeña granja de juguete que no debía existir para darle sustento, de la forma en que sí lo hizo la granja de su juventud.

Estaba decorada con un estilo encantadoramente informal, práctico y cómodo, con lámparas con pantallas verdes y una masculina manta escocesa sobre los viejos sofás. Había una pila de leños junto a un gran hogar de piedra y uno podía imaginarse de noche sentado ante un buen fuego ardiendo en aquel lugar. Mi estima hacia él subió unos puntos. Nos contó cómo había comprado el lugar con todos los muebles a un escritor que no podía soportar la soledad. Yo me reí. Era difícil conocer a un hombre que parecía vestirse con la ropa de otro y vivir en la casa de otra persona.

Dijo que esperaba que nos quedáramos a almorzar, pero rápidamente yo decliné la invitación, ya que la razón de que estuviéramos allí no era social.

Shannon tomó esta vez la iniciativa. Dijo con firmeza:

—Maudie, Eddie y yo, y Joanna Belmont, creemos que papá fue asesinado. No, deja que me corrija. Lo sabemos. Y estamos decididos a descubrir quién lo hizo.

—Pensé que habías superado esa idea —dijo molesto.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora estoy aún más segura. En especial, cuando tuvimos las pruebas de que Brad y Jack le robaban.

Sacó los contratos y se los pasó a J. K.

—¿Has visto alguna vez estos contratos? —le preguntó. Él los miró con rapidez y luego negó con la cabeza.

—No. Pero eso no significa que no sean legítimos. Los socios a menudo firmaron contratos, incluso los más importantes, aunque Jack lo hacía en general con los proveedores y contratistas. Ya sabes, para las vigas, el mármol y los ascensores. Pero Shannon, tú sabes que tu padre odiaba lo que se llamaba el «trabajo de oficina». Esa fue una de las razones por las que me contrató, para que me hiciera cargo de la lectura, confección y seguimiento de todos los contratos. Él era ingeniero y eso era lo que le gustaba hacer. Se pasaba las tres cuartas partes de su tiempo en las obras y el otro cuarto que le quedaba cenando con los banqueros y pidiéndoles dinero. Y en eso era extremadamente bueno.

—Los contratos eran verificados por los abogados antes de ser firmados —dije yo, como si de pronto se me hubiera ocurrido.

—Siempre —dijo él con firmeza—. Pero hasta donde yo puedo decirles, no hay nada malo en esos contratos.

—Salvo que la tierra no tenía ningún valor —dijo Eddie lisa y llanamente. J. K. lo miró con sorpresa.

—Ese es el departamento de los socios —dijo él encogiéndose de hombros—. Deberán hablar con ellos. Yo no sé nada de eso.

—¿Y cuál es exactamente «su departamento», señor Brennan? —le pregunté con curiosidad, preguntándome por qué este hombre tan insignificante había resultado tan indispensable para Bob Keeffe.

—Supongo que yo fui como el «hombre de confianza». Me hacía cargo de lo que él no deseaba hacer. Mi trabajo variaba de día en día, de mes en mes. Podía enviarme a Italia a comprobar un cargamento de mármol que estaba atrasado o a Londres a hablar con un banquero. O a Pittsburgh, para hablar de dinero con un nuevo proveedor de vigas de acero, O a Hong Kong para ver el desarrollo de la construcción de edificios, o inspeccionar obras en construcción en Sydney. Yo hacía todo lo que él no deseaba hacer. A veces yo pensaba las cosas antes que él y entonces él las decía un minuto después. Era frecuente que me dijera que éramos dos terribles gemelos. Sabíamos demasiado sobre nosotros.

Me pregunté si Bob había sabido demasiado sobre J. K. la noche en que le dispararon y dije de repente:

—¿Y asesinó usted a su patrón, señor Brennan?

Me miró impresionado. Luego se volvió hacia Shannon y dijo:

—Dios mío, ¿cómo puedes tan siquiera pensar en algo así? Bob Keeffe me dio mi empujón inicial. Me sacó de la calle cuando yo no era nadie. —Fue hasta la ventana a mirar el pálido mar que bañaba la rocosa costa, con los hombros caídos y expresión de tristeza.

—Lo siento si te molestamos, J. K. —dijo Shannon rápidamente—. Es que debemos preguntar. Compréndelo, estamos investigando.

—Sabuesos *amateur* —dije sonriendo. El hombre parecía francamente molesto y aunque no podía atravesar su caparazón, no tuve la sensación de que fuera el asesino—. Tal vez podamos cambiar de opinión en el almuerzo —sugerí para alivianar la situación. Después de todo, él había sido amable con Shannon y su padre se había interesado por él.

El rostro se le iluminó y se apresuró a encender la parrilla. Vi que ya había una ensalada preparada y ya se estaban marinando unos filetes de pez espada. Supe que había esperado que nos quedáramos.

Eddie y Shannon se relajaron y bebimos una botella de vino californiano con nuestra comida. Después caminamos por el jardín, inspeccionando sus cuidadas filas de cebollas, zanahorias y patatas. Había filas de judías y guisantes que trepaban sobre enrejados.

—Si se las descuida uno o dos días se hacen salvajes —dijo con tristeza, como si a nosotros nos interesara que su huerta pudiera seguir o no su destino.

Después del almuerzo nos volvió a llevar al aeródromo, y cuando despegamos pude verlo bien erguido sentado en su Range Rover, con una mano sobre los ojos a modo de pantalla mientras nos observaba desaparecer en la distancia. Y me pregunté sobre este hombre.

Nos quedamos en silencio mientras regresábamos a Manhattan, cada uno pensando con tristeza que estábamos en el mismo lugar que cuando habíamos comenzado. Me disculpé con ambos cuando nos dirigíamos al hotel en medio de un tráfico infernal.

—Tal vez os haya conducido por el camino equivocado —dije—. Soy una vieja entrometida y probablemente vosotros, después de todo, sepáis más que yo.

Ellos se rieron y me dijeron que no fuera tan estricta; simplemente nos estábamos moviendo para encontrar la verdad. Además, gracias a Joanna, habíamos ya probado que Brad y Jack eran unos ladrones.

—Regresemos a Nantucket —le sugirió Eddie a Shannon—. Busquemos en la casa blanca y en la cabaña, desde el techo hasta el sótano.

Cuando la limusina llegó al Ritz Carlton yo me despedí. Ellos regresaron al aeropuerto. Era triste, pero me sentí contenta de verlos partir, ya que me daban un poco de tiempo a solas para pensar en los acontecimientos.

Abrí la puerta de mi *suite* y me detuve de golpe, mirando con asombro la montaña de papel de envolver y las bolsas de compras de papel brillante. Había sucedido lo

peor. Brigid, que jamás había comprado más allá de Galway, se había vuelto loca de consumismo en Bloomingdale.

Seguí las huellas desde el pasillo hasta la sala de estar. Sobre los sofás y las sillas había vestidos de todo tipo. Había ropa interior de seda; paquetes y paquetes de medias negras, algunas a rayas y otras con estrellitas o encaje estaban por el suelo. Encontré faldas, blusas y suéters de colores, y por lo menos una docena de vestidos negros. Y, acomodados delante del hogar de mármol, había seis pares idénticos de botines de tacón negros. Eran italianos y, por lo que podía ver, muy caros.

Brigid apareció en la puerta de su habitación, ruborizada con expresión de triunfo y emoción. Tenía puesto un abrigo largo a cuadros con colores de la Florida, anaranjado, fucsia y verde limón, con la etiqueta aún colgada de una de las mangas. Me miró radiante de orgullo.

—¿Qué opinas, Maudie? —gritó emocionada—. ¿No es todo maravilloso? Seguro que no existe nada que no tengan en Nueva York. Y todas esas vendedoras son un milagro, uno les dice lo que desea y ellas lo buscan. «No hay problema» te dicen, y «¿Seis pares? Por supuesto, señora». Y «¿Qué le parece este? Es exactamente para usted». Dios las bendiga, ya que hoy me han hecho una mujer feliz. Jamás me he divertido tanto en mi vida.

—En ese caso, Brigid, vale cada centavo —le dije con aprobación, ya que yo estoy a favor de que la mujer se divierta, cueste lo que cueste hacerla feliz.

Ella me miró aprensiva y luego lentamente levantó el dobladillo de su bata. Tenía puestas unas botas de vaquero de cuero de lagarto con tacones cubanos y tachuelas. Las regordetas rodillas sobresalían por encima como si fueran dos pomelos de la Florida.

—¿Qué opinas? —me preguntó con cautela.

—Brigid, me encantan —le dije llena de entusiasmo, y me acerqué para darle un gran beso—. Y también te amo —añadí.

—Pensé en comprármelas también de otro color —dijo pensativa y yo me reí.

—Bueno, aún queda mucho dinero de los zafiros de Mami para pagarlas —le dije, ya que lo que era mío era de ella, aun cuando ella tenía guardados sus sueldos de treinta años en el Banco de Irlanda.

—Jamás aceptaré eso —dijo impresionada—. Los pendientes de tu Mami son tuyos y deberías haber estado conmigo hoy, gastando, en lugar de estar «investigando» como dices.

—Haciendo de sabueso —dije yo, echándome cansada en el sofá sobre la pila de ropa. Suspiré—. Y tampoco estamos cerca de una solución, Brigid.

Le conté los resultados o la falta de ellos, del encuentro de hoy con J. K. Brennan. Ella me miró pensativa y me dijo:

—Pero todo lo que sabes de J. K. es lo que él mismo contó.

Tenía razón y era obvio, y no sé por qué yo misma no lo había pensado. Sin embargo, la historia que le había contado a Shannon de su pasado tenía visos de

verdad: el muchacho pobre del lado equivocado, cuya madre era mala y el padre un borracho. Y la abuela que había sido la única persona que lo había amado y lo había hecho soñar.

¿Soñar con qué? Me pregunté. ¿El pasado? ¿O el futuro? Había una sola forma de averiguarlo.

—Ponte tus ropas nuevas, Brigid —dije, volviendo a ponerme de pie—. Haremos un pequeño viaje.

Recordé que Shannon me contó que J. K. venía de Carolina del Sur y que había estudiado en una universidad local. Llamé al conserje y le pedí que nos reservara dos billetes en el siguiente vuelo.

—¿A qué ciudad, señora? —me preguntó.

—Adónde vaya el avión, siempre que sea a Carolina del Sur —le respondí, olvidando las enormes distancias del continente americano.

Llegamos a Charleston por la noche y nos alojamos en el hotel del aeropuerto. Pedimos servicio de habitación y nos trajeron té y algunos emparedados. Sentadas en nuestras sendas camas matrimoniales masticando y mirando televisión parecíamos dos zombis. Había sido un día largo, y media hora más tarde estábamos profundamente dormidas.

A las nueve en punto, a la mañana siguiente, me encontraba en el teléfono. Pronto hice una lista de las universidades que había en pueblos pequeños. Había tantas que temía que me llevara una semana verificar en todas ellas, pero comencé por la primera de la lista que comenzaba con A. Tuve suerte de dar con la que comenzaba con B. Jonas Brennan había asistido a la universidad de Boonespoint Valley desde 1980 a 1983. Esa era toda la información que podían darme, pero Brigid y yo volvimos a hacer nuestras maletas y como saetas, conmigo al volante en un Cadillac descapotable alquilado, partimos para Boonespoint.

Se trataba de uno de aquellas pequeñas ciudades feas y desperdigadas en las que uno parece que nunca podrá encontrar el centro: una serie de rutas rectas y alineadas, llenas de terrenos con coches usados y estaciones de servicio, las cadenas de McDonald y Wendy: Supermercados baratos y centros comerciales perdidos con sus lecherías cerradas y salones de belleza de ventanas sucias y secadores de cabello pasados de moda, que conocieron mejores días. Un arroyo corría por el centro de la ciudad. A lo lejos se podía ver una fila de casas más grandes, con árboles y jardines, y coches elegantes en sus entradas. Al instante nos dimos cuenta de que se trataba del «lado correcto del camino». Nosotras nos encontrábamos en el lado de Boonespoint que era el territorio de J. K. Brennan.

Encontramos la universidad y echamos un vistazo a los edificios prefabricados de cemento en los cuales no hubo nunca la mano de un arquitecto. Los chicos vestían casi todos camisetas y gorras de béisbol, masticaban chicles y conversaban con vistosas jovencitas de faldas muy cortas. Miraron con curiosidad a las dos viejas que se trasladaban en el Cadillac, saludándonos cuando nosotras pasamos velozmente.

—Mirad a la abuela —me gritaron, y yo sonreí con placer.

Recordé por las películas y las novelas de detectives en las que, si uno desea averiguar algo sobre alguien, debe ir a los diarios y buscar en los archivos. Y nosotras hicimos justamente eso.

El *Boonespoint Echo*, un periódico semanal, cubría todo, desde las graduaciones en la escuela secundaria hasta los funerales, desde las doradas bodas hasta los arrestos por robo de coches y peleas, y una miríada de otros delitos que a mí me parecieron demasiados para una ciudad tan pequeña. Mostraba la última moda del centro comercial de Boonespoint y los líderes de los partidos de fútbol en la universidad de Boonespoint Valley, que hacía cincuenta años que existía.

—Debe ser una de las más antiguas del estado —nos comentó una mujer de mediana edad que estaba en el escritorio de la entrada, mostrándonos las sombrías cuevas sin aire donde se guardaban las copias de los diarios desde sus comienzos—. Cualquiera cosa que necesiten, griten —dijo, dejándonos mirando indefensas frente a los archivos y no sabiendo por dónde comenzar.

Cuando recordé las fotografías de graduación, comencé por el año en que Jonas Brennan se había licenciado en la universidad de Boonespoint Valley. Y allí estaba él en una fotografía, medio escondido en la segunda fila, entre cuarenta chicos y chicas; Clase 1983.

Brigid y yo miramos emocionadas la fotografía y yo decidí que desde entonces había cambiado muy poco; tenía aún un rostro sin marcas, de cabello escaso y con gafas, y era robusto. Solo que ahora era rico. Más rico que sus compañeros de la clase de 1983.

¿Pero cuán rico era J. K.? Me preguntaba. ¿Y cuán pobre había sido? Recordé que su abuela había muerto un mes antes de su graduación. Aunque fuera pobre, con seguridad el *Echo* habría informado de su muerte. Busqué con cuidado, página por página, en todos los diarios que siguieron dos meses después de la graduación, mientras que Brigid buscaba en las ediciones anteriores para ver la muerte de su madre. Yo no encontré nada y dejé escapar un suspiro de disgusto.

—Alabado sea Dios, que nos encontramos con esto, Maudie —exclamó Brigid, impresionada, mirándome por encima de sus gafas. Con el dedo me señalaba la fotografía que estaba encima de los titulares: SE ENCUENTRA ASESINADA A UNA CAMARERA EN UN CALLEJÓN.

Había una fotografía, horrorosa incluso para los patrones de los titulares de los diarios, de un cuerpo ensangrentado tirado en medio de la basura y de los cubos de desperdicios. Y junto a ella, había una fotografía de una mujer de rostro duro y aspecto libertino, con una gran sonrisa en el rostro y ninguna en sus calculadores ojos. Su nombre era Alma Brennan.

—Yo pensé que ella había muerto de cirrosis —dijo indignada Brigid. Ella no se olvida de nada, y eso fue exactamente lo que Shannon nos había dicho de J. K. Que la habían recogido una noche en una calle, con una hemorragia por la boca.

—Me parece que J. K. ha estado mintiendo, Brigid —dije, leyendo el informe de cómo el dueño de una tienda que llegó temprano para abrirla había encontrado el cuerpo. Y que Alma Brennan había trabajado durante años como camarera en la Cantina el Gallo Rojo, y que era una mujer muy conocida en la ciudad.

—¿Y qué querrán decir con eso? —preguntó Brigid.

—Ya sabes, que era una prostituta —le respondí, prosiguiendo con mi lectura.

Dijeron que el cuerpo fue llevado al depósito de cadáveres del condado y que se hizo una autopsia esa misma tarde. La policía estaba realizando interrogatorios para dar con el asesino. Mientras tanto la suegra y su hijo, Jonas Brennan, que vivían en la Granja de Jekyll, habían recibido la información.

Nos miramos con aprensión cuando sacamos la siguiente edición del Echo. **ASESINO DESCONOCIDO DISPARA CINCO VECES A UNA CAMARERA**, decía el titular. Podía imaginarme al joven Jonas sobresaltarse cuando leyó aquello, junto con el informe de la vida privada de su madre o, más precisamente, con su *vida pública*, ya que Alma Brennan había sido conocida por la gran cantidad de amigos masculinos que tenía. «Que pudo haber sido cualquiera de ellos» era el indiferente consenso de aquellos que fueron entrevistados en la calle después de la muerte.

En la siguiente edición del periódico encontramos solo un informe breve. **AÚN SE BUSCA AL ASESINO** decía, y en tres líneas explicaban que el cuerpo de Alma había sido enterrado la tarde anterior.

Brigid y yo nos miramos disgustadas y ella dijo:

—No te rindas todavía. Tal vez averigüemos quién lo hizo.

—Y así seguimos revisando los diarios de un par de meses hasta que los ojos nos quemaban por la fatiga. Pero no nos perdimos el titular que decía, **LA POLICÍA RETIENE AL HIJO PARA EL INTERROGATORIO EN EL ASESINATO BRENNAN**.

—Dios nos proteja —dijo sin aliento Brigid, persignándose mientras yo leía rápidamente el informe de cómo la policía había detenido en custodia al hijo de dieciocho años, Jonas Brennan, «para interrogarlo», y cómo había pasado la noche en el cuartel de policía de Boonespoint. La policía había requisado la granja de Jekyll pero no había podido encontrar el arma, aunque encontraron varios revólveres en la propiedad.

Suspiré aliviada cuando vi el titular de la edición siguiente. **JONAS BRENNAN LIBERADO** decía, en letras mucho más pequeñas que las anteriores, como si la gente ya estuviera perdiendo interés en la muerte de Alma y el destino de J. K. Pero había una línea debajo que llamó mi atención. Decía que la abuela de Jonas Brennan, la señora Iris Sheridan, había hecho una declaración a la prensa diciendo que «era un delito cometido contra su nieto que hubiera sido acusado de una cosa tan terrible». Y que «fuera quien fuera el que había matado a Alma, no había sido él». Proseguía con que «la policía debería apresurarse y averiguar quién era el verdadero culpable, aunque ahora había pasado ya bastante tiempo, por lo que era muy probable que este

estuviera lejos de la ciudad».

—¿La señora Iris Sheridan? —repetí, mirando a Brigid.

—¿Alguna vez te detuviste a pensar qué significa la K de Jonas K. Brennan? —me preguntó pensativa.

—¿Keeffe? —pregunté, y ella asintió.

—Apostaría mis botas de vaquero a que es así.

Salimos de esa cueva como un par de murciélagos que salen del infierno, dándole las gracias efusivamente a la señora de la entrada.

—¿No desean copias de nada? —preguntó, y yo regresé de prisa, esperando impaciente mientras ella fotocopiaba los artículos que necesitaba. Y luego ya en nuestro descapotable, fuimos a Charleston y tomamos un vuelo hacia Nueva York.

Pensé preocupada en Shannon y le agradecí a Dios que estuviera a salvo en Nantucket con Eddie, ya que ahora estaba convencida de que J. K. Brennan era el asesino de Bob y que el pasado hubiera alcanzado al presente, de la forma en que sabíamos que lo haría.

Capítulo 57

De regreso al hotel, envié a la cama a Brigid y llamé por teléfono a Shannon a Nantucket para contarle lo que había descubierto. Dejé que sonara el teléfono pero no obtuve respuesta. Disgustada, volví a colgar y caminé inquieta por la habitación. Tomé un baño tranquila, llenando la bañera con el costoso aceite que Brigid había comprado en Bloomingdale y permanecí allí tendida con una mascarilla hidratante en el rostro, mientras meditaba lo que haría. Finalmente me maquillé, cepillé mis rizos y me vestí con un traje azul oscuro de corte masculino, un St Laurent de 1980 que podría haber sido diseñado especialmente para hacer de sabueso.

Y entonces sonó el teléfono. Era Shannon y yo respiré aliviada. Había muchos ruidos en la línea y me dijo que llamaba desde un avión. Estaba en un vuelo desde Boston a Manhattan y estaría aquí en un par de horas.

Me dijo:

—J. K. me llamó. Parecía muy excitado. Me dijo que creía tener la evidencia que necesitaba. Oh, Maudie, se supone que no debo contárselo ni a usted ni a Eddie, pero me encontraré con él esta noche para que pueda enseñarme lo que tiene.

—¿Y dijo lo que era?

Mi voz sonaba aguda, y ella me contestó rápidamente:

—Me lo dirá cuando llegue. Pero sí me adelantó que sabía qué era el Fondo ExWyZe.

Pensé en J. K. sentado como una araña en el centro de la compleja tela que él había creado, esperando a Shannon y me sentí llena de una rabia profunda que no había sentido desde que me enterara que los nazis habían asesinado a Archie.

—¿Y dónde te encontrarás con él? —le pregunté.

—Es extraño, pero quiere que nos veamos en la nueva Torre Keefe en Park Avenue. Dijo que tomara el montacargas hasta el piso superior y que me esperaría allí a las once. Había algo importante que yo debía ver.

—No debes ir —le dije con autoridad—. Ven aquí e iremos juntas a encontrarnos con el señor J. K. Brennan a las once.

—Me dijo que no se lo dijera a nadie. No hasta que haya visto lo que tenía que enseñarme, y entonces la decisión sería mía —dudó y luego dijo—: Sabe, Maudie, había algo en su voz, una especie de comprensión. ¿Cree que después de todo él tiene la evidencia de que mi padre se suicidó? Que no fue asesinado y todos nosotros hemos estado corriendo detrás de sospechosos cuando no existe en realidad ninguno.

—Estoy segura de que no es verdad —dije, preguntándome exactamente qué se traía J. K. entre manos. Cuando colgué el auricular, estaba decidida a descubrirlo.

Pensé que la hora siguiente jamás pasaría. Miraba con anhelo a Brigid que roncaba pacíficamente y no tuve coraje para despertarla y contarle los nuevos

acontecimientos. Me senté enfrente del televisor, cambiando los canales como siempre hacía ella, pero no había nada interesante para mí y fui hasta la ventana y miré la asombrosa vista de esta ciudad llena de magia. Los rascacielos estaban iluminados como si fueran un bosque de árboles de navidad y pensé en J. K. esperando a la joven Shannon en la Torre Keffe. Mi estómago se contrajo.

A las diez en punto escribí con prisa una nota, me puse un sombrero de fieltro de color azul y zapatos de tacones no muy altos. Como toque final me prendí una camelia en la solapa. Tomé el viejo bastón de Pa, comprobé mi peinado y tomé el ascensor hacia la recepción.

Todos en el hotel me conocían, ya que me había detenido y conversado con cada uno y con todos, desde el gerente de noche y el conserje hasta el jefe de botones, los mozos y recepcionistas, y todos me ofrecieron una sonrisa y un saludo cuando yo salí con paso rápido. El portero llamó un taxi y me preguntó dónde deseaba ir, mostrándose sorprendido cuando le di la dirección de la nueva Torre Keffe en Park.

—Ese edificio no está aún terminado, señora Molyneux —dijo dudoso—. ¿Está segura de que quiere ir allí?

—Por supuesto, gracias, Patrick —dije, subiendo al coche mientras él le daba la dirección al conductor.

Había un guardia de seguridad en la recepción y me miró lleno de asombro cuando yo me dirigí hacia su iluminado cubículo de vidrio. Por su identificación vi que su nombre era Mulligan. Preguntándome cómo me había vuelto tan mentirosa, puse cara de ansiedad y con marcado acento irlandés dije sin aliento:

—Oh, gracias a Dios que es un muchacho irlandés, y estoy segura que toda Nueva York es irlandesa —me aferré del borde de la ventana, haciendo mi mayor esfuerzo por mostrar palidez, y debí lograrlo ya que él dijo:

—¿Se siente bien, señora?

—Alguien me sigue —dije sin aire tratando de parecerme a Ingrid Bergman en situaciones similares—. Está escondido ahora a la vuelta de la esquina, esperándome... Habría llamado un taxi pero no había ninguno a la vista y estaba demasiado asustada como para esperar allí.

—Yo iré a ver, señora —dijo, saliendo de su oficina y colocando una mano amenazadora sobre el revólver que llevaba en una cartuchera prendida a su cadera—. Espere aquí —me dijo—, y luego yo le llamaré un taxi.

Salió de la recepción a la calle y lo vi mirar a ambos lados y luego volverse interrogante hacia mí. Yo le señalé con urgencia hacia la izquierda y él desapareció en la esquina. Sonriendo con perversidad corrí por la recepción sin terminar y subí al montacargas que estaba al fondo. Pulsé rápido el botón y cerré los ojos cuando este lentamente iba pasando por pisos sin terminar. Los niveles estaban iluminados con lámparas de obra. Era aterrador, y yo pensé en Bob y en todo lo que había hecho por construir esta torre sin terminar: todas las largas negociaciones de precios y contratos, permisos de planos y concesiones de impuestos, toda la burocracia y las

negociaciones que se necesitan para la construcción de obras tan grandes en las ciudades más importantes del mundo. Y pensé ahora en lo triste y aterrador que se veía. Era aún un esqueleto y me pregunté si alguna vez llegaría a haber «carne» en estos huesos de acero.

El ascensor se movió antes de detenerse y yo bajé a un mundo diferente. El suelo de la entrada era de *parquet* bien encerado y una araña de cristal, una vieja Waterford si no me equivoco, brillaba en el cielo raso. Caminé con cautela sobre la suave alfombra de seda, de sutiles colores azules y difusos bronce, preguntándome si ya había llegado J. K. Espié por las puertas de doble hoja que estaban abiertas y contuve la respiración por el asombro cuando vi las hermosas alfombras y los costosos sofás y antigüedades. Entré de puntillas en la habitación y advertí que cada una de las piezas tenía una etiqueta. Un número de lote para una subasta.

Y entonces vi la pintura que dominaba la pared opuesta a las ventanas. La *Avenida* de Van Gogh brillaba como un icono debajo de las luces direccionales. Me di cuenta de que ahora pertenecía a J. K. Él había comprado todas las cosas de Bob, sus muebles, alfombras y antigüedades, de la forma en que había comprado la casa del escritor de Montauk con todos los muebles. Él estaba asumiendo la identidad de Bob; el van Gogh de Bob, símbolo de su éxito, era el toque final. Era la prueba viviente de que había hecho realidad sus sueños.

—Maudie —dijo J. K. detrás de mí y yo me volví desde mi lugar junto al cuadro, sonrojándome como si fuera una colegiala pillada en culpa que hubiera estado espionando las notas de alguna otra persona.

—¿La envió Shannon? —Parecía sorprendido y yo negué con la cabeza.

—No, no lo hizo, J. K. Vine aquí porque debía hablar de algunas cosas con usted.

—¿Puedo preguntarle cómo sabía que me encontraría aquí?

—Shannon me contó que tenía una cita con usted —él asintió y se dirigió al gracioso aparador Sheraton.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó, sirviéndose una copa de coñac.

Yo no podía compartir una copa con un asesino y dije con amabilidad que no. Él se sentó en lo que se llama «la silla del conserje», una de esas sillas con aspecto de caja y respaldo alto que aún se encuentran en los hoteles franceses o en las tiendas de antigüedades. Los lados altos cortaban la luz sobre su rostro, dejándolo en penumbra. Yo hubiese deseado que se sentara enfrente de mí sobre el sofá.

Yo soy una vieja curiosa, pero mi curiosidad jamás me había llevado a un lugar tan extraño antes. Además nunca supe ser sutil, de modo que fui directa al grano.

—¿Por qué no me dice la razón por la que asesinó a Bob? —le pregunté, porque, aparte de estar preocupada por Shannon, esa era la razón por la que había venido a hablar con él. Debía oír de sus labios por qué lo había hecho, para así probar que mi teoría era la correcta.

—Maudie, ¿cómo puede decir una cosa así? —dijo con voz apenada. Tomó un trago de coñac y cuando se inclinó hacia adelante, pude ver que sonreía.

—Porque su abuela se casó con el hijo de Lily, *Chico* Sheridan. Y porque su madre, Alma Brennan, no murió de cirrosis de la forma en que usted contó que lo hizo. Fue asesinada en un callejón y usted fue arrestado e interrogado por el asesinato. Y su nombre no es Jonas K. Brennan: solo se añadió la K después de que decidiera transformarse en Bob Keefe. Tomar su vida, su trabajo, su dinero y su nombre, ya que sentía que por derecho todo le pertenecía.

—Eso es muy inteligente de su parte, Maudie —dijo—. Pero sabía cuando la conocí que era demasiado inteligente para su propio bien. ¿No cree que es interesante que seamos primos?

Debo admitir que no había pensado en ello, y mi mandíbula se abrió ante la idea de estar emparentada con un asesino y un loco.

—No fue tan inteligente —dije—. Todo lo que debemos hacer es mirar el pasado. Y ese es el problema en el fondo de todo esto, ¿no es así? J. K. El pasado.

Tomó el coñac de un solo trago y se sentó haciendo girar la frágil copa entre sus dedos, mirándola fijamente.

—Mi vida fue siempre una serie de heridas —dijo con tono amistoso, como si estuviéramos hablando de algo que habíamos leído en los diarios—. Todos los insultos, las burlas, la humillación y el rechazo. Nadie quería al sucio y pobre chico Brennan, cuya abuela vivía con un negro y cuya madre se acostaba con todos los hombres del pueblo y quizá más. Fueron solo las historias de la abuela sobre el pasado las que tenían alguna belleza. Ella me contó las historias que *Chico* Sheridan le había contado, de su sofisticada madre rica, *lady* Lily Molyneux, que vivió en una mansión de Beacon Hill, y sobre su familia que estaba en Irlanda. De las miles de hectáreas de tierra que poseían, con castillos y casas, y los lagos y ríos que eran de su propiedad. Y de cientos de sirvientes que hacían sus caprichos, de modo que jamás tuvieron que levantar un dedo en toda su vida. Solía soñar con ellos cuando salía al campo a recoger el maíz, debajo del sol hirviente. O cuando me tendía de noche en la cama, empapado y picado por los mosquitos en verano, y medio congelado por el frío y la humedad del invierno. Siempre pensaba en ellos cuando me llevaba el pobre bocado de comida a la boca y me vestía con ropas baratas. Y pensaba en ellos cuando estaba solo en el patio de la escuela y los otros niños se burlaban de mí o me ignoraban. Siempre era una cosa o la otra. Y aquellas historias se transformaron para mí en una leyenda, en doradas fábulas de una casta de gente extravagante que jamás tenía una preocupación y que habían rechazado a mi abuelo, *Chico* Sheridan, porque Lily se había metido en problemas.

»Solía pensar en los aristócratas Molyneux, en su castillo con sus hectáreas de tierra y su dinero. Ellos me acechaban. Estaba obsesionado por el hecho de que aún vivieran tan maravillosamente bien y que yo estuviera privado de todo aquello.

»Cuando era un adolescente de menos de veinte años, comencé a investigar el pasado. Fui a la biblioteca; busqué la historia de Irlanda en enciclopedias y mapas. Descubrí el libro del Linaje de Burke y encontré allí los nombres de mis ancestros.

Pasaba tanto tiempo investigando el árbol genealógico de la familia Molyneux como haciendo mi tarea escolar y sabía que, de no ser por las circunstancias, yo habría sido un joven lord que viviría en un castillo de Irlanda con dinero para quemar.

»Incluso conseguí un trabajo de verano en Boston para poder averiguar más sobre Lily. Investigué en los archivos de la ciudad, en los registros de nacimientos, matrimonios, muertes, nombres, fechas, lugares. Quería saber más del otro hijo, Liam Porter Adams. Y, como hizo Bob, seguí su rastro y adiviné que Bob Keeffe era el nieto de Lily. Y eso me quemó más profundamente que lo que lo había hecho mi herida anterior. Ambos descendíamos de los hijos de Lily, pero Bob era aún el heredero legítimo. Y él era tan rico que ni siquiera deseaba reclamar la herencia de Lily. Bob lo tenía todo y, como siempre, yo no tenía nada.

»Puse en la pared de mi cuarto en la universidad una fotografía suya y todas las noches, cuando yo soportaba las largas y difíciles horas de estudio y soledad, me decía a mí mismo que un día yo tendría todo lo que él había conseguido, todo lo que por derecho debería ser mío. Un día yo sería Bob Keeffe. Yo me transformaría en él.

Hizo una pausa y pude decir que me miraba, aunque yo no podía verle el rostro. Luego, dije:

—¿Y ahora cree que lo ha logrado?

—Casi. Solo queda una cosa.

Sabía a lo que se refería.

—Shannon —dije yo, y él asintió.

—Tengo todo para ofrecerle, todo lo que su padre tenía. Ella antes ni siquiera me miró, pero ahora sé que lo hará. Esta noche le pediré que se case conmigo.

—Y entonces sería completo. Tendría todo lo que usted considera que es legítimamente suyo. Todo lo que Bob Keeffe poseía, incluyendo a su hija.

—Correcto, Maudie, así es exactamente de la forma en que debe ser. Solo que ahora usted ha aparecido, haciendo preguntas e interfiriendo justo cuando todo iba tan bien —él suspiró profundamente—. Realmente hubiese deseado que no fuera así.

Yo le sonreí, convocando un poco de mi viejo encanto. Eché una mirada aprensiva a mi reloj y vi que aún faltaba un cuarto de hora para las once. Shannon estaría aquí dentro de quince minutos y yo debía detenerlo.

—Antes de que me vaya —dije, tratando de pensar en lo ambigua que podría resultar la palabra *irme*—. Antes de que me vaya, ¿por qué no me cuenta cómo le robó el dinero a Bob?

Él se rio y me dijo.

—Soy un hombre inteligente y Brad y Jack fueron unos pelmazos fáciles de manipular. Sabía lo que ellos deseaban y yo se lo ofrecí, incluso más. Mucho más. Y ellos no pudieron resistir el cebo.

»Durante diez años trabajé mucho. Comencé como el protegido de Bob y me transformé en su mano derecha. Me hice cargo de todo lo que él no deseaba hacer y luego de más. No había nada que yo no supiera de los negocios Keeffe y Bob me

habría confiado su vida misma.

Pensé en lo irónico de aquella declaración, pero él pareció no ver nada raro en ello y prosiguió.

—Para poder manipular al hombre, para someterlo a la voluntad de uno, uno debe comprenderlo antes. Debe saber lo que desea, lo que anhela, por lo que moriría o mataría.

—Su talón de Aquiles —dije solícita.

—Exactamente. Jack Wexler no era un arquitecto especialmente dotado, y había tenido muchísima suerte de encontrarse con un trabajo fácil. Bob confiaba en todos y Jack se aprovechó de ello. Tenía un gran ego, deseaba ser un solterón rico y con éxito, pero sin dinero habría terminado como un marido suburbano, que viajaba a Westchester, con una casa de clase media y una bonita esposa rubia a la que le gustaría la ropa cara y dos hijos que necesitarían ortodoncia y altos costos para su educación universitaria. Él había estado robando de las Compañías Keeffe durante años, antes de que yo entrara a la empresa. Sacaba comisiones de todos los contratos por todos los artículos que entraban en una construcción Keeffe. En ese proceso se hizo de unos cuantos millones de dólares.

»Y Brad hizo lo mismo; él había metido la mano en la lata de Keeffe desde el primer día, comenzando con un poco aquí y otro más allá. Pero no necesitó más hasta que conoció a Fedora Lee durante un partido de polo en un club de campo. No hay nada como una mujer para alimentar las ambiciones de un hombre, y Fedora era una mujer que sabía exactamente lo que deseaba.

»De modo que, una vez que yo supe lo de ellos, era un hecho consumado. Simplemente les enseñé lo fácil que sería hacer grandes cantidades en lugar de pequeñas. Les hablé de que los grandes robos eran tan fáciles como los pequeños, salvo que con los primeros se obtenía mayor cantidad de dinero. Millones de dólares más. Y cuando les expliqué que uno iba a la misma cárcel si robaba cinco mil dólares que cinco millones, y que yo tenía el poder de descubrirlos y de enviarlos a la cárcel, ellos se pusieron a mis pies como si fueran dos perros falderos, listos a complacer a su amo.

»Yo ya había formado el Fondo ExWyZe en Liechtenstein con el dinero de la venta de acciones y bonos que Bob guardaba como garantía para los préstamos bancarios. Y ahora utilicé un poco para comprar a precios inflados propiedades sin valor en todos los Estados Unidos. Sin la confianza de Bob y debido a que él estaba tan absorto en lo que estaba haciendo, esto habría resultado imposible, pero él confiaba en mí y estaba muy ocupado. Yo lo mantuve feliz y resultó así de simple. El Fondo ExWyZe compró las propiedades y luego las vendió a precios muy inflados a las Compañías Keeffe, que las compró con más dinero de la venta de las garantías.

»Brad y Jack se hicieron cargo de los contratos y el dinero se pagó en Liechtenstein. Y ellos tuvieron su parte en una cuenta numerada en un banco suizo, Yo jamás firmé nada, de modo que nadie podía inculparme. Brad compró su granja y

a la mujer; Jack compró sus Rothkos y esperó a que cayera el hacha, ya que sabía que un día sucedería, y que cuando lo hiciera yo debería matar a Bob Keefe. Y esa fue exactamente la forma en que todo sucedió.

Salió de su silla como si fuera una serpiente que lo hace de su escondite y caminó hacia el aparador y se sirvió otro coñac.

—¿Seguro que no desea beber conmigo, Maudie? —me preguntó, como si fuera el anfitrión perfecto.

Yo le dije:

—Esa no fue la primera vez que usted mató, ¿no es así, J. K.?

—¿Se refiere usted a mi madre? —Él desechó la idea con un encogimiento de hombros—. Ella no se merecía vivir. Era una mancha en el paisaje de mi juventud, una mujer barata que hacía burla de la dignidad de mi abuela. Y se interponía en el camino del futuro que yo mismo me había planeado. Además, si no lo hubiera hecho yo, uno de sus hombres lo habría hecho en poco tiempo.

Se acercó y se paró delante de mí. Yo lo miré y por primera vez tuve miedo. Tomó un sorbo de coñac y dijo pensativo:

—Y ahora usted, Maudie.

Estaba demasiado cerca para ser un consuelo y yo bajé mis pestañas para mirar el reloj con la esperanza de que no lo notara, pero él se dio cuenta al momento.

—Faltan cinco minutos para las once —dijo con calma—. Hay tiempo justo antes de que llegue Shannon. Usted se habrá ido y luego yo estaré aquí para ayudarla a recuperarse de su pena.

—Como lo hizo cuando Bob murió —le recordé, y él me sonrió.

—Realmente desearía no tener que hacer esto, Maudie —dijo cuando yo lo miré preocupada—. No debería haber interferido. Todo fue tan meditado y tan claro que no hubo problemas. Nadie debió enterarse.

—Jamás se saldrá con la suya, y menos una segunda vez —dije yo, poniéndome de pie y tomando con firmeza el bastón de Pa cuando él volvió al aparador. Abrió un cajón y sacó un revólver—. Shannon jamás creerá que yo me maté —le advertí, deseando que mi tonta vocecita no sonara tan atildada. Después de todo, los Molyneux siempre habíamos tenido reputación de ser valientes en la batalla. Pero a lo que me enfrentaba ahora no era una batalla, era un psicópata.

—No voy a dispararle —me explicó, acariciando la parte posterior de su cabeza con una mano y con la otra ajustándose las gafas—. Simplemente la acompañaré al piso siguiente.

—Por qué no hacerlo aquí con comodidad —dije yo, pensando en los desnudos espacios de cemento y vigas de acero. En las paredes sin ventanas envueltas en sábanas de plástico. No era un lugar para pasar los momentos finales, y habría preferido que fueran las mullidas alfombras persas.

«¿En qué estás pensando, mujer? —me pregunté—. ¿Elegir un lugar para morir, como un perro viejo y enfermo, cuando aún queda por qué pelear? Los irlandeses

guerreros, así solía decir Bob, y maldición, tenía razón». Además, yo sabía que Shannon llegaría dentro de un minuto y pensé que, tal vez con la distracción, yo podría colocar las cosas en contra de J. K.

Y entonces sonó el teléfono. J. K. se volvió y levantó el auricular. Yo crucé la habitación en un minuto y salí por la puerta en el instante en que él dijo:

—¡Shannon!

Ella estaba en el teléfono y pensé que no vendría porque yo le había dicho que no lo hiciera. Y ahora yo estaba sola y todo dependía de mí. Pulsé el botón del ascensor, pero no tenía luces. Supuse que J. K. había cortado la corriente. Cuando oí pasos en el piso de *parquet*, abrí la puerta de la escalera y salí corriendo escaleras abajo.

Mi corazón latía cuando llegué al piso siguiente, y luego oí una puerta que se cerraba y sus pasos que corrían tras de mí. Jesús, pensé, será mejor que te muevas, Maudie, y bajé corriendo otro tramo de escalera.

Era difícil para una mujer de mi edad. Las escaleras estaban muy mal iluminadas y tenía miedo de romperme una pierna o el cuello, aunque no sabía por qué, ya que J. K. iba a hacerlo por mí. Si es que conseguía atraparme.

Me escabullí hacia los lados en la oscura maraña de vigas, postes y cubiertas plásticas, tropezando con los cables y las bobinas de metal y los baldes de cal. Casi me caigo. Encontré una columna de cemento y me escondí detrás, escuchando en el silencio, con la esperanza de que no me hubiera visto. De que no pudiera escuchar el tonto sonido de mi corazón, que latía acelerado como el de una adolescente, tan alto como el de un tren.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que me encontraba en uno de los pisos vacíos y sin terminar que había visto desde el ascensor cuando subía. Que mi única vía de escape era aquella larga escalera, todo el camino hasta la calle, unos cien pisos debajo. Podía oír el sonido del tráfico que llegaba débil hasta allí arriba, y donde el viento había atrapado un trozo de plástico, vi el oscuro vacío y las luces de los edificios de enfrente. Me estremecí. El lugar estaba congelado y el viento golpeaba contra las paredes no terminadas. Luego, oí el sonido de una suave pelota de fútbol.

—Maudie —dijo con calma J. K.—. Sé que se encuentra allí. No haga que esto sea más difícil para usted. Después de todo, es una anciana. Es tiempo ya de que parta.

Sentí un chorro de calor y de adrenalina y tomé con furia el bastón. Cómo osaba llamarme anciana y cómo osaba decidir cuándo debía yo partir de este mundo, Estaba condenada si iba a permitirle eso. Tenía mi bastón y era cinturón negro de kárate. Y veríamos quién ganaba a la hora de pelear, aunque deseaba más que llegaran Shannon o Eddie, como si fueran la caballería, justo en el momento preciso.

Mi esperanza se desmoronó cuando sonó el disparo del revólver. Pasó silbando por la columna en donde me encontraba escondida. Quedé boquiabierta y cerré los ojos, diciéndome que no se atrevería a dispararme ya que me habría metido una bala en el cuerpo y no habría forma en que se pudiera escapar de eso. Ya que demasiada

gente sabía ahora lo de Bob Keefe.

—La tengo —dijo, agarrándome por atrás. Yo di un salto en sus brazos como si fuera una anguila sorprendida, golpeándolo con mi mejor golpe de codo y dándole un buen golpe con mi bastón. Corrí, tropezando y tambaleándome, de nuevo hacia la puerta y las escaleras, pero él volvió a atraparme. Y entonces las luces parpadearon cuando volvió la corriente y oí el sonido del ascensor que subía hacia nosotros.

Por fin la ayuda, pensé, justo cuando J. K. se dio cuenta de que no había tiempo que perder. Me tomó de la cabeza y me arrastró hacia las ventanas abiertas y el abismo que estaba más allá de ellas. Yo sabía lo que deseaba hacer.

Le di un golpe con mi bastón, gritando tan alto como pude, y él apretó su mano en mi cuello. En mis oídos sentí un zumbido como si me faltara el aire. A lo lejos oí que el ascensor se detenía, pero me estaba desmayando y me dije que era demasiado tarde. Di una patada débil hacia atrás pero unas manchas púrpura flotaron delante de mis ojos y yo tuve miedo de estar perdiendo la batalla.

—Maudie —oí que Shannon gritaba, y luego J. K. me dejaba caer, y yo caí hecha un manojo de huesos viejos al duro suelo de cemento. Oí el sonido de pasos que corrían y luego el disparo del revólver. Después, ya no supe más.

Capítulo 58

Deseaban que me quedara en el hospital, pero yo no lo acepté.

—Si tengo que quedarme en cama todo el día, entonces lo haré en medio del lujo —dije y, como saben, cuando tomo una decisión no hay forma de que la cambie.

De regreso al Ritz Carlton, me quedé en mi espléndida cama matrimonial en medio de una bendita comodidad, atendida sin cesar, con flores y regalos; todos, desde la doncella a los mozos y el conserje, así como el gerente venían de visita a tomar una taza de té y conversar un rato.

Joanna venía todos los días con libros, revistas y unas hermosas mañanitas para la cama, con su sonrisa de Doris Day que la hace parecer una vecina muy sofisticada. Y ahora que su mente está en paz con respecto a Bob, espero que encuentre su felicidad en el futuro.

Más tarde, Eddie me contó lo que había sucedido, y la pobre Shannon estaba tan perturbada que yo sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Todo es culpa mía. Debería haberme dado cuenta antes de que era J. K. Era tan obvio cuando uno lo piensa...

—Tonterías, querida niña —le respondí con suavidad—. Fue mi propia curiosidad la que me metió en todo esto y mi propia estupidez la que me dejó la secuela de unos pocos cortes y magulladuras. Estoy contenta de que aparecierais cuando lo hicisteis.

—En el instante preciso —dijo Eddie con una sonrisa afectuosa. Él me sostenía una de mis manos y Shannon la otra.

Yo me reí y le pregunté a Brigid, que no se despegaba de mi lado:

—¿Qué te parece una copa de champán, Brigid?

—Roederer Cristal —dijo con firmeza, marcando el número del servicio de habitaciones. Aprende muy rápido, mi Brigid.

Fui rescatada por la mente ágil de Shannon y Eddie que, después de encontrar mi nota, se enteraron por Brigid de nuestras sospechas. Llamaron a la policía y también lo había hecho el guardia de seguridad, que me había estado buscando. Y con tanta gente pendiente de mí, ¿cómo no iban a salvarme?

En agradecimiento, envié una generosa donación al Fondo de pensión de la policía, junto con una nota y una invitación para que cualquiera de ellos, si pasaban alguna vez por Connemara, vinieran a visitarme.

El champán llegó con un recipiente lleno de caviar, cortesía de un huésped que se había enterado de mis aventuras. Yo me puse mi mañanita de marabú color rosa, preguntándome quién era y si debería invitarlo a tomar una copa de champán con nosotros.

—Otro admirador, Maudie —exclamó Shannon, ya que había montones de tarjetas y regalos de gente que había leído la historia en los diarios y nos había visto

por televisión. Éramos famosos y debo admitir que yo disfrutaba de toda la atención.

—Debemos hacer un brindis —dijo Brigid con aspecto solemne, ya que aún no se había olvidado del hecho de que casi me pierde. Pero en lugar de ello, fue ese desagradable J. K. el que se perdió. Se disparó un tiro antes de que la policía llegara a él. Sabía que era su «hora de partir».

—Un brindis por Lily —dijo, levantando la copa—, ya que sin ella, nosotros nunca nos podríamos haber conocido.

—Y por mi bisabuelo, Ned Sheridan —dijo Eddie.

—Y por mi padre —dijo con suavidad Shannon—. Que ahora descanse en paz.

Había lágrimas en sus ojos cuando bebió y Brigid también lloriqueó sonoramente. Puede llorar a mares por cualquier cosa, y le dije con rapidez que bebiera más y que no fuera una tonta. Por una vez no protestó y me hizo caso.

Miré a mis dos jovencitos que me miraban y se miraban, y me pregunté si ellos sabían ya que estaban enamorados. Tal vez eso es lo único que se puede reconocer sin necesidad de ser viejo y tener mucha experiencia. Pero una cosa es cierta, yo sí los quiero a los dos.

Me negué a que nos acompañaran al puerto cuando partimos por barco a la semana siguiente, de regreso a Inglaterra en el *Queen Elizabeth II*. Sabía que la despedida sería demasiado triste y, en lugar de ello, nos despedimos en el hotel, en privado, para poder llorar todo lo que deseáramos. Aunque en realidad ninguno de nosotros soltó una lágrima. Nos reímos, hicimos bromas, nos abrazamos, besamos y juramos que nos amábamos, que nos mantendríamos en contacto y que pronto volveríamos a vernos.

Mi última visión de mis queridos *nietos* fue la de sus rostros sonrientes en las ventanillas de la limusina cuando yo les decía adiós con la mano. Les envié un beso y eso fue todo.

Nuestro camarote en el hermoso transatlántico era un habitáculo lleno de flores y, al observarlas, pensé en Lily, en el viejo Hibernia y en cómo ella habría disfrutado de ese viaje hoy, cambiando de continente en continente con velocidad y lujo. Habría sido simplemente su estilo.

Brigid y yo nos quedamos en la baranda, mirando la Estatua de la Libertad que desaparecía en la noche, hasta que luego, con un suspiro de pena de que todo hubiera terminado, bajamos al comedor para cenar con los otros pasajeros.

Sin embargo, lo único que pensé aquella noche cuando me quedé dormida, acunada por el movimiento y lo infinito del Océano Atlántico que se extendía ante nosotros, fue en aquellos queridos, jóvenes y sonrientes rostros que yo había comenzado a querer tanto.

Epílogo

Ardnavarna, Connemara.

Conociéndome como ahora me conocen, comprenderán que yo siempre tengo la última palabra. Aun después del «final».

Acabo de regresar de una larga cabalgata por la playa, la misma que recorrían Lily y Finn, y aquella que ahora ustedes conocen tan bien. Me encuentro sentada en una silla junto a la ventana con los perros a mi lado, como siempre estremeciéndose en sus sueños, mientras persiguen conejos por los frondosos bosques de su tierra de ensueño. Los pétalos de las rosas Gloire de Dijon están cayendo, y aquellos que permanecen doblan sus bordes marrones, pero su perfume todavía es hermoso y llega hasta mí. Existe un olor siempre presente a fuego de turba y la maravillosa frescura del aire.

Brigid está en la cocina, preparando bollos para el té y contándoles a las muchachas del servicio sus historias de aventura en Norteamérica. Es toda una celebridad en el pueblo, con las historias de su vida en alta sociedad, en Nueva York y Washington, elegante con sus vestidos de Bloomingdale y sus botas vaqueras que, gracias al cielo, han reemplazado a sus viejas Wellington de color verde.

Nuestra aventura nos ha dado algo de que hablar en las largas noches del otoño que pronto se aproxima, y ambas entibiaremos nuestros corazones con los recuerdos mientras nos calentamos los pies en el fuego de la cocina. En realidad, me divertí tanto con mi trabajo de sabueso que tal vez lo convierta en un trabajo profesional. «Maudie Molyneux, Investigadora Privada». ¡Sería la primera de los Molyneux!

Pienso a menudo en mis queridos *nietos*. Ellos me llaman por teléfono todas las semanas y me escriben cartas. Eddie desde Los Angeles, donde tiene un papel en una nueva película. No una de las grandes, me cuenta, pero es *significativa*, y todas nuestras esperanzas se dirigen a él para que llegue a tener el éxito de Ned Sheridan. Shannon también se encuentra en Los Angeles. Ha decidido seguir los pasos de su padre y tal vez volver a levantar las fortunas de su compañía. Con eso en mente y la fortuna de Lily en el banco, está estudiando arquitectura en una avanzada universidad del lugar. Mis adorados niños están planeando venir a visitarme en la primavera, y yo no puedo esperar a que llegue ese momento.

Sueño con ellos. Puedo ver ahora su boda, aquí en Ardnavarna. Shannon como una hermosa novia con un vestido blanco de seda y encaje y Eddie, el novio más apuesto que jamás se viera desde los tiempos de mi Pa.

Tal vez ellos todavía no lo hayan pensado, ya que para los jóvenes siempre hay mucho tiempo. Pero estoy planeando una guardia de honor, formada por gente del pueblo montada a caballo y vestidos con trajes de caza, con sus fustas en alto

formando un arco de triunfo, y hasta mis perros queridos luciendo lazos en sus cuellos. Y nuestros invitados vendrían de kilómetros de distancia vestidos de gala; el sol brillará, el mar también, las rosas Gloire de Dijon estarán en flor y su aroma se mezclará, como siempre lo hace, con el humo de turba, la buena comida y el polvo de los años, aquí en Ardnavarna.

Ah, mis queridos amigos, ríanse si lo desean, pero una vieja dama tiene derecho a soñar, ¿no les parece? Y quién sabe, tal vez ustedes y yo volvamos a vernos alguna vez.



Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.